



**HERMANN
BROCH**

**Trilogía de
Los sonámbulos**

se

Lectulandia

La obra capital de Hermann Broch, la trilogía de *Los sonámbulos*, en un solo volumen.

La trilogía de *Los sonámbulos*, uno de los pilares de la literatura europea del siglo xx, descubre a tres seres arrojados al incandescente fragor de la historia, incautos defensores de unos valores ya caducos.

Así, el personaje principal de *Pasenow o el romanticismo* es el arquetipo del hombre abúlico y soñador que busca en la carrera militar una falsa seguridad que le proteja del desorden del mundo.

Esch o la anarquía narra la historia de un empleado de comercio dominado por la idea de emigrar a América, símbolo de libertad y redención.

Finalmente, *Huguenau o el realismo* nos presenta la encarnación de la lógica y la moral propias del comerciante, por ellas convertido impunemente en desertor, arribista y asesino.

Lectulandia

Hermann Broch

Trilogía de *Los sonámbulos*

Pasenow o el romanticismo

Esch o la anarquía

Huguenau o el realismo

ePub r1.0

Titivillus 06.01.18

Título original: *Pasenow oder die Romantik / Esch oder die Anarchie / Huguenau oder die Sachlichkeit*

Hermann Broch, 1978

Traducción: María Ángeles Grau

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PASENOW O EL ROMANTICISMO

I

En el año 1888 el señor Von Pasenow tenía setenta años y había personas que, al verlo acercarse por las calles de Berlín, experimentaban una extraña e inexplicable sensación de desagrado, y llegaban incluso a afirmar, en su desagrado, que debía tratarse de un viejo malvado. Pequeño pero de correctas proporciones, ni esmirriado, ni gordinflón: estaba muy bien proporcionado, y la chistera con que solía cubrirse en Berlín no resultaba en absoluto ridícula. Llevaba la barba a lo káiser Guillermo I, aunque más corta, y en sus mejillas no se veía rastro de la blanca pelusa que daba al monarca su aspecto campechano; incluso su cabello, casi sin claros, mostraba sólo algunas hebras blancas; a pesar de sus setenta años había conservado el rubio de su juventud, aquel rubio rojizo que recuerda la paja enmohecida y que en realidad no sienta bien a un hombre viejo, al que uno prefiere imaginar con cabello más digno. Pero el señor Von Pasenow estaba acostumbrado al color de su cabello, y tampoco el monóculo le parecía en modo alguno demasiado juvenil. Cuando se miraba en el espejo, reconocía de nuevo aquel rostro que ya le miraba desde allí cincuenta años atrás. Y aunque el señor Von Pasenow no estaba en este aspecto descontento de sí mismo, hay no obstante personas a las que les desagrada el aspecto de este anciano y que tampoco comprenden que haya existido una mujer que lo haya mirado con ojos anhelantes, que lo haya abrazado con deseo, y le atribuyen como mucho algunas criadas polacas de su hacienda, a las que se habrá podido acercar con esta agresividad algo histérica y sin embargo imperiosa que es a menudo propia de los hombres bajitos. Fuera esto cierto o no, era en cualquier caso la opinión de sus dos hijos, y se comprende que él no la haya compartido. La opinión de los hijos es, por otra parte, con frecuencia subjetiva, y sería fácil acusarlos de injusticia y parcialidad, pese a la sensación un poco desagradable que uno mismo experimentaba al ver al señor Von Pasenow, un raro desagrado que va todavía en aumento cuando el señor Von Pasenow ha pasado ya y uno lo sigue casualmente con la mirada. Quizá se debe a que entonces resulta completamente incierta la edad de este hombre, porque no se mueve de un modo senil, ni como un joven, ni como un hombre en la plenitud de la vida. Y dado que la incertidumbre engendra desagrado, no es imposible que alguno de los transeúntes considere indecorosa esta forma de moverse, y tampoco es extraño que la califique después de arrogante y vulgar, de levemente bravucona y pretenciosamente correcta. Es, claro está, cuestión de temperamento; pero uno puede imaginar fácilmente que un joven cegado por el odio sienta deseos de retroceder a toda prisa para meterle al hombre que anda así un bastón entre las piernas, hacerlo caer de algún modo, romperle las piernas, para destruir para siempre esta forma de andar. Pero él camina a pasos rápidos y en línea recta, lleva la cabeza alta, como suelen llevarla los hombres bajos, y, como también él se mantiene muy erguido, saca un poco la barriguita, casi podría decirse que la lleva ante él, y que con ella transporta a toda su

persona hacia alguna parte, un feo regalo que nadie desea. Sólo que, dado que con una comparación no se aclara todavía nada, estos insultos quedan sin fundamento, y quizá uno se avergüenza de ellos, hasta que descubre el bastón junto a las piernas. El bastón avanza rítmicamente, se eleva casi hasta la altura de las rodillas, se detiene en el suelo con un golpecito seco y vuelve a elevarse, y los pies andan a su lado. Y también éstos se elevan más de lo normal, la punta del pie se adelanta un poco más de lo debido, como si quisiera en su desprecio por los que vienen en dirección contraria mostrarles la suela del zapato, y el tacón se clava en el asfalto con un golpecito seco. Así avanzan piernas y bastón unas junto al otro, y así surge la idea de que ese hombre, si hubiera nacido caballo, se habría convertido en caballo de andadura; pero lo más horrible y desagradable de todo esto es que se trata de un modo de andar sobre tres piernas, un trípode que se ha puesto en movimiento. Y es terrible la idea de que ese andar voluntarioso sobre tres piernas tiene que ser tan falso como esa rectilineidad y ese avanzar impetuoso: ¡dirigido a la nada! Porque nadie que se proponga algo serio anda de este modo, y aunque uno piensa forzosamente durante unos segundos en un usurero que se dirige a las casas de los pobres para el cobro implacable de las deudas, advierte enseguida que esta imagen es demasiado pobre y demasiado terrena, horrorizado al descubrir que así renquea el diablo, un perro, que cojea sobre tres patas, al descubrir que es una forma rectilínea de andar en zigzag... basta; todo esto se le puede ocurrir a uno, si analiza el paso del señor Von Pasenow con amoroso odio. Pero en definitiva puede intentarse lo mismo con la mayoría de los hombres. Siempre se encuentra algo. Y aunque el señor Von Pasenow no llevaba una vida agitada, sino que por el contrario dedicaba mucho tiempo al cumplimiento de obligaciones decorativas y similares, como corresponde a una fortuna sólida y segura, sin embargo —y esto respondía también a su modo de ser— estaba siempre ocupado, y no era propio de él andar vagabundeando. Y si venía dos veces al año a Berlín, tenía mucho que hacer. Ahora se dirigía a casa de su hijo menor, el primer teniente Joachim von Pasenow.

Siempre que Joachim von Pasenow se encontraba con su padre, acudían a su mente recuerdos de juventud, fenómeno muy lógico, pero sobre todo volvía a revivir los acontecimientos que habían rodeado su ingreso en la academia de cadetes de Culm. En realidad eran sólo retazos de recuerdos, que emergían fugazmente, y mezclaban en desorden lo importante y lo banal. Así, es completamente tonto y banal mencionar al administrador Jan, cuya imagen, aunque era una figura secundaria, sobresalía entre todas las otras imágenes. Esto puede deberse a que Jan no era en realidad un hombre, sino una barba. Uno podía contemplarlo horas enteras y preguntarse si tras el desgüeñado paisaje de maleza impenetrable, aunque suave, habitaba un ser humano. Ni siquiera cuando Jan hablaba —aunque no hablaba mucho— estaba uno seguro, porque las palabras emergían detrás de la barba como detrás de un telón, y lo mismo

hubiera podido ser otro el que las pronunciara. El momento más emocionante se producía cuando Jan bostezaba: entonces la superficie peluda se entreabría en un punto determinado, y se hacía evidente que éste era también el punto al que Jan solía dirigir los alimentos. Cuando Joachim corrió hacia él para contarle que iba a ingresar muy pronto en la academia de cadetes, Jan estaba precisamente comiendo; estaba sentado allí, cortaba dados de pan y escuchaba en silencio. Finalmente dijo: «¿Y está contento el señorito?». Y entonces Joachim se dio cuenta de que no estaba contento en absoluto; hasta tenía ganas de llorar, pero como no había causa inmediata para ello, se limitó a asentir con la cabeza y a decir que sí estaba contento.

Y estaba también la Cruz de Hierro, que colgaba en el gran salón, enmarcada tras un cristal. Procedía de un Pasenow que en el año 13 se había mantenido en su puesto de mando. Puesto que colgaba sin más de la pared, resultaba un poco incomprensible que se armara tanto revuelo cuando le concedieron también una al tío Bernhard. Joachim se avergonzaba todavía hoy de haber podido ser tan tonto en aquel entonces. Pero quizá en aquel entonces se sintió únicamente enojado, porque pretendían hacerle más sugestiva la academia de cadetes con el señuelo de la Cruz de Hierro. De todos modos, su hermano Helmuth hubiera sido más apropiado para la academia, y a pesar del largo tiempo transcurrido desde entonces, Joachim consideraba ridícula la disposición por la cual el primogénito se tenía que hacer agricultor, y el más joven se tenía que hacer oficial. A él la Cruz de Hierro le era indiferente, mientras que Helmuth ardió de entusiasmo cuando el tío Bernhard participó con la División Goeben en el asalto de Kissingen. Además ni siquiera era un tío auténtico, sino un primo de su padre.

La madre era más alta que el padre, y en la hacienda todo se regía por ella. Era curioso que ni Helmuth ni él quisieran hacerle ningún caso; en realidad esto era algo que tenían en común con su padre. No prestaban oídos a su pertinaz y débil «¡Eso no!», y no hacían más que enfadarse cuando ella añadía: «Ya podéis tener cuidado de que vuestro padre no os descubra». Y no se asustaban cuando ella echaba mano a su último recurso: «Ahora sí que se lo diré a vuestro padre», y tampoco se asustaban apenas cuando de veras lo hacía, porque entonces el padre se limitaba a lanzarles una mirada de enojo y seguía con pasos enérgicos y rectilíneos su camino. Era como un justo castigo para la madre, por haber intentado aliarse con el enemigo común.

Por aquel entonces todavía estaba en funciones el antecesor del pastor actual. Tenía unas patillas blanco-amarillentas que apenas se diferenciaban del color de la piel, y cuando se sentaba a la mesa los días de fiesta, solía comparar a la madre con la reina Luisa en medio de sus múltiples hijos. Resultaba un poco ridículo, pero no obstante uno se sentía orgulloso. Después el pastor adquirió la nueva costumbre de poner una mano sobre la cabeza de Joachim y llamarle «joven guerrero», porque todos, incluida la criada polaca que servía en la cocina, hablaban ya de la academia de cadetes de Culm. Sin embargo, Joachim seguía esperando que se tomara una decisión correcta. La madre había dicho una vez en la mesa que no veía la necesidad

de desprenderse de Joachim; podía ingresar más tarde como aspirante; así había sido desde siempre y así se había mantenido. Pero el tío Bernhard había opinado que el nuevo ejército necesitaba gente capacitada, y que Culm podía gustarle a un joven como Dios manda. El padre había guardado un silencio desagradable, como siempre que hablaba la madre. Sencillamente no la escuchaba. Sólo el día del cumpleaños de la madre, al entrechocar con la suya su copa, recogía la comparación del pastor y la llamaba su reina Luisa. Quizá la madre estuviera realmente en contra de su ingreso en Culm, pero no se podía contar con ella, porque en definitiva formaba partido con el padre.

La madre era muy puntual. Nunca estaba ausente del establo cuando llegaba la hora de ordeñar, ni del gallinero cuando se trataba de recoger los huevos; por las mañanas se la podía encontrar en la cocina y por las tardes en el lavadero, donde contaba con las criadas las rígidas prendas de la colada. Fue entonces cuando por primera vez lo supo realmente. Había estado con la madre en el establo de las vacas, su nariz estaba todavía llena del denso olor del establo, cuando salieron al frío aire invernal; el tío Bernhard cruzó el patio para acudir a su encuentro. El tío Bernhard seguía llevando bastón, después de una herida se podía llevar bastón, todos los convalecientes llevaban bastón, aunque ya no cojearan apenas. La madre se había detenido, y Joachim se asió con fuerza al bastón del tío Bernhard. Todavía hoy recordaba claramente el puño de marfil adornado con un escudo. El tío Bernhard dijo: «Felicítame, prima, acabo de ser nombrado mayor». Joachim levantó la mirada hacia el mayor; era incluso más alto que la madre, se había echado ligeramente hacia atrás en un gesto que parecía orgulloso y no obstante era reglamentario, y parecía más caballeroso y más fuerte que de costumbre, y quizá había aumentado incluso de estatura; en cualquier caso hacía mejor pareja con ella que el padre. Llevaba una barba corta y tupida, pero podía vérselo la boca. Joachim se preguntó si sería un gran honor poder sostener el bastón de un mayor, y decidió sentirse un poco orgulloso. «Así es», siguió diciendo el tío Bernhard, «pero ahora los hermosos días de Stolpin tocan de nuevo a su fin». La madre dijo que esto era a la vez una buena y una mala noticia, una respuesta complicada que Joachim no acabó de entender. Estaban de pie en la nieve; la madre llevaba su chaqueta de piel marrón, que era tan suave como ella misma, y bajo su gorro de piel asomaban sus cabellos rubios. Joachim se había alegrado siempre de tener el mismo pelo rubio de la madre; también llegaría a ser más alto que el padre, quizá tan alto como el tío Bernhard, y cuando éste se dirigió a él diciendo: «Ahora seremos pronto camaradas en el uniforme del rey», por unos instantes estuvo completamente de acuerdo. Pero como la madre se limitó a suspirar y no hizo la menor objeción, él se resignó, lo mismo que si estuviera en presencia del padre, soltó el bastón y se fue a ver a Jan.

Con Helmuth era imposible hablar del asunto; Helmuth le envidiaba y hablaba como los adultos, que decían todos que un futuro soldado tenía que estar contento y orgulloso. Jan era el único que no era un hipócrita ni un traidor; sólo había

preguntado si el señorito estaba contento, y no parecía creer en esta posibilidad. Naturalmente los demás y también Helmuth obraban de buena fe, sólo querían consolarlo. Joachim no había concienciado nunca que en aquel entonces había estado secretamente convencido de la hipocresía y de la traición de Helmuth; inmediatamente había querido arreglar las cosas y le había regalado todos sus juguetes, aunque de todos modos no los hubiera podido llevar consigo a la academia de cadetes, y esto no era ninguna disculpa. También le había regalado la mitad del poni, que pertenecía a medias a los muchachos, de modo que Helmuth poseía ahora un caballo entero. Aquellas semanas fueron una época aciaga y sin embargo feliz; nunca, ni antes ni después, había sido tan amigo de su hermano. Pero después ocurrió la desgracia con el poni: Helmuth había renunciado durante aquellos días a sus nuevos derechos sobre el poni, y Joachim podía disponer del poni a su antojo. Desde luego no era una renuncia demasiado importante, porque en aquellas semanas el suelo estaba blando y hundido, y había una estricta prohibición que impedía cabalgar por los campos con este suelo. Pero Joachim disfrutaba los derechos de los que abandonan un lugar, y como además Helmuth estaba de acuerdo, salió a caballo con el pretexto de que el poni hiciera un poco de ejercicio fuera, en el campo. Había iniciado apenas un ligero galope, cuando ocurrió la desgracia: el poni metió una pata delantera en un hoyo muy profundo, cayó y no pudo volver a levantarse. Helmuth acudió corriendo, después acudió también el cochero. El poni yacía allí, la hirsuta cabeza apoyada sobre un terrón, y la lengua le colgaba a un lado del hocico. Joachim vio todavía cómo él y Helmuth se arrodillaban junto al animal y le acariciaban la cabeza, pero no podía recordar cómo habían vuelto a la casa, sólo sabía que estaba de pie en la cocina, en la que de pronto se había hecho el silencio, y que todos los ojos estaban fijos en él y lo miraban como si fuese un criminal. Después oyó la voz de la madre: «Hay que decírselo a tu padre». Y de pronto se encontró en el cuarto de trabajo del padre, y era como si el tribunal de castigo, que la madre había evocado tantas veces con la odiosa frase, estuviera por fin reunido y congregado y fuera a arremeter contra él. Pero no sucedió nada. El padre se limitó a caminar silencioso y en línea recta de un lado a otro de la habitación, y Joachim intentaba mantenerse firme, contemplaba las astas que colgaban de la pared. Como seguía sin pasar nada, su mirada empezó a divagar y quedó prendida en la arenilla azul de la chorrera de papel de la escupidera hexagonal, barnizada de marrón, junto a la estufa. Casi había olvidado por qué había acudido él allí; sólo que la habitación parecía más grande que de costumbre, y sentía en el pecho un peso helado. Finalmente el padre se colocó el monóculo: «Ha llegado el momento de que salgas de esta casa», y entonces Joachim supo que todos lo habían engañado, incluso Helmuth, y en aquel momento hasta le pareció justo que el poni se hubiera roto la pata, y también la madre lo había difamado insistentemente para que él saliera de aquella casa. Entonces vio todavía que el padre sacaba la pistola de la caja. Y entonces vomitó. Al día siguiente supo por el médico que había sufrido una conmoción cerebral, y se sintió orgulloso de ello.

Helmuth estaba sentado junto a su cama, y aunque Joachim sabía que el padre había matado al poni de un disparo, no dijeron ni una palabra al respecto, y fue de nuevo una época feliz, extrañamente protegidos y aislados de los demás seres humanos. Sin embargo, tocó a su fin, y con un retraso de algunas semanas fue enviado a la academia de Culm. Pero al encontrarse ante su estrecha cama, tan remota y tan distante de su cama de enfermo de Stolpin, casi le pareció que se había llevado consigo aquel aislamiento, y aquello fue lo primero que le hizo soportable su estancia allí.

Naturalmente en aquel tiempo ocurrieron muchas otras cosas que él había olvidado, pero no obstante había quedado un residuo inquietante, y en sus sueños creía algunas veces hablar polaco. Cuando llegó a primer teniente, regaló a Helmuth un caballo que él mismo había montado durante largo tiempo. Sin embargo, no le abandonaba la sensación de que le seguía debiendo algo, como si Helmuth fuera un incómodo acreedor. Todo aquello carecía de sentido, y sólo raras veces pensaba en ello. Lo revivía únicamente cuando el padre venía a Berlín; y, cuando él preguntaba por la madre y por Helmuth, no olvidaba nunca informarse también de cómo estaba el caballo.

Cuando Joachim von Pasenow se hubo puesto su ropa de civil y su barbilla se movió con desacostumbrada libertad entre las dos puntas del cuello entreabierto, cuando se hubo puesto la reluciente chistera y hubo cogido un bastón con puntiagudo puño de marfil, de camino ahora hacia el hotel, para recoger a su padre para el obligado recorrido nocturno, surgió de pronto ante él la imagen de Eduard von Bertrand, y le resultó agradable que la ropa de civil no le sentara a él con la misma naturalidad que a aquel hombre, al que en secreto calificaba a veces de traidor. Por desgracia era previsible y de temer que encontraría a Bertrand en los locales mundanos que aquella noche tenía que recorrer con su padre, y ya durante la representación del Wintergarten lo buscó con la mirada, y daba vueltas a la idea de si debía o no presentar un hombre así a su padre.

El problema seguía preocupándole, mientras se dirigían en un coche de punto por la Friedrichstrasse hacia el Jägerkasino. Se sentaban erguidos, los bastones entre las rodillas, mudos sobre los asientos de agrietado cuero negro, y cuando alguna de las chicas que encontraban a su paso les gritaba algo, Joachim von Pasenow mantenía la mirada fija al frente, mientras que su padre, fijo el monóculo, decía «¡Qué locura!». Sí, desde que el señor Von Pasenow vino a Berlín, habían cambiado muchas cosas, y aunque se aceptara así, uno no podía dejar de advertir que la nueva política reformista del fundador del Reich había producido brotes sumamente desagradables. El señor Von Pasenow dijo lo mismo que decía todos los años: «En París no puede ser peor», y todavía aumentó su disgusto que una hilera de deslumbrantes luces de gas atrajera la atención de los transeúntes hacia la entrada del Jägerkasino, ante la cual se

detuvieron.

Una estrecha escalera de madera llevaba al primer piso, donde se encontraban los salones, y el señor Von Pasenow la subió con la rectilínea acometividad que le era propia. Una muchacha de cabello negro descendía la escalera, se apretó contra la pared en un rellano, para dejar paso a los visitantes, y, como evidentemente la hizo reír el ímpetu del anciano, Joachim tuvo un gesto de disculpa y confusión. Una vez más tuvo que imaginar a Bertrand, ya como el amante de esta muchacha, ya como su rufián o en cualquier otra función fantástica, y, apenas estuvieron en la sala, lo buscó con la vista a su alrededor. Pero naturalmente Bertrand no estaba allí, y sí estaban dos caballeros del regimiento, y Joachim cayó entonces por primera vez en la cuenta de que él mismo los había animado a acudir al casino, para no tener que estar con su padre a solas o, todavía peor, con Bertrand.

El señor Von Pasenow, de acuerdo con su edad y rango, fue saludado como un superior con breves y rígidas inclinaciones y entrechocar de tacones, y al igual que un general en funciones preguntó si los señores se divertían; si los señores querían beber con él una copa de champán, lo consideraría un honor, a lo cual los señores dieron su asentimiento con un nuevo movimiento de los pies. Trajeron champán frío. Los señores se mantenían tiesos y callados en sus sillas, brindaban en silencio y observaban la sala, la ornamentación blanca y dorada, las llamas de gas que, envueltas por el humo del tabaco, zumbaban en el gran círculo de las lámparas, y observaban a las parejas de bailarines que giraban en el centro del salón. Finalmente el señor Von Pasenow: «Bien, señores, ¡espero que por mi causa no hayan renunciado ustedes a los dulces encantos femeninos!» —inclinaciones y sonrisas— «hay aquí muchachas deliciosas; cuando yo subía, me crucé con una preciosidad, de cabellos negros y con unos ojos que a ustedes, los jóvenes, no les pueden dejar indiferentes». Joachim von Pasenow sintió tal vergüenza que hubiera querido apretar la garganta del viejo para atajar aquel exultante discurso, pero uno de los camaradas contestaba ya que evidentemente se trataba de Ruzena, muchacha en verdad excepcionalmente hermosa, a la que no podía negársele tampoco cierta distinción, aunque las damas presentes no eran en su mayoría lo que parecían, porque la dirección llevaba a cabo una selección muy rigurosa y cuidaba mucho su buen tono. Pero entretanto Ruzena había vuelto a aparecer en el salón: venía del brazo de una muchacha rubia, y, mientras deambulaban por mesas y palcos con sus esbeltos talles y su donaire, tenían realmente un aspecto distinguido. Cuando cruzaron junto a la mesa de Pasenow, alguien preguntó en broma si a la señorita Ruzena no le habían silbado hacía un momento los oídos, y el señor Von Pasenow añadió que, a juzgar por el nombre, tenía ante sí a una hermosa polaca, o sea, a casi una compatriota. No, no era polaca, dijo Ruzena, sino bohemia, aquí se decía checa, pero bohemia era más correcto, porque también el país se llamaba en realidad Bohemia. «Tanto mejor», dijo el señor Von Pasenow, «los polacos no sirven para nada... no se puede confiar en ellos... bueno, qué más da».

Entretanto las dos muchachas se habían sentado, y Ruzena hablaba con voz profunda y se reía de sí misma por no haber aprendido todavía alemán. Joachim estaba irritado porque el viejo había evocado el recuerdo de las polacas, pero también él tuvo que pensar en una segadora que lo había subido al carro junto a las gavillas cuando era un chiquillo. Pero aunque esta muchacha confundía todos los artículos con su acento gutural y hablaba de «la director» y «el ciudad», era sin embargo toda una damita, que en tieso corsé y perfecta compostura se llevaba la copa de champán a los labios, y era algo muy distinto a una segadora polaca; fueran o no verdad los rumores sobre el padre y las criadas. Joachim no tenía arte ni parte en el asunto, pero con esta delicada muchacha el viejo no debía atreverse a proceder de la forma que quizá le era habitual. Sin embargo, la vida de una muchacha bohemia no podía ser imaginada muy distinta a la de las polacas —como parecía también imposible imaginar algo vivo detrás de la marioneta móvil de un civil alemán—, y aunque intentaba imaginar en torno a Ruzena una buena vivienda, una buena madre matronil, un buen pretendiente con guantes, había algo que no encajaba, y Joachim no podía liberarse de la sensación de que allí todo debía ocurrir de forma salvaje, humillante y brutal: Ruzena le daba pena, aunque sin duda hay algo en ella de un animalito agazapado y salvaje, en cuya garganta se esconde el oscuro grito, oscuro como los bosques de Bohemia, y a él le hubiera gustado saber si se podía hablar con ella como con una dama, porque todo esto es terrible y sin embargo atrayente y en cierto modo da la razón al padre y a sus sucias intenciones. Joachim teme que también Ruzena pueda advertir esto y busca la respuesta en su rostro; ella se da cuenta y le sonrío, aunque su mano, que cuelga blandamente del borde de la mesa, se deja acariciar por el viejo, y él lo hace abiertamente e intenta echar mano de sus conocimientos del polaco para erigir así un seto lingüístico alrededor de la chica y de sí mismo. Desde luego ella no debería permitirlo, y cuando en Stolpin decían que las muchachas polacas no eran de fiar tal vez tuvieran razón. Pero quizá ella es únicamente demasiado débil, y el honor exigiría que se la protegiera del viejo. Ésta sería en realidad la misión de su amante; si Bertrand tuviera un ápice de caballerosidad, tendría la obligación de aparecer por fin, para poner con tacto las cosas en su sitio. Súbitamente Joachim empieza a hablar de Bertrand con los compañeros, si hace mucho que no saben de él, qué es lo que hace ahora, sí, Eduard von Bertrand es un hombre extraordinariamente reservado. Pero los compañeros han bebido mucho champán, dan respuestas absurdas y ya no se asombran de nada, ni siquiera de la obstinación con que Joachim insiste en el tema Bertrand, y aunque intencionadamente repite el nombre una y otra vez en voz muy alta y clara, las dos muchachas ni siquiera pestañean, y surge en él la sospecha de que Bertrand puede haber caído tan bajo que se le conozca allí por un nombre falso; así pues se dirige directamente a Ruzena, si ella no conoce a Von Bertrand... hasta que el viejo, fino el oído y clara la cabeza a pesar de todos los champanes, pregunta qué demonios se propone ahora Joachim con el tal Bertrand: «Lo estás buscando como si se hubiera

escondido aquí». Joachim lo niega y se ruboriza, pero el viejo sigue con su parloteo: sí, él conocía bien al padre, el viejo coronel Von Bertrand, que ya ha dejado este mundo, y es muy posible que fuera el tal Eduard quien lo llevara a la tumba. Había tomado muy a pecho, se decía, que el tunante hubiera salido de la academia sin que nadie supiera el porqué ni si tras todo aquello se escondía algo sucio. Joachim se sublevó: «Usted perdone, se trata de calumnias sin fundamento... y lo último que puede decirse de Bertrand es que sea un tunante». «Calma», dice el viejo y se vuelve otra vez hacia la mano de Ruzena, en la que deposita ahora un largo beso; Ruzena le deja hacer con indiferencia y observa a Joachim, cuyo cabello claro y suave le recuerda a los niños de la escuela de su tierra natal. «No quiero adular a usted», silabea en su pésimo alemán dirigiéndose al viejo, «pero amable cabello tiene su hijo», después coge la cabeza de su amiga, la mantiene junto a la de Joachim y queda encantada de que el color de pelo coincida: «Hermosa pareja harían», explica a las dos cabezas, y les pasa a los dos los dedos por el pelo. La muchacha lanza un chillido, porque le está estropeando el peinado, Joachim siente la suave mano sobre la nuca, experimenta una ligera sensación de vértigo y echa la cabeza hacia atrás, como si quisiera atrapar la mano entre la cabeza y la nuca para obligarla a quedarse allí, pero la mano desciende ya por sí misma nuca abajo, en una rápida y delicada caricia. «Calma, calma», oye de nuevo la seca voz del padre, y después ve que saca la cartera, extrae de ella dos grandes billetes y los desliza con disimulo hacia las chicas. Sí, también el viejo, cuando está de buen humor, les lanza monedas a las segadoras, y aunque Joachim quisiera intervenir, no puede evitar que Ruzena coja decidida los cincuenta marcos y se los guarde muy contenta: «Gracias, papá», dice, «papá político», se corrige, y le guiña un ojo a Joachim. Joachim está lívido de ira; ¿va a comprarle el viejo una chica por cincuenta marcos? El anciano, perspicaz, advierte el desliz de Ruzena y subraya: «Bueno, me parece que a ti te gusta mi chiquillo..., por mi bendición no quedará...». Perro, piensa Joachim. Pero el viejo domina ahora la situación: «Ruzena, hermosa niña, mañana iré a verte para pedir tu mano, como corresponde, con todos los honores; qué debo llevarte como regalo de bodas... pero tienes que decirme dónde está tu palacio...». Joachim desvía la mirada, como aquel que en una ejecución no quiere ver caer el hacha, pero Ruzena se pone rígida de pronto, se le nublan los ojos, sus labios se contraen desamparados, rechaza la mano que se tiende hacia ella en un gesto de ayuda o de caricia, y se aleja corriendo, para acabar desahogándose llorando con la mujer de los lavabos.

«Es igual», dijo el señor Von Pasenow, «pero se ha hecho tarde. Me parece que nos vamos, señores». En el coche de punto padre e hijo se sentaron uno junto a otro, rígidos, los bastones entre las rodillas, enemigos. Por fin el viejo dijo: «Los cincuenta marcos se los ha quedado, claro. Así era fácil marcharse». Miserable, piensa Joachim.

Sobre el tema del uniforme Bertrand hubiera podido decir: Primeramente era sólo la

Iglesia la que tronaba como juez sobre los hombres, y todo hombre sabía que era un pecador. Ahora el pecador tiene que juzgar a los pecadores, para que todos los valores no caigan en la anarquía, y, en lugar de llorar con él, el hermano tiene que decir al hermano: «Has obrado mal». Y si antes era sólo la indumentaria del clérigo la que se distinguía de las demás como algo extrahumano, si entonces lo civil se traicionaba incluso bajo el uniforme o el traje oficial, más tarde, al perderse la gran intransigencia de la fe, el atuendo terrenal tuvo que ocupar el lugar del celeste, y la sociedad tuvo que dividirse en jerarquías y uniformes terrestres y elevar éstos al absoluto en lugar de la fe. Y, como siempre es romántico elevar lo terrenal a lo absoluto, he aquí que el romanticismo estricto y verdadero de esta época es el romanticismo del uniforme, igual que si existiera una idea ultraterrestre y ultratemporal del uniforme, una idea que no existe y que sin embargo es tan poderosa que arrastra con más fuerza a los hombres que cualquier otra ocupación terrenal, una idea inexistente y sin embargo tan poderosa que convierte el uniformado en un poseso del uniforme, pero nunca en un profesional como lo entienden los civiles, quizá precisamente porque el hombre que lleva el uniforme está imbuido hasta las cejas del convencimiento de que está consumando la forma de vida propia de su tiempo y también con ello la seguridad de su propia vida.

Así hubiera podido hablar Bertrand; pero desde luego, aunque todo hombre que lleva uniforme no sea consciente de esto, es sin embargo cierto que todo aquel que lleva uniforme durante años encuentra en éste un mejor orden de cosas que el hombre que sólo cambia su traje civil de noche por el de día. Desde luego no tiene necesidad alguna de reflexionar sobre estas cosas, porque un auténtico uniforme proporciona al que lo lleva una delimitación muy clara entre su persona y el mundo circundante; es como una rígida funda, en la que mundo y persona chocan viva y claramente entre sí y se distinguen uno de otra; la verdadera misión del uniforme es mostrar y establecer un orden en el mundo y rescatar lo que tiene la vida de fugitivo y efímero, al igual que esconde lo que tiene de blando y fugitivo el cuerpo del hombre, cubre su ropa interior, su piel, y el centinela de guardia tiene que ponerse guantes blancos. De este modo, al hombre que por la mañana se ha abrochado su uniforme hasta el último botón se le da realmente una segunda y más densa piel, como si regresara a su vida más propia y más verdadera. Encerrado en su rígida funda, apresado entre correas y hebillas, empieza a olvidar su propia ropa interior y la inseguridad de la vida, la vida misma se aleja. Cuando ha dado un tirón al borde de la chaqueta del uniforme, para mantenerlo terso y sin arrugas en pecho y espalda, entonces incluso el hijo, al que este hombre sin embargo ama, incluso la mujer, en cuyo abrazo ha engendrado él este hijo, se pierden en una lejanía tan remota y civil que apenas reconoce la boca que ella le ofrece al despedirle, y su hogar se le vuelve extraño, un lugar que no puede visitar cuando va de uniforme. Mientras se dirige al cuartel o al despacho con su uniforme, no se debe a orgullo el hecho de que ignore a los que visten de otro modo; sencillamente, es ya incapaz de comprender que bajo los otros bárbaros atuendos

pueda palpar algo que tenga el menor rasgo en común con lo auténticamente humano, tal como él lo siente en sí. Pero sin embargo el hombre con uniforme no se ha vuelto ciego ni está tampoco lleno de ciegos prejuicios, como con tanta frecuencia se cree; sigue siendo un hombre como tú o como yo, piensa en comer y en acostarse, y lee el periódico durante el desayuno; pero ya no está ligado a las cosas y, como ahora apenas si le importan, puede clasificarlas en buenas y en malas, pues la seguridad de la vida se basa en la intransigencia y en la incompreensión.

Cada vez que Joachim von Pasenow se veía obligado a vestir de civil, acudía a su mente la imagen de Eduard von Bertrand, y cada vez se alegraba de que la ropa de civil no le sentara a él con la misma naturalidad que a aquel hombre, y cada vez se decía a sí mismo que le hubiera gustado saber qué pensaba Bertrand de la cuestión del uniforme. Porque Eduard von Bertrand tenía desde luego sobradas razones para meditar sobre el problema, puesto que de una vez por todas había abandonado el uniforme y se había decidido por el traje civil. Había sido todo muy extraño. Bertrand había terminado sus estudios en la academia de cadetes de Culm dos años antes que Pasenow y allí no se había diferenciado en nada de los demás: llevaba en verano pantalones anchos y blancos como los demás: comía con los demás en una misma mesa, había pasado exámenes como los demás y sin embargo, cuando fue ascendido a segundo teniente, ocurrió lo inconcebible: sin motivo aparente abandonó el ejército y desapareció en una vida insólita, desapareció en las tinieblas de la gran ciudad, unas tinieblas de las que sólo emergía de vez en cuando. Cuando uno lo encontraba por la calle, tenía siempre la duda de si debía saludarlo o no, porque a la sensación de hallarse frente a un traidor, que se había apoderado de algo que era propiedad común de todos ellos y lo había llevado al otro lado de la vida, abandonándolo, se mezclaba la sensación de estar expuesto allí, vergonzoso y desnudo, mientras el propio Bertrand no revelaba nada de sus motivos ni de su vida y mantenía siempre la misma afable reserva. Pero quizá lo inquietante radicaba sólo en el traje civil de Bertrand, entre cuyas solapas asomaba la blanca pechera almidonada, de modo que en definitiva uno debía avergonzarse por él. Y sin embargo el propio Bertrand había afirmado en Culm que un auténtico soldado no puede permitir que los puños de la camisa asomen fuera de las mangas, porque el nacer, dormir, amar, morir, en resumen todo lo civil, es un asunto de ropa interior; y aunque estas paradojas habían sido características de Bertrand, al igual que el leve gesto de la mano con que indolente y despectivo se desentendía de lo que había dicho, era sin embargo evidente que ya en aquel entonces ocupaba su mente el problema del uniforme. En lo referente a la ropa interior y a los puños llevaba algo de razón, si uno se paraba a considerar —siempre despertaba Bertrand ese tipo de ideas desagradables— que todos los hombres, sin excluir a los civiles ni a su propio padre, llevaban la camisa metida en el pantalón. Por esta razón a Joachim tampoco le gustaba encontrar en la sala de la tropa a hombres con la chaqueta abierta; había en ello algo indecoroso que, por caminos no muy claros pero sí comprensibles, llevaba a la prescripción de que la visita a

determinados locales y otras situaciones eróticas exigían el traje civil, e incluso parecía una falta contra la prescripción el hecho de que hubiera oficiales y suboficiales casados. Cuando el sargento primero, hombre casado, se presentaba al servicio de la mañana y se desabrochaba dos botones de la guerrera para sacar de la abertura, por la que se veía la camisa a cuadros, el gran libro de cuero rojo, Joachim se tocaba casi siempre los botones de su propia chaqueta y sólo se sentía seguro después de comprobar que estaban todos abrochados. Casi hubiera deseado que el uniforme fuera una directa emanación de la piel, y a veces pensaba incluso que ésta era la verdadera misión de un uniforme, o que por lo menos la ropa interior debería convertirse mediante marcas y distintivos en parte del uniforme. Era inquietante que cada uno llevara consigo, debajo de la chaqueta, la anarquía común a todos. Quizá el mundo se hubiera dislocado por completo, si no se hubiera inventado en el último instante, para los civiles, la ropa almidonada, que convierte la camisa en una tabla blanca y le quita parecido con la ropa interior. Joachim recordaba el asombro que sintió de niño al descubrir en el retrato del abuelo que éste no llevaba una camisa almidonada sino una pechera de encajes. Indudablemente los hombres poseían en aquel entonces una íntima y profunda fe cristiana y no tenían que buscar en otra parte protección contra la anarquía. Todas estas reflexiones eran desde luego absurdas y seguramente eran sólo resultado de las disparatadas afirmaciones de un tipo como Bertrand; Pasenow casi se avergonzaba de estas ideas ante el sargento, y cuando lo acosaban, intentaba rechazarlas y adoptaba con gesto nervioso una firme posición reglamentaria.

Pero por más que rechazase estos pensamientos como absurdos y aceptase el uniforme como algo natural, se escondía detrás de todo esto algo más que una simple cuestión de indumentaria, algo más que aquello que daba a su vida, si no un contenido, sí una actitud. A menudo creía poder liberarse de este problema y del propio Bertrand con la fórmula «camaradas en el uniforme del rey», aunque estaba muy lejos de querer manifestar con ello un respeto fuera de lo común por el uniforme del rey o de entregarse a una especial vanidad, incluso pensaba que su elegancia no iba más allá ni se diferenciaba de una corrección estrictamente reglamentaria, y no le disgustó oír una vez, en un círculo de damas, la fundamentada idea de que el largo y rígido corte del uniforme y los colores chillones de la tela no cuadraban bien con su rostro, y que una chaqueta de terciopelo marrón, a lo artista, y una corbata suelta le sentarían mucho mejor. Que para él el uniforme significaba, sin embargo, mucho más, puede explicarse en parte por la tenacidad heredada de su madre, que solía adherirse obstinadamente a las costumbres adquiridas. Y a veces le parecía que no podía haber para él ninguna otra actitud, aunque continuaba alimentando un profundo rencor contra la madre, que en aquel entonces se había sometido a las disposiciones del tío Bernhard sin replicar. Pero aquello quedaba muy lejos, y cuando uno se habitúa a vestir uniforme desde los diez años, el traje que lleva crece con él como una camisa de Nessus, y nadie, y menos aún Joachim von Pasenow, es capaz de precisar

dónde está el límite entre su yo y el uniforme. Y, sin embargo, era más que una costumbre. Pues, aunque la profesión militar no hubiera crecido dentro de él, o él en ella, el uniforme había llegado a ser para él símbolo de muchas cosas; y a lo largo de los años lo había alimentado y revestido con tantas ideas que, protegido y encerrado allí, ya no habría podido prescindir de él, aislado frente al mundo y la casa paterna, conformándose con esta seguridad y protección, sin notar casi que el uniforme sólo le dejaba una estrecha franja de libertad personal y humana, no más ancha que la estrecha franja de puño almidonado que permite el uniforme a los oficiales. No le gustaba vestirse de civil y le parecía bien que el uniforme le mantuviera apartado de locales de mala nota, en los que imaginaba al civil Bertrand acompañado de mujeres disolutas. Porque a menudo lo invadía un miedo terrible a caer también él en el oscuro destino de Bertrand. Por eso censuraba igualmente a su padre, por tener que acompañarlo, y precisamente de civil, en el obligado recorrido por la vida nocturna de Berlín, con la que debía concluir tradicionalmente la visita a la capital del Reich.

Cuando al día siguiente Joachim llevó al padre a la estación, éste le dijo: «Bueno, ahora que serás capitán de caballería, tendremos que pensar en el matrimonio. ¿Qué te parece Elisabeth? En definitiva los Baddensen poseen allá en Lestow unas doscientas fanegas, y la chica lo heredará todo algún día». Joachim calló. La víspera casi le había comprado una mujer por cincuenta marcos y hoy negociaba para él una unión legítima. ¡O quizá el viejo se había encaprichado con Elisabeth como con aquella muchacha, cuya mano sentía ahora Joachim otra vez en su nuca! Pero era inconcebible que alguien pudiera atreverse a codiciar a Elisabeth, y todavía más inconcebible que alguien pretendiera violar a una santa valiéndose del propio hijo, por no poderlo hacer personalmente. Casi estaba por disculparse con el padre por tan horrible sospecha; pero desde luego el viejo era capaz de todo. Sí, uno debería proteger de este viejo a todas las mujeres del mundo, piensa Joachim mientras recorren el andén, y lo sigue pensando mientras sigue el tren con la mirada en un saludo. Pero cuando el tren desaparece, piensa en Ruzena.

También al atardecer piensa aún en Ruzena. Hay tardes primaverales cuyo crepúsculo se prolonga mucho más de lo que está prescrito por la astronomía. Entonces cae sobre la ciudad una humosa, delgada niebla y le da esa opacidad un tanto tensa de las tardes sin trabajo que preceden a los días festivos. Y es también como si la luz hubiera quedado prendida de tal modo en esta niebla opaca y luminosamente gris que persisten en ella hilos de claridad incluso cuando ya se ha tornado negra y aterciopelada. Y así este crepúsculo dura mucho tiempo, tanto tiempo que los dueños de los comercios se olvidan de cerrar las tiendas; se quedan charlando con las clientas ante las puertas, hasta que pasa el guardia y les recuerda sonriente que han rebasado la hora de cierre. Incluso más tarde brillan aún luces en muchas tiendas, pues en la parte trasera del local la familia está cenando; no han echado el

travesaño de la puerta como de costumbre, sino que han colocado sólo una silla tras ella para indicar que los clientes no podrán ser atendidos, y cuando hayan terminado de comer, saldrán con sus sillas y se sentarán a descansar ante la puerta. Son de envidiar los pequeños comerciantes y artesanos que tienen la vivienda al fondo del local; envidiables en invierno, cuando echan el pesado travesaño y mantienen así doblemente protegido y caliente el local, a través de cuya puerta de cristales sonrío, en época navideña, el adornado árbol de Navidad, envidiables en los suaves atardeceres de primavera y otoño, cuando se sientan ante sus puertas, como en la terraza de su jardín, con el gato en el regazo o rascando con la mano el suave lomo del perro.

Joachim, de regreso del cuartel, pasa por un suburbio. Esto no corresponde a su rango, pues los oficiales suelen regresar a sus hogares en coches del regimiento. Nadie viene a pasear por aquí, ni siquiera Bertrand lo haría, y a Joachim le parece muy inquietante estar haciéndolo él, como si se hubiera metido en terreno resbaladizo. Pero ¿no es casi como si así quisiera rebajarse por Ruzena? ¿O es acaso rebajar a la propia Ruzena? Pues claramente se la imagina en una vivienda de suburbio, quizá incluso en un sótano, a cuya oscura entrada se amontonan legumbres y verduras para la venta, mientras la madre de Ruzena se acurruca allí haciendo punto y habla la oscura lengua extranjera. Joachim nota el olor humeante de las lámparas de petróleo. En la baja bóveda del sótano brilla una luz. Es una lámpara fijada al fondo sobre la sucia pared. Él mismo podría estar casi sentado allí con Ruzena, la mano de ella acariciándole la nuca. Pero se asusta en cuanto cobra conciencia de esta imagen, y se esfuerza en alejarla y en pensar que el mismo crepúsculo de luz gris descansa sobre Lestow. Y en el parque silencioso de niebla, que huele ya a césped húmedo, encuentra a Elisabeth; ella se dirige a casa lentamente, a través de las ventanas brillan las suaves lámparas de petróleo y se reflejan en la creciente oscuridad del atardecer, y también su perrito está con ella, como si también él estuviera cansado. Pero cuando piensa con más agudeza y más intensidad, se ve a sí mismo y a Ruzena en la terraza delante de la casa y Ruzena desliza la mano acariciante por su nuca.

Es fácil comprender que con ese hermoso tiempo primaveral uno estuviera de buen humor y los negocios marcharan viento en popa. Esto opinaba también Bertrand, que estaba en Berlín desde hacía unos días. Pero en el fondo sabía que su buen humor se debía simplemente al éxito que coronaba todos sus actos desde hacía años y que por otra parte necesitaba este buen humor para tener éxito. Era un agradable dejarse ir, como si él no tuviera que desplazarse hacia las cosas, porque ellas acudían flotando a su encuentro. Tal vez ésta había sido una de las razones por las que había dejado el regimiento: tantas cosas había que se ofrecían a su alrededor y que entonces le estaban vedadas. ¿Qué le decían a él en aquella época los letreros comerciales? Eran palabras muertas, que se pasaban por alto o que molestaban. Ahora sabía mucho de

bancos, sabía lo que ocurría tras las ventanillas, sí, ahora no comprendía sólo lo que estaba escrito en los letreros de las ventanillas, descuentos, cambios, giros, pagos, sino que sabía también lo que ocurría en las oficinas de la dirección, sabía juzgar un banco por su capital y sus reservas, y las cotizaciones de la Bolsa le daban una información viva. Comprendía expresiones como tránsito y existencias con franquicia en las agencias de transporte, y todo esto había penetrado en su ser del modo más natural, y le resultaba tan comprensible como la placa de bronce de Steinweg en Hamburgo: EDUARD VON BERTRAND, IMPORTACIÓN DE ALGODÓN. Y que pudiera verse una placa igual en la Rolandstrasse de Bremen y en el Cotton Exchange de Liverpool le hacía sentirse orgulloso.

Cuando encontró en Unter den Linden a Pasenow, anguloso en su larga chaqueta de uniforme con galones, angulosos los hombros, mientras él movía cómodamente los suyos en la tela inglesa, se sintió especialmente contento y lo saludó con la familiaridad y desenvoltura que adoptaba siempre que encontraba a un antiguo camarada, y le preguntó sin más si ya había almorzado y si no quería comer con él en Dressel.

Pasenow, ante el repentino encuentro y la inesperada cordialidad, olvidó lo mucho que había pensado en Bertrand durante los últimos días; de nuevo se avergonzó de estar hablando él, tan bien vestido en su uniforme, con uno que, por así decirlo, tenía que estar desnudo de civil ante él, y hubiera preferido evitar el ofrecimiento de comer juntos. Pero se tranquilizó al constatar que hacía mucho tiempo que no veía a Bertrand. Con la vida monótona y sedentaria que llevaba Pasenow, esto no tenía nada de extraño, opinó Bertrand. A él por el contrario, con su inquietud y su constante trajín, le parecía que había sido ayer que habían paseado juntos sus primeros galones entre los tilos y habían cenado por primera vez en Dressel —mientras habían entrado—, y en este tiempo sin embargo habían envejecido. Pasenow pensó: habla demasiado; pero como le resultaba agradable que Bertrand poseyera una fea peculiaridad, o como advertía que el silencio mantenido hasta ahora por el antiguo amigo le había mortificado siempre, preguntó, a pesar de su repugnancia a toda indiscreción, dónde demonios se había metido durante este tiempo; Bertrand hizo un ligero gesto con la mano, como queriendo echar a un lado algo sin importancia: «Bueno, en muchos sitios, últimamente en América». Claro, América... América había sido siempre para Joachim el país de los hijos depravados, repudiados, viciosos, ¡y el viejo Von Bertrand había muerto de pena! Pero aquello no encajaba tampoco con el hombre elegante y a todas luces acomodado que estaba sentado frente a él. Pasenow había oído hablar ya de alguno de estos depravados que se había labrado allí una buena posición como hacendado y luego regresaba a Alemania, a buscar una novia alemana, y quizá éste venía ahora en busca de Ruzena; pero no, ella no es alemana, sino checa, o, dicho con más exactitud, bohemia. No obstante, obsesionado por la idea, insistió de nuevo: «¿Y regresa usted allí?». «No, por ahora no, antes tengo que ir a la India». En suma, ¡un aventurero! Y Pasenow miró a su alrededor,

avergonzado de estar sentado a la mesa con el aventurero; pero había que afrontarlo: «Así que está usted siempre de viaje». «Bueno, hasta donde lo exigen los negocios... pero me gusta viajar. Ya se sabe, hay que hacer siempre aquello a lo que nos impulsa nuestro demonio interior». Estas palabras eran una confesión; ahora él lo sabía: Bertrand había abandonado el ejército por los negocios, por afán de lucro, por codicia. Pero Bertrand, con la insensibilidad propia de estos hombres codiciosos, no advirtió el desprecio que inspiraba y siguió con desparpajo: «Mire, Pasenow, cada vez me resulta más incomprensible que siga usted aquí.

¿Por qué no se apunta al menos al servicio de colonias, ya que el Reich nos ha proporcionado esta distracción?». Pasenow y sus compañeros nunca se habían calentado la cabeza con el problema de las colonias; era un asunto reservado a la marina; pero sin embargo se indignó: «¿Distracción?». Bertrand tenía de nuevo aquel gesto irónico en la boca: «Veamos, ¿qué puede sacarse de todo esto? Una pequeña distracción bélica particular y una pequeña fama bélica para los directamente interesados. Con todos los respetos para el doctor Peters naturalmente, y si hubiera llegado antes, yo habría colaborado con él, pero ¿qué se puede sacar de todo esto, salvo romanticismo? Todo es romanticismo... a excepción, claro está, de la actividad misionera de católicos y evangélicos, que llevan a cabo un trabajo razonable y oportuno. Pero todo lo demás... distracción, sólo una distracción». Hablaba de forma tan despectiva, que Pasenow se sintió profundamente enojado, aunque su tono reflejaba sólo mortificación: «¿Por qué nosotros, alemanes, debemos quedarnos atrás respecto a los otros pueblos?». «Voy a decirle algo, Pasenow; en primer lugar, Inglaterra es Inglaterra; en segundo lugar, tampoco Inglaterra ha ganado todavía la partida; en tercer lugar, prefiero de todos modos invertir capitales sobrantes en valores coloniales ingleses que en alemanes, de modo que incluso podría hablarse de un romanticismo económico colonial; y, en cuarto lugar, ya dije antes que siempre es sólo la Iglesia la que tiene un interés sensato y auténtico en la expansión colonial». La mortificada sorpresa de Joachim von Pasenow iba en aumento, así como la sospecha de que el tal Bertrand quería cegarlo con palabras pedantes e impenetrables y arrastrarlo o inducirlo a algo determinado. Todo aquello tenía algo que ver, de un modo u otro, con el cabello nada militar y casi rizado de Bertrand. Hasta cierto punto resultaba teatral. A Joachim se le ocurrió la palabra abismo y abismo infernal; ¿por qué hablaba siempre aquel hombre de la fe y de la Iglesia? Pero antes de que pudiera hallar una respuesta adecuada, Bertrand se había dado cuenta ya de su asombro: «Sí, vea usted, Europa se ha vuelto un punto muy dudoso para la Iglesia. ¡Con África ocurre lo contrario! Cientos de millones de almas como materia prima para la fe. Y puede estar usted seguro de que un negro bautizado es mejor cristiano que veinte europeos. Es más que comprensible que tanto el catolicismo como el protestantismo luchen por hacerse con estos fanatizados; allí está el futuro de la fe, allí están los futuros paladines de la fe, aquellos que un día arremeterán a sangre y a fuego, en nombre de Cristo, contra una Europa hundida en el paganismo y en el lodo, para

colocar finalmente un Papa negro en la silla de Pedro, entre las humeantes ruinas de Roma». Esto es el Apocalipsis de san Juan, pensó Pasenow; blasfema. ¿Y qué pretende con las almas de los negros? Ya no existen traficantes de esclavos, aunque una cosa así podría atribuirse muy bien a un hombre dominado por la codicia. Él mismo ha hablado de su demonio interior. Pero tal vez sólo esté bromeando; ya en la escuela no se sabía nunca qué pensaba. «¡Usted bromea! Y en lo que respecta a los turcos y españes, ya hemos terminado con ellos». Bertrand no pudo evitar una sonrisa, y su sonrisa era tan amistosa y alentadora que tampoco Joachim pudo hacer otra cosa que sonreír. Se sonrieron pues amistosamente y sus almas se saludaron a través de las ventanas de los ojos un instante, como dos vecinos que no se han saludado nunca y que por casualidad se asoman al mismo tiempo a la ventana, alegres y avergonzados a un tiempo por este saludo inesperado y simultáneo. Disiparon su vergüenza en un convencionalismo, y Bertrand, levantando su copa, dijo: «Mucho ojo, Pasenow», y Pasenow dijo: «Mucho ojo, Bertrand», y los dos tuvieron que sonreír otra vez.

Cuando salieron del local y se hallaron otra vez en Unter den Linden, bajo los árboles inmóviles, un tanto marchitos a la cálida luz del sol de la tarde, Pasenow recordó aquello que no se había atrevido a decir durante la comida: «En realidad no comprendo qué tiene usted contra la fe de nosotros, los europeos. Me parece que, como habitante de una gran ciudad, no tiene una visión adecuada del problema. Cuando uno ha crecido, como yo, en el campo, considera estas cosas de otra forma. Nuestra gente del campo está además mucho más apegada al cristianismo de lo que usted parece creer». En cierto modo se sintió audaz por haberle dicho esto a Bertrand cara a cara, un soldado raso que pretendía dar indicaciones estratégicas a un oficial de Estado Mayor, y temió por un momento que Bertrand se enfadara. Pero Bertrand se limitó a decir alegremente: «Bueno, entonces todo irá estupendamente». Después intercambiaron sus direcciones y se prometieron seguir en contacto.

Pasenow tomó un coche de punto para ir a Westend, a las carreras. El vino del Rin, el calor de la tarde y también lo extraordinario de aquel encuentro le habían dejado tras la frente y los parietales —con gusto se habría quitado la rígida gorra— una sensación oscura y quebradiza, no muy distinta al cuero del asiento, que sentía en las yemas de los dedos a través de los guantes blancos, un poco pegajoso incluso, tan caliente lo había puesto el sol. Lamentaba no haber invitado a Bertrand a venirse con él, y se alegraba de que, al menos, su padre no hubiera permanecido en Berlín, pues de ser así seguro que habría estado sentado a su lado. Por otra parte, le alegraba que Bertrand no le hubiese acompañado en traje de civil. Pero tal vez Bertrand quisiera darle una sorpresa, recogería a Ruzena y se encontrarían todos en el hipódromo. Como una familia. Pero estos pensamientos eran absurdos. Ni siquiera Bertrand se exhibiría en el hipódromo con una chica así.

Cuando pocos días después su camarada Leindorff recibió la visita de su anciano padre, fue para Pasenow como un mandato del cielo acudir al Jägerkasino para adelantarse al viejo Leindorff, al que ya veía subir las angostas escaleras con paso apresurado y rectilíneo. Fue a casa en el coche del regimiento y se vistió de civil. Después se puso en camino. En la esquina se encontró a dos soldados; iba ya a llevarse la mano al borde de la gorra para responder a su saludo, cuando se dio cuenta de que no le habían saludado y de que él llevaba chistera en lugar de la gorra; todo aquello era hasta cierto punto disparatado y no pudo evitar una sonrisa, porque era absurdo que el viejo y medio paralítico conde Leindorff, que sólo pensaba en sus consultas médicas, estuviera hoy en el Jägerkasino. Lo más sensato sería dar media vuelta y regresar, pero, como esto podía hacerlo en cualquier momento, sintió una leve sensación de libertad y prosiguió su camino. En el fondo hubiera preferido pasear por aquel suburbio para volver a ver el sótano de las verduras con su humeante lámpara de petróleo colgada del muro, pero no podía pasearse por la parte norte con levita y chistera. Allí fuera el atardecer debía de ser hoy deliciosamente crepuscular como entonces, pero aquí, en el centro de la ciudad, todo parecía ser enemigo de la naturaleza, incluso el cielo y el aire que cubrían las estrepitosas luces, los numerosos escaparates y la agitada vida de la calle, eran tan ciudadanos y tan poco hogareños, que experimentó una sensación de agrado y de quietud, aunque también inquietante, al descubrir una tiendecita de lencería, que exponía en un pequeño escaparate sus puntillas, ruches, labores empezadas sobre patrones azules, y al ver la puerta de cristal que, en la parte posterior, conducía evidentemente a la vivienda. Tras el mostrador estaba sentada una mujer de pelo blanco, casi una dama, junto a una muchacha joven cuyo rostro no podía ver; ambas hacían labor. Contempló las mercancías del escaparate y pensó que podría dar una alegría a Ruzena con alguno de aquellos pañuelos de encaje. También esta idea le pareció absurda y siguió adelante; pero al llegar a la esquina siguiente dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, impulsado por el deseo de ver el rostro oculto de la muchacha de la tienda; adquirió tres pañuelos finos, en realidad sin destinarlos concretamente a Ruzena, sino porque sí y feliz también de proporcionarle a la anciana una alegría con su compra. Pero la muchacha tenía un rostro indiferente, una expresión casi antipática. Después Joachim se marchó a su casa.

En invierno, en la época de las fiestas cortesanas, que eran una esperanza inconfesada para la baronesa, en primavera, en la época de las carreras y las compras para el verano, la familia Baddensen ocupaba una lujosa casa en Westend, y un domingo por la mañana Joachim von Pasenow fue a visitar a las damas. Acudía raras veces a este distante barrio de chalets, que se extendían rápidamente siguiendo el modelo de los

cottages ingleses, aunque sólo familias acomodadas, con carruaje a su disposición, podían vivir allí, sin notar demasiado el inconveniente del alejamiento de la ciudad. Pero para aquellos privilegiados que podían subsanar este inconveniente espacial, la estancia allí era un pequeño paraíso campestre, y Pasenow, mientras cruzaba por las cuidadas calles entre las villas, sintió penetrar en él, ante el encanto de este barrio residencial, una sensación cálida y agradable. Durante los últimos días muchas cosas habían perdido seguridad y de modo inexplicable esto tenía relación con Bertrand: algún pilar de la vida se había tornado quebradizo, y si bien todo seguía en su antiguo lugar, porque las partes se sostenían unas con otras, Joachim, junto al vago deseo de que la bóveda de este equilibrio se derrumbara y enterrara bajo sí misma los elementos caídos, sentía crecer al mismo tiempo el temor de que aquel vago deseo se cumpliera, y sentía crecer una nostalgia de firmeza, seguridad y paz. Pero aquel barrio lujoso de villas, con sus edificios palaciegos estilo renacimiento, barroco o suizo, rodeados de bien cuidados jardines, en los que se oían el rastrillo del jardinero, el chorro de las mangas de riego, el canto de las fuentes, destilaba una seguridad tan grande e insular que uno apenas podía creer la profecía de Bertrand de que tampoco Inglaterra había ganado la partida. A través de las ventanas abiertas se oían estudios de Stephen Heller y Clementi: las hijas de estas familias podían seguir tranquilas sus estudios; feliz destino de seguridad y de dulzura, pletórico de amistad, hasta que el amor viene a sustituir a la amistad y el amor se extingue de nuevo en amistad. A lo lejos, aunque no muy lejos, un gallo cantó, como si también él quisiera destacar la rústica sencillez de aquel cuidado barrio residencial: si Bertrand hubiera crecido en el campo, no andaría difundiendo inseguridad, y de haberle dejado a él en su tierra, no se habría hecho tan propenso a la inseguridad. Sería hermoso pasear con Elisabeth por los campos, tocar con dedos inquisitivos el trigo maduro y por las tardes, cuando el aire se impregna del penetrante olor de los establos, atravesar el patio limpio y recién barrido para ver cómo ordeñan. Elisabeth resultaría aquí, entre grandes y rústicos animales, excesivamente esbelta para la pesadez del ambiente, y lo que en la madre era sólo natural y hogareño, en ella sería conmovedor y hogareño a un tiempo. Pero para todo aquello era ya para él demasiado tarde, para él, al que habían convertido en un extraño y que era ahora —se estaba dando cuenta— un apátrida como Bertrand.

Le envolvió el recogimiento del jardín, cuyas vallas quedaban ocultas tras los setos. Y el recogimiento de la naturaleza se veía aumentado por el hecho de que la baronesa había hecho sacar al jardín uno de los sillones de felpa del salón: el sillón estaba allí, sobre la gravilla del jardín, como algo exótico y necesitado de calor, con sus patas torneadas y terminadas en ruedas, y agradecía la benignidad del clima y de la naturaleza civilizada, que le permitían permanecer en aquel lugar; pero su color era el de una rosa oscura que se marchitaba. Elisabeth y Joachim se sentaron en las sillas del jardín, cuyos asientos de hierro estaban tachonados por estrellas como encajes de Bruselas.

Después de haber hablado ampliamente de las ventajas de aquel barrio residencial, que resultaba especialmente adecuado para las personas acostumbradas y amantes de la vida campestre, le preguntaron a Joachim por su vida en la capital, y él no pudo dejar de expresar y justificar su añoranza por el campo. Halló absoluta aprobación por parte de las damas; especialmente la baronesa aseguró una y otra vez que ella, y esperaba no le sorprendiera, pasaba con frecuencia días y semanas sin ir al centro de la ciudad, tanto miedo le daban, sí, miedo, el bullicio, el ruido y el gigantesco tráfico. Pero allí, opinó Pasenow, tenían ellas un auténtico refugio, y la conversación recayó de nuevo en las excelencias de aquel barrio privilegiado, hasta que la baronesa, como si quisiera darle una grata sorpresa, le comunicó casi en secreto que les habían ofrecido la compra de la casita con la que se habían encariñado tanto. Y con la alegría anticipada de la posesión le propuso que visitara la casita, que hiciera *le tour du propriétaire*, expresión que pronunció con un asomo de vergüenza e ironía.

Como de costumbre, en la planta baja estaban las habitaciones de vida en común y en el piso superior los dormitorios. Junto al comedor, que irradiaba una confortabilidad sombría con sus viejos muebles alemanes de madera tallada, construirían un jardín de invierno con surtidor, y por supuesto ampliarían también el salón. Después subieron la escalera, que tanto arriba como abajo tenía cortinas de terciopelo que caían en artísticos pliegues, y la baronesa no dejó ni una puerta sin abrir, exceptuando sólo las excusadas. Con algo de apuro y un ligero rubor el cuarto de Elisabeth fue expuesto a las miradas masculinas, pero más que esas nubes de blancos encajes que cubrían la cama, las ventanas, el lavabo y el espejo, fue para Joachim vergonzosa y penosa la visión del dormitorio de matrimonio; casi llegó a sospechar que de este modo la baronesa quería obligarle a convertirse en confidente de la casa y cómplice de su vergüenza. Porque allí ante sus ojos, ante los ojos de todos, patente para Elisabeth, a quien él sentía abrumada y violentada por tal conocimiento, cama con cama, a punto para las funciones sexuales de la baronesa, que ahora él veía ante sí, no precisamente desnuda, pero con sus aires de gran dama perdidos y como desgarrada, allí estaba aquel dormitorio, y la habitación se le aparecía de pronto como el centro de la casa, como el altar oculto y sin embargo visible alrededor del cual se había construido todo lo demás. Y también vio de repente con claridad que en todas las casas de aquella larga hilera de villas ante las cuales había pasado, un dormitorio semejante era también el centro, y que las sonatinas y estudios que se escuchaban a través de las abiertas ventanas, tras las cuales el viento primaveral agitaba suavemente los blancos cortinajes, sólo servían para encubrir la verdadera situación. Así pues, cada noche se preparan en todas partes las camas para los señores con las sábanas que hipócritamente se doblan en el cuarto de plancha, y la servidumbre y los niños saben a qué fin se destinan; en todas partes los criados y los niños duermen castamente y desparejados en torno al apareado centro de la casa, honestos y castos, pero al servicio y bajo las órdenes de los

impúdicos y desvergonzados. ¿Cómo se había podido atrever la baronesa, al ponderar las ventajas del barrio, a incluir la cercanía de la iglesia en estas alabanzas?

¿No tenía ella que pisar la iglesia en último lugar, o, por así decirlo, descalza? Tal vez Bertrand se refería a esto, cuando habló de la irreligiosidad, y Joachim comprendió que los negros paladines de Dios caerían a sangre y fuego sobre estos desechos humanos, a fin de restablecer la verdadera castidad y el cristianismo verdadero. Miró a Elisabeth y creyó leer en sus ojos que compartía su indignación. Y el hecho de que ella pudiera estar destinada a una profanación similar, y de que él mismo tuviera tal vez que llevar a cabo esta profanación, le enterneció de tal modo que hubiera querido raptarla, sólo para montar guardia ante su puerta y para que ella, sin ser ultrajada ni molestada, soñara eternamente un sueño de encajes blancos.

Acompañado amablemente por las damas hasta la planta baja, se despidió con la promesa de volver pronto. Ya en la calle, adquirió conciencia de la vacuidad de esta visita; pensó en cuánto aterrarían a estas damas las palabras de Bertrand, y deseó incluso que alguna vez pudieran escucharlo.

Cuando un hombre, sea a consecuencia del aislamiento de casta que preside su vida, sea a consecuencia de cierta desidia de los propios sentimientos, ha adquirido la costumbre de ignorar a sus semejantes, tiene que causarle extrañeza y asombro que su mirada quede prendida en dos jóvenes desconocidos que charlan cerca de él. Esto fue lo que le sucedió a Joachim una noche en el *foyer* de la ópera. Los dos hombres eran evidentemente extranjeros y no pasaban mucho de los veinte años; de momento los creyó italianos, no sólo porque el corte de sus trajes era un poco insólito, sino porque uno de ellos, de ojos negros y cabello negro, llevaba bigote a la italiana. Después, aunque a Joachim le repugnaba escuchar conversaciones ajenas, pudo comprobar que se servían de una lengua extranjera, pero que no era italiano, y se sintió impelido a escuchar con más atención, hasta que, con un ligero sobresalto, creyó advertir que aquellos dos jóvenes hablaban checo, o, para ser más exactos, bohemio. Su sobresalto carecía de fundamento, y aún le pareció menos fundamentado el sentimiento de infidelidad respecto a Elisabeth que siguió. Naturalmente era posible, aunque no probable, que Ruzena se encontrara aquí en el teatro y que los dos jóvenes fueran a verla a su palco, como él mismo había acudido a veces al de Elisabeth, y tal vez el joven de la barbita negra y los negros cabellos excesivamente rizados tuviera realmente cierto parecido con Ruzena, y no sólo por el color del pelo: era tal vez aquella boca un poco demasiado pequeña, cuyos labios se destacaban en exceso sobre el cutis amarillento, aquella nariz demasiado corta y graciosa y aquella sonrisa, que resultaba en cierto modo desafiante —sí, desafiante era la palabra exacta— y que parecía no obstante pedir perdón. Sin embargo, todo esto le parecía absurdo y era muy posible que semejante parecido fueran meras figuraciones suyas; ya que, si pensaba ahora en Ruzena, tenía que reconocer que su imagen había palidecido

totalmente, que con toda seguridad no la reconocería por la calle, y que sólo podía verla a través de la máscara y por mediación de aquel joven. Esto le tranquilizó y en cierto modo quitó peligro a la situación, sin que uno pudiera alegrarse, ya que al mismo tiempo y a otro nivel experimentó la sensación indecible y espantosa de que la muchacha estaba oculta tras la máscara de un hombre, y este pensamiento le seguía torturando incluso después del entreacto. Representaban *Fausto* y las suaves notas tenían tan poco sentido como el argumento de la ópera, en la que nadie, ni siquiera el propio Fausto, advertía que tras los amados rasgos de Margarita se ocultaba el rostro de Valentín y que Margarita tenía que expiar por ello y no por otra cosa. Tal vez lo supiera Mefistófeles, y Joachim se alegró de que Elisabeth no tuviera ningún hermano. Cuando, al terminar la representación, se encontró de nuevo con el hermano de Ruzena, se sintió aliviado porque con ello le quedaba vedada también la hermana, y se sintió tan seguro que, a pesar del uniforme, se dirigió hacia la Jägerstrasse. También la sensación de infidelidad había desaparecido.

Sólo al doblar por la Friedrichstrasse, recordó que no podía entrar en el local vestido de uniforme. Se sintió decepcionado y siguió por la Jägerstrasse. ¿Qué debía hacer? Dio una vuelta a la manzana siguiente, volvió a la Jägerstrasse, y se sorprendió a sí mismo espionando bajo el sombrero de las muchachas que pasaban, en espera de oír palabras italianas. Pero cuando estuvo de nuevo en las cercanías del local, no oyó italiano sino un mal alemán entre áspero y cantarín: «Pero ¿es que ya no me conoce?». Pasenow exclamó contra su voluntad «Ruzena», y pensó al mismo tiempo: qué lamentable. Estaba en plena calle, de uniforme, con una muchacha así, él, que pocos días antes casi se había avergonzado de Bertrand y de su traje de civil, y en lugar de alejarse, olvidó toda compostura y se sintió casi feliz, se sintió feliz de que aquella muchacha mostrara deseos de seguir charlando: «¿Dónde está hoy papá? ¿No viene hoy?». «No, hoy no puede ser, pequeña Ruzena; tampoco...», ¿cómo lo llama ella?, «tampoco el viejo señor vendrá hoy al local...» Y él ahora tenía que darse prisa. Ruzena le miró desconcertada: «Me hacen esperar tanto tiempo y ahora nada...», pero, y su rostro se iluminó, él tenía que hacerle una visita. Joachim contempló aquel rostro temeroso e interrogativo, como queriendo grabarlo definitivamente en su memoria, aunque intentando averiguar también si tras él se escondía el hermano meridional de la barbita. Había alguna semejanza; pero, mientras reflexionaba sobre si una muchacha que lleva marcado en el rostro a su hermano podía tener algún ascendiente sobre él, le vino a la mente su propio hermano, rubio y varonil con su barba corta, y esto le hizo volver a la realidad. Claro que era muy distinto; Helmuth pertenecía al campo, era un cazador, no tenía nada en común con estos blandos ciudadanos del sur, y sin embargo se sintió tranquilizado. Su mirada seguía indagando, pero la aversión desapareció y sintió la necesidad de hacer algo cariñoso, de decirle algo amable, para que la muchacha conservara un buen recuerdo de él; estaba indeciso todavía: no, pequeña Ruzena, no podía ir a visitarla, pero... «¿Pero?», sonó una voz temerosa y llena de esperanza... Joachim no

supo en un primer instante qué iba a seguir a este pero, y luego sí lo supo:

«Podríamos encontrarnos en las afueras, almorzar juntos». Sí, sí, sí, sí, ella conocía una pequeña hostería: ¡mañana! No, mañana era imposible, pero el miércoles él no tenía servicio, y acordaron encontrarse el miércoles. Entonces ella se puso de puntillas y le susurró al oído: «Eres amable y bueno, tú», y se alejó corriendo, desapareció tras la puerta, sobre la que ardían las lámparas de gas. Pasenow vio a su padre subir la escalera a pasos rápidos y enérgicos y su corazón se contrajo inequívoca y dolorosamente.

Ruzena estaba encantada por el rígido convencionalismo con que Joachim la había tratado en el restaurante, e incluso olvidó la decepción de verle aparecer en traje de civil. El día era fresco y lluvioso; pero ella no había querido renunciar a su programa y después de comer fueron a Charlottenburg y al Havel. Ya en el coche, Ruzena le había sacado un guante a Joachim, y ahora, mientras caminaban a lo largo de la orilla, le cogió el brazo y lo enlazó con el suyo. Andaban lentamente, pisaban un paisaje lleno de expectación por su silencio, y que sin embargo no podía esperar otra cosa que la lluvia y la noche. El cielo descansaba blandamente sobre ellos, unido a veces a la tierra en unidad más íntima por retazos de lluvia, y para ellos, caminantes en el silencio, era también como si sólo les hubiera quedado la esperanza, como si todo lo que en ellos había estado vivo se les hubiera escurrido entre los dedos, entrelazados como las hojas de un capullo cerrado. Apoyados hombro contra hombro, semejantes desde lejos a un triángulo, caminaban a lo largo de la orilla, mudos, porque ninguno de los dos sabía qué era lo que los había impulsado el uno hacia el otro. Pero de improviso, mientras andaban, Ruzena se había inclinado sobre su mano, que mantenía prisionera en la suya y, antes de que él pudiera liberarla, la había besado. Joachim miró unos ojos, arrasados en lágrimas, miró una boca, que a punto de estallar en un sollozo dijo sin embargo: «Cuando te encontré por la escalera dije, Ruzena no es para ti, nunca es para ti. Y ahora estás aquí...». Pero ella no le ofreció los labios para el beso esperado, sino que dejó caer de nuevo, casi con avidez, su rostro sobre la mano de Joachim y, al no querer él consentirlo, la mordió, sin violencia, con tanta suavidad y dulzura como un cachorro juguetero; después, mirando satisfecha la señal, dijo: «Ahora continuemos el paseo. La lluvia no hace daño». La lluvia se sumergía suavemente en el río, se deslizaba silenciosa sobre las hojas de los sauces. Un bote yacía medio hundido junto a la orilla; por debajo de una pequeña pasarela de madera desembocaba en las tranquilas aguas del río un arroyo tumultuoso, y Joachim se sintió también arrastrado por una corriente, como si el anhelo que lo embargaba fuera un calmo y suave fluir de su corazón, unas aguas respirantes, ansiosas de desembocar en los labios amados y sumergirse en ellos como en un lago de aguas inmensamente tranquilas. Era como si el verano se deshiciera en rocío, y el agua se tornó mansa, se deslizó por las hojas y cayó en gotas de rocío sobre la hierba. A lo lejos se había

formado un tenue velo de niebla, y si daban media vuelta se cerraría tras ellos, de modo que sus pasos eran como un reposo. Al arreciar la lluvia, buscaron refugio bajo los árboles, donde el suelo todavía estaba seco, una mancha de seco y no disuelto polvo estival, casi miserable entre tanta disolución; Ruzena se sacó las agujas del sombrero, no sólo porque esta servidumbre ciudadana la molestaba, sino para proteger a Joachim de sus puntas afiladas, se quitó el sombrero y apoyó la espalda contra Joachim, como si fuera el árbol protector. Había echado la cabeza hacia atrás, y él inclinó el rostro de modo que sus labios rozaron la frente y los negros rizos que la enmarcaban. Él no veía las finas y un tanto tontas arrugas que surcaban la frente de Ruzena, tal vez porque estaba demasiado cerca para distinguirlas, tal vez porque todo mirar se había convertido en sentir. Pero ella sentía los brazos que la rodeaban, las manos de él en las suyas, se sentía como en las ramas del árbol, y el aliento de Joachim en su frente era como el deslizarse de la lluvia sobre las hojas; estaban tan inmóviles, y el cielo gris se fundió hasta tal punto con la superficie del agua, que los sauces de la isla parecían flotar a lo lejos en un lago gris, no se sabía si colgando desde arriba o apoyados abajo. Pero Ruzena observó entonces las mojadas mangas de su chaqueta y sugirió quedamente que debían regresar. El agua les caía ahora en pleno rostro, pero no podían ir más aprisa, porque se habría roto el encanto, y no volvieron a sentirse seguros hasta que estuvieron tomando café en el pequeño quiosco. El agua corría cada vez más densa por los cristales del rústico mirador y caía en suave parloteo desde el alero. Cuando la hostelera salió de la habitación, Ruzena dejó la taza, le quitó a él la suya de las manos y le cogió la cabeza, la atrajo hacia sí, muy cerca de sus ojos, tan cerca, y sin embargo todavía sin besos, que sus miradas se fundieron y la tensión en su dulzura se hizo casi insoportable. Pero en el coche, bajo la capota y con las cortinillas corridas, como en lo hondo de una cueva oscura, el suave y quedo tamborileo de las gotas sobre el cuero tendido, viendo sólo del cochero el borde inferior de la esclavina y del mundo sólo las dos franjas grises y mojadas del camino por las rendijas a derecha y a izquierda y pronto no viendo ni siquiera esto, entonces sí se acercaron sus rostros, desembocaron y se fundieron uno en otro, quietos y fluyentes como el río, perdidos e irrecuperables, siempre reencontrados y sumergidos de nuevo en lo intemporal. Fue un beso que duró una hora y catorce minutos. Y el coche se detuvo frente a la casa de Ruzena. Pero cuando él quiso entrar con ella, Ruzena sacudió la cabeza y él se alejó, pero el dolor de aquella despedida era tan intenso que a los pocos pasos volvió atrás y cogió aquella mano que seguía tendida inmóvil y anhelante, arrastrado por el ansia propia y atraído por la de ella, los dos como en un sueño, como sonámbulos, subieron por la oscura escalera que crujía bajo sus pies, atravesaron la oscura antesala y, en la habitación, ensombrecida por la tarde lluviosa, se dejaron caer desvanecidos sobre la burda colcha que cubría oscuramente el lecho, buscaron de nuevo el beso del que bruscamente les habían arrancado, los rostros húmedos de lluvia o de lágrimas, no lo sabían. Ruzena se separó, condujo su mano a los cierres que cerraban a la espalda su corpiño y su voz

cantarina sonó oscura: «Suelta esto», susurró Ruzena, mientras tiraba de su corbata y los botones de su chaqueta. Y en un repentino acto de humildad, ya fuera ante él, fuera por agradecimiento hacia Dios, cayó de rodillas, la cabeza junto al borde de la cama, y le desabrochó los zapatos. Oh, qué espantoso era aquello, por qué no dejarse sumergir simplemente, olvidando la coraza que los ocultaba, y, sin embargo, cuán agradecido le estaba por simplificar tan conmovedoramente la situación: oh, liberación de su sonrisa, al descubrir la cama en que se precipitaron. Todavía molestaban los bordes tiesos y almidonados de la pechera de la camisa, que pinchaban la barbilla de Ruzena, y ella, abriéndola y metiendo el rostro entre los rígidos bordes, ordenó: «Quítate esto», y ya sólo hubo liberación y sensaciones, suavidad del cuerpo, aliento, ahogo en las corrientes del sentir, encanto que surge de la angustia. Oh, angustia de vida, que fluye de la carne viva que recubre los huesos, suavidad de la piel, que tensa se extiende sobre ella, terrible presagio del esqueleto, del tórax enmarcado de costillas que tú puedes rodear con tus brazos y que palpitante se apoya en ti con un corazón que late junto al tuyo. Oh, dulce olor de la piel, perfume húmedo, blandos surcos bajo los senos, oscuridad de las axilas. Pero Joachim estaba todavía demasiado turbado, los dos estaban demasiado turbados para poder concienciar el encanto, sólo sabían que estaban juntos y que, no obstante, debían buscarse. En la oscuridad vio el rostro de Ruzena, pero parecía deslizarse, como si se perdiera entre las oscuras riberas del río de bucles, y lo buscó premiosamente con la mano para cerciorarse de que estaba allí, encontró la frente y los párpados, bajo los cuales descansa duro el globo ocular, encontró la deliciosa redondez de las mejillas y la línea de la boca, abierta al beso. Las olas del deseo se iban sucediendo unas a otras; arrastrado por la corriente, su beso encontró el de ella, y mientras los sauces de las riberas del río crecían y se tendían de una orilla a la otra encerrándolos como una cueva de felicidad, en cuya apacible serenidad descansara el silencio del lago eterno, la voz de Joachim aunque hablaba muy bajo, ahogado y sin respiración, buscando únicamente el aliento de ella, estalló en un grito, en un «te quiero» que la hizo abrirse, como se abre un molusco en el mar, y él se sumergió en ella en un viaje sin retorno.

Inesperada llegó la noticia de la muerte de su hermano. Había muerto en Posen, en un duelo con un hacendado polaco. De haber sucedido unas semanas antes, tal vez Joachim no se habría sentido trastornado. En los veinte años que llevaba lejos de su casa, la imagen de su hermano se había tornado cada vez más borrosa y, cuando pensaba en él, sólo veía ante sí al muchacho rubio en ropa de niño —hasta que lo habían enviado a él a la academia, siempre los habían vestido igual—, e incluso ahora lo primero que imaginó fue un féretro infantil. Pero de inmediato se destacó junto a esta imagen un Helmuth varonil, de barba rubia, imagen idéntica a la que le había asaltado aquella noche en la Jägerstrasse, cuando temió no reconocer ya el rostro de

una muchacha tal y como es: ah, entonces los ojos claros del cazador lo habían salvado de las quimeras a las que otro le había querido arrastrar para hundirlo en ellas, y esos ojos que le había prestado entonces los había cerrado Helmuth para siempre, tal vez con el fin de regalárselos también para siempre. ¿Le había exigido él esto a Helmuth? Se sentía libre de culpa y sin embargo parecía que esta muerte hubiese ocurrido por él, como si él hubiera sido su causa. Era curioso que Helmuth hubiera llevado la barba como tío Bernhard, la misma barba, corta y tupida, que dejaba la boca al descubierto, y ahora le parecía a Joachim que él siempre había considerado a Helmuth responsable de su entrada en la academia y su carrera militar, y no al tío Bernhard, que sin embargo era el verdadero responsable. Bien, Helmuth se había podido quedar en casa, había representado además una comedia; tal vez éste era el motivo, pero todo esto se mezclaba de un modo sorprendente, tanto más sorprendente cuanto que él sabía, desde hacía tiempo, que la vida de su hermano no era nada envidiable. Vio de nuevo ante sí el ataúd infantil y el rencor contra su padre aumentó. O sea que el viejo había logrado también echar de casa a este otro hijo. Era un rencoroso sentimiento de liberación hacer recaer la responsabilidad de esta muerte sobre el padre.

Fue al entierro. Al llegar a Stolpin, encontró una carta de Helmuth: «Ignoro si saldré con vida de este asunto, un tanto banal. Naturalmente espero que sí, pero en el fondo casi me da igual. Aplaudo el hecho de que exista algo así como un código del honor, el cual nos presenta, en esta vida tan indiferente, un destello de una idea más elevada, a la que uno puede someterse. Espero que tú hayas encontrado en tu vida más valores que yo en la mía; a veces te he envidiado tu carrera militar; por lo menos es un servicio a algo más grande que uno mismo. No sé qué piensas tú de esto, pero te escribo para advertirte que, si yo muero, no dejes la carrera militar para hacerte cargo de la hacienda. Tarde o temprano será inevitable, pero mientras el padre viva es mejor que permanezcas lejos de casa, a no ser que la madre te necesite. Mis mejores deseos para ti». Seguía una serie de disposiciones diversas, cuya ejecución Joachim debía vigilar, y para terminar manifestaba la esperanza, un tanto sorprendente, de que Joachim no estuviera tan sólo como él.

Los padres estaban afectados de una forma extraña, incluso la madre. El padre lo saludó con un apretón de manos y dijo: «Cayó por el honor, por el honor de su nombre», y después, con pasos enérgicos y rectilíneos, recorrió silencioso la habitación de un lado a otro. Al cabo de un momento repitió: «Cayó por el honor», y salió de la habitación.

Habían instalado la capilla ardiente en el gran salón. Desde el vestíbulo Joachim advirtió el denso perfume de las flores y las coronas: demasiado denso para un ataúd infantil, pensamiento este obsesivo y absurdo, y sin embargo Joachim se detuvo vacilante ante la puerta cargada de cortinas, no se atrevió a mirar, fijó la vista en el suelo. Conocía el *parquet*, conocía también las placas triangulares contiguas al umbral, conocía los adornos que venían a continuación, y al seguirlos con la mirada,

intentando, como hacía de niño, abarcar el artístico diseño, llega al borde de la negra alfombra que han tendido bajo el catafalco. Algunas hojas, caídas de las coronas, yacen allí. Tiene ganas de volver a centrar su atención en los adornos, da unos pasos y ve el ataúd. No era un ataúd infantil, por fortuna; pero sin embargo le contuvo el temor de contemplar con sus ojos videntes los ojos muertos del hombre, unos ojos que han tenido que apagarse tanto que el rostro del muchacho se ha ahogado en ellos, tal vez arrastrando consigo al hermano a quien había regalado los ojos, y la idea de que él mismo yacía allí se hizo tan penetrante que experimentó como una liberación y le pareció una prueba de buena suerte descubrir, al acercarse, que el féretro estaba cerrado. Alguien dijo que el rostro del muerto estaba desfigurado, por la herida del disparo. Apenas lo oyó, permaneció junto al ataúd, la mano apoyada en la tapa. Y con esa torpeza que invade al ser humano ante un cadáver y ante el silencio de la muerte, en que todo lo real se disgrega y aleja, en que antiguas costumbres se quiebran y desploman, en que el aire se enrarece y se hace irrespirable, era como si nunca más pudiera apartarse del túmulo y sólo con un gran esfuerzo logró recordar que éste era el salón grande y que el féretro ocupaba el lugar del piano y que detrás de la alfombra tenía que haber un trozo de *parquet* que nunca se había pisado; se dirigió allí lentamente, tocó la pared cubierta con un paño negro, palpó bajo la gruesa tela los marcos de los cuadros y de la Cruz de Hierro, y esta reconquista de un fragmento de realidad transformó la muerte, de modo original y casi fascinante, en una especie de problema de tapicero, dio un aire casi divertido al hecho de que hubieran colocado a Helmuth en aquella habitación, el féretro decorado con toda clase de flores, como un mueble nuevo, unió lo incomprensible de nuevo tan estrechamente a lo comprensible y a la fuerza de la certidumbre que la vivencia de estos minutos —¿o habían sido sólo segundos?— desembocó en un feliz sentimiento de tranquila confianza. El padre apareció en compañía de unos señores y Joachim le oyó repetir varias veces: «Murió por el honor». Pero cuando aquellos señores se hubieron marchado y Joachim creía estar otra vez solo, oyó de nuevo repentinamente: «Murió por el honor», y vio al padre pequeño y sólo junto al féretro. Se sintió obligado a acercársele. «Ven, padre», le dijo, y lo acompañó fuera de la habitación. En la puerta, el padre lo miró abiertamente y dijo, como si quisiera aprendérselo de memoria y deseara que Joachim también lo hiciera: «Murió por el honor».

Entonces llegó mucha gente. En el patio estaban los bomberos del pueblo. También las asociaciones de veteranos de guerra del contorno se habían congregado allí y formaban una alineada compañía de chisteras y levitas negras, en las cuales no era raro ver la Cruz de Hierro. Los coches de los vecinos hacían su aparición y, mientras se asignaba a las calesas un adecuado sitio a la sombra, Joachim debía atender a la concurrencia y hacer los honores ante el féretro de su hermano. El barón Von Baddensen había venido solo, ya que sus damas se encontraban aún en Berlín, y al saludarlo le vino a Joachim la idea, que apartó de sí lleno de cólera, de que aquel señor podía ver un buen partido para su hija en el ahora único heredero de Stolpin, y

sintió vergüenza por Elisabeth. De la parte alta de la fachada colgaba inmóvil una bandera negra que llegaba casi hasta la terraza.

La madre bajó la escalera del brazo del padre. Todos se sorprendían de su firmeza, la admiraban. Pero tal vez obedecía sólo a aquella pereza del sentimiento que le era tan propia. Se formó el cortejo fúnebre y, cuando los coches enfilaron la calle del pueblo y apareció la iglesia ante ellos, todos se alegraron de entrar en la fresca y blanca iglesia, liberados del cálido sol de la tarde, que los abrasaba agudo y polvoriento bajo el pesado paño del luto o los uniformes. El pastor pronunció un sermón, en el que habló mucho del honor, diestramente unido a consideraciones que exaltaban el honor del Altísimo; el órgano clamó que de lo que más amamos debemos separarnos... apartarnos, eso es, Joachim esperaba siempre la rima, a ver si encajaba o no. Después fueron a pie al cementerio, sobre cuya puerta brillaba un *DESCANSE EN PAZ* en doradas letras de latón, y los carruajes avanzaban lentamente detrás en una larga nube de polvo. El cielo irradiado de sol se arqueaba en un azul purpúreo sobre la seca y granulosa tierra, que esperaba la entrega del cadáver de Helmuth, si bien no era la tierra propiamente dicha, sino el panteón familiar, una pequeña cueva abierta, el que recibía al recién llegado en un aburrido bostezo. Cuando Joachim vació por tercera vez la pequeña pala, miró hacia abajo, vio los bordes de los féretros de los abuelos y los tíos y pensó que habían dejado un sitio libre para el padre y que tal vez por esto no habían enterrado allí al tío Bernhard. Después, cuando la tierra cayó sobre el féretro de Helmuth y golpeó pulverizada las paredes del panteón, se acordó, con la pequeña pala de juguete en la mano, de los días de la niñez sobre la blanda arena del río, vio de nuevo ante sí a su hermano como un niño, se vio a sí mismo dentro del ataúd y le pareció como si la sequedad de este día de verano estafara a Helmuth no sólo la edad sino la muerte. Entonces Joachim deseó para su propia muerte un día suave de lluvia, en que el mismo cielo descendiera para acoger el alma, a fin de que esta afluyera a él como en los brazos de Ruzena. Eran pensamientos lascivos, impropios de aquel lugar, pero no era él el único responsable de ellos, sino también todos los otros, a los que ahora cedía el sitio frente a la tumba abierta, y también el padre tenía parte de esta responsabilidad: porque la fe de todos ellos era hipócrita, era frágil y polvorienta, juguete de la lluvia y la luz del sol. ¿No cabía desear que llegaran los ejércitos de los negros, a fin de que limpiaran a fondo todo esto y el Salvador resucitara de nuevo en toda su Gloria y llevara otra vez a los hombres a su Reino? Cristo colgaba de su cruz de mármol sobre la tumba, cubierto sólo con un lienzo, que ocultaba su desnuda vergüenza, y con la corona de espinas, de la que caían gotas de bronce, y también Joachim notó unas gotas en sus mejillas: tal vez eran lágrimas de las que no se había dado cuenta, pero tal vez se debían simplemente al calor agobiante; él no lo sabía, y apretó las manos que se le tendían.

Los veteranos de guerra y los bomberos habían rendido los últimos honores al muerto con un desfile a paso militar, las cabezas vueltas hacia la izquierda, las botas resonaron sobre la gravilla del cementerio, rígidas desfilaban las filas de a cuatro por

la puerta del cementerio, acompañadas por las concisas y secas órdenes del jefe. Desde un peldaño de la capilla del mausoleo, les pasaron revista el señor Von Pasenow, el sombrero en la mano, Joachim, con la mano junto al casco, y entre ellos la señora Von Pasenow. También los otros militares presentes se mantenían firmes y con la mano junto al casco. Después se acercaron los carruajes y Joachim subió con sus padres a un coche cuyos picaportes y otras partes metálicas, al igual que el metal de los arneses, habían sido recubiertos cuidadosamente con un crespón negro por el cochero; Joachim descubrió también un lazo de crespón negro en el látigo. Ahora la madre lloraba y Joachim, que no sabía qué decir para consolarla, se preguntaba por qué la bala mortal no le había alcanzado a él en lugar de a Helmuth. Pero el padre permanecía muy tieso en el asiento negro de cuero, que no era duro y resquebrajado como en los coches de punto de Berlín, sino flexible y muy bien tapizado con botones de cuero. A veces parecía que el padre quisiera decir alguna cosa, algo como punto final a los pensamientos que evidentemente le tenían absorbido y prisionero, porque iba a romper a hablar, pero inmediatamente volvía a quedarse rígido y sólo movía los labios mudos sin decir nada; finalmente dijo con voz aguda: «Le han rendido los últimos honores», levantó un dedo, como si todavía esperara algo o quisiera añadir algo, y dejó caer de nuevo la mano abierta sobre el muslo. Entre el borde del guante negro y el puño almidonado, con un gran gemelo negro, asomaba un trozo de piel con vello rojizo.

Los días siguientes transcurrieron en el silencio. La madre se entregaba a sus ocupaciones; estaba en el establo cuando se ordeñaba, en el gallinero durante la recogida de los huevos, en los lavaderos. A veces Joachim cabalgaba por los campos; era el caballo que había regalado a Helmuth, y era como un homenaje de amor al difunto. Al anochecer el patio estaba barrido, y la gente se sentaba en los bancos frente a las dependencias de la servidumbre y disfrutaba del viento fresco, suave. Una vez hubo por la noche una tormenta y Joachim se dio cuenta asustado de que casi había olvidado a Ruzena. Al padre apenas le veía; generalmente permanecía encerrado en su escritorio y leía las cartas de pésame o las anotaba en un papel. Sólo el pastor, que les visitaba diariamente y a menudo se quedaba a cenar, hablaba del muerto, pero, como era una especie de charla profesional, apenas se le prestaba atención y su único oyente parecía ser el señor Von Pasenow, que de vez en cuando asentía con la cabeza y parecía querer decir algo que le abrumaba; pero casi siempre se limitaba a repetir alguna de las últimas palabras del pastor con un gesto que las corroboraba, como: «Sí, sí, reverendo, unos padres puestos duramente a prueba».

Después Joachim partió. Cuando se despidió del padre, el viejo estaba otra vez paseando arriba y abajo por la habitación. Joachim recordó innumerables despedidas en este mismo cuarto, que detestaba, pese a serle familiar con sus trofeos de caza en las paredes, con la escupidera en un rincón junto a la chimenea, con los utensilios de

escribir, que ya estaban allí en tiempos del abuelo, con las múltiples revistas de caza que yacían sobre la mesa, la mayoría sin abrir. Esperaba que el padre se encajaría como siempre el monóculo y le dejaría partir con un breve «Bueno, pues buen viaje, Joachim». Pero esta vez el padre no decía nada; siguió paseando con las manos a la espalda. Así que Joachim, por segunda vez, repitió: «Padre, ahora debo irme, es la hora del tren». «Bueno, pues buen viaje, Joachim», respondió por fin como de costumbre, «pero quería decirte algo, creo que ahora volverás pronto a casa. Esto se ha quedado vacío, sí, vacío...», miró a su alrededor, «... pero no todo el mundo lo entiende... naturalmente hay que defender el honor...», había reanudado su paseo y añadió confidencial: «¿Y cómo van las cosas con Elisabeth? Ya hablamos de esto...». «Padre, es muy tarde», dijo Joachim, «voy a perder el tren». El viejo le tendió la mano y Joachim se la estrechó con desgana.

Al pasar por el pueblo, vio en el reloj de la iglesia que tenía tiempo de sobra para tomar el tren; era algo que ya sabía. La puerta de la iglesia estaba casualmente abierta y Joachim hizo detener el coche. Era el momento de saldar una deuda, una deuda para con la iglesia, que sólo había sido para él un frescor agradable, una deuda para con el pastor, cuyo hermoso sermón no había escuchado, una deuda para con Helmuth, cuyo entierro había profanado con pensamientos irreverentes, en una palabra, una deuda para con Dios. Entró y buscó la sensación de su niñez y sus visitas a la iglesia, cuando él, Joachim von Pasenow, siempre sobrecogido de nuevo, estaba allí cada domingo, frente a la faz de Dios. En aquel entonces sabía muchos cánticos religiosos y los cantaba con fervor. Pero ahora, sólo en la iglesia, no iba a ponerse a cantar. Debía limitarse a concentrar sus pensamientos en Dios y en su culpabilidad ante Dios, en su pequeñez y en su miseria ante Dios; pero sus pensamientos se negaban a encontrar a Dios. Sólo acudieron a su mente las palabras de Isaías, que había oído en aquel mismo lugar: «Un buey conoce a su amo y un asno el pesebre de su amo; pero Israel no lo conoce y mi pueblo no lo advierte». Sí, Bertrand tenía razón, habían perdido el cristianismo, y ahora intentó rezar el Padrenuestro, con los ojos cerrados y cuidando bien de no recitar palabras vacías, sino atendiendo al significado de cada una; y cuando llegó a «como nosotros perdonamos a nuestros deudores», sintió de nuevo la suave, temerosa y sin embargo confiada sensación de la niñez: se acordó de que siempre había asociado este pasaje con su padre y de que había sacado de ahí la convicción de poder perdonar al padre, de comportarse con él todo lo bien que un hijo debe comportarse; y ahora resonaron en sus oídos las palabras del viejo que hablaban de soledad, una soledad que evidentemente le oprimía y de la que era necesario liberarlo. Joachim abandonó la iglesia y le vinieron a la mente las palabras «elevado y fortalecido», pero las palabras no estaban vacías, sino que tenían un sentido positivo, joven. Se propuso visitar a Elisabeth.

Ya en el coche, oyó otra vez en su interior «elevado y fortalecido», pero ahora sólo iban unidas a la imagen de una pechera almidonada y a una gozosa nostalgia de Ruzena.

II

Por la Königstrasse se acercaba un transeúnte. Era obeso y bajo, realmente rechoncho, y todo en él era fofo, de modo que uno podía pensar que por la mañana había sido embuchado dentro de sus ropas. Era un transeúnte serio, que llevaba pantalones negros y una chaqueta de alpaca gris, y su pecho estaba cubierto por una barba castaña. Evidentemente tenía prisa, pero su andar no era rápido y rectilíneo, sino una especie de grave anadeo, como corresponde a un hombre grave y fofo que tiene prisa. Su rostro no sólo se escondía detrás de la barba, sino también tras unos quevedos, a través de los cuales el hombre dirigía severas miradas a los demás transeúntes, y realmente parecía inconcebible que un hombre así, que anadeaba con tanta premura tras urgentes negocios y que lanzaba miradas tan severas y duras a pesar de su fofez, fuera seguramente en otros sectores de su vida un hombre amable, que hubiera también mujeres que él amaba, mujeres y niños ante los cuales la barba desvelara una sonrisa: mujeres que se sintieran atraídas a besar la carne rosada y la oscura cavidad en la barba.

Cuando Joachim vio a este hombre, lo siguió automáticamente. Daba igual adónde fuera. Desde que sabía que en Berlín había un representante de la firma de Bertrand, y que el despacho se encontraba en una de las calles entre la Alexanderplatz y la Bolsa, algo lo atraía a menudo hacia aquel barrio, como le había ocurrido antes con el suburbio proletario; y el no tener ya que buscar a Ruzena allí era casi como un ascenso para ella. Pero él no venía aquí para encontrar a Bertrand; por el contrario, evitaba esta zona cuando sabía que Bertrand estaba en Berlín, y en realidad tampoco sentía ningún especial interés por el representante de Bertrand. Sólo que no dejaba de ser extraño que la verdadera vida de Bertrand tuviera que desarrollarse precisamente en este ámbito, y cuando Joachim transitaba por estas calles, no sólo escrutaba las fachadas de las casas como si quisiera descubrir qué oficinas se ocultaban tras ellas, sino que miraba también a esos tipos de civil por debajo de sus sombreros, como si fueran mujeres. Él mismo se sorprendía a veces de esto, pues apenas sabía que intentaba averiguar en sus rostros si eran seres de una especie distinta y si tenían unas características que Bertrand había podido ya asimilar, pero que todavía mantenía ocultas. Sí, el hermetismo de estos seres era tan grande que ni siquiera necesitaban barba para esconderse tras ella. Le parecían incluso un poco más confiados y menos hipócritas cuando llevaban barba, y tal vez fuese ésta la razón que lo impulsó a seguir al hombre gordo y apresurado. De repente le pareció que aquel hombre que andaba ante él se parecía extrañamente a la imagen que desde siempre se había formado del representante de Bertrand. Tal vez fuese absurdo, pero, cuando algunas personas saludaron al hombre, se alegró de que el representante de Bertrand disfrutara de tal consideración. En definitiva, no le habría sorprendido que el propio Bertrand, mágicamente transformado, bajo y rechoncho, gordo y barbudísimo, le hubiera salido

al encuentro: pues cómo habría podido conservar su aspecto si se había hundido en un mundo completamente distinto. Y aunque Joachim sabía que cuanto pensaba carecía de orden y sentido, parecía, sin embargo, que toda esta trama aparentemente confusa tuviera un orden oculto: bastaba encontrar el lazo que unía a Ruzena con toda esta gente, aquel vínculo profundo y secreto, y quizá él había tenido en la mano un extremo de aquel lazo cuando creyó ver en Bertrand al amante adecuado para Ruzena; pero ahora tenía las manos vacías y sólo recordó que una vez Bertrand se excusó ante él por tener que pasar la noche con unos amigos de negocios, y Joachim no podía apartar la idea de que este hombre había sido aquel amigo de negocios. Probablemente los dos han estado juntos en el Jägerkasino y el hombre ha deslizado con disimulo cincuenta marcos hacia Ruzena.

Cuando uno sigue a alguien por la calle, y aunque sea de modo automático y con aparente indiferencia, ocurre que pronto vincula toda clase de deseos, tanto buenos como malos, con la persona a la que sigue. Quizá quiere al menos verle el rostro y desea que se dé la vuelta, aunque desde la muerte del hermano uno crea estar a salvo de tener que buscar el rostro de Ruzena en aquel temido rostro. Por otra parte no tiene relación con nada el que Joachim piense que la postura erguida de toda esta gente que va por la calle es totalmente impropio, es independiente de sus mejores conocimientos o surge de una triste ignorancia, ya que todos estos cuerpos tendrán que tenderse al morir. Y el hombre que avanzaba ante él no andaba con pasos duros, incisivos y rectilíneos, ni había tampoco peligro de que se cayera y se rompiera una pierna, era demasiado fofo.

En este momento el hombre se detuvo en la esquina de la Rochstrasse, como si esperase algo; tal vez esperaba que ahora Joachim le devolviera los cincuenta marcos. Joachim estaba realmente obligado a ello y sintió que lo invadía el ardiente rubor de la vergüenza, porque él, de puro miedo a que se pudiera pensar que se había comprado una mujer o de que él mismo por esta razón pudiera empezar a dudar del amor de Ruzena, la había abandonado en su odiosa actividad de animadora; y cayó la venda de sus ojos: él, un oficial prusiano, era el amante secreto de una mujer pagada por otros hombres. Un deshonor sólo puede lavarse con una bala de pistola, pero antes de que pudiera reflexionar sobre esto con todas sus fatales consecuencias, el pensamiento se desvaneció, se desvaneció como la imagen de Bertrand, porque el hombre cruzó la Rochstrasse, y Joachim no debía perderlo de vista antes de que él, sí... antes de que él... imposible saber qué. Bertrand sí que lo tenía fácil, estaba en aquel mundo y al mismo tiempo en éste, pero también Ruzena estaba entre dos mundos. ¿Era éste el motivo de que ambos se correspondieran el uno al otro? Pero ahora sus pensamientos chocaban y se entremezclaban como los hombres en el torbellino que le rodeaba, y aunque veía ante sí una meta hacia la que quería encauzar sus ideas, era sin embargo una meta fluctuante y escurridiza como la espalda del hombre rechoncho que tenía ante sí. Si él había robado Ruzena a su legítimo dueño, era lógico que la mantuviera escondida como un botín. Intentó recobrar la debida

compostura, erguido y rígido, no mirar más a los civiles. El hormiguero humano que lo rodeaba, el bullicio, como decía la baronesa, todo aquel ir y venir de rostros y espaldas, parecía una masa flotante y deslizante, inalcanzable. ¡Adónde conduciría todo aquello! Y al echarse para atrás a fin de recobrar el porte reglamentario, comprendió liberado que sólo es posible amar a un ser de un mundo distinto. Por eso no podría amar nunca a Elisabeth y por eso Ruzena tenía que ser bohemia. Amor quiere decir huir del propio mundo al del otro, y así él, pese a sus vergonzosos celos, había abandonado a Ruzena en su mundo, para que ella huyera siempre y se refugiara dulcemente en él. Estaba ahora frente a la banda del regimiento, y se irguió aún más rígidamente, tan rígido como durante el oficio religioso dominical para la tropa. En la esquina de la Spandauer Strasse el hombrecillo aminoró el paso, indeciso al borde de la acera; probablemente un hombre de negocios de esa clase tiene miedo de los caballos en la calle. Naturalmente era absurdo que él tuviera que devolverle dinero a aquel hombre; pero había que sacar a Ruzena del casino, esto era indiscutible. Ella seguiría siendo de todos modos una bohemia. Un ser de un mundo extraño. Pero él ¿de dónde era? ¿Hasta dónde había llegado? ¿Y Bertrand? De nuevo vio a Bertrand ante sí, sorprendentemente fofo y bajo, y mirando con severidad a través de los quevedos, extraño a él, extraño a Ruzena, que es bohema, extraño a Elisabeth, que pasea por un parque silencioso, extraño a todos ellos y sin embargo familiar, cuando se vuelve y abre la barba en una sonrisa amistosa, exigiendo que las mujeres busquen un beso en la oscura cueva de la barba. Joachim se detuvo, la mano en la empuñadura de la espada, como si la proximidad de la banda de la guarnición pudiera infundirle fuerzas y protegerle del mal. Irisada, inquietante era la imagen de Bertrand. Aparecía y desaparecía de nuevo; «desaparecía en las tinieblas de la gran ciudad», pensó Joachim, y las tinieblas tenían notas de un morir infernal. Bertrand se ocultaba en todas las figuras y todas las traicionaba; a él, a los compañeros, a las mujeres, a todos. Ahora se dio cuenta de que el representante de Bertrand había cruzado, sano y salvo, la Spandauer Strasse con un trotecillo. Joachim se sentía feliz de poder sustraer para siempre a Ruzena del poder de estos dos hombres. No, no podía hablarse de robo; al contrario, él tenía también la obligación de interponerse ante Elisabeth para protegerla. Oh, él sabía que el mal es capcioso. Pero un militar no puede huir. Si él huyera, entregaría indefensa a Elisabeth a aquellos tipos, él mismo sería entonces uno de los que se esconden en las tinieblas de la gran ciudad y tienen miedo a los caballos, y esto, no sería sólo confesar la culpabilidad del robo, sino que significaría renunciar para siempre a poderle arrancar a ese hombre el secreto de su traición. Tenía que continuar siguiéndole, pero no ocultándose como un espía, sino con la cabeza bien alta, como debe ser, y tampoco piensa seguir ocultando a Ruzena. Y así, en pleno barrio de la Bolsa, a pesar de la proximidad de la banda del regimiento, reinó por fin la paz en torno a Joachim von Pasenow, una paz tan tranquila y transparente como el claro cielo azul que se filtraba por la hendidura de la calle.

Deseaba, no muy clara pero sí perentoriamente, alcanzar al hombre y comunicarle

que se llevaría a Ruzena del casino y que a partir de ahora ya no habría secretos; pero apenas había dado unos pasos, cuando el hombre se precipitó anadeando en la Bolsa. Joachim contempló unos instantes la puerta. ¿Era éste el lugar de la metamorfosis? ¿Saldría ahora el propio Bertrand? Reflexionó sobre si tendría que ponerlo inmediatamente en contacto con Ruzena y rechazó la idea: Bertrand pertenecía al mundo de los locales nocturnos, y precisamente era éste el mundo de donde tenía que arrancar a Ruzena. Pero todo esto ya se vería; lo más hermoso sería ignorarlo y caminar con Ruzena por un parque silencioso y junto a un estanque silencioso. Estaba frente a la Bolsa. Echaba de menos el campo. En torno a él el tráfico rugía; arriba tronaba el ferrocarril urbano. Ya no miraba a los transeúntes, sabía que tenían un aspecto extraño y desagradable. A partir de ahora evitará aquel barrio. Joachim von Pasenow se mantiene erguido y rígido entre el tumulto que rodea la Bolsa. Amará mucho a Ruzena.

Bertrand le hizo una visita de pésame y Joachim se encontró de nuevo ante un dilema: no sabía si debía considerar esta visita como amabilidad o como impertinencia; se podía interpretar de las dos maneras. Bertrand se acordaba de Helmuth, que de vez en cuando, aunque con poca frecuencia, había acudido a Culm, y era un recuerdo sorprendente: «Sí, un muchacho rubio, silencioso, muy introvertido... creo que nos envidiaba... probablemente no cambió mucho luego... además se parecía mucho a usted». También esto era una confianza excesiva, casi parecía que Bertrand quisiera aprovechar para sí la muerte de Helmuth; por otra parte no tenía nada de extraño que Bertrand recordara con tanta exactitud los sucesos relacionados con su carrera militar: uno recuerda con placer los tiempos de esplendor para siempre perdidos. Pero el tono de Bertrand no era sentimental, sino realista y tranquilo, de modo que la muerte del hermano fue adquiriendo un aspecto más humano y sencillo, y en cierto modo se hizo, en manos de Bertrand, objetiva, intemporal y conciliadora. Joachim, en realidad, no había pensado mucho en el duelo de su hermano; todo cuanto había oído al respecto y lo que se había repetido innumerables veces en todas las manifestaciones de condolencia, iba encaminado en la misma dirección: que Helmuth había sufrido el trágico destino impuesto por un inmutable e ineludible código de honor. Bertrand, en cambio, dijo: «Lo más curioso es que vivimos en un mundo de máquinas y de trenes, y que al mismo tiempo, mientras ruedan los trenes y trabajan las fábricas, dos personas se enfrentan y disparan». Ya no tiene sentido del honor, se dijo Joachim, y, no obstante, la opinión de Bertrand parecía natural y esclarecedora. Pero Bertrand prosiguió:

—Probablemente se debe a que se trata de sentimientos...

—Sentimiento del honor —dijo Joachim.

—Sí, sentimiento del honor y cosas parecidas.

Joachim quedó atónito. ¿Bromeaba Bertrand otra vez? Le hubiera gustado decir

que no se podía hablar solamente desde el punto de vista ciudadano; allá en el campo los sentimientos están menos falsificados y significan mucho más. Bertrand no sabía nada de esto; una cosa así no puede decirse a un invitado, y Joachim le ofreció en silencio un cigarro. Pero Bertrand se sacó del bolsillo la pipa inglesa y la bolsa de cuero con tabaco:

—Es curioso que precisamente lo más leve, lo menos duradero, sea en realidad lo más persistente. Físicamente el hombre puede adaptarse con rapidez increíble a nuevas condiciones de vida. Pero incluso la piel y el color del pelo son más persistentes que el esqueleto.

Joachim contempló la piel clara y el pelo excesivamente ondulado de Bertrand y esperó para ver adónde quería ir a parar. Bertrand notó inmediatamente que no se había expresado con suficiente claridad:

—Bueno, lo más persistente en nosotros son los llamados sentimientos. Arrastramos un fondo indestructible de conservadurismo. Son los sentimientos, o, mejor dicho, los convencionalismos del sentimiento, ya que en realidad están muertos y son atávicos.

—¿Usted considera, pues, los principios conservadores como atavismos?

—Oh, a veces sí, no siempre. Aunque en este caso no se trata de eso. Creo que el sentimiento que tenemos de la vida va siempre rezagado, respecto a la vida real, medio siglo o un siglo. El sentimiento es siempre de hecho menos humano que la vida que vivimos. Piense por ejemplo que un Lessing o un Voltaire aceptaron sin rebelarse que en su época se aplicara el suplicio de la rueda, muy bonito tal vez visto desde abajo, pero inimaginable para nuestros sentimientos. ¿Y cree usted que entre nosotros es distinto?

No. Joachim nunca había pensado en aquellas cosas. Probablemente Bertrand tenía razón. Pero ¿por qué le decía a él todas estas cosas? Hablaba como un periodista. Bertrand dijo:

—Aceptamos tranquilamente que dos hombres, ambos de seguro honorables, pues su hermano no se habría batido de no ser así, se enfrenten una mañana y disparen a matar. ¡Cuán presos tienen que estar ambos del convencionalismo del sentimiento, y cuánto tenemos que estarlo nosotros, para poder aceptarlo! El sentimiento es apático y por eso es incomprensiblemente cruel. El mundo está dominado por la apatía del sentimiento.

¡Apatía del sentimiento! Joachim se sintió aludido; ¿no sufría él también esta apatía del sentimiento, no era acaso una apatía imperdonable que él careciera de suficiente fantasía como para mantener a Ruzena y sacarla del casino, pese a que ella se opusiera? Consternado, dijo:

—¿Considera usted realmente que el honor obedece a una apatía del sentimiento?

—¡Ay, Pasenow! Formula usted unas preguntas excesivamente unívocas. — Bertrand sonreía ahora con aquella sonrisa triunfalista con que solía superar todas las divergencias—. Yo creo que el honor es un sentimiento muy vivo, pero también estoy

convencido de que las formas ya superadas están llenas de apatía y de que hace falta un cansancio infinito para entregarse a un convencionalismo romántico y muerto del sentimiento. Se tiene que estar desesperado, perdido...

Sí, Helmuth estaba cansado. Pero ¿qué pretendía Bertrand? ¿Cómo se podía escapar a este convencionalismo? Joachim sintió con un estremecimiento que, si uno pretendía huir de los convencionalismos, podía caer como Bertrand en lo resbaladizo. Desde luego él en su relación con Ruzena había saltado ya por encima del más severo convencionalismo, pero ahora no podía ir más lejos, y el honor viviente exigía que se quedara junto a Ruzena. Tal vez Helmuth lo había presentido, cuando lo puso en guardia contra su regreso a la hacienda. Porque entonces Ruzena estaría perdida. Preguntó, pues, repentinamente: «¿Qué opina usted de la agricultura alemana?», esperando casi que Bertrand, que siempre se sacaba razones prácticas de la manga, le disuadiera también, de hacerse cargo de Stolpin.

—Es difícil de contestar, Pasenow, sobre todo cuando uno entiende tan poco de agricultura como yo... todos tenemos aún el prejuicio feudal de que en la tierra de Dios trabajar esta tierra supone asegurarse la más sólida existencia.

Bertrand acompañó sus palabras con un ligero gesto despectivo. Joachim von Pasenow se sintió decepcionado, pero al mismo tiempo contento de pertenecer a la casta de los privilegiados, mientras la insegura existencia comercial de Bertrand sólo significaba un estadio previo en vistas a un sistema de vida más sólido. Evidentemente se arrepentiría de haber dejado el regimiento; ¡qué fácil le hubiera sido, como oficial de la guardia, casarse con una hacienda! Pero aquella reflexión era digna de su padre y Joachim la apartó de su mente; sólo preguntó a Bertrand si pensaba establecerse más adelante. No, fue la respuesta de Bertrand, probablemente no lo haría, pues no era hombre que pudiera estar mucho tiempo en el mismo sitio. Y hablaron mucho de Stolpin, de las posibilidades que ofrecía de caza, y Joachim invitó a Bertrand a tomar parte en la cacería de otoño. Y de repente sonó la campanilla de la puerta. ¡Ruzena!, pensó Joachim en su interior, y miró a Bertrand casi hostilmente: está sentado ahí desde hace dos horas, tomando té y fumando; esto ya no es una visita de condolencia. Claro que debía reconocer que él mismo le había invitado a sentarse y le había instado a quedarse y le había ofrecido un puro, a pesar de que tenía que saber que vendría Ruzena. Naturalmente ahora, cuando ya había ocurrido, no se podía volver atrás; naturalmente habría sido mejor consultar antes con Ruzena. Tal vez ella se sentiría molesta, tal vez prefería el ocultamiento, que él se disponía a descubrir, tal vez, en su bondad, quería evitar que él se avergonzara por ella, o quizá en realidad no era sociable; Joachim no podía formarse una opinión, porque, cuando la imaginaba, veía sólo su cabeza y su cabello suelto en la almohada a su lado, aspiraba la fragancia de su cuerpo, pero apenas recordaba qué aspecto tenía vestida. Pero, en definitiva, Bertrand es un civil, lleva también el pelo excesivamente largo, y todo esto carece de importancia. Por eso dijo: «Oiga, Bertrand, viene a visitarme una dama joven y agradable; ¿puedo pedirle que se quede a cenar con nosotros?». «Oh, qué romántico»,

respondió Bertrand, naturalmente aceptaba encantado, si no estorbaba.

Joachim salió para recibir a Ruzena y prevenirla respecto a la otra visita. Evidentemente la sorprendió encontrarse con un extraño. Pero estuvo amable con Bertrand y Bertrand estuvo amable con ella. A Joachim no le gustó la forma rutinariamente amistosa con que se trataban. Decidieron comer en casa; enviaron al ordenanza a por vino y jamón, y Ruzena corrió tras él: debía traer también tarta de manzana con nata. Ella era feliz al poder ocuparse en la cocina y preparar un pastel de patata. Más tarde llamó a Joachim a la cocina; él creyó primero que sólo quería que la viera con su gran delantal blanco y el cucharón en la mano, y estaba muy predispuesto a acoger con ternura esta imagen casera y cariñosa, pero Ruzena, apoyada en la puerta, lloraba; era casi la misma escena de años atrás: él, un muchacho todavía, había ido a la gran cocina en busca de su madre y allí una de las criadas —tal vez la madre acababa de despedirla— lloraba con tanta amargura que él, de no haberle dado vergüenza, habría llorado con ella. «Ya no me quieres», sollozaba Ruzena aferrada a su cuello, y aunque se besaron con más intensidad que nunca, no se tranquilizaba, «... terminado, lo sé, todo ha terminado...», repetía, «... pero ahora vete, tengo que cocinar». Se secó las lágrimas, sonrió. Pero Joachim se alejó a disgusto, y le incomodaba saber a Bertrand en la habitación; naturalmente el comportamiento de ella era pueril, era pueril creer que todo hubiera terminado a causa de Bertrand, y no obstante se trataba de un certero instinto femenino, puro instinto femenino, no se podía calificar de otro modo, y Joachim sintió oprimírsele el corazón. Pues aunque Bertrand, suficientemente cínico, lo recibió con las palabras «Es encantadora» y despertó en él el orgullo agradecido del rey Kandaule, la amenaza persistía: si él regresaba a Stolpin, entonces Ruzena estaría perdida y entonces todo habría terminado. ¡Si al menos Bertrand lo hubiera prevenido contra la agricultura! ¿O es que quería —tal vez en contra de sus propias convicciones— impulsarlo hacia este oficio sólo para alejarlo de Berlín y conseguir de este modo a Ruzena, a la que, a pesar de todo, consideraba de su legítima propiedad? ¡No podía creerlo!

Ruzena, seguida del ordenanza, entró con una gran bandeja. Se había quitado el delantal de cocina y, sentada entre los dos hombres ante la mesita redonda, representaba el papel de gran dama, conversaba en su tono cantarín con Bertrand, al que hacía relatar sus viajes. Las dos ventanas del cuarto estaban abiertas y, a pesar de la oscura noche veraniega del exterior, la suave lámpara de petróleo sobre la mesa recordaba el invierno navideño y la intimidad de las pequeñas viviendas de las trastiendas. Qué extraño que hubiera podido olvidar los pañuelitos de encaje que había comprado para Ruzena aquella noche de indefinible nostalgia. Estaban todavía en el armario y le gustaría dárselos a Ruzena, si Bertrand no estuviera aquí y si ella no escuchara con tanto interés estas historias de las plantaciones de algodón y de los infelices negros, cuyos padres eran todavía esclavos, sí, sí, auténticos esclavos que uno podía vender. ¿Cómo, también las muchachas se vendían? Ruzena se estremeció

y Bertrand rió, rió ligera y amablemente: «¡Oh, usted no tiene nada que temer, pequeña esclava, a usted no le ocurrirá nada!». ¿Por qué decía aquello Bertrand? ¿Pretendía acaso comprar a Ruzena o recibirla como regalo? Joachim se vio obligado a pensar en la homofonía de esclavo y eslavo y en que todos los negros se parecen, tanto que apenas es posible distinguirlos unos de otros, ¡y era de nuevo como si Bertrand quisiera arrastrarlo otra vez en sus elucubraciones, recordarle que Ruzena era idéntica a su hermano italo-eslavo! ¿Era por eso que había traído a colación las huestes de los negros? Pero Bertrand le sonreía amablemente y era rubio, casi tan rubio como Helmuth, aunque no llevaba barba, y llevaba el cabello ondulado, demasiado ondulado, en lugar de rígidamente cepillado, y por unos instantes todo estuvo de nuevo confuso y no se sabía a quién pertenecía legalmente Ruzena. Si la bala le hubiera alcanzado a él, Helmuth estaría ahora aquí en su lugar y Helmuth habría tenido suficiente valor para proteger a Elisabeth. Ruzena habría sido tal vez demasiado poco para Helmuth; sin embargo, él mismo no era más que el representante de su hermano. Joachim se horrorizó al comprenderlo, le horrorizó que una persona pudiera sustituir a otra, que Bertrand tuviera un pequeño representante fofo y barbudo, y que partiendo de ahí se pudieran justificar incluso las opiniones del padre: ¿Por qué precisamente Ruzena, por qué precisamente él? ¿Por qué no, pues, Elisabeth? En cierto modo todo daba ya igual, y comprendió el cansancio que había arrastrado a Helmuth a la muerte. Quizá Ruzena tuviera razón y su amor se acercaba al final, todo se había vuelto de repente muy lejano, y los rostros de Ruzena y de Bertrand se podían distinguir apenas entre sí. Convencionalismo del sentimiento, había dicho Bertrand.

Ruzena en cambio parecía haber olvidado su fatídica profecía. Había buscado la mano de Joachim por debajo de la mesa y cuando él, con el pánico de su buena crianza y mirando de reojo a Bertrand, puso la mano a salvo en el campo abierto e iluminado del mantel, Ruzena se la cogió y la acarició; y Joachim, que con la emoción de sentirse dueño se había puesto contento otra vez, superó con un pequeño esfuerzo su vergüenza y conservó la mano de ella entre las suyas, de modo que quedó bien patente hasta qué punto se pertenecían legítimamente el uno al otro. Y no hacían nada que no fuera justo, pues la Biblia dice: si un hombre muere sin descendencia antes que su hermano, la viuda no debe tomar por esposo a un extraño, sino al hermano. Sí, algo así debía de ser y era absurdo que él pudiera engañar a Helmuth con una mujer. Pero entonces Bertrand golpeó su copa y pronunció un breve brindis, y de nuevo no se sabía si hablaba en serio o en broma o si las pocas copas de champán que había tomado habían sido ya demasiado para él, tan extraordinariamente difícil de entender era su discurso, porque hablaba del ama de casa alemana, que como imitación es encantadora, ya que el juego es la única realidad de esta vida, por eso el arte es siempre más hermoso que el paisaje, un traje de carnaval más atrayente que un auténtico traje, y el hogar de un guerrero alemán no será perfecto hasta que, apartado de lo trivial y unívoco, profanado por un negociante

sin tradiciones, no sea santificado de nuevo por la más encantadora de las muchachas bohemias; por esto pide a los presentes que brinden con él a la salud del ama de casa más hermosa. Sí, todo aquello era algo oscuro y reticente y no se sabía si estas alusiones a la imitación y a la copia implicaban de algún modo sus propias ideas sobre el representante, pero como Bertrand, pese a que seguía sonriendo con su peculiar ironía, no había dejado de mirar amistosamente a Ruzena, se sabía que todas sus palabras habían sido un homenaje dirigido a ella y que uno podía descartar oscuras ambigüedades, y la comida terminó alegremente para todos y sin contrariedades.

Después se empeñaron en acompañar a Bertrand hasta la casa de huéspedes donde se alojaba, en parte porque no querían mostrar abiertamente que Ruzena iba a quedarse con Joachim. Ruzena entre los dos, anduvieron por las calles silenciosas, separados los tres, porque Joachim no se atrevía a darle el brazo a Ruzena. Cuando Bertrand hubo desaparecido en el portal, se miraron uno a otro y Ruzena preguntó muy seria y resignada: «¿Me llevas al casino?». Él notó con cuánta pena y dificultad había salido esta frase de sus labios, pero sólo experimentó una fatigada indiferencia, de modo que estaba casi por responder afirmativamente a la pregunta con su misma seriedad, e incluso habría soportado despedirse ahora de ella para siempre, y si Bertrand hubiera vuelto para llevársela, él también lo habría soportado. Pero la idea del casino era insoportable. Y avergonzado de haber necesitado este estímulo, y no obstante casi feliz, la cogió del brazo sin pronunciar palabra. Aquella noche se amaron más que nunca. Con todo, también aquella vez olvidó Joachim entregarle a Ruzena sus pañuelitos de encaje.

Diariamente, cuando el pequeño coche del correo, tirado por un solo caballo, regresaba del tren de la mañana y pasaba por delante de la oficina del pueblo, el mensajero de la hacienda ya estaba apoyado en la ventanilla; en realidad era sólo un mensajero privado, pero perteneciente al inventario de la oficina de correos, convertido en cierto modo en funcionario, tal vez incluso superior de los dos empleados que allí había, no por sus méritos personales, a pesar de que había echado canas en este servicio, sino porque venía de la hacienda y su dignidad era una institución de muchas décadas, que seguramente se remontaba a aquellos tiempos en que no había correos del Estado, sino que una diligencia-correo cruzaba el pueblo, no con demasiada frecuencia, y depositaba la correspondencia en el mesón. La enorme cartera negra, cuyas correas le habían dejado una señal diagonal en los hombros del traje, había sobrevivido a muchos mensajeros y probablemente procedía de aquella época remota y desde luego mejor; porque no había nadie tan viejo en el pueblo que en los más lejanos días de su juventud no hubiera visto la cartera ya colgada en su clavo y al mensajero apoyado en la ventanilla, y todos los viejos recuerdan y son capaces de enumerar a los mensajeros de la hacienda, que con la marca diagonal en la

chaqueta habían recorrido valerosos su camino y reposaban ahora fatigados en el cementerio. Así pues, la cartera era más vieja y más venerable que la moderna oficina de correos, construida en el turbulento año 1848, más vieja que el clavo que se volvió a clavar allí en honor a la cartera o tal vez como último homenaje oficial a los señores de la hacienda, al construirse la oficina postal, tal vez también como advertencia de que no deben olvidarse las viejas tradiciones pese al ímpetu del progreso. Porque también en la nueva oficina persistía la vieja costumbre de ocuparse en primer lugar de la correspondencia de los señores de la hacienda, y probablemente sigue subsistiendo todavía hoy: en cuanto llegaba el cochero con su saco postal gris pardo y lo echaba, con el característico gesto despectivo que merece un saco postal a los ojos de un cochero ordinario, sobre el gastado mostrador, el jefe de correos, que sabe mucho más de la dignidad humana y de las instituciones burocráticas, suelta con solemnidad apenas disimulada el precinto y los cordones, y clasifica por tamaños todo lo que está mezclado, a fin de poderlo examinar y distribuir más cómodamente; una vez concedida la debida atención al orden, lo primero que hacía el jefe de correos, dejando a un lado todo lo demás, era separar la correspondencia de la hacienda, coger una llave del cajón de la mesa y dirigirse a la cartera colgada que, con su abrazadera de latón, contempla silenciosa aquellas operaciones; el jefe de correos la abre por el centro de la abrazadera y ella le muestra desvergonzada su forro de lona gris, y aprisa, como si no pudiera soportar la visión de estas fauces de tela, desliza en su interior las cartas y los periódicos e incluso los pequeños paquetes, da un golpecito a la quijada inferior de estas fauces para que se cierren de nuevo, cierra a su vez los labios de latón y guarda otra vez la llave en la mesa. Pero el mensajero, que hasta ahora sólo era espectador, se la cuelga al hombro con las viejas y resquebrajadas correas, coge los paquetes más grandes en la mano y de este modo lleva los envíos a la hacienda una o dos horas antes de lo que podría hacerlo el cartero oficial, que primero habría tenido que recorrer todo el pueblo; un reparto fuera de lo usual y muy rápido, que demuestra que la institución del mensajero de la hacienda con su cartera no es sólo la continuación de una hermosa y vieja tradición, sino que responde a las necesidades prácticas de los señores y de la gente de la hacienda.

Joachim recibe con más frecuencia que antes noticias de su casa; casi siempre el padre sólo escribía breves comunicaciones con aquella letra semiinclinada, que recordaba tanto su manera de andar: casi se habría podido decir que era una escritura de tres pies. Joachim se enteraba de las visitas que recibían sus padres, de las incidencias de la caza y las provisiones para el otoño, algo también acerca de las cosechas, y casi siempre terminaba este parte agrícola: «Sería conveniente que empezaras pronto los preparativos de tu traslado, pues lo más sensato sería que te familiarizaras cuanto antes con el trabajo y todo necesita su tiempo. Tu fiel padre». Joachim, como siempre, experimentaba una profunda aversión por la letra y leía las

cartas quizá con menor atención y mayor enojo que nunca, ya que toda exhortación a abandonar su carrera militar y a trasladarse al hogar era como un arrastrarlo a lo civil e inconsistente, algo muy parecido a quererle despojar de sus defensas y arrojarlo desnudo en las cercanías de la Alexanderplatz para que todos aquellos hombres extraños y atareados pudieran burlarse de él. Alguien podía calificarlo de apatía del sentimiento: no, él no era cobarde y se mantendría tranquilo frente a la pistola del adversario o iría al campo de batalla a luchar contra el hereditario enemigo francés, pero los peligros de la vida civil eran de naturaleza extraña y oscura, inconcebible. Allí todo estaba en desorden, sin jerarquías, sin disciplina e incluso sin puntualidad. Cuando de camino entre su casa y el cuartel, pasaba por delante de las fábricas de máquinas Borsig a la hora de entrada o de salida del trabajo y los obreros estaban delante de la puerta como un pueblo exótico y oxidado, muy semejante al pueblo de Bohemia, él sentía sobre sí sus miradas inquietantes y, si alguno se llevaba la mano a la negra gorra de cuero para saludarle, no se atrevía a corresponder, por temor a marcar al amable como desertor, ya que simpatizaba con él. Porque sentía el odio de los otros como algo justo, y también porque presentía que odiarían a Bertrand tanto como a él, pese a su traje de civil. En la aversión de Ruzena por Bertrand se ocultaba también algo parecido. Todo esto era opresivo y caótico, y para Joachim era como si su barco tuviera una vía de agua y le obligaran a ensancharla. Pero también parecía totalmente absurdo que el padre le exigiera dejar el servicio a causa de Elisabeth; si había algo que pudiera hacer a un pretendiente digno de ella, era que éste, al menos en su traje, se apartara de toda impureza y desorden; robarle a él el uniforme significaba degradar a Elisabeth. Así pues, descartó la idea del retorno a la casa paterna y a la vida civil como una exigencia impertinente y peligrosa, pero, a fin de no desobedecer totalmente al padre, se presentó con flores en la estación cuando Elisabeth y su madre se fueron a Lestow de veraneo.

El revisor se cuadró ante el tren que aguardaba en cuanto vio a Joachim, y se estableció un tácito entendimiento entre los dos hombres, entendimiento en la mirada del valiente suboficial, que tomaba bajo su protección a las damas del superior. Y aunque iba un poco contra los convencionalismos dejar a la baronesa, ya instalada en el compartimiento con su equipaje y su dama de compañía, Joachim encontró encantadora la propuesta de Elisabeth de pasear a lo largo del tren hasta que dieran la señal de salida. Anduvieron arriba y abajo por la tierra apisonada que separa las vías y, cada vez que pasaban por delante de la puerta abierta del compartimiento, Joachim no dejaba de saludar con una leve inclinación hacia arriba, mientras la baronesa sonreía hacia abajo. Pero Elisabeth decía lo mucho que se alegraba de ir a la casa paterna y que contaba con ver frecuentemente a Joachim en Lestow, ya que como siempre, y mayormente en aquel año tan triste, él pasaría sus vacaciones en casa de sus padres. Llevaba un ajustado traje de chaqueta, de una fina tela gris, y el velo azul del sombrerito entonaba bien con el color del traje. Era casi sorprendente que una persona con una expresión tan seria se preocupara de sus trajes y tuviera tan buen

gusto, especialmente cuando uno sospechaba que el gris del traje y el azul del velo podían haber sido elegidos de acuerdo con el color de los ojos, que oscilaban entre un gris serio y un alegre azul. Pero era muy difícil plasmar estos pensamientos en palabras adecuadas, y Joachim se alegró de que sonara la señal y el revisor rogara a los pasajeros que volvieran al tren. Elisabeth subió al estribo y, continuando la conversación, supo evitar hábilmente con el busto vuelto hacia atrás el feo aspecto de una dama que se encarama encogida al compartimiento; sólo en el último escalón, no pudo continuar con el cuerpo ladeado y entró resuelta por la baja portezuela. Joachim permaneció ante el vagón con la cabeza levantada, y el recuerdo de su padre, con quien no hacía mucho había hablado en aquel mismo lugar, se mezcló tan extrañamente con la imagen de los faldones de la chaqueta de Elisabeth y con el proyecto de boda, que su padre había propuesto entonces en forma tan odiosa, que el nombre de esta muchacha de ojos zarco-grises y chaqueta gris, por más que la viera físicamente ante él en la puerta del vagón, se volvió de pronto indiferente y olvidado, sumergido extraña y desagradablemente en la sorprendida indignación de que hubiera hombres como su padre, que en su abyección tuvieran la osadía de asignar un ser virginal para toda la vida a la degradación y contaminación de cualquier hombre. Pero por más que hubiera reconocido en ella a la mujer en el momento de su resuelta entrada en el vagón, reconoció al mismo tiempo dolorosamente que no podía esperar de ella la dulzura de las noches de Ruzena, ni su anhelante entrega y aceptación, sino que sería un dejar hacer grave, tal vez religioso, inimaginable, no sólo porque tenía que producirse sin traje de chaqueta y sin uniforme, sino inimaginable también porque la comparación con Ruzena, a la que él había salvado del contacto y envilecimiento de los hombres, parecía casi un sacrilegio. La señal sonó por tercera vez y, mientras él seguía en el andén saludando ligeramente, las señoras hacían ondear sus pañuelos de encaje, hasta que al final sólo se vieron dos puntitos blancos y una línea de suave nostalgia se atrevió a salir del corazón de Joachim, nació en el corazón de Joachim un amago de ternura que se extendió y alcanzó los puntitos blancos en el último instante, antes de que desaparecieran en la lejanía.

Saludado militarmente por el portero y los empleados, Joachim salió de la estación y se encontró en la Küstrinplatz. La plaza yacía solitaria y un poco abandonada, oscura aunque en todas partes estuviera inundada de sol, un sol prestado, porque el auténtico brillaba sobre los campos dorados. Y aunque todo esto sólo de forma difícilmente explicable recordaba a Ruzena, era evidente que Ruzena, extrañamente inundada de sol y sin embargo oscura y un poco abandonada, estaba tan íntimamente unida a Berlín como Elisabeth a los campos que ahora atravesaba y a la casa señorial emplazada en el parque. Era un orden limpio y tranquilizador. Sin embargo, estaba contento de haber arrancado a Ruzena de su oscura profesión de animadora y de su falsa luminosidad, contento de estar a punto de liberarla del ovillo de hilos tendidos sobre toda aquella ciudad, de esa red que él sentía en todas partes, en la Alexanderplatz y en la fábrica de herrumbrosa maquinaria y en el suburbio

proletario con el sótano de la verdulería, una impenetrable e intangible red de vida civil, que era invisible y sin embargo lo oscurecía todo. Era preciso liberar a Ruzena de aquel laberinto, y mostrarse así digno de Elisabeth. Pero todo aquello no era más que un deseo muy confuso, un deseo que ni él mismo quería ver claro, porque probablemente le habría parecido absurdo.

Eduard von Bertrand, que se disponía a extender sus negocios por la región industrial de Bohemia, se acordó de Ruzena en Praga, sintió en cierto modo su añoranza de la patria y quiso decirle algo amable para consolarla. Y como no sabía la dirección de Ruzena, escribió a Pasenow que recordaba agradecido la última noche que habían pasado juntos y que esperaba con placer verle en Berlín en su viaje de regreso a Hamburgo, añadió un cariñoso saludo para Ruzena y alabó la hermosura de su país natal. Después callejeó por la ciudad.

Tras aquella noche con Bertrand y Ruzena, Pasenow esperaba que ocurriera algo especial y solemne, tal vez incluso algo horrible; por ejemplo, que Bertrand le pagara con la misma moneda la distinción y la confianza de que le hizo objeto al incluirle en la velada, aunque tampoco quedaba fuera del límite de lo posible un rapto de Ruzena; los comerciantes carecen de conciencia. Pero cuando no ocurrió lo uno ni lo otro, sino que Bertrand partió en silencio de acuerdo con su programa y no dio señales de vida, Joachim se sintió ofendido. Entonces llegó inesperadamente la nota de Praga; se la enseñó a Ruzena: «Parece que has causado profunda impresión en Bertrand», dijo meditabundo. Ruzena frunció el ceño: «Vaya, pues a mí no me gusta tu amigo, es hombre feo». Joachim defendió a Bertrand; no era feo. «No sé, no gustó a mí, dice cosas», decidió Ruzena, «no tiene que volver». En eso estaba Joachim totalmente de acuerdo, aunque ahora lo hubiera necesitado con urgencia, tanto más cuanto que Ruzena añadió: «Mañana voy a escuela de teatro».

Él sabía que ella no iría si él no la llevaba, claro que no, pero ¿cómo podía llevarla? ¿Cómo hacer una cosa así? Ruzena quería a toda costa «trabajar» en algo y los planes sobre nuevas actividades originaron un nuevo tema de conversación con el encanto de una desacostumbrada seriedad, aunque Joachim estaba totalmente desvalido ante casi todas las preguntas formuladas. Tal vez temía que una profesión burguesa le robara aquella gracia exótica con la que oscilaba entre dos mundos y la arrastrara de nuevo a la barbarie, y precisamente por eso su fantasía llegaba sólo hasta la profesión teatral, y Ruzena, llena de entusiasmo, estaba completamente de acuerdo: «Verás, como será yo famosa, tú me querrás». Pero había que recorrer antes un largo camino y nada sucedió. Bertrand había hablado una vez de la indolencia vegetativa en que vive la mayoría de los hombres; era seguramente algo parecido a la apatía del sentimiento. Sí, de estar Bertrand aquí, quizá podría con su mundología y su experiencia práctica ser de mucha ayuda. Y así, cuando Bertrand llegó a Berlín, encontró una preciosa invitación de Pasenow en respuesta a sus cordiales saludos.

Podría hacerse, opinó Bertrand con gran sorpresa de los dos, podría hacerse, pero no debían creer que el teatro era una carrera de gran porvenir o una carrera fácil. Por

otra parte, él tenía mejores relaciones en Hamburgo, pero lo intentaría gustoso allí. Y entonces los hechos se sucedieron con más rapidez de lo previsto; ya a los pocos días Ruzena fue convocada para una prueba de canto, que superó bastante bien, y poco después fue contratada como corista. La sospecha de Joachim de que la pronta amabilidad de Bertrand estuviera relacionada con sus intenciones respecto a Ruzena se desvaneció ante la actitud amistoso-indiferente, casi podría decirse médica, de Bertrand. Sin duda todo hubiera estado más claro si Bertrand hubiera aprovechado las molestias que se tomó por Ruzena para manifestarle su amor. En el fondo Joachim estaba seriamente molesto con Bertrand, pues éste, que había pasado tres veladas con él y con Ruzena y había charlado sobre montones de cosas, pero no había soltado prenda sobre sí mismo, ni había abandonado la amable reserva que le era tan propia, seguía siendo un extraño, que además había hecho por Ruzena mucho más que él mismo en la apatía de su fantasía romántica. Resultaba muy penoso. ¿Qué pretendía el tal Bertrand? Ahora, mientras se despedía y, naturalmente, rechazaba todo agradecimiento, incluso de Ruzena, manifestó de nuevo el deseo de volver a ver pronto a Joachim von Pasenow. ¿Por qué quería verle de nuevo? ¿No era una hipocresía? Y Joachim, sin comprenderse a sí mismo, dijo: «Bertrand, cuando vuelva usted a Berlín, será difícil que me encuentre, porque después de las maniobras iré unas semanas a Stolpin. Pero si usted quiere realmente hacerme una visita allí, me alegraría mucho». Y Bertrand aceptó.

El señor Von Pasenow había tenido siempre la costumbre de esperar la correspondencia en su habitación. Encima de la mesa, junto al montón de periódicos de caza, había, desde tiempo inmemorial, un sitio libre donde el mensajero depositaba diariamente su cartera. Y aunque el producto generalmente no valía la pena y a menudo consistía sólo en un par de periódicos, el señor Von Pasenow cogía siempre con idéntica avidez la llave que tenía colgada de un cuerno de ciervo y abría la abrazadera amarilla de la negra cartera. Y mientras el mensajero aguarda en silencio con la gorra en la mano y mirando al suelo, el señor Von Pasenow toma la correspondencia y se sienta en su escritorio, separa primero la suya y la de su familia y, tras haber examinado escrupulosamente las direcciones de las demás, las entrega al mensajero para que las distribuya entre la gente de la casa. A veces tenía que dominarse para no abrir una u otra carta dirigida a las criadas, ya que aquello le parecía un natural *jus primae noctis* del señor, y que el secreto de la correspondencia valiera también para los inferiores era una disposición moderna que le chocaba. De todos modos entre los criados se criticaba incluso este examen exterior de las cartas, especialmente porque el señor se atrevía después a preguntar por el contenido de las cartas o a bromear con las sirvientas. Esto había motivado graves conflictos, que habían terminado empero con un despido, de modo que los rebeldes no se sublevaban ya abiertamente, sino que iban personalmente a correos a recoger sus cartas o pedían

en secreto al jefe de correos que se las hiciera llegar por medio del cartero oficial. Incluso durante un tiempo se había visto al difunto señorito apearse del caballo todos los días frente a correos para recoger en mano su correspondencia; es posible que por aquel entonces esperara cartas de mujer, que quisiera guardar de las miradas del viejo, o que hiciera negocios que deseaba mantener en secreto; pero el jefe de correos, que de ordinario no guardaba para sí sus observaciones, fue incapaz de adivinar si se trataba de lo uno o de lo otro, pues la escasa correspondencia que recibía Helmuth von Pasenow no permitía sacar conclusiones. Sin embargo, corrió el insistente rumor de que el viejo, a través de alguna maquinación con el correo, había destruido una boda y la felicidad de su hijo. Especialmente las mujeres de la hacienda y del pueblo se aferraron a esta creencia, y tal vez no les faltara razón, ya que Helmuth pareció cada vez más indiferente y más cansado, interrumpió pronto sus idas a caballo al pueblo y se dejó mandar de nuevo la correspondencia en la gran cartera hasta la hacienda y hasta la mesa del padre.

El señor Von Pasenow había conservado su pasión por el correo y no era de extrañar que tal vez se le hubiera acrecentado. Organizaba su paseo matinal a pie o a caballo de forma que tuviera que encontrarse con el mensajero, y entonces podía constatarse que no había dejado la llavecita de la cartera colgada del cuerno de ciervo, sino que la llevaba consigo, a fin de poder abrir la cartera en pleno campo. Allí echaba una rápida ojeada a las cartas, pero las depositaba de nuevo en la cartera, para no anular el ritual doméstico que se realizaba más tarde en la forma acostumbrada. Una mañana, no obstante, había llegado hasta correos, donde el mensajero estaba aún apoyado en la ventanilla, y había esperado que vaciaran el saco postal sobre el gastado mostrador, y entonces había revisado y clasificado las cartas juntamente con el jefe de correos. Cuando el mensajero contó este hecho tan notable en la hacienda, la señorita Agnes, conocida en todas partes por su mordacidad, opinó: «Ahora empieza ya a desconfiar de sí mismo». Naturalmente esta afirmación carecía de un fundamento razonable, y la obstinación con que ella, más que nadie, hacía responsable de la muerte del hijo al señor de la hacienda, era tal vez consecuencia tardía del rencor que guardó en su corazón desde los años en que, joven y de buen ver, tuvo que soportar las bromas del viejo a propósito de su correspondencia.

No, el señor Von Pasenow se había ocupado siempre del correo y lo que hacía ahora no podía sorprender a nadie. Tampoco era de extrañar que el pastor fuera invitado ahora con más frecuencia a cenar y que el señor Von Pasenow en sus paseos fuera alguna vez a la rectoría. No, no tenía nada de sorprendente, y el pastor lo consideraba un fruto del consuelo espiritual que le había brindado. Sólo el señor Von Pasenow sabía que iba a ver al pastor por una razón recóndita e inexplicable, pese a que el pastor no era de su agrado, una vaga esperanza de que aquellos labios que predicaban en la iglesia le comunicaran algo que él esperaba y que, pese al temor de no encontrarlo nunca, no se atrevía siquiera a nombrar. Cuando el pastor hablaba de Helmuth, el señor Von Pasenow decía a veces: «Qué más da...» y cambiaba de tema,

ante su propia sorpresa, como huyendo, como si tuviera miedo de lo desconocido, pese a que lo invocaba. Pero a veces había días en que toleraba que lo desconocido se le acercara, y entonces era como un juego al que había jugado de niño: se escondía un anillo dejándolo a la vista, colgándolo, por ejemplo, de una lámpara o de una llave, y cuando los que buscaban se alejaban se decía «frío» y cuando se acercaban al objeto escondido se decía «caliente» o incluso «te quemas». Por eso era lógico que el señor Von Pasenow dijera de improviso clara y fuertemente «quema, quema» y casi batiera palmas, cuando el pastor habló otra vez de Helmuth. El pastor admitió amablemente que había hecho mucho calor durante el día, y el señor Von Pasenow volvió a la realidad. Era, sin embargo, muy curioso que las cosas estuvieran tan cerca unas de otras: se creía estar todavía metido en un juego infantil y de pronto aparecía la muerte en medio del juego. «Sí, sí, hace mucho calor», dijo el señor Von Pasenow, pero parecía estar temblando de frío, «en noches tan ardientes arden los graneros con suma facilidad». La idea del calor lo persiguió también durante la cena: «En Berlín debe de hacer ahora un calor agobiante. Joachim no escribe nada acerca de esto... claro que ¡escribe tan poco!». El pastor aludió a las exigencias del servicio. «¿Qué servicio?», preguntó ásperamente el señor Von Pasenow, y el pastor, confuso, no supo qué responder. La señora Von Pasenow aclaró que el pastor quería decir que el servicio de Joachim no le dejaba tiempo libre para escribir, especialmente ahora con las maniobras. «En tal caso debe dejar el servicio», refunfuñó el señor Von Pasenow. Después bebió varios vasos de vino uno tras otro y declaró que se sentía mejor; llenó el vaso del pastor: «Beba, reverendo, beba. Cuando uno bebe, entra en calor, y cuando uno ve doble, está menos solo». «Aquel que está con Dios nunca está solo, señor Von Pasenow», replicó el pastor, y el señor Von Pasenow consideró esta respuesta como un reproche y una falta de tacto. ¿No había dado él siempre a Dios lo que es de Dios y al César, mejor dicho, al rey, lo que le correspondía?: un hijo está al servicio del rey y no escribe, y al otro se lo ha llevado Dios y alrededor todo está vacío y frío. Sí, al pastor le era fácil hablar con altanería; tenía la casa llena, demasiado llena para su situación y ahora esperaba algo más. En su caso era fácil estar con Dios. Le hubiera gustado decírselo al reverendo, pero no podía enemistarse con él, porque quién le quedaría, si nadie quería saber nada de él, excepto... mas la idea ya casi visible desapareció, se escondió, y el señor Von Pasenow dijo dulce y soñador: «En el establo de las vacas hace calor». La señora Von Pasenow miró asustada a su marido: ¿habría bebido el vino demasiado aprisa? Pero el señor Von Pasenow se había levantado y escuchaba por la ventana; si la lámpara no hubiera alumbrado solamente la mesa, la señora Von Pasenow habría visto una expresión asustada y expectante en su rostro, expresión que desapareció cuando se oyeron los pasos del vigilante sobre la gravilla. El señor Von Pasenow se acercó a la ventana, se inclinó hacia fuera y gritó: «Jürgen». Y cuando el pesado paso de Jürgen se detuvo ante la ventana, el señor Von Pasenow le ordenó que cuidara de los graneros, «hace justamente doce años, en una noche cálida como ésta, se nos quemó el granero

grande en la alquería».

Y cuando Jürgen recuerda obediente lo ocurrido y dice «No hay cuidado», todo regresa para la señora Von Pasenow al ámbito de lo habitual y rutinario, de modo que tampoco le llama la atención que el señor Von Pasenow les dé las buenas noches, para escribir todavía una carta que tiene que salir en el correo de la mañana. Ya en la puerta se volvió: «Dígame, reverendo, ¿por qué tenemos hijos? Usted ha de saberlo, tiene mucha práctica». Y se alejó rápido con una risita, pero un poco como un perro que anduviera en tres patas.

A solas con el pastor, la señora Von Pasenow dijo: «Soy feliz cuando le veo de mejor humor. Desde que murió nuestro pobre Helmuth, está siempre muy abatido».

Agosto tocaba a su fin y las puertas del teatro se abrieron de nuevo. Ruzena tenía ahora tarjetas de visita, que la presentaban como actriz, y Joachim debía ir a la Alta Franconia de maniobras. Estaba molesto con Bertrand, porque había metido a Ruzena en una profesión que, en definitiva, tenía tan mala fama como las actividades que desempeñaba en el Jägerkasino. Naturalmente había que culpar también a la propia Ruzena, que había caído en esta profesión, o quizá más a su madre, que no había sabido velar mejor por su hija. Pero parecía que Bertrand había destruido de nuevo aquello que él había pretendido arreglar. Tal vez ahora era incluso peor que antes. Porque en el casino estaba todo muy claro, sólo había un sí o un no; en cambio entre bastidores reinaba un ambiente muy especial; allí había agasajos y flores, y quizá en ningún otro lugar se le hacía tan difícil a una muchacha seguir siendo honesta. Era cosa sabida. Significaba hundirse más y más, pero Ruzena no quería entenderlo, se sentía incluso orgullosa de su nueva profesión y de sus tarjetas de visita. Contaba con entusiasmo las experiencias de entre bastidores y los chismes del teatro, que él no quería oír; y en el crepúsculo de su vida en común se filtraban continuamente las luces de las candilejas. ¡Cómo había podido creer que se encontraría en ella, o que ella le pertenecía, si la había perdido de antemano! La buscaba todavía, pero el teatro se erguía como una amenaza entre los dos y, cuando Ruzena contaba excitada las aventuras amorosas de sus compañeras, él veía allí el peligro de que la ambición de Ruzena se despertara y de que se inclinara a imitarlas, veía el regreso de Ruzena a una vida anterior, que tal vez no habría podido desarrollarse de manera muy distinta, ya que el ser humano tiende siempre a volver a su punto de partida. Felicidad tronchada de la indolencia crepuscular, dulzura perdida de la tristeza que, si bien oprime el corazón y hace brotar las lágrimas, lleva en sí el resplandor del eterno abismarse.

Y aparecieron de nuevo aquellas quimeras de las que creía haberse librado, y aunque ya no sentía la necesidad de buscar en el rostro de Ruzena los rasgos de su hermano italiano, los veía impresos de modo aún más angustioso, impresos como los rasgos imborrables de aquella vida de la que no podía arrancarla. Y de nuevo se

despertó el recelo de que Bertrand era el culpable de estas quimeras, de que él lo había planeado todo, de que como Mefistófeles quería exterminarlo todo, sin excluir siquiera a Ruzena. A todo esto se sumaron las maniobras. ¿Cómo encontraría a Ruzena a su regreso? ¿La encontraría siquiera? Se prometieron escribirse con frecuencia, diariamente; pero Ruzena tenía muchas dificultades en escribir en alemán, y como además ella estaba orgullosa de sus tarjetas y él no se atrevía a destruir esta alegría infantil, el correo le trajo a menudo sólo una de esas tarjetas con la odiada inscripción «actriz», y en la tarjeta se leía «Te envía muchos besuquitos», expresión que parecía profanar la dulzura de sus besos. Sin embargo, se sentía muy inquieto cuando pasaban días sin recibir noticias, aunque debía reconocer que la movilidad de la vida en campaña justificaba los retrasos postales; y estaba muy contento cuando llegaba una de las odiosas tarjetitas. Y de repente, inesperadamente, se le ocurrió como un recuerdo que también Bertrand era una especie de actor.

Pero Ruzena le echaba de menos. Las cartas de Joachim describían la vida de maniobras y las noches en los pueblecitos, de las que él disfrutaría de veras «si tú, querida pequeña, dulce Ruzena, estuvieras a mi lado». Y cuando él le pedía que a las nueve de la noche, a la misma hora que él, mirase la luna, a fin de que sus miradas se encontrasen allá arriba, ella salía por la puerta del escenario durante el descanso y miraba obediente hacia lo alto, aunque el entreacto era a las nueve y media. Era como si aquella tarde de primavera bajo la lluvia la mantuviera todavía presa, como si hubiera paralizado algo en su interior; la marea que entonces la había envuelto tenía un lento reflujo y, aunque la voluntad de la muchacha no era lo bastante fuerte y tampoco había posibilidad de erigir diques para retener la corriente, el aire que respiraba seguía impregnado de una suave humedad. Claro que envidiaba un poco a las compañeras que recibían flores en el camerino, pero en realidad lo lamentaba sólo por Joachim, para quien ella hubiera deseado como amante una diva famosa. Y aunque una mujer enamorada irradia a menudo a su alrededor ciertas ráfagas de erotismo, que son para muchos el atractivo más delicado, los hombres que galanteaban a las actrices eran de otro estilo e incapaces de percibir tales sutilezas. Y así ocurrió que Joachim, al volver a Berlín de las maniobras, encontró a una Ruzena más intacta que nunca, y ambos lo consideraron una victoria, a la que sin embargo sabían que seguiría la derrota, pero no querían saberlo y cerraron las puertas a este conocimiento con sus abrazos.

Cuando el tren salió de la estación y ella acabó de despedirse agitando el pañuelo de encaje, Elisabeth intentó aclarar si amaba a Joachim. Fue casi alegre y tranquilizador que aquel sentimiento que pretendía calificar de amor surgiera tan cauteloso y civilizado; para notar su presencia era preciso concentrarse profundamente, porque era una imagen tan tenue y sutil que sólo podía percibirse sobre un fondo de aburrimiento plateado. Y los suaves contornos de esta imagen se desdibujaron,

porque el aburrimiento se fue transformando en impaciencia, a medida que se acercaban a la casa paterna; y como el barón las esperaba en la estación con los nuevos caballos y, al llegar a Lestow, surgió la naturaleza con las verdes copas del parque, en primer término el portón en su pacífica pesadez, brindando la primera sorpresa, porque a derecha e izquierda de la entrada del parque habían construido dos nuevas casitas para los guardas, de modo que las damas lanzaron exclamaciones de entusiasmo, y esto fue sólo el preludio de lo mucho que les quedaba por ver y vivir en los próximos días, es muy comprensible que Elisabeth no pensara ya más en el amor. El barón había aprovechado de nuevo la ausencia de sus dos damas o, como decía a veces para orgullo de Elisabeth, de sus dos mujeres, para introducir en la casa diversas mejoras y embellecimientos, que encantaron a Elisabeth y a su madre e hicieron al barón acreedor de toda suerte de elogios y tierno agradecimiento. Podían sentirse orgullosas de los conocimientos artísticos de papá, que no respetaba excesivamente lo antiguo y había agregado toda clase de adornos a la vieja casa señorial, aunque sin limitarse a lo arquitectónico, sino teniendo bien presente que siempre hay en las paredes espacio para un nuevo cuadro, un rincón que puede embellecerse con un pesado jarrón, un aparador que requiere un tapete de terciopelo bordado en oro, y él era el hombre que se ocupaba de esto. Desde su boda el barón y la baronesa se habían convertido en coleccionistas y las continuas mejoras de su hogar fueron la prolongación de su noviazgo, incluso después del nacimiento de la hija. A Elisabeth no se le ocultaba que la pasión de sus padres por celebrar con regalos las diversas festividades del año, por festejar los cumpleaños y prepararse siempre nuevas sorpresas encerraba un significado más profundo y tenía una honda aunque difícilmente inteligible relación con la alegría, casi podría decirse obsesión, de rodearse siempre de nuevos objetos; Elisabeth no sabía que todo coleccionista, en su intento del absoluto nunca alcanzado, nunca alcanzable, pero siempre perseguido de una colección sin fallos, lo sobrepasa y va hasta lo infinito, y que, fundiéndose en su colección, confía en alcanzar su propio absoluto y la revocación de su muerte. Elisabeth no lo sabía, pero rodeada de todos aquellos objetos bellos y muertos, que se amontonaban a su alrededor, rodeada de tantos hermosos cuadros, intuía sin embargo que los cuadros colgaban de las paredes como para reforzar los muros, y le parecía que todas las cosas muertas salvaguardaban algo muy vivo, algo que tal vez encubrían y protegían, algo a lo que ella misma estaba tan unida que a veces pensaba, al ver un cuadro nuevo, que se trataba de un hermano pequeño, de algo que buscaba protección y que los padres protegían, como si de ello dependiera su existencia en común: presentía el miedo que había detrás y que pretendía acallar lo cotidiano, el envejecer, a base de festejos, miedo que necesitaba convencerse continuamente — sorpresa siempre nueva— de que seguían vivos, de que habían nacido, de que estaban definitivamente unidos y su círculo para siempre cerrado. Y como el barón introducía cada vez nuevas franjas de su tierra en el parque, cuyo centro espeso y oscuro estaba rodeado casi por todas partes de amplias superficies de árboles jóvenes, claras y

amigas, le parecía a Elisabeth que él quería, con una solicitud casi femenina, convertir sus vidas en un parque cada vez más grande y amurallado, lleno de agradables zonas para el descanso, y que no llegaría a la meta ni se liberaría de su angustia hasta que el parque se hubiera extendido por toda la tierra, siendo su propia meta ser un parque, por el que Elisabeth paseara eternamente. A veces algo se rebelaba en ella contra esta dulce e implacable obligación, pero como la rebeldía no se manifestaba casi nunca claramente, se fundía con los contornos soleados de las colinas, que emergían más allá de los muros del parque.

«Oh», exclamó la baronesa cuando vieron la nueva pérgola en la rosaleda, «es un encanto: como creada para unos novios». La baronesa sonreía a Elisabeth y también el padre sonreía, pero en los ojos de ambos se leía claramente el miedo ante lo que les amenazaba, ante lo ineludible, el desamparo, el conocimiento de una infidelidad y una traición, pero se leía también el perdón previo, ya que ellos mismos habían pecado. Era muy triste que sólo el pensar en aquel futuro matrimonio deprimiera a los padres, y Elisabeth apartaba toda idea de boda lejos de sí, tan lejos que casi le estaba de nuevo permitido escuchar complacida cómo hablaban los padres de una posible unión, casi como un asentimiento al destino amoroso de la hija, casi como un reconocimiento que elevaba a la hija a la esfera de los adultos, la convertía casi en una hermana de la madre, y por eso se acordó también Elisabeth del día de la boda de tía Brigitte, cuando la madre imprimió en su mejilla un tierno beso y ella vio en este beso una despedida, porque la madre había besado así a su hermana, la había besado entre lágrimas, entre lágrimas, aunque todos afirmaban que eran muy felices y que estaban encantados con el nuevo tío. Pero de esto, naturalmente, hacía mucho tiempo; era pueril recordarlo y Elisabeth, entre sus padres, les pasó los brazos por los hombros y caminó con ellos hacia el cenador que ocupaba el centro de la pérgola, donde se sentaron. Los parterres de rosas, separados por estrechos caminitos simétricamente serpenteantes, estallaban multicolores y llenos de perfume, pero las sombras no habían desaparecido todavía y el barón dijo tristemente señalando un grupo de rosales: «Y allí intenté plantar unas rosas Manetti, pero nuestro clima parece ser demasiado riguroso para ellas», y como si quisiera retener a su hija con esta promesa, añadió: «Pero si da resultado y crecen, serán de Elisabeth». Elisabeth notó la presión de su mano y creyó vislumbrar que existía algo que ellos no podían mantener lo bastante encerrado, algo que tal vez podía ser el tiempo, acumulado y comprimido como un muelle de reloj, y que amenazaba con saltar, crecía entre los dedos, se hacía cada vez más largo, una cinta larga, delgada, blanca, angustiosa, que empezaba a arrastrarse e intentaba apoderarse de ellos como una serpiente maligna, de modo que uno se volvía gordo, viejo y horrible. Quizá la madre lo sentía también, porque dijo: «Cuando la niña se separe de nosotros, nos sentaremos aquí solos». Y Elisabeth, consciente de su culpa, dijo: «Pero si yo me quedaré siempre con vosotros». Lo dijo consciente de su culpa y avergonzada, porque ni ella misma lo creía, y sin embargo sonaba como la renovación de un antiguo voto. «Por otra parte,

no veo por qué no podría vivir a nuestro lado con su marido», propuso la baronesa, y el padre alejó la cuestión: «Hasta entonces queda aún mucho tiempo». Y Elisabeth se acordó otra vez de tía Brigitte, que vivía en Würbendorf, y había engordado mucho, regañaba a sus hijos y tenía ya tan poco en común con la figura graciosa de antaño, que uno apenas podía comprender cómo había sucedido y casi sentía vergüenza por la felicidad que antes irradiaba su presencia. Y Würbendorf es más claro y alegre que Stolpin y todos se habían alegrado de encontrar en tío Albert a un nuevo pariente joven. Era muy posible que Elisabeth ni siquiera hubiera querido tanto a tía Brigitte, sino que aquellos hechos hubieran llegado a ser tan excitantes y tiernos precisamente por significar la incorporación de un nuevo miembro en la familia. Si uno estuviera emparentado con todos los hombres, el mundo sería como un parque bien cuidado, y conseguir un nuevo pariente equivaldría a plantar una nueva clase de rosas en el jardín. La infidelidad y la traición serían entonces delitos leves: ya en aquella ocasión lo había notado, cuando se alegró tanto por el tío Albert, y tal vez en el mar de la injusticia cometida contra ellos se alzaba esta pequeña isla del perdón, donde los padres se refugiaban ahora, al hablar de la posible boda de su hija como de un feliz acontecimiento. Tampoco la baronesa había olvidado su idea y, como la vida se compone de meros compromisos, dijo: «Además nuestra casita en Westend estará siempre a punto para ellos». Pero la mano de Elisabeth seguía entre las del padre, sentía su presión, Elisabeth no quería saber nada de compromisos. «No, yo me quedo con vosotros», repitió casi con obstinación, y recordó la amarga impresión de su niñez cuando se la excluyó del dormitorio de los padres y no pudo velar ya su respiración; la baronesa hablaba a menudo y con placer de la muerte repentina que a veces se presenta durante el sueño, y si con ello alarmaba a su marido y a Elisabeth, por la mañana constituía una alegre sorpresa comprobar que la noche no los había separado eternamente y se renovaba diariamente el deseo impetuoso de cogerse de las manos, mantenerse unidos, para no ser nunca arrancados unos de otros. Y así estaban ahora sentados en la pérgola, impregnada de perfume de rosas; el perrito de Elisabeth se acercó dando saltos y la saludó como si la hubiera encontrado de nuevo para siempre y puso las patas sobre sus rodillas. Los rosales se destacaban, firmes y rígidos, contra el muro verde del jardín y contra el cielo azul. Elisabeth nunca podría saludar por la mañana con esta alegría a un extraño, por muy pariente que fuera, nunca podría pensar en su cumpleaños con este fervor apasionado y casi devoto que le inspiraba el cumpleaños de su padre, nunca podría rodearlo con aquella angustia incomprensible y sin embargo noble que constituye el amor. Al darse cuenta de ello, sonrió cariñosamente a sus padres y acarició la cabeza del perrito Bello, que la miraba con ojos ansiosos, amantes y devotos.

Más tarde empezó a aburrirse, y aquel ligero sentimiento de rebelión apareció de nuevo. Entonces no era desagradable pensar en Joachim, y vio su esbelta figura en el andén, ligeramente inclinada, en la larga y cuadrada chaqueta del uniforme. Pero su imagen se mezclaba extrañamente con la de tía Brigitte cuando era joven, y Elisabeth

ya no sabía si Joachim debía casarse con la dulce tía Brigitte o si ella misma con el joven tío de su niñez. Y aunque sabía que el amor no es como lo presentan las novelas o la ópera, era evidente que ella pensaba en Joachim sin ningún temor; sí, incluso cuando imaginaba una escena en que el tren en marcha lo enganchaba por la espada y Joachim caía bajo las ruedas, esta idea la llenaba de espanto, pero no de esta dulce tristeza y temor, de esta zozobra, con que estaba pendiente de la vida de sus padres. Darse cuenta claramente de ello fue como una renuncia, pero también como un ligero y melancólico alivio. De todos modos resolvió preguntarle a Joachim en la primera ocasión la fecha de su cumpleaños.

Joachim había regresado a Stolpin. Ya en el camino desde la estación, en cuanto atravesaron el pueblo y llegaron a los primeros campos de la hacienda, percibió en su interior una sensación nueva y sorprendente; buscó una expresión y la encontró: mi propiedad. Al descender del coche ante la casa señorial, le invadió un nuevo sentimiento de hogar.

Ahora estaba sentado allí con sus padres, y, si sólo se hubiera tratado del desayuno, hubiera sido perfectamente soportable; le gustaba poder sentarse bajo el gran tilo, el jardín fresco y soleado ante él; la buena mantequilla amarilla, la miel, el frutero lleno de fruta, todo aquel bienestar se diferenciaba agradablemente de los precipitados desayunos antes del servicio. Pero las comidas y las cenas y la hora del café eran una tortura; cuanto más avanzaba el día, más obtusa se tornaba la convivencia, y si por la mañana los padres se habían alegrado de la desacostumbrada presencia de su hijo y quizá alimentaban también cada día la esperanza de que saldría de él algo hermoso y que llenara la vida, el transcurso del día —marcado por las horas de las comidas— significaba una decepción por etapas y hacia el atardecer la presencia de Joachim se había convertido en un empeoramiento de su insoportabilidad a dos; incluso la ilusión del correo, único rayo de luz de cada día, había disminuido a causa de la presencia del hijo, y a pesar de que el viejo salía aún todos los días al encuentro del mensajero, era casi un acto de desesperación, era casi una secreta incitación a Joachim para que se fuera de una vez y enviara cartas. Aunque el propio señor Von Pasenow parecía saber que esperaba algo muy distinto a las cartas de Joachim y que el mensajero cuya llegada acechaba no era aquel de la cartera.

Joachim hizo débiles intentos para aproximarse a sus padres. Visitaba al padre en la habitación adornada con trofeos de caza y preguntaba por las cosechas, por la caza, confiando en que al viejo le gustaría que obedeciera con estas insinuaciones su exhortación a «ponerse al corriente». Pero o bien el padre había olvidado esta exhortación o bien él mismo no sabía demasiado cómo iba la hacienda; pues daba una respuesta desgana, evasiva, e incluso una vez le dijo: «De momento no debes preocuparte de esto», y Joachim, pese a sentirse desligado de una penosa obligación,

se acordó de la época en que lo enviaron a la academia de cadetes y le robaron por primera vez su tierra natal. Pero ahora Joachim había vuelto y esperaba a su propio invitado. Era una sensación agradable, que incluía, eso sí, mucha hostilidad contra el padre, pero ni él mismo se dio cuenta e incluso esperaba que también los padres se alegrarían de esa interrupción del creciente aburrimiento y aguardarían con tanta impaciencia como él la llegada de Bertrand. Dejó que el padre huroneara en su correspondencia, y cuando se la alargaba con las palabras: «Por desgracia parece que todavía no hay noticias de tu amigo; ya veremos si vendrá», Joachim, aunque le sonaba como regocijo por el mal ajeno, quería oír sólo compasión. Su mal humor no llegaba al colmo hasta ver además en manos del padre una carta de Ruzena. Pero el viejo no decía nada, a lo sumo se encajaba bien el monóculo y le advertía: «Ahora sí que ya va siendo hora de que hagas una visita a los Baddensen»; esto podía ser una alusión mordaz o no, fue suficiente en cualquier caso para hacer tan desagradable a Joachim la obligación de volver a ver a Elisabeth, que pospuso la visita, pese a que su figura y su pañuelo de encaje al viento lo habían acompañado fielmente hasta allí; estaba además cada vez más obsesionado por el deseo y la imagen de llevar a Eduard von Bertrand a su lado en el pescante, cuando se encontrara frente a la escalinata de Lestow.

Pero no sucedió así, al menos de momento, pues un día Elisabeth y su madre se presentaron en una tardía visita de pésame al señor y a la señora Von Pasenow. Elisabeth se sintió decepcionada y sin embargo en cierto modo liberada, porque casualmente Joachim no estaba en casa, y se sintió también un poco ofendida. Se sentaron en el pequeño salón y las señoras se enteraron por el señor Von Pasenow de que Helmuth había caído por el honor del nombre. Elisabeth pensó que tal vez en un tiempo no muy lejano ella llevaría también el nombre por el que alguien había caído y, con un asomo de orgullo y amable sorpresa, constató que entonces también el señor y la señora Von Pasenow serían nuevos parientes. Siguieron hablando del hecho luctuoso y el señor Von Pasenow dijo: «Así van las cosas cuando uno tiene hijos; caen por el honor o por el rey... es ridículo tener hijos varones»; agregó con vehemencia y en tono retador. «Ah, pero las hijas se casan y se nos escapan de las manos», replicó la baronesa esbozando una sonrisa de inteligencia, «y nosotros los viejos nos quedamos solos en cualquier caso». Pero el señor Von Pasenow no contestó, como habría sido de rigor, que la baronesa no podía contarse todavía entre los viejos, sino que, rígido el gesto y la mirada, quedó unos instantes en silencio y después dijo: «Sí, nos quedamos solos, quedamos solos», y tras reflexionar con evidente esfuerzo, «morimos solos». «Pero no pensemos en morir, señor Von Pasenow», replicó la baronesa en un tono obligadamente alegre. «No debemos pensar en ello hasta dentro de mucho tiempo; a la lluvia sigue el sol, mi querido señor Von Pasenow, y esto es algo que hay que tener siempre presente». El señor Von Pasenow volvió a la realidad y volvió a hablar como un caballero: «Suponiendo que los rayos del sol entren en nuestra casa en la figura de usted, baronesa», y sin esperar la

halagada réplica de la baronesa, añadió: «Pero es tan poco frecuente... la casa está vacía, ni siquiera el correo trae nada. He escrito a Joachim, pero apenas contesta; está en las maniobras». La señora Von Pasenow se volvió asustada y miró muy inquieta a su marido: «Pero... pero si Joachim está aquí».

Una mirada envenenada la castigó por esta rectificación.

«Pero ¿ha escrito acaso? ¿Y dónde está ahora?», y habría surgido de seguro una pequeña discusión, si el canario harziano de la jaula no hubiera lanzado al aire el tenue haz amarillo de su voz. Estaban sentados a su alrededor, como en torno a un surtidor, y olvidaron por unos instantes todo lo demás como si aquel débil y amarillo hilo de voz que ascendía y descendía los envolviera y los uniera en aquella comunidad en que se fundaba la comodidad de su vida y de su muerte; como si aquella línea, que se elevaba y los colmaba, y regresaba sin embargo a su punto de origen y se redondeaba, los dispensara de hablar, tal vez porque era un delgado adorno amarillo de la habitación, tal vez porque durante unos instantes les daba plena conciencia de que se pertenecían y los arrancaba al espantoso silencio, cuyo mutismo y cuyo estruendo se alzan entre hombre y hombre como un sonido impenetrable, una pared que la voz humana no puede franquear en ninguna dirección, de modo que el hombre debe estremecerse. Pero ahora que el canario cantaba, ni siquiera el señor Von Pasenow oía el espantoso mutismo y todos se alegraron cuando la señora Von Pasenow dijo: «Bueno, vamos a tomar el café». Y cuando atravesaron el salón grande, cuyas cortinas estaban echadas para evitar el sol de la tarde, nadie pensó que allí había estado el túmulo de Helmuth.

Después llegó Joachim y Elisabeth sufrió una nueva decepción, pues había conservado en la memoria su imagen de uniforme y ahora vestía atuendo de cazador. Se sintieron extraños y cohibidos, y ni siquiera cuando volvieron con los demás al salón y Elisabeth se detuvo ante la jaula del canario, al que tendió un dedo entre los barrotes para que la picara furioso, ni siquiera cuando ella decidió que tendría en su propio salón —si se casaba— un pequeño pájaro amarillo como aquél, ni siquiera entonces pudo relacionar a Joachim con su boda. Pero esto, en realidad, era agradable y tranquilizador, y le facilitó que se pusieran de acuerdo, al despedirse, en que Joachim la pasaría a buscar para un paseo a caballo. Antes, naturalmente, les haría él una visita.

A Bertrand le fue posible por fin aceptar la invitación de Pasenow y llegó a Berlín en un tren nocturno con la idea de quedarse un par de días. Se entiende que quería ocuparse de Ruzena: fue directamente al teatro y le envió una nota al camerino con unas flores. Ruzena se alegró de recibir su tarjeta, se alegró con las flores y la halagó que Bertrand la esperase a la salida del escenario. «Bien, pequeña Ruzena, ¿qué tal va todo?» Y Ruzena le contó enseguida a borbotones que iba bien, muy bien, ¡oh!, en realidad nada bien, porque añoraba mucho a Joachim, pero ahora naturalmente le iba

bien, porque se alegraba horrores de que Bertrand, tan buen amigo de Joachim, viniera a buscarla. Luego, sentados frente a frente durante la comida y después de haber hablado mucho de Joachim, Ruzena, cosa que le sucedía con frecuencia, se puso triste de repente:

—Ahora usted va a ver a Joachim y yo quedo aquí; hay injusticia en el mundo.

—Claro que hay injusticia en el mundo, y más de la que tú supones, pequeña Ruzena —a ambos les parecía natural que él la tutease—, y en parte ha sido la preocupación por ti lo que me ha traído a Berlín.

—¿Qué quiere decir?

—Pues no me acaba de gustar que estés metida en esto del teatro.

—¿Por qué? Si es muy bonito...

—Me precipité un poco en complaceros... y todo porque sois unos románticos y sabe Dios qué os imaginabais del teatro.

—No entiendo qué quiere decir.

—No importa, pequeña Ruzena, pero es imposible que sigas en esto. En definitiva, ¿adónde te lleva? ¿Qué será finalmente de ti, pequeña? Hay que cuidar de ti, y con romanticismo no puede uno cuidar de nadie.

Ruzena le contestó, muy tiesa y orgullosa, que ella podía cuidar de sí misma; no necesitaba a nadie y Joachim sólo tenía que irse, si quería dejarla, que se fuera, «y usted es hombre malo, sólo venido para hacer daño a un amigo»; lloraba y miraba rencorosamente a Bertrand entre lágrimas. No fue fácil tranquilizarla, porque insistía en que él era un mal hombre y un mal amigo, que quería echarle a perder una noche tan hermosa. Y de repente se puso muy pálida y le miró con ojos asustados:

—¿Le ha enviado él para decir todo ha terminado?

—Pero ¡Ruzena!

—No, ya puede decir diez veces no, yo sé que es así, oh, los dos son malos, me han metido en vergüenza.

Bertrand comprendió que con buenas razones nada se arreglaría; y tal vez en la torpe sospecha de Ruzena se ocultaba un presentimiento de la verdadera situación y de lo vano de sus esperanzas. Parecía un animalito acorralado. Y quizá era conveniente que ella considerara seriamente el porvenir. Por eso él se limitó a mover la cabeza en gesto negativo: «Dígame, pequeña, ¿no podría usted regresar a su casa, mientras Joachim esté fuera?». Ella sólo entendió que se la enviaba lejos.

—Pero Ruzena, ¿quién pretende alejarte? Sería mejor que estuvieras entre los tuyos, en lugar de quedarte aquí sola en Berlín en este absurdo teatro...

Ella no le dejó terminar:

—No tengo a nadie, todos son malos conmigo... no tengo a nadie y usted quiere alejarme.

—Ruzena, sé razonable; cuando Pasenow vuelva a Berlín, tú regresas también.

Ruzena ya no le oía, quería marcharse, no quería saber nada más. Pero a Bertrand no le gustaba dejarla partir así y pensó cómo podría llevarla a fijar su atención en

otras cosas; por fin se le ocurrió que podían escribir una carta en común a Joachim. Ruzena estuvo de acuerdo inmediatamente; él se hizo traer papel y escribió: «Recordándolo cordialmente, en una alegre velada, le envía afectuosos saludos Bertrand», y ella añadió «y muchos besuquitos de Ruzena». Estampó un beso en el papel, pero no lograba contener las lágrimas. «Ha terminado», repetía, y pidió que la acompañase a casa. Bertrand accedió. Pero a fin de no dejarla demasiado pronto con aquella desesperación, propuso ir a pie. Para tranquilizarla —las palabras no surtían efecto—, había cogido su mano como un buen médico; ella cedió, un poco agradecida y buscando apoyo, y le dejó la mano con un leve apretón. Es un animalito, pensó Bertrand, y para esclarecer la situación dijo: «Ruzena, yo soy sin embargo un hombre malo y tu enemigo», pero ella no respondió. Bertrand sintió una leve y delicada irritación por el confusionismo que reinaba en la mente de Ruzena, irritación que extendió también a Joachim, al que hacía responsable de Ruzena y de su destino, y que no parecía menos confuso que la muchacha. Posiblemente debido al calor del cuerpo de Ruzena, tuvo por un momento la perversa idea de que Joachim se merecía que lo engañaran con ella, pero no lo pensó seriamente y pronto volvió a sentir la amable benevolencia que siempre había experimentado hacia Joachim. Joachim y Ruzena le parecían dos seres que sólo participaban con una pequeña parte de sí mismos en la época que les había tocado vivir, en la edad que tenían, mientras que la parte mayor estaba en otro sitio, tal vez en otro planeta o en otra época o simplemente en la infancia. A Bertrand le sorprendía que tantos hombres de distintas épocas vivieran juntos al mismo tiempo e incluso tuvieran la misma edad: de ahí la inconsistencia general y la dificultad de comprenderse racionalmente unos a otros; sólo era sorprendente que, no obstante, existiera algo así como una comunidad humana y una comprensión ultratemporal. Probablemente también lo único que podía hacerse con Joachim era acariciarle las manos. ¿Qué debía y podía decirle? ¿Qué finalidad tenía en realidad esta visita a Stolpin? Bertrand se sentía molesto, pero luego pensó que hablaría con Joachim acerca del destino de Ruzena; esto prestaba al viaje y a la pérdida de tiempo un sentido y, nuevamente de buen humor, apretó la mano de Ruzena.

Se despidieron delante de la casa, estuvieron mudos unos instantes uno frente al otro, y parecía como si Ruzena esperase todavía algo. Bertrand sonrió y, antes de que ella pudiera ofrecerle los labios, la besó en la mejilla como lo habría hecho su tío. Ella le acarició la mano con un movimiento rápido y quiso refugiarse en la casa, pero él la detuvo en la puerta:

—Mañana a primera hora me voy, pequeña Ruzena, ¿qué debo decirle a Joachim?

—Nada de nada —dijo ella rápida y enfadada; pero luego reflexionó—. Es usted malo, pero vendré a estación.

—Buenas noche, Ruzena.

Bertrand sintió de nuevo aquella ligera irritación, pero como todavía conservaba en los labios la huella de su mejilla, parecida a un suave plumón, anduvo arriba y

abajo de la oscura calle y miraba hacia la casa de Ruzena, en espera de que se encendiera una luz en alguna ventana. Pero o la luz ya estaba encendida antes o la habitación daba a un patio interior —¡Joachim hubiera podido preocuparse de alojarla mejor!—, lo cierto es que Bertrand esperó en vano y, tras contemplar un buen rato la casa, decidió que ya se había hecho bastante en aras del romanticismo, encendió un cigarro y se fue a su casa.

Mientras las habitaciones comunes tenían *parquet*, los dormitorios de los invitados en el segundo piso tenían sólo suelos encerados, grandes tablas de madera blanca y blanda, separadas por listones un poco más oscuros. Los troncos de los que se habían cortado estas tablas tenían que haber sido enormes, y aunque sólo era madera blanda, su regularidad y su tamaño testimoniaban la opulencia del antiguo propietario. Las juntas entre los listones y las tablas estaban apretadas y aquellas que se habían ensanchado más tarde al secarse la madera habían sido rellenadas tan cuidadosamente con madera aglomerada que apenas se notaban. Los muebles habían sido construidos por el carpintero del pueblo y debían de proceder de la época en que las tropas napoleónicas pasaron por el lugar, al menos cabía suponerlo así, porque recordaban lejanamente aquel estilo llamado Imperio, pero podían ser algo anteriores o posteriores, porque con sus formas ventrudas se apartaban del estilo rectilíneo propio de aquella época. Había un armario de espejo cuyos cristales estaban separados extrañamente por un recto listón de madera, había cómodas que, por demasiados o por pocos cajones, chocaban contra una arquitectura pura. Pero aunque estos muebles estuvieran alineados contra las paredes casi sin orden ni concierto, aunque la cama se hubiera colocado de manera sumamente inadecuada entre dos puertas, y la gran estufa de azulejos blancos estuviera encajonada entre dos armarios en un rincón, sin embargo, la espaciosa habitación, cuando el sol lucía por entre las cortinas blancas y las ventanas se reflejaban con sus cruces en el brillante lustre de los muebles, producía una agradable sensación de bienestar y sosiego. Y así podía ocurrir todavía hoy que el gran crucifijo, que adornaba la habitación sobre la cama, no fuera simplemente un adorno o un objeto más de la habitación, sino que recobraría el sentido con que primitivamente se había colocado allí: guardián y recuerdo para el invitado, que le advirtiera que se hallaba en una casa de la comunidad cristiana, en una casa donde se preocupaban de todos los detalles de su bienestar físico, y de la que podía partir para la caza en alegre compañía, y regresar para hacer honor a la comida y a los densos vinos, en una casa donde los cazadores se permitían también algunos chistes subidos de tono y donde, en aquellos tiempos en que se hicieron los muebles, uno guiñaba todavía el ojo si una criada le gustaba, pero también una casa donde el huésped, por fatigado que estuviera a causa del vino, tenía que pensar por la noche en su alma y arrepentirse de sus pecados. Y correspondía a este modo de pensar, severo en el fondo, aquel austero y sobrio grabado en acero que colgaba sobre el sofá

tapizado de reps verde, que despertaba en muchos visitantes el recuerdo de la reina Luisa, ya que representaba una mujer alta en traje antiguo —*La mère des Gracches* era el título del cuadro— y no sólo el traje recordaba el de la reina, sino que el altar ante el que se inclinaba recordaba también el altar de la patria. Ciertamente la mayoría de los cazadores que habían pasado la noche en aquella habitación llevaban una vida mundana, tomando el privilegio y el placer donde se les brindaba, sin avergonzarse de vender la cosecha o los cerdos con pingües beneficios a los comerciantes, se habían entregado a una bárbara cacería, en que las criaturas de Dios caían a miles bajo los disparos, y muchos de ellos estaban también ávidos de carne de mujeres: pero por más que considerasen su vida pecaminosa y señorial como un buen derecho y como un privilegio concedido por Dios, estaban dispuestos a sacrificarla en cualquier momento por el honor de la patria o por la gloria de Dios, y aunque no se les presentara ocasión de hacerlo, su disposición a considerar la vida como algo secundario e insignificante era tan fuerte que su condición de pecadores casi no pesaba en el platillo de la balanza. Y se sentían libres de toda culpa, cuando caminaban en la niebla matinal sobre las ramas levemente crujiendo o cuando al anochecer trepaban al mirador por una escalera estrecha y empinada y, por encima de arbustos y calveros, donde aún bailaban enjambres de mosquitos, oteaban el bosque hasta sus linderos: cuando entonces el húmedo olor de la hierba y de la madera subía hasta ellos y una hormiga corría por la seca barandilla del mirador para perderse en la corteza, podía suceder que en sus almas, pese a ser tipos rudos con los pies bien asentados en el suelo, se despertara algo que sonaba como música y que la vida que habían vivido y les quedaba por vivir se concentrara de tal modo en un solo instante, que sintieran la mano de su madre sobre el cabello infantil como para toda la eternidad, aunque ante ellos se irguiera, sin ningún lapso de tiempo, sin ningún espacio ya que los separara, aquélla a la que no temían: la muerte. Entonces toda la madera en torno podía convertirse en la madera del crucifijo, porque en ningún otro lugar conviven tan íntimamente lo mágico y lo terrenal como en el corazón del cazador, y cuando el macho cabrío aparece en el claro del bosque, la inspiración está presente todavía y la vida sigue pareciendo atemporal, momentánea y eterna, comprimida dentro de la propia mano, de modo que el disparo que mata la vida ajena es como un símbolo y una necesidad de salvar la propia en la gracia. El cazador siempre sale al bosque para ver la cruz en la cornamenta del ciervo, y por esta revelación el precio de matar no le parece demasiado caro. Y también es muy posible que vuelva a su cuarto tras la copiosa comida de un día de caza para levantar de nuevo los ojos al crucifijo y para recordar, aunque desde considerable distancia, esa eternidad en que su vida está anclada. Y frente a tal eternidad puede que tampoco la limpieza del cuerpo pese más en la balanza que la pecaminosidad de su vida terrenal: en el lavatorio hay una palangana cuya pequeñez contrasta extrañamente con las proporciones del cazador y con las demás dimensiones de la vida, y la jarra contiene probablemente menos agua que el vino que puede beber el cazador. También la

estrecha mesilla junto a la cama, que ofrece lugar en un oculto cajón al vaso de noche, le atribuye medidas insignificantes. El cazador lo utiliza y se desploma ruidosamente en la cama.

En esta habitación, cuidadosamente preparada desde siglos atrás para las necesidades del cazador, fue alojado Bertrand a su llegada a Stolpin.

Entre los recuerdos curiosos que Bertrand se trajo de su estancia en Stolpin figuraba, y no en último lugar, la imagen del viejo señor Von Pasenow. Ya el primer día e inmediatamente después del desayuno, el viejo señor le invitó a acompañarle en su paseo y visitar la finca. Era una mañana gris y tempestuosa, no corría ni un soplo de aire, pero interrumpían el silencio los golpes acompasados de los mayales que retumbaban en las dos eras. Este ritmo pareció alegrar al señor Von Pasenow: se detuvo varias veces y siguió el compás con su bastón. Luego preguntó: «¿Quiere ver el establo de las vacas?» y se dirigió hacia el edificio bajo y alargado; se detuvo no obstante en medio del patio y sacudió la cabeza: «No es posible, el rebaño está en los pastos». Bertrand le preguntó amablemente qué razas criaba; el señor Von Pasenow lo miró primero como si no comprendiera la pregunta, después dijo, encogiéndose de hombros: «Tanto da», y llevó a su huésped fuera del patio; alrededor de la ligera hondonada donde se asentaba la finca se extendían las colinas, campo tras campo, y en todas partes estaban cosechando. «Todo pertenece a la hacienda», dijo el señor Von Pasenow, orgullosamente, trazando un círculo con un bastón; después mantuvo el brazo levantado con el bastón en una dirección determinada; Bertrand miró hacia allá y vio sobresalir la torre de la iglesia detrás de las colinas: «Allí está correos», fue la explicación, y el señor Von Pasenow tomó el camino del pueblo. La atmósfera estaba cargada; el golpear de los mayales iba enmudeciendo tras ellos y sólo persistían en el aire inmóvil las voces de los segadores, el martillar de las guadañas y el zumbido de las gavillas al caer. El señor Von Pasenow se detuvo: «¿Tiene usted también a veces miedo?».

Bertrand quedó sorprendido, pero se sintió conmovido y lleno de simpatía ante esta pregunta tan humana: «¿Yo? ¡Oh, sí, a menudo!». El señor Von Pasenow se acercó interesado: «¿Cuándo tiene usted miedo? ¿Cuando hay silencio?». Bertrand se dio cuenta de que algo no concordaba: «Pero el silencio es a veces maravilloso; precisamente ahora yo me siento dichoso en este silencio del campo». El señor Von Pasenow no estaba de acuerdo y se enojó: «Usted no comprende nada...». Y tras una pausa: «¿Ha tenido usted hijos?». «Que yo sepa no, señor Von Pasenow». «Ya, ya, por eso», el señor Von Pasenow consultó el reloj y miró a lo largo del camino; sacudió la cabeza; «incomprensible», después de nuevo a Bertrand: «¿Cuándo tiene usted miedo en realidad?», pero no esperó la respuesta, sino que miró de nuevo el reloj: «Ya tendría que estar aquí...». Después miró abiertamente a Bertrand: «¿Me escribirá usted alguna vez, cuando esté de viaje?». Bertrand asintió; lo haría con

sumo gusto, y el señor Von Pasenow pareció muy satisfecho. «Sí, escríbame, me interesa, me interesan muchas cosas... escríbame también cuando tenga miedo... pero todavía no llega, usted ve, nadie me escribe, ni siquiera los hijos...» Entonces se hizo visible a lo lejos un hombre con una cartera negra: «¡Ahí está!». El señor Von Pasenow puso bastón y piernas en un movimiento rectilíneo y apresurado y, cuando el hombre estuvo al alcance de su voz, le gritó: «¿Dónde te has metido otra vez tanto tiempo? Hoy has ido a correos por última vez... Estás despedido, ¿te enteras?, ¡despedido!». Su rostro se había puesto rojo y agitaba el bastón ante las narices del hombre, mientras éste, evidentemente acostumbrado ya a tales encuentros, se quitaba tranquilamente la cartera del hombro y la tendía a su señor, que inmediatamente se sacó la llave de la chaqueta y la abrió con mano temblorosa. Temblando metió la mano en la cartera, pero, al sacar únicamente un par de periódicos, pareció que iba a repetirse el ataque de ira, ya que puso el producto de su búsqueda bajo la nariz del mensajero sin pronunciar palabra. Pero por lo visto recordó que tenía un invitado a su lado, porque tendió los periódicos a Bertrand: «Mire, véalo por sí mismo», se lamentó y los volvió a meter en la cartera, la cerró, y aclaró al reanudar la marcha: «Este año me tendré que mudar a la ciudad; aquí hay demasiado silencio para mí».

Cuando cayeron las primeras gotas de la tormenta, habían llegado justamente al pueblo, y el señor Von Pasenow propuso esperar en casa del pastor a que amainara la lluvia. «Además usted tiene que conocerlo», añadió.

Se puso furioso al no hallar en casa al pastor y, cuando la esposa del clérigo les dijo que su marido estaba en la escuela, montó en cólera: «También usted parece creer que a un viejo se le puede contar lo que a uno le plazca, pero todavía no soy tan viejo como para no saber que estamos en vacaciones». Sin embargo nadie había dicho que el pastor estuviera en la escuela dando clase, y además volvería enseguida. «Excusas», refunfuñó el señor Von Pasenow, pero la esposa del pastor no se dejó amilanar, sino que rogó a los señores que tomaran asiento mientras ella iba a por un vaso de vino. En cuanto abandonó la habitación, el señor Von Pasenow se inclinó hacia Bertrand: «Me evita siempre que puede porque sabe que lo he calado». «¿Calado en qué, señor Von Pasenow?» «Pues que es un pastor muy ignorante e inepto, naturalmente. Pero por desgracia estoy obligado a mantener buenas relaciones con él. Aquí en el campo necesitamos todos unos de otros y...» vaciló y añadió en voz baja: «también el sepulcro está bajo su tutela». Llegó el pastor y Bertrand fue presentado como amigo de Joachim. «Sí, unos vienen y otros se van», opinó el señor Von Pasenow pensativo, y los presentes no supieron si esta alusión al pobre Helmuth significaba un cumplido o una grosería para Bertrand. «Sí, y éste es nuestro teólogo», prosiguió las presentaciones, mientras el teólogo sonreía débilmente. La esposa del pastor había servido vino y un poco de jamón, y el señor Von Pasenow había bebido rápidamente un vaso. Mientras los otros estaban sentados a la mesa, él permaneció junto a la ventana, tamborileó en el cristal el ritmo de los mayales y vio pasar las nubes como si no viera llegar el momento de marcharse. En la conversación perezosa

y fluida, gritó él desde la ventana: «Dígame usted, señor Von Bertrand, ¿ha visto usted alguna vez a un teólogo culto que no sepa nada del más allá?». «El señor Von Pasenow otra vez con sus bromas», dijo el pastor intimidado. «Por favor, dígalos usted mismo, ¿en qué se diferencia el ministro de Dios de los demás hombres, si no tiene comunicación con el más allá?» El señor Von Pasenow se había dado la vuelta y miraba fija y malignamente al pastor a través de su monóculo, «y si ha aprendido a tener alguna, cosa que me permito poner en duda, ¿qué derecho tiene a ocultárnoslo...? ¡ocultármelo a mí, a mí!». El tono de su voz se dulcificó un poco «A mí, que soy, como él mismo reconoce, un padre sometido a penosas pruebas». El pastor dijo en voz baja: «Dios es el único que puede enviarle un mensaje, señor Von Pasenow, créalo de una vez, por favor». El señor Von Pasenow se encogió de hombros: «Lo creo..., sí, lo creo, entérese bien...». Después de una pausa, vuelto hacia la ventana, encogiéndose nuevamente de hombros: «Bueno, tanto da», y siguió mirando a la calle y tamborileando sobre el cristal. La lluvia había amainado y el señor Von Pasenow ordenó: «Ahora podemos irnos». Al despedirse estrechó la mano del pastor: «Y déjese usted ver alguna vez por casa... a cenar, ¿de acuerdo? Nuestro joven amigo estará también con nosotros». Entonces se fueron. En la calle del pueblo había charcos, pero el campo casi estaba seco otra vez; la lluvia había bastado apenas para borrar las hendiduras del suelo. El cielo estaba todavía cubierto por un ligero vaho blanquecino, se sentía el sol punzante que irrumpiría pronto a través de él. El señor Von Pasenow guardaba silencio, no intervenía en lo que Bertrand le decía. Sólo una vez se detuvo y dijo doctoralmente con el bastón en alto: «Hay que ser muy precavido con estos sabios de Dios. Téngalo usted presente».

En lo sucesivo se repitieron los paseos matinales y a veces se les unía Joachim. Entonces el viejo fruncía el ceño y callaba e incluso dejaba de interesarse por el miedo de Bertrand. Si habitualmente planteaba la cuestión de modo subrepticio y tanteante, ahora enmudecía. Pero también Joachim estaba taciturno. Porque tampoco él podía preguntar lo que quería saber de Bertrand y Bertrand le siguió debiendo obstinadamente una explicación. Así vagaban los tres por el campo, y tanto el padre como el hijo reprochaban a Bertrand que decepcionara su espera ansiosa de saber. Pero Bertrand ponía todos sus esfuerzos en mantener viva la conversación.

Si Joachim había aplazado primeramente su visita a Lestow, porque le obsesionaba la idea de ir allí acompañado de Bertrand, ahora el ligero despecho que sentía contra Bertrand fue tal vez el motivo de que la aplazara nuevamente: alimentaba la tenue esperanza de que, si Bertrand hablaba, todo se desarrollaría tan llana y sencillamente que, sin más, podría llevarlo con él a Lestow. Pero como Bertrand, a pesar de este incentivo, del que por otra parte no tenía ni idea, persistía en su silencio decepcionante, Joachim tuvo que decidirse al fin y partió solo. Una tarde tomó el coche para ir a Lestow, el coche de altas ruedas, con las piernas envueltas lisa y

correctamente en la manta, el látigo oblicuo ante sí y las riendas tersas entre los guantes marrones. En el momento de salir, su padre había dicho «¡Vaya, por fin!», y Joachim se sintió lleno de oposición contra el quimérico proyecto matrimonial. A lo lejos surgió la cúspide del campanario del pueblo vecino; una iglesia católica le recuerda la fe católico-romana de Ruzena; Bertrand había hablado de Ruzena. ¿No sería mejor interrumpir simplemente esta absurda estancia en Stolpin, volver simplemente a su lado? En este punto de sus reflexiones todo empezó a molestarle: era repugnante el polvo del camino, repugnantes las polvorientas y cansadas hojas de los árboles, que anunciaban el otoño. Desde la llegada de Bertrand sentía otra vez nostalgia del uniforme: dos hombres en el mismo uniforme eran algo impersonal, eran soldados del rey; dos hombres en parecidos trajes de civil eran algo impúdico, eran como dos hermanos; e impúdica le parecía la corta chaqueta de civil, que dejaba al descubierto las piernas y la abertura del pantalón. Había que compadecer a Elisabeth, que tenía que ver a los hombres con chaquetas cortas y pantalones al descubierto —era muy curioso que nunca se le hubiera ocurrido pensar esto respecto a Ruzena—, pero al menos para esta visita hubiera debido ponerse el uniforme. La ancha corbata blanca con el alfiler en forma de herradura cubría toda la abertura del chaleco; menos mal. Se llevó la mano a la corbata y comprobó que estaba bien puesta. No en balde se coloca a los muertos en el ataúd un lienzo sobre la parte inferior del cuerpo. Aquí, por este mismo camino a Lestow, había pasado Helmuth, había visitado a Elisabeth y a su madre, y sobre su tumba se había echado polvo como éste. ¿Le había dejado su hermano, en realidad, a Elisabeth como herencia? ¿O a Ruzena? ¿O incluso a Bertrand? Hubieran debido darle a Bertrand la habitación de Helmuth, en lugar de alojarlo en el solitario cuarto de huéspedes; pero no hubiera sido correcto. Todo esto era como un engranaje inevitable, que sin embargo dependía en cierto modo de su propia voluntad y precisamente por eso le parecía inevitable y lógico, más inevitable sin duda que el engranaje del servicio. Pero no pudo seguir el hilo de sus reflexiones, que le habrían revelado quizá algo espantoso, porque acababa de entrar en el pueblo y tuvo que poner atención en los niños que jugaban; justamente pasado el pueblo cruzó entre las dos casitas de los jardineros a izquierda y derecha del portón del parque.

«Me alegro de verle por fin otra vez aquí, señor Von Pasenow», dijo el barón, que lo recibió en el vestíbulo, y cuando Joachim le habló del invitado, a causa del cual había postergado su visita, el barón le reprochó no haber traído consigo a Bertrand. Ni el propio Joachim se lo explicaba; de seguro no hubiera supuesto ningún problema; pero cuando entró Elisabeth, encontró sin embargo más correcto haber venido solo. La encontró muy hermosa, oh, seguro que Bertrand tampoco se habría sustraído al encanto de una belleza así, y que en su presencia no se habría atrevido a emplear aquel tono desenfadado que le era propio. No obstante, a Joachim le hubiera gustado presenciarlo, al igual que se desea por ejemplo oír en la iglesia una palabra irrespetuosa o asistir a una ejecución.

Tomaron el té en la terraza y Joachim, sentado junto a Elisabeth, tenía la impresión de haber vivido aquella situación no hacía mucho tiempo. Pero ¿cuándo? Desde su última visita a Lestow habían transcurrido casi tres años y entonces estaba muy avanzado el otoño y habría sido imposible sentarse en la terraza. Pero mientras pensaba todavía en esto y era como si en aquel entonces hubieran encendido las luces del palacio, una extraña asociación de ideas llevó su pensamiento hasta el absurdo y casi a la confusión total, pues resultaba que su cómplice Bertrand —le repugnó un poco que se le hubiera ocurrido la palabra «cómplice»—, cómplice y testigo de su intimidad con Ruzena, habría tenido que estar aquí con él ante Elisabeth. ¿Cómo había podido siquiera presentarlo a sus padres? Sintió de nuevo la fatal sensación de haber caído en lo resbaladizo a causa de Bertrand y de repente le resultó penoso tenerse que levantar después del té en su traje de civil; le hubiera gustado permanecer con la servilleta sobre las rodillas, pero se dirigían ya hacia el parque. Cuando se distinguieron los edificios de la administración, el barón opinó que Pasenow volvería también pronto a la agricultura; al menos así lo había insinuado el viejo señor. Joachim, con renovado rencor contra el intento paterno de determinar su vida, hubiera respondido con gusto que no pensaba regresar al hogar paterno; naturalmente no podía manifestar una cosa así; no hubiera correspondido del todo a los hechos, ni tampoco a su reencontrado apego a su tierra natal y sus propiedades, y por eso se limitó a responder que no era fácil dejar el servicio, y menos ahora que estaba a punto de ser ascendido a capitán de caballería. Y uno no abandona tan fácilmente y sin más ni más una carrera a la que ha tomado cariño, aunque esto sea sólo una convención sentimental; él lo veía claramente en su amigo, el señor Von Bertrand, quien, pese a sus notables éxitos, echaba probablemente de menos en su interior el regimiento. Y casi sin darse cuenta empezó a hablar de los negocios de Bertrand esparcidos por todo el mundo, de sus grandes viajes, y lo rodeó, casi infantilmente, con tal aureola de explorador que las damas no pudieron ocultar su alegría por conocer pronto a un hombre tan interesante. No obstante, Pasenow tenía la impresión de que todos sentían miedo, no precisamente de Bertrand, sino de la vida que llevaba, pues Elisabeth quedó cohibida y opinó que era difícilmente imaginable saber a un hermano o a cualquier otro pariente cercano tan lejos por el mundo que no se pudiera decir nunca con certeza dónde se hallaba. Y el barón le dio la razón y añadió que sólo un hombre sin familia podía llevar aquella vida. Una vida de marino, concluyó. Pero Joachim, que no quería quedarse atrás respecto a su amigo y se sentía aquí un poco como su representante, contó además que Bertrand lo inducía a inscribirse en el servicio colonial, y la baronesa replicó severamente: «Usted no puede hacerles esto a sus pobres padres». «No», dijo el barón, «usted se debe al legado de sus antepasados», y Joachim oyó estas palabras sin desagrado. Después, acompañados por el perro de Elisabeth, regresaron a la explanada frente a la casa. El césped olía a humedad y a rocío, y en la casa se veían ya algunas luces, pues las tardes empezaban a ser más cortas.

Cuando Joachim emprendió el camino de regreso, era casi noche cerrada. Lo último que había visto de Elisabeth era su sombra en la terraza; la muchacha se había quitado el sombrero de jardín y a la media luz del día moribundo se destacaba sobre el cielo claro, atravesado por franjas rojizas. Se veía perfectamente el pesado moño en su nuca y Joachim se preguntó por qué encontraba a esta niña tan hermosa, tan hermosa que la dulzura de Ruzena estaba por desaparecer de su memoria. Y sin embargo se sentía atraído por Ruzena y no por la pureza de Elisabeth. ¿Por qué era hermosa Elisabeth? Los árboles del camino se erguían oscuros y el polvo olía a frescor, quizá como en una cueva o en un sótano. Pero al oeste persistía aún una franja rojiza en aquel cielo que se iba oscureciendo sobre el paisaje ondulado.

La tarde en que Joachim fue de visita a Lestow, inmediatamente después de su partida, el señor Von Pasenow subió por la escalera hasta el segundo piso y llamó a la puerta de Bertrand: «Tenía que hacerle alguna vez una visita...», y con astuta complicidad, «lo he alejado de aquí..., ¡no ha sido fácil!». Bertrand pronunció unas palabras amables; él hubiera bajado con mucho gusto. «No», dijo el señor Von Pasenow, «hay que guardar las formas. Pero después del té saldremos un rato. Tengo algo que decirle». Se sentó unos instantes, para confirmar lo formulario de su visita, pero con su inquietud característica dejó pronto la habitación, para volver antes de haber cerrado la puerta tras de sí: «Sólo quiero comprobar si tiene usted cuanto necesita. En esta casa no puede uno fiarse de nadie». Dio una vuelta por el cuarto, contempló *La mère des Gracches*, inspeccionó también el suelo y dijo en tono amable: «Hasta el té, pues».

Habían encendido los cigarros y caminaban por el parque, cruzaron el huerto, en cuyos árboles maduraban ya los frutos, y llegaron a los campos. El señor Von Pasenow irradiaba buen humor. Un grupo de cosechadoras venía hacia ellos. Para dejar paso al amo se alinearon en fila india al borde del campo y una tras otra saludaron al pasar. El señor Von Pasenow las miraba a todas por debajo del pañuelo que llevaban en la cabeza y, en cuanto hubo pasado la fila india, dijo «guapas mozas». «¿Polacas?», preguntó Bertrand. «Naturalmente; es decir, casi todas... sí, gentuza de poco fiar». Todo aquello era hermoso, opinó Bertrand, y en realidad envidiaba a los señores rurales. El señor Von Pasenow le dio un golpecito en el brazo: «También usted podría serlo». Bertrand sacudió la cabeza; no era tan fácil y además uno tenía que haber sido educado para ello. «Yo me ocuparía de esto», fue la respuesta, acompañada de una risa de confianza. Después se calló y Bertrand esperó. Pero el señor Von Pasenow pareció haber olvidado lo que en realidad quería decirle, pues, como fruto de sus cavilaciones, dijo al cabo de un rato: «Naturalmente usted debería escribirme... con frecuencia, sí». Después: «Cuando usted viva aquí algún día, ya no tendremos más miedo; ni usted ni yo tendremos más miedo... ¿verdad?». Había apoyado la mano en el brazo de Bertrand y lo miraba angustiado. «Claro, señor

Von Pasenow, ¿por qué íbamos a tener miedo?» El señor Von Pasenow se sorprendió: «Pero usted dijo...», y quedó con la mirada fija. «Bueno, tanto da...» Se detuvo, dio la vuelta y parecía tener intención de volver a casa. Después se arrepintió y condujo a Bertrand camino adelante. Al cabo de un rato preguntó: «¿Lo ha visitado ya?». «¿Visitado?» «Bueno, en el mausoleo». Bertrand se sintió un poco avergonzado; pero con el ambiente que reinaba en la casa no había tenido ocasión de manifestar deseos de visitar la tumba. Cuando se disponía a contestar negativamente, el señor Von Pasenow rió satisfecho: «Entonces tenemos algo pendiente», y, como una agradable sorpresa para el invitado, señaló con el bastón el muro del cementerio que tenían ante sí. «Entre usted, yo le esperaré aquí», ordenó, y, como Bertrand dudara un instante, se puso involuntariamente a la defensiva: «No, yo no entro con usted», y llevó a Bertrand hasta la puerta, sobre la que brillaba la inscripción en letras doradas: DESCANSE EN PAZ. Bertrand entró y, tras permanecer un rato conveniente junto al panteón, volvió sobre sus pasos. El señor Von Pasenow patrullaba a lo largo del muro, visiblemente impaciente: «¿Estuvo usted con él...? ¿Y...?». Bertrand le oprimió la mano, pero el señor Von Pasenow aparentemente no quería condolencias, sino que quería oír algo; hizo un gesto como para ayudarlo a hablar y al no conseguirlo suspiró: «Cayó por el honor de su nombre... sí, y Joachim entretanto va de visita...». Señaló de nuevo con el bastón, esta vez en dirección a Lestow. Al cabo de un momento completó la idea con una risita socarrona: «Lo he enviado a ver a una novia», y como si estas palabras le recordaran que quería hablar de algo con Bertrand: «Me han dicho que es usted experto en los negocios».

En efecto, así era, pero sólo dentro de su ramo, respondió Bertrand. «Bueno, para nuestro asunto será suficiente. Sabe usted, querido amigo, ahora yo necesito naturalmente consejo, ya que él ha caído», hizo una pausa y dijo luego con gravedad: «Cuestiones de herencia». Bertrand opinó que el señor Von Pasenow tendría seguramente un notario de confianza que le ayudara en aquellos asuntos, pero el señor Von Pasenow no le escuchó: «Joachim asegurará su posición mediante el matrimonio; se le podría desheredar», y rió otra vez. Bertrand intentó desviar la conversación y señaló una liebre: «Pronto llegarán los buenos tiempos para los cazadores, señor Von Pasenow». «Sí, sí, que venga a cazar, en esto siempre podemos necesitarlo... ¿Le invitaremos, no? Naturalmente tiene que escribirnos, ya se lo haremos comprender, ¿verdad?» Como el señor Von Pasenow reía, Bertrand sonrió también, aunque se sentía muy incómodo. Estaba un poco enfadado, porque Joachim le había endosado a este hombre; ¡y cuán torpemente parecía comportarse también en esta ocasión Joachim, al dejar al viejo chocho en este estado de ánimo! ¿Lo habría llamado el desdichado para que él pusiera también aquí orden en sus asuntos? Dijo pues: «Sí, sí, señor Von Pasenow, ya nos lo educaremos», y con esto había hallado el tono que el viejo quería oír. Se colgó del brazo de Bertrand, trató cuidadosamente de mantener el paso acoplado al suyo y no le soltó ni después de haber llegado a la casa. Pese a la oscuridad reinante, pasearon arriba y abajo por el patio, hasta que llegó

Joachim. Cuando Joachim saltó del coche, el señor Von Pasenow dijo: «Te presento a mi amigo, el señor Von Bertrand», y con un gesto casi displicente, «y éste es mi hijo... viene de ver a la novia». El olor del establo llegaba hasta ellos y el señor Von Pasenow se sintió bien.

En realidad no es hermosa, se decía Bertrand, mientras observaba a Elisabeth sentada al piano, la boca es demasiado grande y esos labios denotan una sensualidad extrañamente blanda y casi maligna. Pero cuando sonrío, es encantadora.

Joachim y Bertrand habían sido invitados a un té musical. Un viejo vecino de la hacienda y el pobre maestro acompañaban a Elisabeth en el trío de Spohr, y a Joachim le pareció que se debía a Elisabeth que las plateadas y cristalinas gotas del piano cayeran en el oscuro río de los dos instrumentos de cuerda. Le gustaba la música, aunque no entendía mucho de ella, pero ahora creía dilucidar su sentido: era algo que flotaba claro y puro sobre todas las cosas, como desde una nube de plata, y dejaba caer sobre la tierra gotas frías y limpias desde las alturas divinas. Y tal vez existiera únicamente para Elisabeth, aunque también Bertrand, como él sabía desde la academia, tocaba un poco el violín. No, no parecía que Bertrand pretendiera conquistar a Elisabeth a través de la música. Había contestado a la pregunta sobre sus dotes de violinista en forma evasiva y con un gesto desdeñoso, y pudo ser pura hipocresía —desde luego el tono sonaba a cinismo— que en el camino de vuelta no encontrara nada mejor que decir que: «¡Si por lo menos no hubiera tocado este Spohr horrendo y aburrido!».

Habían acordado un paseo a caballo; Joachim y Bertrand fueron a buscar a Elisabeth. Joachim montaba el caballo de Helmuth, que volvía a ser de su propiedad. Galoparon por los campos de rastrojos, en los que aún había gavillas, y después doblaron a trote corto por el estrecho camino del bosque. Joachim dejó que cabalgaran ante él su invitado y Elisabeth y, mientras los seguía, ella le pareció en su largo y negro traje de montar todavía más alta y delgada que de costumbre. Le hubiera gustado mirar hacia otra parte, pero ella no mantenía una actitud impecable sobre el caballo y esto atraía su atención; se mantenía un poco demasiado inclinada hacia delante y, cuando en el trote subía y bajaba, tocaba ligeramente la silla y de nuevo se levantaba, a él le venía a la mente su despedida en la estación, y el despreciable deseo de poderla codiciar como mujer lo atormentó de nuevo, doblemente despreciable, desde que el padre, y por añadidura en presencia de Bertrand, había hablado de visita a la novia. Pero casi era todavía más espantoso que también los padres de Elisabeth, su propia madre incluso, lo miraran como objeto del deseo amoroso de la hija, lo ofrecieran a ella, convencidos todos de que podían disponer de estos deseos amorosos, deseos que se realizarían y nada podía hacer fracasar. Desde luego detrás de todo esto se escondía algo más verdadero y profundo, una idea confusa de la que Joachim no quería saber nada, aunque sentía que se le

secaba la boca y se le encendía el rostro; era confuso pero indignante atreverse a imputarle tales cosas a Elisabeth, él se avergonzaba ante ella y por ella. Que sea para Bertrand, pensó, y olvidó que cometía así el mismo pecado que acababa de desechar con tanta indignación. Pero de repente careció de importancia, de repente fue como si Bertrand no entrara en la cuenta: era tan femenino con su pelo ondulado, en cierto modo fraternal, una asistencia fraternal, a la que tal vez se podía confiar a Elisabeth. Evidentemente no era verdad, pero fue por un momento tranquilizador. Además, ¿por qué es ella en realidad hermosa?, y contempló su cuerpo que se movía arriba y abajo y cuyo centro de gravedad volvía a posarse siempre en la silla. Y descubrió que no es la belleza, sino más bien la falta de belleza, lo que provoca el deseo carnal; pero también apartó esta idea, y mientras seguía teniendo presente la escena de la subida al tren en la estación, se refugió en Ruzena, cuyas muchas imperfecciones la hacían tan encantadora. Dejó que su caballo se pusiera al paso, a fin de agrandar la distancia que lo separaba de los otros dos, y sacó del bolsillo interior de la chaqueta la última carta de Ruzena. El papel olía al perfume que él le había regalado y Joachim respiró el efluvio de la desordenada intimidad de su unión. Sí, aquél era su lugar, él quería estar allí; se sintió voluntariamente excluido de la sociedad y sin embargo rechazado, se sintió indigno de Elisabeth. Ciertamente Bertrand era su cómplice, pero tenía las manos más limpias, y al comprenderlo así, Joachim comprendió también por qué Bertrand les había tratado siempre, a él y a Ruzena, como de arriba abajo, como un tío o como un médico, y por qué le ocultaba sus propios secretos. Nadie revela los secretos de un padre; era justo que así fuera, y por eso aquel hombre podía y debía mejor que él. De repente se acordó de Helmuth. Y, como queriendo al menos acercarse a ellos el caballo de Helmuth, lo puso al trote. Los cascos golpeaban suavemente el suelo del bosque y cuando aplastaban una ramita se oía el agudo crujido de la madera. El cuero de la silla crujía agradablemente y de la oscura profundidad del follaje soplaba fresca la brisa.

Los alcanzó al borde de un claro alargado, en suave pendiente. El frescor del bosque quedaba allí como cortado y se olía el sol sobre la hierba. Elisabeth ahuyentó con el mango de la fusta los tábanos que se habían posado sobre la piel de su caballo, y el animal, que conocía el camino, estaba intranquilo, porque esperaba el galope a través del claro. Joachim se sintió superior a Bertrand; por más que se hubieran extendido sus negocios, en la oficina no se entrena uno para saltar obstáculos. Elisabeth señaló un zarzal, un seto, que solía elegir para sus saltos, un tronco caído, un foso. No eran difíciles. Dejaron al palafrenero en el límite del claro; Elisabeth tomó la delantera y Joachim se quedó otra vez el último, no sólo por cortesía, sino también porque quería ver saltar a Bertrand. El prado no había sido aún segado y la hierba siseaba aguda y suave bajo las patas de los caballos. Elisabeth se dirigió primero al foso; era una pequeñez y no podía sorprender que Bertrand saltara sobre él. Pero cuando Bertrand salvó también impecablemente el seto, Joachim se irritó de verdad: el tronco era demasiado fácil, no cabía poner esperanzas en él. El caballo de

Joachim, que quería alcanzar a los otros caballos, tiró con fuerza de las riendas, y Joachim tuvo que contenerlo para mantener la distancia. Ahora venía el tronco; Elisabeth y Bertrand lo habían salvado con facilidad, casi con elegancia, y Joachim dio rienda suelta a su caballo. Y no obstante, en el momento de iniciar el salto, lo retuvo de pronto, el porqué le resultó siempre inexplicable, el caballo tropezó con el tronco, cayó de lado y rodó sobre él por la hierba. Todo ocurrió naturalmente en un abrir y cerrar de ojos y, cuando los otros dos se volvieron, él, que no había soltado las riendas, y el caballo estaban tranquilamente de pie uno junto al otro ante el tronco. «¿Qué ha pasado?» Ni él mismo lo sabía; examinó las patas del caballo: cojeaba de una pata delantera, había que llevarlo a casa. La mano de Dios, pensó Joachim: él se había caído y no Bertrand, y era justo que ahora tuviera que irse dejándole a Elisabeth. Cuando Elisabeth propuso que él tomara el caballo del palafrenero y enviara a éste a casa con el animal lesionado, él, bajo la impresión del juicio de Dios, no aceptó. A fin de cuentas era el caballo de Helmuth y no podía confiarlo a cualquiera. Volvió a casa al paso y decidió regresar a Berlín cuanto antes.

Cabalgaban uno junto al otro por el camino del bosque. Aunque el palafrenero los seguía a corta distancia, Elisabeth tenía la sensación de que Joachim los había dejado solos, y la sensación era sofocante. Tal vez notaba la mirada de Bertrand posada en su rostro. Tiene una boca muy curiosa, se dijo Bertrand, y me encanta la transparencia de sus ojos. Sería una amante frágil y excitante pero incómoda. Sus manos, finas y delgadas, resultan demasiado grandes para una mujer. Es una adolescente sensual. Pero es encantadora. Para vencer su sofoco, Elisabeth inició una conversación, aunque había dicho lo mismo momentos antes:

—El señor Von Pasenow nos ha hablado mucho de usted y de sus grandes viajes.

—¿Sí? A mí me habló mucho de su gran belleza. Elisabeth no contestó.

—¿No le gusta?

—No me gusta que se hable de esta supuesta belleza.

—Usted es muy bella.

Elisabeth, un tanto insegura, dijo:

—No le suponía de esos que hacen la corte a las mujeres. Es más inteligente de lo que creía, pensó Bertrand, y replicó:

—Yo no dejaría que mis labios pronunciaran esta horrible expresión, ni siquiera en el caso de que quisiera ofender. Pero yo no le hago a usted la corte; usted sabe de sobra lo hermosa que es.

—Entonces, ¿por qué me lo dice?

—Porque no la volveré a ver. Elisabeth le miró sorprendida.

—Naturalmente a usted no le gusta que se hable de su belleza, porque tras el galanteo presiente una petición de mano. Pero si me voy y no la veo nunca más, lógicamente no puedo pedir su mano y tengo derecho a decirle cosas bonitas.

Elisabeth no pudo contener la risa:

—Es espantoso que sólo puedan oírse cosas bonitas en boca de un extraño.

—Por lo menos solo pueden creerse cuando las dice un extraño. En la familiaridad reside de antemano un germen de injusticia e insinceridad.

—De ser cierto esto, sería realmente terrible.

—Claro que es cierto, pero no es ni mucho menos terrible. La familiaridad es la manera más alevosa y en realidad más vil de pretender la mano de una mujer. En lugar de decirle a usted sencillamente que se la desea porque es muy hermosa, se intenta primero deslizarse subrepticamente en su confianza, para apoderarse en cierto modo de usted casi sin que se dé cuenta.

Elisabeth reflexionó un momento, luego dijo:

—¿Y no se oculta algo brutal tras sus palabras?

—No, puesto que me marchó... El extraño tiene derecho a decir la verdad.

—Tengo miedo a todo lo extraño.

—Porque sucumbe a ello. Es usted muy hermosa, Elisabeth. ¿Puedo llamarla así durante esta hora?

Cabalgaron juntos en silencio. Entonces ella dio con las palabras precisas, al decir:

—¿Qué quiere usted en realidad?

—Nada.

—Entonces todo esto es absurdo.

—Yo quiero lo mismo que aquel que le hace la corte y por eso le dice que es usted bonita, pero yo soy más sincero.

—No me gusta que me hagan la corte.

—Tal vez odia usted únicamente la forma insincera en que lo hacen.

—¿No es usted menos sincero todavía que los demás?

—Yo me voy de aquí.

—¿Y eso qué prueba?

—Entre otras cosas, mi pudor.

—¿Pudor?

—Pretender a una mujer significa ofrecérsele como el bípedo respirante que uno es, y esto es impúdico. Y es muy posible, aunque no probable, que por eso odie usted que la cortejen.

—No lo sé.

—El amor es algo absoluto, Elisabeth, y cuando lo absoluto tiene que manifestarse en lo terrenal, cae siempre en el *pathos*, precisamente porque no puede ser demostrado. Y al volverse tan espantosamente terrenal, el *pathos* resulta siempre ridículo, el caballero que cae de rodillas ante usted para que satisfaga todos sus deseos; si uno la ama a usted tiene que evitar esto.

¿Quería él decir acaso que la amaba? Cuando calló, ella lo miró interrogativa; pareció que él lo había comprendido:

—En realidad sólo hay un *pathos* y se llama eternidad. Y como no hay ninguna eternidad positiva para los seres humanos, tiene que hacerse negativa y significa nunca-volver-a-verse. Si yo me voy, la eternidad está ahí; entonces está usted eternamente lejos y yo puedo decir que la amo.

—No diga cosas tan graves.

—Tal vez es una gran lucidez del sentimiento lo que me obliga a hablarle así. Pero quizá es también algo de odio y de resentimiento lo que hace que la obligue a escuchar este monólogo, celos tal vez, porque usted se queda aquí y sigue viviendo...

—¿Celos realmente?

—Sí, celos, y un poco de orgullo. Porque también es el deseo de dejar caer una piedra en el pozo de su alma, para que descansa allí imperecedera.

—Y así quiere penetrar también usted en mi intimidad.

—Es posible. Pero aún es mayor mi deseo de que la piedra se convierta algún día para usted en un talismán.

—¿Cuándo?

—Cuando se arrodille ante usted aquel de quien yo estoy celoso ya ahora y con este gesto anticuado le ofrezca su proximidad corporal: entonces el recuerdo de una, digamos, aséptica forma de amor podría hacerle recordar que en el amor tras cualquier gesto estetizante se oculta una rudeza todavía mayor.

—¿Dice usted esto a todas las mujeres de las que se aleja?

—Habría que decirlo a todas, pero generalmente yo parto antes de tener ocasión.

Elisabeth miró pensativa la crin de su caballo. Luego dijo:

—No sé, pero todo esto me parece extraordinariamente poco natural y fuera de lugar.

—Si piensa usted en la propagación del género humano, entonces sí que es poco natural. Pero ¿encuentra usted más natural que algún día con un hombre cualquiera que vive ahora en cualquier parte, que come, bebe y atiende sus negocios en cualquier parte, y al que usted conocerá por una tonta casualidad, y que le dirá cuando la ocasión se presente que es usted hermosa, y que hincará una rodilla en el suelo para decirlo, le parece a usted más natural que con este hombre, tras salvar algunas formalidades, tenga usted hijos? ¿Encuentra esto natural?

—Cállese ya, es terrible... es espantoso.

—Claro que es terrible, pero no porque yo lo diga, porque es mucho más terrible que usted sea capaz y esté casi dispuesta a vivirlo, pero no a oírlo.

Elisabeth contenía el llanto; finalmente logró decir:

—Pero ¿por qué, en nombre de Dios, tengo que oírlo...? Cállese, por favor.

—¿Qué teme usted, Elisabeth?

—Ya sin esto tengo tanto miedo —dijo ella en voz baja.

—¿De qué?

De lo extraño, del otro, de lo que vendrá... no sé cómo explicarlo. Alimento la oscura esperanza de que aquello que ha de venir me resulte tan familiar como todo lo

que ahora me rodea. Mis padres forman una unidad. Pero usted quiere quitarme esta esperanza.

—Y por miedo al peligro se niega usted a verlo. Habría que sacudirla, a fin de que por cansancio, por convencionalismo, por oscuridad, no deje que su destino se le escape de las manos y se deshaga en polvo o en agua o algo así... Elisabeth, yo quiero para usted lo mejor.

Elisabeth dio de nuevo con las palabras precisas, al decir despacio, titubeante, casi sin querer:

—Entonces, ¿por qué no se queda usted?

—Yo he llegado hasta usted empujado simplemente por el azar. Y si me quedara, sería como apoderarme por asalto de sus sentimientos, justo aquello contra lo cual quería prevenirla; un asalto un poco más aséptico, es cierto, pero asalto al fin.

—¿Qué debo hacer?

—Esto sólo puede contestarse negativamente: nada que no pueda ser afirmado por usted hasta lo más profundo de sus vivencias. Sólo aquel que se somete libremente y sin trabas al imperativo de sus sentimientos y de su ser puede alcanzar la plenitud... y disculpe usted el *pathos*.

—Nadie me ayuda.

—No, usted está sola, tan sola como en su muerte solitaria.

—No es verdad. No es verdad lo que usted dice. Nunca estuve sola, mis padres tampoco lo están. Usted habla así porque quiere estar solo... ¿o porque le gusta atormentarme...?

—Elisabeth, es usted tan hermosa que tal vez para usted la plenitud y la perfección radican ya en su belleza. ¡Cómo podría atormentarla! Pero todo es verdad y es aún más desagradable.

—No me atormente.

—En alguna parte de todo ser humano se esconde la loca esperanza de que el poco erotismo que nos ha sido otorgado puede tender este puente. Guárdese del *pathos* de lo erótico.

—¿Contra qué me previene usted ahora?

—Todo *pathos* tiende a prometer misterios y a cumplir la promesa con una mecánica. Quisiera saberla a usted preservada de este tipo de amor.

—Es usted muy pobre.

—¿Porque muestro mis bolsillos vacíos? Guárdese de todos aquellos que no los muestran.

—No, no es eso, siento que es usted más digno de compasión que los otros, incluso que aquéllos a los que usted alude...

—He de prevenirla otra vez. En estos asuntos no sienta jamás compasión. Un amor por compasión no es mejor que un amor comprado.

—¡Oh!

—Sí, usted no quiere oírlo, Elisabeth. Digámoslo de otro modo: el que peca por

compasión presenta después la cuenta más despiadada.

Elisabeth lo miró casi hostilmente:

—Yo no siento ninguna compasión por usted.

—Pero tampoco tiene que mirarme tan mal, como si casi fuera mejor que lo hiciera.

—¿Por qué mejor?

Bertrand calló. Al cabo de un rato dijo:

—Escuche, Elisabeth, hay que llevar la sinceridad hasta el final. No me gusta decir estas cosas. Pero yo la amo. Está comprobado con toda la seriedad y con toda la sinceridad de que uno es capaz en estas cuestiones del sentimiento. Y sé también que usted podría amarme...

—Por el amor de Dios, cállese ya...

—¿Por qué? No sobrevaloro en absoluto esos vagos estados emotivos, ni tampoco me pondré patético. Pero ningún hombre puede apagar esta loca esperanza de encontrar todavía el místico puente del amor. Y también por esto debo marcharme. Existe un solo *pathos* auténtico, el de la lejanía, el del dolor... Si uno quiere que el puente sea sólido, tiene que tensarlo, ya que no puede cargarlo con demasiado peso. Y cuando...

—¡Oh, cállese!

—Y cuando sin embargo la necesidad se hace más fuerte que todo cuanto espontáneamente le oponemos, cuando la tensión de un anhelo indescriptible llega a ser tan poderosa que amenaza con despedazar el mundo, entonces queda la esperanza de que los pobres destinos individuales del hombre emerjan del fárrago del azar, de una melancolía chata y sentimental, de la familiaridad mecánica y casual.

Y como si hablara consigo mismo y no con Elisabeth, prosiguió:

—Creo, y es una fe profunda, que sólo una terrible superación de lo extraño, sólo cuando, por decirlo así, ha sido llevado hasta lo infinito, puede convertirse en su contrario, en el conocimiento absoluto, y dar la flor que se balancea ante él como meta inalcanzable del amor y sin embargo lo satisface: el misterio de la unidad. De un lento mutuo acostumbrarse y familiarizarse no surge ningún misterio.

Elisabeth lloraba.

Él dijo en voz baja:

—Quisiera que tú vivieras y sufrieras el amor únicamente de esta forma última e inaccesible. Y aunque no fuera conmigo, no estaría celoso. Pero sufro y me siento celoso e impotente, cuando pienso que sucumbirás ante algo muy inferior. ¿Lloras porque la perfección es inaccesible? Entonces tienes motivo para llorar. Oh, te quiero, deseo ardientemente hundirme en tu extrañeza, deseo ardientemente que tú fueras lo definitivo y lo predestinado...

Ahora cabalgaban de nuevo juntos en silencio; los caballos salieron del bosque y descendieron por un atajo hasta el camino principal que debían tomar para volver a la casa. Ante el camino polvoriento, que yacía blanco bajo el sol y el cielo blanquecino,

él detuvo su caballo y, para poder expresarlo todavía a la sombra de los árboles, dijo de nuevo en voz muy baja y como a título de despedida: «Te quiero... te quiero, es fantástico». A los dos les parecía imposible seguir juntos en el seco y soleado camino, y Elisabeth se sintió agradecida cuando él se detuvo y dijo: «Ahora intentaré alcanzar a nuestro accidentado jinete...», y más abajo: «La paz sea contigo». Ella le tendió la mano, él se inclinó sobre ella y Elisabeth oyó de nuevo «La paz sea contigo». Ella no respondió, pero, cuando él se alejaba ya, lo llamó: «Señor Von Bertrand». Él volvió atrás; Elisabeth titubeó un instante, después dijo «Adiós». Le hubiera gustado decir la paz sea contigo, pero le pareció teatral y fuera de lugar. Cuando unos instantes más tarde él miró hacia atrás, casi no pudo distinguir cuál de las dos figuras era Elisabeth y cuál el palafrenero; estaban ya demasiado lejos y el sol era cegador.

El criado Peter estaba en la terraza de la casa señorial de Lestow y hacía sonar el gong. La baronesa había introducido la costumbre de anunciar así las horas de las comidas, desde que estuvo en Inglaterra con su marido. Y aunque el criado Peter se servía de este instrumento desde hacía varios años, sentía siempre un poco de vergüenza al provocar aquel ruido pueril, sobre todo porque el sonido llegaba hasta la calle del pueblo y le había valido el sobrenombre de Tamborilero. Por eso tocaba el gong con discreción, le arrancaba sólo unas pocas notas apagadas, que rodaban redondas por el silencio del parque, y el resto era un algo delgado, amusical y de latón, que se extinguía en un danzar sutil.

Cabalgando a paso lento por la calle del pueblo al mediodía, Elisabeth oyó que el criado Peter hacía sonar suavemente el gong en la terraza y exhortaba a cambiarse de ropa. Pero no alteró el paso del caballo y, si no hubiera estado tan sumida en sus pensamientos, le habría llamado la atención que hoy, por primera vez en su vida, sintiera una especie de aversión hacia el almuerzo en común, y que el regreso a casa por el tranquilo y hermoso parque, la entrada entre las dos casitas de los porteros, le encogieran el corazón. Había surgido en ella un inquietante anhelo de lejanía y junto con este anhelo un pensamiento absurdo, doblemente absurdo en aquel calor agobiante del mediodía: que la vida de Bertrand peligraba en ese clima demasiado duro y que por eso tenía que estar siempre huyendo y despidiéndose. Los tañidos del gong se habían extinguido. Elisabeth descabalgó en el patio, el palafrenero le sostuvo el estribo y ella entró a pasos rápidos en la casa: con los faldones del traje de montar sobre el brazo, subió los escalones, siguió el camino habitual, pero un poco como en sueños. Se sentía invadida por un delicado coraje, una alegría un poco triste de ir donde quisiera, tomar su destino en sus propias manos y determinarlo; pero todo esto no fue muy lejos y se detuvo en seco al pensar lo que dirían sus padres si aparecía en el comedor en traje de montar. También Joachim von Pasenow era de aquéllos a los que podría chocar esta contravención. El perrito Bello bajó las escaleras ladrando de alegría, Elisabeth le dio mecánicamente la fusta, pero no sonrió ante el orgullo con

que él la precedió llevando la fusta al *boudoir*, y por más que Bello la depositara gentilmente a sus pies, mirándola pensativo, como si encontrara la plenitud en su belleza, Elisabeth no lo acarició, sino que se dirigió al espejo, se miró en él largo rato sin reconocerse, veía sólo la delgada y oscura silueta, y fue como si la imagen del espejo, como si ella misma escapara hacia una inmovilidad, que sólo empezó a disgregarse lentamente cuando entró la criada para ayudarla como todos los días a desabrocharse el traje de montar. Pero cuando la muchacha se arrodilló para sacarle las botas, cuando el pie extendido se liberó del tubo de cuero con una sensación de alivio y frescor, y, metido en su media de seda negra, se apoyó delgado en la rodilla de la doncella, ella buscó de nuevo en el espejo la imagen evadida, que era a la vez una huida hacia alguien, alguien que vivía en alguna parte, y que tal vez algún día se arrodillaría ante ella. La fusta seguía aún sobre la alfombra. Elisabeth intentó imaginarse a Bertrand en la estación vestido con una chaqueta de uniforme larga y cuadrada, una espada al cinto, y que el tren al partir podía arrastrarlo. Había en esta idea una especie de alegría maligna, pero también un miedo angustioso y nunca sentido. Echó la cabeza hacia atrás y se llevó las manos a las sienes, como si con este gesto pudiera liberarse y desasirse del imperativo de una desacostumbrada violencia. «Pero si no ha sucedido nada», decía algo en ella, y no comprendía aquella vaga tensión, que sin embargo parecía tan extraordinariamente clara que casi podía expresarse en palabras: despedazar el mundo. Desde luego no estaba del todo claro, pero había surgido un límite fronterizo, y lo que antes constituyera una unidad, este mundo de lo cerrado, se derrumbaba ahora, y los padres estaban al otro lado del límite. Detrás se ocultaba el miedo, aquel miedo del que los padres querían protegerla, como si de ello dependiera toda su vida en común: aquello tan temido había hecho ahora irrupción, de modo extrañamente estremecedor e inquietante, y sin embargo nada temible. Se podía tratar de tú a un extraño; eso era todo. Y era tan poco que Elisabeth casi se entristeció. Se levantó resuelta; no, no se quiere entregar a una melancolía chata y sentimental. Se dirige al espejo y pone sus cabellos en orden.

Al pie de la escalinata cuelga de su soporte de ébano el gong de bronce amarillo pálido, adornado con simples florituras chinas. Una pieza auténtica, que el barón adquirió en Londres. El criado Peter sostiene en la mano el mazo con la blanda bola de cuero gris; mira el reloj y espera. Han pasado catorce minutos desde la primera señal y, cuando la aguja del reloj alcance los quince minutos, el criado Peter dará tres discretos golpes en la placa de bronce.

III

Al día siguiente, Bertrand se excusó por no acudir al desayuno en común, buscó luego a Joachim y le comunicó que, lamentándolo mucho, tenía que partir a la mañana siguiente, porque lo habían mandado llamar. En un primer momento, Joachim se sintió aliviado: «Yo me voy con usted», dijo, y miró agradecido a Bertrand, que evidentemente había renunciado a Elisabeth. Y para demostrarle que él, por su parte, también renunciaba, añadió como consuelo: «No sé qué podría retenerme aquí».

Joachim fue a comunicárselo a su padre. Pero cuando el señor Von Pasenow se sobresaltó y preguntó receloso con su habitual indiscreción: «¿Cómo es posible? Desde anteaer no ha recibido ninguna carta», el que se sobresaltó fue Joachim: claro, ¿cómo era posible? ¿Qué habría impulsado a Bertrand a renunciar? Y con la amargura de ponerse al mismo nivel de indiscreción que su padre al plantearse estas preguntas, surgió también la visión de una agradable victoria: Bertrand había recibido calabazas, porque Elisabeth lo amaba a él, a Joachim von Pasenow. Claro que era casi casi inimaginable que alguien se atreviera a declararse a una dama con tanta rapidez, en un periquete, podría decirse. Pero tratándose de un hombre de negocios, que cree tener posibilidad de conquistar a una rica heredera, todo era posible. Joachim no pudo seguir con sus elucubraciones, porque el viejo había adoptado de pronto una extraña actitud: hundido en el sillón de su escritorio, miraba hoscamente ante sí y murmuraba: «Perro, más que perro... Ha faltado a su palabra». Después fijó la mirada en Joachim y gritó: «Largo de aquí, tú y tu arrogante amigo... Has conspirado con él». «¡Pero, padre!» «¡Fuera de aquí los dos, largo!» Se había levantado de un salto y con paso desigual siguió a su hijo, que se retiraba hacia la puerta. Y cada vez que se detenía, estiraba la cabeza hacia delante y siseaba: «¡Largo de aquí los dos!». Cuando Joachim estuvo en el pasillo el viejo cerró la puerta de un portazo, pero la volvió a abrir enseguida y asomó la cabeza: «Y dile que no se atreva a escribirme. Dile que eso ya no tiene ningún valor para mí». La puerta golpeó el marco y Joachim oyó girar la llave en la cerradura.

Encontró a la madre en el jardín; no se alteró demasiado: «Es siempre parco de palabras, pero estos últimos días parecía enfadado contigo. Creo que te reprocha que no hayas dejado todavía el servicio. De todos modos, es extraño». Cuando entraron en la casa, la madre añadió: «Tal vez le ofendió que trajeras tan pronto un invitado; pienso que será mejor que yo vaya antes a ver cómo está». Joachim la acompañó arriba: la puerta del pasillo estaba cerrada y cuando ella llamó no hubo respuesta. Resultaba un poco extraño y fueron al gran salón, ya que cabía en lo posible que el padre hubiera abandonado su cuarto. A través de una serie de habitaciones vacías, llegaron al gabinete de trabajo y no estaba cerrado con llave; la señora Von Pasenow abrió y Joachim vio al padre inmóvil, sentado ante el escritorio, la pluma en la mano.

No se movió tampoco cuando la señora Von Pasenow se acercó y se inclinó sobre él. La pluma había apretado tanto el papel que se había roto; y en el papel se leía: «Yo desheredo por su deslealtad a mi...», y seguía la mancha de tinta, provocada por la pluma al romperse. «Por el amor de Dios, ¿qué ha sucedido?», pero él no respondió. La madre lo miró desamparada; cuando se dio cuenta de que también el tintero estaba volcado, cogió rápidamente el secante e intentó absorber con él el líquido derramado. El viejo la apartó de un codazo y entonces vio a Joachim en la puerta, sonrió irónicamente y trató de seguir escribiendo con la pluma rota. Cuando la pluma se atascó de nuevo sobre el papel y lo rompió, el señor Von Pasenow lanzó un gemido, levantó el índice en dirección a su hijo y gritó: «¡Fuera de mi vista!». Al mismo tiempo intentó levantarse, pero aparentemente no pudo, pues se derrumbó de nuevo sobre sí mismo, y mientras él, sin prestar atención a la tinta derramada, se apoyaba en el escritorio con la cabeza entre los brazos, como un niño que llora, Joachim cuchicheó a la madre: «Mandaré a buscar al médico», y bajó corriendo para enviar un mensajero al pueblo.

El médico había venido y había metido al señor Von Pasenow en la cama. Le administró bromuro y habló de un tratamiento con agua fría; seguro que la muerte del hijo había tenido como consecuencia un colapso nervioso. Sí, ésta fue la banal explicación del médico. Pero no era una explicación. Había algo más detrás de todo aquello y no podía ser casualidad: la caída del caballo de Helmuth había sido como una primera advertencia, y ahora que, a pesar de todo, se vislumbraba un triunfo sobre Bertrand, ahora que Elisabeth había despreciado a Bertrand por él, y él se disponía a ser infiel a Bertrand y a Ruzena, aparentemente para cumplir la voluntad de su padre, ahora se presentaba la desgracia. ¡Un cómplice que traiciona a su cómplice y es acusado con razón por el padre de conspirar con Bertrand! Toda esta urdimbre ¿no se desmembraría de nuevo, no terminaría la traición en contratación? ¡Y Bertrand se apoderaría otra vez de Ruzena, demostrando así al padre que ya no era cómplice de su hijo y vengándose porque Elisabeth lo había despreciado! Y en la horrible y sucia sospecha que le inspiraba el viaje de Bertrand a Berlín, Joachim vio solamente su propio viaje aplazado hasta fecha indefinida, y esto lo torturaba más que la preocupación por el padre enfermo. El caos se resolvía para volver a engendrar un nuevo caos. ¿Lo había querido así su padre, cuando lo presionó para que fuera a Lestow? De todas formas, era imposible saber lo que había ocurrido entre el padre y Bertrand. Tal vez todo se hubiera aclarado, si él hubiera podido decirle algo a Bertrand de las confusas alusiones de su padre, pero tuvo que limitarse a comunicarle la repentina enfermedad. Le rogó que explicara a Ruzena la situación; de todos modos, él iría a Berlín al cabo de pocos días para prorrogar el permiso y demás. «Bien», dijo Bertrand, cuando Joachim lo acompañó a la estación, «bien», pero ¿qué ocurriría con Ruzena? Naturalmente había que confiar en el pronto restablecimiento del señor Von Pasenow, pero no por eso dejaría de ser cada vez más necesaria la presencia de Joachim en Stolpin. «Habría que buscarle a Ruzena», opinó, «una

ocupación decente, que le gustara: esto la ayudaría un poco a superar las dificultades que se le avecinan». Joachim se sintió ofendido, al fin y al cabo esto era asunto suyo; dijo titubeando: «El teatro, donde usted mismo la ha metido, ya le gusta». Bertrand hizo un gesto despectivo con la mano, y Joachim lo miró fijamente sin comprender. «Pero no se preocupe, Pasenow, ya encontraremos algo». Y aunque para Joachim esta preocupación no había adquirido cuerpo hasta aquel momento, se alegró realmente de que Bertrand lo librara de ella con tanta facilidad.

Desde que el padre estaba enfermo y pasaba aún la mayor parte del día en la cama, la vida se había simplificado extrañamente; se podía reflexionar sobre muchas cosas con más tranquilidad y muchas cuestiones se clarificaban o, al menos, parecía posible abordarlas. Pero existía entonces un problema casi insoluble y no servía de nada intentar hallar la solución en el rostro de Elisabeth, porque precisamente ahí radicaba el enigma. Apoyada en el respaldo de la silla, miraba de vez en cuando el paisaje otoñal, y el rostro echado hacia atrás, formando casi un ángulo recto con el cuello, era como un tejado irregular sobre este cuello. Tal vez pudiera también decirse que flotaba sobre el cáliz del cuello como una hoja o que lo cubría como una tapadera plana, pues en realidad ya no era un rostro, sino sólo una parte del cuello, que surgía del cuello, recordando muy vagamente la cabeza de una serpiente. Joachim reseguía el contorno del cuello, el mentón destacaba como una colina y tras ella se extendía el paisaje del rostro. Suaves yacían los bordes del cráter de la boca, oscura la cavidad de la nariz, dividida por una blanca columna. El bosque de las cejas brotaba frondoso y tras el claro de la frente, marcada por finos surcos, se encontraba el lindero del bosque. Joachim tuvo que plantearse una vez más la cuestión de qué era lo que hacía deseable a una mujer, pero no halló respuesta; la pregunta seguía confusa y sin solución. Entornó los párpados y miró por la hendidura el paisaje abierto de aquel rostro. Entonces el rostro se fundió en el verdadero paisaje: el lindero de los cabellos se continuaba en la fronda amarilla del bosque, y las bolas de cristal que adornaban los rosales del jardín brillaban al unísono con la piedra que, a la sombra de la mejilla —oh, ¿era todavía una mejilla?— relumbraba habitualmente como un pendiente. Era pavoroso y tranquilizador a un tiempo y, cuando la mirada fundía lo separado en algo extrañamente unificado e imposible ya de diferenciar, se sentía uno advertido de algo, convertido en algo que, al margen de todo convencionalismo, yacía lejos en la infancia, y la cuestión sin resolver parecía surgida del recuerdo como una advertencia.

Estaban sentados en el sombreado jardín de la hostería; el palafrenero se ocupaba de los caballos en la parte trasera del patio. Sobre ellos, en el rumor de las hojas, se escuchaba la voz de septiembre. Porque ya no era el susurro claro y suave del follaje primaveral, y tampoco era ya el sonido del verano: si en verano los árboles susurran simplemente, podríamos decir que sin matices, en los primeros días del otoño se

mezcla a este susurro una argentada agudeza metálica, como si un sonido amplio y unitario debiera disolverse en distintas vetas. Cuando empieza el otoño, las horas del mediodía son muy silenciosas: el sol arde todavía veraniego y cuando, procedente de no se sabe dónde, se filtra a través del ramaje una brisa más leve y más fresca, parece que se expande en el aire un hálito primaveral. Las hojas, que caen desde la copa del árbol sobre la tosca mesa de la hostería, no están aún amarillas, pero son frágiles y quebradizas pese a su verdor, y el resplandor del sol veraniego parece entonces doblemente precioso. La barca del pescador yace en el agua con la proa contra la corriente: el agua se desliza sin olas, como si la empujaran en forma de grandes tablas. Estos días de otoño carecen de la somnolencia de los mediodías del verano; por todas partes se expande una suave y expectante quietud.

Elisabeth dijo: «¿Por qué se vive aquí? En el sur hay días como éste durante todo el año». Joachim vio ante sí el rostro meridional del italiano con la barbita negra. Pero en el rostro de Elisabeth no se podía encontrar ya siquiera el de un italiano o el de cualquier tipo de hermano, tan poco humanos y tan paisajísticos se habían tornado sus rasgos. Joachim intentó hallar de nuevo su forma habitual, pero cuando repentinamente esta forma reapareció en su rostro, la nariz volvió a ser nariz, la boca volvió a ser boca, el ojo volvió a ser ojo, el cambio fue nuevamente pavoroso y sólo le tranquilizó que ella llevara el pelo liso y no excesivamente ondulado. «¿Por qué? ¿No le gusta el invierno?» «Su amigo tiene razón; hay que viajar», fue la respuesta. «Ahora quiere ir a la India», dijo Joachim, y pensó en el pueblo color de aceituna y en Ruzena.

¿Por qué no se le había ocurrido nunca irse de viaje con Ruzena? Notó la mirada de Elisabeth en su rostro, se sintió pillado en falta y volvió la cabeza. Pero si alguien tenía la culpa de este afán viajero, era Bertrand. Como tenía que resarcirse y aturdirse por la pérdida de su vida ordenada mediante negocios y viajes exóticos, resultaba contagioso, y, si Elisabeth hablaba del sur, tal vez lamentaba —a pesar de haber rechazado a Bertrand— no haber partido con él. Oyó la voz de Elisabeth: «¿Cuánto tiempo hace ya que nos conocemos?». Él echó cuentas, no podía decirse con exactitud: cuando él tenía doce años y estaba de vacaciones en casa, sus padres lo llevaban a veces con ellos a Lestow. Y entonces Elisabeth casi ni había nacido. «Entonces lo he conocido a usted siempre, toda mi vida», constató Elisabeth, «pero nunca le vi en realidad; usted estaba para mí entre los adultos». Joachim calló. «Y tampoco usted se fijó nunca en mí», añadió Elisabeth. Oh, claro que sí, pensó Joachim, claro que sí, cuando ella, repentina y sorprendentemente, se convirtió en una mujer. Elisabeth dijo: «Pero ahora tenemos casi la misma edad... ¿Cuándo es su cumpleaños?», y, sin esperar respuesta, continuó: «¿Recuerda usted todavía cómo era yo de niña?». Joachim tuvo que reflexionar; en el salón de la baronesa había un retrato de Elisabeth cuando niña y se anteponía insistentemente al recuerdo vivido. «Es curioso», dijo, «sé muy bien cómo era usted, pero...», quería decir que no podía hallar en su rostro el rostro infantil, aunque forzosamente tenía que estar en él, mas,

al mirarla ahora, el rostro había desaparecido de nuevo totalmente de su rostro y sólo se veían colinas y valles, cubiertos de algo que llamamos piel. Como si ella quisiera seguir sus pensamientos, dijo:

—Si me esfuerzo, puedo reconocer su rostro de muchacho a pesar del bigote —y se rió—, realmente es divertido; tengo que intentarlo también con mi padre.

—¿Puede usted verme también de viejo?

Elisabeth lo miró inquisitiva:

—Qué raro, eso no puedo hacerlo... un momento, sí puedo: se parecerá todavía más a su madre, tendrá una cara redonda y el bigote será más poblado y blanco... ¿Y yo como anciana? ¿Tendré un aspecto muy digno?

Joachim se declaró incapaz de imaginar tal cosa.

—No sea galante y dígamelo.

—Perdone, pero no me gusta. Es muy desagradable parecerse de pronto a los padres, o a un hermano, o a cualquier otra persona... Ya nada tiene sentido.

—¿También dice esto su amigo Bertrand?

—No, que yo sepa; ¿por qué lo cree así?

—Por nada, podría ser de esta opinión.

—No lo sé, pero me parece que Bertrand está tan ocupado con los hechos externos de su agitada vida que no presta ninguna atención a estas cosas. Nunca es del todo él mismo.

Elisabeth sonrió:

—¿Quiere usted decir que ve las cosas desde una gran distancia? ¿En cierta manera con los ojos de un extraño?

¿Qué pretendía decir ella con estas palabras? ¿A qué hacía alusión? Se despreció por esta curiosidad, se sintió poco caballero, claro que de pronto se dio cuenta de que tampoco era nada caballeresco dejar una mujer a otro, en lugar de protegerla, protegerla de todos los demás. En realidad estaba obligado a casarse con Elisabeth. Pero Elisabeth en cambio no daba ninguna impresión de infelicidad, cuando dijo: «Ha sido muy bonito, pero ahora tenemos que ir a comer, mis padres nos esperan».

Mientras cabalgaban hacia la casa y cuando divisaban ya la torre, Elisabeth pareció haber reflexionado sobre su conversación, porque dijo: «Desde luego es muy curioso que resulten inseparables lo familiar y lo extraño. Tal vez tenga usted razón al no querer saber nada de la vejez». Joachim, el pensamiento puesto en Ruzena, no comprendió bien sus palabras, pero esta vez no se planteó ningún problema.

Si había algo que contribuyó al restablecimiento del señor Von Pasenow, fue el correo. Una mañana, aún en cama, se le ocurrió: «¿Quién recoge la cartera del correo? ¿Joachim tal vez?». No, Joachim no se ocupaba de eso. El viejo refunfuñó que Joachim no se ocupaba absolutamente de nada, pero pareció tranquilizarse, hizo que lo levantaran y se dirigió lentamente a su cuarto de trabajo. Cuando llegó el mensajero, tuvo lugar el acostumbrado ritual, que ahora volvió a repetirse todos los días. Si la señora Von Pasenow estaba presente, lo oía lamentarse de que nadie

escribiera. Preguntaba también con frecuencia si Joachim estaba en la hacienda, pero no quería verle. Y cuando oyó que Joachim se iría a Berlín unos días, dijo: «Hazle saber que se lo prohíbo». A veces perdía la memoria y se quejaba de que ni sus propios hijos le escribían, y a la señora Von Pasenow se le ocurrió que Joachim podía escribirle a su padre una carta de reconciliación. Joachim se acordó de que él y su hermano tenían que expresar sus buenos deseos, en los cumpleaños de sus padres, en un papel de cenefas con rosas; era una pesadilla. Se negó a repetir aquello y afirmó que se marchaba. Este punto se podía ocultar a su padre.

Partió sin añoranza; si una vez le rebeló que se le impusiera un casamiento, ahora le sublevaba igualmente que su permanencia de tres días en Berlín le obligara a tres noches de amor con Ruzena. Lo encontraba también denigrante para la propia Ruzena. Hubiera preferido aplazar su reencuentro y, para que ella al menos no fuera a la estación, se abstuvo de comunicarle la hora de su llegada. Durante el viaje cayó en la cuenta de que tenía que llevarle un regalo; pero, como ni perdices ni otras piezas de caza eran apropiadas para el caso, no quedaba de todos modos otro recurso que buscar algo en Berlín; mejor, pues, que Ruzena no pudiera acudir a la estación. Se esforzó en idear un presente adecuado, pero su imaginación estaba embotada, no se le ocurría nada y dudaba entre unos guantes o un perfume; no importaba, en Berlín ya encontraría algo.

Una vez en casa, escribió ante todo una nota a Bertrand, que de seguro se alegraría de poder discutir finalmente con él los desagradables acontecimientos de los últimos días en Stolpin. Escribió también a Ruzena, y envió ambas cartas por un mensajero, encargándole que esperase respuesta. Se sintió de verdad en casa. El verano coleaba todavía tras las ventanas cerradas. Abrió media ventana y se alegró con la paz de la calle; caía la tarde. Era probable que lloviera por la noche, al oeste se alzaba un muro de nubes grises. Las parras que crecían a lo largo de las vallas de los jardines eran rojas, en las aceras yacían amarillas hojas de castaño y los caballos de los cuatro coches de punto de la esquina tenían las patas dobladas mansa, tristemente. Joachim se asomó a la ventana y vio que el ordenanza estaba abriendo las demás; si él también hubiera asomado la cabeza, Joachim le hubiera sonreído y le hubiera hecho un gesto de saludo a lo largo del muro. Y mientras el ordenanza deshacía el equipaje, Joachim permaneció en la ventana y contempló la tranquila calle y el apacible anochecer. Después entró de nuevo; las habitaciones se habían refrescado y sólo en algunos puntos se mantenían en el aire pequeños fragmentos de verano; Joachim se sintió invadido por una dulce melancolía. Era muy agradable sentir de nuevo sobre sí el uniforme; paseó entre sus escasas propiedades, contempló los objetos y sus libros. Sí, este invierno leería más. Entonces se asustó, dentro de tres días tendría que abandonar todo aquello otra vez. Se sentó, como si así pudiera demostrar su asentamiento, mandó cerrar las ventanas y preparar té. Pasó algún tiempo. El ordenanza, al que casi había olvidado, regresó: el señor Von Bertrand no estaba en Berlín, pero se le esperaba en los próximos días, y la señora no le había

dado ninguna respuesta, había dicho simplemente que venía enseguida. Para Joachim fue como si se le hubiera frustrado una pequeña ilusión; casi hubiera deseado que fuese al contrario y que fuera Bertrand quien acudiera inmediatamente. Además tenía que comprar todavía el regalo. Pero a los pocos minutos sonó el timbre; había llegado Ruzena. En las clases de natación de la academia había tenido miedo al trampolín, hasta que una vez el profesor lo lanzó de un empujón al agua; y entonces se sintió muy bien en ella y se rió. Ruzena entró como un torbellino y voló a sus brazos. Se estaba bien en el agua. Se sentaron con las manos enlazadas, intercambiaron besos y Ruzena habló sin cesar de cosas cuya relación él no conocía. Su malestar había desaparecido por completo y la felicidad habría sido casi total, si no hubiera aparecido con renovada agudeza el enojo por el regalo olvidado. Pero como Dios lo disponía todo para lo mejor, o al menos para lo bueno, lo llevó al armario donde descansaban los pañuelos de encaje, olvidados durante meses. Y mientras Ruzena, como de costumbre, preparaba la cena, Joachim buscó papel de seda y una cinta azul claro y puso el paquete bajo el plato de Ruzena. Y antes de que se dieran cuenta, estaban ya en la cama.

Hasta el día siguiente no se acordó de que debía marcharse muy pronto. Se lo dijo a Ruzena titubeando. Pero ella, en lugar de disgustarse o reaccionar violentamente como él temía, se limitó a decir con sencillez: «Ni hablar; tú te quedas». Joachim quedó perplejo; en realidad ella tenía razón, ¿por qué no había de quedarse? ¿Qué hechizo lo había obligado a vagar aturdido por la hacienda y a ocultarse de su padre? Además le parecía absolutamente necesario esperar a Bertrand en Berlín. Tal vez Ruzena le empujaba a cometer una incorrección, una especie de impuntualidad civil, pero le dio una pequeña sensación de libertad. Decidió consultarlo con la almohada y, como lo hizo en compañía de Ruzena, al día siguiente escribió a su madre que asuntos del servicio lo retenían en Berlín más tiempo del previsto; una carta parecida, que acompañaba a ésta, debía entregarla, caso de creerlo conveniente, a su padre. Más tarde se dio cuenta de que esta medida carecía de sentido, puesto que el padre recibía en propia mano toda la correspondencia. Pero era demasiado tarde; había echado ya la carta.

Se reincorporó al servicio, en la escuela de caballería. Un sargento de primera y un suboficial dirigían la instrucción, ambos con largos látigos en la mano, y a lo largo del muro avanzaban los reclutas a caballo vestidos con chaquetas de dril. Olía a cueva y la suave arena, en la que se hundían los pies, le recordó con un asomo de tristeza a Helmuth y la arena que había echado sobre su ataúd. El sargento hizo restallar el látigo y ordenó poner los caballos al trote. Las figuras de dril empezaron a subir y bajar rítmicamente a lo largo del muro. Elisabeth llegaría pronto a Berlín para la temporada de otoño. Pero no era verdad: nunca venían antes de octubre y tampoco la casa podía estar a punto. Y, en realidad, él esperaba a Bertrand y no a Elisabeth;

naturalmente, era en él en quien estaba pensando. Le vio ante sí, cabalgando junto a Elisabeth, ambos oscilando rítmicamente sobre sus monturas. Era asombroso hasta qué punto se había confundido entonces el rostro de Elisabeth con el paisaje y cómo él se había torturado para extraerlo de allí. Intentó comprobar si podía hacer lo mismo con el rostro de Bertrand, intentó imaginárselo cabalgando a lo largo del muro, elevándose y descendiendo sobre su montura, pero desistió; era una especie de sacrilegio, y se alegró de no haber vuelto a ver el rostro de Helmuth. El sargento ordenó poner los caballos al paso y trajeron blancos obstáculos y vallas a la pista. No pudo evitar el pensar en los payasos y comprendió de pronto lo que una vez le dijera Bertrand: que se defendía a la patria con un circo. Pero seguía siendo incomprensible que él se hubiera caído al saltar el tronco.

De nuevo pasó en coche por delante de la fábrica de maquinaria Borsig. También ahora había allí obreros. En realidad no quería volver a ver todo aquello. Él no pertenecía a aquel mundo y era superfluo distanciarse de él por medio de un abigarrado uniforme. Bertrand sí pertenecía a aquel mundo, tal vez en contra de su voluntad, pero la cuestión es que se había adaptado; por otra parte, tampoco quería saber nada más de Bertrand; lo mejor sería regresar a Stolpin. Sin embargo, hizo detener el coche ante la casa de Bertrand y le alegró saber que el señor Von Bertrand regresaría por la noche. Muy bien, en cualquier caso pasaría por allí aquella noche, y le dejó una nota anunciándole su visita.

Fueron al teatro, y en el escenario estaba Ruzena con sus pobres gestos de corista. En el entreacto Bertrand dijo: «Esto no es para ella, encontraremos otra cosa», y de nuevo Joachim tuvo la sensación de que se le ocultaba algo. Durante la cena, Bertrand se dirigió a Ruzena: «Dígame, Ruzena, ¿va usted pues a convertirse en una actriz famosa?». ¡Claro que lo sería! ¡Estaba segura! «Bien, pero ¿qué ocurrirá si lo piensa mejor y se aparta de nosotros? Nos hemos afanado mucho para que llegue a ser una actriz famosa, y si usted un día nos planta quedaremos en ridículo. ¿Qué habría que hacer entonces?» Ruzena se quedó un momento pensativa, y después dijo: «¡Buh!, el casino». «Eso no, Ruzena, nunca hay que volverse atrás cuando se ha estado más arriba. Debería ser algo mejor que el teatro». Ruzena se echó a llorar: «Para nosotras no hay nada más. Joachim, él es mal amigo». Joachim dijo: «Bertrand está bromeando, Ruzena». Pero también él se sentía molesto y pensó que Bertrand había sobrepasado las fronteras del tacto. Bertrand, en cambio, se reía: «No hay razón para llorar; sólo pensamos en cómo convertir a Ruzena en una persona rica y famosa. Entonces nos mantendrá a todos». Joachim quedó estupefacto; había que ver hasta qué punto la vida de los negocios embrutecía la delicadeza de un hombre.

Más tarde le dijo a Bertrand: «¿Por qué la tortura usted?». Bertrand contestó: «Hay que prevenir y únicamente se puede operar cuando uno está sano. Ahora todavía estamos a tiempo». Hablaba como un médico.

Sucedió lo que Joachim medio se temía. La carta fue a parar a manos del padre y por lo visto había vuelto a perder la cabeza, pues la madre escribió que había sufrido una recaída. Se sorprendió al ver cuán indiferente le dejaba este hecho. No se sintió obligado a ir a su casa, tiempo habría para ello. Helmuth le había encargado que acudiera en ayuda de su madre, pero ¡si apenas se la podía ayudar! La suerte que se había echado sobre los hombros debía soportarla ella sola. Le contestó que iría tan pronto como pudiera y se quedó, lo dejó todo como estaba, siguió prestando servicio y no adoptó ninguna disposición para cambiar nada y apartó de su mente cualquier idea al respecto con un temor inexplicable. Porque a veces tenía que hacer un esfuerzo para mantener en todo su aspecto habitual, y esto podía llegar a ser tan agudo que a menudo los hombres que se ocupaban de las cosas como si todo fuera realmente normal le parecían mezquinos, ciegos y casi idiotas. De momento no se le ocurrió, pero cuando tomó conciencia de nuevo del aspecto de circo que tenía el servicio militar, hizo a Bertrand responsable de ello. Ni siquiera el uniforme le caía como antes: de repente empezaron a molestarle las charreteras en los hombros, a molestarle los puños de la camisa, y una mañana, al mirarse al espejo, se preguntó por qué, en realidad, tenía que llevar el sable a la izquierda. En sus pensamientos se refugiaba en Ruzena, se decía que el amor hacia ella, el amor de ella por él, estaba fuera de todo convencionalismo equívoco. Cuando la miraba largamente a los ojos y acariciaba sus párpados con suavidad y ella lo aceptaba como amor, él se sumergía a menudo en un juego angustioso y ensombrecía este rostro hasta lo indeterminado, hasta el límite en que amenazaba con caer en lo inhumano y el rostro dejaba de ser un rostro. Muchas cosas eran como una melodía que uno cree no poder olvidar y de la que, sin embargo, se escapa, para volver a buscarla dolorosamente de nuevo. Era un juego terrible y desesperado y él hubiera querido, con decisión y enojo, poder hacer responsable a Bertrand de este estado de cosas. ¿Acaso no había hablado él mismo de su demonio interior? Ruzena notaba la irritación de Joachim, y la desconfianza que le inspiraba Bertrand desde aquella noche estalló un día, tras largo y sordo silencio, con evidente falta de tacto: «Tú no me quieres ya... ¿o debes preguntar amigo si puedes...? ¿o Bertrand lo ha prohibido ya?». Y aunque eran palabras malas y retadoras, Joachim las oyó con gusto, porque eran una especie de aliviadora confirmación de sus propias sospechas: que el origen demoníaco de toda desgracia radicaba en Bertrand. Incluso le pareció una última manifestación de este poder mefistofélico, funesto e hipócrita, que Ruzena, a pesar de la común aversión hacia Bertrand, en lugar de aproximarse más a Joachim, con estas manifestaciones rudas e incontroladas se acercara más a Bertrand y a sus bromas no menos ofensivas: entre el amigo y la amante, ambos de poco fiar, entre estos dos civiles, se sentía apesadado entre dos ruedas de molino de indelicadezas y molido sin piedad. Olía a malas compañías y a veces no sabía si Bertrand lo había llevado a Ruzena o si él había

llegado a Bertrand a través de Ruzena, hasta que un día advirtió con espanto que ya no tenía ningún dominio sobre la masa evanescente y huidiza de la vida, que se sumergía cada vez más rápida y profundamente en locas quimeras, y que todo se había vuelto inseguro. Pero cuando pensó que debía buscar la salida de aquel caos en la religión, el abismo que lo separaba de los civiles se agrandó, pues al otro lado de este abismo estaba el civil Bertrand, un librepensador, estaba la católica Ruzena, y casi parecía que los dos se alegraran de su aislamiento.

Le gustó tener servicio en la iglesia el domingo. Pero incluso en la ceremonia militar lo perseguía lo civil. Porque los rostros de la tropa, que en dos columnas paralelas habían entrado marcialmente en la casa del Señor, no tenían diferente aspecto a los rostros que tomaban parte en los ejercicios y en las clases de equitación; ninguno de aquellos rostros estaba emocionado, ninguno reflejaba devoción. Tenían que ser obreros de la fábrica Borsig; auténticos hijos de campesinos de su tierra no hubieran estado allí tan indiferentes. Excepto los suboficiales, que guardaban una compostura piadosa y obligada, nadie escuchaba el sermón. La tentación de calificar todo esto con el nombre de circo estaba terriblemente cerca. Joachim cerró los ojos e intentó rezar, como había intentado rezar en la iglesia del pueblo. Tal vez tampoco rezó, pero cuando los soldados entonaron el coro, su voz se elevó con la de ellos, aun sin saberlo, pues con aquella canción que había cantado de niño surgió el recuerdo de una imagen, recuerdo de una pequeña imagen sacra de vivos colores, y, como el recuerdo era cada vez más claro, se acordó también de que se la había traído la cocinera polaca de pelo negro, oyó su ronca voz de campesina, y vio su dedo de yema agrietada señalar por encima de los colores indicando que ahí estaba la tierra, donde vivían los hombres, y más arriba, no mucho más arriba, sobre una nube de plata, estaba la Sagrada Familia, reunida en paz, con vestidos de vivos colores, y el oro que adornaba las túnicas competía con el brillo de la dorada aureola de los santos. Ahora no se atrevía a pensar en la beatitud con que había podido imaginar que él mismo formaba parte de la Sagrada Familia católica, que estaba sobre la nube plateada en brazos de la virginal Madre de Dios o en el regazo de la polaca de pelo negro... hoy no sabría definirlo con exactitud, pero sí sabía que el encanto estaba truncado por el temblor que ocasionaba tal insolencia sacrílega, la herejía cometida por un protestante de nacimiento al desear tal cosa y sentir tal beatitud, y el no haberse atrevido a dejarle un sitio en la estampa a su iracundo padre; pero no quería en modo alguno tenerlo allí. Y mientras él, cada vez con mayor concentración y esfuerzo de voluntad, intentaba representarse más de cerca la imagen, parecía como si la nube plateada se fuera alejando hacia lo alto, como si se empezara a esfumar en las alturas llevándose consigo a las figuras que en ella descansaban, las cuales parecían disolverse ligeramente, desvaneciéndose en la melodía del coro, un suave disolverse, que no suponía en absoluto una supresión del recuerdo, sino en cierto modo una iluminación y reforzamiento del mismo, de manera que él, por unos instantes, pudo pensar que así era como podía lograrse la solución evangélica de la sagrada imagen

católica: el cabello de la Virgen ya no parecía oscuro, y ya no era la polaca, ni tampoco Ruzena, sino que los rizos se habían tornado más claros y dorados, y aquella blancor virginal hubiera podido ser la de Elisabeth. Todo aquello era un tanto extraño, pero resultaba liberador, un rayo de luz, un presentimiento de gracia en medio de la confusión. ¿No podía calificarse de gracia que una imagen católica se resolviera evangélicamente? Y en el fluir de las formas, un fluir tan suave como el caer del agua y de la niebla en una tarde lluviosa de primavera, comprendió que la temida disgregación del rostro humano en una nada de conmovedoras elevaciones y depresiones tenía que ser el primer peldaño de una nueva y resplandeciente unidad que formaba parte de una estructura beatífica y nubosa, que ya no era un calco del rostro terrenal, sino promesa de una imagen viva, gota cristalina que desciende cantando de las nubes. Y aunque esta faz más pura careciera de la belleza y de la confianza terrenales y fuera al principio extraña y pavorosa —más pavorosa tal vez que el desvanecerse de los rostros dentro del paisaje—, suponía sin embargo un primer paso, un presentimiento del espanto divino y al propio tiempo una certeza de la vida divina dentro de la cual transcurre lo terrenal, hundiéndose en el abismo como el rostro de Ruzena o el de Elisabeth o quizá incluso la figura de Bertrand. Por eso la imagen que surgía de nuevo no era en realidad la misma imagen infantil de antaño, con el padre y la madre: flotaba desde luego en el mismo lugar, flotaba sobre la misma nube plateada y él estaba sentado en idéntica postura al pie de la imagen, como lo estuviera entonces a los pies de la madre, convertido él mismo en un Niño Jesús, pero la imagen había madurado, ya no era un deseo de niño sino la certidumbre de una meta, y él sabía que había dado el primer paso, dolorosamente, hacia esta meta, admitido para la prueba, aunque estaba sólo el comienzo de una serie de pruebas. Casi experimentó una sensación de orgullo. Pero entonces la imagen venturosa palideció, se secó como la lluvia que va extinguiéndose lentamente, y el hecho de que Elisabeth tuviera parte en ello fue como una última gota procedente del velo de brumas. Tal vez era una advertencia divina. Abrió los ojos; el coro terminaba y a Joachim le pareció que muchos jóvenes elevaban, como él, la mirada al cielo con un sentimiento íntimo de confianza y resolución.

Por la tarde encontró a Ruzena. Joachim dijo: «Bertrand tiene razón. El teatro no es lo más adecuado para ti. ¿No te gustaría tener una tienda, vender cosas bonitas, como encajes o bordados?». Y vio ante sí una puerta acristalada, tras la que brillaba una lámpara familiar. Pero Ruzena lo miró en silencio, y sus ojos oscuros, como ocurría con frecuencia últimamente, se llenaron de lágrimas. «Sois hombres malos», balbuceó, y mantuvo cogida su mano.

Ante la nueva recaída, el médico pidió una consulta y Joachim no tuvo más remedio que ir a Stolpin con el neurólogo. Lo consideró como una parte de la penitencia que tenía que cumplir, idea que se afianzó cuando, durante el viaje, el médico le hizo

diversas preguntas, con amable indiferencia, sobre aspectos de la enfermedad, sobre los antecedentes y sobre el ambiente familiar. A Joachim le parecían estas preguntas una inquisición, que, aunque suave, no dejaba de ser rigurosa y agobiante, y esperaba que el inquisidor, mirándole severamente a través de las gafas, levantara contra él un dedo acusador, y le parecía oír ya la temida y condenatoria palabra: asesino. Pero el anciano y amable caballero de gafas no parecía dispuesto a pronunciar la temida y sin embargo liberadora palabra, pues se limitó a opinar que probablemente la conmoción provocada por la muerte de su hijo había sido la causa de estas anomalías tan lamentables que sufría el señor Von Pasenow, si bien las raíces originarias podían ser más profundas. Joachim empezó a considerar al neurólogo con desconfianza, aunque también con cierto alivio, convencido de que un hombre con semejantes opiniones no podría ayudar al enfermo.

Después la conversación decayó y Joachim vio cómo cruzaban a su lado los campos y árboles tan conocidos. El especialista en enfermedades nerviosas se había adormecido con el traqueteo del viaje, el mentón entre las puntas del cuello almidonado, y la blanca barba cubriendo la abertura del chaleco. A Joachim le pareció inconcebible que él pudiera llegar a ser tan viejo, inconcebible también que aquel hombre hubiera sido joven alguna vez y que una mujer hubiera buscado un beso tras aquella barba; algo de aquello tendría que haber quedado patente, prendido en la barba como una pluma o una brizna de hierba. Se llevó la mano a la cara; era un engaño para Elisabeth que no hubiera quedado ni rastro de los besos con que Ruzena lo había despedido: Dios bendice al hombre al ocultarle el futuro, lo maldice al hacerle invisible el pasado; ¿no sería gracia divina que estigmatizara al hombre por todos sus actos? Pero Dios sólo imprime el estigma en las conciencias, y esto no lo ve ni un neurólogo. Helmuth había recibido su estigma; por eso no se le podía ver dentro de su ataúd. Pero también el padre está marcado; uno que anduviera como andaba el padre tendría realmente que mirar de través.

El señor Von Pasenow se había levantado de la cama, pero se hallaba en un estado de absoluta apatía; no obstante, se le ocultó la presencia de Joachim por temor a nuevas explosiones de ira. Recibió al nuevo médico primero con indiferencia, pero enseguida lo tomó por un notario y exigió que se redactara de nuevo su testamento. Sí, Joachim, por su conducta deshonrosa, debía ser desheredado, pero él no era un padre duro, sólo quería que Joachim le diera un nieto con Elisabeth. Este niño tenía que ser traído a la casa y convertirse en el heredero de todo. Tras un rato de reflexión añadió que Joachim no debía ver nunca al niño, pues, de hacerlo, también éste sería desheredado. La madre le contó luego a Joachim todo esto con voz temblorosa y, contra su costumbre, se sumió en lamentaciones: ¿dónde irían a parar con todo aquello? Joachim se encogió de hombros; únicamente sintió de nuevo vergüenza al ver que alguien se atrevía a hablar de que él debía engendrar hijos con Elisabeth. También el neurólogo se encogió de hombros; no había que perder la esperanza, ya que el señor Von Pasenow tenía una naturaleza excepcionalmente fuerte, pero de

momento sólo cabía dar tiempo al tiempo. Y que no dejaran al enfermo demasiado en la cama, pues dada su avanzada edad podría ser contraproducente. La señora Von Pasenow replicó que su marido pedía siempre volver a la cama, que siempre tenía frío y que parecía estar torturado por un miedo interior que sólo se apaciguaba algo en el dormitorio. Bien, había que atenerse al actual estado de ánimo del paciente, opinó el neurólogo, él únicamente podía decir que el señor Von Pasenow, tratado por su distinguido colega —éste se inclinó agradecido—, se hallaba en las mejores manos.

Se había hecho tarde, había llegado el pastor y se sirvió la cena. De repente el señor Von Pasenow apareció en la puerta:

«O sea que aquí se celebran reuniones sin comunicármelo; probablemente porque ya está aquí el nuevo dueño». Joachim se dispuso a salir de la habitación. «¡Quédate donde estás!», le gritó el señor Von Pasenow, y se sentó en el sillón destinado al padre de familia y que habían mantenido vacío, lo cual, evidentemente, lo serenó en parte. Ordenó que le sirvieran:

«Aquí hay que restablecer el orden. Señor notario, ¿se han ocupado de usted? ¿Le han preguntado si bebe vino blanco o tinto? Sólo veo tinto. ¿Y por qué no han servido champán? Un testamento hay que regarlo con champán». Rió socarronamente. Luego increpó a la criada: «¿Qué demonios pasa con el champán? ¿Tendré que ir yo mismo a ordeñar?». El neurólogo fue el primero en recobrase y, para salvar la situación, dijo que le encantaría una copa de champán. El señor Von Pasenow miró triunfante a su alrededor: «Sí, hay que imponer otra vez el orden en esta casa. Nadie tiene sentido del honor...». Y en voz baja, dirigiéndose al médico: «Helmuth cayó por el honor. Pero no me escribe. Tal vez me guarda rencor...». Se quedó unos instantes pensativo, y después continuó:

—O este pastor me intercepta las cartas. Quiere guardar el secreto para sí. No quiere que alguno de los nuestros llegue a saberlo. Pero al primer desorden que se produzca en el cementerio, este hombre de Dios saldrá por los aires. De eso respondo yo.

—Pero señor Von Pasenow, si allá reina el mejor orden del mundo.

—Sólo en apariencia, señor notario, sólo en apariencia; mero engaño de los ojos; no llegamos a sorprenderlos con facilidad, porque no entendemos su lenguaje; están evidentemente escondidos. Los demás oímos sólo cuán mudos permanecen, pero ellos no cesan de elevar sus quejas. Por eso todos tienen miedo y cuando tengo un invitado he de llevarle yo mismo allí, yo, un viejo —y miró con encono a Joachim—. Naturalmente un hombre sin honor no tiene suficiente coraje, se esconde en el establo.

—Bien, señor Von Pasenow, precisamente tiene usted que velar por los intereses de la hacienda, inspeccionar los campos, sobre todo salir.

—Ya quisiera hacerlo, señor notario, y a veces lo hago. Pero cuando uno sale a la puerta, casi siempre están ahí, cerrando el paso; el aire está lleno de ellos, tan lleno que ni un sonido puede atravesarlo. —Se estremeció, cogió el vaso del médico y,

antes de que nadie pudiera impedirlo, se lo bebió de un solo trago—. Tiene usted que venir a verme con frecuencia, señor notario, redactaremos testamentos. Y mientras, ¿me escribirá usted? ¿O usted también me decepcionará? —Le miró con desconfianza—: ¿Conspirará quizá con ellos...? Ése ya me engañó una vez con alguien... ése que está aquí.

Se había levantado de un salto y señalaba con el dedo a Joachim. Después cogió un plato y, como si apuntara, cerró un ojo. Pero el médico se levantó también y le puso una mano en el brazo: «Venga, señor Von Pasenow, vamos a charlar un rato en su habitación». El señor Von Pasenow le miraba sin comprender; el otro le sostuvo la mirada: «Venga conmigo, charlaremos un poco nosotros dos solos». «¿Realmente solos? Y yo ya no tendré miedo...» Ahora sonreía con aire de desamparo y tocó la mejilla del médico. «Eso es, demostrémosles que...» Hizo un gesto despectivo en dirección a la mesa y se dejó conducir fuera de la habitación.

Joachim había escondido la cara entre las manos. El padre lo había estigmatizado; por fin había ocurrido y, sin embargo, él se rebelaba. El pastor se le acercó y él oía de lejos banales palabras de consuelo: evidentemente el padre también tenía razón en este caso; este servidor de la iglesia cumplía mal su misión, debería saber que la maldición de un padre pesa imborrable sobre los hijos, debería saber que es la misma voz de Dios la que habla por boca de un padre y la que anuncia la prueba por la que uno debe pasar: ¡oh!, por eso el padre había caído en la locura, ya que nadie puede ser, impunemente, el portavoz de Dios. Realmente el pastor sólo podía ser un hombre vulgar ya que, si fuera de verdad instrumento de Dios sobre la tierra, también tendría que hablar como un loco. Pero Dios ha indicado el camino que lleva a la gracia sin mediación de ningún clérigo; uno no podía rebelarse contra esto; uno debía obtener la gracia por sí solo y en el propio dolor. Joachim dijo: «Le agradezco sus buenas palabras, señor pastor; ahora necesitaremos con frecuencia que usted nos proporcione su consuelo». Entonces volvieron los médicos; el señor Von Pasenow dormitaba bajo los efectos de una inyección.

El neurólogo permaneció todavía dos días en la hacienda. Y como al poco tiempo llegó un telegrama muy alarmante de Bertrand desde Berlín y el estado del enfermo seguía estacionario, también Joachim pudo partir.

Bertrand había vuelto a Berlín. Por la tarde fue a visitar a Joachim, pero sólo encontró a Ruzena. Estaba arreglando el dormitorio y, cuando Bertrand entró, le dijo:

—Yo no hablo con usted.

—Vaya, Ruzena, ¡qué amabilidad!

—Yo no hablo con usted. Ya sé qué puedo esperar de usted.

—¿Soy otra vez «mal amigo», mi pequeña Ruzena?

—No soy su pequeña Ruzena.

—Veamos, ¿qué ha ocurrido?

—¿Ocurrido? Sé todo. Usted lo ha enviado lejos. Su tienda de usted, tienda de puntillas, me da asco.

—Bueno, admitamos que tengo una tienda de puntillas, ¿por qué no? Pero eso no significa que no se pueda hablar conmigo. ¿Qué pasa, pues, con mi tienda de puntillas?

Ruzena iba colocando en silencio la ropa en la cómoda; Bertrand acercó una silla y se alegró por lo que iba a seguir.

—Si ser mi casa, me gustaría echarle, no dejar sentarse.

—Pero Ruzena, ahora en serio, ¿qué ocurre? ¿Está otra vez tan mal el viejo señor, que Pasenow ha tenido que marcharse?

—No fingir que no lo sabe; no soy tan tonta.

—Yo no creo que lo seas, pequeña Ruzena.

Ella no se volvió y continuó ordenando la ropa:

—No dejo que se burlen de mí... no dejo que nadie se burle de mí.

Bertrand se acercó a ella y tomó su cabeza entre las manos para mirarla a los ojos. Ella se desasíó:

—No tocarme. Primero lo aparta de mí, luego se burla. Bertrand comprendió lo que sucedía, excepto lo de la tienda de puntillas:

—Veamos, Ruzena, ¿usted no cree que el viejo señor Von Pasenow está enfermo?

Nada creo yo; todos están contra mí. Bertrand se irritó un poco:

—Probablemente el viejo señor se va a morir sólo porque está en contra de la pequeña Ruzena.

—Cuando usted lo mate, morirá.

Bertrand hubiera querido ayudarla, pero resultaba difícil; sabía que ante este estado de ánimo poco se podía hacer y se dispuso a marcharse.

—A usted hay que matar —concluyó Ruzena.

—Muy bien —repuso Bertrand divertido—, no tengo ningún inconveniente, pero ¿mejorará eso las cosas?

—O sea que no tiene ningún inconveniente, ningún inconveniente... —Ruzena removía alterada el cajón de la cómoda—... pero seguirá burlándose de mí, ¿verdad?

Siguió buscando entre la ropa, mientras murmuraba «ningún inconveniente», y por fin halló lo que buscaba. Hostil, con el revólver de Joachim en la mano, se enfrentó a Bertrand. Esto es absurdo, pensó Bertrand:

—Ruzena, deja eso.

—Usted no tiene ningún inconveniente...

Un asomo de ira y también de vergüenza impedía a Bertrand salir sencillamente del cuarto; quiso acercarse a Ruzena para quitarle al arma, pero sonó un disparo, luego otro, y el revólver, que Ruzena había dejado caer, chocó contra el suelo. «Realmente, es demasiado tonto», dijo Bertrand inclinándose para recogerlo. El ordenanza había entrado corriendo, pero Bertrand le aclaró que el revólver había caído y se había disparado solo. «Diga al señor teniente que no debe guardar las

armas cargadas». El ordenanza se fue. «Bien, Ruzena, ¿eres o no una chiquilla tonta?» Ruzena, blanca como el papel y medio petrificada, señaló hacia Bertrand y dijo: «allí»; de la manga de Bertrand caían gotas de sangre. «Hágame arrestar», tartamudeó Ruzena. Bertrand se arrancó la chaqueta y la camisa; no había sentido nada; la bala sólo le había rozado el brazo, pero tenía que verle un médico. Llamó al ordenanza para que enviara a buscar una calesa. Se hizo un vendaje de emergencia con un trozo de camisa de Joachim y pidió a Ruzena que limpiara las manchas de sangre; pero ella estaba tan nerviosa y confusa que él tuvo que ayudarla. «Bueno, Ruzena, y ahora te vienes conmigo; no quiero dejarte sola ahora. Nadie te arrestará, si reconoces que eres una chiquilla tonta». Ruzena le siguió maquinalmente. Ya ante la casa del médico, él le pidió que le esperara en el coche. Explicó al médico que había recibido un balazo en el brazo en un desdichado y casual accidente. «Pues ha tenido suerte. De todos modos, no lo tome a la ligera; es mejor que pase un par de días en la clínica». A Bertrand le pareció una exageración, pero, al bajar la escalera, se sintió realmente mal. Ante su profunda sorpresa, Ruzena ya no estaba en el coche. Muy descortés por su parte, pensó. Primero fue a su casa a recoger cuanto un hombre práctico y concienzudo puede necesitar en un lecho de enfermo y, una vez instalado en la clínica, envió una nota a Ruzena rogándole que fuera a verle. El mensajero volvió diciendo que la señorita aún no había regresado a su casa. Era extraño y casi alarmante, pero no se hallaba en condiciones de intentar nada aquel día. A la mañana siguiente envió otra vez a preguntar por ella: no había vuelto a casa ni tampoco había sido vista en el apartamento de Joachim. Entonces decidió telegrafiar a Stolpin, y al cabo de dos días llegó Joachim.

Bertrand no se sintió obligado a relatarle a Joachim con absoluta fidelidad lo que había sucedido; la historia del accidente y de la torpeza de Ruzena era bastante plausible. Y concluyó: «Desde entonces no se ha dejado ver. Puede no significar nada, pero una muchacha tan excitada es capaz de cometer cualquier tontería». Joachim pensó: ¿Qué habrá hecho con ella? Después recordó repentinamente con espanto que Ruzena, unas veces en broma, pero otras en serio, había amenazado a menudo con echarse al agua. Vio los sauces grises de las riberas del Havel, el árbol bajo el cual se habían refugiado en aquella ocasión. Sí, debía yacer en aquella zona del río. Por un instante esta idea romántica le fascinó. Pero enseguida le embargó de nuevo el espanto. ¡Destino inevitable, prueba inevitable! Antes de partir había orado aún en la iglesia, lleno de esperanza, pidiendo que la enfermedad del padre no significara una penitencia impuesta al hijo, sino simplemente un azar de la vida, pero he aquí que Dios le mostraba que aquel simple pensamiento era ya pecaminoso: no se puede dudar de las pruebas enviadas por Dios, el azar no existe. Bertrand podía haberse separado del padre en aparente desacuerdo y reducir ahora a una absurda casualidad el incidente del revólver, pero todo ello sólo para disimular que era el

enviado del mal, el escogido por Dios y por el padre para preparar la penitencia al pecador, para empujarlo a la tentación, para llevarlo a una trampa y que el tentado admitiera, perplejo, que él era tan perverso como el tentador y que asimismo estaba condenado, desde siempre, a ser el funesto instrumento del destino de su prójimo, y que nunca lograría arrancar la presa de las manos del tentador. Y si uno ha reconocido todo esto, ¿no sería mejor que se anulara a sí mismo? ¿No hubiera sido mucho mejor que la bala le hubiese alcanzado a él y no a Helmuth? Pero ahora era demasiado tarde, ahora Ruzena yacía en el fondo del Havel, miraba con ojos vidriosos los peces que se deslizaban sobre ella en el agua gris. Sin ninguna transición la imagen de ella se confundió otra vez con la del italiano de la ópera, pero también esto se esfumó y Joachim descubrió que el hombre que yacía en el agua era él mismo. Sí, en sus propios ojos azules se veía la mirada nefasta del mal, ese mal en que creen los italianos, y constituía un simple acto de justicia que sobre aquellos ojos nadaran los peces. Bertrand dijo: «¿Tiene usted alguna idea? Esperemos que sencillamente haya regresado a su hogar. ¿Tenía dinero suficiente?». A Joachim le ofendió la pregunta; encerraba la indiferencia inquisitorial de un médico. ¿Qué pensaba otra vez de él ese Bertrand? Claro que Ruzena tenía dinero. Bertrand no se dio cuenta de su irritación: «No obstante, debemos comunicarlo a la policía. No está descartado que la chica ande vagando por ahí». Lógicamente había que comunicarlo a la policía, Bertrand tenía razón, pero a Joachim le asustaba todo aquello; le harían preguntas sobre sus relaciones con Ruzena y, aunque se decía a sí mismo que eso carecía de importancia, temía sin embargo misteriosas e insospechadas consecuencias. Tal vez Dios quería conocer a través de la policía sus relaciones con Ruzena, tanto tiempo culpablemente ocultas, quizá esto formaba parte de la serie de pruebas y lo agravaba el hecho de que el edificio de la policía estuviera en la Alexanderplatz, que, ahora más que nunca, él no quería pisar. Sin embargo se levantó:

—Voy a la policía.

—No, Pasenow, yo lo haré por usted. Usted está todavía demasiado excitado, y además estos señores sospechan enseguida toda clase de dramas.

Joachim se lo agradeció muy sinceramente:

—Sí; pero su brazo...

—Bah, no tiene importancia, me dejarán salir enseguida.

—Yo le acompañaré.

—Muy bien. Espero que usted, al menos, esté todavía esperándome en el coche cuando yo salga.

Bertrand había recuperado su optimismo y Joachim se sintió más seguro. En el coche indicó a Bertrand que pidiera a la policía que inspeccionaran las orillas del Havel. «Así lo haré, Pasenow, pero creo que Ruzena está en Bohemia desde hace tiempo. Lástima que no sepa usted el nombre de su nido, pero ya lo averiguaremos». El propio Joachim se sorprendió de no conocer el lugar donde Ruzena había nacido, apenas si sabía su apellido. A menudo ella le había hecho pronunciar aquel apellido

en broma, pero él lo lograba con dificultad y no podía retener aquellas palabras extranjeras. Ahora se daba cuenta de que, en realidad, nunca lo había querido saber ni recordar, como si casi hubiera tenido un poco de miedo a aquel nombre inofensivo.

Acompañó a Bertrand por los pasillos de la comisaría. Tuvo que esperarle ante la puerta de una oficina. Bertrand regresó muy pronto: «Ya lo sabemos». Y le mostró un papel con el nombre checo del lugar. «¿Les habló usted de las orillas del Havel?» Sí, Bertrand se lo había dicho: «Pero usted, querido Pasenow, tiene esta noche una desagradable misión que cumplir y de la que yo, desgraciadamente, no me puedo hacer cargo por culpa de mi brazo. Se vestirá de civil y dará una vuelta por los locales nocturnos. No he querido poner a la policía sobre esta pista, ya tendremos tiempo. Corríamos el peligro de que al final arrestaran a la pobre Ruzena en cualquier cafetucho». Joachim no había pensado en esta vulgarísima y vergonzosa posibilidad; ese Bertrand era realmente un cínico repugnante. Miró a Bertrand: ¿sabía él algo más? Sólo Mefistófeles sabía por qué Margarita debía ofrecer una expiación. Pero Bertrand era impenetrable. No había otra salida que someterse y cumplir la orden de Bertrand como una prueba.

Había empezado el vergonzoso recorrido, había preguntado a los camareros y muchachas de los mostradores, y se sintió aliviado al averiguar que Ruzena no había sido vista en el Jägerkasino. Pero en la escalera se encontró con una de las gordas animadoras: «¿Buscas a tu novia, pequeño? ¿Te ha plantado? Anda, ven conmigo, encontrarás otra enseguida». ¿Qué sabía esa mujer de su relación con Ruzena? Era muy posible que hubiera encontrado a Ruzena, pero le repugnó preguntárselo, pasó deprisa por su lado y se dirigió a otro local. Sí, había estado allí, dijo la encargada del guardarropa, ayer o anteayer, no sabía más, tal vez podría informarle la mujer de los lavabos. Tuvo que continuar su calvario, tuvo que seguir preguntando, cada vez con mayor vergüenza, en los guardarropas, en los lavabos, y averiguar si la habían visto o no, que se había lavado, que una vez se había ido con un caballero y que tenía un aspecto muy deprimido: «Todos le dijimos, con la mejor intención, que debía irse a casa; una muchacha en tal estado desprestigia un local, pero ella se quedó sentada ahí sin decir palabra». Muchas de aquellas personas le llamaban espontáneamente «señor teniente», lo cual le hizo sospechar que Ruzena hubiera traicionado su amor confiándolo a esas gentes, y sobre todo a las mujeres de los lavabos, adonde siempre lo encaminaban.

Allí la encontró. Estaba sentada, soñolienta, en un rincón del tocador, bajo una lámpara de gas; su mano, con el anillo regalado por él, descansaba alicaída sobre el mármol del lavabo. Se había desabrochado los botines, y la parte abierta, forrada de tela gris, colgaba informe sobre el pie, que asomaba por el borde inferior del vestido. El sombrero se había corrido un poco hacia atrás, y los largos alfileres habían arrastrado tras sí el peinado. Joachim hubiera querido marcharse; daba la impresión

de estar borracha. Él le tocó la mano; Ruzena abrió los ojos con dificultad; al reconocerle, los cerró de nuevo. «Ruzena, tenemos que irnos». Con los ojos cerrados, ella sacudió la cabeza. Él permaneció a su lado sin saber qué hacer. «¿Por qué no le da un beso cariñoso?», le animó la encargada de los lavabos. «No», gritó angustiosamente Ruzena, se levantó de un salto y trató de alcanzar la puerta. Tropezó con los botines desabrochados, y Joachim la sostuvo. «Señorita, con estos zapatos y este peinado no puede salir a la calle», rogó la mujer de los lavabos, «el señor teniente no quiere hacerle daño». «Suélteme, déjenme salir», decía Ruzena con dientes apretados, y entonces escupió a Joachim: «Ha terminado, tú lo sabes, ha terminado». Su aliento olía a trasnochado y a podrido. Pero Joachim no la dejó pasar, entonces Ruzena dio la vuelta, se metió en un excusado y echó el cerrojo. «Ha terminado», rugía desde dentro, «dígame se vaya; ha terminado». Joachim se dejó caer en la silla del rincón; incapaz de pensar, sólo sabía que aquella era una de las pruebas enviadas por Dios: su mirada quedó fija en el cajón medio abierto de la mesa donde la mujer de los lavabos guardaba sus chismes: toallas, un sacacorchos, un cepillo de ropa, todo revuelto. «¿Se ha ido ya?», se oyó de nuevo la voz de Ruzena. «Ruzena, sal», le rogó él. «Señorita, salga usted», rogó la mujer, «es el lavabo de señoras y el señor teniente no puede quedarse aquí». «Tiene que marcharse», fue la respuesta de Ruzena. «Ruzena, por favor, sal», imploró de nuevo Joachim, pero Ruzena permaneció muda detrás de la puerta cerrada. La mujer de los lavabos tiró a Joachim de la manga hasta el vestíbulo y le susurró: «Ella saldría, si no oyera al señor teniente. El señor teniente puede esperarla abajo». Joachim obedeció a la mujer y esperó algo más de una hora a la sombra de la casa contigua. Entonces apareció Ruzena; a su lado anadeaba un hombre rechoncho, barbudo, blando. Ella miró cautamente, con una sonrisa extraña, rígida y maligna, a su alrededor, y entonces el hombre llamó un coche y se alejaron de allí. Joachim tuvo que contener las náuseas; se arrastró hasta su casa sin saber cómo había podido llegar, y quizá lo que más le torturaba era no poder apartar de sí la idea de que el hombre gordo era en realidad digno de conmiseración, porque Ruzena no se había lavado y olía a malas noches. El revólver estaba aún sobre la cómoda; lo inspeccionó: faltaban dos balas. Con el arma aprisionada entre las manos, empezó a orar: «Dios mío, acógeme como acogiste a mi hermano; con él fuiste clemente, sé también clemente conmigo». Pero entonces recordó que aún no había redactado sus últimas voluntades; y Ruzena no podía quedar desamparada, de lo contrario ella tendría razón en todo lo que le había hecho, por muy incomprensible que fuera. Buscó papel y tinta. El alba le sorprendió dormido sobre una hoja apenas comenzada.

Ocultó a Bertrand lo sucedido con Ruzena; sentía vergüenza ante él, no quería concederle un triunfo y, aunque detestaba la mentira, le contó que la había encontrado en su casa.

—Estupendo —dijo Bertrand—. ¿Lo ha comunicado usted a la policía? Podrían crearle todavía dificultades.

Naturalmente Joachim no había pensado en ello y Bertrand envió una nota a la policía.

—¿Y dónde estuvo metida estos tres días?

—No lo quiere decir.

—Bueno.

Esta indiferencia y esta objetividad resultaban irritantes; él casi se había pegado un tiro y el otro se limitaba a decir «bueno». Pero él no se había pegado un tiro, porque tenía que cuidar de Ruzena, y para hacerlo necesitaba el consejo de Bertrand:

—Escuche, Bertrand, ahora tendré que hacerme cargo de la hacienda. Primero pensé comprarle a Ruzena, que necesita estar ocupada y ganarse la vida, una tienda o algo parecido...

—¡Ajá! —le interrumpió Bertrand.

—Pero no va a ser posible. Por eso quisiera darle una suma de dinero. ¿Cómo se hace esto?

—Se le asigna una cantidad. Pero sería mejor fijarle una renta por un tiempo determinado; de otro modo, se gastará el dinero enseguida.

—Bien, pero ¿cómo se hace?

—Yo lo haría por usted con mucho gusto, pero es mejor que se lo encarguemos a mi abogado. Fijaré una cita con él para mañana o pasado mañana. Hablando de otra cosa, tiene usted un aspecto pésimo, amigo mío.

Joachim opinó que aquello carecía de importancia.

—Pero ¿qué es lo que le afecta tanto? No debe tomárselo tan a pecho —dijo Bertrand con leve afabilidad.

Su mordaz indiscreción y este gesto irónico de los labios son odiosos, pensó Joachim, y desde muy lejos le vino de nuevo la sospecha de que tras la inexplicable conducta de Ruzena y su falta de formalidad se ocultaban las intrigas de Bertrand, alguna relación ruin que hubiera arrastrado a Ruzena a la locura. Era una pequeña satisfacción que Ruzena, en cierto modo, traicionara también a Bertrand con el hombre gordo. Reaparecieron las náuseas de la noche anterior. ¡En qué abismo de inmundicia había caído! Fuera la lluvia otoñal corría por los cristales. Ahora los edificios contiguos a la fábrica Borsig estarían negros de hollín, negro el pavimento, y el patio de la fábrica, que se veía a través del portón, un mar de lodo negro y reluciente. Aspiró el humo que la lluvia hacía bajar desde el extremo ennegrecido de la larga chimenea roja: olía a podrido, a trasnochado, a sulfuro. Éste era el abismo de inmundicia, a él pertenecían el gordo y Ruzena y Bertrand; todo era muy parecido a los locales nocturnos, con sus luces de gas y sus lavabos. El día se había transformado en noche y la noche en día. Se le ocurrió la expresión «albas de la noche», aunque poca cosa le sugería. ¿Existían también albas de luz? Oyó la expresión «luminosa figura virginal». Exacto, eso era lo contrario de albas de la

noche. Y vio de nuevo a Elisabeth, distinta a todos los demás, allá en lo alto, en la nube de plata, flotando sobre todos los abismos de inmundicia. Tal vez él ya había presentido todo esto cuando vio las blancas nubes de encajes en el dormitorio de Elisabeth y deseó velar su sueño. Ahora ella llegaría pronto con su madre para ocupar la nueva casa. No dejaba de ser curioso que también allí hubiera lavabos; le pareció un sacrilegio pensarlo. Pero no era menos sacrílego que Bertrand yaciera aquí, con su pelo rubio y ondulado, en una habitación blanca, como si fuera una muchacha. Así ocultan las tinieblas su verdadero ser, sin dejar entrever su secreto. Pero Bertrand, con amistosa preocupación, prosiguió: «Tiene usted tan mal aspecto, Pasenow, que debería tomarse unas vacaciones. Le sentaría bien viajar, pensaría en otras cosas». Me quiere alejar de aquí, pensó Joachim; lo ha conseguido con Ruzena y ahora también quiere llevar a Elisabeth a la perdición. «No», dijo, «ahora no puedo marcharme...» Bertrand permaneció un rato en silencio y después, como si hubiera presentido las sospechas de Joachim y se viera obligado a revelar sus malas intenciones respecto a Elisabeth, preguntó: «¿Están ya en Berlín las señoras Baddensen?». Bertrand seguía sonriendo abiertamente, con una sonrisa casi luminosa, pero Joachim, con una brusquedad que no era propia en él, contestó secamente: «Las señoras prolongarán seguramente unos días su estancia en Lestow». Y ahora sabía que debía seguir viviendo, que éste era su deber de caballero, a fin de que otro destino no se perdiera por su culpa y cayera en las garras de Bertrand. Pero Bertrand se despidió de él diciéndole en tono cordial: «Así pues pondré a mi abogado en antecedentes... Y cuando esté solucionado lo de Ruzena, márchese usted de vacaciones. Lo necesita de verdad». Joachim no replicó; su decisión era firme, y se alejó ensimismado en lúgubres pensamientos. Siempre era Bertrand quien los provocaba. Y en el gesto, en cierta manera militar, con que echó su cuerpo hacia atrás para liberarse de estos pensamientos, le pareció de repente como si Helmuth le cogiera de nuevo de la mano, como si Helmuth quisiera mostrarle otra vez el camino, devolverlo nuevamente a los convencionalismos y la puntualidad, abrirle una vez más los ojos. El hecho de que Bertrand, a quien la salida hasta la comisaría probablemente había sentado mal, tuviera un nuevo acceso de fiebre, pasó inadvertido a Joachim.

Las noticias del estado de salud de su padre eran invariablemente pesimistas. Ya no conocía a nadie, se limitaba a vegetar. Joachim sorprendió en sí mismo la idea odiosa, pero agradable, de que ahora se podía enviar a Stolpin, sin ningún peligro, cualquier tipo de carta. Imaginaba al mensajero entrando en el cuarto con la cartera y al viejo dejando caer una carta tras otra sin comprender nada, sin darse siquiera cuenta de que entre las cartas había una participación de matrimonio. Y esto era una especie de liberación y una vaga esperanza para el futuro.

La posibilidad de volver a ver a Ruzena le daba miedo, aunque a veces, al volver del servicio, le parecía inaudito no encontrarla en su apartamento. Por otra parte

esperaba, todos los días, tener noticias de Ruzena, ya que había arreglado el asunto de la renta con el abogado de Bertrand y suponía que se lo habrían notificado a Ruzena. En vez de esto llegó un escrito del abogado, comunicándole que la donación no había sido aceptada. Esto no podía ser. Se dirigió a casa de Ruzena: el edificio, la escalera, la vivienda, le encogieron el corazón, sintió una nostalgia casi angustiada. Temió hallarse de nuevo ante una puerta cerrada, o ser echado tal vez por alguna mujer de la limpieza, y, aunque le repugnaba entrar así en la habitación de una dama, preguntó sencillamente si estaba en casa, llamó y entró. Tanto la habitación como la propia Ruzena se hallaban en un estado de desorden y confusión, tenían un aspecto salvaje y desolado. Ella estaba echada en el sofá, e hizo un gesto ausente y cansado, como si supiera que él iba a venir. Con voz lánguida dijo: «No cojo nada regalado de ti. Anillo me lo quedo. Un recuerdo». Joachim fue incapaz de sentir compasión. En la escalera tenía todavía la intención de aclararle que, en el fondo, no entendía lo que ella le reprochaba, pero ahora estaba simplemente exasperado. No veía en todo aquello más que obstinación. Sin embargo, dijo: «Ruzena, no sé realmente lo que ha pasado...». Ella rió con sarcasmo, y él se sintió de nuevo profundamente exasperado ante aquella obstinación y mala fe que tanto daño le habían hecho y que eran injustas. No, era inútil intentar convencerla, y le dijo simplemente que no podía soportar la idea de no saber el futuro de ella medio asegurado y que él ya lo habría hecho mucho tiempo atrás, tanto si hubieran permanecido juntos como si no, y que además ahora le resultaba más fácil porque él —lo dijo con toda intención— debía hacerse cargo de la hacienda y por tanto se defendería mucho mejor económicamente. «Eres hombre bueno», dijo Ruzena, «sólo tienes mal amigo». En definitiva, ésta era también la opinión de Joachim, pero como íntimamente no quería reconocerlo, se limitó a preguntar: «¿Por qué es Bertrand un mal amigo?». Y Ruzena replicó: «Sobran palabras». Era muy tentador formar un frente común con Ruzena en contra de Bertrand, mas ¿no sería eso también una tentación del diablo o una intriga de Bertrand? Ruzena pareció darse cuenta de sus pensamientos, porque dijo: «Debes guardarte de él». Joachim respondió: «Conozco sus defectos». Ella se había incorporado y los dos estaban sentados en el sofá. «Eres un buen muchacho. No sabes qué hombre malo puede ser él». Joachim le aseguró que lo sabía perfectamente y que a él no se le engañaba con tanta facilidad. Y así estuvieron un buen rato hablando de Bertrand, sin pronunciar su nombre, y, como no querían dejar de hablar, no se apartaron del tema, hasta que la insípida tristeza que emanaba de sus palabras fue creciendo más y más, se mezcló con sus palabras y con las lágrimas de Ruzena, y llegó a formar una corriente que se tornaba cada vez más ancha y más lenta. También Joachim tenía lágrimas en los ojos. Entregados sin amparo al desatino de la existencia, se dieron cuenta de que ya no podían prestarse ninguna ayuda el uno al otro. No se atrevían a mirarse. Finalmente, Joachim, con voz apesadumbrada y ronca, dijo: «Te lo ruego, Ruzena, acepta al menos el dinero». Ella no respondió, pero le cogió la mano. Cuando él se inclinó para besarla, ella bajó la cabeza y los labios de él

sólo encontraron las horquillas de su peinado. «Vete ahora», dijo Ruzena, «vete enseguida». Y Joachim salió sin hacer ruido de la habitación, donde empezaba ya a reinar la oscuridad.

Se puso en contacto con el abogado para que renovase el documento de donación; esta vez Ruzena lo aceptaría. Pero la ternura con que él y Ruzena se habían despedido lo turbaba más que la triste exasperación en que le había sumido el incomprensible comportamiento de la muchacha. Y seguía siendo incomprensible y espantoso. Al pensar en Ruzena sentía aquella apagada nostalgia, aquella involuntaria añoranza que había sentido por su casa y por su madre en los primeros tiempos de la academia militar. ¿Estaría el hombre gordo ahora con ella? Se acordó sin querer de las bromas con que el padre había abrumado a Ruzena y también en esto vio la maldición del padre, quien, pese a estar enfermo y también él desamparado, había enviado sin embargo un representante. Sí, Dios era el ejecutor de la maldición del padre, y no había otra salida que inclinarse.

De vez en cuando hacía un débil intento de encontrarse con Ruzena, pero cuando se hallaba a un par de manzanas de su casa, retrocedía o doblaba por cualquier calle, y llegaba al barrio obrero o al torbellino de la Alexanderplatz, una vez llegó incluso a la estación Küstrin. La red se había vuelto inextricable, se le escapaban todos los hilos. Su único consuelo era que estaba a punto de solucionarse el asunto de la renta, y Joachim pasaba horas enteras en casa del abogado de Bertrand, más tiempo, en realidad, del estrictamente necesario. Pero las horas que pasaba allí significaban para él una especie de bálsamo. Y aunque estas visitas interminables y vacías pudieran no ser muy del agrado del abogado, y aunque Joachim no averiguó lo que esperaba saber del representante de Bertrand, el abogado no rehuía las preguntas —que aludían sólo a medias al asunto y a veces eran casi de carácter privado— de su distinguido cliente y le dedicaba aquella solicitud profesional que recordaba por cierto a la de un médico y que no obstante le hacía bien a Joachim. El abogado, un hombre lacónico y sin barba, a pesar de ser el representante de Bertrand, parecía inglés.

Cuando por fin, con mucho retraso, llegó la aceptación de Ruzena, el abogado dijo:

—Bueno, lo hemos conseguido. Pero si de mí dependiera, señor Von Pasenow, le aconsejaría dejar a la libre elección de la dama el percibir, en lugar de la renta, el capital correspondiente.

—Pero —objetó Joachim— yo acordé con el señor Von Bertrand lo de la renta, porque...

—Conozco sus razones, señor Von Pasenow, y también sé, le ruego disculpe la expresión, que a usted no le gusta agarrar al toro por los cuernos, pero lo que le propongo es en interés de ambas partes: para la señora es una hermosa suma que, llegado el caso, puede ofrecerle una base más sólida para organizar su vida que la renta, y para usted significa una solución definitiva.

Joachim se sintió un tanto perplejo: ¿quería él una solución definitiva? El

abogado se dio cuenta de su perplejidad: «Si me permite aludir a la parte privada de la cuestión, mi experiencia me ha enseñado que siempre es mejor una solución que permite considerar una relación pasada como inexistente». Joachim le miró con asombro. «Sí, inexistente, señor Von Pasenow. El convencionalismo es siempre, a pesar de todo, el mejor consejero». La palabra «inexistente» quedó flotando en el aire. Era extraño que Bertrand modificara su propia opinión por boca de su representante y que llegara a admitir incluso el convencionalismo de los sentimientos. ¿Por qué lo hacía? El abogado añadió: «Considere usted la cuestión en este sentido, señor Von Pasenow. Además, dada su posición, carece de importancia la entrega de esta suma». Sí, en su posición; el sentimiento, cálido y tranquilizador, de su hogar natal, le embargó de nuevo. Esta vez salió del despacho del abogado con una íntima sensación de bienestar, casi podría decirse que animado y fortalecido. Ciertamente no veía aún con absoluta claridad el camino a seguir, porque todavía lo confundía la red de lo invisible que parecía haberse tendido sobre la ciudad, de todo lo invisible que no se podía abarcar y que hacía perder contenido a la añoranza sorda y todavía no perdida de Ruzena, y la llenaba al mismo tiempo de un nuevo y angustioso contenido, lo unía a él con Ruzena y el mundo de la ciudad de una manera tan nueva e irreal que la red de la falsa claridad se transformó en una red de angustia cuya maraña amenazaba con apresar también a Elisabeth cuando regresara al mundo de la ciudad, que no es el suyo, Elisabeth, la inocente e intacta, apresada y ligada en lo demoníaco e inconcebible, apresada y ligada por su culpa, arrastrada por él, que era incapaz de liberarse del invisible cerco del mal: la confusa unión entre la claridad y la oscuridad seguía amenazando una y otra vez, aunque invisible y a lo lejos, aunque indeterminada y sin trabas, pero tan sucia como el comportamiento de su padre con las criadas en casa de la madre. A pesar de todo, Joachim sintió el cambio en cuanto salió del despacho del abogado, pues era como si Bertrand se hubiera desmentido por boca de su propio representante: era Bertrand quien había querido arrastrarle hasta la red de lo invisible y de lo inabarcable, y ahora su representante había tenido que admitir que la posición de un Pasenow era muy distinta, lejos de esta ciudad y de su torbellino, si se quería considerar todas estas fantasmagorías como inexistentes. Sí, Bertrand se lo había dicho a través de su representante y lo maligno se neutraliza por fin a sí mismo, lo maligno se somete a la voluntad de Dios, el cual exige, por boca del padre, el aniquilamiento y la no-existencia de lo que el propio padre ha maldecido. El maligno se entrega vencido, y, si bien no renuncia abiertamente a Elisabeth, le indica a él mismo que debe acatar las órdenes del padre. Y Joachim, sin molestarse en pedir consejo a Bertrand, decidió dar plena autorización al abogado para que entregara aquella cantidad.

Y también sin consultar a Bertrand, en cuanto tuvo noticia de la llegada de la familia del barón, se puso el uniforme de gala y los guantes nuevos y fue a visitar a los Baddensen a una hora en que esperaba encontrar en casa al barón y a la baronesa. Quisieron enseñarle enseguida la nueva mansión, pero Joachim pidió al barón

sostener primero con él una conversación en privado, y, en cuanto los dos se retiraron para hablar, Joachim enderezó su porte con una leve sacudida reglamentaria, se mantuvo erguido como ante un superior y pidió la mano de Elisabeth. El barón dijo: «Me alegra mucho, me siento muy honrado, mi querido, querido Pasenow», y llamó a la baronesa. La baronesa dijo: «Oh, lo esperaba, una madre ve muchas cosas», y se secó delicadamente los ojos. Sí, él constituía para ellos el hijo deseado, no podían pensar en otro mejor y estaban convencidos de que haría cuanto estuviera en su mano para hacer feliz a su hija. Sí, así lo haría, contestó Joachim en tono varonil. El barón le había cogido la mano, pero ahora, ante todo, debían hablar con su hija; era muy comprensible, ¿no? Joachim respondió que lo comprendía perfectamente, y mantuvieron todavía los tres durante un cuarto de hora una conversación semiformal, semifamiliar, en cuyo curso Joachim no pudo abstenerse de mencionar la herida de Bertrand. Después se despidió con brevedad, sin haber visto ni la nueva casa ni a Elisabeth, pero ahora esto carecía de importancia, ya que disponía de toda una vida para hacerlo.

Le sorprendía no estar esperando con más ansia el «sí» de ella y también el que nada le impulsara a acortar el plazo de la espera, y a veces le extrañaba ser incapaz de imaginarse su vida futura: se veía a sí mismo, es cierto, apoyado en un bastón de puño de marfil en medio del patio de la hacienda, con Elisabeth a su lado, pero al intentar enfocar esta imagen se interponía la de Bertrand. No resultaría nada fácil comunicarle que se había prometido; en definitiva, esto iba precisamente en contra de Bertrand y de él tenía que ser preservada Elisabeth, y, mirándolo bien, tenía un poco la apariencia de una traición, puesto que él en cierta ocasión le había cedido en cierto modo a Elisabeth. Y, aunque Bertrand no merecía otro trato, era, sin embargo, bastante embarazoso causarle este daño. Como es lógico, esto no era una razón para aplazar los esponsales, pero le pareció de repente que estos esponsales no podían tener lugar si antes no se informaba a Bertrand. Todavía estaba obligado a no perder de vista a Bertrand, y Joachim no comprendía cómo había podido olvidarle durante tantos días, como si estuviera ya libre de toda obligación. Además, Bertrand estaría probablemente enfermo aún. Joachim se dirigió a la clínica. Bertrand, efectivamente, se encontraba todavía allí; habían tenido que operarlo. Joachim estaba sinceramente turbado por haber descuidado tanto al enfermo y se dispuso a contarle el gran acontecimiento, ya inminente, como una especie de excusa por no haberse interesado por su enfermedad: «Pero, querido Bertrand, no puedo importunarle continuamente con mis asuntos privados». Bertrand sonrió, y en su sonrisa había algo de solicitud femenina, o médica: «Adelante, Pasenow, que tan terrible no es; me gusta escucharle». Y Joachim le contó que había pedido la mano de Elisabeth. «Ignoro si ella aceptará. Pero tan grande como mi deseo es mi temor a ser rechazado, porque esto me sumiría sin remedio en el espantoso caos de los últimos meses, del que usted

ha sido testigo en gran parte, mientras que junto a ella espero hallar de nuevo el camino hacia la libertad». Bertrand sonrió de nuevo: «Hermosas palabras, Pasenow, aunque yo no me casaría por ello con usted; pero no tema, estoy convencido de que pronto podremos darle la enhorabuena». Qué repugnante cinismo; este hombre es realmente un mal amigo, mejor dicho, no es un amigo, aunque hay que admitir ahora en su disculpa los atenuantes de los celos y la decepción. Joachim, por lo tanto, no quiso atenerse a sus cínicas palabras sino que, siguiendo el hilo de sus pensamientos, le preguntó: «¿Y qué debo hacer si ella dice que no?». Bertrand respondió lo que él quería oír: «No dirá que no». Lo dijo con tal firmeza y seguridad que Joachim experimentó de nuevo aquella sensación de protección que tantas veces había sentido fluir de Bertrand. Casi le pareció injusto que Elisabeth lo prefiriera a él, el inseguro, y que tuviera que renunciar al guía seguro e incondicional. Y como para constatarlo ante sí mismo, dijo una voz en su interior: «Camaradas en el uniforme del rey». Y de repente vio a Bertrand de comandante. Pero ¿de dónde le venía su aplomo? ¿Cómo podía él saber que Elisabeth no diría que no? ¿Por qué sonreía irónicamente al decirlo? ¿Qué sabía este hombre? Y ahora Joachim se arrepintió de haberse confiado a él.

Bertrand tenía sobrados motivos para sonreír con ironía o, mejor dicho, para sonreír como quien está al cabo de la calle, pero su sonrisa era simplemente de benevolencia.

Elisabeth, sin más, lo había ido a ver el día anterior. Fue a la clínica y pidió que él acudiera a la sala de visitas. Bertrand, a pesar de sus dolores, bajó de inmediato. Era una visita fuera de lo común y, desde luego, no correspondía a las costumbres tradicionales; pero Elisabeth no se esforzó en paliar esta contravención de las reglas sociales; con visible excitación le dijo sin preámbulos:

—Joachim ha pedido mi mano.

—Si usted le ama, no hay ningún problema.

—No le amo.

—Entonces tampoco hay ningún problema: sencillamente le dará usted calabazas.

—¿O sea que usted no quiere ayudarme?

—Me temo, Elisabeth, que nadie puede hacerlo.

—Yo pensé que usted podría.

—Yo no quería volver a verla.

—¿No siente usted ninguna amistad por mí?

—No lo sé, Elisabeth.

—Joachim me ama.

—Por desgracia, el amor exige cierta inteligencia, sabiduría casi. Permítame, pues, que ponga un poco en duda este amor. Ya se lo advertí en una ocasión.

—Es usted un mal amigo.

—No, pero hay momentos en que uno ha de ser absolutamente sincero.

—¿Se puede ser, pues, demasiado tonto para el amor?

—Es precisamente lo que acabo de decir.

—Tal vez yo también sea demasiado tonta...

—Escuche, Elisabeth, no nos metamos en tales consideraciones. No son razones que puedan hacerle a uno decidir sobre su vida.

—Tal vez le ame... Hubo un tiempo en que no me disgustaba la idea de este matrimonio.

Elisabeth estaba sentada en un amplio sillón de enfermo, que habían traído a la sala de visitas, y miraba al suelo.

—¿Por qué ha venido usted, Elisabeth? No ha venido para pedir un consejo que nadie puede darle.

—Usted no quiere ayudarme.

—Ha venido porque no puede soportar que alguien huya de usted.

—Para mí esto es muy serio... No debe tomarlo a la ligera... Demasiado serio para que usted lo aproveche otra vez para decirme cosas desagradables. Creí hallar en usted una especie de protección...

—Pero tengo que decirle la verdad. Precisamente por esto tengo que decirle la verdad. Usted ha venido porque cree, en cierto modo, que yo estoy fuera de su mundo, en alguna parte donde usted piensa que podría existir una tercera instancia junto a la vulgar alternativa: le amo, no le amo.

—Quizá sea así. Ya no lo sé.

—Y ha venido porque sabe que la amo, se lo dije con toda claridad, y porque quiere demostrarme hasta dónde me puede llevar mi forma un tanto absurda del amor.

—La miró de soslayo—: Tal vez para comprobar con qué rapidez lo extraño se puede convertir en conocido...

—¡No es verdad!

—Seamos sinceros, Elisabeth. Se trata, tanto para usted como para mí, de saber si se casaría usted conmigo. O, mejor, de si usted me ama.

—Señor Von Bertrand, ¡cómo se aprovecha usted de la situación!

—No, no debería haber dicho eso, porque sabe perfectamente que no es así. Usted se encuentra ante una decisión vital y no puede perderse en convencionalismos. Naturalmente se trata de saber si una mujer quiere a un hombre como amante y no de si pretenden fundar un hogar en común. Si censuro algo a Joachim, es que no haya puesto en claro con usted lo único realmente esencial, y que la haya degradado con esa petición de mano a los padres. Tenga usted cuidado, después vendrá aquello de ponerse de rodillas.

—Usted quiere torturarme otra vez. No debería haber venido.

—No, no debería haber venido, porque yo no quería volver a verla; pero tú tenías que venir, porque tú me...

Ella se tapó los oídos.

—Mejor dicho, porque usted cree, desde lejos, que me podría amar.

—No me torture; ¿acaso no he sufrido ya bastante? Yacía en el sillón con las

manos en las sienes, los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás. También en Lestow solía adoptar esta postura, y este deslizarse en lo habitual le hizo sonreír y le llenó casi de ternura. Estaba de pie detrás de ella. El brazo en cabestrillo le dolía y lo dejaba indefenso. Pero logró inclinarse y rozar con sus labios los de ella. Elisabeth se rebeló:

—Esto es una locura.

—No, sólo es una despedida.

Con una voz tan pálida como su rostro, Elisabeth dijo:

—Usted no debía, usted no...

—¿Quién debe besarla, Elisabeth?

—Usted no me ama.

Bertrand dio unos pasos por la habitación. El brazo le dolía y notaba que tenía fiebre. Ella tenía razón, era una locura. De repente se volvió y quedó muy cerca de ella, su voz sonó involuntariamente amenazadora:

—¿Yo no te amo?

Elisabeth permanecía inmóvil, con los brazos caídos, y dejó que él le echara la cabeza hacia atrás. Y en pleno rostro él repitió amenazador: «¿Yo no te amo?», y ella tuvo la impresión de que iba a morderla en la boca, pero se convirtió en un beso. Y la rigidez de la boca de Elisabeth se transformó incomprensiblemente en una sonrisa, desapareció la laxitud de sus manos inertes y las levantó, liberadas por el empuje de sus sentimientos, para aferrarse con fuerza a los hombros de Bertrand y no soltarlos jamás.

—Cuidado, Elisabeth, ahí es donde tengo la herida.

Ella se desprendió asustada: «Perdone». Pero entonces las fuerzas la abandonaron: se desplomó abatida en el sillón. Él se sentó en el brazo, le sacó los alfileres del sombrero y le acarició el rubio cabello: «Qué hermosa eres y cómo te quiero». Ella guardó silencio, dejó que él le tomara la mano, sintió el calor febril de la mano del hombre y el fuego de su rostro cuando se acercó de nuevo. Y al repetir él ardientemente «te quiero», ella sacudió la cabeza, pero le abandonó sus labios. Por fin pudo llorar.

Bertrand, sentado todavía en el brazo del sillón, le acariciaba levemente el cabello:

—Siento deseo de ti.

Ella contestó débilmente:

—Esto no es verdad.

—Siento deseo de ti.

Elisabeth no respondió; su mirada se perdió en el vacío.

Él dejó de acariciarla; se había levantado y repitió:

—Te deseo de un modo que no se puede expresar con palabras.

—¿Y te vas? —dijo ella con una sonrisa.

—Sí.

Ella le miró incrédula e interrogativa. Él repitió:

—No, no nos veremos más.

Ella seguía sin comprender. Bertrand sonreía:

—¿Eres capaz de imaginar que yo ahora pidiera tu mano a tu padre? ¿Que renegara de cuanto he dicho? Sería una comedia terriblemente mezquina, una burda trampa de jugador.

Elisabeth empezaba a entrever algo, pero aún no acababa de comprender:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

No puedo pedirte que seas mi amante, que vengas conmigo. Claro que podría pedírtelo y tú terminarías por hacerlo... Tal vez por romanticismo, tal vez porque ahora realmente me quieres... ahora, naturalmente. Oh, tú... —se sumergieron en un beso—. Pero en definitiva no puedo ponerte en una situación equívoca, aunque pudiera ser para ti más valiosa que, digámoslo abiertamente, que la boda con Joachim.

Elisabeth le miró con asombro.

—¿Piensa usted todavía que me puedo casar con él?

—Claro que sí. —Y, para salvarse de aquella tensión insoportable mediante una broma, consultó el reloj—. Hace veinte minutos que los dos pensamos en ello. O la idea tenía que haber sido insoportable hace veinte minutos, o ahora es soportable.

—No es momento de bromear... —con angustia—. ¿O hablas en serio?

—No lo sé... Nadie puede saberlo de sí mismo.

—O eludes la cuestión o es que disfrutas torturándome... Es usted un cínico.

—¿Debo engañarte? —dijo Bertrand muy serio.

—Tal vez te engañas a ti mismo... Tal vez porque tú... no sé por qué... pero hay algo falso en todo esto... No, tú no me quieres.

—Soy egoísta.

—Tú no me quieres.

—Te quiero.

Ella le miró abierta y seriamente:

—¿He de casarme, pues, con Joachim?

—A pesar de todo, no puedo decirte que no.

Elisabeth separó sus manos de las de Bertrand y permaneció largo tiempo sentada en silencio. Después se levantó, buscó su sombrero, puso los alfileres:

—Adiós, me casaré. Tal vez sea cinismo, pero no te puede sorprender. Tal vez estamos cometiendo con nosotros el peor de los crímenes... La paz sea contigo.

—La paz sea contigo, Elisabeth, no olvides estos momentos. Es mi única venganza respecto a Joachim... No podré olvidarte nunca.

Ella le pasó la mano por la mejilla. «Tienes fiebre», dijo, y salió rápidamente de la habitación.

Esto fue lo que había ocurrido y Bertrand lo pagó con otro acceso de fiebre. Pero le parecía justo, le parecía bien; creaba una distancia entre ayer y hoy. Y le permitía

contemplar a Joachim, ahora sentado ante él, en la misma casa —¿era la misma?—, con la benevolencia de siempre. No, hubiera sido grotesco. Así pues, dijo: «Pierda usted cuidado, Pasenow, ya toca el puerto del matrimonio. Y que sea muy feliz». Joachim no pudo evitar pensar de nuevo que era un hombre cínico e innoble, y sin embargo se sintió agradecido y tranquilizado. Tal vez fuera el recuerdo del padre, o la simple presencia de Bertrand, pero la idea del matrimonio se mezclaba extrañamente con la imagen de una silenciosa habitación de enfermo por la que se deslizaban monjas vestidas de blanco. Delicada y monjil era Elisabeth, blanca sobre su nube de plata, y recordó el cuadro de una Madona, una Asunción, que creía haber visto en Dresde. Tomó su gorra de la percha. Joachim se sentía empujado por Bertrand a este matrimonio, y tuvo la extraña ocurrencia de que Bertrand pretendía con ello degradarle a lo civil, quitarle su uniforme y su puesto en el regimiento, a fin de ascender él a comandante en su lugar; y cuando Bertrand le tendió la mano para despedirse, Joachim no se dio cuenta de que tenía mucha fiebre. Agradeció a Bertrand sus palabras y se alejó, rígido y cuadrado, enfundado en su larga guerrera. Bertrand oyó el suave tintineo de las espuelas en la escalera y no pudo dejar de pensar que ahora Joachim pasaba por delante de la sala de visitas.

Su petición había sido aceptada. De todos modos, le escribía el barón, Elisabeth no quería festejar aún oficialmente los esponsales. Tenía cierto miedo a dar el paso definitivo, pero Joachim estaba invitado a cenar con ellos al día siguiente.

A pesar de que todavía no se podía considerar un auténtico noviazgo, a pesar de que ni por parte de Elisabeth ni por parte de los futuros suegros se le ofreció a Joachim el familiar tuteo, a pesar de que la conversación en la mesa se mantuvo un tanto rígida, reinaba, sin embargo, una apenas perceptible atmósfera de fiesta, especialmente en el momento en que el barón hizo tintinear su copa y manifestó con hermosas palabras que una familia era un todo cerrado y éste todo no admitía fácilmente un nuevo miembro, pero cuando esto ocurría por designio divino, debía ocurrir de todo corazón, y el amor, que mantenía unida a la familia, abarcaría también al recién llegado. La baronesa tenía lágrimas en los ojos y retuvo emocionada la mano de su marido, mientras éste hablaba del amor, y Joachim tuvo la cálida sensación de que todo le iría bien aquí; en el regazo de la familia, se dijo, y le vino a la mente la Sagrada Familia. Sí, Bertrand, probablemente, habría sonreído y se habría burlado del discurso del barón, pero este tipo de bromas resultaban excesivamente fáciles. Las incomprensibles agudezas con que Bertrand animaba la conversación en la mesa —¡cuán lejos estaba todo aquello!— eran de seguro más impugnables que el íntimo sentimiento que reflejaban las palabras del barón. Luego hicieron entrecuchar las copas en un brindis sonoro y el barón exclamó: «¡Por el futuro!».

Después de la cena dejaron solos a los jóvenes para que pudieran hablar. Se sentaron en la sala de música, recientemente renovada con muebles tapizados de seda

negra y adornados con protectores de encaje obra de la baronesa y de Elisabeth, y, mientras Joachim buscaba las palabras adecuadas, oyó que Elisabeth le decía, en tono casi festivo: «O sea que quiere usted casarse conmigo, Joachim. ¿Lo ha pensado bien?». Qué poco digno de una dama, pensó. Se diría que era Bertrand quien hablaba. ¿Qué debía hacer él ahora? ¿Tenía que hincar la rodilla en el suelo y presentarle su petición de mano? La fortuna le sonreía, pues el taburete donde se había sentado era tan bajo que, al volverse hacia Elisabeth, la rodilla casi le rozaba el suelo y si uno quería verlo así podía considerar su gesto como un arrodillarse. Permaneció, pues, en esta postura un tanto forzada y dijo: «¿Puedo concebir esperanzas?». Elisabeth no contestó; él levantó la mirada hacia ella; la muchacha había echado la cabeza hacia atrás y tenía los párpados casi cerrados. Al mirar su rostro, sintió que era profundamente desagradable que un fragmento de paisaje pudiera insertarse en una casa. Ah, éste era el recuerdo que tanto había temido, era el mediodía bajo los árboles otoñales, era la imagen desvanecida por cuya causa él casi había deseado que el consentimiento del barón se demorara más. Porque más irritante que el hermano en el rostro de la mujer es el paisaje que lo cubre totalmente, que toma posesión de él, que absorbe de tal modo el rostro deshumanizado que ni siquiera Helmuth podía servir de ayuda para volver a apresar lo fluyente y desvanecido. Ella dijo: «¿Ha hablado con su amigo Bertrand sobre este proyecto matrimonial?». Joachim pudo negarlo sin ser del todo infiel a la verdad. «Pero ¿lo sabe?», insistió Elisabeth. Sí, respondió Joachim, él le había insinuado sus intenciones. «¿Y qué dijo?» Se había limitado a desearle buena suerte. «¿Le tiene usted mucho apego, Joachim?» Joachim sentía que la voz de Elisabeth y sus palabras le hacían bien; le confirmaban que estaba sentado frente a un ser humano y no frente a un paisaje. Sin embargo, resultaba inquietante. ¿Qué pretendía con estas alusiones a Bertrand? ¿Adónde quería ir a parar? En cierto modo era inoportuno hablar de Bertrand en aquel momento, por más que fuera un alivio haber encontrado un tema de conversación. Y, como no podía dejar escapar esta oportunidad y además se sentía obligado a ser totalmente sincero con su futura esposa, dijo vacilante:

—No lo sé; en realidad tengo siempre la impresión de que él es la parte activa de nuestra amistad, pero a menudo soy yo quien lo busca. No sé si esto puede calificarse de tenerle mucho apego.

—¿Le inquieta?

—Exactamente, ésta es la palabra... Siempre me inquieta.

—Él es un hombre inquieto y por eso mismo es también inquietante.

Joachim reconoció que así era, y sintió fija en él la mirada de Elisabeth, y se admiró de nuevo de que aquellas estrellas convexas y transparentes, a derecha e izquierda de una nariz, pudieran enviar algo parecido a una mirada. ¿Qué es una mirada? Se llevó las manos a los ojos y ahora era Ruzena la que estaba allí, eran los ojos de Ruzena los que rozó emocionado a través de los párpados. No podía imaginarse a sí mismo acariciando alguna vez los ojos de Elisabeth. Tal vez era cierto

lo que uno había aprendido en la escuela y había frialdades capaces de causar heridas de fuego; «frialdad del universo», se le ocurrió ahora, «frialdad de las estrellas». Allí flotaba Elisabeth sobre su nube de plata, intocable su rostro fluyente y desvanecido, y le pareció una cruel mortificación que sus padres la hubieran besado al levantarse de la mesa. Pero ¿de qué esfera provenía aquél en cuya criatura y víctima casi se había convertido Elisabeth? Si Dios les había enviado, a él y a ella, un tentador, ¿formaba parte de las pruebas impuestas liberar a Elisabeth de estas afrentas terrenales! El trono de Dios se asienta en la frialdad absoluta y sus mandamientos son despiadados, se engarzan unos con otros como las ruedas dentadas de las máquinas de Borsig, y todo aquello era tan coercitivo que a Joachim casi le tranquilizó ver un único camino de salvación, el recto camino del deber, aunque él mismo tuviera que abrasarse en él.

—Pronto se irá a la India —dijo Joachim.

—Sí, a la India —asintió ella.

—Lo he dudado mucho —dijo él—, porque sólo puedo ofrecerle a usted una vida sencilla en el campo.

—Nosotros somos distintos a él —replicó ella.

A Joachim le emocionó que hubiera empleado el término «nosotros»:

—Tal vez está desarraigado y es posible que anhele regresar.

—Toda persona está encerrada en sí misma —contestó Elisabeth.

—Pero ¿no nos hemos quedado nosotros con la mejor parte? —preguntó Joachim.

—No lo sabemos —dijo Elisabeth.

—Claro que sí —replicó Joachim rebelándose—, porque él vive para los negocios y tiene que ser frío e insensible. Piense en sus padres, en las palabras de su padre. Él, sin embargo, llama a esto convencionalismo; le falta la verdadera intimidad, la cristiandad.

Enmudeció: ah, lo que había dicho no era verdad, porque lo que él esperaba de Dios y de Elisabeth no tenía el mismo significado que cuanto le habían enseñado a entender por hogar cristiano; pero precisamente porque esperaba mucho más de Elisabeth, quería elevar sus palabras hasta la esfera celeste, donde Elisabeth tenía que mostrarse como la más dulce e intangible Madona de plata. Tal vez ella tenía primero que morir, a fin de poder hablarle de este modo, pues tal y como estaba sentada, recostada hacia atrás, parecía Blancanieves en su ataúd de cristal, y era tal la suprema ternura y maravillosa viveza celestial de su rostro que aquel rostro apenas tenía semejanza con aquel que él había conocido en vida, antes de ser entretelado, terrible e inexorablemente, con el paisaje. El deseo de que Elisabeth estuviera muerta y de que su voz le comunicara angelicalmente el mensaje del más allá era muy fuerte, y la tensión provocada por este deseo alcanzó tal potencia que también Elisabeth sucumbió a aquella ola de angustiosa frialdad, ya que dijo: «Él no necesita, como nosotros, la cálida protección de la vida en común». Estas palabras tan terrenales decepcionaron a Joachim y, aunque la necesidad de protección que reflejaban le conmovió y le sugirió la imagen de María en su peregrinaje por la tierra antes de su

ascensión al cielo, sabía, sin embargo, que sus fuerzas no bastaban para darle tal protección, y, con duplicada decepción, deseó doblemente en su interior que una muerte dulce y suave los acogiera a los dos. Y como ante la muerte, en el aliento de lo eterno, cae la máscara del rostro, Joachim dijo: «Él hubiera sido siempre un extraño para usted». Y a los dos les pareció que estas palabras encerraban una enorme y significativa verdad, aunque apenas sabían ya que estaban hablando de Bertrand. El círculo de la luz de gas centelleaba como un revoloteo de mariposas amarillas, líneas negras en alas amarillas, sobre la corona de la lámpara que pendía sobre el túmulo revestido de negro sobre el que seguía sentado, inmóvil, Joachim, con el busto rígido y vuelto hacia un lado y la rodilla doblada; las puntillas blancas sobre la seda negra parecían dibujos de calaveras. Las palabras de Elisabeth fluyeron en la inmovilidad: «Él está más solo que los demás», y Joachim replicó: «Su demonio interior le arrastra». Elisabeth denegó, casi imperceptiblemente, con la cabeza: «Espera la plenitud...», y luego añadió, como tomando la idea de un recuerdo rígido y vidrioso: «Plenitud y conocimiento en la soledad y el extrañamiento». Joachim guardó silencio; luego, con repugnancia, siguió el hilo del pensamiento que, incomprensible y gélido, se erguía entre ellos: «Él es un extraño... Nos echa a todos, porque Dios quiere que estemos solos». «Sí, esto quieren», dijo Elisabeth, y no podía saberse si se había referido a Dios o a Bertrand; pero ya no importaba, pues la soledad que pendía sobre ella y sobre Joachim lo había invadido ya todo, y la habitación, pese a su familiar elegancia, se endureció más y más en una inmovilidad angustiosa; inmóviles los dos, les parecía como si el espacio que les rodeaba se ensanchara y las paredes cedieran y el aire fuera cada vez más sutil y frío, tan sutil que apenas podía sostener la voz. Y a pesar de que todo permanecía en inmóvil rigidez, los muebles, el piano en cuya negra superficie lacada todavía se reflejaba el círculo de las luces de gas, todo parecía no estar en el mismo lugar donde había estado anteriormente, y hasta los dragones dorados y las mariposas del negro biombo chino del rincón parecían haber sido también diluidos, absorbidos igualmente por las paredes que cedían, recubiertas de negros crespones. Las luces zumbaban con un suave silbido venenoso, y junto a su minúscula y mecánica vida, que surgía irónicamente por las rendijas indecentemente abiertas, no había ya ninguna otra vida. Ahora morirá muy pronto, pensó Joachim, y casi fue una confirmación oír la voz de ella en el vacío: «Su muerte será solitaria». Sonó como una sentencia de muerte o un conjuro, conjuro que él reafirmó: «Está enfermo y es posible que suceda muy pronto; tal vez en este mismo instante». «Sí», dijo Elisabeth desde el más allá, y fue como una gota que al caer se transformara en hielo, «sí, en este mismo instante». Y en la petrificada incertidumbre de estos segundos en que la muerte estuvo junto a ellos, Joachim no supo si la muerte los rozaba a ellos dos, o a Bertrand o al padre; no supo si su madre estaba allí sentada, vigilando su muerte con la exactitud y placidez con que vigilaba el ordeñar en el establo o la agonía del padre, y ahora vio con claridad que el padre tenía frío y que anhelaba la cálida oscuridad del establo. ¿No era mucho mejor morir ahora con

Elisabeth, dejarse conducir por ella hacia la claridad diáfana que flota sobre las tinieblas? Y dijo: «Le envolverá una horrible oscuridad y nadie vendrá a ayudarlo». Pero Elisabeth dijo con voz dura: «Nadie debe venir», y con idéntico tono duro, gris, sin tonalidades, siguió hablando al vacío, con el mismo aliento, que ya no era aliento: «Seré su mujer, Joachim», y ni ella misma supo si lo había dicho, pues Joachim seguía inmóvil, con el busto inclinado, y no respondió. No sucedió nada y, aunque no duró más que el instante en que un ojo se apaga y endurece, la tensión estaba tan llena de incertidumbre y de vacío, que Elisabeth repitió: «Sí, seré su mujer». Pero Joachim no quería oírlo, pues la voz de Elisabeth le obligaba a retroceder por un camino sin retorno. Intentó, con un gran esfuerzo, volverse hacia ella; lo logró sólo a duras penas, únicamente la rodilla doblada tocaba ahora efectivamente el suelo; inclinó la frente, cubierta de un sudor frío, y sus labios, secos y helados como pergamino, rozaron la mano de ella, una mano tan fría que él no se atrevió a cogerla, ni siquiera cuando la habitación volvió a encogerse y los muebles recobraron sus antiguos emplazamientos.

Y así permanecieron, hasta que oyeron la voz del barón en la pieza contigua. «Tenemos que entrar», dijo Elisabeth. Entonces pasaron al salón, profusamente iluminado, y Elisabeth dijo: «Nos hemos prometido». «¡Hija mía!», exclamó la baronesa abrazándola con lágrimas en los ojos. Pero el barón, cuyos ojos no estaban menos húmedos, dijo: «Ahora debemos sentirnos muy felices y dar gracias a Dios por este día tan hermoso». Y Joachim le quiso por estas efusivas palabras y se sintió colocado bajo su protección.

Mientras regresaba a su casa, en el apático dormitar provocado por su cansancio y por el traqueteo del coche, fue adquiriendo forma la idea de que su padre y Bertrand habían muerto, y casi le sorprendió no hallar en su habitación ninguna triste noticia, como habría correspondido a la recuperada exactitud de la vida. Fuera como fuese, ni siquiera a un amigo muerto se le pueden ocultar unos esponsales. Este pensamiento no le abandonó y a la mañana siguiente adquirió visos de certidumbre, no precisamente certeza de muerte, pero sí certeza de no-existencia: el padre y Bertrand se habían ido de este mundo y, pese a que él era en parte culpable de estas muertes, todo permanecía en una apacible indiferencia, y ni siquiera tuvo que plantearse una vez más si era Ruzena o Elisabeth la mujer que él había robado a otro. Se le había encomendado la misión de seguir a este otro, de no perderle de vista, y el camino por el que había tenido que seguirle tocaba ahora a su fin, el secreto se había extinguido, sólo restaba despedirse del amigo muerto. «Una buena y una mala noticia a la vez», se dijo. Tenía tiempo; dijo al cochero que se detuviera, encargó flores para la baronesa y para su novia, y se dirigió sin prisa a la clínica. Pero cuando entró en la clínica, nadie le habló de la desgracia; como si nada hubiera ocurrido, le indicaron, como siempre, la habitación de Bertrand; hasta que no encontró a la hermana en el

pasillo, no se enteró de que Bertrand había pasado muy mala noche, pero ahora se encontraba mejor. Joachim repitió mecánicamente: «Se encuentra mejor... Estupendo, estupendo». Era como si Bertrand le hubiera engañado una vez más, como si lo hubiera defraudado, y casi tuvo el pleno convencimiento de ello al ser recibido por él con estas animadas palabras: «Vaya, vaya, me parece que hoy ya se le puede dar la enhorabuena». ¿Cómo lo sabe?, se preguntó Joachim, y, a pesar de su irritación, se sintió casi orgulloso, porque en su nueva situación de prometido su desconfianza quedaba, en cierto modo, justificada: sí, se sentía feliz de anunciarle sus esponsales. Pero Bertrand parecía estar muy sereno: «Usted sabe que le aprecio, Pasenow», dijo, y a Joachim le pareció una impertinencia, «y por eso les deseo de todo corazón, a usted y a su prometida, que sean muy felices». Sus palabras sonaban de nuevo sinceras y cariñosas, y sin embargo resultaban sarcásticas: él, que siempre lo sabía todo de antemano, él, que lo había planeado y querido, aunque fuera únicamente como instrumento de una voluntad superior, él se escapaba ahora, al ver la obra consumada, con una llana y cordial felicitación. Joachim se sentía agotado; se sentó junto a la mesa que estaba en el centro de la habitación, miró a Bertrand, que yacía en la cama rubio, casi con aspecto de muchacha, y dijo muy serio: «Espero que ahora todo vaya bien», y Bertrand, con aquella despreocupada seguridad en sí mismo que siempre había tranquilizado e inquietado a Joachim, dijo: «Tenga usted la seguridad, querido Pasenow, de que todo irá perfectamente... al menos para usted». Joachim repitió: «Sí, perfectamente», y luego sin comprender: «¿Por qué sólo para mí?». Bertrand sonrió e hizo un ligero gesto despectivo con la mano: «Bueno, nosotros... nosotros somos una raza que no tiene remedio», pero no dio ninguna explicación más, sino que al cabo de un momento preguntó sin transición: «¿Y cuándo es la boda?», de modo que Joachim, olvidando la otra cuestión, respondió enseguida que había tiempo aún, que ante todo había que tener en cuenta la enfermedad de su padre. Bertrand observaba a Joachim, sentado tieso y correcto junto a la mesa, de cara a él. «Para casarse no es necesario que regrese usted inmediatamente a la hacienda», dijo Bertrand. Joachim se asustó: ¡había sucedido todo inútilmente! Bertrand había hablado siempre de la necesidad de hacerse cargo de la finca, había provocado la infelicidad de Ruzena, y ahora decía que no necesitaba volver allí, como si quisiera quitarle la alegría de sus posesiones y robarle, además, su hogar paterno. Con mil subterfugios Bertrand lo había arrastrado a todo esto, y ahora declinaba toda responsabilidad, despreciaba incluso la victoria de haberlo hecho descender hasta su nivel, hasta lo civil, ¡también aquí lo rechazaba! Era simplemente hacer el mal por el mal, y Joachim lo miró con indignado asombro. Bertrand sólo notó su mirada interrogadora: «Bien, hace poco usted dijo que estaba a punto de ser ascendido a capitán de caballería, y es de suponer que querrá esperar dicho ascenso. Capitán de la reserva suena mucho mejor que teniente de la reserva» —ahora se avergüenza de ser subteniente, pensó Joachim, y se permitió la breve sacudida reglamentaria—. «Y durante esos meses se habrá visto cómo evoluciona la

enfermedad de su señor padre». A Joachim le hubiera gustado decirle que los oficiales casados le parecían tipos raros y que suspiraba por regresar al hogar de sus antepasados, pero no podía decir esto y se limitó a manifestar que lo apuntado por Bertrand satisfecería también el íntimo deseo de sus futuros suegros, quienes verían con agrado que la nueva casa del Westend fuera habitada por Elisabeth. «Entonces, mi querido Pasenow, todo se arregla al gusto de todos», dijo Bertrand, y estas palabras volvían a reflejar una arrogancia poco noble e inoportuna. «Además, seguro que puede usted apresurar el ascenso, si comunica a su comandante que tiene la intención de dejar el servicio activo en cuanto reciba el oficio». También en esto tenía razón, pero era molesto que Bertrand se atreviera a inmiscuirse en asuntos militares. Cogió pensativo el bastón de Bertrand que estaba sobre la mesa, miró el puño, siguió con el dedo la punta de goma de su extremo: un bastón de convalesciente. Que precisamente él lo empujara a la boda le hizo recelar de nuevo. ¿Qué se ocultaba detrás de sus palabras? El día anterior él y Elisabeth habían dicho a los padres que no tenían prisa en celebrar la boda, habían enumerado una serie de razones, y ahora Bertrand quería barrer de un soplo todas estas razones. «Pero no podemos precipitar la boda», dijo Joachim con terquedad. «Bien», opinó Bertrand, «sólo siento que tendré que enviar un telegrama de felicitación desde muy lejos, desde la India o desde quién sabe dónde. Porque en cuanto pueda sostenerme medianamente en pie, pienso emprender un viaje... Este asunto me ha afectado un poco». ¿Qué asunto? ¿Aquel rasguño? Bertrand, ciertamente, tenía aspecto de estar sufriendo; los convalescientes llevan siempre bastón; pero ¿qué había sucedido antes? ¿Qué sabía Bertrand de la noche anterior? En realidad Bertrand no tenía derecho a irse de viaje antes de que se hubiera aclarado todo aquello, y Joachim pensó que probablemente Helmuth, que se había enfrentado a su adversario abiertamente, era mucho más noble que él mismo: ¿no se trataba, también en este caso, de explicación o muerte? Pero él quería las dos cosas y al mismo tiempo no quería ninguna de las dos. El padre tenía razón: él carecía de honor, tanto como ese Bertrand, un amigo al que apenas podía llamarse amigo. Y sin embargo era casi una liberación, pues probablemente entre las intenciones del padre estaba la de no invitar a Bertrand a la boda. A pesar de ello, escuchó a Bertrand con tranquilidad: «Otra cosa, Pasenow; tengo la impresión de que la hacienda, al no ocuparse de ella su madre y dado que no funciona automáticamente, necesita alguien que la dirija. Su señor padre, en su estado, puede causar aún serias dificultades. Discúlpeme, usted, pero me siento obligado a llamarle su atención sobre la posibilidad de obtener una inhabilitación. Y busque usted un administrador experto; vale la pena pagarlo. Creo que debería hablar de ello con su suegro. A fin de cuentas, también él es agricultor». Sí, hablaba como un vil agente provocador, pero Joachim tuvo que darle las gracias por el consejo, cuya buena intención comprendía, y tuvo también que manifestarle la esperanza de poder verlo a menudo antes de su curación. «Con mucho gusto», dijo Bertrand, «y póngame a los pies de su novia». Después se reclinó agotado en la almohada.

Dos días más tarde Joachim recibió una carta en la que Bertrand le comunicaba que su estado había mejorado notablemente y que se trasladaba a una clínica de Hamburgo para estar más cerca de la sede de sus negocios. Pero estaba seguro de que volverían a verse antes de su viaje a Oriente. Dada la arrogante naturalidad con que Bertrand preveía su próximo encuentro, Joachim decidió impedirlo a toda costa. Pero le dolió tener que prescindir en adelante de la firmeza, habilidad y mundología de su amigo.

Detrás de la Leipziger Platz se encuentra una tienda que, exteriormente, se diferencia apenas de las vecinas, si bien llama la atención que sus escaparates no expongan a la vista ningún tipo de mercancía y que unos cristales opacos, con hermosos grabados pompeyanos y renacentistas, impiden mirar al interior. Pero esta característica la comparte la tienda con muchos bancos y agencias, y los anuncios pegados a los cristales, que rompen lamentablemente la ornamentación, tampoco tienen en realidad nada de extraño. En estos anuncios se leía la palabra «India» y un vistazo al letrero de encima de la puerta indicaba que en la tienda se ofrecían «Panoramas imperiales».

Si uno entra, se encuentra primeramente en una estancia agradablemente iluminada y caldeada, donde una señora ya mayor de aspecto simpático atiende la caja tras una mesita y vende entradas para la visita del establecimiento. Pero la mayoría de visitantes sólo utilizan esta caja para hacerse sellar sus abonos e intercambiar unas palabras amables con la anciana. Cuando el viejo empleado, que surge del negro cortinaje del fondo, solicita, con un gesto de disculpa, un poco de paciencia, el visitante toma asiento con un ligero suspiro en una de las sillas de rejilla y sigue charlando, observa también con recelo la puerta de cristal que da a la calle, y si aparece otro visitante, lo mira con celosa y avergonzada hostilidad. Después se oye un sordo ruido de sillas tras los cortinajes y el hombre que sale parpadea unos instantes cegado por la luz y se aleja rápidamente, tras un breve saludo a la anciana, con la cabeza baja y sin mirar a los que aguardan, como si también se avergonzara. El que espera impaciente se levanta entonces a toda prisa, a fin de que nadie se le adelante, interrumpe bruscamente su conversación con la anciana y desaparece tras el cortinaje protector. Es poco frecuente que los visitantes hablen entre sí, pese a que muchos de ellos tienen que conocerse después de tantos años, y sólo algunos viejos desvergonzados se atreven a hablar, además de con la anciana, con los que aguardan, y a elogiar el espectáculo, pero en la mayoría de los casos únicamente reciben monosílabos por respuesta.

En el interior, sin embargo, reina la oscuridad y uno se inclina a creer que se trata de una vieja y pesada oscuridad almacenada allí durante años. El empleado te coge suavemente de la mano y te conduce con cuidado a un asiento redondo y sin respaldo que te aguarda. Ves ante ti dos ojos claros que te miran un tanto fantasmagóricamente desde un fondo negro, y bajo esos ojos hay una boca, cuyos rasgos rectilíneos quedan

suavizados por la pálida luz que la ilumina. Poco a poco te vas dando cuenta de que te hallas frente a la imagen de una especie de templo poligonal, de la que forma parte la pared a la que te han conducido y ante la cual se encuentra tu asiento; ves también que a tu derecha y a tu izquierda está sentado un devoto, que mantiene los ojos fijos en los ojos de la pared, y tú haces lo mismo, después de haber echado una ojeada al cristal iluminado y cuadrado y haber constatado que tiene escritas las palabras «Palacio del gobierno en Calcuta». Pero mientras tú miras solamente aquellos ojos abiertos ante ti, el edificio gubernamental desaparece, a un toque de campana, con un chirrido metálico: lo ves deslizarse lentamente y aparece un nuevo paisaje, y te sientes casi estafado, pero suena otra vez una campanilla, el paisaje sufre una ligera sacudida, como si quisiera colocarse mejor para que tú lo contemples, y queda fijo. Ves palmeras y un camino muy bien cuidado; en el fondo, a la sombra, hay un hombre con un traje claro sentado en un banco; un surtidor eleva al aire un penacho de agua que tiene forma de látigo; no estás tranquilo hasta que puedes leer en el cristal iluminado: «Vista del parque real de Calcuta». Después sigue otra vez la campanilla, un deslizarse de palmeras, bancos, edificios, mástiles, otra sacudida, otro campanillazo, y, bajo los rayos del sol: «Vista del puerto de Bombay». El hombre que antes estaba sentado en el banco del parque real se encuentra ahora en primer plano con un casco colonial, sobre las enormes piedras del malecón. Apoyado en un bastón de paseo, está rígido, fascinado por los aparejos de los buques, por sus chimeneas y sus grúas, fascinado ante los montones de fardos de algodón acumulados en el muelle; lo mira todo fascinado, y su rostro no se puede distinguir en la sombra. Pero tal vez penetre en el marco mágico que, coloreado suavemente sobre fondo pardo, forma un cofre abstracto, un viaje entre tú y la imagen, y tal vez se mueva por entre los maderos con maravillosa libertad, y tú reconozcas en él a Bertrand, que te advertirá, suave aunque terriblemente, que nunca más lo podrás borrar de tu vida, por lejos que se encuentre. Pero tal vez es sólo fruto de tu imaginación, ya que Dios le envía otra vez la señal del campanillazo y él, sin saludar, rígido e inmóvil, sin dar un solo paso, se desliza y se va. Miras a tu vecino de la izquierda, por si aparece allí, pero en su recuadro luminoso lees «Palacio del gobierno en Calcuta», y entonces tienes casi la esperanza de que Bertrand ha aparecido allí sólo para ti, sólo para saludarte a ti. Pero no tienes tiempo de reflexionar sobre ello, porque cuando vuelves a mirar tus dos cristales te espera una grata sorpresa: la «Madre indígena de Ceilán» no está únicamente iluminada por los dorados rayos del sol, sino que aparece con sus colores naturales; sonrío con blancos dientes entre labios rojos y tal vez espera al blanco con que ha venido de Occidente porque ha despreciado a las europeas. También los «Templos de Delhi» resplandecen con colores orientales al fondo de la cajita parda: allí el infiel puede aprender que incluso las razas inferiores saben servir a Dios. Pero ¿no dijo él mismo que eran los mauritanos quienes debían restablecer el reino de Cristo? Miras asustado el hormigueo de figuras de color pardo y no te disgusta oír la señal que las ahuyentará para dejar paso a «Partida para la caza del

elefante». Ahí están ahora los vigorosos cuadrúpedos y uno dobla muellemente una pata anterior. El lugar está todo cubierto de arena blanca y fina y si, deslumbrado, apartas la vista unos instantes, descubres, en la parte superior del cristal opaco, un pequeño botón, del que tiras jugueteando. Inmediatamente, para tu satisfacción, la imagen se transforma en un suave claro de luna, de modo que, a tu voluntad, puedes hacer partir a los cazadores de día o de noche. Ahora que ya no te hiere la claridad del sol, lo aprovechas para observar a los cazadores que se alejan, y si tus ojos no te engañan, es justamente Bertrand quien está sentado detrás del oscuro conductor del elefante, dentro de la canasta, con el fusil en la mano derecha, pronto a disparar augurando la muerte. Cambias la luz y ahora es de nuevo un hombre salvaje y extraño el que te sonríe, y el conductor del elefante apoya su lanza tras una oreja del animal, para indicarle que se ponga en marcha. Se deslizan en la espesura, pero tú no oyes el pateo del rebaño ni el bramido de los elefantes machos, porque, con un ligero campanilleo y un chirrido mecánico, un paisaje sucede al otro, extrañamente, sin transición, moviéndose hacia delante o hacia atrás, y si el hombre que pasa parece ser aquél a quien buscas eternamente, aquél a quien llamas eternamente, desaparece no obstante mientras tienes todavía su mano en la tuya, suena otra vez la señal y, antes de que te des cuenta, descubres que el vecino de tu derecha, al que ya habías mirado temerosamente, tiene la inscripción «Palacio del gobierno en Calcuta», y sabes que muy pronto habrá sonado tu hora. Entonces lanzas otra mirada de reojo para cerciorarte de que realmente aparecen las palmeras del jardín real, y como así ocurre, irremisiblemente, corres tu silla hacia atrás, el empleado acude presuroso y abandonas con un breve saludo el local, en cuya antesala otros ya están esperando y la señora vende abonos, y lo haces parpadeando ligeramente, subiéndote el cuello de la chaqueta, pobre infeliz que se ha entregado a un placer que no conoce.

En este establecimiento estuvieron Joachim y Elisabeth, cuando ella, acompañada por la dama de compañía, salió con él de compras por la ciudad, en vistas al ajuar y a su futuro hogar. Pues, aunque sabían que Bertrand estaba en Hamburgo, y nunca hablaban de él, la palabra India tenía para ellos un sonido mágico.

Fue una boda sencilla en Lestow. El estado de salud del padre era estacionario; vegetaba, ya no reconocía lo que le rodeaba y había que aceptar que podía continuar así durante años. La baronesa afirmaba que tanto para ella como para su marido era preferible una fiesta sencilla e íntima que una celebración con bombo y platillos, pero Joachim sabía cuán importantes eran para sus suegros las fiestas familiares y se sentía responsable de que su padre impidiera hacer las cosas con brillantez. También él, quizá, hubiera deseado un marco lujoso y lleno de gente, a fin de destacar el carácter social de este enlace ajeno a lo amoroso. Por otra parte, le parecía más propio de la seriedad y cristiandad de esta unión que él y Elisabeth se acercaran al altar sin ningún aparato mundano. Por eso se decidió no celebrar la boda en Berlín, a pesar de que en

Lestow se presentaron toda serie de dificultades, difíciles de superar, especialmente sin el consejo de Bertrand. Joachim se negó a llevar a la novia a su casa la noche de bodas; le repugnaba pasar aquella noche bajo el mismo techo que el enfermo, y aún le parecía más inconcebible que Elisabeth tuviera que retirarse a su habitación en presencia de la servidumbre familiar; propuso pues que Elisabeth pasara la noche en Lestow, y él la pasaría a recoger a la mañana siguiente; sorprendentemente, esta propuesta chocó con la oposición de la baronesa, a quien tal solución parecía inconveniente: «Y aun en el caso de que nosotros estuviéramos de acuerdo, ¿qué pensarían los criados, con lo burdos que son?». Finalmente se decidió celebrar la ceremonia muy temprano para que la joven pareja tuviera tiempo de tomar el tren del mediodía. «Así llegaréis pronto a vuestro confortable hogar de Berlín», dijo la baronesa. Pero Joachim tampoco estaba de acuerdo. No, quedaba descartado, porque ellos querían seguir su viaje muy pronto por la mañana y quizá tomarían incluso el tren nocturno para Munich. Sí, los trenes nocturnos eran casi la solución más sencilla del problema conyugal, eran la escapatoria a las sonrisas maliciosas de los demás en el momento en que él fuera a acostarse con Elisabeth. Sin embargo dudaba sobre si, efectivamente, podrían seguir su viaje a Munich de inmediato; ¿podía imponerse a Elisabeth un viaje de noche, tras la tensión de la jornada? ¿Y cómo resultaría el día en Munich en espera de lo que iba a acontecer después? Era evidente que habría sido imposible consultar estas cuestiones ni siquiera a Bertrand, tenía que resolverlas por sí mismo, pero todo hubiera resultado mucho más sencillo de haber tenido cerca a Bertrand. Intentó imaginar cómo habría reaccionado Bertrand en aquel caso y llegó a la conclusión de que nada impedía reservar habitación en el hotel Royal de Berlín; caso de que Elisabeth lo deseara, podían, de todos modos, proseguir su viaje. Y se sintió orgulloso de haber hallado por sí solo tan hábil solución.

El tiempo era completamente invernal, y los coches cerrados en los que se dirigieron a la iglesia avanzaban lentamente por la nieve. Joachim iba con su madre, quien, sentada ancha y cómodamente en el coche, no cesaba de repetir: «¡Tu padre se habría alegrado tanto! ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia!». Sí, eso hubiera faltado; Joachim estaba furioso; nadie le dejaba tiempo para el recogimiento que se imponía en aquella hora solemne, doblemente imprescindible para él, para quien aquel matrimonio significaba mucho más que fundar un hogar cristiano, significaba la liberación del lodo y del abismo, la promesa de la fe en el camino que lleva a Dios. Con su traje de novia, Elisabeth tenía más que nunca aspecto de Madona, parecía Blancanieves, y él tuvo que pensar en la leyenda de la novia que cayó muerta al pie del altar, porque descubrió de repente que bajo la figura del novio se ocultaba el maligno. Esta idea le obsesionó hasta tal punto que no oyó el canto del coro ni el sermón del pastor, es más, se propuso no escuchar, por miedo a tenerle que interrumpir para decirle que frente al altar se encontraba un hombre indigno, un relapso, alguien que profanaba el recinto sagrado, y se estremeció sobresaltado cuando tuvo que pronunciar el «sí», asustado también de que la ceremonia que había

de ser para él la revelación de una vida nueva se hubiera desarrollado tan rápida e imperceptiblemente. Le reconfortó en cambio que llamaran a Elisabeth su mujer, sin serlo aún en realidad, y le pareció cruel que esta situación no pudiera prolongarse. Al regresar de la iglesia, él tomó su mano y dijo «esposa mía», y Elisabeth correspondió a la presión de su mano. Pero luego todo se mezcló en la confusión de los parabienes, del cambio de traje, de la partida, de modo que no se dieron cuenta de lo que había ocurrido hasta llegar a la estación.

Cuando Elisabeth subió al apartamento, él volvió la cabeza para no ser otra vez presa de pensamientos impuros. Estaban solos. Elisabeth se reclinó con aire cansado en un rincón y le sonrió débilmente. «Estás cansada, Elisabeth», le dijo, lleno de esperanza, contento por tener que cuidarla, de poder cuidarla. «Sí, estoy cansada, Joachim». Pero él no se atrevió a proponerle que se quedaran en Berlín, por temor a que ella lo atribuyera a concupiscencia. El perfil de Elisabeth se dibujaba limpiamente contra la ventana, tras la cual se extendía la gris tarde invernal, y Joachim se alegró de que no reapareciera aquella temida y angustiosa visión en la que su rostro se transformaba en paisaje. Pero mientras la contemplaba, vio que la maleta, colocada sobre el asiento de enfrente, se dibujaba también sobre el horizonte gris, y le invadió un absurdo y exacerbado temor de que Elisabeth fuera una cosa, un objeto muerto, ni siquiera un paisaje. Se levantó rápidamente, como para arreglar algo de la maleta, pero se limitó a abrirla y sacar el cesto de las provisiones: era un regalo de boda, un pequeño milagro de finura, que podía usarse tanto para ir de viaje como para salir de caza; los mangos de los cuchillos y de los tenedores eran de marfil, con escenas de caza, que continuaban en el delicado cincelado de las partes metálicas, y ni siquiera el tapón de la botella de licor había escapado a esta ornamentación; entre los adornos se veían en todas las piezas las armas entrelazadas de Elisabeth y Joachim. La parte central del cesto estaba destinada a las provisiones de boda, y la baronesa la había llenado concienzudamente. Joachim rogó a Elisabeth que tomara algo y, como ella no había podido probar bocado en el refrigerio de la boda, lo hizo con gusto. «Nuestra primera comida de casados», dijo Joachim, y sirvió vino en las copas de plata, y Elisabeth brindó con él. Así pasaron el viaje y Joachim se reafirmó en su opinión de que el tren proporciona la mejor forma de vida matrimonial. Sí, empezaba a comprender a Bertrand, que pasaba gran parte de su tiempo en el tren. «¿Y si continuamos esta noche camino de Munich?», propuso, pero Elisabeth respondió que se sentía realmente muy fatigada y prefería interrumpir el viaje. Así pues, él hubo de confesarle que había previsto anticipadamente este deseo y que había reservado habitaciones.

Agradeció a Elisabeth que no perdiera su naturalidad, aunque quizá fuera una naturalidad sólo aparente, ya que ella retrasó la hora de ir a dormir; pidió que fueran a cenar y estuvieron mucho tiempo en el comedor; los músicos que amenizaban las comidas habían guardado ya los instrumentos y quedaban pocos clientes en la casa; aunque para Joachim fuera agradable el retraso, experimentaba, sin embargo, otra vez

aquella frialdad sutil que se esparcía por el aire de la estancia, aquella frialdad que en la tarde de su compromiso se había transformado en terrible presentimiento de muerte. Elisabeth pareció sentirlo también, pues dijo que ya era hora de acostarse.

Había llegado, pues, el momento. Elisabeth se había despedido de él con un cordial «buenas noches», y Joachim paseaba arriba y abajo por su habitación. ¿Debía acostarse? Contempló la cama abierta. Sin embargo, se había jurado a sí mismo hacer guardia ante la puerta de Elisabeth, custodiar su sueño celestial, a fin de que ella soñara eternamente sobre su nube de plata: pero de repente esto carecía de sentido, y todo parecía empujarle a ponerse cómodo. Se miró en el espejo y sintió la protección de su larga guerrera; era una desvergüenza que la gente se presentara a una boda vestida de frac. No obstante, debía pensar en lavarse y lentamente, como si cometiera un sacrilegio, se quitó la chaqueta y echó agua en la jofaina de la mesilla-lavabo marrón oscuro. Todo aquello era penoso y absurdo, a menos que fuera un engranaje más de la cadena de pruebas a las que había que someterse; habría sido más sencillo si Elisabeth hubiera cerrado la puerta, pero seguro que no lo había hecho por delicadeza. Joachim se acordó de haber vivido ya esta situación, y entonces surgió con furor de castigo el recuerdo de una mesilla-lavabo bajo una lámpara de gas y una puerta cerrada: espantoso como recuerdo de Ruzena, no menos espantoso como problema de cómo enfocar la idea de lavarse en la vida en común con un ángel, ambas cosas una humillación para Elisabeth y una nueva prueba para él. Se lavó el rostro y las manos, con breves y silenciosos movimientos, para evitar el choque de la porcelana sobre el mármol; pero ahora se planteaba algo inconcebible: ¿quién podía atreverse a hacer gárgaras teniendo cerca a Elisabeth? Y, sin embargo, él tenía necesidad de sumergirse más profundamente en el límpido cristal, tenía que anegarse en el líquido elemento para renacer de esta purificación como del bautizo en el Jordán. Pero ¿de qué servía incluso un baño? Ruzena le había conocido bien y sacado sus consecuencias. Se sumergió de nuevo rápidamente en su guerrera, se la abrochó reglamentariamente y siguió paseando arriba y abajo. En la habitación contigua no se movía nada y él sintió que su presencia pesaba sobre Elisabeth. ¿Por qué no le gritaba, como había hecho Ruzena desde detrás de la puerta cerrada, que se fuera? En aquella ocasión, al menos, tenía a su lado a la mujer de los lavabos, pero ahora estaba solo, sin ayuda. Se había alejado demasiado pronto de Bertrand y de su ágil seguridad, y que él hubiera podido creer que debía proteger a Elisabeth de Bertrand le producía ahora la extraña sensación de un subterfugio. Le entró un terrible remordimiento: no era a ella a quien había querido proteger y salvar, sino su propia alma con el sacrificio de Elisabeth. ¿Estaría Elisabeth ahí dentro arrodillada, rogando a Dios que la liberara de las cadenas que había aceptado por compasión? ¿No debía decirle que le devolvía su libertad, ahora mismo, y que estaba dispuesto, si ella se lo ordenaba, a llevarla inmediatamente a su casa de Westend, a su hermosa casa que la esperaba? Lleno de zozobra, llamó a la puerta que comunicaba las dos habitaciones y se arrepintió inmediatamente de haberlo hecho. Elisabeth dijo en voz baja:

«Joachim», y él hizo girar el pomo de la puerta. La muchacha yacía en la cama y sobre la mesilla de noche ardía una vela. Joachim permaneció de pie en la puerta y, adoptando una postura ligeramente militar, dijo con voz ronca: «Elisabeth, sólo quería decirte que te devuelvo tu libertad; es inadmisibles que te sacrifiques por mí». Elisabeth no salía de su asombro, aunque la tranquilizó que él no se acercara con la actitud de un esposo enamorado.

—¿Crees que me he sacrificado, Joachim? —y sonrió levemente—. Te has dado cuenta un poco tarde, ¿no te parece?

—No es demasiado tarde todavía, y agradezco a Dios que no sea demasiado tarde. Hasta ahora no me había dado cuenta... ¿Te llevo a Westend?

Elisabeth no pudo contener la risa; ¡ahora en plena noche! ¡Vaya ojos pondría la gente de allá!

—¿Por qué no te acuestas, Joachim? Mañana podemos hablar de todo esto con tranquilidad. También tú debes de estar cansado.

—No estoy cansado —dijo Joachim como un chiquillo obstinado.

La vela iluminaba llameante el pálido rostro de Elisabeth, que yacía entre el pelo suelto esparcido sobre la blanca almohada. Un extremo de la almohada se alzaba en el aire como un perfil y proyectaba en la pared una sombra semejante al contorno de la nariz de Elisabeth.

—Por favor, Elisabeth, aplasta el extremo izquierdo de la almohada, arriba, junto a tu cabeza —dijo Joachim desde la puerta.

—¿Por qué? —preguntó Elisabeth extrañada, poniendo la mano sobre la almohada.

—Proyecta una sombra odiosa —dijo Joachim.

Pero entretanto se había levantado otro extremo de la almohada y dibujaba otra nariz en la pared. Joachim, molesto, quiso arreglarlo por sí mismo y dio un paso.

—Pero, Joachim, ¿qué es lo que tanto te molesta de la sombra? ¿Está bien así?

—La sombra de tu rostro sobre la pared forma algo así como el perfil de una cordillera —contestó Joachim.

—Pero eso no tiene importancia.

—No me gusta.

Elisabeth temió que eso supusiera que había llegado el momento de apagar la vela, pero, con agradable sorpresa por su parte, Joachim dijo:

—Habría que poner dos velas a tu lado; entonces no habría sombras y parecerías Blancanieves.

Y, efectivamente, fue a su habitación y regresó con una segunda vela encendida. Elisabeth no pudo evitar un comentario:

—Eres divertido, Joachim. ¿Y dónde vas a poner la otra vela? En la pared no puedes. Además, entre las dos velas pareceré un cadáver.

Joachim estudió la situación; Elisabeth tenía razón; y dijo:

—¿Puedo colocar la vela sobre la mesilla?

—Claro que puedes... —Calló un instante y luego dijo en tono indeciso aunque alegre—: Ahora eres mi marido.

Joachim protegió la llama con la mano y llevó la vela a la mesilla, contempló pensativo las dos luces y, al acordarse de su boda sin luminarias, dijo: «Tres darían más solemnidad», como si con ello pudiera ofrecer a Elisabeth y a sus padres una compensación por la modestia de la ceremonia de bodas. También ella contemplaba las dos velas; se había subido el cobertor hasta los hombros, y sólo la mano, con un puño de encaje en la muñeca, colgaba blandamente al borde de la cama. Joachim seguía pensando en la sencilla ceremonia, pero esta mano la había retenido él entre las suyas en el coche. Se sentía más tranquilo y casi había olvidado por qué había entrado allí. Ahora lo recordó y se sintió obligado a repetir su ofrecimiento.

—¿No quieres, pues, irte a la casa de Westend, Elisabeth?

—Estás loco, Joachim, ¡cómo voy a levantarme ahora! Me encuentro aquí estupendamente y tú quieres echarme.

Joachim, indeciso y perplejo, seguía de pie junto a la mesilla de noche; de repente no comprendió cómo era posible que las cosas cambiasen tanto de textura y de uso; una cama era un simpático mueble para dormir, en casa de Ruzena era un lugar de deseo e indescriptible dulzura, y ahora era algo inaccesible, algo cuyos bordes no osaba ni rozar. La madera es madera, pero uno tampoco quiere tocar la madera de un ataúd. «Es tan difícil, Elisabeth», dijo él de pronto, «perdóname». Pero no le pedía perdón solamente, como tal vez ella podía suponer, por haberla querido hacer levantar a una hora tan intempestiva, sino por haberla comparado otra vez con Ruzena y por haber casi deseado —se percató de ello con espanto— que estuviera allí Ruzena y no Elisabeth. Se dio cuenta de cuán profundamente estaba aún hundido en el lodo. «Perdóname», repitió, y se arrodilló para besar, a guisa de despedida, aquella mano blanca surcada de venas azules que pendía del lecho. Ella no sabía si este gesto significaba el temido acercamiento y calló. La boca de Joachim oprimía su mano y él percibía sus propios dientes, presionándole la parte interior de los labios, como borde del duro cráneo que se escondía en su cabeza y que se continuaba por todo el esqueleto. Percibía también el cálido aliento en la cavidad de su boca, y la lengua agazapada en el hueco del maxilar inferior, y comprendió que debía alejar todo esto cuanto antes, a fin de que Elisabeth no lo notara. Pero él no quería conceder a Ruzena esta rápida victoria, y se mantuvo silencioso de rodillas junto a la cama, hasta que Elisabeth, como invitándole a despedirse, le apretó ligeramente la mano. Tal vez interpretó mal, intencionadamente, este gesto, ya que, lejanamente, le recordó las acariciadoras manos de Ruzena; no soltó la mano de Elisabeth, pese a que, en realidad, estaba impaciente por marcharse. Esperaba el milagro, la señal de la gracia que Dios debía otorgarle, y fue como si el miedo se irguiera ante la puerta de la gracia. Imploró: «Elisabeth, di algo», y Elisabeth respondió lentamente, como si no fueran sus propias palabras: «No somos lo bastante extraños ni lo bastante íntimos». Joachim dijo: «Elisabeth, ¿me abandonarás?». Elisabeth contestó con suavidad: «No,

Joachim, creo realmente que proseguiremos juntos nuestro camino. No estés triste, todo irá bien». Éstas habían sido las palabras de Bertrand, quiso replicar Joachim, pero quedó cortado, no sólo porque hubiera sido inoportuno citar aquello ahora, sino porque las palabras de Bertrand en boca de Elisabeth le parecieron un signo mefistofélico del demonio y del mal, en lugar de la señal de Dios que él había implorado, pedido y esperado. Durante unos segundos se hizo visible la imagen de Bertrand en el fondo de la cajita marrón, y desapareció luego para dar paso al maligno, cuyo rostro y figura proyectaron sobre la pared el perfil de una cordillera. Y aunque sucedió sin apenas movimiento, apareciendo y desapareciendo de un modo estático y como obedeciendo a un campanilleo, era, sin embargo, una amonestación, una advertencia de que el mal no había sido vencido todavía y de que incluso Elisabeth estaba todavía en poder del maligno, puesto que lo había invocado con sus palabras y no había podido borrar ni los fantasmas ni el aquelarre con la palabra de Dios. Resultaba decepcionante, pero al mismo tiempo tranquilizador, y sintió ternura por las criaturas humanas y su debilidad. Elisabeth es la meta en lo celestial, pero el camino terrenal que conduce a esta meta tiene que encontrarlo y prepararlo él sólo para los dos, pese a su gran debilidad, pero ¿dónde está el indicador que señala este conocimiento de la soledad? ¿Dónde se encuentra la ayuda? Se le ocurrió una sentencia de Clausewitz, según la cual únicamente se actúa presintiendo y sintiendo la verdad, y su corazón le hizo intuir que un matrimonio cristiano sería para ellos la ayuda redentora de la gracia, que les protegería a fin de que no tuvieran que vagar por la tierra ignorantes, absurdos y desamparados, ni tuvieran que sumergirse en la nada. No, no se podía llamar a esto convencionalismo del sentimiento. Se irguió y pasó la mano suavemente por el cobertor de seda, bajo el cual estaba el cuerpo de Elisabeth; se sentía casi como un enfermero, y, lejanamente, le parecía acariciar a su padre enfermo o a su mensajero. «Pobre pequeña Elisabeth», dijo, y eran las primeras palabras cariñosas que se atrevía a pronunciar. Ella, con la mano que le había quedado libre, empezó a acariciarle el cabello. Ruzena también lo hacía, pensó Joachim. Pero Elisabeth dijo en voz baja: «Joachim, todavía no somos lo suficientemente íntimos». Él se había acercado un poco y, sentado al borde de la cama, le acariciaba la cabeza. Después se apoyó en el codo y contempló el rostro que, todavía pálido y extraño, yacía sobre la almohada, un rostro que no era de mujer, un rostro que no era el de su mujer, y ocurrió que, lentamente y sin darse apenas cuenta, se encontró acostado a su lado. Ella se apartó ligeramente y la mano con encajes en la muñeca, única parte, además de la cabeza, que emergía aún de las sábanas, descansó en la de él. La guerrera de Joachim, debido a la postura, se había desordenado un poco; los faldones dejaban entrever el pantalón negro y, cuando Joachim lo notó, lo arregló rápidamente cubriéndolo de nuevo. Para no rozar con sus botas la ropa de la cama, encogió un poco las piernas y apoyó los pies algo forzosamente en la silla que se hallaba junto al lecho. La llama de las velas oscilaba; primero se apagó una, luego la otra. Se oían pasos apagados por las alfombras de los pasillos, aquí o allá se

cerraba o abría alguna puerta, se percibía de lejos el murmullo de la gran ciudad, cuyo enorme tráfico ni siquiera de noche callaba del todo. Yacían juntos en silencio y miraban el techo de la habitación, donde se dibujaban unas líneas amarillentas que procedían de las rendijas de las persianas: parecían el tórax de un esqueleto. Después Joachim se durmió y, cuando Elisabeth se dio cuenta, no pudo evitar una sonrisa. Y después ella se durmió también.

IV

A pesar de todo, al cabo de dieciocho meses tuvieron su primer hijo. Sucedió, pues. Cómo pudo llegar a ocurrir, no es necesario relatarlo. El lector, con todo el material que se le ha proporcionado acerca de la configuración de los personajes, puede imaginárselo por sí mismo.

ESCH O LA ANARQUÍA

La plenitud, por tanto, jamás tiene lugar en lo real, pero el camino del anhelo y de la libertad es infinito y nunca podrá ser hollado, es estrecho y tortuoso como el del sonámbulo.

I

El 2 de marzo de 1903 fue un mal día para August Esch, empleado subalterno de comercio de treinta años de edad; había discutido con su jefe y fue despedido antes de tener ocasión de despedirse por sí mismo. Y le molestaba más no haber podido decir él la última palabra que el hecho en sí del despido. Teniendo en cuenta, además, lo mucho que habría podido espetarle en pleno rostro a aquel hombre que, en realidad, ignoraba cuanto ocurría en su propio negocio, que se fiaba de las insinuaciones de un Nentwig, sin caer en la cuenta de que el tal Nentwig se embolsaba unas comisiones en cuanto se presentaba la ocasión, y que mantenía seguramente adrede los ojos cerrados porque el tal Nentwig debía de tener conocimiento de algunos manejos sucios. ¡Y de qué modo tan tonto se había dejado atacar por sorpresa! Con malas palabras le habían reprochado un error en los libros, y ahora, al reflexionar sobre ello, veía que no existía tal error. Pero los dos se habían gritado con tal furia que todo acabó en una discusión absurda, en el transcurso de la cual se encontró de pronto despedido. Naturalmente en aquel momento sólo se le había ocurrido la conocida réplica de Götz von Berlichingen, mientras que ahora le venían a la mente toda suerte de respuestas oportunas. «Señor», eso es, «Señor», hubiera debido decir, y al mismo tiempo hubiera tenido que mirarle con todo desprecio; y ahora Esch lo dijo, en tono sarcástico: «Señor, ¿tiene usted una ligera idea de lo que ocurre en su negocio...?»; sí, en esta forma habría tenido que hablar, pero ahora era demasiado tarde. Después se había emborrachado y se había acostado con una chica, pero no había servido de nada; la rabia le duraba todavía y Esch seguía despotricando en su interior, mientras se dirigía a la ciudad por la orilla del Rin.

Oyó pasos tras él y, al volverse, vio a Martin, que se acercaba a toda prisa entre las dos muletas, apoyando en la madera la punta del pie de su pierna más corta. Sólo le faltaba aquel tipo pisándole los talones. Esch habría continuado gustosamente su camino, aun a riesgo de recibir un muletazo en la cabeza —tenía bien merecido que le dieran de palos—, pero le pareció que era una mala jugada dejar que el lisiado corriera tras él, y se detuvo. Por otra parte tenía que preocuparse de buscar otro empleo, y Martin, que conocía a tanta gente, tal vez pudiera encontrarle algo. El tullido se acercó, dejó su pierna lisiada bamboleándose y dijo sin preámbulos:

—¿Despedido?

O sea que éste ya lo sabía.

—Despedido —replicó Esch con acritud.

—¿Te queda dinero?

Esch se encogió de hombros; le alcanzaría para un par de días. Martin reflexionó.

—Creo que tengo un empleo para ti.

—Bien, pero de meterme en tu organización ni hablar.

—Lo sé, lo sé, te crees superior... Pero ya llegará. ¿Dónde vamos?

Esch no tenía una meta fija; y fueron a la taberna de mamá Hentjen. En la Kastellgasse Martin se detuvo:

—¿Te han dado un certificado decente?

—Tendré que ir a buscarlo.

—En la Mittelrheinische de Mannheim necesitan un contable para barcos o algo parecido... Siempre que no te importe irte de Colonia.

Entraron. Era un local bastante grande y oscuro, una taberna que de seguro frecuentaban los marineros del Rin desde hacía cientos de años; claro que, aparte de la bóveda ennegrecida por el humo, no quedaba nada de su largo pasado. Las paredes en torno a las mesas estaban recubiertas hasta media altura de madera marrón y un banco de obra corría a lo largo del muro. En la repisa había jarras de cerveza de Munich, y también podía verse una torre Eiffel de bronce. La torre Eiffel ostentaba una bandera negra-blanca-roja, y, si se miraba con más atención, se podían descifrar las letras doradas y desdibujadas de las palabras «Mesa reservada a los clientes». Entre las dos ventanas había una pianola con las tapas abiertas y se podía ver el cilindro de notas y el mecanismo interior. En realidad hubiera debido estar cerrada, y el que quisiera disfrutar de la música hubiera tenido que echar una moneda. Pero mamá Hentjen no era tacaña, y al cliente le bastaba meter las manos en el mecanismo y tirar de la palanca; todos los clientes de mamá Hentjen sabían cómo funcionaba el aparato. Frente a la pianola, toda la parte estrecha del fondo del local estaba ocupada por el mostrador, y detrás del mostrador había un gran espejo entre dos vitrinas llenas de multicolores botellas de licor. Cuando por la noche mamá Hentjen ocupaba su sitio en el mostrador, solía volverse, y, mirándose al espejo, retocaba con la mano aquel peinado que, como un rígido pan de azúcar, cubría de cabellos rubios su cráneo redondo y macizo. En el mostrador había algunas botellas grandes de vino y aguardiente. Porque los licores de distintos colores que llenaban las vitrinas eran raramente solicitados. Por último, entre el mostrador y una de las vitrinas, se hallaba, discretamente colocada, una jofaina de cinc con un grifo.

El local carecía de calefacción y su frío era maloliente. Los dos hombres se frotaron las manos y, mientras Esch se dejaba caer pesadamente en un banco, Martin manipuló en la pianola, que emitió roncamente en el helado ambiente las notas de la marcha de los gladiadores. Pese al ruido, se oyeron pronto pasos en una chirriante escalera de madera, y la puerta de vaivén situada junto al mostrador se abrió empujada por mamá Hentjen. Llevaba todavía el atuendo matinal de trabajo; se había atado un gran delantal de algodón azul por encima de la falda y no se había puesto todavía el corsé que usaba por las tardes, con lo que sus pechos colgaban como sacos dentro de la blusa de fustán a cuadros. Sólo el peinado se mantenía erguido, como un rígido y correcto pan de azúcar, sobre el pálido rostro inexpresivo, cuya edad era muy difícil de precisar. Pero todo el mundo sabía que la señora Gertrud Hentjen contaba treinta y seis años de edad y era desde hacía mucho, mucho tiempo —habían calculado recientemente que debían de haber pasado catorce años— viuda del señor

Hentjen, cuya amarillenta fotografía colgaba encima de la torre Eiffel, entre la licencia del establecimiento y un paisaje lunar, los tres con hermosos marcos negros cuajados de adornos dorados. Y a pesar de que el señor Hentjen, con aquella barba de chivo, parecía un infeliz aprendiz de sastre, su viuda le guardaba fidelidad; por lo menos no se podía decir nada de ella; y, caso de que alguno se atreviera a acercársele con miras matrimoniales, ella replicaba en tono desdeñoso: «Sí, claro, la taberna le vendría muy bien. Pero prefiero administrarla yo solita».

—Buenas, señor Geyring, buenas, señor Esch —dijo mamá Hentjen—. Hoy vienen ustedes muy pronto.

—Hace ya bastantes horas que estamos en pie, mamá Hentjen —repuso Martin—. El que trabaja quiere también comer.

Martin pidió queso y vino; Esch, que notaba todavía el vino de la noche anterior en la boca y en el estómago, pidió una copita de aguardiente. La señora Hentjen se sentó con ellos y quiso que le contaran las novedades. Esch hablaba con monosílabos y, aunque no se avergonzaba en absoluto de que le hubieran despedido, le molestaba que Geyring difundiera de esta forma el acontecimiento. «Sí, otra víctima del capitalismo», concluyó el sindicalista, «pero hay que reintegrarse al trabajo. Naturalmente, el señor barón, si quiere, puede permitirse el lujo de no dar golpe». Pagó la cuenta y no permitió que Esch abonara su copa: «Hay que proteger a los parados...».

Cogió las muletas, que había dejado apoyadas a su lado, fijó la punta del pie izquierdo en la madera y salió del establecimiento tambaleándose entre los dos bastones.

Después de que él se hubo marchado, los otros dos permanecieron un rato en silencio; luego Esch señaló con el mentón hacia la puerta y dijo:

—Un anarquista.

La señora Hentjen encogió sus carnosos hombros:

—Y aunque lo sea, es un hombre honesto...

—Claro que es honesto —corroboró Esch. Y la señora Hentjen prosiguió:

—... pero muy pronto le cogerán otra vez; ya en una ocasión le tuvieron encerrado seis meses. —Y añadió—: Claro que esto es asunto suyo.

Los dos callaron de nuevo. Esch reflexionaba sobre si Martin habría cojeado o no desde la infancia, un lisiado de nacimiento, se dijo, y en voz alta:

—A él le gustaría meterme en su asociación socialista. Pero yo no quiero.

—¿Por qué no? —preguntó la señora Hentjen sin interés.

—No va conmigo. Yo quiero llegar; si uno quiere llegar, tiene que haber orden.

La señora Hentjen tuvo que darle la razón:

—Es cierto, tiene que haber orden. Bueno, ahora tengo que ir a la cocina. ¿Comerá usted hoy aquí, señor Esch?

Esch lo mismo podía comer allí que en cualquier otra parte, pero, en definitiva, ¿por qué deambular con aquel viento helado?

—Aunque este año apenas nieva —dijo sorprendido por la comprobación—, el polvo de nieve le ciega a uno totalmente.

—Sí, fuera hace un tiempo pésimo —corroboró la señora Hentjen—. O sea que se queda usted aquí.

La mujer desapareció en la cocina; la puerta de vaivén osciló un buen rato aún, movimiento que Esch siguió apáticamente con la mirada hasta que la puerta se quedó quieta. Luego intentó dormir. Pero ahora sintió el frío del local; anduvo arriba y abajo, con paso un tanto duro y pesado, cogió el periódico que estaba sobre el mostrador, pero no pudo pasar las páginas de tan helados que tenía los dedos; también le dolían los ojos. Se decidió pues a buscar el calor de la cocina; entró con el periódico aún en la mano. «Quiere usted olisquear los pucheros, ¿no?», dijo la señora Hentjen, aunque al momento comprendió que hacía demasiado frío en el local, y, como tenía por costumbre no encender el fuego hasta después de comer, y se mantenía fiel a esta regla, le permitió que le hiciera compañía. Esch la observaba mientras ella trasteaba con las ollas, y le hubiera gustado cogerla por los pechos, pero la fama que ella tenía de ser inabordable hizo que este deseo muriera al nacer.

Cuando la muchacha que la ayudaba en la cocina salió un momento, Esch dijo:

—Esto de que usted quiera vivir tan sola...

—Vaya, conque ahora va a empezar usted también con esta canción.

—No —repuso Esch—, es sólo un decir.

La señora Hentjen había adquirido una expresión extrañamente concentrada; era como si algo le diera asco, porque se sacudió haciendo oscilar sus senos y luego siguió trabajando con aquel semblante vacío y aburrido que todos conocían. Esch se puso a leer el periódico junto a la ventana; finalmente miró hacia el patio donde el viento levantaba pequeños torbellinos de polvo de nieve.

Más tarde llegaron las dos muchachas que por la noche hacían de camareras; venían sin lavar y medio dormidas. La señora Hentjen, las dos muchachas, la pequeña criada y Esch tomaron asiento alrededor de la mesa de la cocina y empezaron a comer, todos con los codos muy separados del cuerpo y las cabezas inclinadas sobre el plato.

Esch había preparado su ofrecimiento a los de Mannheim; sólo faltaba adjuntar el certificado. En realidad estaba contento de que todo hubiera sucedido de aquel modo. No era bueno permanecer siempre en la misma colocación. Uno tenía que marcharse, cuanto más lejos mejor. Había que moverse; siempre se había mantenido fiel a este principio.

Por la tarde fue a la casa Stemberg & Cía., Vinos al por mayor y Bodegas, para recoger su certificado. Nentwig le hizo esperar ante la barrera de madera; gordo y fofo, echaba cuentas sentado en su escritorio. Esch golpeó impaciente la madera con las uñas. Nentwig se levantó, se acercó a la barrera y dijo mirándole desde lo alto:

—Paciencia, señor Esch. Ha venido por su certificado, claro. Pero no será tan urgente. Veamos. ¿Fecha de nacimiento? ¿Fecha de ingreso?

Esch, con la cabeza vuelta hacia otro lado, le dio estos datos, y Nentwig tomó nota. Después dictó algo y regresó con el certificado. Esch lo leyó:

—Esto no es un certificado —dijo, y devolvió el papel.

—¿Qué pasa?

—Tiene usted que certificar mi trabajo como contable.

—¡Usted, contable! Bastante ha demostrado lo que sabe hacer.

Había llegado el momento de ajustar cuentas:

—¡Creo que para sus inventarios necesitan ustedes un contable especializado!

Nentwig se desconcertó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir lo que digo.

Nentwig cambió de actitud y dijo casi amablemente:

—Con su agresividad únicamente consigue usted perjudicarse a sí mismo tiene un buen empleo y se disgusta con su jefe.

—Con el jefe hablaré también.

—Por mí, puede usted hablar con el jefe tanto como quiera —dijo Nentwig arrogante—. Vamos a ver, ¿qué clase de certificado tiene que ser?

Esch exigió que el documento dijera: «celoso de su deber, de toda confianza, versado en todos los trabajos de contabilidad y oficina».

Nentwig quería deshacerse de él:

—No hay mucha verdad en todo esto, pero por mí...

Se volvió hacia el escribiente para dictarle la nueva versión.

Esch se había sentido ofendido:

—Así que no es verdad, ¿eh...? Entonces escriba usted, además, «muy recomendable desde todos los puntos de vista».

Nentwig hizo una reverencia:

—Lo que usted mande, señor Esch.

Esch leyó el nuevo escrito y se sintió satisfecho:

—Ahora la firma del jefe —dijo en tono imperioso. A Nentwig esto le pareció ya demasiado, y gritó:

—¿Acaso la mía no le parece bien?

—Si usted tiene facultad para firmar, para mí es lo mismo —fue la generosa y ampulosa respuesta de Esch.

Y Nentwig firmó.

Esch salió a la calle y se dirigió al buzón más próximo. Silbaba; se sentía rehabilitado. Tenía el certificado; perfecto. Lo incluyó en el sobre que contenía su ofrecimiento a la Mittelrheinische. El hecho de que Nentwig hubiera cedido demostraba que no tenía la conciencia tranquila. Los inventarios habían sido, pues, falseados, y era necesario entregar aquel sujeto a la policía. Sí, constituía un simple

deber ciudadano el denunciarle de inmediato. La carta se había deslizado sorda y suavemente dentro del buzón, y Esch, con los dedos aún en la trampilla del mismo, se preguntó si debía ir directamente a la comisaría. Indeciso, dio algunos pasos. Había hecho mal al enviar el certificado, hubiera debido devolvérselo a Nentwig; sacarle primero un certificado e ir luego a denunciarle no era honesto. Pero ya estaba hecho, y sin certificado le habría resultado muy difícil obtener el puesto en la compañía naviera Mittelrheinische. No le quedaría otra alternativa que volver a la casa Stemberg. Y se figuró que tal vez el jefe le daría el puesto de Nentwig por haber descubierto la falsificación, ya que Nentwig debería permanecer un tiempo en la cárcel. Pero ¿y si el propio jefe estuviera involucrado en las cochinas? En cualquier caso, entonces, la investigación policíaca daría al traste con todo el tinglado. Esto daría como resultado una casa en quiebra, pero no una plaza de contable. Y en los periódicos se hablaría de «la venganza de un empleado despedido». Y, en definitiva, él acabaría siendo sospechoso de complicidad. Y, para él, no habría ni certificado ni posibilidad de encontrar trabajo en ninguna parte. Esch se alegró de la agudeza con que sacaba conclusiones, pero estaba furioso. «Sucia pocilga de cerdos», dijo para sus adentros. Se había detenido en la explanada delante de la ópera, y echaba sus maldiciones al viento que le llenaba los ojos de nevisca helada. No sabía qué hacer. Finalmente decidió aplazar la cuestión; en caso de que no le dieran el empleo los de la Mittelrheinische, siempre habría tiempo de dejar actuar a Némesis. Con las manos en los bolsillos de su raída chaqueta, a través de la tarde que iba oscureciendo, se dirigió, en realidad para guardar las formas, a la comisaría de policía. Observó a los centinelas durante un rato. Cuando apareció un coche celular lleno de detenidos, esperó a que descendieran todos y, al ver que el empleado cerraba la puerta sin que Nentwig apareciera entre ellos, se sintió decepcionado. Permaneció allí todavía un momento y por fin dio la vuelta y se encaminó hacia el Mercado Viejo. Las dos arrugas que le cruzaban las mejillas tenían ahora un surco más profundo. «Borrachín, mala uva», pensó regañándose a sí mismo. Descontento y de mal humor, pese a la victoria que tan amarga le estaba resultando, tuvo que emborracharse otra vez y acostarse con una muchacha.

La señora Hentjen, con el traje de seda marrón que, de ordinario, no solía ponerse hasta la noche, había pasado la tarde en casa de una amiga, y al regresar la invadió de nuevo aquella oleada de cólera que acostumbraba a sentir al contemplar aquella casa y aquel local en los que se veía obligada a vivir desde hacía tanto tiempo. Desde luego, con aquel negocio tenía uno bastante bien guardadas las espaldas, y, cuando sus amigas la alababan o lisonjeaban por su capacidad, experimentaba una sensación de bienestar que arreglaba muchas cosas. Pero ¿por qué no tendría a su cargo una tienda de lencería o una corsetería o una peluquería de señoras, en lugar de tener que habérselas todas las noches con aquella partida de borrachos? De no llevar el corsé

bien apretado, las náuseas habrían agitado su cuerpo a la vista de aquella casa: hasta tal punto odiaba a los hombres que la frecuentaban y a los que ella tenía que servir. Aunque tal vez odiaba todavía más a las mujeres, siempre tan tontas y siempre persiguiendo a los hombres. No, entre sus amigas no había ninguna de esas que se pirran por los hombres, que se mezclan con estos sujetos y los admiten junto a sí como las perras. El día anterior había descubierto a la criada en el patio con un muchacho, y todavía le escocía agradablemente la mano con que le había dado de bofetadas: tenía ganas de emprenderla otra vez con la muchacha. Sí, las mujeres eran, quizá, más repugnantes aún que los hombres. Ella prefería a sus camareras o a las mujerzuelas que despreciaban a los hombres cuando tenían que acostarse con ellos: le gustaba hablar con estas mujeres largo y tendido, le gustaba que le contasen sus cosas, las consolaba y mimaba a fin de reparar sus sufrimientos. Por esta razón los empleos en la taberna de mamá Hentjen estaban muy solicitados, y las chicas los consideraban como algo codiciable que querían conservar a toda costa. Y mamá Hentjen se alegraba de que le tuvieran este apego y este afecto.

Arriba, en el primer piso, estaba su hermosa habitación: enorme, abarcaba con sus tres ventanas que daban a la calleja todo el ancho de la casa sobre la taberna y el vestíbulo; en el fondo, donde abajo se encontraba el mostrador, el cuarto formaba una especie de alcoba, protegida por una cortina de colores claros. Si se corría la cortina, una vez acostumbrados los ojos a la oscuridad, podían verse las camas de matrimonio. Pero la señora Hentjen no usaba este cuarto y nadie sabía si se había usado alguna vez. A una habitación tan grande es muy complicado y costoso dotarla de buena calefacción, y por eso era muy comprensible que la señora Hentjen hubiera elegido como sala de estar y dormitorio la pequeña habitación situada sobre la cocina y que usara la sala oscura y fría para guardar mercancías fácilmente corrompibles. Incluso las nueces que la señora Hentjen solía adquirir en otoño habían sido llevadas allá y yacían en gruesa capa sobre el suelo, cruzado por dos anchas franjas de linóleo verde.

La señora Hentjen, todavía de mal humor, subió a la habitación a buscar salchichas para la noche y, como el ser humano cuando está iracundo se distrae fácilmente, tropezó con las nueces, que rodaron con un ruido irritante ante sus pies. Cuando, además, pisó una, su ira aumentó y, mientras la recogía, a fin de remediar la pérdida, e iba separando cuidadosamente la cáscara rota de la nuez y se llevaba a la boca los pedacitos blancos recubiertos de amarga piel amarillenta, iba dando gritos para que acudiera la muchacha de la cocina; finalmente aquella pécora la oyó y subió atropelladamente la escalera, para ser recibida por un desordenado aluvión de insultos: naturalmente el tener trato con muchachos iba unido a robar nueces —las nueces hubieran tenido que estar junto a la ventana y resulta que uno tropezaba con ellas justo al franquear la puerta; las nueces no se trasladan por propia iniciativa desde la ventana. Cuando se disponía a levantarle la mano y la chica se protegía ya con el brazo, la señora Hentjen notó una piel de nuez en la boca y se limitó a escupir

despectivamente; luego bajó al local, seguida de la llorosa muchacha.

En cuanto entró en la taberna, donde flotaban ya espesas nubes de humo de tabaco, experimentó, como casi todos los días, aquella sensación de angustia casi incomprensible pero difícil de dominar. Se dirigió al espejo y retocó maquinalmente el rubio pan de azúcar que cubría su cabeza, se alisó el vestido y no recobró la calma hasta cerciorarse de que su aspecto era excelente. Contempló ahora los conocidos rostros entre los clientes y, aunque obtenía más ganancias con las bebidas que con las comidas, sentía más simpatía por los comedores que por los bebedores. Salió de detrás del mostrador y pasó por entre las mesas preguntando si todos estaban bien atendidos. Y, cuando un cliente pedía otra ración, llamaba con cierta satisfacción a la camarera. Realmente la cocina de mamá Hentjen era algo que valía la pena.

Geyring ya estaba allí; sus muletas permanecían apoyadas junto a él; había cortado la carne que tenía en el plato en pedacitos y comía mecánicamente, al tiempo que sostenía con la mano izquierda uno de aquellos periódicos socialistas que siempre asomaban por sus bolsillos. A la señora Hentjen le gustaba Geyring, en parte porque, al ser un lisiado, no era un hombre completo, en parte porque no acudía a la taberna a emborracharse, ni a armar jaleo, ni a causa de las chicas, sino porque sencillamente su trabajo le exigía permanecer en contacto con los navegantes y trabajadores del puerto. Y, sobre todo, a ella le gustaba porque todas las noches cenaba en su taberna y siempre alababa su cocina. Se sentó a su lado.

—¿Ha estado Esch aquí? —preguntó Geyring—. Ha conseguido el empleo en la Mittelrheinische. El lunes empezará.

—Lo ha conseguido gracias a usted, señor Geyring —dijo la señora Hentjen.

—No, mamá Hentjen, todavía no hemos llegado a que la organización pueda proporcionar empleos... Falta mucho para esto... Pero ya llegará. Yo únicamente puse a Esch sobre la pista. ¿Por qué no se ha de ayudar a un muchacho de su valía aunque no sea de los nuestros?

Mamá Hentjen no se mostró muy interesada:

—Bueno, coma usted a gusto, señor Geyring, voy a traerle algo extra como obsequio mío.

Fue al mostrador y regresó con un plato que contenía una rodaja no muy grande de embutido, adornada con unas hojitas de perejil. El arrugado rostro de Geyring, rostro de un niño de cuarenta años, le sonrió agradecido con sus feos dientes, y él puso su mano sobre la de ella, blanca y carnosa, mano que ella retiró de inmediato un poco sorprendida.

Al cabo de un rato llegó Esch. Geyring levantó la mirada del periódico y le dijo:

—Enhorabuena, August.

—Gracias —contestó Esch—. O sea que ya lo sabes. Ha ido todo sobre ruedas, contestaron a vuelta de correo y me dieron el empleo. Muchas gracias por haberme dado la idea.

Pero su expresión, bajo aquel pelo oscuro y corto como un cepillo, reflejaba el

estado de ánimo vacío y envarado propio del hombre descontento.

—Lo he hecho con sumo gusto —dijo Martin; luego se volvió hacia el mostrador y alzando la voz añadió—: Aquí tenemos a nuestro nuevo pagador.

—Buena suerte, señor Esch —dijo secamente la señora Hentjen, si bien salió de detrás del mostrador para tenderle la mano.

Esch, que quería demostrar que no todo el mérito era de Martin, sacó su certificado del bolsillo:

—No habría sido tan sencillo, si Stemberg no hubiera tenido que darme un certificado tan bueno.

Subrayó el «hubiera tenido» con intención, y añadió «esa compañía de cerdos». La señora Hentjen leyó el informe con aire distraído y dijo:

—Es un informe estupendo.

Geyring también lo leyó y corroboró:

—Sí, la Mittelrheinische puede estar satisfecha de haber reclutado un elemento de primera clase... Ahora tendré que decirle al presidente Bertrand que me pague una comisión por este servicio.

—Un contable perfecto, ¿verdad?, perfecto —se vanaglorió Esch.

—Es bonito poder decir esto de uno mismo —dijo la señora Hentjen—. Ahora está usted naturalmente muy orgulloso, señor Esch, y tiene sobrados motivos para ello. ¿Quiere comer algo?

Claro que quería, y, mientras la señora Hentjen le contemplaba complacida viendo que le gustaba la comida, él explicó que pronto viajaría Rin arriba y que confiaba en que le enviaran fuera; entonces habría viajes hasta Kehl y Basilea. Entretanto se fueron uniendo a ellos otros conocidos; el nuevo tesorero hizo servir vino para todos, y la señora Hentjen se retiró. Comprobó con desagrado que Esch tocaba a la camarera Hede cada vez que ella pasaba cerca de su mesa y que finalmente la hizo sentar junto a él para que bebiera con el grupo. Pero como las consumiciones subieron mucho, cuando los señores se fueron después de medianoche y se llevaron a Hede, ella le dio disimuladamente un marco.

A pesar de todo, Esch no estaba satisfecho con su nuevo empleo. Le parecía que había conseguido este puesto al precio de su salvación o, por lo menos, de su honestidad. Ahora que todo marchaba y que incluso había percibido un adelanto para el viaje en la filial que la Mittelrheinische tenía en Colonia, le entraron de nuevo las dudas sobre si debía o no formular la denuncia. Desde luego era evidente que él tendría que estar presente en las comprobaciones judiciales y que entonces no podría marcharse y, por tanto, perdería probablemente el empleo. Por un momento pensó en resolverlo enviando una carta anónima a la policía, pero desechó la idea: no podía borrarse una indecencia con otra. Para colmo le fastidiaban sus escrúpulos de conciencia; al fin y al cabo no era ningún niño, le importaban una mierda los curas y

la moral; había leído todo tipo de cosas y, una vez que Geyring le presionaba de nuevo para que se afiliara al partido socialdemócrata, le había respondido: «No, no pienso unirme a vosotros los anarquistas, pero, para que veas que en parte cumplo tus deseos, tal vez me una a los librepensadores». Y aquel tipejo desagradecido había respondido que esto le daba igual. Así son los hombres, bueno, pues a Esch también podía darle igual.

A la postre hizo lo más sensato: llegado el momento, partió. Pero se sentía desplazado a la fuerza; la usual alegría de viajar no hacía acto de presencia, y, de todos modos, dejó en Colonia parte de sus cosas; dejó incluso su bicicleta. En cualquier caso, el dinero recibido para el viaje le hizo sentirse generoso. Y de pie en la estación de Maguncia, con un vaso de cerveza en la mano, con el billete en el sombrero, se acordó de los que había dejado y quiso demostrarles su afecto, y, como precisamente pasaba el vendedor de periódicos empujando su carrito, compró un par de postales. Quien merecía más que todos un saludo era Martin, pero a un hombre no se le mandan postales. Por eso la primera la dirigió a Hede; la segunda la destinó a mamá Hentjen. Después pensó que la señora Hentjen, con lo orgullosa que era, tal vez se sentiría ofendida al recibir una postal al mismo tiempo que una empleada suya y, como hoy le daba igual, rompió la primera y sólo envió la de mamá Hentjen; enviaba cariñosos saludos para ella, para todos sus queridos amigos y conocidos, y para las señoritas Hede y Thusnelda desde la hermosa ciudad de Maguncia. Después se sintió de nuevo un poco solo, bebió otro vaso de cerveza y continuó su viaje a Mannheim.

Debía presentarse en la oficina central. La compañía naviera Mittelrheinische S. A. poseía un edificio propio no lejos del puerto Mühlen, una sólida casa de piedra, con columnas junto a la puerta. Daba a una calle asfaltada, muy apropiada para circular en bicicleta; era una calle nueva. La pesada puerta de cristales y hierro forjado, que de seguro se podía mover fácil y silenciosamente, estaba entreabierta, y Esch entró. Le gustó el mármol del vestíbulo. En lo alto de la escalera colgaba un letrero de cristal en cuya transparente superficie se leía en letras doradas: «Dirección». Se encaminó hacia allí. Cuando ya tenía el pie en el primer peldaño de la escalera, oyó una voz a sus espaldas: «¿Adónde va, por favor?». Se volvió y vio al portero, vestido con una librea gris en la que brillaban unos botones plateados; en la gorra también llevaba un galón de plata. Todo esto era muy bonito, pero Esch se sintió molesto: ¿qué pretendía de él aquel tipo?

—Me tengo que presentar aquí —contestó escuetamente, y se dispuso a continuar su camino.

Pero el otro no se amilanó:

—¿En la dirección?

—¿Dónde si no? —repuso Esch con acritud.

En el primer piso, la escalera terminaba en un amplio y oscuro vestíbulo. En el centro había una enorme mesa de roble y alrededor algunas sillas acolchadas.

Evidentemente todo era muy elegante. Allí había otro tipo con botones plateados y le preguntó qué deseaba.

—Quiero ir a la dirección —dijo Esch.

—Los señores están celebrando una reunión del consejo administrativo —dijo el conserje—. ¿Es algo importante?

Esch no tuvo más remedio que explicarse; mostró sus papeles, el escrito de admisión, la orden de pago del adelanto para el viaje.

—También tengo un par de certificados —añadió, disponiéndose a presentar también el informe de Nentwig.

Pero constató decepcionado que aquel tipo no se dignaba ni echar una ojeada a los papeles:

—Aquí no tiene usted nada que hacer con esto. En la planta baja, al fondo del pasillo, la segunda escalera... Infórmese abajo.

Esch se quedó quieto un momento; no quería concederle el triunfo al conserje de la puerta, y preguntó de nuevo:

—¿O sea que no es aquí?

El conserje le daba ya la espalda, indiferente:

—No, esto es la antesala del presidente.

Esch se enfureció; pues no metían poco ruido con su presidente, muebles acolchados, ordenanzas plateados; a Nentwig le encantaría todo esto. Bah, un presidente de esa clase no debía de valer mucho más que un Nentwig. Pero de buena o de mala gana, Esch tuvo que retroceder. Abajo estaba el portero. Esch le miró con atención para ver si ponía mala cara, pero como el hombre tenía un aire totalmente indiferente, Esch dijo:

—Tengo que ir al departamento de admisión de personal —y se hizo mostrar el camino. A los dos pasos se volvió y, señalando con el pulgar hacia lo alto de la escalera, preguntó—: ¿Cómo se llama el de allá arriba, vuestro presidente?

—Presidente Von Bertrand —respondió el portero, y en su tono había algo que parecía respeto.

Y Esch, también con cierto respeto, repitió para sí «Presidente Von Bertrand»; aquel nombre lo había oído ya en alguna parte.

En el departamento de personal se enteró de que ejercería sus funciones en los almacenes del puerto. Cuando salía de nuevo a la calle, un carruaje se detuvo frente al edificio. Hacía frío; en los bordillos de las aceras y en los recodos de las paredes había nieve en polvo acumulada allí por el viento; uno de los caballos golpeaba el asfalto con los cascos. Se veía que estaba impaciente, y con razón. «Sin carruaje no puede hacer nada el señor presidente», pensó Esch, «en cambio nosotros podemos ir a pie». No obstante, aquello le gustó y estaba contento de pertenecer a la empresa. Suponía, al menos, un triunfo sobre Nentwig.

En los almacenes de la Mittelrheinische, ocupó su puesto tras una mampara de cristal, al fondo de un largo tinglado. Junto a su mesa estaba la del funcionario de

aduanas, y detrás brillaba una pequeña estufa de hierro. Si a uno le fastidiaba el trabajo y se sentía de nuevo solo y abandonado, encontraba siempre algo que hacer en los vagones y en los trabajos de carga. Tenía que reemprenderse la navegación a los pocos días y en las embarcaciones todo estaba en movimiento. Había grúas que oscilaban y descendían como si pretendieran picotear cuidadosamente alguna cosa de los novios, y había otras que se inclinaban sobre el agua como puentes inacabados. Naturalmente, todo esto no era nuevo para Esch, pues en Colonia había más o menos lo mismo, pero allá la larga hilera de los cobertizos resultaba familiar, era algo de lo que uno ni se daba cuenta, y, si alguien le hubiera obligado a reflexionar sobre ello, habría considerado las edificaciones, las grúas y los embarcaderos casi como algo absurdo que tenía que existir para atender inexplicables necesidades de los seres humanos. Ahora, en cambio, todo esto de lo que él formaba parte, se había transformado, en instalaciones lógicas y convenientes, y esto le hacía bien. Mientras que antes le sorprendía, con frecuencia desagradablemente, que hubiera tantas firmas exportadoras y que los tinglados, todos iguales, que se extendían a lo largo de la orilla, ostentaran tantos letreros de firmas distintas, ahora cada empresa adquiría su propia individualidad, individualidad que uno reconocía en la persona de los almacenistas, gordos o delgados, y en la de los contra maestres, rudos o amables. Hasta las inscripciones de los departamentos aduaneros de la Alemania imperial que se encontraban a la entrada de la zona acotada del puerto resultaban agradables: le hacían a uno adquirir conciencia de que se movía en tierra extranjera. Era una vida atada y al mismo tiempo libre, la que uno llevaba en este refugio de mercancías, que podían acumularse aquí sin pagar derechos, y era un aire de fronteras el que se respiraba detrás de las verjas de hierro de la zona aduanera. Y, a pesar de que él no llevaba uniforme y era, por así decirlo, únicamente un empleado privado, la vida en común con los funcionarios de aduana y los empleados ferroviarios le había convertido casi en un personaje oficial, que llevaba además en el bolsillo una cédula de identificación que le permitía circular por toda la zona acotada sin trabas de ningún tipo, saludado casi amistosamente en la puerta principal por los guardias. Y entonces devolvía el saludo, tiraba el cigarrillo ostentadamente dibujando un arco en el aire, para respetar la prohibición de fumar que figuraba casi en todas partes, y, convertido en un perfecto «no fumador», dispuesto en todo momento a reprender a los civiles que pudieran contravenir eventualmente el reglamento, se dirigía a largos y pesados pasos hacia la oficina, donde el jefe del almacén tenía ya las listas sobre su mesa. Entonces se pone uno los guantes de lana gris con las puntas de los dedos cortados, para que no se hielen las manos en el frío gris y polvoriento del tinglado, coge la lista y controla las cajas y los fardos amontonados. Caso de que una de las cajas esté fuera de su sitio, no dejará de mirar impaciente o con recriminación al jefe de almacén, responsable de la colocación, a fin de que reprenda a su vez a los trabajadores correspondientes. Y cuando más tarde el funcionario de aduanas que está haciendo su ronda entra en la casilla de cristal, alaba el calor de la estufa encendida,

se desabrocha el cuello de la camisa del uniforme, se despereza entre exclamaciones de bienestar y se deja caer contra el respaldo de la silla, las listas están ya controladas y ordenadas en el fichero, y el examen no es severo, sino que ambos hombres se sientan frente a la mesa y comentan tranquilamente las entradas. Después el empleado ratifica la lista con la acostumbrada rúbrica de su lapicero azul, coge la copia, la guarda en su escritorio y, si les apetece, se van a la cantina.

Desde luego, Esch había mejorado con el cambio, si bien la justicia había salido perjudicada. Con frecuencia no podía dejar de pensar —y era lo único que enturbiaba su satisfacción— en si no existiría algún medio de formular la denuncia que el deber le exigía; entonces todo estaría en orden.

El inspector de aduanas Balthasar Korn procedía de una región de Alemania muy sobria. Había nacido en la zona intermedia entre las culturas bávara y sajona y recibido sus impresiones de juventud en la montañosa ciudad de Hof en Baviera. Su mentalidad oscilaba entre una sobria rudeza y una sobria codicia y, después de haberle llevado a alcanzar el grado de primer sargento en el servicio militar activo, aprovechó la ocasión que el Estado previsor brinda a sus fieles soldados y pasó al servicio de aduanas. No se había casado y vivía con su hermana Erna, también soltera, en Mannheim, y, como le fastidiaba sobremanera ver vacío el cuarto que daba al patio, convenció a August Esch para que dejara la cara habitación de la pensión y se acomodara en su casa por un precio más módico. Y aunque no estimaba del todo a Esch porque, al ser este luxemburgués, no podía comentar su servicio militar, no le habría disgustado traspasarle no sólo el cuarto sino también la hermana. No escatimaba las correspondientes alusiones, que la muchacha, ya madurita, acompañaba con gestos avergonzados de denegación y con risitas. Incluso llegaba a poner en peligro la buena fama de su hermana, pues no tenía ningún reparo en llamar «señor cuñado» a Esch en la cantina ante todo el mundo, con lo cual era inevitable pensar que el así llamado compartía la cama de su patrona. Pero si Korn actuaba de tal forma no era ni mucho menos solo por broma, sino que pretendía, en parte mediante la insistencia, en parte por la presión de la opinión pública, que Esch cambiara la situación ficticia en que él le colocaba con su actuación por una realidad sólida.

Esch se trasladó de buen grado a casa de Korn. Él, que tanto había deambulado ya, se sentía en esta ocasión como abandonado. Tal vez se debiera a las calles numeradas de Mannheim, tal vez a que echaba de menos el olor de la taberna de mamá Hentjen, o quizá influyera en ello el asunto de aquel puerco, Nentwig, que todavía le pesaba en el ánimo. En resumen, se sentía solo, y por eso se quedó en casa de los dos hermanos, y siguió allí pese a que desde hacía tiempo veía de dónde soplaba el viento en casa de los Korn, y pese a que no pensaba entablar relación de ningún tipo con aquella mujer de aspecto avejentado: no hacía ningún caso del prolijo

y rico ajuar que Erna había ido acumulando en el transcurso de los años y que le había mostrado con orgullo, ni tampoco le encandilaba la libreta de ahorro, con más de dos mil marcos, que ella en cierta ocasión le enseñara. Pero los esfuerzos de Korn para obligarle a caer en la trampa eran tan divertidos, que uno podía arriesgarse un poco; naturalmente había que andar prevenido y no dejarse engañar. Por ejemplo: cuando, camino de su casa, se encontraban en la cantina, Korn raras veces permitía que Esch se pagase la cerveza; y, cuando se habían desatado en improperios contra la mala calidad de las bebidas de Mannheim, nada podía hacer desistir a Korn de que debían ir a la Spatenbräu. Y si Esch se llevaba la mano al bolsillo, Korn siempre protestaba: «Ya tendrá usted ocasión de tomarse la revancha, querido cuñado». Y cuando se arrastraban por la Rheinstrasse, el señor inspector de aduanas se detenía puntualmente frente a los escaparates iluminados y apoyaba su manaza en el hombro de Esch: «Mi hermana hace tiempo que desea un paraguas como éste, se lo compraré el día de su santo», o: «Todas las casas deberían tener una plancha de gas como ésta», o: «Si mi hermana tuviera una máquina de lavar, sería feliz». Y como Esch no decía nada ante tales comentarios, Korn se ponía tan furioso como en otro tiempo contra los reclutas que se negaban a comprender el modo de desmontar el fusil, y cuanto más en silencio permanecía Esch andando a su lado, más encolerizaba a Korn la expresión un tanto insolente que Esch adoptaba.

Con todo, si Esch callaba en estas ocasiones, no era por avaricia. Era ahorrador y no desaprovechaba las pequeñas ventajas que pudieran presentarse, mas la contabilidad sólida y legalista de su alma no le permitía aceptar mercancías sin pagar; un servicio exige otro servicio recíproco, y las mercancías requieren un pago; además consideraba innecesario meterse en una compra precipitada; incluso le hubiera parecido cruel y grosero hacer realidad los tenaces requerimientos de Korn. Por el momento había encontrado una forma muy curiosa de desquite que, por una parte, le permitía complacer un poco a Korn, pero por otra dejaba bien claro que él no tenía prisa por casarse. Después de cenar solía invitar a Korn a darse un garbeo, lo cual les llevaba a tabernas atendidas por camareras y terminaba indefectiblemente en las callejas de mala fama. A menudo la cuenta de los dos ascendía a una bonita suma — aunque Korn se veía obligado a pagar su propia compañera—, pero valía este dinero contemplar cómo regresaba Korn a su casa: caminaba junto a él enfurruñado, con el negro bigote de cepillo totalmente en desorden, mordisqueándolo a menudo y rezongando de pésimo talante que aquella vida licenciosa a la que Esch le inducía tenía que terminar. Además Korn al día siguiente hablaba en tales términos a su hermana que la hería en sus sentimientos más delicados, echándole en cara que no sería nunca capaz de retener a un hombre junto a ella. Y si su hermana, refunfuñando, le enumeraba la de veces que había conseguido hacerlo, él le hacía resaltar despectivamente su soltería.

Un día halló Esch buena ocasión para saldar parte de su deuda. En su recorrido por los almacenes de expedición, su siempre alerta curiosidad fue atraída por la forma curiosa de unas cajas y bultos de un material teatral que estaban descargando. Un caballero pulcramente afeitado se deshacía en gestos e improperios; gritaba que trataban sus pertenencias, de incalculable valor, como si fueran leña para el fuego, y como Esch, que estaba contemplando la operación con grave expresión de entendido, dio a los trabajadores del almacén un consejo innecesario, que tuvo el efecto de hacerle aparecer ante el caballero como persona digna y especializada, el extranjero dejó caer sobre él una catarata de palabras y pronto surgió entre ellos un diálogo cordial, en el transcurso del cual el caballero, llevándose la mano al sombrero, se presentó como el director Gernerth, Gernerth con *th*, nuevo arrendatario del teatro Talía, que se sentiría gratamente complacido —entretanto habían finalizado las operaciones de descarga— si el señor inspector de expediciones asistiera con su honorable familia a la brillante función de estreno, para lo cual le proporcionaría gustosamente localidades a un precio reducido. Y como Esch asintiera con entusiasmo, el director se llevó la mano al bolsillo sin más preámbulos y extendió un vale para tres entradas gratuitas.

Así pues, Esch estaba ahora sentado entre los hermanos Korn ante una mesa cubierta con un blanco mantel en el teatro de variedades, cuyo programa se inició con una nueva atracción: las imágenes en movimiento llamadas cinematográficas. Estas imágenes no despertaron en ellos gran interés, ni tampoco en el resto del público; todos las tomaron poco en serio y únicamente las consideraron una introducción a la auténtica representación, aunque todos quedaron subyugados por la moderna forma artística en que se les ofrecía una comedia cuya comicidad se basaba en los efectos producidos por la ingestión de unas píldoras purgantes y en que los momentos críticos eran subrayados con redobles de tambor. Korn golpeaba sonoramente la mesa con la palma de la mano, la señorita Erna reía tapándose la boca con la mano, al tiempo que miraba picarescamente a Esch por entre los dedos, y Esch se sentía tan orgulloso como si fuera él mismo el inventor y autor del espectáculo. El humo de sus cigarrillos ascendía rectamente hacia la nube de tabaco que pronto flotó pegada al techo bajo de la sala, nube que atravesaban, adquiriendo matices plateados, los haces de luz de los focos que desde la galería iluminaban la escena. En el descanso que siguió a la exhibición de un artista cuyo arte consistía en silbar, Esch encargó tres vasos de cerveza, aunque en el teatro todo era evidentemente más caro que en cualquier otra parte, pero se alegró de que la cerveza fuera floja e insípida, de modo que se resolvió no encargar otra ronda e ir a beber algo a la Spatenbräu una vez terminada la representación. Se sintió nuevamente generoso y, mientras la prima donna expresaba lo mejor que podía su pasión y su dolor, murmuró: «Sí, el amor, señorita Erna».

Cuando se levantó de nuevo el telón tras el clamoroso aplauso que todo el público dispensó a la cantante, todo brillaba como plata, y allí arriba estaban unas mesitas niqueladas y otros objetos, también de níquel, pertenecientes a un malabarista. Sobre el terciopelo rojo que en parte cubría y en parte adornaba el aparato, descansaban las bolas y las botellas, las banderitas y las mazas, y también una enorme pila de platos blancos. De una escalera terminada en punta e igualmente niquelada y reluciente colgaban unos puñales, tal vez dos docenas, cuyas largas hojas no brillaban menos que todo el metal de la escena. El malabarista vestía un frac negro y le acompañaba una ayudante, que evidentemente llevaba consigo sólo para que mostrase su belleza al público, pues llevaba una malla atornasolada muy ceñida al cuerpo y su única tarea consistía en alcanzarle al malabarista las banderitas o los platos, o en tirárselos cuando él los requería con una palmada en mitad de un ejercicio. Ella hacía todo esto con una graciosa sonrisa en los labios, y, cuando él le tiró las mazas, emitió un suave grito exótico, ya para atraer sobre sí la atención de su señor, ya para mendigar un poco del amor que él, inflexible, le negaba. Y aunque el malabarista sabía de sobra que su dureza de corazón le podía hacer perder la simpatía de la masa del público, no se dignó ni mirar a la hermosa; sólo cuando llegó el momento de corresponder a los aplausos con una reverencia, señaló con un gesto displicente a su ayudante, indicando con ello que le cedía a ella un tanto por ciento de éstos. A continuación, como si la afrenta que él le acababa de infringir no hubiera tenido lugar, se dirigen como buenos amigos al fondo del escenario, cogen entre los dos una gran tabla negra que nadie había visto antes y la acercan al andamio niquelado donde la fijan. Después la empujan, animándose mutuamente con suaves gritos y sonrisas, hasta colocarla inclinada como una rampa, y la atan después con hilos metálicos, que van surgiendo aquí y allá en el suelo y entre los postes. Una vez hecho esto, la hermosa ayudante emite de nuevo su suave y peculiar grito y salta con gran solemnidad sobre la tabla, la cual es tan alta que ella apenas alcanza el borde superior con los brazos extendidos. Entonces distingue uno en la parte de arriba de la tabla dos asideros a los que se coge ahora la ayudante, que se apoya con el dorso en la tabla, y esta postura forzada y artística, que hace resaltar aún más su figura con el traje relumbrante sobre el negro de la tabla, le confiere el aspecto de una crucificada. Pero ella no pierde su graciosa sonrisa, ni siquiera cuando el hombre se le acerca y la mira escrutador con los ojos entrecerrados y modifica su postura levemente, dando a entender a todos que hasta los milímetros cuentan. Todo esto tiene lugar a los acordes de un suave vals, cuyas notas enmudecen a una señal del malabarista. Se hace el silencio en la sala; desprovisto de toda música, una extraña soledad se apodera del escenario, y los camareros no pueden servir comidas ni cerveza; en actitud expectante, permanecen de pie junto a las puertas del fondo iluminadas de amarillo; todo aquel que estaba comiendo devuelve el tenedor al plato, aunque contuviera un bocado, y sólo se sigue oyendo el rumor del foco que el electricista dirige de lleno sobre la crucificada. El malabarista prueba ya uno de los largos puñales en su mano asesina; echa hacia atrás

la parte superior del cuerpo, y ahora es él quien emite el áspero y exótico grito, al tiempo que el cuchillo escapa silbante de su mano, cruza zumbando el escenario y se clava con un ruido sordo en la negra madera, junto al cuerpo de la muchacha crucificada. Antes de que uno se dé cuenta, tiene las manos llenas de puñales relucientes como espejos y, mientras sus gritos son cada vez más frecuentes, más bestiales y vehementes, silban los cuchillos con creciente rapidez cortando el aire tembloroso del escenario, se van clavando en la madera en trepidante sucesión y enmarcan el esbelto cuerpo, los delicados brazos desnudos, enmarcan un rostro que sigue sonriendo, con la mirada fija y sometida, un rostro conquistador e implorante, atrevido y angustiado al mismo tiempo. A Esch le faltó muy poco para levantar los brazos al cielo, crucificado él también, deseando interponer su propio cuerpo entre los amenazadores cuchillos y la tierna muchacha; y si el malabarista, como a veces suelen hacer, hubiera preguntado si algún caballero del público quería subir al escenario para colocarse ante la tabla negra, con seguridad Esch se habría ofrecido. Sí, era un pensamiento casi voluptuoso el imaginarse allá solo y abandonado, y que los largos cuchillos pudieran clavarle a la tabla como si fuera una cucaracha; pero, rectificó, él debería estar con el rostro contra la tabla, pues no se ensarta ningún escarabajo por el lado del abdomen: y la idea de hallarse con el rostro pegado a las tinieblas de la tabla, sin saber en qué momento le alcanzaría por detrás el cuchillo mortal para atravesarle el corazón y dejarle clavado a la tabla, encerraba un atractivo tan extraordinario y misterioso, constituía un anhelo de tan nueva fuerza y madurez, que se sobresaltó, como arrancado de un sueño de felicidad, cuando los redobles del tambor, del bombo y las trompetas de la orquesta subrayaron alegres la actuación del malabarista, que acababa de tirar, triunfante, el último puñal, en tanto la muchacha se deslizaba fuera del marco que la rodeaba, ahora ya completo, y los dos, cogidos de la mano, trazando arcos a guisa de saludo con el brazo que les quedaba libre y efectuando una pirueta simétrica, se inclinaban ante el público aliviado. Eran las trompetas del juicio. El culpable era aplastado como un gusano; ¿por qué no era atravesado como una cucaracha? ¿Por qué la muerte en lugar de llevar una guadaña no puede llevar un largo alfiler, o por lo menos una lanza? Uno espera siempre ser llamado a juicio, pues, por más que una vez haya estado a punto de ingresar en las filas de los librepensadores, tiene su propia conciencia. Oyó decir a Korn: «Ha sido sensacional», y esto le sonó como una blasfemia; y cuando la señorita Erna opinó que, aunque se lo pidieran, ella no se exhibiría así, desnuda, ante el público, dejando que le echaran cuchillos, para Esch fue ya demasiado y apartó con un brusco movimiento la rodilla de Erna que se apoyaba en la suya; a gente como ésa no se la podía tratar bien; advenedizos sin conciencia, eso eran, y no le impresionaba en absoluto que la señorita Erna corriera continuamente a confesarse, al contrario; hasta la vida que llevaban sus amigos de Colonia le parecía más sólida y decente.

En la Spatenbräu bebió Esch en silencio su cerveza negra. Traía en su espíritu un sentimiento que podría calificarse de nostalgia. Especialmente cuando afloró al

exterior en el momento en que se trató de enviar una postal a mamá Hentjen. Que Erna quisiera participar con las palabras «cordiales saludos de Erna Korn» era muy natural, pero que Balthasar se empeñara también en intervenir y estampara una gran rúbrica tras «saludos, Korn, inspector de aduanas» era una especie de homenaje a la señora Hentjen, y Esch se enterneció tanto que se sintió vacilar: ¿había satisfecho hasta el final su deuda de honesto desquite? En realidad, para completar la fiesta, hubiera debido deslizarse en la habitación de Erna y, de no haber rechazado antes a Erna de forma tan brusca, seguramente no habría encontrado la puerta cerrada. Sí, éste habría tenido que ser el justo y apropiado final, pero no hizo nada para llevarlo a cabo. Le atacó una especie de parálisis y no se preocupó más de Erna, no buscó su rodilla, y no ocurrió nada, ni en el camino de regreso ni después. Tenía, en cierto modo, remordimientos de conciencia, pero luego, August Esch constató tras madura reflexión que ya había hecho bastante y que incluso podía haberle acarreado pésimas consecuencias el dedicarse en demasía a la señorita Korn: sentía pesar sobre sí un destino que levantaba su lanza amenazadora dispuesto a castigarle si continuaba comportándose como un cerdo, y algo en su interior le decía que debía permanecer fiel a alguien, aunque no sabía a quién.

Mientras Esch sentía todavía en sus espaldas la punzada de su conciencia, hasta el punto de llegar a pensar que le había atacado una corriente de aire frío, y por la noche se friccionaba la espalda con una poderosa loción hasta donde le alcanzaba el brazo, mamá Hentjen se alegró por las dos postales que él le había enviado y, antes de pegarlas definitivamente en el álbum de postales, las colocó en el marco del espejo que había detrás del mostrador. Por las noches las cogía y las mostraba a los clientes habituales. Tal vez lo hizo también para que nadie pudiera decir de ella que mantenía correspondencia en secreto con un hombre; al hacer pasar las postales de mano en mano ya no estaban dirigidas a ella sino a la taberna, personalizada en ella por pura casualidad. Por eso también estuvo de acuerdo en que Geyring se encargara de responder, si bien no permitió que el señor Geyring corriera con los gastos, sino que adquirió el día siguiente una hermosa postal, de esas llamadas panorámicas, tres veces más larga que las de tamaño corriente, que reproducía Colonia en toda la extensión de su ribera azul oscura del Rin, y con espacio suficiente para muchas firmas. Ella la encabezó con estas palabras: «Muchas gracias por las hermosas postales, mamá Hentjen». Luego Geyring dijo en tono autoritario «las damas primero», y firmaron Hede y Thusnelda. A continuación venían los nombres de Wilhelm Lassman, de Bruno May, Hoelst, Wrobek, Hülsenschmitt, John, el nombre del mecánico inglés Andrew, del piloto Wingast y, finalmente, tras algunos más que apenas podían descifrarse, el nombre de Martin Geyring. Después Geyring escribió la dirección: «Señor August Esch, contable diplomado, Puerto Franco de la Compañía Naviera M. R., S. A., Mannheim» y a continuación pasó el producto ya terminado a la señora Hentjen, quien, tras una detenida lectura, abrió un cajón de la caja, para coger del canastillo metálico, cuyo compartimento más amplio contenía los billetes

de banco, un sello de correos. Ahora aquella enorme postal con tantas firmas le parecía casi un honor excesivo para Esch, quien no figuraba ni mucho menos entre los clientes distinguidos de su taberna. Pero como ella perseguía la perfección en todo cuanto hacía y en la amplia postal, pese a los numerosos nombres, había quedado un espacio en blanco lo suficiente grande como para herir su sentido de la belleza y ofrecerle la posibilidad de demostrarle a Esch cuáles eran sus límites, ocupándolo con un nombre de humilde condición, mamá Hentjen llevó la postal a la cocina para hacerla firmar por la criada, y se sintió doblemente satisfecha, ya que con ello podía también proporcionar a la muchacha una satisfacción, muy económica por cierto.

Cuando regresó al local, Martin estaba sentado en su sitio habitual, en el rincón junto al mostrador, absorto en la lectura de uno de sus periódicos socialistas. La señora Hentjen se sentó a su lado y, como tantas otras veces, le dijo bromeando: «Señor Geyring, acarreará usted mala fama a mi local si continúa leyendo aquí sus periódicos sediciosos». «Bastante rabia me dan a mí esos emborronadores de periódicos», fue la respuesta, «mientras nosotros trabajamos, ellos llenan papeles con idioteces».

Nuevamente, la señora Hentjen se sintió un poco decepcionada frente a Geyring, pues siempre esperaba de él manifestaciones revolucionarias y llenas de odio en las que ella pudiera apacentar su propia aversión hacia el mundo. A menudo había echado una ojeada a los periódicos socialistas pero, a decir verdad, lo que había hallado en ellos le había parecido siempre muy pacífico, y por eso esperaba que el diálogo vivo le ofreciera algo más que el impreso. La tranquilizaba, por una parte, que Geyring no tuviera en buena consideración a la gente de la prensa, pues siempre le había parecido justo que uno despreciara a los otros, pero, por otra, se quedaba sin lo que esperaba. No, no había nada que hacer con un anarquista así, con alguien que permanecía sentado en su oficina del sindicato como un sargento de policía en la suya, y la señora Hentjen tuvo de nuevo el firme convencimiento de que el mundo sólo era una confabulación entre los hombres establecida únicamente para perjudicar y decepcionar a las mujeres. Hizo otra tentativa:

—¿Qué es lo que no le parece bien en sus periódicos, señor Geyring?

—Arman mucho ruido con tonterías —refunfuñó Geyring—. Con su palabrería revolucionaria vuelven loca a nuestra gente y nosotros hemos de pagar el pato.

La señora Hentjen no comprendió bien; además, el asunto había dejado de interesarle. Pero por cortesía dijo suspirando:

—Desde luego, las cosas no son fáciles.

Geyring pasó una hoja y contestó en tono distraído:

—Efectivamente, las cosas no son fáciles, mamá Hentjen.

—Y un hombre como usted, siempre al pie del cañón, incansable desde la mañana hasta bien entrada la noche...

—Para nosotros tardará aún mucho en llegar la jornada de ocho horas —contestó Geyring, casi con satisfacción—. Primero será para todos los demás.

—Y a una persona así se le ponen trabas...

La señora Hentjen estaba asombrada, meneó la cabeza y contempló su peinado en el espejo.

—En el Reichstag y en los periódicos gritan mucho esos judíos —explotó Geyring—, pero cuando se trata de servir al sindicato desaparecen por el foro.

Esto sí lo comprendió la señora Hentjen, y en tono ofendido añadió:

—Están en todas partes, se hacen con todo el dinero y se arrojan sobre las mujeres como machos cabríos.

En su rostro se reflejaba de nuevo el asco. Martin levantó la vista del periódico y no pudo evitar una sonrisa:

—No hay para tanto, mamá Hentjen.

—O sea, que ahora se pone usted de parte de ellos... —en su voz se reflejaba una histérica agresividad—. No sabéis hacer otra cosa que apoyaros mutuamente, vosotros, los hombres. —Y a renglón seguido añadió—: Otra población, otra mujer.

—Es posible, mamá Hentjen —contestó Martin riendo—, pero es difícil que en otra parte haya una cocina tan buena como la de mamá Hentjen.

La señora Hentjen se apaciguó:

—En Mannheim tampoco —afirmó, mientras le tendía a Geyring la postal para que la enviara a Esch.

El director teatral Gernerth formaba parte ahora del círculo más estrecho de amigos de Esch. Pues Esch, hombre impetuoso e impulsivo, compró al día siguiente una entrada para la representación, no sólo porque tenía ganas de volver a ver a la valerosa muchacha, sino también para poder buscar al terminar la función al un tanto sorprendido Gernerth en la oficina de dirección y presentarse a él como un espectador que ha pagado su entrada; además aprovechó la circunstancia para agradecerle una vez más la agradable velada del día anterior. El director Gernerth, que temía el pedido de nuevas entradas gratis y se disponía a cerrar decididamente la cartera, tuvo que mostrarse, en cambio, gratamente sorprendido. Ante tan amable acogida, Esch permaneció allí un rato y consiguió su segundo propósito: conocer al malabarista señor Teltscher y a su valerosa amiga la señorita Ilona, ambos de origen húngaro; especialmente la señorita Ilona, que dominaba muy mal el alemán, mientras el señor Teltscher, que trabajaba con el nombre artístico de Teltini y que en escena hablaba pseudoinglés, procedía de Presburgo.

El señor Gernerth, en cambio, era natural de Eger, circunstancia que causó gran alegría a Korn la primera vez que se habían encontrado, pues Eger y Hof son ciudades tan cercanas que a Korn le parecía una casualidad maravillosa que dos personas casi compatriotas se encontraran precisamente en Mannheim. Pero sus manifestaciones de alegría y sorpresa fueron pura retórica, porque el hecho de ser casi paisanos, en otra ocasión menos propicia, habría despertado en él sólo

indiferencia. Invitó a Gernerth a su casa y a conocer a su hermana, pues no podía soportar que su presunto cuñado tuviera amigos en privado, y por idénticos motivos el señor Teltscher fue asimismo invitado muy pronto a tomar café.

Ahora estaban sentados en torno a la mesa redonda, sobre la cual, al lado de la tripuda cafetera, se apilaba una artística pirámide de pasteles que Esch había traído, y la lluvia de la melancólica tarde de domingo corría por los cristales. El señor Gernerth, que se esforzaba por animar la conversación, dijo: «Tiene usted una vivienda muy bonita, señor inspector, grande y luminosa...», y miró por la ventana hacia la triste calle de suburbio llena de charcos. La señorita Erna especificó que era simplemente modesta, como correspondía a su condición, pero que el hogar propio era realmente lo único que embellecía la existencia. El señor Gernerth se sintió en vena poética: el hogar propio, más valioso que el oro, sí, ella podía decirlo, pero para un artista era un sueño irrealizable; ay, para él no existía el hogar; claro que tenía una vivienda, una bonita vivienda allá en Munich, donde se encontraban su mujer y sus hijos, pero él apenas conocía a su familia. ¿Que por qué no la llevaba consigo? Esta no era vida para los niños, cambiar de residencia a cada estación y todo lo demás. No, sus hijos no serían artistas, sus hijos no. Evidentemente era un buen padre y su buen corazón emocionó no sólo a la señorita Erna sino también a Esch. Y tal vez porque se sentía solo, comentó: «Yo soy huérfano, puede decirse que no conocí a mi madre». «¡Dios mío!», suspiró la señorita Erna. Pero el señor Teltscher, a quien no parecía gustar el triste tema de la conversación, hizo bailar una taza de café en la yema de un dedo y todos se rieron, con excepción de Ilona, que permanecía sentada en la silla con aire ausente y que probablemente economizaba las sonrisas que se vería obligada a prodigar para amenizar la velada. Vista de cerca no era ni con mucho tan dulce y encantadora como en escena, incluso quizá un poco vulgar; su rostro era levemente fofo, con unas grandes bolsas debajo de los ojos llenas de pecas, y Esch, que se estaba volviendo desconfiado, sospechó que tal vez su hermoso pelo rubio no era auténtico, sino una peluca; pero estas ideas desaparecieron en cuanto se imaginó el cuerpo de la muchacha rodeado por puñales zumbantes. Después se dio cuenta de que los ojos de Korn también recorrían este cuerpo e intentó atraer la atención de Ilona hacia él, preguntándole si le gustaba Mannheim, si ya conocía el Rin y otras cuestiones geográficas. Desgraciadamente no tuvo éxito, pues Ilona se limitó a contestar sólo de vez en cuando y equivocadamente con un «sí, desde luego», y daba la impresión de no desear establecer ningún contacto ni con él ni con Korn; bebía su café con aire serio y meditabundo, e incluso cuando Teltscher le susurró algo en su idioma patrio, evidentemente algo desagradable, apenas le prestó atención. La señorita Erna, entretanto, le estaba diciendo a Gernerth que una feliz vida familiar era lo más hermoso de este mundo, y le daba a Esch golpecitos con la punta del pie, ya fuera para animarle a imitar el ejemplo de Gernerth, ya fuera únicamente para distraer su atención de la húngara, cuya belleza, sin embargo, no dejó de alabar: pues no escapó a su mirada de lagartija la codicia con que su hermano contemplaba a aquella

mujer, y le pareció más conveniente que la hermosa le tocara en suerte a su hermano y no a Esch. Acarició pues las manos de Ilona, y alabó su blancura, corrió la manga hacia arriba y dijo que la señorita tenía una piel finísima, Balthasar podía comprobarlo. Balthasar le puso encima su garra peluda. Teltscher se rió y dijo que todas las húngaras tenían una piel suave como la seda, a lo cual Erna, que también tenía piel, replicó que todo dependía del cuidado con que se tratara y que ella se lavaba el rostro con leche todos los días. Ciertamente, dijo Gernerth, ella poseía un cutis maravilloso, un cutis en verdad internacional, y el rostro marchito de la señorita Erna se iluminó en una amplia sonrisa que dejó ver unos dientes amarillos y un hueco entre las muelas a la izquierda del maxilar superior, y enrojeció hasta las sienes, donde le colgaban unos pequeños mechones castaños algo descoloridos.

Había ido cayendo la tarde; la mano de Korn sostenía cada vez con más firmeza la de Ilona, y la señorita Erna esperaba que Esch, o por lo menos Gernerth, hiciera otro tanto con la suya. No se atrevía a encender la lámpara, porque temía que Balthasar se opusiera a tal estorbo, pero por fin tuvo que levantarse para ir a buscar el licor, elaborado por ella misma, que se conservaba en una garrafa azul sobre la cómoda. Comunicando a todos orgullosamente que la receta era un secreto suyo, escanció el brebaje, que tenía un ligero sabor a cerveza pasada, pero que, en opinión de Gernerth, era delicioso, criterio que reforzó besándole la mano. Esch recordó que mamá Hentjen no podía soportar a los bebedores de aguardiente y le llenó de satisfacción pensar que ella tendría muchas cosas en contra de Korn, quien ingería una copa tras otra haciendo chasquear la lengua y relamiéndose el oscuro bigote hirsuto. Korn sirvió también a Ilona, y probablemente correspondía a su inmutable indiferencia e inmovilismo el permitir que él le acercase la copa a los labios y el no dar la menor importancia al gesto de él cuando rozó con sus labios y su bigote el borde de la copa diciendo que esto era un beso. Es muy posible que Ilona no comprendiera, en cambio Teltscher tenía que darse cuenta de lo que estaba sucediendo y era inaudito que lo contemplara impasible. Tal vez sufriera en su interior, pero era demasiado educado para provocar una escena. Esch sintió enormes deseos de intervenir en su lugar, pero se acordó del tono áspero con que Teltscher requería en escena los servicios de la animosa muchacha. ¿Acaso pretendía humillarla intencionadamente? ¡Algo tenía que ocurrir, uno debía interponerse con los brazos extendidos! Pero Teltscher le puso con alegre ademán la mano en el hombro, le llamó colega y *confrère* y, como Esch le mirase interrogativamente, le dijo señalando a las dos parejas: «Bueno, nosotros, los solteros, debemos mantenernos unidos». A lo que la señorita Erna, cambiándose de sitio y sentándose entre Esch y Gernerth, repuso: «Entonces yo tengo que apiadarme de ustedes». «Claro, un pobre artista siempre resulta poca cosa», replicó molesto el señor Gernerth. «¡Ay, esos comerciantes!» Teltscher opinó que Esch no debía permitir que se dijera esto, ya que únicamente en la profesión de comerciante se podían encontrar solidez y amplios horizontes. También el teatro podía considerarse, evidentemente, como un negocio, y

de los más difíciles; por eso sentía profundo respeto por el señor Gernerth, el cual no sólo era su director sino en cierto modo también su socio y a quien, desde luego, dentro de su estilo, podía considerarse un buen comerciante, aunque no siempre supiera sacar provecho de sus posibilidades de éxito en la medida correspondiente. Él, Teltscher-Teltini, podía opinar sobre ello con conocimiento de causa, porque había empezado como comerciante antes de dedicarse a la profesión de artista. «¿Y cuál es el final de la canción? Pues que estoy sentado aquí, cuando podría tener en América contratos estupendos... ¿O es que mi número no es de primera?» A Esch le vino de pronto a la mente un recuerdo confuso: ¿qué tenía el comercio para que lo alabasen tanto? Y esta solidez tan ponderada estaba muy lejos de ser real. Se lo dijo sin ambages y concluyó: «Naturalmente, hay diferencias. Por ejemplo, el señor Nentwig y el presidente Von Bertrand son ambos hombres de negocios, el primero es un cerdo y el segundo... el segundo es otra cosa, es mejor». Korn refunfuñó en tono despectivo que Bertrand era un oficial fugado del ejército, todo el mundo lo sabía, y que, por tanto, no tenía de qué presumir. A Esch no le disgustó oír esto; así pues la diferencia no era tan grande. Sin embargo, Bertrand era mejor a pesar de todo. Por otra parte Esch no quería profundizar en estas cosas. Teltscher, entretanto, seguía hablando de América: allá era todo maravilloso, se podía llegar muy alto, sin necesidad de matarse trabajando inútilmente como aquí. Y recurrió a una cita: «América, para ti todo es fácil». Gernerth suspiró; si uno al menos fuera lo bastante comerciante, las cosas serían de otra manera: él había sido muy rico una vez pero, pese a su talento comercial, tenía la confianza infantil de un artista, y todo el capital, casi un millón de marcos, le había sido arrebatado mediante una estafa. ¡Para que viera el señor Esch lo rico que había sido el director Gernerth! *Tempi passati*. Pero sabría rehacerse. Pensaba en un monopolio teatral, una sociedad anónima por cuyas acciones la gente se pelearía. Sólo había que adaptarse a los tiempos que corrían y, desde luego, reunir el capital. Besó nuevamente la mano de la señorita Erna, se hizo llenar otra vez la copa y dijo relamiéndose: «Delicioso», sin soltar la mano que se le abandonó deliberada y gozosamente. Pero Esch, absorto en lo que estaba oyendo, apenas se dio cuenta de que el zapato de la señorita Erna se posaba sobre el suyo. Solamente entrevió, de lejos y en la oscuridad, que la amarillenta mano de Korn surgía por debajo de la axila de Ilona y no era difícil adivinar que el poderoso brazo de Balthasar Korn rodeaba la espalda de la muchacha.

Por fin tuvieron que encender la luz, y todos se pusieron a hablar a la vez, excepto Ilona, que permaneció en silencio. Y como se acercaba la hora de la función y no tenían ganas de separarse, Gernerth invitó a sus anfitriones a presenciar la representación. Se arreglaron y tomaron el tranvía para ir al centro de la ciudad. Las dos señoras se sentaron en el interior y los caballeros permanecieron en la plataforma fumando sus cigarrillos. La fría lluvia salpicaba sus rostros enrojecidos, y era agradable.

El comerciante al que August Esch solía comprar sus cigarros a buen precio se llamaba Fritz Lohberg. Era un hombre joven, más o menos de la misma edad que Esch, y tal vez por esta razón Esch, que de ordinario trataba con gente mayor, le hablaba como si el otro fuera idiota. No obstante, este idiota estaba adquiriendo importancia en su vida, una importancia no decisiva, pero en realidad al propio Esch le habría tenido que sorprender la facilidad con que se había acostumbrado a aquella tienda y se había convertido en cliente de Lohberg. La tienda le cogía de camino, cierto, pero no era motivo suficiente para que se sintiera en ella como en su casa. Desde luego era una tienda muy pulcra en la que daba gusto detenerse: el claro y puro aroma de tabaco que flotaba en la estancia proporcionaba al olfato una agradable sensación y resultaba grato pasar la mano por el pulido mostrador, en uno de cuyos extremos había siempre algunas cajas de cigarros de muestra y una cajita de cerillas junto a la caja automática, bellamente niquelada. Si uno compraba algo, recibía gratis un paquete de cerillas, lo cual demostraba una delicada generosidad. También había un enorme aparato para cortar los cigarros, y si uno quería encender de inmediato su puro, no tenía más que tendérselo al señor Lohberg y éste le cortaba la punta con un breve chasquido. Era un buen lugar para pasar el rato; claro, soleado y agradable tras sus relucientes escaparates, y en estos días fríos lleno de un calorcillo bueno y podríamos decir uniforme, que se extendía por las blancas baldosas y se distanciaba benéfico de la polvorienta y excesivamente caldeada jaula de cristal del almacén. Todo esto bastaba para acudir gustosamente a este lugar después del trabajo o en el descanso del mediodía. Entonces se alababa el orden, se despotricaba sobre la porquería en que uno tenía que moverse; pero esto no se decía muy en serio, ya que Esch sabía perfectamente que el hermoso orden que él mantenía en sus libros y listas de almacén no podía traspasarse a los montones de cajas, fardos y toneles, por mucho que quisiera el encargado. Aquí en la tienda, en cambio, reinaba un extrañamente tranquilizador orden rectilíneo y una precisión casi femenina, que resultaba tanto más extraña cuanto para Esch era casi inimaginable, o al menos solo podía imaginárselo con disgusto, que una chica pudiera vender cigarros; pese a su pulcritud, era un trabajo de hombre, algo que le hacía pensar en la buena camaradería: así tenía que ser la amistad entre hombres y no tan ocasional y burda como la solidaridad sin orden de un secretario de sindicatos. Pero Esch no se planteaba problemas sobre tales cuestiones; sólo surgían así, de paso. En cambio resultaba extraño y sorprendente que Lohberg no se mostrara contento con la suerte que le había tocado, y con la que hubiera podido ser feliz, y todavía resultaban más grotescas las razones que Lohberg aducía y que demostraban claramente que era un idiota. Pues, aunque había colgado de la caja automática un letrero de cartón que decía «Fumar no perjudica a nadie», y aunque adjuntaba a las cajas de cigarros hermosas tarjetas que, además de indicar la casa comercial y las especialidades, llevaban escritos los versos «Quien siempre hierbas puras ha fumado, nunca al médico ha necesitado», él mismo no creía en ello, fumaba sus propios cigarrillos sólo por sentido del deber y por mala conciencia, y, en

el constante temor del cáncer llamado de los fumadores, experimentaba en el corazón, en el estómago, en la faringe, los funestos efectos de la nicotina. Era un hombrecillo pequeño y flaco, con un oscuro esbozo de bigote y unos ojos sin brillo en los que destacaba el blanco, y tanto sus modales como sus movimientos, un poco sinuosos, contrastaban de modo tan chocante con todas sus convicciones como el negocio que regentaba, que sin embargo no tenía intención de cambiar por otro: no sólo veía en el tabaco el envenenamiento del pueblo y el despilfarro del bienestar nacional, repitiendo constantemente que había que liberar al pueblo de ese veneno, sino que se erguía en defensor de una vida y una esencia alemana auténticas, grandes, naturales, y su mayor pesar era no poder ostentar una rotunda musculatura y una rotunda rubiez. Compensaba un poco esta desventaja siendo miembro de asociaciones antialcohólicas y vegetarianas y por eso tenía junto a la caja registradora buen número de revistas especializadas que le eran enviadas, en su mayor parte, desde Suiza. No cabía duda, era un idiota.

Esch, a quien le encantaba fumar, zamparse grandes filetes de carne y beber vino siempre que se presentaba la ocasión, no se habría dejado impresionar por los argumentos del señor Lohberg, a pesar de la fascinadora palabra «redención», repetida una y mil veces, si no hubiera visto un curioso paralelismo con la actitud de mamá Hentjen. Desde luego, mamá Hentjen era una mujer sensata, incluso excesivamente sensata, y no tenía nada que ver con este galimatías. Pero cuando Lohberg, fiel a las directrices calvinistas, que recibía a través de las revistas desde Suiza, tronaba como un cura contra los placeres sensuales y al mismo tiempo, como si fuera un orador socialista en una reunión de librepensadores, defendía una vida libre y sencilla en el seno de la naturaleza, cuando hacía pensar por su mezquina persona que el mundo tenía un gran fallo, un terrible error en el libro de contabilidad, que sólo podía redimirse mediante una milagrosa inserción, en toda esta confusión únicamente quedaba claro que el negocio de mamá Hentjen y la tienda de tabacos de Lohberg padecían el mismo mal: ella tenía que ganarse el sustento con hombres borrachos, y también odiaba y despreciaba su medio de vida y su clientela. Sin lugar a dudas, era una extraña coincidencia, y Esch pensó en escribir a mamá Hentjen al respecto, para que también se sorprendiera de la casualidad. Pero no lo hizo, porque reflexionó mejor y supuso que tal vez a la señora Hentjen le chocaría o incluso la ofendería que la comparase a un hombre que, a pesar de todas sus virtudes, era un idiota. Lo dejó pues para comunicárselo de palabra: pronto iría a Colonia por exigencias del trabajo.

De todos modos, el caso Lohberg merecía ser discutido; una noche en que compartía la mesa con Korn y la señorita Erna, no pudo abstenerse de hablar de ello.

Los dos hermanos conocían, por supuesto, al comerciante de tabacos. Korn había comprado a veces en su tienda, pero nada había notado sobre sus peculiaridades:

«Nadie lo diría por su aspecto», expresó como conclusión a una serie de pensamientos internos, con los que se adhería a la opinión de Esch de que se trataba de un idiota. La señorita Erna, en cambio, concibió una profunda aversión hacia aquel doble espiritual de la señora Hentjen y se preguntaba, sobre todo, si la señora Hentjen no sería el gran amor del señor Esch, tanto tiempo secreto. Debía de ser una dama muy virtuosa, pero creía sinceramente poder rivalizar con ella. En cuanto a las virtudes del señor Lohberg, naturalmente no resultaba agradable que alguien, en este caso su hermano, llenara las cortinas de humo, pero al menos esto indicaba que había un hombre en la casa. «Un hombre que no hace nada, que sólo bebe agua...», ella buscaba las palabras, «me resultaría repugnante». Y entonces preguntó si el señor Lohberg había conocido el amor de alguna mujer. «Seguro que este idiota es todo inocencia», opinó Esch, y Korn, presintiendo que con ello obtendría su aprobación, exclamó: «¡El casto José!».

Fuera por eso, fuera porque mantenía vigilado a su inquilino, o simplemente porque así ocurrió, lo cierto es que Korn se convirtió también en asiduo cliente de la tienda de Lohberg, y Lohberg se echaba a temblar cada vez que entraba el inspector de aduanas haciendo sonar sus tacones. Su temor no era injustificado. Una de las noches siguientes, poco antes de cerrar, llegó Korn con Esch a la tienda de Lohberg y dijo en tono autoritario: «Prepárate, muchacho, hoy vas a perder tu inocencia».

Lohberg puso ojos de espanto y señaló con un gesto a un hombre con el uniforme del Ejército de Salvación que estaba en el local.

—Un enmascarado —dijo Korn.

—Un amigo mío —presentó, muy confuso, Lohberg.

—Nosotros también somos amigos —hizo constar Korn, y tendió su manaza al tipo del Ejército de Salvación.

Era un muchacho pelirrojo, pecoso, con granos, a quien habían enseñado que hay que mostrarse amistoso con todas las almas; sonrió abiertamente a Korn y lanzó un cable a Lohberg:

—El hermano Lohberg nos ha prometido incorporarse hoy a luchar en nuestras filas. Por eso he venido a buscarle.

—Si se trata de lucha, nosotros vamos con vosotros —Korn estaba entusiasmado—. Somos amigos...

—Todos los amigos son bienvenidos entre nosotros —dijo el risueño soldado del Ejército de Salvación.

Lohberg no fue consultado; tenía una expresión de chiquillo atrapado en falta y cerró la tienda con aire asustado. Esch había contemplado divertido la escena, pero como le molestaban los aires que se daba Korn, dio unos golpecitos benévolos en la espalda de Lohberg, exactamente igual que Teltscher solía hacerlo con él.

Salieron al barrio de Neckar. Cuando llegaron a la Käfertalerstrasse, oyeron ya tambores y platillos, y las piernas de soldado de Korn siguieron el ritmo. Al llegar al final de la calle, vieron a la luz del atardecer a los miembros del Ejército de Salvación

a la entrada del parque. Había caído una nieve fina y acuosa, y allí donde se había reunido el pequeño grupo la nieve se había convertido en una especie de sopa negra, que se introducía helada dentro de las botas. El teniente estaba de pie sobre un banco y elevaba la voz en la naciente oscuridad: «¡Venid a nosotros! ¡Dejaos salvar! ¡El Redentor se acerca para liberar a las almas prisioneras!». Pero muy pocos acudían a su llamada, y cuando sus soldados, acompañados de tambores y platillos, entonaron un cántico sobre el amor redentor y elevaron al cielo su aleluya «¡Oh, Señor, Dios de los ejércitos, líbranos de la muerte!», casi ninguno de los civiles presentes se unió al canto, y seguramente la mayoría sólo contemplaba el espectáculo por simple curiosidad. Y, pese a que los bravos soldados cantaban con toda la fuerza de sus pulmones y las dos muchachas batían ruidosamente los tambores, hubo cada vez menos gente a su alrededor a medida que iba oscureciendo y al poco tiempo estuvieron solos con su teniente y tenían de espectadores sólo a Lohberg, Korn y Esch. Lohberg, probablemente, se hubiera unido a los cánticos, lo hubiera hecho sin avergonzarse ni sentir ningún temor ante Korn o ante Esch, si Korn no le hubiera ordenado mientras le daba con el codo en las costillas: «¡Cante con ellos, Lohberg!». No era una situación agradable para Lohberg y se alegró de que llegara un policía y les ordenara circular. Entonces se dirigieron a la Thomasbräu. Y habría sido, sin embargo, maravilloso que Lohberg hubiera cantado, sí, hasta puede que hubiera ocurrido un pequeño milagro, pues había faltado muy poco para que Esch elevara también su voz en alabanza del Altísimo y del amor redentor; en efecto, había faltado únicamente un ligero impulso, y tal vez el canto de Lohberg hubiera sido este impulso. Pero esto ya pertenecía al pasado.

Esch no comprendía lo que acababa de suceder allí fuera: las dos muchachas habían tocado los tamboriles, mientras su comandante permanecía de pie sobre el banco y las dirigía con un gesto, y todo ello recordaba curiosamente las órdenes que Teltscher daba a Ilona sobre el escenario. Tal vez fuera la calma repentina del atardecer, que enmudecía aquí en el límite de la ciudad, como enmudecía la música en el teatro, o la inmovilidad de los negros ramajes de los árboles que se destacaban rígidos contra el cielo cada vez más oscuro, mientras detrás en la plaza se encendían las luces en forma de arco. Todo seguía siendo incomprensible. A través de los zapatos penetraba hiriente el frío de la nieve derretida; pero no era sólo por eso que Esch hubiera preferido estar sobre el banco seco, predicando la redención y la salvación, sino que sentía dentro de sí nuevamente aquella extraña sensación de huérfana soledad, y de repente había comprendido con terrible claridad que tendría que morir completamente solo. Le embargó una vaga y sin embargo curiosa esperanza de que todo sería mejor, mucho mejor, si hubiera podido estar encima del banco: vio a Ilona ante él, a una Ilona vestida con el uniforme del Ejército de Salvación, una Ilona que elevaba sus ojos hacia él en espera de un gesto liberador para tocar el tamboril y entonar el himno. Pero Korn se había plantado a su lado con su sonrisa de conejo, sacando la cabeza del cuello mojado del abrigo, y esta visión

hizo que se desvaneciera la esperanza. Esch torció la boca, su expresión se tornó despectiva y casi le pareció bien que no existiera ninguna comunidad. En cualquier caso, se alegró de que el policía los hubiera dispersado.

Delante iba Lohberg con el soldado del Ejército de Salvación, sucio de barro, y con una de las dos muchachas. Esch pisoteaba la nieve tras ellos. Sí, ya toquen el tambor o lancen los platos, basta con que se lo ordenen, es siempre lo mismo y lo único que varía es el traje. Y entonan cánticos al amor en cualquier parte. «Amor perfecto y redentor», Esch no pudo contener la risa y decidió comunicar su opinión al respecto a la valiente muchacha salutista. Cuando llegaron cerca de la Thomasbräu, la muchacha se detuvo, apoyó el pie en un saliente del muro, se inclinó y empezó a abrocharse los cordones de las mojadas y deformadas botas. En aquella postura, así encogida, el negro sombrero de paja inclinado sobre las rodillas, era una masa completamente inhumana, un aborto de la naturaleza, aunque poseía, sin embargo, cierto realismo mecánico, por así decirlo, y Esch, que en otras circunstancias habría aprovechado tal postura para dar una palmadita a la parte del cuerpo más sobresaliente, se asustó un poco al comprobar que no sentía ningún deseo de hacerlo, y casi le pareció que se había derrumbado un puente más entre él y sus semejantes y echó de menos Colonia. En aquella ocasión, en la cocina, él había deseado ponerle las manos debajo de los pechos; sí, a mamá Hentjen le estaba permitido agacharse para abrocharse los zapatos. Pero como todos los hombres tienen idénticos pensamientos, Korn, que cuando estaba de buen humor tuteaba a todo el mundo, señaló a la muchacha: «¿Crees que se dejaría?». Esch le lanzó una mirada envenenada, pero Korn persistió en su idea: «Seguro que estos soldados lo hacen entre sí». Entretanto habían llegado a la cervecería y penetraron en la sala clara y ruidosa, donde olía agradablemente a asado, cebollas y cerveza.

Aquí sufrió Korn una decepción, pues los miembros del Ejército de Salvación no se dejaron convencer y no quisieron sentarse con ellos a la mesa, sino que se despidieron y se congregaron para vender sus periódicos en la sala. También Esch hubiera preferido que no le dejaran sólo en compañía de Korn: todavía se agitaba en su alma un resto de esperanza de que ellos pudieran restituirle lo que había sentido allá, bajo la oscura arboleda, y que no había logrado descifrar aún. Claro que, por otra parte, estaba bien que huyeran de las tontas burlas de Korn y todavía habría sido mejor que se llevaran con ellos a Lohberg, pues Korn intentaba resarcirse a costa de Lohberg embromándole y procurando que el infeliz quebrara sus principios por medio de una ración de carne con cebolla y una jarra de cerveza. Pero el débil se mantuvo firme, dijo pausadamente: «Con la vida de los seres humanos no se juega», y no tocó ni la carne ni la cerveza, de modo que Korn, nuevamente decepcionado, y furioso además, tuvo que resignarse a ingerir él lo encargado, para que el camarero no se lo llevara intacto. Esch contemplaba el fondo oscuro de su jarra; era curioso que la salvación dependiera de que uno bebiera o no. Sin embargo, le estaba casi agradecido a aquel idiota obtuso de suaves modales. Lohberg permanecía sentado en

silencio, sonriendo, y de vez en cuando uno imaginaba que iban a brotar lágrimas de sus grandes ojos blancos. Pero cuando los miembros del Ejército de Salvación, en sus idas y venidas por entre las mesas, se acercaron de nuevo a ellos, se puso en pie y pareció como si fuera a gritarles algo. Mas no lo hizo, en contra de lo que cabía esperar, sino que simplemente se quedó de pie. De pronto, sin más ni más, dijo una palabra carente de sentido, incomprensible para todos los que la oyeron; en voz muy alta y clara dijo: «Redención», y luego volvió a sentarse. Korn miró a Esch y Esch miró a Korn. Pero cuando Korn se llevó un dedo a la frente, para indicar con un movimiento circular el estado mental de Lohberg, la imagen cambió de modo altamente extraño y alarmante, y pareció que la palabra «redención» flotara liberada por encima de las mesas, retenida y no obstante liberada por un mecanismo invisible y giratorio, liberada también por los labios que la habían pronunciado. Y aunque el desprecio por el idiota no disminuyera ni un ápice, parecía que el reino de la redención existía, podía existir, debía existir, aunque sólo fuera porque Korn, aquel pedazo de bestia muerta de anchas posaderas que estaba sentado en la Thomasbräu, era incapaz de pensar hasta la próxima esquina, y no digamos los confines de la libertad redimida. Y, pese a que Esch no por eso iba a transformarse en un dechado de virtudes, sino que golpeó la mesa con la jarra para pedir otra cerveza, sin embargo se quedó silencioso igual que Lohberg, y cuando Korn, tras levantarse todos de la mesa, propuso ir en busca de mujeres con el casto José, Esch se negó a acompañarlo hoy, dejó plantado en la calle al chasqueado Balthasar Korn y acompañó a su casa al comerciante de tabacos, oyendo con gran satisfacción tras de sí los improperios que les lanzaba Korn. Había cesado de nevar y, en el cálido viento que se había levantado, flotaban las feas palabras como vaporosas cintas primaverales.

En esta tribulación especial que se apodera de todo ser humano cuando dejada atrás la niñez, empieza a darse cuenta de que deberá acudir solo, rotos todos los puentes, al encuentro de su muerte única y exclusiva, en esa tribulación especial que en realidad hay que llamar ya temor de Dios, el hombre busca una compañía para poder, cogido de la mano de otro, avanzar hacia el oscuro portalón, y cuando la experiencia le ha enseñado cuán innegablemente delicioso es acostarse con otro ser humano, piensa que esta íntima unión de la piel puede durar hasta la tumba: aunque muchas cosas parezcan repugnantes, porque tienen lugar entre sábanas ordinarias y mal tendidas, o porque se podría creer que a una chica sólo le interesa ser protegida por un hombre en los últimos años de su vida, sin embargo no se debe olvidar nunca que cualquier ser humano, aunque tenga la piel amarilla, sea pequeño y canijo y le falte visiblemente un diente arriba a la izquierda, invoca con sus gritos, a pesar del agujero dental, aquel amor que lo debe preservar de la muerte por la eternidad, de un miedo a la muerte que diariamente desciende con la noche sobre la criatura que duerme en soledad, un miedo que lo lame y lo envuelve como una llama, en el momento en que se despoja

de sus ropas, como lo está haciendo ahora la señorita Erna: se desabrochó el descolorido corpiño de terciopelo rojo y dejó caer al suelo la falda de color verde oscuro, así como la enagua. También se quitó los zapatos; en cambio, conservó puestas las medias y el refajo blanco almidonado, sí, no acababa de decidirse a desabrocharse el corsé. Tenía miedo, pero ocultaba el miedo tras una sonrisa astuta y, a la luz oscilante de la vela que ardía sobre la mesilla de noche, se deslizó en la cama sin acabar de desnudarse.

No tardó mucho en oír los pasos de Esch en el vestíbulo; hacía mucho ruido, mucho más del que correspondía a las operaciones que realizaba. Tal vez eran incluso innecesarias tales operaciones, pues ¿para qué tenía que ir a buscar agua por segunda vez?, y el cubo no era tan pesado como para que se viera obligado a dejarlo en el suelo con tanto ruido, y precisamente ante la puerta de Erna. Cada vez que la señorita Erna le oía, no quería ser menos y también hacía ruido: se acomodaba en la cama chirriante, chocaba adrede contra la pared y, como si estuviera medio dormida, suspiraba: «¡Dios mío!», y recurría también a la tos y al carraspeo. Pero Esch era un hombre de comportamiento impulsivo y, tras haberse comunicado telegráficamente un rato con Erna de este modo, entró decidido en la habitación de la mujer.

Ahí estaba la señorita Erna, en su cama, y sonreía pícaro y maligno, pero al mismo tiempo amable, mostrando el hueco donde le faltaba un diente. En realidad a él no le gustaba. De todos modos, hizo caso omiso de sus amonestaciones: «Pero, señor Esch, haga usted el favor de salir inmediatamente», y permaneció tranquilamente en la habitación, y no lo hizo solamente porque era una persona de grosera sensualidad, como la inmensa mayoría de los hombres; no lo hizo solamente porque dos personas de distinto sexo que conviven bajo un mismo techo apenas pueden escapar a la mecánica de su corporalidad y se rinden a ella irreflexivamente con la consideración «¿y por qué no?»; no lo hizo solamente porque intuía lo mismo en ella y no tomaba en cuenta sus amonestaciones; no lo hizo desde luego únicamente por seguir el impulso de sus bajos instintos, aun cuando entre éstos se pudieran contar también los celos, que se despiertan en cualquier hombre cada vez que ve a una muchacha coqueteando con un tipo como el señor Gernerth, sino que para el hombre Esch era también un hecho que el placer que todo hombre cree buscar como un fin en sí mismo obedece a una finalidad superior, que él apenas intuye pero que sin embargo le domina, y que no es otra cosa que el propósito de aturdir aquel miedo poderoso que va más allá de sí mismo, aunque a veces parezca ser únicamente el miedo que se apodera del viajante de comercio, cuando se acuesta en una solitaria cama de hotel, lejos de la mujer y de los hijos; miedo y placer del viajante, que se acuesta con una camarera fea y avejentada, empleando a veces desgarradoras obscenidades y sintiendo muy a menudo remordimientos. Esch, naturalmente, al dejar violentamente el cubo en el suelo, no pensaba en la soledad que había caído de nuevo sobre él desde que abandonó Colonia, no pensaba tampoco en la soledad que reinaba en el escenario momentos antes de que Teltscher hiciera silbar sus rutilantes cuchillos. Pero ahora, al

sentarse al borde de la cama de la señorita Erna e inclinarse sobre ella deseándola, quería algo más de lo que se supone anhela un hombre en el ardor del deseo, porque detrás de lo aparentemente tan palpable, y tan vulgar, se esconde siempre la nostalgia, la nostalgia del alma prisionera que busca la redención de su soledad por medio de una salvación que valía para él y para ella, sí, quizá para todos los hombres y desde luego también para Ilona, una salvación que la mujer Erna no le podía procurar, porque ni ella ni él sabían qué era lo que él buscaba. Por eso la cólera que le invadió cuando ella no le permitió llegar al final y lo rechazó suavemente con las palabras «Cuando seamos marido y mujer», y no fue sólo la cólera propia del hombre despechado ni el enfado de haber descubierto la mascarada de la vestimenta de ella; era algo más, era desesperación lo que traslucían sus palabras, aunque tuvieran apariencia de algo noble, cuando, desengañado, replicó: «Bueno, pues no». Y aunque para él la negativa fue como una advertencia de Dios señalándole la castidad, salió inmediatamente de la casa en busca de una muchacha más complaciente. Esto mortificó a Erna.

Desde aquella noche hubo entre Esch y la señorita Erna una guerra abierta. Ella no dejaba escapar ninguna oportunidad para excitar el deseo de Esch, y él aprovechaba cualquier pretexto para intentar llevar a la cama a la recalcitrante sin promesa de casamiento. Las hostilidades se iniciaban por la mañana, cuando ella le llevaba el desayuno a la habitación apenas terminaba él de vestirse, concupiscente atención maternal que le llenaba de furor, y terminaban por la noche, tanto si ella cerraba su cuarto como si le permitía entrar en él. Ninguno de los dos pronunciaba nunca la palabra «amor» y, aunque no estalló entre ambos un odio declarado sino que se limitaban a intercambiar bromas malignas, se debía a que todavía no se habían poseído mutuamente.

Esch pensaba a menudo que con Ilona hubiera sido distinto y mejor, pero, por extraño que parezca, no se atrevía ni a rozarla con el pensamiento. Ilona era algo superior, como lo era también, en cierto modo, el presidente Bertrand. Y a Esch no le ofendió que una de las bromas de Erna consistiera en impedir que él se comunicara con Ilona, antes al contrario, le parecía bien, aunque le exasperaban los chuscos aspavientos y las irónicas burlas. Ahora Ilona iba casi todos los días a la casa, y entre ella y Erna había nacido una especie de amistad. Lo que ambas pudieran tener en común era un misterio para Esch: cuando él llegaba a casa y percibía el barato y penetrante perfume de Ilona, que siempre le excitaba, encontraba a las dos mujeres sumidas en un extraño y mudo diálogo: Ilona no había aprendido ni una palabra más de alemán y la señorita Erna tenía que conformarse con acariciar a su amiga, colocarla frente al espejo y toquetear con admiración su peinado y sus vestidos. Esch se sentía casi siempre excluido. Erna parecía querer ocultarle incluso la presencia de su amiga. Una noche en que estaba sentado inocentemente en su cuarto, sonó la

campanilla de la puerta. Oyó que Erna abría, y no habría sospechado nada, si de pronto no hubiera girado la llave de su puerta. Se abalanzó hacia ella: ¡estaba cerrada! ¡Aquella mujerzuela lo había encerrado! Y aunque de suyo habría tenido que ignorar aquella broma tonta, el impulso de rebeldía fue más fuerte que él y empezó a gritar desaforadamente y a golpear la puerta, hasta que por fin la señorita Erna abrió y se deslizó en el cuarto con una sonrisita de conejo. «Bien», dijo, «ahora me puedo dedicar a usted... Tenemos visita, pero ya se ocupa de ella Balthasar». Esch escapó furioso de allí.

Una noche que llegó tarde a casa, percibió de nuevo en la entrada su perfume. O sea que ella había estado otra vez allí, o estaba todavía, porque acababa de descubrir su sombrero colgado en la percha. Pero ¿dónde se escondía? La sala estaba a oscuras. En la estancia contigua se oía a Korn que roncaba. ¡Ella no se habría ido sin sombrero! Atisbó ante la puerta de Erna; tuvo la deprimente e inquietante idea de que las dos mujeres estaban juntas en la cama. Oprimió el picaporte con sumo cuidado; la puerta no cedió, estaba con el cerrojo echado, como siempre que la señorita Erna deseaba realmente dormir. Esch se encogió de hombros y se dirigió a su cuarto haciendo mucho ruido. Pero no podía permanecer en cama; miró en la sala; el perfume flotaba todavía en el aire y el sombrero seguía en la percha. Algo no marchaba bien, estaba seguro, y Esch recorrió la casa sigilosamente. De pronto le pareció percibir un susurro en la habitación de Korn; desde luego, Korn no era de esos tipos que suelen susurrar, y Esch escuchó con mayor atención: Korn gemía, gemía sin lugar a dudas, y Esch, un hombre que nada podía temer de una persona como Korn, salió huyendo descalzo hacia su cuarto, como si algo horrible le persiguiera. Hubiera querido taparse los oídos.

Por la mañana Erna le despertó de un sueño pesado y, antes de que él pudiera preguntar nada, le dijo: «¡Pst, una sorpresa! ¡Levántese!». Esch se vistió a toda prisa y, cuando entró en la cocina donde Erna estaba ocupada en sus quehaceres, ella le tomó de la mano y le condujo de puntillas a su habitación, entreabrió ligeramente la puerta y con un gesto le indicó que mirase dentro. Allí vio a Ilona: dejaba colgar fuera de la cama el brazo muy blanco, todavía sin ninguna herida de cuchillo; en su rostro, un poco hinchado, se destacaban las oscuras bolsas de debajo de los ojos, y dormía.

Desde aquel día Ilona aparecía con frecuencia a altas horas de la noche y pasó relativamente bastante tiempo hasta que Esch comprendió que Ilona pasaba la noche con Balthasar Korn, y que Erna, por así decirlo, encubría con su propio cuerpo los amores de su hermano.

Martin le visitó en su oficina del almacén. Era curioso comprobar que aquel proscrito, que parecía tener que ser expulsado por cualquier portero de empresa que respetase las órdenes, encontrase siempre la forma de entrar y, sin ocultarse lo más mínimo,

con absoluta tranquilidad, se pasease por los talleres oscilando sobre sus muletas, sin que nadie le detuviera, recibiendo incluso amables saludos por parte de muchos; probablemente se debía también a que nadie se atreve a meterse con un lisiado. Precisamente en su trabajo a Esch no le hacía ninguna falta el secretario del sindicato; Martin hubiese podido esperarle perfectamente fuera, pero, por otra parte, era un hombre en quien se podía confiar: sabía cuándo podía venir y cuándo debía alejarse; era un tipo decente. «Buenos días, August», le saludó con sencillez. «Sólo quería saber cómo te van las cosas. Estás muy bien aquí; has ganado con el cambio». ¿Acaso el tullido quería recordarle que debía estarle agradecido por este maldito Mannheim? De todos modos, no se podía hacer responsable a Martin por el asunto surgido entre Korn e Ilona; así que Esch, si bien de mal talante, respondió que sí, que había sido un buen cambio. Y era verdad, en cierto modo. Pues ahora que Martin le hacía recordar su anterior trabajo y Nentwig, Esch se sentía feliz de haber perdido de vista Colonia. Seguía manteniendo en secreto la mala acción de Nentwig, como si él hubiera sido su cómplice, y el hecho de poderse encontrar en cualquier esquina con aquel pillastre le quitaba todas las ganas de regresar allá. Colonia o Mannheim, en realidad daba igual... ¿Dónde debería uno vivir para verse libre de tanta porquería? No obstante, preguntó a Martin qué novedades había en Colonia. «Más tarde», contestó Martin. «Ahora no tengo tiempo. ¿Dónde almorzarás?» Y en cuanto lo supo, se alejó aprisa con andares de pato.

Esch, a pesar de todo, se alegraba de aquel reencuentro y, como era un hombre impaciente, se le hizo muy larga la espera hasta el mediodía. Durante la noche había llegado la primavera y Esch dejó su chaqueta en el almacén. El pavimento brillaba al sol del mediodía con alegres reflejos entre los cobertizos, y había surgido de pronto la hierba, tierna y fresca, en las esquinas de las edificaciones, entre las piedras. El cálido sol del mediodía calentaba el ambiente. Al pasar por delante de las rampas de carga y descarga, pasó la mano por los rebordes de hierro que recubrían los extremos de las planchas ásperas de madera, y también el hierro estaba caliente. Caso de no ser trasladado a Colonia tendría que hacerse traer pronto su bicicleta. Se respiraba profundamente, con facilidad, y la comida tenía un sabor distinto, tal vez porque las ventanas del restaurante estaban abiertas. Martin le contó que había venido a causa de una huelga; de no ser por eso, habría tardado más tiempo. Pero en las fábricas del sur de Alemania y en las de Alsacia estaba ocurriendo algo y estas cosas trascienden enseguida.

—Por mí, pueden hacer todas las huelgas que quieran, pero nosotros debemos mantener la calma. Una huelga de transportistas sería hoy una auténtica locura... Somos un sindicato pobre y de la central no puede esperarse ni un céntimo... Sería una bonita manera de echarlo todo a rodar. Naturalmente no se puede contar con los navegantes; cuando un mulo de éstos se empeña en ir a la huelga, ni el diablo puede evitarlo. A mí, tarde o temprano, me matarán a golpes. —Decía todo esto sin amargura, con aire benévolo—. Ahora ya me gritan otra vez que estoy pagado por los

armadores.

—¿Por Bertrand? —preguntó Esch interesado.

—Evidentemente, también por Bertrand.

—Qué cerdo —exclamó Esch.

Martin se rió:

—¿Bertrand? Es un hombre dignísimo.

—Vaya, vaya, con que un hombre dignísimo... ¿Es verdad que es un oficial renegado?

—Sí, parece que abandonó la carrera militar. Y eso no hace más que hablar a favor del hombre.

¿O sea que esto hablaba a favor del hombre? No había nada claro, pensó Esch furioso, nada estaba claro, ni siquiera en un día tan hermoso de primavera.

—Yo sólo quisiera saber por qué sigues ocupándote de estas cosas.

—Cada uno se encuentra en el lugar donde Dios le ha puesto —dijo Martin, y su cara de niño envejecido adquirió una expresión de piedad.

Después le transmitió a Esch saludos de mamá Hentjen y añadió que todos esperaban con alegría que Esch les visitara pronto.

Después de comer se dirigieron a la tienda de Lohberg. Les sobraba un poco de tiempo y Martin descansó en la maciza silla de roble que estaba frente al mostrador y que era tan sólida y limpia como todo lo que había en el local. Martin, habituado a mirar cualquier papel impreso que se pusiera a su alcance, hojeó las revistas suizas antialcohólicas y vegetarianas.

—¡Diantre! —exclamó—. He aquí casi a un correligionario. —Lohberg se sintió halagado, pero Esch le agrió la alegría—: Sí, pertenece a la cofradía de los hermanos de la limonada. —Y, para anonadarle aún más, añadió—: ¡Geyring tiene hoy una gran reunión, pero una reunión auténtica, nada de Ejército de Salvación!

—Por desgracia —comentó Martin.

Lohberg, que sentía una debilidad por las reuniones públicas y por los discursos, propuso inmediatamente asistir.

—Déjelo para otra ocasión —dijo Martin—. Esch, por lo menos, no debe acudir, pues podría perjudicarlo que le vieran allí. Además, puede que las cosas se compliquen.

Esch no temía precisamente poner en peligro su empleo, pero, cosa extraña, el asistir a la reunión le parecía casi una traición respecto a Bertrand. Lohberg, en cambio, dijo en tono audaz: «Yo iré de todos modos», y Esch se sintió avergonzado por el hermano de la limonada: no, no era posible abandonar a un amigo que estaba en peligro, y, si lo hacía, jamás podría presentarse de nuevo ante mamá Hentjen. No obstante, se calló lo que había decidido. Martin explicó: «Creo que los armadores nos enviarán algunos agentes provocadores; a ellos les conviene mucho que se produzca una huelga salvaje». Y aunque Nentwig no era armador, sino el obeso administrador de un negocio de vinos, a Esch le dio la impresión que aquel malvado había metido

su gordinflona mano en este pérfido asunto.

La reunión, como de costumbre, tuvo lugar en la sala de una pequeña taberna. Ante la puerta había unos policías que examinaban a los que entraban, y éstos fingían no reparar en los agentes del orden. Esch llegó tarde; cuando se disponía a entrar, alguien le dio una palmadita en el hombro y, al volverse, se encontró con el inspector encargado de la vigilancia del puerto: «¿Qué le trae por aquí, señor Esch?». Esch recobró el dominio inmediatamente. En realidad, simple curiosidad; se había enterado de que Geyring, el secretario del sindicato, a quien él había conocido en Colonia, iba a hablar aquí, y como él en cierta manera pertenecía al ramo, le interesaba todo aquello. «Yo no se lo aconsejo, señor Esch», dijo el inspector, «precisamente porque usted pertenece al ramo, como acaba de decir; aquí la cosa está que arde y en nada puede beneficiarle quedarse». «Quiero echar un vistazo», resolvió Esch, y entró.

La sala de bajo techo, adornada con retratos del emperador, del gran duque de Baden y del rey de Württemberg, estaba de bote en bote. En el estrado había una mesa cubierta con un paño blanco y detrás de ella cuatro hombres sentados; uno de ellos era Martin. Esch, con un poco de envidia al principio por no poder ocupar él también un lugar destacado, se sorprendió de haber notado siquiera la existencia de la mesa, dado el ruidoso caos que reinaba en la sala. Y pasó un buen rato hasta que vio que un hombre se había subido a una silla en mitad de la sala y soltaba un discurso ininteligible, subrayando cada palabra —le gustaba sobre todo la palabra «demagogo»— con un gesto grandilocuente, como arrojándola contra la mesa del estrado. Era una especie de diálogo desigual, ya que la respuesta de la mesa era sólo el tintineo de una campanilla a la que nadie hacía caso, pero que al fin se impuso, cuando Martin, apoyado en el respaldo de la silla y en las muletas, se levantó y acalló el griterío. En realidad no se entendía bien lo que estaba diciendo, con aquel tono algo cansado, rutinario e irónico del típico orador habituado a reuniones públicas, pero Esch se dio cuenta de que Martin valía más que todos los que vociferaban a su alrededor. Casi parecía que a Martin no le importara hacerse escuchar, pues de pronto se calló y aguantó impertérrito las imprecaciones de: «vendido a los capitalistas», «cerdo estatal», «socialista imperial», hasta que entre todos los silbidos se oyó uno más penetrante... y en medio del repentino silencio subió al estrado un oficial de la policía y dijo brevemente: «En nombre de la ley, se suspende la asamblea. Despejen la sala». Y mientras Esch era empujado a través de la puerta por los que querían salir, tuvo tiempo de ver que el oficial se dirigía a Martin.

Como obedeciendo una consigna, se precipitaron casi todos hacia la salida trasera del local. Desde luego no les sirvió de nada, pues entretanto la policía había rodeado completamente la casa, y todos tuvieron que identificarse o ir a la comisaría. En la entrada principal el tumulto era menor; Esch tuvo la suerte de encontrarse de nuevo con el inspector del puerto y pudo decirle rápidamente: «Tenía usted razón; una vez y no más», y así escapó al registro que hacía la policía. Pero la cosa no había terminado. La gente se quedó frente al local; se comportaban con moderación y sólo

proferían de vez en cuando gritos de protesta contra el comité, el sindicato y Geyring. Pero de pronto corrió el rumor de que los del comité y Geyring habían sido arrestados, y sólo se esperaba a que la gente se marchara, para llevárselos. Entonces se produjo una conmoción general: Todos empezaron a silbar y parecía que la multitud iba a arremeter contra la policía. El amable inspector de policía, junto al que Esch se había quedado, le dio un golpecito: «Ahora sí tiene usted que esfumarse, señor Esch», y Esch, viendo que nada podía hacer allí, se retiró hasta la esquina más próxima, con la esperanza de encontrar a Lohberg en alguna parte.

Ante el local, el tumulto duró todavía un buen rato. Después aparecieron seis policías a caballo y, como estos animales, aunque dóciles, son también un poco locos, y por eso ejercen una influencia mágica sobre muchas personas, este pequeño refuerzo hípico fue decisivo. Esch vio todavía que varios obreros, con las manos esposadas y entre el silencio asustado de los demás, eran escoltados por la policía, y luego la calle quedó vacía. Donde había todavía un par de personas juntas, éstas eran dispersadas bruscamente por los policías, ahora impacientes y brutales, y Esch, suponiendo con fundamento que a él no le tratarían con mayor consideración, despejó el campo.

Fue a la tienda de Lohberg. No había regresado aún, y Esch esperó de pie junto a la puerta, en la cálida noche primaveral. Ojalá no se hubieran llevado también a Lohberg con las manos esposadas. Aunque, en realidad, hubiera sido en cierto modo divertido. ¡Lo que diría Erna, si viera encadenado a aquel dechado de virtudes! Cuando Esch se disponía ya a abandonar la espera, apareció Lohberg, terriblemente excitado y casi llorando. Nunca le había pasado nada igual. Y había sido terrible. Poco a poco y de forma muy confusa supo Esch que la reunión se había desarrollado, al principio, con toda normalidad, aunque le habían gritado al señor Geyring, que había hablado muy bien, toda clase de asquerosidades. Luego se había levantado un tipo que evidentemente era uno de los agentes *provocateurs* de que el propio señor Geyring había hecho mención al mediodía, y había pronunciado un discurso tremendo contra los propietarios, contra el Estado y contra el propio emperador, de modo que el oficial de policía había amenazado con disolver la reunión si continuaba en aquel tono. En forma incomprensible, el señor Geyring, que debía saber perfectamente qué clase de pájaro era aquel individuo, no lo había desenmascarado como *agent provocateur*, sino que le protegió incluso y exigió que se le permitiera hablar. Entonces la cosa se puso naturalmente cada vez más fea y por fin la reunión fue disuelta. Los del comité y Geyring habían sido efectivamente detenidos: lo podía afirmar con plena certeza, pues había sido uno de los últimos en abandonar la sala.

Esch estaba desconcertado, en realidad más desconcertado de lo que quería admitir. Sólo sabía que debía beber algo, beber vino, a fin de poner orden en el mundo: Martin, que estaba en contra de la huelga, había sido arrestado, arrestado por una policía que estaba de parte de los armadores y de un oficial renegado, una policía que arremetía bárbaramente contra un inocente... ¡tal vez porque se le había quedado

a deber la cabeza de Nentwig! Y, sin embargo, el inspector del puerto se había comportado muy amablemente con él, e incluso le había protegido. Esch sintió de pronto una profunda cólera contra Lohberg; aquel maldito idiota con su eterna limonada estaba probablemente consternado sólo porque esperaba una reunión pobre y edificante y no comprendía que las cosas podían ponerse muy duras. Aquella manía de constituir asociaciones le pareció de pronto a Esch nauseabunda: ¿para qué tantas asociaciones? No hacen más que cimentar el desorden y son probablemente las que provocan todo esto. De mal talante, la emprendió contra Lohberg: «Llévese de aquí esta maldita limonada o se la tiro al suelo... Si bebiera usted vino de verdad, al menos sería capaz de dar explicaciones más sensatas». Pero Lohberg se limitó a mirarle con ojos muy abiertos, en cuyo blanco se destacaban unas venitas rojas, y desde luego era totalmente incapaz de hallar una solución a las dudas de Esch, dudas que se acrecentaron a la mañana siguiente, cuando se supo que los cargadores y navegantes habían suspendido el trabajo en señal de protesta por la detención de Geyring, secretario de su sindicato. El ministerio público había presentado contra Geyring una acusación por el delito de incitar a la rebelión.

Durante la representación, Esch estuvo sentado con Gernerth en la llamada oficina de la dirección, que le recordaba siempre su jaula acristalada del almacén. Allí fuera trabajaban Teltscher e Ilona, y Esch oía cómo se clavaban los silbantes cuchillos en la tabla negra. Sobre el escritorio había una cajita blanca que tenía pintada una cruz ginebrina y debía de contener el botiquín. Seguro que en ella no había ni siquiera vendas y que nadie la había abierto desde hacía años, pero Esch estaba convencido de que Ilona entraría de un momento a otro para vendarse sus sangrantes heridas. En lugar de Ilona entró Teltscher, algo sudoroso y con aire muy satisfecho; se secó las manos con el pañuelo y dijo: «Un trabajo de primera clase, un trabajo de gran mérito... lo cual significa una buena remuneración». Gernerth echaba cuentas en su bloc de notas: alquiler de la sala, 22 marcos; impuestos, 16 marcos; iluminación, 4 marcos; honorarios... «No me importune más con todo esto», dijo Teltscher, «me lo sé de memoria... He invertido cuatro mil coronas en el negocio, y no las veré nunca más... A mí me tenía que pasar esto... Señor Esch, ¿conoce usted a alguien que me pudiera sacar de este lío? Un veinte por ciento de rebaja y a usted el diez en concepto de comisión». Esch conocía de sobras estos estallidos y ofertas, por eso no le causaban ya ningún efecto, si bien habría ofrecido a Teltscher lo que fuera con tal de hacerle desaparecer, a él y a Ilona.

Esch estaba de mal humor. Desde que encarcelaron a Martin la vida se había oscurecido en sus cimientos: no tenía importancia que las escaramuzas con Erna se hubieran hecho insoportables y francamente molestas, pero que Bertrand se hubiera aliado con la policía y que la policía se hubiera comportado de forma tan vil era más que suficiente para exasperarle a uno, y la relación entre Ilona y Korn, que ninguno

de los dos, ni tampoco Erna, se esforzaban ya en ocultar, resultaba repugnante. Era nauseabundo. No quería ni pensar en ello; pero Ilona era un ser superior. Sí, lo mejor sería no saber nada más de ella y perderla de vista para siempre. Igual que al presidente Bertrand y su Mittelrheinische. Esch lo vio claramente en el momento en que entró Ilona, ya vestida de calle, y se sentó muda y seria, sin que ninguno de los hombres le prestara atención. Ahora aparecería enseguida Korn a buscarla; entraba y salía allí como Pedro por su casa.

Ilona se había enamorado sinceramente del corpulento Balthasar Korn, tal vez porque le recordaba algún amor de juventud con algún suboficial del ejército, o tal vez simplemente porque Korn era totalmente distinto a aquel Teltscher débil, hábil, indiferente y duro de corazón, no obstante, en su misma debilidad. Desde luego Esch no quería devanarse los sesos pensando en esa cuestión; ya era bastante que una mujer, a la que él mismo había renunciado porque estaba destinada a algo superior, fuera degradada por un tipo como Korn. Lo que resultaba inexplicable era la conducta de Teltscher. El tal individuo era sin duda un rufián, pero esto no molestaba a nadie. Además todo el asunto no podía beneficiar mucho a Teltscher: Korn no reparaba en gastos e Ilona, con el vestido nuevo que él le acababa de regalar, tenía un aspecto espléndido, tan espléndido que la señorita Erna ya no secundaba la costosa pasión amorosa de su hermano con la misma benevolencia que al principio, pero Ilona no quería aceptar un solo céntimo de Korn y él tenía que imponerle a la fuerza sus regalos; tanto le amaba ella.

Korn cruzó la puerta e Ilona se abrazó a su pecho uniformado con cariñosas palabras de lengua del este. ¡No, aquello no se podía soportar! Teltscher rió: «Ella tiene que divertirse», y mientras se alejaban los dos, Teltscher le gritó a ella unas palabras en húngaro, evidentemente malignas, que le valieron no sólo una mirada llena de odio por parte de Ilona, sino también la amenaza por parte de Korn, dicha medio en serio y medio en broma, de que algún día mataría a ese judío lanzador de cuchillos. Teltscher no hizo el mínimo caso, sino que volvió a sus reflexiones de negocios:

—Tenemos que presentar algún número que no resulte caro y que atraiga al público.

—Vaya sensacional descubrimiento ha hecho el señor Teltscher-Teltini —dijo Gernerth, y siguió con las cuentas de su bloc. Después levantó los ojos—: ¿Qué les parecería un espectáculo de lucha femenina?

Teltscher silbó entre dientes:

—La idea merece ser tenida en cuenta. Claro que sin algo de dinero tampoco se puede llevar a la práctica.

Gernerth garrapateó unas cifras:

—Se necesita un poco de dinero, no mucho. Las mujeres salen baratas. También se necesitarían unas mallas... Habría que interesar a alguien en el asunto.

—Yo las entrenaría —dijo Teltscher—, y también podría hacer de árbitro. Pero

¿en Mannheim? —hizo una mueca despectiva—. Como si no se viera de qué modo marchan aquí los negocios. ¿Qué piensa usted de esto, Esch?

Esch no tenía una opinión definida, pero de pronto abrigó la esperanza de que, si se trasladaba el espectáculo, Ilona podría ser liberada de las garras de Korn. Y, como Colonia era el lugar más cercano, dijo que aquella ciudad le parecía el lugar más apropiado para números de lucha; el año anterior los hubo en el circo, desde luego hechos en serio, y tuvieron éxito. «También nosotros lo haríamos en serio», dijo Teltscher lleno de buenos propósitos. Hablaron todavía mucho tiempo de unas cosas y otras, hasta que finalmente se encargó a Esch que, en su inminente visita a Colonia, se pusiera en contacto con el agente teatral Oppenheimer, a quien Gernerth habría escrito entretanto. Y si Esch lograba además reunir algún dinero para el proyecto, esto no sería sólo una prueba de amistad, sino que le proporcionaría también un beneficio.

Esch no conocía de momento a nadie que pudiera aportar dinero. Pero para sus adentros pensó en Lohberg, que podía ser considerado casi como un hombre rico. ¿Podría un casto José sentir algún interés por los combates de mujeres?

Aunque con las detenciones efectuadas, los trabajadores del puerto y los navegantes habían perdido a casi todos sus dirigentes, la huelga continuaba desde hacía ya diez días. Había algunos trabajadores voluntarios, pero como no bastaban para las tareas de carga y descarga ferroviarias, y la navegación estaba en parte paralizada, se les empleaba sólo en los trabajos más urgentes. En los almacenes reinaba una tranquilidad dominical. Esch estaba de mal humor, porque probablemente no le sacarían de allí antes de que terminara la huelga, y vagaba ocioso por el almacén, se rascaba la espalda contra los quicios de las puertas y finalmente escribió a mamá Hentjen. Le contó los acontecimientos relacionados con el encarcelamiento de Martin, le habló de Lohberg, pero no le dijo nada de Erna y de Korn, pues esta historia le repugnaba. Después compró otra vez varias postales y las envió a diferentes muchachas con las que se había acostado en los últimos años y cuyos nombres recordaba. Fuera, en la sombra, se hallaban los contra maestres y los jefes de almacén, y tras las puertas correderas medio abiertas de un vagón de mercancías vacío se jugaba a las cartas; Esch pensó a quién más debía escribir e intentó contar el número de mujeres que había poseído hasta el momento presente. Al no conseguirlo, le pareció que tenía entre manos una inservible lista del almacén, y, para ponerlo en claro, empezó a anotar los nombres en un papel, poniendo al lado mes y año. Después echó la suma y se sintió satisfecho, sobre todo cuando apareció Korn y como de costumbre, empezó de nuevo a decir que Ilona era una mujer estupenda, una húngara ardiente. Esch se guardó la lista en el bolsillo y dejó hablar a Korn; de todos modos no podría seguir hablando mucho tiempo. En cuanto terminara la huelga, el señor inspector de aduanas ya podía empezar a correr tras su Ilona hasta Colonia, o más

lejos todavía, hasta el fin del mundo. Y casi le dio pena aquel infeliz porque no sabía lo que le esperaba; Balthasar Korn siguió pavoneándose despreocupadamente de su conquista y cuando hubo charlado lo bastante sobre Ilona, sacó un juego de naipes. Con espíritu fraternal, buscaron a un tercero y jugaron a cartas todo el día.

Al anoecer Esch fue a la tienda de Lohberg, y lo encontró sentado, con un cigarrillo en los labios, sumido en la lectura de sus revistas vegetarianas. Las puso a un lado al entrar Esch y empezó a hablar de Martin:

—El mundo está envenenado —dijo—, no sólo con nicotina y con alcohol y con alimentación animal, sino con un veneno peor, que apenas conocemos... Lleno de tumores que revientan.

Tenía los ojos húmedos y febriles; daba la impresión de estar enfermo; era muy posible que realmente algún veneno minara su cuerpo. Esch, delgado pero fuerte, de pie ante él, con la cabeza vacía de tanto jugar a las cartas, no comprendía el sentido de aquella perorata idiota, apenas comprendió que hacía referencia a la detención de Martin; todo yacía envuelto en una absurda neblina y sólo quedaba claro que era necesario interesar al otro en la participación en el negocio teatral. A Esch no le gustaba andarse con rodeos:

—¿Quiere usted participar en el negocio teatral de Gernerth?

A Lohberg la pregunta le cogió totalmente de sorpresa y, con los ojos muy abiertos, se limitó a decir:

—¿Cómo?

—Sí, que si quiere formar parte del negocio teatral.

—Pero yo tengo ya mi negocio de tabacos.

—Usted ha dicho en repetidas ocasiones que no le gusta, y por eso pensé que sería más feliz en otro negocio.

Lohberg movió la cabeza:

—Mientras viva mi madre, he de seguir con la tienda. La mitad le pertenece a ella.

—Lástima —dijo Esch—. Teltscher cree que con espectáculos de lucha femenina se podría ganar el ciento por ciento.

Lohberg no preguntó qué era aquello de «lucha femenina», sino que se limitó a repetir:

—Lástima.

—Yo estoy también harto de mi trabajo —siguió Esch—. Ahora están en huelga; da asco verlos deambular tontamente de un lado a otro.

—¿Y qué quiere usted hacer? ¿Piensa dedicarse al teatro? Esch reflexionó; el teatro significaba estar siempre con Gernerth y Teltscher en alguna polvorienta oficina de dirección. Las actrices, además, le repugnaban desde que se había movido entre bastidores; no eran muy distintas a Hede o a Thusnelda. En realidad, en un día como hoy, tan vacío, no sabía lo que quería. «Huir lejos», dijo, «a América». En una revista ilustrada había visto fotografías de Nueva York; ahora le venían a la memoria;

había también la fotografía de un combate de boxeo en América, y esto le hizo pensar de nuevo en las luchas femeninas.

—Si pudiera ganar rápidamente el dinero para el viaje, me iría enseguida.

Él mismo se sorprendió de estar concibiendo aquella idea en serio y, muy en serio, empezó a echar cuentas: tenía casi trescientos marcos; si los invertía en el negocio de las luchas, podría en efecto aumentarlos, y ¿por qué un hombre como él, fuerte, capaz de trabajar, con mucha práctica en contabilidad, no podía intentar en América lo mismo que aquí? Por lo menos vería algo de mundo. Tal vez entonces Teltscher e Ilona tendrían el contrato neoyorquino del que Teltscher hablaba siempre. Lohberg interrumpió el hilo de sus pensamientos: «Precisamente usted sabe idiomas, cosa que a mí me falta». Esch asintió satisfecho; sí, con el francés se defendería en cualquier parte y el inglés no tenía misterios... pero para participar en la financiación de las luchas, no necesitaba Lohberg saber idiomas. «No, claro que no, pero sí para ir a América», opinó Lohberg. Y aunque para Lohberg resultaba inimaginable que alguien —y él menos que nadie— pudiera vivir en una ciudad que no fuera Mannheim, se fueron convirtiendo paulatinamente casi en compañeros de viaje y discutieron los gastos del pasaje y el modo de sufragarlos. La conversación, por un proceso natural y lógico, recayó de nuevo en los combates femeninos y, tras toda clase de reflexiones, Lohberg llegó a la conclusión de que podía disponer perfectamente de mil marcos para invertirlos en el negocio de Gernerth sin perjuicio del suyo. Desde luego esto no bastaba para adquirir la parte de Teltscher, pero era un buen principio, sobre todo si se añadían también los trescientos marcos de Esch.

El día terminó mejor de lo que había empezado. De regreso a su casa, iba Esch cavilando de qué modo podría encontrar el resto del dinero, y de pronto le vino a la mente la señorita Erna.

Por mucho que sedujera a Erna vincularse a Esch mediante lazos financieros, también en esto se mantuvo fiel a su principio de no otorgar nada como no fuera a su marido. Cuando ella le expuso torpemente lo que pensaba, Esch montó en cólera: ¿qué imaginaba de él?, ¿acaso que quería el dinero para sí mismo? Pero, en el mismo momento de decir esto, se dio cuenta de que en realidad no se trataba en absoluto del dinero y de que la señorita Erna era aún más injusta de lo que se hubiera podido hacer entender: naturalmente el dinero tenía que servir para rescatar a Ilona, naturalmente había que impedir sólo que se echaran cuchillos sobre muchachas indefensas, naturalmente él no quería el dinero para sí, pero esto no era todo, porque además no quería saber nada de Ilona —de eso ni hablar, cuando eran otros los que aportaban el dinero—, y le pareció incluso bien tener que renunciar, ¡le importaba un comino Ilona! Él tenía otros proyectos más elevados, y con razón le ofendió que Erna le acusara de pensar únicamente en sí mismo; su grosera respuesta estuvo justificada: ella podía dejar las cosas como estaban y guardarse su maldito dinero. Pero Erna

interpretó su rudeza como sentimiento de culpabilidad, se alegró de haberle pillado en falta y rezongó que conocía esos manejos, pues recordaba a cierto viajante de comercio que no sólo había gozado de sus favores, sino que, además, le había causado la dolorosa pérdida de cincuenta marcos.

Desde luego era un buen día para la señorita Erna. Esch le había pedido algo que ella pudo negarle, y además llevaba zapatos nuevos, que le producían gran satisfacción y en los que se sentía cómoda. Se había sentado en el sofá y dejó asomar las puntas de los pies, moviéndolas, por debajo de los bordes del vestido, gesto que era provocador y burlón al mismo tiempo; el leve chasquido del cuero le hacía bien y daba una agradable sensación en los tobillos. Ella no tenía ganas de terminar aquella divertida conversación y, pese al rudo punto final que había puesto Esch, le preguntó de nuevo para qué quería tanto dinero. Esch respondió otra vez que podía guardarse su maldito dinero. Lohberg colaboraría gustosamente en el negocio teatral.

—¡Ah, el señor Lohberg! —exclamó la señorita Erna—. Él sí tiene recursos y puede permitírselo.

Y con esta peculiar obstinación que caracteriza al amor en determinadas ocasiones y en virtud de la cual la señorita Erna se hubiera entregado antes a un hombre que le resultara indiferente que al señor Esch, que sólo podía conseguirla matrimonialmente, se sintió inclinada a incordiar a Esch y a ofrecer su dinero a Lohberg. Jugeteó de nuevo con las puntas de los pies:

—Sí, asociarse con el señor Lohberg sería otra cosa. Es un hombre de negocios muy formal.

—Es un idiota —dijo Esch, en parte por convicción y en parte por celos, celos que llenaron de satisfacción a la señorita Erna, pues precisamente lo que pretendía era suscitarlos.

—A usted no se lo doy —dijo tratando de hurgar en la herida.

Por curioso que parezca, esto no causó ningún efecto.

¿A él qué le importaba, en realidad? Había renunciado a Ilona y, de suyo, era Korn quien debía preocuparse de liberarla de los cuchillos. Esch contempló cómo Erna movía las puntas de los pies. Vaya cara pondría Erna si se le dijera que, en último término, debía entregar su dinero para Balthasar. Claro que con esto no se lograría nada. Tal vez el que debía pagar realmente era Nentwig. Porque si se quiere redimir el mundo, hay que atacar el centro del veneno, como decía Lohberg; el centro del veneno era Nentwig, o tal vez algo que se ocultaba detrás de Nentwig, algo más grande —tal vez algo tan grande y tan oculto como un presidente en su aislamiento inaccesible—, algo que uno no conocía. Todo esto podía sacar de sus casillas a cualquiera y Esch, aunque era un tipo fuerte y nada nervioso, sintió deseos de pisar los pies oscilantes de la señorita Erna para obligarla a estarse quieta.

—¿Le gustan mis zapatos? —preguntó ella.

—No —respondió Esch.

La señorita Erna se extrañó:

—Pues al señor Lohberg sí le gustarán... ¿Cuándo le traerá por aquí? Desde hace unos días usted lo tiene escondido... En resumidas cuentas, ¿es por celos, señor Esch?

¡Por favor! Podía traerlo inmediatamente, si ella tenía tantos deseos de verle, afirmó Esch, que esperaba que los dos se pusieran de acuerdo sobre el negocio.

—No es necesario que venga enseguida —dijo la señorita Erna—, puede venir por la noche a tomar café.

Bien, ya le transmitiría el recado, dijo Esch, y se marchó. Lohberg acudió a la cita. Sostenía la taza de café en la mano y daba vueltas con la cucharilla mecánicamente. Hasta mientras bebía, dejó la cucharilla dentro de la taza, y le molestaba en la nariz. Esch estaba sentado con las piernas muy abiertas, y preguntó si iba a venir Balthasar con Ilona y otras cosas de mal gusto. La señorita Erna no le escuchaba. Miraba con interés la raquílica cabeza de Lohberg y aquellos grandes ojos en los que destacaba el blanco; su aspecto, en verdad, hacía pensar que a la más mínima se echaría a llorar. Y ella se preguntó si aquel hombre lloraría caso de sentirse enardecido de amor y de pasión. Pensó con enojo en su hermano, por haberla arrastrado a este desesperante asunto con Esch, un hombre grosero que la llenaba de inquietud, mientras que un par de casas más allá existía un comerciante digno, muy bien situado, que enrojecía cuando ella le miraba. ¿Habría conocido ya mujer? Por todas estas razones y para excitar a Esch, llevó la conversación con gran habilidad hacia el tema del amor:

—¿Es también usted un solterón empedernido, señor Lohberg? Ya se arrepentirá cuando sea viejo, se ponga enfermo y se encuentre sin nadie que le cuide.

Lohberg enrojeció:

—Estoy esperando únicamente encontrar la mujer adecuada, señorita Korn.

—¿Y no se ha presentado todavía? —dijo la señorita Erna con una sonrisa prometedora, mientras alargaba el pie por debajo del borde de la falda.

Lohberg dejó su taza en la mesa con expresión de total desconcierto.

—Él no lo ha probado aún —intervino Esch, rezumando veneno.

Lohberg recobró el equilibrio en sus convicciones:

—Sólo se ama una vez, señorita Korn.

—¡Oh! —exclamó la señorita Erna.

Esto era claro e inequívoco. Esch casi se avergonzó de su vida impura y no le pareció improbable que hubiera sido ese grande y único amor el que había unido a mamá Hentjen con su esposo, y tal vez por eso ella exigía castidad y abstinencia en sus clientes. Y debía de ser terrible para mamá Hentjen tener que pagar la breve felicidad vivida con la renuncia a cualquier otro amor, y pensando en esto dijo:

—Muy bien, pero ¿qué pasa con las viudas? De acuerdo con esta teoría ninguna tendría derecho a seguir viviendo... Sobre todo si no tienen hijos... —y, como recordaba muchas cosas leídas en revistas, añadió—: A las viudas, en realidad, habría que quemarlas, a fin de..., a fin de, por así decirlo, redimir las.

—Es usted un hombre terrible, señor Esch —dijo la señorita Erna—. El señor Lohberg no se permitiría ni siquiera pensar una cosa tan horrible.

—La redención está en Dios —dijo el señor Lohberg—. Aquél a quien Dios concede la gracia del amor, la conserva más allá de la muerte.

—Es usted un hombre inteligente, señor Lohberg, y más de uno debiera tener muy presentes sus hermosas palabras —dijo la señorita Erna—. ¡Y aún sería más hermoso que dejarse quemar por un hombre ideal! Una cosa como esta...

Esch la interrumpió:

—Si hubiera justicia, no se necesitarían sus estúpidas asociaciones para la redención... Sí, sí, sorpréndase —casi gritaba—, no se necesitaría ningún Ejército de Salvación si la policía encerrara a la gente que lo merece en lugar de encerrar a inocentes.

—Yo sólo me casaría con un hombre que pudiera tener una buena pensión de jubilado o que pudiera dejar a su viuda lo necesario para vivir, una seguridad, por así decirlo —dijo la señorita Erna—. Una se ha merecido esta clase de hombre.

Esch sintió hacia ella un profundo desprecio. Mamá Hentjen jamás hablaría de este modo. Pero Lohberg dijo:

—Aquel que no deja bien claros sus asuntos antes de morir, es un mal padre de familia.

—Usted hará muy feliz a su esposa —dijo la señorita Erna.

Lohberg prosiguió:

—Si Dios me concede la suerte de hallar una compañera, confío en poder decir con toda seguridad que llevaremos un auténtico matrimonio cristiano. Nos apartaremos del mundo exterior para vivir únicamente nuestra felicidad.

Esch dijo con escarnio:

—Sí, igual que Balthasar con Ilona... Y por la noche se le puede lanzar contra ella un cuchillo.

Lohberg se indignó:

—Aquel que se emborracha con aguardiente barato no sabe apreciar un sorbo de agua cristalina, señorita Korn. Una pasión no es un amor.

La señorita Erna aplicó lo de cristalino a su persona y se sintió halagada:

—El traje que él le ha regalado vale treinta y ocho marcos. Me informé en la tienda. Explotar así a un hombre... Yo nunca me lo permitiría.

—Es necesario imponer orden —dijo Esch—. El inocente está en la cárcel y el culpable anda libre por ahí. Habría que matarle o matarse uno mismo.

Lohberg intervino, conciliador:

—Con la vida de los hombres no se juega.

—No —dijo la señorita Erna—, a quien habría que matar es a la mujer que no tiene sentimientos para el hombre... Cuando yo tengo que ocuparme de un hombre, soy una persona con sentimientos.

—Un amor auténtico, como el que enseña el Evangelio, se basa en el respeto

mutuo —dijo Lohberg.

—Y usted respetará a su esposa, aunque ella no sea tan culta como usted... Tanto más si es una persona con sentimientos, como debe serlo una mujer.

—Sólo una persona que tiene sentimientos está preparada y es apta para recibir la auténtica gracia redentora.

La señorita Erna dijo:

—Usted debe ser seguramente un buen hijo, señor Lohberg, un hijo que siente agradecimiento hacia su mamáita.

A Esch esta observación le puso furioso, más furioso de lo que él mismo advertía:

—Un buen hijo por aquí, un buen hijo por allá... Me río yo del agradecimiento. Mientras se sigan cometiendo injusticias, no habrá redención en el mundo... ¿Por qué se ha sacrificado Martin y está en la cárcel?

—El señor Geyring es una víctima del veneno que devora al mundo —respondió Lohberg—. Hasta que los seres humanos no vuelvan a encontrar los caminos de la naturaleza, no dejarán de causarse daño unos a otros.

La señorita Erna dijo que ella amaba también la naturaleza y que salía con frecuencia de paseo.

—Los sentimientos nobles de la humanidad —prosiguió Lohberg— únicamente pueden despertar y desarrollarse en el seno de la naturaleza libre de Dios, una naturaleza que nos reconforta.

—Con estas ideas no ha salvado usted todavía a nadie de la cárcel —dijo Esch.

—Esto lo dice usted... —opinó la señorita Erna—. Yo, en cambio, digo que una persona sin sentimientos no es una persona. Un hombre tan inconstante como usted, señor Esch, no tiene siquiera derecho a hablar... Bah, todos son iguales.

—¿Cómo se puede tener tan mala opinión del mundo, señorita Korn?

La señorita Erna suspiró:

—Desengaños de la vida, señor Lohberg.

—Pero la esperanza nos sostiene, señorita Korn. La señorita Erna miró pensativa al vacío:

—Efectivamente, si no hubiera esperanza... —y sacudió la cabeza—. Los hombres carecen de sentimientos, y demasiada inteligencia tampoco es bueno.

Esch se preguntó si mamá Hentjen y su marido habrían hablado así cuando se prometieron.

—En Dios y en la naturaleza divina reside toda esperanza —dijo Lohberg.

Erna no quiso ser menos que Lohberg:

—A Dios gracias yo voy con frecuencia a la iglesia y a confesar... —y añadió en tono triunfal—: Y nuestra santa religión católica tiene quizá más sentimientos que la luterana. Yo, si fuera hombre, no me casaría con una luterana.

Lohberg era demasiado cortés para contradecirla:

—Toda manera de dirigirse a Dios es igualmente digna de respeto... Cuando Dios une a dos seres, les otorga también la posibilidad de mantenerse unidos... Lo único

que cuenta es la buena voluntad.

Las virtudes de Lohberg le resultaron a Esch de nuevo repugnantes, pese a que, precisamente por ellas, le había comparado a menudo con mamá Hentjen.

—Cualquier idiota puede hablar por hablar —dijo fogosamente.

Despectiva, la señorita Erna informó:

—El señor Esch, como es natural, se conforma con cualquiera, no se preocupa ni de los sentimientos ni de la santa religión. Basta con que ella tenga dinero.

Lohberg dijo que se resistía a creer una cosa así.

—Pues puede usted creerlo, yo le conozco bien, no tiene sentimientos ni reflexiona... Las ideas que usted tiene, señor Lohberg, no las tiene cualquiera.

En este caso, opinó Lohberg, no podía evitar compadecerle, ya que le sería negada toda felicidad sobre la tierra.

Esch se encogió de hombros. ¡Qué sabía aquel infeliz de un mundo nuevo! Y dijo sarcástico:

—Antes restablezcan el orden.

Pero la señorita Erna había hallado la solución:

—Si dos personas trabajan juntas, si por ejemplo su esposa le ayuda en la tienda, entonces todo lo demás se da por añadidura, aunque el marido sea luterano y la mujer católica.

—Desde luego —dijo Lohberg.

—O si dos personas tienen algo en común..., intereses comunes, pongamos por caso, entonces hay que estar juntos, ¿verdad?

—Desde luego —dijo Lohberg.

La señorita Erna dirigió su mirada de lagarto hacia Esch mientras decía:

—¿Tendría usted algo en contra, señor Lohberg, de que yo también participara en el negocio teatral de que ha hablado el señor Esch? Ahora que mi hermano se ha vuelto tan inconsciente, yo, al menos, he de procurar que entre dinero en la casa.

¡Cómo podría oponerse el señor Lohberg! Y cuando la señorita Erna dijo que podía invertir la mitad de sus ahorros, o sea unos mil marcos, él, con sumo agrado por parte de la señorita Erna, exclamó:

—¡Oh, entonces seremos socios!

A pesar de todo, Esch no estaba satisfecho. El haber logrado lo que quería no tenía en resumidas cuentas importancia, tal vez porque ya había renunciado sin más a Ilona, tal vez porque el fin, en realidad, era otro y más importante, o tal vez simplemente porque —esto fue lo único que vio con absoluta claridad— de pronto se planteó serios escrúpulos:

—Hablen ustedes primero con Gernerth, el director de teatro Gernerth. Yo me he limitado a llamarles la atención sobre el negocio, pero declino toda responsabilidad.

Sí, dijo la señorita, ella ya sabía que él era un hombre al que no le gustaba hacerse responsable de nada, y no debía tener miedo de que se le pidieran cuentas. Él no era más que un soltero infiel, y ella prefería el dedo meñique del señor Lohberg a la

persona entera del señor Esch. Y el señor Lohberg debía volver con más frecuencia a tomar una taza de café.

¿Lo haría? Y como ya era tarde y todos se habían puesto de pie, se cogió al brazo de Lohberg. La lámpara derramaba sus suaves reflejos sobre sus cabezas y ambos, erguidos ante Esch, parecían una pareja de recién casados.

Esch se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero. Luego la sacudió un poco, la cepilló y examinó con atención su cuello raído. Había de nuevo alguna cosa que no marchaba debidamente. Había renunciado a Ilona, pero ahora tenía que contemplar cómo Erna se apartaba de él para ofrecer su corazón a aquel idiota. Esto iba en contra de todas las reglas de contabilidad, las cuales, como es sabido, exigen una contrapartida para cada partida. Por otra parte, seguramente —y agitó la chaqueta con un gesto de descaro—, si él quisiera, un tipo como Lohberg no podría desbancarlo tan aprisa; con aquel idiota podía él competir todavía ventajosamente; no, August Esch no era ni mucho menos un engendro, y empezó a caminar hacia la puerta, pero se detuvo antes de abrirla: bah, en realidad no le apetecía. Además, la persona que se encontraba al otro lado hubiera podido creer que él se arrastraba hasta ella en agradecimiento por sus miserables mil marcos. Esch volvió a su cama, se sentó en ella y se desabrochó los zapatos. Hasta ahí todo estaba en orden. Y que en el fondo le doliera no poder acostarse con Erna encajaba también dentro de un orden. El sacrificio es el sacrificio. No obstante, quedaba un error de contabilidad no aclarado, y de momento no se le ocurrió cuál podía ser: de acuerdo, no iría al encuentro de la hembra, renunciaría al placer. Pero ¿por qué lo hacía? ¿Tal vez para escapar al matrimonio? O sea que uno se sacrifica en nimiedades para rehuir el sacrificio auténtico y no tener que pagar con la propia persona. Esch se dijo: «Soy un cerdo». Sí, era un cerdo, ni un ápice mejor que Nentwig, el cual eludía también toda responsabilidad. ¡Un desorden en el cual el diablo se movía a sus anchas!

Y si no había orden en la contabilidad, tampoco podía haber orden en el mundo, y mientras no hubiera orden, seguiría Ilona a merced de los cuchillos, seguiría Nentwig escapando al castigo con descaro y engaños, y Martin seguiría consumiéndose eternamente en la cárcel. Reflexionó intensamente y, en el momento en que dejó caer al suelo los calzoncillos, salió de dudas: los otros habían puesto su dinero a disposición de la idea de los combates, y él, que no tenía dinero, tenía que pagar con su persona, no precisamente casándose, pero sí poniéndose a disposición de la nueva empresa. Y como esto, lamentándolo mucho, no podía conciliarse con su empleo en Mannheim, tenía que dejarlo. Así era como él podía pagar. Y como si tuviera que buscar una prueba convincente, se dio cuenta en este momento de que no hubiera debido permanecer más tiempo en una sociedad que había llevado a Martin a la cárcel. Y nadie tendría derecho a tacharle de desleal por ello; incluso el señor presidente habría de reconocer que Esch era un muchacho cabal. Ahora Esch ya no

pensó más en Erna y se metió tranquilamente en la cama. El hecho de que le resultara agradable regresar a Colonia y al local de mamá Hentjen disminuía ciertamente el sacrificio, pero apenas pesaba en la balanza; mamá Hentjen ni siquiera había contestado a su carta. Y locales los había de sobra en Mannheim. No, el regreso a Colonia, esa cochina ciudad, representaba una disminución ínfima del sacrificio, era, a lo sumo, una bonificación en el pago, y ninguna ley prohibía una bonificación así.

El deseo de dar la noticia del éxito a Gernerth le llevó a reunirse con él a primeras horas de la mañana: ¡Haber logrado dos mil marcos con tanta rapidez era una proeza! Gernerth le dio unos golpecitos en el hombro y le dijo que era un tipo extraordinario. Esto reconfortaba. A Gernerth le sorprendió su decisión de abandonar el empleo para ponerse al servicio de la nueva empresa pugilística; sin embargo, no tenía nada que oponer. «Ya lo arreglaremos, señor Esch», le dijo, y Esch se dirigió a la oficina central de la compañía naviera.

En los pisos superiores de las oficinas de la Mittelrheinische había largos y silenciosos pasillos recubiertos de linóleo marrón. Las puertas ostentaban impecables letreros y al fondo de uno de los corredores, detrás de una mesa alumbrada por una lámpara de pie, estaba sentado un conserje que le preguntaba a uno dónde quería ir y anotaba el nombre del visitante así como el motivo de la visita en un bloc de notas. Esch recorrió todo el pasillo y, como era la última vez que lo haría, observó detenidamente todos los detalles. Descifró los nombres de los letreros de las puertas, y al encontrarse, con gran sorpresa por su parte, con un nombre de mujer, se detuvo e intentó imaginarse a la persona que había detrás de aquella puerta: ¿Sería un empleado como cualquier otro que echaba cuentas inclinado sobre un pupitre, con manguitos negros para no mancharse al escribir, y, también como cualquier otro, hablaba fría e indiferentemente con las visitas? De repente se sintió atraído por aquella mujer desconocida que se encontraba tras la puerta, y la idea de una forma de amor nueva, sencilla, casi comercial, por así decirlo, un amor magistral, lo colmó por entero, un amor que debería ser tan liso, tan fresco, tan amplio y espacioso como aquellos pasillos cubiertos de linóleo. Pero luego, al observar la larga hilera de puertas con nombres masculinos, no pudo evitar pensar que aquella mujer sola rodeada de tantos hombres seguramente estaba tan asqueada como mamá Hentjen con su taberna. Experimentó de nuevo una profunda cólera contra los negocios, cólera contra una organización que, tras la fachada de un hermoso orden, de pasillos lisos, de bonitas y llanas contabilidades, oculta todas las infamias. Y a eso se le llama estabilidad. Ya sea simple apoderado o el propio presidente, no hay diferencia alguna entre un comerciante y otro. Y si Esch había lamentado por unos instantes dejar de ser miembro de la hermosa organización, dejar de formar parte de aquellos que podían entrar y salir de aquí sin ser detenidos, preguntados o anunciados por un conserje, ahora ya no lo lamentaba. Veía a un Nentwig sentado detrás de todas aquellas puertas, meros Nentwigs, todos confabulados, atentos solamente a procurar que Martin continuara consumiéndose en la cárcel. Le hubiera gustado bajar a la

sección de contabilidad y decirles a los ciegos de allá que también ellos, por fin, tenían que evadirse de la esclavitud de las engañosas cifras y columnas numéricas y convertirse en seres libres como él; sí, debían hacerlo, incluso a riesgo de tener que emigrar a América como él, con él.

«Ha sido una actuación muy breve la suya», le dijo amablemente el jefe de personal, cuando se presentó en su oficina para solicitar un certificado. Esch estuvo a punto de revelar las verdaderas razones que le impulsaban a marcharse de aquella firma infame. Pero tuvo que resignarse a callar, porque el amable jefe de personal dedicaba ya su atención a otros asuntos, si bien iba repitiendo: «Una actuación muy breve... muy breve...». Lo repetía saboreando las palabras como si el término «actuación» le gustara de un modo especial y como si quisiera insinuar con él que tampoco el negocio teatral sería muy distinto o mejor siquiera que la empresa que Esch se disponía a abandonar. ¿Qué podía saber de aquello el jefe de personal? ¿Pretendía, en definitiva, acusarle de deslealtad y asestarle un golpe por la espalda? ¿Quería desmerecer su nueva colocación? Esch siguió con desconfianza los movimientos del hombre y comprobó con desconfianza el documento escrito a mano, aunque sabía bien que en las luchas pugilísticas nadie le pediría ningún certificado. Y como no se apartaba de su pensamiento la idea del negocio teatral, ni siquiera cuando se dirigió a la escalera por el corredor tapizado de linóleo marrón, ya no advirtió la tranquilidad y el orden que reinaban en el edificio, ni se fijó en la puerta que ostentaba un nombre de mujer, ni vio el letrero que decía «Contabilidad»; incluso la dirección y la presidencia, instaladas con toda su pompa en el edificio principal, le fueron totalmente indiferentes. Hasta que llegó a la calle no se volvió para mirar atrás, una mirada de despedida, se dijo, y se sintió como decepcionado al comprobar que no se detenía ningún carruaje ante la entrada principal. En realidad le hubiera gustado ver por lo menos una vez al tal Bertrand. Se oculta siempre, como Nentwig. Naturalmente es mejor no verle, no verle en absoluto, ni a él ni a Mannheim ni a nada que tuviera relación con uno u otra. «Hasta nunca», dijo Esch; sin embargo, incapaz de despedirse con tanta rapidez, permaneció allí en pie, guiñando los ojos porque el sol del mediodía se reflejaba en el asfalto de la calle nueva; se quedó quieto, esperando tal vez que se abriera sin ruido la puerta de cristal para dejar paso al presidente. Pero, aunque bajo la rutilante luz del sol pareciera que los batientes oscilaban, de modo que recordaban la puerta del mostrador, esto no era más que un espejismo, ya que los batientes siguieron firmes e inmóviles en su marco de mármol. No se abrieron y no salió nadie. Esch lo tomó como una insolencia: él tenía que estar ahí, de pie, bajo el sol, porque la Mittelrheinische se había establecido en una calle nueva, impecablemente asfaltada, en lugar de hacerlo en una calleja fresca y sombreada; le vino a la mente la cita de Götz; dio medio vuelta, cruzó la calle a grandes zancadas un poco torpes, dobló por la esquina siguiente, y cuando puso el pie en el estribo del tranvía que llegaba rechinante, estaba ya definitivamente decidido a abandonar Mannheim a la mañana siguiente y a dirigirse a Colonia para hacerse

cargo de las negociaciones con el agente teatral Oppenheimer.

II

Para Esch, naturalmente, significaba una mortificación el que mamá Hentjen no hubiera contestado a su carta. Teniendo en cuenta que en la vida comercial lo normal es responder a las cartas transcurrido un plazo de tiempo prudencial, tanto más lógico sería hacerlo tratándose de una carta particular, lo cual, sin duda alguna, supone un trabajo, pero no habitual. No obstante, el silencio de mamá Hentjen se explicaba perfectamente conociendo su carácter. Todo el mundo sabía que si algún hombre le cogía la mano o intentaba rozar alguna de las curvas de su cuerpo, su rostro adquiriría aquella conocida expresión de frialdad y de asco que la caracterizaba y con la cual solía poner a raya al atrevido; tal vez había leído su carta con análogos sentimientos. En definitiva una carta es algo que ha sido manoseado y mancillado por la mano de quien la ha escrito, más o menos como la ropa interior usada, y se podía atribuir a mamá Hentjen tal modo de pensar sin temor a equivocarse. Por algo era distinta a las demás mujeres; no era la clase de mujer que pudiera entrar en el cuarto de él por las mañanas sin sentirse molesta por el desorden reinante y por encontrarle lavándose: no era como Erna; mamá Hentjen nunca le hubiera pedido que se acordara de ella y que le escribiera hermosas cartas sentimentales. Tampoco era una mujer capaz de entregarse a un tipo como Korn, aunque era mucho más terrenal que Ilona. Desde luego mamá Hentjen era mucho mejor; no obstante, le parecía que ella tenía que defender de forma artificial en el ámbito de lo terrenal aquello que a Ilona le había sido concedido por anticipado. Y si su carta le había producido asco, lo consideraba justo y bien merecido; casi deseaba oír palabras desagradables de su boca: le daba la impresión de que ella podía saber que él había hecho nuevamente de las suyas y sentía fija en él aquella mirada con que ella le castigaba cuando salía con Hede. Mamá Hentjen no podía soportar aquellas relaciones y, a fin de cuentas, la muchacha pertenecía a su establecimiento.

Pero al llegar a Colonia y encaminar sus primeros pasos a casa de mamá Hentjen, Esch no fue recibido con la confianza deseada ni con el temido desabrimiento. Ella dijo tan solo:

«Así que ha vuelto usted, señor Esch; esperemos que sea por mucho tiempo», y a él le pareció ser alguien con quien ya no se cuenta, se sintió condenado a vegetar eternamente dentro del grupo de los Korn. Y cuando más tarde mamá Hentjen se acercó a su mesa, todavía le mortificó más el que ella preguntara únicamente por Martin: «Claro, eso es lo que ha conseguido el señor Geyring», ella se lo había advertido más de una vez. Esch se limitó a responder con monosílabos; todo cuanto sabía se lo había dicho ya por escrito. «Cierto, y todavía no le he dado las gracias por su carta», dijo la señora Hentjen, y esto fue todo. A pesar de su decepción, él sacó un paquete: «Le he traído un recuerdo de Mannheim». Era una reproducción en bronce del monumento a Schiller erigido frente al teatro de Mannheim, y Esch señaló la

repisa desde donde la torre Eiffel, con la bandera negra-blanca-roja, miraba hacia abajo: tal vez allí arriba quedaría bien. Y aunque él se había limitado a entregar el objeto sin darle importancia, la señora Hentjen manifestó una auténtica sorprendente alegría, pues era algo que podría enseñar a sus amigas: «Oh, no, ahí no lo vería nadie; es demasiado bonito, lo pondré arriba en mi cuarto... Pero no debería usted haber hecho este gasto por mí». La cordialidad de la mujer le devolvió el buen humor, y empezó a contar cosas de su estancia en Mannheim, manifestando de vez en cuando puntos de vista que en realidad eran de aquel idiota de Lohberg, pero que suponía serían del agrado de mamá Hentjen. Interrumpido a menudo, cuando ella debía acudir al mostrador, ensalzó la hermosura de la naturaleza y en especial la del Rin, y se extrañó de que ella permaneciera siempre en Colonia sin disfrutar nunca de cosas que estaban al alcance de la mano. «Eso está bien para los enamorados», dijo la señora Hentjen en tono despectivo, y Esch opinó respetuosamente que ella podía efectuar la excursión, tanto sola como en compañía de una amiga. Esto sonó más convincente y tranquilizador a los oídos de la señora Hentjen, y dijo que quizá alguna vez tendría en cuenta sus observaciones. «Además», observó con displicencia, «yo conozco el Rin de mis tiempos de muchacha». Pero apenas lo hubo dicho, se quedó mirando fijamente al vacío. Esch no se sorprendió, porque conocía de sobras esos bruscos cambios de humor de mamá Hentjen. Pero esta vez existía una razón especial que Esch naturalmente no podía imaginar: era la primera vez que la señora Hentjen mencionaba algo de su vida ante un cliente, y esto la asustó tanto que huyó a refugiarse tras el mostrador, para retocar frente al espejo el pan de azúcar que llevaba en la cabeza. Sentía rencor hacia Esch por haberle arrancado confidencias, y no volvió a su lado, pese a que seguía sobre la mesa la reproducción del monumento a Schiller. Hubiera preferido ordenarle que se lo guardara de nuevo, sobre todo porque un par de amigos se unieron a Esch, y palpaban ahora el regalo con ojos masculinos y dedos masculinos. Se refugió todavía más lejos, en la cocina, y Esch comprendió que debía haber cometido algún error inexplicable. Cuando ella, finalmente, apareció otra vez en el salón, él se levantó y llevó la estatuilla al mostrador. Ella le sacó brillo con uno de los paños con que secaba los vasos; Esch, no sabiendo cómo encontrar una salida a la situación, se quedó allí de pie y contó que en el teatro que se encontraba frente al monumento había tenido lugar la *première* —palabra que le era familiar desde que tenía trato con Gernerth— de una obra de Schiller. Ahora él tenía mucha más relación con el teatro y, si todo salía bien, muy pronto podría obsequiarla con unas entradas. ¿Ah, sí? ¿Tenía relaciones con gentes de teatro? Claro que él siempre había llevado una vida disoluta. Para mamá Hentjen las relaciones con el teatro sólo eran concebibles a través de actrices libertinas, y respondió despectiva y sin más que a ella no le gustaba el teatro, porque en el teatro sólo existía una cosa: el amor, y esto la aburría soberanamente. Esch no se atrevió a llevarle la contraria, pero mientras la señora Hentjen cogía su regalo y, para llevarlo a lugar seguro, lo subía a su cuarto, él entabló conversación con Hede; ésta apenas le había saludado, ofendida,

evidentemente, porque él ni siquiera la hubiera considerado merecedora también de una postal. Hede, por lo demás, tenía una expresión malhumorada, y malhumorado parecía todo el local, donde el piano automático, puesto en marcha por algún bromista, derramó de pronto su música estridente. Hede se precipitó hacia la máquina para detenerla, pues estaba prohibido por la policía poner música a horas tan tardías, y los hombres rieron el éxito de la broma. A través de la ventana entreabierta penetraba un soplo de aire de la noche, y Esch, que recibió una bocanada en pleno rostro, se deslizó fuera en busca del suave frescor, rápido, antes de que Hede pudiera dirigirse nuevamente a él, rápido, antes de encontrarse otra vez con mamá Hentjen, pues esta tal vez acabaría por sonsacarle que había dejado su empleo en la *Mittelrheinische*: mamá Hentjen no se dejaría convencer de que el negocio de las luchas pugilísticas fuera algo serio ni confiaría lo más mínimo en el éxito, sino que por el contrario le abrumaría con sarcásticas observaciones, quizá incluso con razón. Pero por hoy él ya tenía bastante, y se alejó de allí.

En las oscuras callejas olía a moho y a humedad, como siempre en el verano. Esch estaba inexplicablemente contento. El aire y los oscuros muros daban sensación de hogar; no se sentía solo. Casi deseaba encontrarse con Nentwig. Le habría encantado propinarle una buena paliza. Y Esch se alegró de que a veces la vida ofreciera soluciones tan simples. Pero las ganancias en la lotería son muy raras, y por eso precisamente tenía uno que quedarse con el negocio teatral.

El agente teatral Oppenheimer no poseía una antesala con muebles tapizados ni un conserje con bloc para anotar las visitas. Esto se daba por descontado. Pero el ser humano cambia a disgusto lo bueno por lo peor, y Esch había conservado en algún rincón de su alma la esperanza de encontrarse con una empresa parecida a la *Mittelrheinische*, aunque en una versión adecuada al teatro. No. Era totalmente distinto. Después de haber trepado por una oscura y angosta escalera, y haber logrado descubrir la placa de la agencia de Oppenheimer, tuvo que entrar sin ser anunciado, dado que nadie respondió a su llamada. Se encontró en un cuarto donde había un palanganero de hierro con agua sucia y muchos estantes repletos de papeles. En una de las paredes se veía un calendario de propaganda de una compañía de seguros; en otra, enmarcado, un obsequio de la Compañía Hamburgo-Americana, el barco *Emperatriz Augusta Victoria* reproducido en vivos colores, rodeado de un enjambre de pequeñas embarcaciones, en el momento de salir del puerto e iniciar su travesía rasgando las espumantes olas azules del mar del Norte.

Esch no se molestó en mirárselo todo con atención, pues había venido aquí por negocios; y como la discreción no era precisamente una de sus virtudes, se adentró, aunque un tanto vacilante, hasta un segundo cuarto. Allí encontró una mesa escritorio que, en contraste con el enorme desorden reinante en la habitación, mostraba su superficie desnuda sin ni rastro de utensilios para escribir, sólo con gran número de

manchas de tinta sobre la madera marrón llena de antiguas grietas grises y recientes grietas amarillas, y un paño verde roto por diferentes sitios. No se veía ninguna otra puerta. También en esta estancia había muchos y notables adornos en las paredes, numerosas fotografías sostenidas con chinchetas, y despertaron en especial el interés de Esch los retratos de mujeres que, vestidas con mallas o trajes de lentejuelas, se exhibían en posturas provocativas y seductoras; las miró con atención para ver si Ilona se encontraba entre ellas. Luego consideró más conveniente retirarse y pedir información sobre el horario del señor Oppenheimer. Puesto que no encontró a ningún conserje, llamó a varias puertas y, despreciado él mismo, recibió despectivos informes: Oppenheimer nunca tenía oficina a horas fijas. «Puede usted esperar, si no tiene nada mejor que hacer», le dijo una mujer.

Al menos, ahora ya lo sabía. No resultaba agradable el trato que la gente daba allí y, si este desprecio formaba parte de su nueva profesión, no era nada divertido. Pero no podía cambiar nada; él había arrastrado este riesgo por amor a Ilona (y esto proporcionaba una suave sensación voluptuosa en la región del corazón); era su nueva profesión, y, por tanto, Esch esperó. ¡Vaya simpáticas costumbres tenía en su oficina el tal señor Oppenheimer! Esch no pudo contener la risa; desde luego no era un negocio en el que hiciera falta presentar informes. Permaneció de pie en el portal, observando la calle, hasta que finalmente un hombrecillo insignificante, de pelo rubio y tez rosada, entró en la casa y subió la escalera. Esch lo siguió. Era el señor Oppenheimer. Cuando le explicó el motivo de su visita, el señor Oppenheimer dijo: «¿Las luchas de mujeres? Lo haré, lo haré. Pero dígame una cosa ¿para qué le necesita Gernerth a usted en este asunto?». Sí, ¿para qué le necesitaba Gernerth? ¿Por qué estaba él aquí? ¿Cómo diablos había llegado hasta aquí? Ahora que había dejado su empleo en la Mittelrheinische, ya no se trataba de un viaje de negocios en misión especial como siempre había previsto. ¿Por qué, pues, había venido a Colonia? ¿Acaso porque Colonia estaba más cerca del mar?

Cuando un hombre audaz emigra a América, sus parientes y amigos le despiden en el puerto agitando los pañuelos. La orquesta del barco interpreta la canción «He de abandonar, he de abandonar mi pequeña ciudad», y aunque, dada la regularidad con que parten buques, esto puede parecer un alarde de hipocresía por parte del director de la orquesta, logra, sin embargo, conmover a mucha gente. Cuando se tiende un cable hasta el pequeño remolcador, y el gigante del océano se desliza por encima del oscuro espejo que lo sostiene, resuena todavía sobre las aguas, pobre y perdida, la alegre melodía con que el solícito director de orquesta intenta alegrar los ánimos de los emigrantes. Entonces muchos se dan cuenta de cuán ocasionalmente están esparcidos los seres humanos sobre la superficie de mares y tierras, y de que entre ellos sólo hay tendidos unos hilos tenues que los unen. Cuando el gigante del océano sale del puerto y bajo su quilla va perdiendo color el agua y ya no se nota la corriente

del río y parece que las aguas quieran retornar a puerto, entonces el gigante del océano se sumerge con frecuencia en una ola de invisible pero tensa angustia y muchos quisieran detenerlo. El gigante del océano va dejando atrás los barcos anclados a lo largo de las desmanteladas orillas mientras las grúas chirriantes cargan y descargan objetos indeterminados destinados a fines indeterminados; va dejando atrás las desmanteladas orillas que río abajo se cubren de un verde polvoriento para finalizar en un miserable paisaje; va dejando atrás las dunas donde ya aparece el faro; el gigante del océano va amarrado como un proscrito a su pequeño guardián y, tanto en los barcos como en las orillas, hay hombres que lo miran pasar y levantan la mano como queriendo retenerlo, pero su gesto no pasa de ser un ademán débil, duro y torpe. Sigue navegando, su silueta casi se pierde en la línea del horizonte, apenas se distinguen ya sus tres chimeneas, y si alguien examina el mar desde la costa se preguntará si el buque se dirige al puerto o bien va hacia una soledad que el hombre desde la orilla ni siquiera puede concebir. Si aquel que lo contempla ve que navega hacia la costa, se tranquiliza, como si el barco pudiera traerle al ser más querido o una carta esperada durante largo tiempo sin saberlo. A veces, en la sosegada bruma de los confines del mar, se encuentran dos barcos, y se ve cómo se deslizan uno junto al otro. Hay un momento en que las dos tenues siluetas se confunden en una sola, son unos instantes conmovedores y sublimes hasta que se separan de nuevo suavemente, tan silenciosos y mansos como la lejana bruma donde esto ocurre; y cada uno sigue su ruta en solitario. Dulce esperanza nunca cumplida.

Pero aquel que va en el barco ignora que nosotros nos inquietamos por él. Apenas distingue ya la ondulante línea de la costa y sólo si adivina la amarillenta silueta del faro sabe que en tierra firme hay todavía alguien que teme por él y piensa en sus peligros. Él no comprende el peligro en que se encuentra, no es consciente de que una enorme montaña de agua le separa del fondo del mar, que es la tierra. Sólo teme el peligro aquel que tiene una meta, pues tiene miedo a causa de esta meta. Pero él anda sobre las lisas planchas del buque que, como un velódromo, le obligan a caminar en círculos sobre la cubierta del barco, mucho más llana que todos los caminos por él recorridos hasta ahora. El hombre que está en alta mar no tiene ninguna meta y no le es posible terminar de completarse, está encerrado dentro de sí. Aquello que en él sería realizable descansa. Quien le ama, sólo puede amarle por lo que promete, por lo que él es, no por lo que conseguirá o ha conseguido; no lo conseguirá jamás. Por eso el hombre que está en tierra ignora lo que es el amor y confunde su angustia con el amor. En cambio, el que viaja por mar lo reconoce enseguida y los hilos que se habían tendido entre él y los hombres de la costa se rompen antes de que esta última desaparezca. Casi está de más que el director de la orquesta intente darle ánimos con sus canciones, pues al viajero del mar le basta con deslizar su mano por encima de la lisa y pulida madera marrón o por los dorados herrajes. El deslumbrante mar se extiende ante él; está contento; le arrastran potentes máquinas y su trepidar le muestra el camino, camino que no lleva a ninguna parte. La mirada del viajero del mar ha

cambiado, es una mirada huérfana que ya no nos conoce. Ha olvidado sus anteriores tareas, ya no cree en la exactitud de las sumas numéricas; sus pasos le llevan hasta la cabina del telegrafista, admira el mecanismo del aparato al oírlo, pero no puede comprender que a través de él se reciban mensajes de tierra ni que se puedan enviar mensajes a tierra, y si el viajero del mar no fuera un hombre prosaico imaginaría que aquel hombre está hablando con el universo. Al que viaja por mar le gustan los cetáceos y los delfines que juegan en torno al barco, y no tiene miedo a los icebergs. Pero si aparece una costa a lo lejos, no quiere verla y puede que se refugie en el interior de la panza del buque, hasta que aquella desaparezca de nuevo, porque sabe muy bien que allí no le esperan el amor ni la libertad, sino sólo una intensa angustia y los muros de la meta. Pero el hombre que busca el amor busca el mar: tal vez habla todavía de la tierra que está al otro lado del mar, pero no se refiere a ella en realidad, pues piensa que el viaje es inconmensurable, que es la esperanza del alma solitaria que intenta abrirse y absorber la otra alma que surge de la bruma y se filtra en él, el liberado, reconociéndole como lo que él es: el ser mismo, no nacido e inmortal.

Desde luego Esch no pensaba estas cosas, aunque seguía con la obsesión de emigrar a América y llevarse con él a los contables de la Mittelrheinische. Y cuando entró en la oficina del señor Oppenheimer, miró fijamente y con suma atención cómo el *Emperatriz Augusta Victoria* cortaba con su proa el oleaje.

Reanudó su antigua vida, se hospedaba en la habitación que tenía antes y almorzaba con frecuencia en la taberna de mamá Hentjen. Usaba obstinadamente su bicicleta, pero su camino diario no le llevaba ya a Stenberg & Cía., sino a la oficina del señor Oppenheimer. La señora Hentjen observaba el cambio de sus actividades con una mirada que, pese a reflejar gran indiferencia, denotaba también algo así como desprecio, disconformidad o tal vez incluso preocupación, y aunque Esch no tenía más remedio que darle la razón respecto a esta preocupación, o quizá precisamente por eso, se esforzó en demostrarle claramente las ventajas y buenas perspectivas de su nueva profesión. Lo consiguió en parte. Ella escuchaba únicamente a medias el relato temerario de la gran vida en cuyo umbral se hallaba él ahora y que abarcaba no sólo América sino todas las partes del mundo, pero esta mezcla de riqueza deslumbrante, arte y alegría de viajar que él le exponía, esta meta que debía alcanzar él y no ella, esta grandeza, en fin, despertó cierta envidia en aquella mujer que desde hacía quince años vivía odiando su sórdida y angosta suerte. Podría decirse que se sentía embargada por una especie de sarcástica admiración, pues mientras, por una parte, le quería hacer ver a él lo absurdo e inasequible de sus proyectos, por otra su imaginación superaba la de él, le daba ambiciosos consejos y le predecía que podía llegar a ser el amo o, como él decía, el presidente de aquel ejército de artistas y directores. «Primero hay que imponer a toda la banda un orden muy severo y una

rígida disciplina», solía contestar Esch, «es lo más importante». Sí, estaba absolutamente convencido, y su profundo desprecio por el mundo de los artistas no sólo se basaba en el pésimo efecto que le produjera el grasiento bloc de Gernerth o la anárquica oficina de Oppenheimer, sino también en la opinión de mamá Hentjen, que, en uno de esos momentos de admiradora complicidad —lo universal desemboca a menudo en lo hogareño—, accedió a su solicitud y le confió la revisión del estado de sus cuentas; accedió con una sonrisa condescendiente, convencida por completo de que su sencillo libro de caja estaba llevado de forma inteligente y modélica. Pero apenas se había inclinado Esch sobre las columnas numéricas, mamá Hentjen le gritó que no hacía falta poner aquella expresión de suficiencia, y que la dichosa contabilidad no le causaba a ella la menor impresión; era mejor que se ocupara del negocio teatral, más necesitado de control que el suyo. Y le arrancó los libros de las manos.

¡Oh, el negocio del teatro! Dado el carácter aleatorio de la empresa, Oppenheimer se había acostumbrado a aceptar los hechos casuales sin plantearse muchos problemas y se sentía desarmado frente a la testarudez de Esch; se reía al ver aparecer todas las mañanas a un hombre montado en bicicleta que se comportaba casi como si fuera su socio; pero lo toleró de mejor grado cuando supo que Esch invertía dinero en el número de lucha femenina, y se tragaba los insultos con que Esch le obsequiaba todos los días a propósito del desorden reinante en el negocio. Juntos negociaron el arrendamiento del teatro Alhambra para los meses de junio y julio con su propietario y, como había que encontrar un campo de acción para el celo de Esch, se le encargó que reclutase a las luchadoras.

Versado en tabernas, burdeles y mujeres, Esch parecía creado para este trabajo. Recorrió muchos locales y si encontraba chicas adecuadas, que quisieran dedicarse al deporte, anotaba sus nombres y datos personales en un bloc que se había procurado para este uso, sin olvidar anotar junto a cada nombre, en una columna que había reservado bajo la designación de «Observaciones», su opinión sobre los méritos de la solicitante, de acuerdo con una clasificación especial. Destacaba en primer lugar a muchachas con nombres extranjeros o exóticos y de procedencia extranjera, pues tenía que llegar a ser una competición internacional, y sólo excluyó a las húngaras. A veces resultaba muy divertido examinar los músculos de las muchachas y de vez en cuando se dejaba seducir por aquellos musculosos encantos. Pero, a pesar de todo, no le satisfacía su ocupación y cuando hablaba de ella a mamá Hentjen, de modo incidental y despectivo, decía la verdad: no podía considerar digna de él tal ocupación y prefería sentarse ante el desnudo escritorio de Oppenheimer o preocuparse del Alhambra.

Iba allá con frecuencia, entraba en la gris sala vacía donde resonaban los pasos sobre el piso de madera, pasaba por encima de las oscilantes tablas colocadas sobre el hueco de la orquesta y llegaba al escenario, cuyos desnudos muros ciclópeos eran casi demasiado pesados para las livianas telas de los decorados que pronto los

cubrirían. Al medir a grandes pasos el escenario, experimentaba una sensación de triunfo, porque aquí ya no estaría permitido el lanzamiento de cuchillos, y echaba una ojeada al despacho de la dirección, considerando si debía o no instalarse en él ahora mismo. También pensaba que alguna vez tendría que mostrar su nuevo reino a la señora Hentjen. El aire era extrañamente gris y frío, mientras que allá fuera el jardín del restaurante ardía bajo un sol radiante, y este imperio hermético de polvorienta extrañeza, encerrado en sí mismo, era como una isla solitaria de lo desconocido dentro de un mundo conocido, una promesa y también una indicación de lo que yacía, extraño y prometedor, detrás del enorme mar gris de los muros. A veces iba al Alhambra por la noche. Entonces el jardín estaba iluminado y sobre el podio de madera, bajo los árboles, tocaba una orquesta. El teatro estaba oscuro y casi perdido detrás de las luces, sumergido en las tinieblas hasta el tejado, y nadie podía imaginarse su capacidad y sus instalaciones. A Esch le gustaba ir al teatro a esas horas, porque le gustaba pensar que le estaba reservado a él y a nadie más el privilegio de despertar de nuevo la vida en aquella oscura mansión.

Cuando Esch fue una de las mañanas siguientes al Alhambra, encontró al propietario jugando a las cartas en la barra del bar. Tomó asiento junto a los demás y jugaron hasta últimas horas de la tarde. Al anoecer Esch sintió su rostro vacío y acartonado, y cayó en la cuenta de que aquella vida era igual a la que se llevaba en los almacenes de Mannheim en tiempo de huelga. Sólo faltaba que apareciera Korn presumiendo de sus amores con Ilona. ¿Qué sentido tenía, pues, haberse despedido de la Mittelrheinische? Aquí estaba, sumido en ociosa actividad, comiéndose su dinero, y ni siquiera había vengado a Martin. Si se hubiera quedado en Mannheim, habría podido al menos visitarle en la cárcel.

Durante la cena se acusó de haber abandonado tan cobardemente a Martin, pero cuando la señora Hentjen le respondió que cada uno es artífice de su propia suerte y que el señor Geyring, a quien ella había advertido más que suficientemente, no podía pedir que un amigo se quedara por su culpa en Mannheim y renunciara a una brillante carrera, Esch se enfadó con ella y la atacó con tanta dureza que la mujer se refugió detrás del mostrador y se dedicó a retocarse el peinado. Esch pagó inmediatamente y salió del local, furioso de que ella hubiera calificado de brillante carrera esta ociosidad. No quería, sin embargo, admitir que fuera éste el motivo de su ira, sino que le reprochó a ella únicamente su frialdad y dureza de corazón, y pasó la noche devanándose los sesos en busca de algo que beneficiara a Martin.

Por la mañana temprano se dirigió a la oficina de Oppenheimer. Se había procurado material para escribir y pasó toda la mañana redactando un candente artículo, en el que denunciaba con toda claridad que el meritísimo secretario Geyring había sido víctima de una intriga demoníaco-demagógica, tramada por la compañía naviera Mittelrheinische y por la policía de Mannheim. Llevó este artículo sin vacilar ni un instante a la redacción del periódico socialdemócrata *Volksmacht*.

El edificio en que el *Volksmacht* tenía su sede no era precisamente un palacio de

la prensa. No había vestíbulos de mármol ni puertas de hierro forjado. Recordaba en cierto modo la oficina de Oppenheimer, sólo que aquí se observaba mayor actividad; pero los domingos, cuando el personal del periódico descansaba, debía de tener el mismo aspecto. La negra baranda de hierro de la escalera se pegaba a las manos; las paredes desconchadas y raspadas mostraban huellas de muchas capas sucesivas de pintura, y desde una ventana podía verse un angosto patio donde había un coche cargado con pilas de papel. En alguna parte trabajaban las máquinas de imprimir con asmáticos suspiros. A través de una puerta, blanca en otro tiempo, que golpeaba pesadamente, porque estaba desvencijada, se llegaba a la redacción. En lugar del calendario de seguros colgaba de la pared un mapa de ferrocarriles, y en lugar de fotografías de bailarinas, un retrato de Karl Marx. Lo demás era igual y, de pronto, resultó totalmente absurdo haber venido hasta aquí, e incluso el artículo, que hacía unos momentos parecía tan vigoroso y amenazador, quedaba repentinamente anodino e inútil. En todas partes la misma gentuza, pensó Esch furioso, caterva de demagogos que está en todas partes y vive con idéntico desorden. No, no tenía ningún sentido poner un arma en las manos de éstos o de aquéllos; en sus manos se torna vana, pues es imposible saber lo que ocurre aquí o allá.

Se le indicó una segunda estancia. Tras una mesa que tal vez algún día estuvo cubierta con un paño verde, había un hombre que llevaba una chaqueta de pana marrón. Esch le entregó el manuscrito. El redactor le echó un vistazo rápido y lo puso en un cestillo que tenía a su lado.

—No lo ha leído —dijo Esch ásperamente.

—Sí, sí, ya sé de qué va... La huelga de Mannheim. Veremos si podemos servirnos de él.

Esch estaba sorprendido de que aquel hombre no sintiera ninguna curiosidad por el contenido, y también de que se comportara como si le conociera.

—Permítame, son hechos que aportan una nueva luz sobre la huelga —insistió.

El redactor cogió otra vez el manuscrito, pero lo volvió a dejar inmediatamente.

—¿Qué hechos? No encuentro nada nuevo aquí.

Esch tuvo la impresión de que aquel hombre quería presumir de saberlo todo.

—¡Yo fui testigo presencial! ¡Estuve presente en la asamblea!

—¿Ah, sí? Nuestra gente de confianza también estaba allí.

—¿O sea que ya lo han publicado?

—Que yo sepa, no ocurrió allí nada especial.

Esch estaba tan sorprendido que tomó asiento, pese a que el otro no le había invitado a hacerlo.

—Querido señor y camarada —prosiguió el redactor—, no podemos estar esperando a que usted se digne traernos un informe.

—Sí, claro, pero —Esch no comprendía— ¿por qué no han hecho ustedes nada? ¿Por qué permiten que Martin, que Geyring —corrigió— siga en la cárcel siendo inocente?

—¡Vaya! Mi enhorabuena por sus conocimientos de derecho —el redactor miró el manuscrito, donde aparecía el nombre de Esch—, señor Esch. ¿Cree usted que con esto podríamos obtener la libertad de Geyring?

El hombre se rió. Esch no se dejó confundir por su hilaridad.

—Es a los otros a quienes habría que poner a la sombra... ¡Esto está clarísimo para cualquiera que estuviese allí!

—O sea que, según usted, ¿deberíamos hacer encarcelar a la directiva de la Mittelrheinische en lugar de Geyring?

«Qué risa tan puerca», pensó Esch sin contestar. ¿Encarcelar a Bertrand? ¡A Bertrand también y no sólo a Nentwig! Claro que, en definitiva, mirándolo bien, no existiría gran diferencia entre un presidente y un Nentwig. Desde luego, el Mannheim era mejor; para alguien como él la cárcel no era suficiente. Esch dijo pensativo:

—Meter a Bertrand en la cárcel. El redactor continuaba riéndose:

—Sólo esto nos faltaría.

—¿Por qué? —preguntó Esch irritado.

—Es un hombre simpático, amable, asequible —explicó el redactor con énfasis—, un excelente hombre de negocios con quien, a pesar de todo, se puede convivir.

—¿Le gusta a usted convivir con alguien que se entiende con la policía?

—¡Por todos los santos del cielo! Es más que natural que los empresarios colaboren con la policía; si nosotros estuviéramos arriba, también actuaríamos así...

—¡Bonita justicia! —replicó Esch con indignación.

El redactor levantó las manos en un gesto de alegre resignación:

—¿Qué quiere usted? Así es el orden legal del mundo capitalista. Hoy por hoy debemos preferir un consejo de administración que procure mantener la empresa en marcha que uno que la lleve a la ruina. Si de ustedes dependiera, se metería en la cárcel a todos los jefes de industrias que están contra nosotros, y lo único que se conseguiría sería una crisis industrial. Y nos felicitaríamos por ello, ¿no?

Esch, furioso, repitió testarudo:

—A pesar de todo, deberían encarcelarle.

La hilaridad del redactor recobró su tono provocativo:

—¡Vaya! Ahora nos entendemos por fin. Usted piensa así porque él es un invertido. —Esch aguzó los oídos. El redactor parecía cada vez más divertido—. ¿Es esto lo que le molesta? Pues sobre este punto puedo tranquilizarle: lo practica en Italia. Además, no se encarcela tan fácilmente a un hombre así como a un socialdemócrata.

Así estaban las cosas pues: muebles tapizados, conserjes plateados, grandes coches y un maricón. ¡Y Nentwig andando por ahí completamente libre! Esch se quedó mirando fijamente el rostro con expresión divertida del redactor:

—¡Pero Martín está en la cárcel!

El redactor dejó el lápiz sobre la mesa y abrió levemente los brazos:

—Querido amigo y camarada, ni usted ni yo podemos cambiar nada. La huelga de

Mannheim fue una absoluta idiotez, no quedaba otro remedio que dejar a los acontecimientos seguir su curso y apechugar con el fracaso, y alegrarnos de que los tres meses de Geyring nos proporcionen material para la propaganda de agitación. Muchas gracias, pues, por su artículo, querido amigo y camarada, y cuando tenga usted alguna otra cosa, tráigala más pronto que esta vez.

Tendió la mano a Esch y éste, pese a estar furioso, se inclinó en un torpe saludo.

Se acercaba el mes de junio. Esch hizo en nombre de Oppenheimer las gestiones pertinentes en la imprenta y en el establecimiento que realizaba los carteles. Todo estaba preparado. Carteles convincentes aparecieron por toda la ciudad en vallas y columnas, y anunciaban que las mujeres más fuertes de distintas naciones se reunirían allí para medir sus fuerzas y que quien lo dudara podía comprobar la verdad de tal afirmación en la lista de nombres: Tatiana Leonoff, la campeona rusa, Maud Ferguson, ganadora de los campeonatos de Nueva York, Mirzl Oberleitner, poseedora de la copa del torneo de Viena, sin olvidar a la campeona alemana Irmentraud Kroff. Los nombres eran en gran parte fruto de la fantasía de Oppenheimer, a quien los nombres auténticos casi siempre le parecían poco sugestivos. Esch se había opuesto inútilmente a este engaño; y para esto se había él esforzado tanto, reclutando muchachas verdaderamente internacionales, para que luego un judío como aquél diera vuelta a los nombres. Consideró esto como una nueva prueba del estado anárquico de un mundo en el que nadie sabe si está a la derecha o a la izquierda, si está arriba o está abajo, y donde, en definitiva, poco importa que un señor Oppenheimer le haga a uno la faena de cambiar este o aquel nombre; uno debía alegrarse de que, al menos, Oppenheimer no se hubiera inventado un nombre húngaro. Dios sabía que esta Hungría no tenía por qué existir, y el que Oppenheimer hubiera incluido Italia en la lista de luchadoras le parecía igualmente inadecuado. ¿Había siquiera la certeza de que allá abajo, en Italia, hubiera mujeres? Allá sólo circulan maricones. Sin embargo, no veía con disgusto el cartel con los nombres extranjeros: un país se alineaba junto a otro y el ancho mundo se le aparecía como su propia obra, se le convertía en promesa y esperanza firme del mundo futuro. Llevó un cartel a la taberna de mamá Hentjen y, sin previa consulta, lo fijó en la pared de madera debajo de la torre Eiffel.

Pero la señora Hentjen le guardaba todavía rencor por la forma con que él la había atacado a causa de Geyring, y le gritó desde el mostrador que hiciera el favor de pegar su cartel donde le dieran permiso para ello. Aquí era ella la que mandaba. Esch, que no se acordaba ya de aquel incidente y sólo cayó en la cuenta al ver la expresión curvada de mamá Hentjen, actuó como si se dispusiera a obedecer su orden. Su docilidad desarmó a mamá Hentjen; salió de detrás del mostrador y se acercó, sin dejar de refunfuñar, a mirar el cartel. Cuando hubo descifrado la lista de nombres de mujer, sintió asco y compasión: no envidiaba a aquellas mujerotas la humillación de

tener que enzarzarse en una lucha bajo las asquerosas miradas de los hombres; las compadecía sinceramente. Esch, como realizador de todo aquello, se le aparecía igual que un pachá en medio de su harén, y el asunto le parecía de una maldad tan refinada, de una abyección tan grande, que Esch, a sus ojos, estaba ahora a otro nivel, en una esfera casi totalmente distinta a la de los demás hombres que se sentaban allí con sus pequeñas y despreciables maldades y concupiscencias. Su tieso pelo corto, aquella cabeza oscura, aquella tez amarillo-rojiza, le daban miedo. No, no comprendía cómo toleraba allí a aquel hombre con sus abominables carteles, y se asustó cuando él la cogió ahora por la muñeca: ¿acaso no parecía que quisiera agarrarla y dejarla indefensa para unirla a la lista de los nombres de mujeres que figuraban en el cartel? Casi sintió una decepción al ver que no sucedía nada de todo esto, sino que Esch se limitaba simplemente a llevar su dócil dedo de nombre en nombre: «Rusia, Alemania, Estados Unidos de Norteamérica, Bélgica, Italia, Austria, Bohemia», iba leyendo y, como su voz sonaba inofensiva, la señora Hentjen se tranquilizó. «Pero faltan varios, por ejemplo Suiza y Luxemburgo», le dijo. Pero luego se apartó del cartel como si apestará: «¡Y que a usted le guste mantener trato con semejantes mujeres!». Esch respondió con palabras de Martin, diciendo que cada uno está en el lugar que Dios le ha asignado y que, por otra parte, el contacto directo con las luchadoras sería tarea de Teltscher, no suya; él se ocupaba únicamente de la parte administrativa.

Teltscher llegó a Colonia e hizo acudir a la oficina de Oppenheimer a las mujeres seleccionadas por Esch. Estuvo con ellas toda la mañana, eliminó a muchas de antemano y convocó a las restantes en el Alhambra para impartirles la primera lección y examinar sus aptitudes para el espectáculo.

Fue una sesión muy divertida: Teltscher había traído las mallas y cuando Esch, bloc en mano, hubo comprobado la personalidad de las presentes, el señor Teltini invitó a las damas a que se trasladaran al vestuario para ponérselas. La mayoría de ellas se negaron a hacerlo, querían ver primero a las otras con aquella desacostumbrada indumentaria. Cuando las más decididas salieron de los vestuarios desnudas y terriblemente avergonzadas, todos se rieron. Las puertas que daban al jardín del restaurante estaban abiertas de par en par; el verdor de los árboles miraba alegre hacia el interior y cuando entraba una bocanada de aire se notaba en la sala el cálido sol de la mañana. En las puertas estaba el propietario del teatro, estaban las cocineras del restaurante, y Teltscher trepó al escenario para hacer una demostración de las reglas de la lucha grecorromana sobre una colchoneta blanda colocada allí. Después pidió que subieran dos de ellas para ensayar, pero ninguna quería; se daban codazos unas a otras entre risitas, empujaban a una, empujaban a otra, y la empujada retrocedía y se volvía a refugiar en el grupo.

Finalmente se decidieron dos, pero cuando Teltscher se dispuso a enseñarles los primeros ataques, se limitaron a reír, dejaron caer los brazos y no se atrevieron a agarrarse una a otra. Teltscher solicitó la intervención de una tercera, pero como se repitió la misma comedia, hizo que Esch leyera de nuevo los nombres e intentó, con

jocosas observaciones, despertar en ellas la audacia y la valentía. Si sonaba un nombre francés, ensalzaba la audacia gala y pedía que «el orgullo de Francia» subiera al escenario; lo mismo hizo con «la gigante polaca», dando a entender, en resumen, con qué nombres honoríficos y sugestivos presentaría aquellas damas al público. Por fin algunas subieron al escenario, pero otras gritaban diciendo que, a pesar de todo, ellas no servían para aquello y que querían volver a vestirse, lo cual fue aceptado por Teltscher con manifestaciones de pesar y de cómica desesperación. Y todavía hubo más contratiempos: cuando Esch pronunció el nombre de Ruzena Hruska y Teltscher dijo: «¡Sube, leona de Bohemia!», se abrió paso hasta la rampa una mujer gorda y flácida, que todavía no se había desvestido, y con el tono gutural y cantarino de los de su país gritó que nadie se reía de ella por un cochino dinero: «Yo he tirado ya en mi vida mucho dinero, porque no me dejo tomar el pelo por bribones», siguió chillándole a Teltscher, y, mientras éste buscaba una palabra chistosa con que salvar la situación, ella levantó su sombrilla como si fuera a pegarle. Pero luego se calló, sus redondeados y blandos hombros empezaron a agitarse, y todos se dieron cuenta de que estaba llorando. Cuando se volvió para dirigirse a la salida a través del silencioso pasillo que formaron las asustadas muchachas para dejarla pasar, su mirada se fijó en Esch, sentado tras una mesa con sus listas; se inclinó hacia él y musitó entre dientes: «Usted, usted es un mal amigo, me ha traído hasta aquí, a esta vergüenza». Después se fue llorando. Entretanto Teltscher se había adueñado nuevamente de la situación. El incidente tenía su lado bueno: las muchachas, como si se avergonzaran de su anterior jolgorio, se mostraron más dispuestas a trabajar en serio; Teltscher las alabó con entusiasmo y muy pronto olvidaron a la indómita checa. Incluso Esch dejó de pensar en los reproches que aquella mujer le había dirigido, aunque debía reconocer que, en efecto, era un mal amigo, pero se consoló enseguida: él obligaría a aquellos tipos a poner a Martin en libertad. Con esta idea en la cabeza se fue a su casa.

La señora Hentjen se sonó cuidadosamente la nariz y observó el resultado en el pañuelo. Esch le había contado el incidente con la impetuosa checa, tal vez por remordimiento, y la señora Hentjen le increpó con dureza diciendo que bien merecido habría tenido que aquella mujer, digna de compasión, le hubiera arrancado los ojos. Que estas cosas sucedían cuando se mezclaba uno suciamente con mujeres de tal calaña. Y que él no tenía dignidad. Una mujer que hubiera debido estarle agradecida por haberle proporcionado la oportunidad de ganar dinero. Este era su modo de dar las gracias. Pero aquella checa tenía toda la razón: era así como había que tratar a los hombres, no merecían nada mejor. ¡Divertirse viendo cómo un par de mujerotas en mallas se pegaban sobre un escenario! Aquellas mujeres eran diez veces mejores que aquellos hombres a los que debían tolerárselo todo. Y añadió mordaz: «Tire de una vez su cigarro».

Esch soportó respetuosamente todas sus imprecaciones, no sólo porque ella le

servía un abundante y magnífico almuerzo por una suma irrisoria, sino también porque consideraba que ella tenía derecho a sacar a relucir su vida pecaminosa: él lo merecía. Se encontraba en una situación apurada; de los trescientos marcos destinados a los combates sólo le quedaban doscientos cincuenta y, aunque desde el primer día debía participar en las ganancias, no sabía a cuánto ascenderían. Necesitaba una ocupación lucrativa, si no quería que aquel sacrificio, hecho por Ilona aunque él casi lo había olvidado, terminara en una catástrofe; le hubiera gustado hablar de todo esto, pero su orgullo no se lo permitía, porque mamá Hentjen no estaba en condiciones de poder comprender que incluso la carrera más brillante puede tener unos comienzos muy duros. Por eso se limitó a decir:

—Mejor las luchas que lanzar cuchillos.

La señora Hentjen contempló el cuchillo que sostenía Esch; no entendía lo que él acababa de decir, pero le resultó desagradable. Así que contestó simplemente:

—Tal vez.

—Qué carne tan buena —dijo Esch inclinado sobre el plato.

—Solomillo —contestó ella con aire de experta.

—Y pensar el rancho que le dan ahora al pobre Martin...

—Sólo les dan carne los domingos —dijo la señora Hentjen, y con ligera satisfacción añadió—: Los otros días comen fundamentalmente nabos.

¿Quién tenía la culpa de que Martin tuviera que comer nabos? ¿Por quién se sacrificaba? ¿Lo sabía el propio Martin? Martin era un mártir y consideraba su martirio como una profesión, en parte alegre, en parte amarga; pero a pesar de todo era un hombre cabal. La señora Hentjen dijo:

—Quien no quiere escuchar ha de sufrir.

Esch no respondió. Quizá Martin mantenía algo en secreto que sólo él sabía; un mártir siempre tiene que sufrir en aras de alguna convicción, por alguna idea que le prescribe su conducta. Los mártires son personas serias. La señora Hentjen especificó:

—La causa está en los periódicos anarquistas.

—Sí —asintió Esch—, son una pandilla de cerdos; ahora le dejan en la estacada.

Desde luego el propio Martin se había reído de los periódicos socialistas, a pesar de que lo lógico era pensar que eran precisamente los más idóneos para defender las ideas socialistas. Así pues, ¿tiene Martin ideas socialistas o no? A Esch le molestaba que Martin le ocultase algo. Aquel que posee la verdad puede redimir a los demás; es lo que practicaron los mártires cristianos. Y, como se sentía muy orgulloso de su cultura, dijo: «En tiempo de los romanos también había luchas, sólo que con leones. Corría la sangre. En Tréveris hay un circo romano». «¿Sí?», preguntó la señora Hentjen con curiosidad, pero, como no obtuviera respuesta, prosiguió: «¡Y esto es lo que usted quisiera introducir aquí! ¿Verdad?». Esch denegó con la cabeza sin pronunciar palabra. Si Martin sin convicciones, sin un conocimiento superior al de los demás, sin recibir la gratitud de nadie, se sacrificaba y comía nabos, era que se

sacrificaba simplemente por sacrificarse, por el sacrificio en sí. Tal vez uno debía sacrificarse primero a fin de —¿cómo lo decía aquel idiota de Mannheim?— poder conocer la gracia de la redención. En este caso, quizá Ilona necesitaba los cuchillos, por amor al puro sacrificio, quién podía saberlo, y Esch sacó en conclusión: «Yo no quiero nada en absoluto. Tal vez todas las luchas sean una absoluta idiotez». «Efectivamente, eso es lo que son», dijo mamá Hentjen. Y él experimentó de nuevo por mamá Hentjen aquel profundo respeto que le hace a uno sentirse protegido.

Olía a comida y a humo de tabaco, y de vez en cuando se mezclaba un olor dulzón a vino. Mamá Hentjen tenía razón; las mujeres no deseaban otra cosa. Por eso Ilona se había aferrado a Korn. Y si este astuto lisiado sabe realmente más que los demás, no suelta prenda, no permite que nadie comparta su saber. Corre alborozado como un perro sobre tres patas, desaparece como un rayo por las esquinas o en la cárcel, y la cárcel causa en él tan poco efecto como los palos al perro. «Tal vez les divierte ser apaleados, ofrecerse en holocausto...», dijo meditabundo. «¿A quiénes?», preguntó mamá Hentjen interesada, «¿a las mujeres esas?» Esch lo pensó unos segundos: «Sí, a todos...». Mamá Hentjen estaba satisfecha: «¿Le traigo otro pedazo de carne?». Se fue a la cocina. La mujer checa le daba pena a Esch; lloraba de un modo tan dulce. Pero también aquí llevaba razón mamá Hentjen; tampoco la tal Hruska deseaba otra cosa. Y cuando la señora Hentjen regresó con el plato, él hizo una observación: «Bah, también esa mujer, la checa, se buscará su lanzador de cuchillos». «Ya», dijo mamá Hentjen.

«Pobre diablo», dijo Esch, y ni él mismo sabía si se refería a Martin o a la checa. Pero mamá Hentjen lo interpretó como alusión a esta última y replicó en tono mordaz: «Bueno, puede usted ir a consolarla, si tanta pena le da... vaya ahora mismo».

Esch no contestó. Había comido bien y se limitó a coger en silencio su periódico; empezó a leer con detenimiento los anuncios, la parte del periódico más importante para él desde que entre ellos figuraban los avisos de las luchas. Pero la leal contabilidad de su alma exigía que la señora Hentjen recibiera también su cuenta: ¿tenía acaso menos derecho a ello que Ilona, la cual incluso se oponía a que se hiciera algo por su bien? Su mirada se detuvo en un aviso sobre una subasta de vinos en St. Goar y preguntó a mamá Hentjen dónde encargaba ella los vinos. Mamá Hentjen le nombró un comerciante de Colonia; Esch frunció el ceño: «¡O sea que echa usted su dinero a las fauces de esa gente! ¿Por qué no me consultó al respecto? No puedo asegurar que en todas partes suceda lo mismo que en la tienducha de mi querido señor Nentwig, pero apostarí a que paga usted demasiado por sus vinos». Ella puso una cara atribulada, cuando se es una débil mujer y se está sola, hay que soportar muchas cosas. Esch le propuso ir él a St. Goar y comprar vino para ella. «Lástima de gastos», dijo mamá Hentjen. Esch se entusiasmó: los gastos se podrían cubrir fácilmente con los precios y, si la calidad era buena, se podía mezclar el vino con otro de calidad inferior; él entendía de estas cosas. Y, en definitiva, los gastos a él poco le

importaban; una excursión remontando el Rin —le vino a la mente la idiota charlatanería de Lohberg sobre las bellezas de la naturaleza— constituía siempre un placer; por otra parte, ella no necesitaba reembolsarle los gastos hasta que el negocio se hubiera llevado a cabo ventajosamente. «Y usted llevará consigo a su checa, ¿no?», dijo mamá Hentjen desconfiada. La idea no le pareció despreciable, pero lo negó en voz alta e indignada; mamá Hentjen podía convencerse por sí misma y lo mejor que podía hacer era ir con él, precisamente ella había manifestado hacía poco tiempo que le gustaría disfrutar otra vez de la naturaleza; y se matarían así dos pájaros de un tiro, añadió Esch entusiasmado. Ella contempló su rostro, aquella tez oscuro-amarillenta, y se apartó de él mirándole con dureza: «¿Y quién se quedaría en la taberna?... No, esto no puede ser».

Bueno, en realidad, él no quería insistir: su estado financiero actual no le hubiera permitido realizar con desahogo una excursión acompañado; Esch no volvió pues a hablar de ello y mamá Hentjen recobró la confianza. Tomó el periódico, se acabó de tranquilizar al leer que la subasta no se celebraría hasta dentro de dos semanas y opinó que tenía tiempo para pensarlo. Muy bien, pues que lo pensara, dijo Esch secamente, y se levantó. Tenía que ir al Alhambra, donde Teltscher efectuaba los ensayos. Pasó por la calle en la que se encontraba el local donde trabajaba la mujer checa. Pero pedaleó con más fuerza en su bicicleta y siguió su camino.

El director Gernerth había llegado ya y Esch, designado por sus conocimientos en materia de expediciones de mercancías y empujado también por su afán de actividad, iba todos los días al puerto para preguntar por el material escénico que se había facturado vía fluvial por el Rin. Y tal vez sólo iba hasta allí para, frente a los tinglados, saborear el remordimiento de haberse despedido de la Mittelrheinische, y poder sentir de nuevo como una espina en carne viva la existencia de Nentwig, a la vista de los depósitos destinados a vinos. Sin embargo no le disgustaba ver y revivir todo aquello, pues le hacía pensar que su sacrificio podía codearse con el de Martin. También el hecho de que Ilona, en lugar de acudir a Colonia, se hubiera quedado con Korn, entraba dentro del mismo círculo cerrado y parecía obedecer a un destino superior. Pero no hay que creer por eso que Esch fuera un apasionado del sufrimiento. ¡De ningún modo! En sus monólogos, no dejaba de calificar a Ilona de prostituta, de cochina prostituta incluso, y a Teltscher de rufián y de asesino. Y si hubiera encontrado al canalla de Nentwig entre las montañas de barriles, desde luego lo habría matado de una paliza. Pero cuando pasaba por delante de los extensos almacenes de la Mittelrheinische, y veía el cartel odiado de la firma, entonces, por encima de la sucia chusma de pequeños asesinos, se erguía una figura alta y distinguida, la figura de un hombre respetable, una figura que casi no podía considerarse humana, tan grande era y tan distante, pero que, sin embargo, era la imagen del superasesino; inefable y amenazadora se erguía la imagen de Bertrand, el

puerco presidente de la compañía, el maricón que había llevado a Martin a la cárcel. Y esta figura aumentada y realmente inefable parecía absorber las de los dos pobres diablos, como si bastara con herir a este Anticristo para aniquilar a todos los insignificantes asesinos del mundo.

Naturalmente, a uno podía importarle un bledo todo esto, pues uno tenía preocupaciones mucho más serias; bastante miseria era el tener que vagar por el puerto sin ninguna compensación económica. El hombre que no tenga una ocupación remunerada merecía ser ajusticiado. Mamá Hentjen lo consideraría también así y resultaba agradable, en realidad, imaginar tal amenaza. Sí, lo más sensato sería que apareciera un superasesino perfecto y lo eliminara a uno limpiamente. Y cuando Esch recorrió otra vez el muelle, y se encontró de nuevo ante el letrero de la compañía naviera Mittelrheinische S. A., dijo en alta voz: «O él o yo».

Esch, de pie cerca del remolcador, observaba la descarga del material escénico. Vio acercarse a Teltscher con el sonrosado Oppenheimer: ambos avanzaban, por así decirlo, a sacudidas; se detenían a cada momento agarrándose por los botones o por los bordes de las chaquetas, y Esch se preguntó qué tendrían que discutir tan acaloradamente los dos. Cuando estuvieron suficientemente cerca, oyó a Teltscher: «Se lo digo yo, Oppenheimer, este negocio no está hecho para mí. Ya lo verá; hago venir a Ilona y que me corten la cabeza si antes de medio año no he presentado el número en Nueva York». Vaya, vaya, o sea que Teltscher no había renunciado todavía a Ilona. Bueno, ya hablaría de otro modo cuando al fin se impusiera un poco de orden. Y Esch perdió las ganas de morirse. Increpó a los dos hombres preguntándoles qué buscaban ellos aquí, acaso creían que él nunca había dirigido una operación de descarga, o pensaban que quería llevarse algo... ¿O tal vez los señores pretendían controlarle? Lo que más lamentaba era haber hecho invertir dinero a otras personas en el negocio, para no mencionar el suyo. Llevaba casi un mes trabajando gratis para esta dudosa empresa, lo había dado todo... ¿Y por qué? Porque un tal señor Teltscher, que por su parte estaba pensando ya en tomar las de Villadiego, le había embarcado. Completamente furioso, empezó a imitar, aunque muy mal, el típico deje judaico del señor Oppenheimer. «Es un antisemita», dijo el señor Oppenheimer, y Teltscher opinó que el humor del señor encargado de los trabajos de expedición mejoraría sin duda al cabo de dos días, en cuanto se hubiera hecho el primer recuento de caja. Y como él sí estaba de buen humor y quería embromar a Esch, dio la vuelta en torno al vehículo donde habían sido cargados los bultos, los contó con minuciosidad y luego se acercó a los caballos para darles un poco de azúcar que tenía en el bolsillo. Esch, que había dado la espalda a los dos judíos, furioso y ofendido, mientras anotaba los cajones, lo vio de reojo y le sorprendió el gesto magnánimo de Teltscher; en realidad se negaba a creerlo y casi esperaba que los animales rechazaran el obsequio. Pero los caballos, precisamente porque así son los caballos, tomaron alegremente con su blando hocico el azúcar de la palma de la mano de Teltscher, y Esch se molestó: también a él se le habría podido ocurrir llevarles al menos un pedazo de pan;

evidentemente, al terminar la operación, no quedaba otra opción que propinar una suave palmada a los dos caballos en las ancas. Esch así lo hizo, y después todos, sentados sobre las cajas, regresaron en el carro a la ciudad. Oppenheimer se despidió en el puente del Rin; Teltscher y Esch siguieron adelante, camino de la taberna de mamá Hentjen.

Teltscher había estado alguna vez en la taberna y se comportaba como si fuera un cliente habitual. Esch tenía cierto sentimiento de culpabilidad por haberle llevado a mamá Hentjen un tipo de tal calaña... en lugar de algo mejor. Le hubiera gustado tirar del carro a aquel individuo. Se sentaba en el mismo sitio que Martin, como un judas, y no tenía ni idea de que existieran hombres mucho mejores que él, hombres distinguidos, respetables. Tampoco tenía idea de que Martin había caído a causa de un hombre que no se dignaría ni escupirle a un lanzador de cuchillos. Y ese bribón, ese rufián, adoptaba aires de triunfador, como si le correspondiera ocupar el sitio de Martin. ¡Artimañas de prestidigitador! Hacer juegos malabares con cosas muertas, trabajo estéril lleno de mentiras y engaños.

Habían llegado. Teltscher descendió el primero. Esch le gritó: «¡Muy bonito! ¿Y quién descarga? Controlar, espiar, esas cosas sí le gustan, pero en cuanto hay que trabajar de verdad, se echa usted para atrás». «Tengo hambre», replicó Teltscher con sencillez al tiempo que entraba en el local. No había nada que hacer con aquel judío; Esch le siguió encogiéndose de hombros. Y a fin de patentizar que él eludía toda responsabilidad por esta clase de clientes, dijo en tono de broma: «Le traigo un cliente distinguido, mamá Hentjen; de los mejores». Pero de pronto estuvo de acuerdo con todo: que Teltscher se sentara en el sitio de Martin y Martin en el sitio de Nentwig: uno ignoraba el fondo de la cuestión y en cierto modo las cosas estaban en orden. Hasta cierto punto no importaban ya los hombres, pues todos eran iguales y bien poco importaba que uno se fundiera en otro o que uno ocupara el sitio de otro; no, ya no podía establecerse un orden en el mundo partiendo de la división entre hombres buenos y malos, sino que había que hacerlo según determinadas fuerzas buenas o malas. Observó a Teltscher con mirada venenosa: Teltscher hacía juegos malabares con el cuchillo y el tenedor y anunció que iba a sacar un cuchillo del corpiño de mamá Hentjen. Ella se echó hacia atrás con un grito, pero Teltscher mostraba ya el cuchillo entre el pulgar y el índice: «¡Pero mamá Hentjen, qué cosas lleva usted dentro del corpiño!». Después quiso hipnotizarla, pero ella quedó petrificada de antemano. Lo que es demasiado, es demasiado. Esch se dirigió indignado a Teltscher: «Es a usted a quien habría que meter en la cárcel». «Vaya novedad», respondió Teltscher.

«El hipnotismo está prohibido por la ley», rugió Esch. «Un hombre muy interesante», dijo Teltscher, señalando con la barbilla a Esch y solicitando con su gesto que también mamá Hentjen se burlara de aquel hombre interesante. Pero a mamá Hentjen no se le había ido aún el susto del cuerpo y se limitó a retocarse el peinado mirando al vacío. Esch se dio cuenta de que su acción salvadora había tenido

éxito y se sintió satisfecho. Sí, había dejado escapar a uno, a Nentwig, pero la segunda vez no sucedería igual: aunque no dependa de la persona, aunque un ser se funda en otro, aunque sea imposible distinguir a un hombre de otro, la injusticia existe, independientemente de quien la cometa, y la injusticia debe ser expiada.

Cuando más tarde fue al Alhambra con Teltscher, estaba de buen humor. Había adquirido un nuevo saber. Y casi le daba pena Teltscher. Y también Bertrand. Incluso Nentwig.

Por fin, a base de incordias a Gernerth, Esch había conseguido que se le garantizara una ganancia de cien marcos al mes por su colaboración —¿de qué debía vivir si no?—, pero la noche del estreno le proporcionó ya una ganancia de siete marcos. De seguir así, duplicaría en un mes su aportación. No hubo forma de convencer a la señora Hentjen de que asistiera a la primera representación, y Esch, a la hora del almuerzo, explicó muy excitado el éxito obtenido el día anterior. Cuando llegó al punto que podría decirse culminante, en que relató cómo Teltscher había hecho cortar y luego coser una de las mallas, a fin de que durante la lucha estallara en el punto más redondeado, y aseguró que dicho incidente se repetiría todas las noches, y se reía tanto al explicarlo que, incapaz de seguir hablando, tuvo que hacer gestos que suplieran las palabras, la señora Hentjen se levantó y dijo que aquello era demasiado. Era inaudito que un hombre al que ella había considerado honorable y que antes había tenido una profesión digna, pudiera caer tan bajo. Y se retiró a la cocina.

Esch, perplejo, se secó los ojos, húmedos todavía por lo mucho que se había reído. En un rincón de su corazón se hospedaba el remordimiento y este rincón le daba la razón a mamá Hentjen; las mallas que estallaban en el escenario tenían una oscura relación con los cuchillos que ya no se podían lanzar en él, pero de esto mamá Hentjen no tenía ni idea, y por eso, en realidad, su ira resultaba incomprensible. Sentía respeto hacia ella, no quería insultarla como al idiota de Lohberg, pero seguro que ella se habría entendido mucho mejor con Lohberg, y evidentemente él no era tan fino como Lohberg. Observó el retrato del señor Hentjen que había en la repisa, para ver si tenía alguna semejanza con Lohberg, y, cuando lo hubo mirado un rato, los rostros del difunto tabernero y del comerciante de tabaco de Mannheim se fundieron en uno. Sí, se mirara como se mirara, resultaba evidente que una persona se fundía en otra y ni siquiera era posible diferenciar a un muerto de un vivo. Nadie es lo que cree ser: uno cree que es un tipo con los pies muy firmes en el suelo, que recoge sus ganancias de siete marcos y que hace lo que quiere, y la realidad es que unas veces está en un sitio y otras en otro y que incluso cuando se sacrifica no es uno mismo quien se ha sacrificado. Le invadió un ansia incontenible de demostrar que no era así, que no podía ser así y, aunque no pudiera demostrárselo a nadie, tenía que hacerle ver al menos a aquella mujer de allá dentro que no debía confundirle a él con el señor Lohberg ni con el señor Hentjen. Sin reflexionarlo más se dirigió a la cocina y le dijo

a la señora Hentjen que no olvidara la subasta de vinos de St. Goar el viernes siguiente. «Encontrará usted compañía sin ninguna dificultad», replicó la señora Hentjen de pie frente al fogón. Esta respuesta le molestó. ¿Qué pretendía de él? ¿Acaso debía pronunciar sólo las palabras que ella le indicara y que ella quería oír? No pudo evitar el pensar en la pianola de la taberna, que cualquiera podía manejar. Pero a ella no le gustaba aquella máquina. Si la criada no hubiera estado presente, le habría gustado vencerla por la fuerza, allí mismo, tal como estaba, tan tiesa junto al fogón, sólo para convencerla de que él existía. Pero se limitó a decir: «Ya lo he arreglado todo: iremos en tren hasta Bacharach y desde allí en barco hasta St. Goar. Llegaremos hacia las once, a tiempo para la subasta. Por la tarde podríamos subir a la Lorelei». A ella le asustó un poco la firmeza de aquella decisión, pero se esforzó en adoptar un tono burlón: «Grandes planes, señor Esch». Esch recobró la seguridad en sí mismo: «Esto es sólo el comienzo, mamá Hentjen; la próxima semana habré ganado, en cualquier caso, mis buenos cien marcos». Y salió de la cocina silbando.

Una vez fuera, se entretuvo leyendo los periódicos que había traído y subrayó con lápiz rojo los artículos que comentaban la sesión inaugural. Le molestó no encontrar nada en el *Volkswacht*. Dejar que se pudriera en la cárcel un camarada del partido, un amigo, eso sí podían hacerlo. Pero, en cambio, no podían escribir ni un miserable artículo. También aquí sería necesario imponer orden. Sintió en sus adentros que poseía fuerza suficiente para hacerlo y tuvo la certeza de que lograría atravesar y dominar aquel caos en el que todo estaba oprimido por el sufrimiento, caos en el que amigos y enemigos se mezclaban encarnizadamente pero sin lucha.

Al cruzar la sala durante el descanso, sufrió un gran sobresalto y le vinieron a la memoria las palabras «una espina en el corazón»: había visto a Nentwig. Estaba en una mesa con otras cuatro personas, y una de las luchadoras, con un albornoz encima de la malla, se había sentado entre ellos. El albornoz se abría un poco y Nentwig procuraba abrirlo más con ladinos movimientos de sus manos regordetas. Esch pasó junto a ellos con el rostro vuelto hacia otro lado, pero la muchacha le llamó y tuvo que volverse. «¡Vaya, señor Esch!, ¿qué hace usted aquí?», oyó decir a Nentwig. Esch titubeó; dijo únicamente: «Noches», pero Nentwig no comprendió la repulsa que encerraba su actitud y levantó la copa hacia él; la chica dijo: «Le dejo el sitio, señor Esch; tengo que volver al escenario». Nentwig, que había bebido bastante, retuvo la mano de Esch y, mientras le servía una copa, lo miraba con dulces ojos de borracho: «Vaya, vaya, eso sí que es una sorpresa inesperada». Esch dijo que él también debía ir al escenario, y Nentwig, sin soltarle la mano, rió sonoramente: «¿Al escenario con las mujeres? Yo también voy, yo también voy». Esch intentó hacerle comprender que él estaba allí por razones profesionales. Finalmente Nentwig lo entendió: «¿O sea que está usted empleado aquí? ¿Es un buen empleo?». La dignidad de Esch no le permitía contestar afirmativamente a la pregunta; no, no estaba empleado aquí, tenía parte en el negocio. «¿Sí?», dijo Nentwig sorprendido. «Tiene un negocio, buen negocio, seguro que es un buen negocio», recorrió con la mirada la

sala llena de bote en bote, «y se olvida de que existe un viejo amigo llamado Nentwig a quien siempre le ha gustado tomar parte en cosas así». Recobró totalmente la lucidez: «¿Y cómo va el suministro de vinos, Esch?». Esch le aclaró que él no tenía nada que ver con el bar, que de esto se ocupaba el propietario de la sala. «Bien, bien, pero con todo lo demás», y abarcó con un amplio gesto la sala y el escenario, «sí tiene usted que ver, ¿no? Bueno, beba al menos una copa», y Esch no pudo negarse a chocar su copa con la de Nentwig y tuvo que estrechar la mano a sus acompañantes y beber con ellos. Pese a la trampa en que Nentwig le había atrapado, no podía experimentar hacia aquel hombre el odio a que se sentía obligado. Intentó revivir el delito del apoderado; no lo consiguió; habían sido unas cochinas en los balances, unas tremendas cochinas, y Esch se irguió ligeramente para localizar al policía que se encontraba en la sala. Pero todo este asunto se había tornado de pronto tan extrañamente impalpable y borroso que Esch se dio cuenta inmediatamente de cuán absurda era su intención y, algo avergonzado y confuso, cogió su copa con mano temblorosa. Entretanto Nentwig miraba a su antiguo y buen contable con ojos húmedos y a Esch le pareció que mediante esta mirada húmeda pretendía fundir su gordinflona figura y transformarla en algo indiferente e insignificante. Aquel vendedor de vinos le había acusado alevosamente de cometer faltas en la contabilidad; le había querido quitar el pan y la existencia, y siempre seguiría acuchillándole por la espalda. No obstante, era casi imposible continuar odiándole. De la confusa maraña de los acontecimientos surge un brazo, un puño que sostiene un puñal, y, en cuanto uno descubre que se trata del brazo de Nentwig, el hecho se convierte en una tonta y casi mezquina casualidad. La muerte a manos de un Nentwig apenas podría llamarse asesinato, y un juicio contra Nentwig no sería más que una miserable venganza por un error de contabilidad que no era tal error. No, de nada sirve entregar un apoderado a la justicia, pues no se trata de arrancar un brazo, ni aunque este brazo sostenga un puñal amenazador; se trata de herir a todo el conjunto o de cortar al menos una cabeza. Una voz interior le dijo a Esch: «Aquel que se sacrifica es un hombre formal», y decidió no preocuparse más de Nentwig. El pequeño gordinflón había caído de nuevo en la somnolencia y, cuando se oyeron los primeros compases de la marcha de los gladiadores, a cuyos sonos subieron las luchadoras al escenario capitaneadas por Teltscher, Nentwig no se dio cuenta de que Esch había desaparecido de su mesa.

Gernerth estaba sentado en el despacho de la dirección frente a un vaso de cerveza y, cuando Esch entró, decía en tono quejumbroso: «¡Qué vida ésta, Dios, esto no es vida!». Oppenheimer iba y venía moviendo la cabeza y todo el cuerpo: «Me gustaría saber qué le pone a usted tan nervioso».

Gernerth tenía el bloc de notas abierto ante sí: «Los impuestos le devoran a uno. ¿Para qué nos matamos trabajando? ¡Pues para los impuestos!». Fuera chasqueaban

los manotazos sobre los sudorosos cuerpos grasientos de las luchadoras, y a Esch le indignó que aquí dentro alguien hablara de matarse trabajando cuando sólo echaba cuentas en un bloc. Gernerth continuó lamentándose: «Ahora los niños tienen que ir de vacaciones; esto cuesta dinero... ¿Y de dónde he de sacarlo?». Oppenheimer se mostró comprensivo sobre este punto: «Los hijos son una bendición, pero los hijos son también un tormento; todo se arreglará, no se preocupe demasiado». Esch sentía compasión por Gernerth, que era un buen tipo, y sin embargo, la marcha del mundo resultaba otra vez confusa si uno pensaba que allá fuera tenía que romperse ahora una malla a fin de que los hijos de Gernerth pudieran ir de vacaciones. En cierto modo mamá Hentjen tenía razón al sentir tanta repugnancia, claro que en un aspecto que ella misma ignoraba. Esch tampoco lo sabía; tal vez era la falta de orden lo que provocaban en él repugnancia e irritación. Salió de la estancia; entre bastidores había algunas luchadoras y olían a sudor; Esch, para abrirse paso, las agarraba desde atrás por los rollizos brazos o los pechos, y las apretaba contra su vientre, y algunas rieron excitadas. Después entró en el escenario y ocupó su puesto de secretario en la mesa del jurado. Teltscher, con el silbato en los labios, estaba casi echado en el suelo y miraba con suma atención por debajo del puente que formaba el cuerpo de una de las luchadoras mientras la otra rodaba sobre ella y se esforzaba, aparentemente, en derrumbar dicho puente; por supuesto sólo aparentemente, ya que la que estaba debajo era la alemana, y una de sus obligaciones consistía en liberarse rápidamente con un patriótico empujón de aquel aprieto humillante. Y aunque Esch conocía el truco, no pudo evitar un suspiro de alivio cuando la luchadora que parecía vencida se puso en pie, y sintió profunda e indignada compasión por su adversaria, cuando Irmentraud Kroff se echó sobre ella y la retuvo por los hombros contra la colchoneta, entre el júbilo nacional de la sala.

Cuando la señora Hentjen se levantó, empezaba a amanecer. Abrió la ventana para mirar qué tiempo hacía. El cielo se extendía claro y despejado por encima del patio todavía en sombras, un pequeño cuadrado entre los oscuros muros, en inmóvil silencio frente a ella. Las tinas, por ser día de colada, emitían calladas allá abajo una nota de color. Un aire fresco se introducía por entre los muros y traía el olor a ciudad. Se dirigió a la habitación de la criada arrastrando los pies y llamó a la puerta. No quería irse sin desayunar, sólo faltaría eso. Después se arregló cuidadosamente y se puso el traje de seda oscura. Cuando Esch acudió a recogerla, la encontró sentada de mal talante en el salón ante una taza de café. Hoscamente dijo: «Vamos», pero al llegar a la puerta, se le ocurrió que tal vez Esch quisiera también tomar café; se lo sirvieron a toda prisa en la cocina y lo bebió de pie. En la calle lucía ya el sol, pero los claros rayos que se reflejaban sobre el asfalto interrumpiendo las alargadas sombras de las casas no mejoraron el humor de ninguno de los dos. Esch se limitaba a dar algunas escuetas indicaciones: «Yo me ocupo de los billetes», o «Andén número

cinco». Se sentaron uno junto a otro en el compartimiento, pero en Bonn Esch asomó la cabeza por la ventanilla, preguntó si había pan recién hecho y le compró un panecillo. Ella lo devoró con aire malhumorado y lleno de reproches. Cerca de Coblenza, cuando la gente se acercó como siempre a las ventanillas para admirar el panorama del Rin, la señora Hentjen sintió el impulso de hacer lo mismo. Esch, en cambio, no se movió de su sitio; conocía de sobras la región; además, tenía la intención de no mostrar la naturaleza a la señora Hentjen hasta que estuvieran en el barco. Le irritó que ella disfrutara ya ahora de la naturaleza y sobre todo que prestara atención a las instructivas aclaraciones de un compañero de viaje. Por eso le resultaron agradables los túneles que impedían disfrutar de la vista y su enfado aumentó hasta tal punto que en Ober-Wesel la llamó sin más para alejarla de la ventanilla: «Estuve en Ober-Wesel, en calidad de...». La señora Hentjen miró hacia fuera; la estación no tenía nada de particular. Dijo cortésmente: «Sí, uno da tantas vueltas...». Esch no había terminado: «Un empleo miserable, pero aguanté, dos meses, a causa de una muchacha del lugar... Huida se llamaba». «Pues podía apearse e ir a visitarla», fue la agria respuesta de la señora Hentjen, por ella no debía privarme de nada. Pero entretanto habían llegado a Bacharach, y Esch, por primera vez en su vida, experimentó el desamparo del que viaja por placer y se encuentra en una estación con una hora de tiempo por delante. De acuerdo con su programa hubieran debido desayunar en el pequeño vapor, y sólo por confusión propuso entrar en alguno de los cafés que conocía. Cuando penetraron en las estrechas callejas de la población, silenciosas y familiares bajo el claro sol de la mañana, la señora Hentjen, de pronto, exclamó entusiasmada ante una casa de paredes entramadas: «Aquí sí que me gustaría vivir, sería mi ideal». Tal vez habían despertado en ella tal entusiasmo las flores de las ventanas, tal vez se debía simplemente a la sensación de libertad que con frecuencia se apodera del ser humano cuando se encuentra frente a lo desconocido, o tal vez fuera únicamente que su mal humor se había agotado. Lo cierto es que el mundo les parecía más transparente y empezaron a mirarlo todo en buena armonía, incluso subieron hasta las ruinas de la iglesia, donde, por cierto, se encontraron sin saber qué hacer; se dieron prisa para llegar pronto al embarcadero, a fin de no perder el vapor, y no les importó tener que esperar media hora.

Durante la travesía discutieron más de una vez, pues a la larga el orgullo de la señora Hentjen no podía permitir que fuese únicamente Esch el conocedor de la región. Ella buscaba y rebuscaba en su memoria nombres conocidos, empezó a dar también datos o a lanzar suposiciones con el brazo extendido, y se ofendió cuando la exactitud de él no dejó pasar alguno de los errores. Sin embargo, nada de esto pudo atenuar su renacido buen humor y, cuando llegaron a St. Goar, les dio pena tener que dejar el barco; sí, en el primer momento ni siquiera recordaron para qué estaban allí. La finalidad comercial del viaje les resultaba ahora en cierto modo indiferente y, cuando se enteraron en el local de la subasta de que la venta de los vinos baratos que a ellos les interesaban ya se había celebrado, no lo lamentaron, antes bien les pareció

que se les liberaba de una obligación y consideraron mucho más importante tomar la balsa que, guiada por un largo cable tendido entre las orillas, iba hasta el atrayente Goarshausen bañado por el sol. Y cuando Esch, fingiendo el interés de un comerciante consumado, anotó los precios alcanzados en la subasta, «para otra ocasión», según dijo, esta actitud comercial resultó un poco fraudulenta, cosa que le produjo un curioso remordimiento, remordimiento que, por una parte, le obligó a pasar por alto los precios demasiado ventajosos, pero por otra no le dejó tranquilo, de modo que, ya en la balsa, anotó de memoria los precios que había omitido antes y lanzó a la señora Hentjen miradas de disgusto.

La señora Hentjen, sentada en el borde de la balsa calentado por el sol, metía tranquilamente un dedo en el agua, cuidando de que sus mitones de encaje color crema no se mojaran, y, si de ella hubiera dependido, habrían cruzado el Rin varias veces más, porque le gustaba aquella extraña sensación de ligero mareo que producía mirar oblicuamente el agua que corría veloz junto a la balsa. Pero el tiempo transcurría con rapidez y había que reconocer que también se estaba muy bien en la terraza del restaurante bajo la sombra de los árboles. Comieron pescado, bebieron vino, y Esch, en trance de fumarse un cigarro, pensó en la necesidad de iniciar una ofensiva, preguntándose muy en serio si la señora Hentjen, sentada ahí, magnífica en su corpulencia, no estaría esperando que él la iniciara. Desde luego, no era como las demás mujeres, y por eso, precavido, empezó hablando de Lohberg, a quien en realidad tenía que agradecer la idea de esta hermosa excursión, y lo colmó de alabanzas, para, tras esta introducción, abordar el tema de los ideales vegetarianos del verdadero amor, pero la señora Hentjen se dio cuenta de su propósito, reaccionó de inmediato y, aunque ella acusaba también el cansancio y hubiera preferido descansar, le cortó la palabra y le recordó que, de acuerdo con sus planes, ahora tenían que ir a la Lorelei. Esch se puso furioso; se esforzaba en hablar como Lohberg y no hallaba el menor reconocimiento. Por lo visto, él no era todavía lo bastante delicado para ella.

Se levantó y pagó la cuenta. Al atravesar el jardín del restaurante, observó a los clientes veraniegos; había hermosas mujeres y muchachas jóvenes: de repente Esch no comprendió qué pretendía él con aquella mujer ya entrada en años, aunque con su vestido de seda marrón tuviera un porte realmente majestuoso. Las muchachas llevaban vaporosos y claros vestidos de verano, y el traje de seda marrón se ensució pronto con el polvo de las calles y quedó feo. A pesar de todo, a Esch le parecía bien, uno tenía conciencia y si se pensaba en Martin, pudriéndose en una cárcel sin sol por haberse sacrificado sin que nadie se lo agradeciera, se daba uno cuenta de que las cosas le iban todavía demasiado bien. Y mientras pateaba las polvorientas calles del pueblo en compañía de la señora Hentjen, en lugar de estar tendido en la hierba junto a una mujer hermosa, le parecía justo que aquella mujer no supiera agradecerle el sacrificio. Aquel que se sacrifica es un hombre cabal. Reflexionó sobre si podía hacerle ver a ella, delicadamente, su sacrificio, pero se acordó de Lohberg y desistió: un hombre sensible se sacrifica en silencio. Algún día —quizá cuando fuera

demasiado tarde— ella comprendería. Sintió una dolorosa emoción y, mientras seguía andando, se quitó la chaqueta y luego el chaleco. La señora Hentjen constató, con asco, que había dos grandes manchas húmedas en la camisa y que ésta se le pegaba a los sobacos, y cuando él, al tomar el camino del bosque, se detuvo para esperarla, ella notó el calenturiento olor que desprendía su cuerpo y se echó hacia atrás. Esch dijo en tono complaciente:

—¿Cómo va eso, mamá Hentjen?

—Póngase la chaqueta —suplicó ella ásperamente, pero maternal añadió—: Aquí hace fresco y aunque sea un fresco agradable podría usted enfriarse.

—Al andar se siente el calor —respondió Esch—, sería mejor que se desabrochara usted algún botón del cuello.

Ella movió la cabeza con el sombrero pasado de moda y bien cepillado: no, de ningún modo ¡qué aspecto tendría! «Pero si aquí no nos ve nadie», dijo Esch, y la comprobación repentina de esta soledad en compañía, en la que uno no debía avergonzarse ante el otro puesto que nadie los veía, turbó a la mujer. De pronto le pareció hasta lógico, por así decirlo, que él desnudara su sudor ante ella con entera confianza; y, aunque todavía sentía repugnancia, ya no la sentía exteriormente, sino por debajo de la piel, de forma apagada y diluida, y ni siquiera tenía miedo ya de la mandíbula de caballo de Esch, sino que la aceptaba como parte integrante de aquella extraña libertad, libertad que se puso nuevamente de manifiesto cuando él volvió a hablar entre risas: «Ánimo, mamá Hentjen, no nos abandonemos a la fatiga». Ella se ofendió porque él, evidentemente, no la creía capaz de mantener su paso, y se puso de nuevo en movimiento un poco sofocada y apoyándose en su frágil sombrilla rosa. Esch caminaba ahora a su lado y cuando el camino se hizo muy empinado intentó ayudarla. Ella le miró primero con desconfianza, temiendo una familiaridad totalmente impropia, pero luego, aunque dudando, se cogió vacilante de su brazo, a pesar de que renunciaba a este apoyo, y lo rechazaba, en cuanto alguien se cruzaba en su camino, incluso si este alguien era sólo un niño.

Ascendían con lentitud, y cuando se detuvieron para recobrar aliento empezaron a darse cuenta poco a poco de cuanto les rodeaba: el barro del sendero del bosque que, con el calor, se había agrietado y tornado blanquecino; las plantas, que escondían su verde pálido en el suelo reseco, las raíces, que tendían sus fibras polvorientas sobre el camino; el olor seco y marchito del bosque, que apenas respiraba bajo el calor; los arbustos, entre cuyas hojas se vislumbraban bayas negras y muertas, prontas ya a agostarse en el otoño. Todo lo descubrían, aunque sin ser capaces de expresarlo, pero cuando llegaron al primer banco situado en un mirador, se extendió ante ellos todo el valle y, aunque les faltaba mucho para alcanzar la cima de la roca Lorelei, les pareció, cuando tomaron asiento y se abrió ante ellos toda la amplitud del paisaje, que habían alcanzado ya la meta; y la señora Hentjen alisó con sumo cuidado su vestido de seda marrón por la parte de atrás a fin de que no se arrugara bajo su peso. El silencio era tal que se oían las voces procedentes del embarcadero y de las posadas de St. Goar y

hasta el sordo ruido que hacía la balsa al chocar contra el muelle; y lo desacostumbrado de tales impresiones les resultó a los dos desagradable. La señora Hentjen miraba los corazones y las iniciales grabados en el respaldo y en el asiento del banco y con voz opaca le preguntó si él también había inmortalizado aquí su nombre junto al de su Hulda de Ober-Wesel. Cuando él, bromeando, empezó a buscarlos, ella dijo que lo dejara correr: se viera o no, allí donde un hombre llegaba, encontraba siempre la huella de su cochino pasado. Pero Esch, que deseaba proseguir la broma, dijo que tal vez lo que encontraría sería el nombre de ella escrito dentro de un corazón, y esto la enojó de verdad; ¿qué más se permitiría?; su pasado, a Dios gracias, era puro, y en este sentido podía competir con cualquier jovencilla. Claro que esto, desde luego, no podía comprenderlo un hombre que se había pasado la vida persiguiendo a mujerzuelas. Esch, a quien el reproche le llegó al alma, se sintió vil y vulgar por haberla juzgado inferior a las muchachas que había visto en el restaurante, muchas de las cuales, de seguro, no le llegaban a mamá Hentjen ni a la suela del zapato. Además le hacía a él un gran bien tener junto a sí a alguien que se manifestaba con esta claridad y con esta seguridad, alguien que sabía perfectamente dónde tenía la derecha y dónde tenía la izquierda, dónde estaba el bien y dónde estaba el mal. Por unos instantes pensó que ahí estaba la meta anhelada, la cúspide que se erguía clara y firme por encima del desorden, el puntal al que uno podía agarrarse, pero entonces le importunó la imagen del señor Hentjen y su retrato colocado en la taberna y le entró la obsesión de que el corazón de aquel hombre tenía que estar grabado en alguna parte abarcando, en íntima unión, las iniciales de él y de ella. No se atrevió a tocar este tema y preguntó simplemente dónde estaba su casa paterna. Ella respondió con sequedad que había nacido en Westfalia y que, por otra parte, esto no le importaba a nadie. Y, como no podía retocarse el peinado, se afianzó bien el sombrero. No, mamá Hentjen no podía soportar que la gente metiera la nariz en la vida de los demás, y eso era precisamente lo que hacían los hombres como Esch y otros clientes parecidos, los cuales eran incapaces de imaginar que no todo el mundo anda por ahí arrastrando un cochino pasado. Cuando esos tipos no pueden conseguir a una mujer, tratan por lo menos de inventarle una vida amorosa y un pasado. Se apartó un poco de él enojada, y Esch, cuyo pensamiento seguía ocupándose del señor Hentjen, tuvo de pronto la seguridad de que ella había sido muy desgraciada. El rostro de Esch adquirió una expresión de amarga pesadumbre. Era muy posible que la hubieran llevado a ese matrimonio por la fuerza. Esch dijo que no había tenido intención de molestarla. Y, habituado a consolar mediante un contacto físico a las mujeres que lloraban o que le parecían desgraciadas, cogió su mano y la acarició. Tal vez debido a la extraordinaria quietud de la naturaleza, o quizá simplemente por puro cansancio, ella no se defendió. Había manifestado su opinión, pero ya las últimas palabras habían volado de su boca como plumas deshilachadas, y ni ella misma las reconocía, y ahora se sentía completamente vacía, incapaz de sentir aversión o repugnancia. Miró el ancho valle sin verlo; dejó de saber dónde estaba. Todos

aquellos años vividos maquinalmente entre el mostrador y un par de calles conocidas se fundían ahora en un pequeño punto y parecía de pronto que hubiera estado fija desde siempre en este punto desconocido. Y el mundo todo le era tan desconocido que era imposible abarcarlo, y ya nada la unía al mundo, como no fuera la delgada rama de hojitas punzantes que colgaba sobre el respaldo del banco y que ella recorría con los dedos de la mano izquierda. Esch se preguntó si debía besarla, pero no le apetecía y, además, le pareció poco delicado.

Así pues siguieron sentados en silencio. El sol se inclinaba hacia el oeste y brillaba en sus rostros, pero mamá Hentjen no notaba el calor ni el ardor de su piel tensa, enrojecida y cubierta de polvo. Casi parecía que hubiera contagiado a Esch su sopor y somnolencia, ya que éste, si bien veía cómo se iba alargando y ensanchando la sombra de la montaña que se proyectaba sobre el valle, no se atrevía a cambiar de postura, hasta que finalmente, con gesto indeciso, cogió la chaqueta que tenía junto a sí y consultó su gran reloj de plata. Era hora de volver al tren, y ella, convertida en una mujer sin voluntad, le obedeció. Durante el descenso ella se apoyó con fuerza en su brazo y él se puso sobre el hombro la frágil sombrilla rosa, con la chaqueta y el chaleco colgados en la punta. A fin de facilitarle la marcha, Esch le desabrochó un par de botones del corpiño, abotonado hasta muy arriba, y mamá Hentjen le dejó hacer sin rechistar, y tampoco se apartó de su lado cuando se cruzaron con otros viandantes; ella no los veía. El borde de su traje de seda marrón rozaba el polvo del camino, y cuando Esch, ya en la estación, la dejó sentada en un banco para ir a beber algo, ella permaneció quieta, desamparada y abúlica, esperando que él regresara. Esch le trajo un vaso de cerveza y mamá Hentjen bebió a instancias suyas. En el oscuro compartimiento del tren, él acomodó la cabeza de la mujer en su hombro. No sabía si mamá Hentjen dormía, y tampoco ella lo sabía. Su cabeza rodaba de un lado a otro sobre el hombro duro. El gesto de Esch para atraerla hacia sí provocó una firme resistencia en aquel ancho cuerpo en su coraza de ballenas, y los alfileres del sombrero que se sostenía sobre su vacilante cabeza amenazaban el rostro de Esch, que tomando de pronto una decisión, echó el sombrero para atrás. El pelo desordenado y el sombrero hacia atrás hicieron que la mujer adquiriera aspecto de borracha. La seda del vestido olía a polvo y a calor, sólo de vez en cuando se notaba el perfume de lavanda que había quedado aprisionada entre las arrugas. Esch besó la mejilla que se deslizaba junto a su boca, y luego cogió con las manos la cabeza redonda y pesada y la volvió hacia él. Ella devolvió el beso con labios secos y abultados, como un animal que oprime el hocico contra un cristal.

Sólo cuando estuvieron en la puerta de su casa, recobró ella la lucidez. Dio a Esch un empujón en el pecho y con pasos todavía inseguros fue a ocupar su puesto detrás del mostrador. Allí se sentó y paseó la mirada por el local que se extendía ante ella como sumergido en espesa niebla. Finalmente reconoció a Wrobek en la primera mesa y le dijo «Buenas noches, señor Wrobek». Pero no vio que Esch la había seguido hasta el interior de la taberna, ni tampoco advirtió que fue uno de los últimos

en abandonar el local. Cuando él la saludó para despedirse, contestó en tono indiferente: «Buenas noches, señores». Sin embargo, al salir de la taberna, Esch notaba una sensación extraña y halagadora: la impresión de que era el amante de mamá Hentjen.

Cuando se ha besado una vez a una mujer, todo lo demás sucede de modo necesario e irrevocable. Se puede precipitar o retrasar, pero no se puede abolir una ley de la naturaleza. Esch lo sabía perfectamente. Pero no lograba imaginar cómo continuarían sus relaciones con mamá Hentjen, y por eso le gustó que al día siguiente Teltscher lo acompañara a la taberna; de este modo su reencuentro con mamá Hentjen resultaría más leve y sobre todo más sencillo.

Teltscher había tramado algo nuevo: había que contratar a una negra; esto daría un atractivo especial a las últimas funciones; quería llamarla «Estrella Negra de África», y la luchadora alemana, tras un par de asaltos indecisos, tendría que vencerla. Esch temía que Teltscher expusiera sus proyectos africanos ante mamá Hentjen, y no se equivocó, pues en cuanto entraron Teltscher habló de su nueva ocurrencia: «Señora Hentjen, nuestro Esch va a conseguirnos una negra». Ella, de momento, no comprendió, ni siquiera cuando Esch, fiel a la verdad, aseguró que no sabía dónde encontrar una negra; no, mamá Hentjen se negaba a escuchar y se escudó en una amarga acritud: «Una más o una menos, para él carece de importancia». Teltscher, muy animado, le dio un golpecito a Esch en la rodilla: «Naturalmente con un hombre como él, a quien le llueven las mujeres, no hay quien pueda competir». Esch lanzó una ojeada al retrato del señor Hentjen: ahí había uno que le había ganado la partida. «Sí, así es Esch», insistió Teltscher. Para la señora Hentjen todo esto fue la confirmación de la mala opinión que tenía de Esch e intentó afianzar su alianza con Teltscher; examinó el pelo corto y tieso de Esch, aquel oscuro cepillo bajo el que brillaba la piel de la cabeza, amarillenta, y tuvo la impresión de que ella necesitaba hoy un aliado. Dejó de lado a Esch y alabó a Teltscher; desde luego era muy comprensible que un hombre con sentido de la dignidad no quisiera saber nada de aquellas historias de mujeres y lo dejara todo en manos de Esch. Esch, herido, dijo que muchos se pelearían para poder hacer este trabajo, y que no todo el mundo era capaz de hacerlo. Y despreció a Teltscher, que ni siquiera había sabido conservar a Ilona. Pero ¡ya se vería!, muy pronto no habría nadie que pudiera tener a Ilona. «Bueno, señor Esch», exclamó la señora Hentjen, «¿a qué espera? La negra está aguardando; póngase inmediatamente a trabajar». Sí, eso era exactamente lo que iba a hacer, replicó él, y, en cuanto hubo terminado de comer, se levantó y dejó a la un tanto desconcertada señora Hentjen en compañía de Teltscher.

Estuvo vagando por ahí un buen rato. No tenía nada que hacer. Le molestaba haberla dejado sola con Teltscher y finalmente, obedeciendo a su impulso, regresó. No era de suponer que encontrara todavía allí a Teltscher, pero quería cerciorarse. La

taberna estaba vacía y tampoco encontró a nadie en la cocina. O sea que Teltscher se había ido y también él hubiera podido marcharse, pero sabía que a esta hora la señora Hentjen solía estar en su habitación y ahora se dio cuenta de que, en realidad, él había vuelto por esto. Dudó un momento y luego subió por la escalera de madera procurando no hacer ruido. Sin llamar a la puerta, entró. La señora Hentjen estaba sentada junto a la ventana y zurcía medias; cuando le vio, emitió un ligero grito y se puso rígida. Él avanzó decidido hacia ella, la apretó contra el respaldo de la silla y la besó en la boca. Ella movió la pesada cabeza a un lado y a otro, en un intento de resistencia, y dijo con voz ronca: «Váyase, aquí no se le ha perdido a usted nada». Mucho más penoso que su violencia le resultaba el pensamiento de que él, saliendo de los brazos de una checa o una negra, estuviera aquí en su habitación, una habitación que nunca había sido hollada por un hombre. Ella luchaba por su habitación. Pero él la retuvo con firmeza, y ella al fin le devolvió los besos con labios secos y abultados, tal vez para incitarle a irse valiéndose de la mansedumbre, pues entre beso y beso iba repitiendo con los dientes apretados: «Aquí no se le ha perdido a usted nada». Por último suplicó: «Aquí no». Esch, cansado de aquella lucha desagradable, recordó que tenía entre sus brazos a una mujer que merecía respeto y consideración. Si ella quería variar el lugar de la función, ¿por qué no complacerla? La soltó y ella lo empujó hacia la puerta. Cuando salieron al pasillo, él dijo con voz ronca: «¿Dónde?». Ella no le comprendió, porque había creído que él, por fin, iba a marcharse. Esch, cerca de su cara, preguntó de nuevo: «¿Dónde?», y como ella permaneció inmóvil y sin pronunciar palabra, la abrazó otra vez, para volver a llevarla a la habitación. Ella sentía como única misión la defensa de aquel cuarto. Miró indefensa a su alrededor, vio la puerta de la alcoba principal, concibió de repente la esperanza de que la elegancia de aquella estancia le haría recobrar el sentido común y las buenas costumbres y señaló hacia allí con la mirada; él la hizo pasar delante, pero la siguió, poniéndole la mano sobre el hombro, como si condujera un prisionero.

En cuanto entraron en la estancia, ella dijo con tono inseguro: «Bueno, confío en que ahora será usted razonable, señor Esch», y quiso acercarse a la ventana para abrir los postigos, pero él la había cogido por detrás y mamá Hentjen no pudo moverse. Intentó desasirse, dieron unos traspies y fueron a parar sobre las nueces, con lo cual estuvieron a punto de caerse los dos. Las nueces se rompieron bajo sus pies y cuando la señora Hentjen, a fin de salvar sus provisiones, retrocedió hacia la alcoba, pensando que allí recobraría el equilibrio y tendría los pies firmes sobre el suelo, tuvo un instante de reflexión sonámbula: ¿no había sido ella misma la que le había atraído hasta aquí? Pero esta idea no hizo sino acrecentar su amargura y silbó con rabia: «Váyase con su negra... a mí no podrá usted obtenerme como a sus demás mujeres». Buscó refugio en una esquina de la alcoba y aferró la cortina; las anillas de madera que sostenían las cortinas sonaron levemente y por miedo a estropear el hermoso cortinaje ella se soltó, y no pudo evitar ser empujada hacia el oscuro nicho donde se

hallaban las camas matrimoniales. Siempre de pie detrás de ella, Esch le cogió ahora las manos, libres ya, y tiró de ellas hacia atrás y hacia sí, con lo que ella tuvo que notar la excitación de su sexo. Fuera por esto, fuera porque la visión de las camas la había sumergido en un estupor indefenso, ella cedió a la imperiosidad jadeante de Esch. Y como él tiraba torpemente de sus ropas y fuera ahora su ropa interior la que estuviera en peligro, ella le ayudó, como un reo que colabora con su verdugo, y él casi experimentó horror al ver cuán fácil y simplemente se desarrollaba todo, y cómo mamá Hentjen, en cuanto cayó sobre la cama, se acostó tranquilamente de espaldas. Y todavía le llenó de más profundo horror el que ella inmóvil y dura, como obedeciendo las reglas de una antigua obligación, como reemprendiendo una vieja y acostumbrada exigencia, se dejara hacer sin decir una palabra, sin un estremecimiento. Sólo su redonda cabeza oscilaba sobre la almohada de un lado a otro como en una obstinada negación. Al sentir Esch el calor del cuerpo abierto de ella, él acrecentó su placer para despertarlo en ella y vencerlo. Tomó su cabeza entre las manos y la apretó como si quisiera extraer de ella los pensamientos que ocultaba y que no le pertenecían, y recorrió con sus labios la fea y grasienta superficie de sus gordas mejillas, así como su hundida frente, pero la piel de ella permaneció sorda e inmóvil, tan inmóvil y sorda como la muchedumbre por la que Martin se había sacrificado sin lograr redimirla. Tal vez Ilona sentía también de este modo la gorda pesadez de Korn, y por un instante experimentó una sensación de felicidad al pensar que actuaba como ella, y pensó también que era justo que todo sucediera así, por ella y por la redención que había de conducir a la justicia. Oh, extinguirse, convertirse para siempre en un huérfano, aniquilarse uno mismo con toda la injusticia que se soporta y que se ha acumulado, pero aniquilar también a la mujer cuyos labios se busca, aniquilar el tiempo, tiempo que fue también de ella, tiempo depositado en estas mejillas ajadas, anhelo de exterminar a la mujer que había vivido en el tiempo para hacerla resucitar renovada e intemporal, entregada y dominada en esta íntima unión. Ahora la boca de ella se había unido a la suya, como el hocico de un animal apretado contra un cristal, y Esch se enfureció, porque ella, para evitar que él se la arrebatase, retenía el alma prisionera tras los dientes apretados. Y cuando ella, con un ronco gruñido, abrió finalmente los labios, Esch sintió una felicidad que jamás le había hecho sentir ninguna otra mujer, y fluyó sin fin en ella, anhelando poseer a aquella mujer que había dejado de ser ella misma para convertirse en una vida recibida de nuevo, maternal, arrancada del seno del misterio, aniquiladora del yo, que había roto sus fronteras, sumergida y anegada dentro de su propia libertad. Porque el hombre que quiere el bien y la justicia quiere lo absoluto, y Esch comprendió por primera vez en su vida que esto no depende del placer, sino de una unión que está por encima de cualquier motivación casual, triste o incluso mezquina, y que radica en un extinguirse en común, que, fuera del tiempo, anula el tiempo; comprendió que el renacer del ser humano es algo tan sereno como el todo, el cual, sin embargo, es capaz de empequeñecerse y ceñirse al hombre, cuando lo exige la voluntad en éxtasis,

a fin de que sea para él lo que únicamente a él le corresponde: la redención.

¡Qué significaba ya ser el amante de mamá Hentjen! Muchos hombres opinan que el punto culminante de la vida se encuentra en la existencia de una mujer determinada. Esch había sabido liberarse hacía mucho tiempo de tales prejuicios. No, por más que de vez en cuando la señora Hentjen se antepusiera a todo en su mente. Eso no. Él tenía en su vida otras miras más elevadas y más grandes.

Se detuvo frente a una librería cerca del Mercado Nuevo. Se fijó en una reproducción de la estatua de la libertad, estampada en oro sobre tela verde; debajo se leía «América hoy y mañana». No había comprado muchos libros durante su vida y a él mismo le sorprendió verse ahora entrando en una librería, que, con sus mostradores lisos y brillantes, con sus libros de formas regulares colocados en perfecto orden, recordaba lejanamente una tienda de tabaco. Le habría gustado quedarse un rato charlando con alguien, pero, como nadie le prestó atención, pagó el libro y se encontró con un paquete en las manos sin saber qué hacer con él. ¿Un regalo para la señora Hentjen? Seguro que no le interesaría lo más mínimo, pero, no obstante, había algo que de modo inexplicable la relacionaba con esta compra. Lleno de dudas, se detuvo de nuevo frente al escaparate. Detrás del cristal, colgados de un cordón, pendían los libritos para aprender idiomas, de diferentes colores y con las banderas de la nación correspondiente en cada lomo, como una alegre incitación a quien deseara aprender. Esch se dirigió a la taberna para almorzar.

Cuando una persona lleva debajo del brazo un regalo inadecuado, le entra temor de mostrarse, y Esch llevó su libro junto a la ventana; en este sitio solía él sentarse para leer el periódico después de comer, ¿por qué no podía hacer lo mismo con el libro? Poco después mamá Hentjen le gritó a través del local vacío: «Bueno, señor Esch, parece que tiene usted tiempo hasta para leer libros en pleno día». «Sí», respondió él animándose, «se lo voy a enseñar». Se levantó y llevó el libro al mostrador. «¿Qué se hace con eso?», preguntó ella, cuando le tendió el libro; él le indicó con un gesto que le echara un vistazo; ella lo hojeó un poco, miró algunas ilustraciones con algo más de atención y se lo devolvió diciendo simplemente: «Está bien». Esch sufrió una decepción, aunque ya había imaginado que a ella no le interesaría el libro, ¡qué sabía una mujer así de grandes y elevados proyectos! A pesar de todo, siguió allí de pie esperando que ocurriera algo..., pero lo único que ocurrió fue que mamá Hentjen dijo: «Usted piensa seguramente pasarse toda la tarde sentado allí con ese chisme». Esch contestó: «Yo no pienso nada», y, sintiéndose ofendido, llevó el libro a su casa para leerlo a solas. Y se propuso emigrar solo. Completamente solo. Y sin embargo no podía dejar de pensar, una y otra vez, que estaba estudiando la obra americana no sólo para sí mismo sino también para mamá Hentjen.

Cada día leía un poco. Al principio se limitó a contemplar las ilustraciones, y ahora, cuando pensaba en América, tenía la impresión de que allí los árboles ya no

eran verdes, ni las praderas multicolores, ni el cielo azul, sino que allí la vida se desarrollaba bajo las mismas sombras rutilantes y matizadas que reflejaban las fotografías en tonos grises amarrados o los dibujos a pluma finamente esgrafiados. Luego se concentró en el texto. Los infinitos números de las estadísticas le aburrían, pero era demasiado concienzudo para saltárselos y logró retener muchos en la memoria. Despertaron en él gran interés las organizaciones policial y judicial americana, las cuales, según afirmaba el libro, estaban puestas al servicio de la libertad democrática, de modo que, para cualquiera que supiera leer un libro, estaba muy claro que allá no se solía meter en la cárcel a un inválido al conjuro de navieros depravados; Martin, por tanto, debía irse con él. Esch daba vuelta a la página y, cosa sumamente extraña, en la fotografía que mostraba al gigante del océano anclado en el puerto de Nueva York se veía a mamá Hentjen apoyada en la borda, vestida con su traje de seda marrón, la frágil sombrilla de color rosa entre las manos y mirando hacia el torbellino de los que se acercaban, mientras que Martin estaba sentado con sus muletas sobre un cajón, y alrededor se oía hablar inglés por todas partes.

Y como Esch era muy concienzudo, decidió, tras algunas vacilaciones, volver a aquella librería cuya distribución lo había cautivado. Sin tener en cuenta el gasto, adquirió el manual de inglés que ostentaba la alegre y atrayente bandera de la Unión y se dispuso de inmediato a aprender los vocablos ingleses, y detrás de cada palabra estaba la palabra «Libertad», en los tonos suavemente grises, y elegantes de la fotografía satinada, como si con esta palabra debiera relegarse al olvido y hacerse desaparecer todo cuanto hubiera existido o se hubiera expresado en el antiguo idioma. Decidió que incluso entre ellos hablarían inglés, y que para ello había que enseñarle inglés a mamá Hentjen. Pero con su sano desprecio por lo quimérico, no permitió que todo quedara en deseos vacíos: sus ganancias aumentaban y, pese a que en los últimos días había disminuido mucho la afluencia de público, le quedaban todavía doscientos marcos de beneficio procedentes de este negocio y los destinó desde ahora a fondo básico para los gastos del viaje; con esto se podía negociar, se podía ayudar a alguien a escapar de la cárcel, se podía empezar una vida nueva. Actualmente sus pasos le llevaban con frecuencia a la catedral. Cuando desde la escalinata contemplaba la plaza y aparecían algunas personas hablando inglés, sentía un aire de libertad que le acariciaba la frente, y se quitaba el sombrero bajo el suave viento del verano. Incluso las calles de Colonia empezaron a adquirir otro aspecto, un aspecto que casi podría calificarse de inocente, y Esch las contemplaba con benevolencia y con cierta alegría maliciosa. Bastaba con estar allá, al otro lado del charco, para que aquí todo cambiase. Y si uno regresaba alguna vez, podría visitar la catedral acompañado de un guía que hablase inglés.

Después del espectáculo, esperó a Teltscher; anduvieron en la noche envueltos en un aire delicioso y húmedo. Esch se detuvo: «Bien, Teltscher, usted está siempre presumiendo de sus contratos en América: ha llegado la hora de hablar en serio de esto». A Teltscher le encantaba hablar del destino:

—Sí, allí me darán todos los contratos que quiera, basta con que yo quiera.

Esch le interrumpió para oponerse:

—Bueno, ya... con lo de tirar cuchillos... Pero ¿no cree usted que se podría hacer también allí un espectáculo de lucha o algo parecido?

Teltscher rió despectivamente:

—¿Acaso pretende usted irse allá con nuestras mujeres?

—¿Y por qué no?, en definitiva.

—Está usted chiflado, Esch. ¿Con ese material quiere irse? Si al menos... Pero no, allá quieren deporte de veras, y lo que hacen nuestras mujeres... —volvió a reír.

—Tal vez podría conseguirse —insistió Esch.

—¡Es una locura! Como si allí nos esperasen precisamente a nosotros... Y además, ¿dónde conseguiría encontrar usted aquí a gente entrenada? —Teltscher reflexionaba—: Si al menos estas vacas tuvieran apariencia de tales, podríamos quizá hacer algo. Claro que únicamente en México o en América del Sur.

Esch no comprendía y a Teltscher le irritó su desconcierto.

—Bah, con la necesidad de carne que allí tienen... Si las luchas no dieran resultado, tendríamos al menos el establo preparado para las vacas, y los gastos del viaje más algunas comisiones en el bolsillo.

Esto estaba más claro. Y la imagen fotográfica de color marrón o gris que Esch tenía en la mente se convirtió en una imagen sureña de colores vivos y fantásticos. Sí, era convincente. Teltscher dijo:

—Usted ha cumplido hasta ahora su tarea a la perfección, Esch. Pues a ver si consigue reedificar nuestro circo con mujeres que tengan apariencia. Conozco a un par de personas que nos arreglarían allá este asunto. Y luego nos vamos con el cargamento.

Esch sabía que todo esto olía diabólicamente a trata de blancas. Pero él no tenía por qué enterarse; las luchas eran un negocio legal y, si acaso adquirían un aire sospechoso, no importaba demasiado: con ello quedaría un poco equilibrada la cuenta pendiente con una policía que metía en la cárcel a los inocentes. Una policía que está al servicio de la libertad y que no acepta dinero de los armadores no va a estar a la espera de este tipo de modificaciones. Ciertamente la trata de blancas no era un negocio elegante, pero en definitiva también mamá Hentjen regenta su taberna sin ninguna convicción. Tampoco a Lohberg le gusta su tienda. Y siempre es mejor llevarse a Teltscher a América con el circo que dejarle aquí lanzando cuchillos. Pasaron junto a un policía que hacía su ronda de vigilancia nocturna con aire aburrido, y a Esch le hubiera gustado asegurarle que, a pesar de todo, la policía no podría tener queja: ¡todavía les entregaría a Nentwig!; un Esch mantiene el orden y cumple con su obligación, aunque su socio sea un cerdo. «Cerraos policías» refunfuñó. El asfalto mojado brillaba como el papel de las fotografías, gris a la luz de las luces amarillas, y Esch vio ante sí la estatua de la libertad, cuya antorcha quema y redime cuanto ha quedado en el pasado, todo lo que ha sido, todo lo muerto que se

echa al fuego; y si esto es asesinato, es un asesinato sobre el cual la policía no tiene ningún poder; cometido en pro de la redención. Había tomado una decisión y, cuando Teltscher al despedirse le gritó «Y no lo olvide: allí las quieren rubias, siempre rubias», Esch supo perfectamente que buscaría y traería chicas rubias. Pondría en claro sus antiguas cuentas y luego partiría con su rubio cargamento. Desde la elevada cubierta del gigante del océano contemplarían el enjambre de pequeñas embarcaciones abajo. Se despedirían del viejo mundo con un adiós para siempre. Tal vez las muchachas rubias entonarían en el barco canciones de despedida, cantarían a coro, y cuando el barco, arrastrado por los tensos cables, se deslizara a lo largo de las orillas, tal vez entonces Ilona, rubia ella también, pasearía por la costa y saludaría con la mano, una Ilona libre ya de todo peligro, y la superficie del agua sería cada vez más amplia.

En realidad tenía que reconocer que su amante era una compañera de su misma condición: una vez consumido el amor, ella no quería saber nada más. En esto mamá Hentjen se parecía a él, aunque a ella la impulsaban otras razones. Para mamá Hentjen el amor era algo tan profundamente secreto que apenas se atrevía a pronunciar la palabra. Una y otra vez olvidaba la existencia del amante, que ahora tenía finalmente y al que no podía impedir que se deslizara hasta su cuarto a la hora de la siesta o después de que se hubieran ido los últimos clientes, y su proximidad provocaba siempre en ella un helado estupor que no empezaba a desaparecer hasta que penetraban en el cuarto a media luz y en la alcoba: entonces esta sensación se convertía en un sentimiento de soledad irresponsable, y la oscura alcoba donde estaba acostada viendo el techo empezaba a oscilar y pronto dejaba de parecer una parte de la casa familiar para semejar un vehículo que colgaba libremente en el espacio de algún lugar de las tinieblas y del infinito. Sólo entonces comprendía que había alguien allí, alguien que se tumbaba a su lado y se ocupaba de ella, pero no era Esch, ni siquiera nadie que ella conociera, era un ser que se había introducido extraña y brutalmente en su soledad, un ser a quien, no obstante, era imposible reprocharle su brutalidad, puesto que este ser formaba parte de la soledad, y no se le podía encontrar más que en esta soledad, un ser silencioso, amenazador y jadeante, que exigía que se mitigara su brutalidad: por eso había que jugar con él los juegos que él quisiera, y aunque fuera un juego algo forzado, resultaba extrañamente permitido, porque la soledad lo rodeaba e incluso Dios cerraba los ojos. Pero el hombre con quien compartía el lecho intuía apenas esta soledad, y ella intentó por todos los medios que él no destrozara la soledad. A él le rodea un profundo mutismo y ella no permite que se rompa este mutismo, aunque él pueda tomar este torpe silencio como estupidez o insensibilidad. En el mutismo se esfuma el pudor, pues sólo la palabra ha creado la vergüenza. La sensación de ella no es de placer, sino de liberación de la vergüenza: hay tanta soledad en torno a ella que, como si estuviera sola para toda la eternidad, ya

no se avergüenza de ninguna parte de su cuerpo. Él no comprende su silencio y está anonadado por ese callar impúdico, que se ofrece y lo incita en una inmovilidad animal. Ella apenas le entrega ni un suspiro, y todo él es una torturada espera y esperanza de que al fin su voz estalle en un grito libre y ronco de placer. Con frecuencia, con mucha frecuencia, él espera en vano, y entonces odia el gesto tranquilizador con que ella le invita a dormirse contra su hombro inmóvil y carnoso. Pero cada vez ella rechaza de pronto con violencia lejos de sí al amante, como si quisiera hacerle desaparecer de repente, a él y a su complicidad: ella le empuja hacia la puerta y, mientras él desciende la escalera, siente sobre su espalda la animadversión de ella. Intuye entonces que acaba de estar en el más forastero de los países y, con todo, saber esto es precisamente lo que le hace volver a ella una y otra vez, torturado y con más deseo que antes. Pues hundirse en la dicha, entregarse mudo y en silencio al impudor del sexo, despierta un anhelo invencible de obligar a la mujer a que le reconozca, de hacer que se inflame en ella el instante presente como una antorcha y extinga todo lo demás, que en el incendio alumbrador ella le entregue su intimidad y que en el silencio de la noche, que todo lo abarca, surja la voz ronca de ella diciéndole a él, el único entre todos, la palabra *tú*, como la diría a un hijo. Él ya no sabe qué aspecto tiene ella, está más allá de la hermosura y de la fealdad, de la juventud y de la vejez; constituye para él únicamente la misión silenciosa de redimirla conquistándola.

Aunque él no podía desear otra cosa en muchos sentidos, e incluso tenía que reconocer que en cierto modo aquel hechizo en que se encontraba era un amor magistral, un amor que superaba las normas vulgares, sin embargo Esch se sentía cada vez humillado cuando, al entrar en el local, mamá Hentjen, por temor a que los demás clientes notaran algo, le hacía tan poco caso que precisamente llamaba la atención y el resultado era contraproducente. Si él no hubiera querido evitar mayores conjeturas y murmuraciones, o no hubieran estado en juego los abundantes y baratos almuerzos, se habría abstenido de acudir a la taberna. Por eso se esforzaba en ser condescendiente y en hallar un justo término medio respecto a su presencia en el local; pero no lo conseguía; no acertaba a complacer a mamá Hentjen. Si aparecía, ella ponía mala cara y a todas luces deseaba que se marchara; si no aparecía, ella le preguntaba después venenosa y sibilante si se había escondido en casa de su negra.

Teltscher era de la opinión de que, por simple sentido de la decencia, tenían que ofrecerle a Gernerth la posibilidad de participar en el proyecto sudamericano. Con ello, a los ojos de Esch, el proyecto adquiriría solidez. Pero Gernerth rehusó, aludiendo a su familia, que en otoño, en cuanto dispusiera de alojamiento, quería traerse consigo. O sea que sólo quedaba como socio aquel cabeza vacía de Teltscher. Con él, desde luego, no se podían esperar grandes cosas, pero tampoco era cuestión de aplazar el asunto; Esch se puso inmediatamente a la tarea de reclutamiento y empezó

a buscar luchadoras aptas para ser exportadas. Tal vez en semejante ocasión se podría contratar realmente a la negra de que habían hablado; ello constituiría, naturalmente, una diversión extra.

Visitó de nuevo los burdeles y las tabernas, y si a veces sentía un ligero remordimiento, se debía únicamente a que, caso de enterarse la señora Hentjen, no admitiría jamás que él se dedicaba a semejantes tareas por razones comerciales. Como prueba, por así decirlo, de su indiferencia erótica, y en cierto modo como una coartada moral, aunque insensata, llevó sus pesquisas comerciales hasta los locales del amor homosexual, locales que hasta entonces había rehuido temerosamente. No obstante, tenía la sensación de que quizá le llevaba a estos locales otro motivo. Cuanto allí sucedía debía en pura lógica haberle dejado indiferente, y en cambio era curioso el horror que experimentaba al ver bailar juntos a dos hombres mejilla con mejilla. No podía evitar recordar siempre la primera vez que estuvo en uno de esos antros inmundos, y cómo él, un muchacho a quien habían echado a rodar por el mundo sin que apenas hubiera conocido a su madre, sintió terribles deseos de huir y refugiarse junto a ella cuando vio por vez primera a un invertido, vestido con traje largo de seda y corpiño, que cantaba con voz de falsete canciones obscenas. Cuando ahora volvía a ver semejante porquería y se tragaba las náuseas que le provocaba la visión de estos homosexuales, pensaba que mamá Hentjen, aquella zorra, podría realmente comprender cuán poca diversión le proporcionaban sus gestiones comerciales. Dios sabía que él hubiera preferido mil veces refugiarse junto a ella, antes de andar por ahí teniendo que buscar algo parecido a la inocencia perdida. Era totalmente ridículo imaginar que uno pudiera encontrar en esa sociedad al presidente de una compañía naviera, teniendo en cuenta que tales maricones no son en manera alguna mercancía apta para todo un presidente. De todos modos, en esta cofradía uno tiene que estar preparado para cualquier sorpresa. Y como el ser humano en situaciones atrevidas tiene necesidad de un absoluto dominio de sí mismo, Esch se guardaba mucho de romperles el hocico pintarrajeado a aquellos hombrecillos cuando le dirigían la palabra; por el contrario, se mostraba amable, les ofrecía licores dulces, preguntaba cómo les iba todo y —caso de hacerle ellos confidencias— se interesaba por sus fuentes de ingresos y por los padrinos que pagaban. Ciertamente a menudo se sorprendía de encontrarse escuchando aquellas absurdas charlas, pero acechaba el momento en que surgía el nombre del presidente Bertrand. Entonces la imagen que tenía de aquel hombre elegante, de contornos finamente dibujados, imagen casi inasequible y sobrenatural, adquiría lentamente matices de color, una tonalidad curiosamente suave y se empequeñecía ligeramente al hacerse más intensa y más concreta: aquel hombre recorría el Rin en un yate con motor, y tenía los marineros más hermosos; todo era blanco y celeste en aquel barco de ensueño; en cierta ocasión llegó a Colonia y el pequeño Harry tuvo la suerte de poder echarse en sus brazos; navegaron hasta Amberes en el yate encantado y en Ostende vivieron como dioses; mas por lo general no presta atención a gente como nosotros; su castillo se yergue en

un enorme parque cerca de Badenweiler; en sus praderas pacen los ciervos y las flores más exóticas exhalan su perfume; allí reside él, cuando no se encuentra en un país lejano; no recibe a nadie y sus amigos son ingleses o indios indescritiblemente ricos; posee un automóvil tan grande que puede usarlo para dormir durante la noche. Es más rico que el káiser.

Poco faltó para que Esch olvidara sus gestiones, tanto le obsesionaba el deseo de encontrar a Harry Köhler; y cuando lo consiguió, el corazón le latió apresuradamente y se comportó con él con absoluto respeto, como si no supiera que el chico no era más que un degenerado. Olvidó su odio, olvidó que Martin tenía que sufrir penalidades para que aquellos muchachitos pudieran darse buena vida; sí, casi se sintió celoso por no poder ofrecer al muchacho algo semejante a aquello a lo que sus finas y ricas relaciones le tenían acostumbrado; únicamente tenía una entrada para las luchas e invitó con toda amabilidad al señor Harry. Pero éste no se dejó impresionar, con cara de asco e indiferencia se limitó a decir: «Puah», y Esch se sintió avergonzado por haber propuesto algo fuera de tono, pero como al propio tiempo se sintió molesto dijo rudamente: «Claro, yo no puedo invitarle a usted a mi yate». «¿Qué se figura usted?», fue el comentario del otro, dicho en un tono de desconfianza, pero con dulzura. Alfons, el músico gordo y rubio que estaba sentado a la mesa, sin chaqueta y con una camisa floreada de seda, mostrando unas redondeces que daban la impresión de ser pechos de mujer, rió enseñando sus blancos dientes: «Se figura la verdad, Harry». Harry puso cara contrita: «Confío en que su intención, señor mío, no sea la de ofender». «Ni mucho menos», manifestó Esch, batiéndose en retirada; únicamente se había lamentado porque sabía que el señor estaba acostumbrado a cosas más finas. Harry, con una débil sonrisa de resignación, hizo un gesto con la mano: «Está olvidado». Alfons le acarició el brazo: «No te atormentes, pequeño, ¡hay tantos que quisieran consolarte!». Harry movió la cabeza en un ademán de dulce melancolía: «Sólo se ama una vez en la vida». Este habla como Lohberg, pensó Esch, y dijo: «Es verdad». Pues aunque el idiota de Mannheim pocas veces tenía razón, en este caso sí podía estar en lo cierto, y Esch repitió: «Sí, es verdad».

Harry, ostensiblemente satisfecho de hallar aprobación, miró agradecido a Esch, pero Alfons, que no quería oír aquello, se ofendió: «¿Y la amistad que se te brinda, Harry, no significa nada para ti?». Harry movió la cabeza: «¿Qué es esa pobre intimidad que vosotros llamáis amistad? ¡Como si el amor tuviera algo que ver con vuestra amistad y con esa intimidad!». «Vaya, pequeño, tú tienes una visión muy personal del amor», dijo Alfons con ternura. Harry, como bajo el influjo de un recuerdo, añadió: «El amor es una gran extrañeza». Esch no pudo evitar acordarse del silencio de la señora Hentjen, mientras Alfons decía: «Para un pobre músico esto es demasiado elevado, pequeño mío». La orquesta hacía mucho ruido y Harry, que se había inclinado sobre

la mesa para no tener que hablar a gritos, dijo en voz baja y confidencial: «El amor es una gran extrañeza: lo forman dos seres y cada uno se halla en un astro distinto y ninguno de los dos puede saber nunca nada del otro. Y de pronto ya no hay distancia ni tampoco existe el tiempo y los dos se han fundido el uno en el otro, de modo que ya no saben nada ni de sí mismos ni del otro. Esto es el amor». Esch pensó en Badenweiler: un amor oculto en un oculto castillo; algo destinado, desde luego, a Ilona. Pero mientras reflexionaba sobre ello, sintió un dolor lacerante: nunca lograría averiguar si el señor y la señora Hentjen se habían amado y encontrado el uno al otro dentro de esta elevada modalidad del amor o en otra distinta. Harry prosiguió y era como si estuviera recitando un pasaje bíblico: «Sólo en la más terrible sublimación de la extrañeza, cuando ésta es llevada, por así decirlo, al infinito, puede florecer lo que puede considerarse como la meta inaccesible del amor y que, de suyo, lo constituye: el misterio de la unidad... Sí, eso es». «¡Salud!», dijo Alfons en tono triste, pero a Esch le pareció como si el muchacho hubiera recibido sabiduría de lo alto, y concibió la esperanza de que esta sabiduría que albergaba el muchacho contuviera también la respuesta a sus propias preguntas. Y, aunque sus ideas no coincidían con las de Harry, dijo lo que ya en una ocasión había dicho a Lohberg: «Pero entonces nadie tiene derecho a sobrevivir», y al decirlo tenía la seguridad, en parte satisfactoria y en parte amarga, de que la viuda Hentjen, precisamente por estar todavía viva, no podía haber amado a su marido. Alfons le susurró a Esch: «¡Por todos los santos del cielo!, no diga usted tales cosas delante del pequeño», pero ya no sirvió para nada; Harry le miraba horrorizado, y con voz opaca, algo más oscura de lo normal, dijo: «De todos modos, yo no vivo ya». Alfons le tendió el vaso lleno hasta arriba de licor: «Pobre muchacho, desde aquella historia siempre dice cosas así... Lo echó a perder completamente». Esch se sintió devuelto bruscamente a la realidad; fingió no saber nada: «¿Quién?». Alfons se encogió de hombros: «Pues quién va a ser, el gran dios, el ángel blanco...». «¡Calla la boca o te arranco los ojos!», rugió Harry. Esch, a quien el muchacho inspiraba lástima, dijo autoritariamente a Alfons: «¡Déjale en paz!». Harry se echó de pronto a llorar histéricamente: «Yo no vivo ya, yo no vivo ya...». Esch no sabía qué hacer, puesto que no podía emplear los mismos recursos que solía usar con las chicas que lloraban. O sea que aquel hombre había destruido también la vida de este chico; quería hacer algo por Harry y por eso dijo: «Mataremos a tiros a ese Bertrand». Harry dio un grito: «¡No harás eso!». «¿Por qué no? Debería alegrarte, bien merecido lo tiene». «Tú, tú no harás eso...», el pequeño chillaba con los ojos desorbitados, «... tú no puedes tocarlo siquiera...» A Esch le molestó que el muchacho fuera tan tonto y que no se diera cuenta de su buena intención. «Un cerdo de tal calaña merece ser degollado», insistió. «No es un cerdo», dijo Harry en tono suplicante, «es lo más noble, lo más sublime, lo más hermoso que existe sobre la tierra». En cierto sentido, el muchacho tenía razón: uno no podía hacerle nada a aquel hombre. Esch estuvo a punto de prometérselo. «No tiene cura», dijo Alfons melancólico apurando su licor. Harry, con el rostro entre los puños, empezó a reír

balanceándose como una pagoda: «Él y un cerdo, él y un cerdo»; después su risa se transformó de nuevo en sollozos. Cuando Alfons quiso atraerlo sobre su gordo pecho cubierto de seda, Esch tuvo que intervenir para evitar un escándalo. Ordenó a Alfons que se largara con viento fresco, y dijo a Harry: «Nos vamos. ¿Dónde vives?». El muchacho, convertido ahora en un ser carente de voluntad, le dio obediente la dirección. Ya en la calle, Esch le cogió del brazo, como lo hubiera hecho con una mujer, y, ofreciendo protección uno y recibéndola otro, ambos se sintieron felices. El viento soplaba suavemente procedente del Rin. Frente a la puerta de su casa, Harry se estrechó contra Esch y dio la impresión de que iba a ofrecer su rostro al hombre para que lo besara. Esch le empujó hacia dentro. Pero Harry salió de nuevo y le susurró: «Tú no le harás nada», y antes de que Esch tuviera tiempo de reaccionar, el muchacho le abrazó, le besó torpemente la manga y desapareció dentro de la casa.

La afluencia de público a las luchas disminuía notablemente y era necesario activar la propaganda. Sin consultar a los otros, Esch decidió pedir que apareciera un comentario del espectáculo en el *Volkswacht*. Pero cuando se encontró ante la sucia puerta blanca de la redacción, descubrió claramente que le había traído hasta aquí otro motivo distinto. De suyo, esta visita era inútil y tonta: todo el asunto de los combates femeninos le importaba ya muy poco, pues ni siquiera servía de nada a Ilona, también para Ilona debía ocurrir algo más importante, más definitivo, y comprendía también que *Volkswacht* no publicaría ninguna reseña, si hasta ahora no lo había hecho debido a algún prejuicio proletario. En el fondo, la actitud del periódico socialista era loable; por lo menos allí existía una derecha y una izquierda, existía una separación nítida entre la visión burguesa del mundo y la proletaria. En realidad habría que hacerle ver a mamá Hentjen que tal fuerza de carácter existía de verdad: entonces ella dejaría de despreciar a estas gentes que eran socialistas convencidos pero condenaban como ella los combates, y tendría que dejar de mirar por encima del hombro al socialista Martin. Esch, al pensar en Martin, se desconcertó; ¡sólo el diablo podía saber qué buscaba hoy él, August Esch, en esta redacción!; era evidente que no era nada relacionado con los combates. Al entrar todavía daba vueltas en su mente a estos pensamientos, y hasta que el redactor, de forma sumamente molesta, demostró no acordarse de él y Esch tuvo que refrescarle la pésima memoria aludiendo al asunto de la huelga, no se dio perfecta cuenta de que el motivo de su visita era Martin. Esch estalló:

—Tengo una noticia muy importante para usted.

—¡Ah, la huelga! —y el redactor quiso restar importancia al asunto con un gesto displicente—. Hace ya mucho de eso.

—Desde luego —repuso Esch irritado—, pero Geyring sigue en la cárcel.

—Bien, ¿y qué? Le salieron tres meses.

—Pero es necesario hacer algo —se oyó Esch decir a sí mismo en un tono de voz

mucho más alto del que tenía intención de usar.

—Bueno, a mí no me grite. No fui yo quien le metió en la cárcel.

Esch no era hombre que cediera fácilmente:

—Hay que hacer algo —repitió impaciente y testarudo—. Conozco a los muchachos con los que trata nuestro immaculado Bertrand... ¡Están en Colonia, no en Italia! —concluyó con tono de triunfo.

—Los conocemos desde hace muchos años, querido amigo y camarada. ¿Es ésta la novedad que quiere anunciarnos?

Esch comprendió que perdía terreno:

—Entonces, ¿por qué no actúan ustedes? Martin se sacrificó.

—Querido camarada —dijo el otro—, me parece que tiene usted unas ideas algo infantiles. Por otra parte debería usted saber que vivimos en un estado de derecho.

Esperaba que ahora Esch se marcharía, pero Esch no se movió, y los dos hombres estuvieron sentados un rato el uno frente al otro, sin saber qué hacer ni qué decirse, sin comprenderse, contemplando tan sólo su mutua desnudez y fealdad. En las mejillas de Esch aparecieron rojas manchas de indignación y se fueron extendiendo por la piel oscura. El redactor, con su chaqueta de pana marrón y aquella cara un poco llena con un bigote castaño y caído, era, como la pana de su chaqueta, blando y fuerte al mismo tiempo. En esta concordancia había cierta coquetería y Esch recordó la amanerada forma de vestir de los chicos de los locales masculinos. Se sintió agresivo:

—¿O sea que ustedes protegen a ese maricón? Y el otro, entretanto, puede pudrirse en la cárcel —torció la boca con cara de asco y mostró su dentadura de caballo.

El redactor perdió la paciencia:

—Dígame, querido señor, ¿y a usted qué le importa todo esto?

Esch perdió los estribos:

—Ustedes evitan adrede todo aquello que podría salvarle... No publicaron el artículo y protegen al tipo ése, a ese Bertrand que le llevó a la cárcel... ¡Y pretenden pasar por defensores de la libertad! —rió con amargura—. ¡Pues sí que está en buenas manos la libertad!

Evidentemente es un loco, pensó el redactor, y por eso respondió con calma:

—Oiga, periodísticamente no es posible que publiquemos como una noticia lo que usted nos comunica con semanas o meses de retraso: esto...

Esch se levantó de un salto:

—¡Ya tendrán ustedes noticias frescas mías! —gritó, y salió cerrando de un golpe tras sí la sucia puerta blanca, que no encajó bien y se quedó oscilando y dando golpes.

En la calle se detuvo perplejo. ¿Por qué se había comportado así? ¿Acaso podía él evitar que aquellos socialistas fuesen unos cerdos? De nuevo había que reconocer que mamá Hentjen tenía toda la razón al sentir desprecio por aquella chusma. «Prensa vendida», dijo para sí. Y sin embargo había ido allí con las mejores intenciones, había

querido brindarles la oportunidad de justificarse ante la señora Hentjen. De nuevo las cosas y los criterios habían empezado a dislocarse y a mezclarse de forma sumamente irritante. Un hecho estaba claro: el redactor se había comportado como un cerdo, en primer lugar porque eso era y en segundo lugar porque pretendía proteger al presidente Bertrand con todos los medios de una prensa vendida, sí, una prensa vendida. Y aquel señor presidente era un auténtico cerdo, por más que el pequeño se negara a admitirlo y por muy intocable que fuera aquel presidente-cerdo. En contrapartida, lo que el pequeño había dicho acerca del amor era muy exacto. ¡Qué confusión! A lo sumo una sola cosa estaba clara: la señora Hentjen no podía haber amado a su marido; la habían obligado a casarse con aquel cerdo. Y como Esch odiaba cada vez más el mundo que le rodeaba, y odiaba a los cerdos, a los que habría que degollar tal y como se merecen los cerdos, odiaba también cada vez más declaradamente al presidente Bertrand, lo odiaba tanto por sus vicios como por su crimen. Intentó imaginárselo sumergido en su opulencia, con un grueso puro en la mano, sentado a la mesa en un sillón tapizado en su castillo, y cuando esta imagen elegante surgió por fin de la niebla del tabaco, fue una imagen parecida a la de un sastre presumido, una imagen muy semejante al retrato del señor Hentjen que colgaba sobre la cornisa de la taberna.

Para la fiesta de cumpleaños de mamá Hentjen, que todos los años era debidamente festejada por los clientes habituales de la taberna, Esch había adquirido una pequeña estatua de la libertad en bronce, y este regalo le parecía muy significativo, no sólo porque aludía al futuro en América, sino porque formaría una magnífica pareja con la figura de Schiller con la que había conseguido tanto éxito. Al mediodía se presentó con la estatuilla.

Desgraciadamente fue un fracaso. Si él le hubiera entregado el regalo a solas, ella habría estado con certeza en disposición de poder ver la belleza de la figura; pero el pánico que la invadía ante cualquier acercamiento en público o cualquier familiaridad, la dejó tan ciega que no demostró ninguna alegría, ni tampoco mostró el más mínimo entusiasmo cuando él, como disculpándose, observó que la estatuilla tal vez quedaría muy bien junto a la reproducción del monumento a Schiller. «Sí, como a usted le parezca...», dijo ella indiferente, y esto fue todo. Naturalmente ella hubiera podido llevarse el regalo a su habitación como adorno; pero para que él no imaginara que todo cuanto traía merecía un sitio de honor y para que comprendiera de una vez por todas que ella quería defender todavía la pureza de su habitación, subió a buscar el monumento a Schiller y lo colocó en la repisa junto a la nueva estatua de la libertad, al lado de la torre Eiffel. Ahora estaban allá juntos el cantor de la libertad, la estatua americana y la torre francesa como símbolo de unas convicciones que la señora Hentjen no compartía, y la estatua levantaba el brazo y alargaba su antorcha en dirección al señor Hentjen. Esch sintió su regalo profanado por la mirada del señor Hentjen y le hubiera gustado exigir que, al menos, se pusiera el retrato un poco más lejos; pero, de todos modos, ¿de qué hubiera servido? El local que el señor Hentjen

había marcado con su personalidad seguiría siendo el mismo, y casi prefería que todo continuara en su sitio, clara y honestamente. ¿Para qué pretender mantener en secreto innoblemente algo que era imposible ocultar? Esch descubrió que no le atraía allí solamente la baratura de la comida, que recibía en abundancia bajo la mirada del señor Hentjen, sino que también necesitaba aquel rostro para alguna cosa secreta, como si fuera un condimento especial y amargo de aquella comida: era la misma amargura inevitable con que él se dejaba humillar por el malhumorado comportamiento de mamá Hentjen, y se sintió irremediabilmente vencido por ella cuando la mujer le murmuró hoscamente que podía ir a verla aquella noche.

Pasó toda la tarde pensando lúbricamente en los realistas ritos amorosos de mamá Hentjen. Y de nuevo le torturó aquel realismo, que formaba un cruel contraste con las reticencias habituales en ella. ¿En qué noches había adquirido ella tales hábitos? Una esperanza, en la que ni él mismo creía, empezó a nacer en su espíritu: todo esto desaparecería en cuanto estuvieran en América, pero la dulzura de esta esperanza se esfumó ante la excitación que le produjo notar en el bolsillo la llave de la puerta de ella. Sacó la llave, la puso en la palma de la mano y sintió el suave contacto del hierro. Ella se había negado a aprender el idioma inglés, pero el aliento del futuro soplaba de nuevo por las callejas. La llave de la libertad, pensó Esch. La catedral se erguía gris en el atardecer, sus torres se destacaban con su color gris acero, rodeadas por el hálito de lo nuevo y lo inusitado. Esch contó las horas que faltaban para la noche. Más importante que el Alhambra era encontrar muchachas para Sudamérica. Cinco horas, y después abriría la puerta de la casa. Esch se imaginó la alcoba, la vio a ella tendida en la cama: pensar que se deslizaría junto a ella, que ella se estremecería al contacto de su piel y de su ardor, le dejaba sin aliento y con la boca reseca. Porque todavía la semana anterior, y todas las semanas anteriores, ella le había acogido con sorda inmovilidad, y aunque aquel breve y estático estremecimiento fuera casi imperceptible, no obstante la masa de lo habitual se había abierto por algún sitio, por algún sitio insignificante pero virginal, y había sido como una señal de futuro y de esperanza. A Esch le pareció impropio entrar hoy, día del cumpleaños de mamá Hentjen, en locales de prostitutas, y se dirigió al Alhambra.

Cuando más tarde llegó a la taberna, observó ya desde lejos el resplandor amarillo que se proyectaba sobre el pavimento. Los postigos acristalados de las ventanas estaban abiertos, y dentro se veía a la homenajeadada, rígida en su traje de seda, rodeada de clientes bullangueros; sobre la mesa había una ponchera. Esch se detuvo en la oscuridad; le repugnaba entrar. Dio media vuelta y se alejó, no para ir en busca de locales nocturnos donde cumplir con su trabajo de reclutamiento, sino para correr furioso por las calles. En el puente sobre el Rin se apoyó en la baranda de hierro, contempló el agua negra y los hangares de la otra orilla. Las rodillas apenas le sostenían, tanto deseaba hacer saltar el rígido corsé dentro del que se ocultaba la mujer; las ballenas estallarían en la salvaje lucha que forzosamente se produciría. Con el rostro vacío de expresión, regresó pesadamente a la ciudad, deslizando la mano por

los barrotes de la baranda del puente.

La casa estaba a oscuras. Mamá Hentjen, con una palmatoria en la mano, le esperaba en lo alto de la escalera. Él apagó sencillamente la vela y abrazó a la mujer. Pero ella ya se había quitado el corsé, y no sólo no ofreció resistencia, sino que le dio un beso suave. Y aunque este saludo le sorprendió y era tal vez tan extraño como aquel estremecimiento que él aguardaba con impaciencia, el beso, no obstante, le hizo ver con claridad, de modo terrible e indudable, que formaba también parte de sus antiguas costumbres el terminar la celebración del día de su cumpleaños con una noche de amor; y cuando llegó el ansiado momento en que un estremecimiento de felicidad recorrió el cuerpo de la mujer, Esch experimentó un dolor furioso al pensar que la piel del señor Hentjen y su cuerpo, que prefería no imaginarse en semejante postura, habían provocado en ella idéntico estremecimiento: el fantasma que él se figuraba desterrado para siempre aparecía de nuevo, más sarcástico, más invencible que nunca, y para vencerlo, para demostrar también a la mujer que allí sólo existía él, se echó con furia sobre ella y le clavó su dentadura caballuna en el hombro carnoso. Tuvo que dolerle, pero ella soportó el dolor en silencio, si bien con una expresión como si fuera ella quien estuviera mordiendo algo, un limón tal vez, y cuando él, extenuado, se apartó un poco, ella le rodeó con su pesado y torpe brazo, con agradecimiento, pero tan fuertemente que él apenas podía respirar e intentó liberarse encolerizado. Más ella no aflojó su abrazo y le habló —era la primera vez que ella le hablaba en esta alcoba—, le habló con su habitual tono opaco y comercial, en el cual, de haber sido Esch más sensible, habría notado algo parecido al miedo: «¿Por qué has venido tan tarde...? ¿Porque soy un año más vieja?». Esch quedó tan perplejo al oírla hablar que no comprendió el sentido de sus palabras, ni lo intentó siquiera: el imprevisto sonido de su voz fue para él como una conclusión, como un rayo de luz en medio de una hilera interminable y dolorosa de ideas, como una prueba de que todo podía cambiar. Esch dijo: «Estoy harto. Hay que terminar». A la señora Hentjen se le heló la sangre en las venas; casi no podía mover el brazo, que seguía rodeando los hombros de Esch, porque se había quedado rígida, fría, con el cuerpo inerte; el brazo resbaló sin fuerza. Sólo comprendía que no debía mostrar su consternación a un hombre, que debía darle ella el pasaporte antes de que él se fuera, y con un gran esfuerzo logró decir en voz baja: «... yo no me he de oponer». Esch pasó por alto estas palabras y añadió: «La semana que viene me iré a Baden». ¿Por qué tenía que comunicárselo a ella? En cierto modo se sintió halagada, ya que la resolución de terminar, por lo que parecía, le turbaba tanto que le impulsaba a poner tierra de por medio. Pero, si realmente quería terminar, no era lógico que volviera a oprimir la boca contra su hombro. ¿O quería simplemente saciar su placer hasta el último instante? ¡De los hombres puede esperarse todo! Sin embargo ella concibió nuevas esperanzas y, aunque le resultaba tremendamente difícil hablar, preguntó: «¿Por qué? ¿Hay allá también una muchacha como la de Ober-Wesel?». Esch rió: «Sí, chicas así también las hay, claro». La señora Hentjen se indignó al ver que, por si fuera poco, él

se burlaba de ella: «No tiene ningún mérito hacer escarnio de una débil mujer». Esch seguía pensando en la mujer de Badenweiler y eso aumentó su risa: «Oh, no, no es tan débil ésa». La desconfianza de la señora Hentjen aumentó: «¿Quién es?». «Misterio». Ella guardó silencio, resentida, y soportó inmóvil sus nuevas caricias. Y entre ellas preguntó: «¿Para qué necesitas otra?». Él se resistía a reconocer que esta mujer, con su forma de entregarse, realista, casi oficinesca, y sin embargo tan extrañamente reticente y casta, le proporcionaba mucho más placer y despertaba más agudamente su deseo que cualquier otra, y que en realidad no necesitaba otra mujer. Ella repitió: «¿Para qué necesitas otra mujer? Basta con que lo digas, si es que no soy lo suficiente joven para ti». Esch no respondió, porque de repente le emocionó y llenó de dicha que ella hablase, ella que, hasta ahora, había yacido siempre muda entre sus brazos, moviendo la cabeza, tan muda, tan inmutablemente muda como si aquel silencio hubiera sido una herencia de la época del señor Hentjen. Ella notó su embeleso, y añadió con orgullo: «No necesitas a una joven; puedo competir con cualquier muchacha...». Esto es una locura, pensó Esch dolorosamente, o miente. Y se acordó también con dolor de Harry; lo dijo: «Sólo se ama una vez», y como la señora Hentjen dijera simplemente «sí», como si quisiera dar a entender que era a él a quien amaba, se evidenció que realmente mentía: pretendía sentir asco de los hombres, y se sentaba a beber con ellos y permitía que festejaran su cumpleaños; ahora pretendía amarle únicamente a él, cuando en realidad era fría y mecánica. Pero tal vez nada fuera cierto; ella no tenía hijos. De nuevo su deseo de claridad y de absoluto chocó contra un muro infranqueable. ¡Si al menos todo hubiera pasado ya, si hubiera concluido! El viaje a Badenweiler le pareció en este momento un prelude necesario, un indispensable ejercicio previo al viaje a América. Ella, evidentemente, se dio cuenta de que él pensaba en los viajes, pues preguntó:

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Quién?

—Bah, la muchacha de Baden.

¿Y Bertrand, qué aspecto tenía? Y más agudamente que nunca reconoció que sólo podía imaginar a Bertrand con la imagen de Hentjen. Y dijo bruscamente:

—La foto se tiene que quitar.

—¿Qué foto? —dijo ella sin comprender.

—La de allá abajo —Esch no se atrevió a pronunciar el nombre—, la que está sobre la torre Eiffel.

Ella empezó a comprender, pero se opuso por principio, porque él quería meterse en sus cosas:

—Nunca había molestado a nadie.

—Precisamente por eso —insistió él testarudo, y mientras veía cada vez con mayor claridad que debía ajustar cuentas con Bertrand para liquidar su asunto con Hentjen, continuó con su idea—: Hay que terminar en todos los sentidos.

—Bien... —dijo ella indecisa, y luego, ofuscada su capacidad de comprensión

por la rebeldía, agregó—: ¿Terminar con qué?

—Nos vamos a América.

—Sí —dijo ella—, ya lo sé.

Esch se había levantado. Le hubiera gustado pasear por el cuarto, como solía hacer cuando algo le preocupaba, pero en la alcoba no había espacio y en la sala estaban las nueces. Por tanto, se sentó en el borde de la cama. Y aunque quería repetir tan sólo las palabras de Harry, las palabras sufrieron una modificación en sus labios:

—El amor sólo es posible en el extranjero. Si uno quiere amar de verdad, tiene que empezar una nueva vida y destruir todo lo viejo. Sólo en una vida nueva, totalmente extraña, en la que todo el pasado esté tan muerto que ni necesite ser olvidado, pueden dos seres unirse hasta tal punto que para ellos deje de existir el tiempo pasado y deje de existir el mismo tiempo en sí.

—Yo no tengo pasado —dijo mamá Hentjen ofendida.

—Sólo entonces —dijo Esch con una mueca perversa muy propia de él y que la señora Hentjen afortunadamente no vio en la oscuridad—, sólo entonces ya no habrá que renegar de nada, porque existirá la verdad y la verdad es intemporal.

—Yo nunca he renegado de nada —se defendió mamá Hentjen.

Esch no se dejó confundir:

—La verdad no tiene nada que ver con el mundo, no tiene nada que ver con Mannheim —casi gritaba—, no tiene nada que ver con este viejo mundo.

Mamá Hentjen suspiró. Esch la miró intensamente:

—No hay por qué suspirar; es necesario liberarse del viejo mundo, para ser uno mismo liberado.

Mamá Hentjen volvió a suspirar y, en tono preocupado, dijo:

—¿Y qué va a ser del café? ¿Lo venderemos?

—Hay que hacer algún sacrificio —repuso Esch con firmeza—, pues sin sacrificio no existe redención.

—Si nos vamos de aquí, tendremos que casarnos... —y la voz de mamá Hentjen volvió a reflejar cierto miedo—. ¿Soy demasiado vieja para ti, para que te cases conmigo?

Esch, sentado en el borde de la cama, la contempló a la oscilante luz de la vela. Dibujó con el dedo el número 37 sobre la colcha. Le habría podido dedicar una tarta con treinta y siete velitas; pero era mejor así, ella ocultaba su verdadera edad, sólo habría conseguido enfadarla. Esch observó sus rasgos pesados e inertes y de pronto deseó verla aún más vieja. Le parecía más seguro, aunque no sabía por qué. Si ella, de golpe, recobrara la juventud y estuviera ahí tendida con el vestido dorado de la adolescencia, el sacrificio se estropearía. Y tenía que haber sacrificio, el sacrificio tenía que ser cada vez mayor con su entrega a esta mujer que envejecía, a fin de que se estableciera el orden en el mundo e Ilona estuviera a salvo de los cuchillos, a fin de que el estado de inocencia pudiera ser devuelto a todos los vivientes, a fin de que nunca más tuviera que pudrirse un alma en la cárcel. Bueno, en verdad era

absolutamente seguro que mamá Hentjen se volvería vieja y fea. El mundo se le aparecía como un corredor liso, pulido e infinito. Pensativo, dijo:

—Habría que recubrir el local con linóleo marrón. Quedaría bonito.

Mamá Hentjen sintió revivir sus esperanzas:

—Sí, y también pintarlo; toda la casa está ya en mal estado. Todos estos años no se ha hecho nada... Pero si tú quieres irte a América...

—Todos estos años... —repitió Esch.

Mamá Hentjen se creyó obligada a justificarse:

—Hay que ahorrar y se va dejando de un año para otro... Y así pasa el tiempo...

—Y tras una pausa añadió—: Y uno se hace viejo.

—Cuando no se tienen hijos es ridículo ahorrar —dijo Esch enojado—. Para mí no ha ahorrado nadie.

Pero mamá Hentjen no le escuchaba. Sólo le interesaba una cosa: si merecía la pena hacer pintar la taberna.

—¿Me llevarás contigo a América? —le preguntó—. ¿O te llevarás a una joven?

—¿Qué demonios significa ese eterno hablar de juventud y de vejez? Ya no habrá jóvenes ni viejos... Ni siquiera existirá ya el tiempo.

Se quedó cortado. Los viejos no pueden tener hijos. Tal vez esto formaba parte del sacrificio. Pero en estado de inocencia nadie concibe tampoco hijos. Las vírgenes no tienen hijos. Y mientras se deslizaba de nuevo en la cama concluyó:

—Entonces todo será sólido y seguro. Y lo que uno haya dejado tras de sí ya no podrá causarle ningún daño.

Colocó la sábana debidamente y, con mucho cuidado, cubrió también los hombros de mamá Hentjen. Luego cogió el apagavelas de bronce que colgaba de la palmatoria, y que el señor Hentjen habría usado también en semejantes ocasiones, y lo encasquetó sobre la vacilante llama de la vela.

III

Mannheim está en el camino hacia Baden. Y Esch recordó que existen deberes de amistad. Había algo que desde hacía tiempo le preocupaba y ahora sabía lo que era: en un negocio con tantos altibajos, uno no podía descuidar las inversiones de los amigos. Hasta ahora se habían podido obtener unos beneficios de más del cincuenta por ciento y esto estaba muy bien, pero había llegado el momento de poner a salvo lo ganado. Fuera del negocio. Sus trescientos marcos eran otra cosa. Caso de que se perdieran, sería simplemente justo. Porque ganar un cincuenta por ciento y además vivir dos meses y no vivir mal... ¿Dónde quedaba el sacrificio con que uno pretendía liberar a Ilona? ¡Y costear la huida hacia la libertad, hacia América, con dinero pecaminoso era evidentemente una cuenta falsa! Había llegado, pues, la hora de enviar al infierno los combates junto con el dinero. Mamá Hentjen llevaba sobrada razón con su profecía de que tanto él como ese tinglado de teatro femenino acabarían en la vergüenza y en la infamia.

Pero ahora se trataba del dinero de Lohberg y de Erna. Tratar el asunto con Gernerth no resultaba fácil: por las noches el señor director se deshacía en lamentaciones sobre la sala vacía y durante el día era ilocalizable; nunca estaba en el Alhambra, no aparecía por su alojamiento, y en las oficinas de Oppenheimer había dos sucias habitaciones sin nadie en ellas. Si se le preguntaba dónde comía, respondía: «Bah, yo me conformo con un bocadillo; un padre de familia no puede permitirse lujos», lo cual, por supuesto, no respondía a la realidad, pues aquella vez en que un grupo de turistas ingleses se dirigía de la catedral al hotel de enfrente, ¿quién salió del vestíbulo marmóreo del Hotel de la Catedral? El señor Gernerth en persona, ahíto y con un grueso cigarro en la boca. «Visitas de prestigio, querido amigo», había dicho, y se marchó enseguida, como si uno fuera incapaz de comprender que viviera en el Hotel de la Catedral, aun con toda su familia. Pero hoy las cosas habían cambiado: ¡el señor director no podría escapar!

Aquella noche abrió Esch la puerta de la dirección, la cerró tras sí con una sonrisa, se metió la llave en el bolsillo del pantalón y, con la misma sonrisa, presentó al atrapado Gernerth una impecable «Nota de liquidación de beneficios a favor del señor Fritz Lohberg y de la señorita Erna Korn», que demostraba que los susodichos, por su aportación de capital por valor de dos mil marcos, debían percibir una ganancia de mil ciento veintitrés marcos, suma total tres mil ciento veintitrés marcos, y al pie se leía «lo firma por poderes August Esch». Además él también quería su dinero. Gernerth puso el grito en el cielo. En primer lugar Esch carecía de poderes legalizados y en segundo lugar los combates no habían terminado todavía y no se suele hacer reembolso de capital ni reparto de beneficios en un negocio que aún está en marcha. Discutieron durante un buen rato, y finalmente Gernerth, entre profundas lamentaciones, se avino a pagar a Esch la mitad de la suma solicitada para Lohberg y

Erna, mientras que la otra mitad continuaba invertida en el negocio y les daba derecho a los futuros beneficios posibles. Para sí mismo, Esch no logró sacar más que cincuenta marcos para el viaje. Tal vez había sido demasiado condescendiente. No obstante, tenía suficiente para el viaje.

La señora Hentjen había acudido a la estación vestida con su traje de seda marrón, y miraba continuamente a su alrededor para ver si había algún conocido que pudiera hacerla objeto de habladurías. Porque, pese a lo temprano de la hora, había mucha gente. En el otro andén se estaba formando un tren que saldría en dirección contraria y al que habían añadido algunos vagones para emigrantes, checos o húngaros, y en torno a los emigrantes se afanaban algunos miembros del Ejército de Salvación. Estaba muy bien que mamá Hentjen le hubiera acompañado; ya iba siendo hora de que ella prescindiera de aquellos absurdos ocultamientos. Pero ante los emigrantes y ante los miembros del Ejército de Salvación, Esch sintió remordimientos. «Cofradías de idiotas», refunfuñó. Dios sabía por qué se alteraba tanto. Cuando una de las chicas salvacionistas pasó cerca de ellos, Esch miró hacia otra parte. La señora Hentjen se dio cuenta: «¿Te da vergüenza que yo esté aquí? ¿Acaso va contigo tu amiga?». Esch le rogó, con bastante grosería por cierto, que no dijera estupideces. Sólo le faltaba esto a mamá Hentjen: «Es lo que se logra al comprometerse por un hombre... El que se acuesta con perros, con pulgas se levanta». Esch se preguntó una vez más qué era lo que le mantenía unido a aquella mujer. Al verla ahora frente a él a la luz del día, se esfumaban las imágenes de su disposición sexual y de la oscura alcoba, imágenes que le perseguían en cuanto se separaba de ella, pero ahora estas imágenes se hundían en la nada, como si nunca hubieran existido. En este mismo tren habían ido juntos a Bacharach; entonces empezó todo —tal vez hoy llegaba a su fin—. Ella debió de notar su distanciamiento, pues dijo de pronto: «Si me eres infiel, verás lo que...». Halagado, él quiso hacerle decir más y sintió al mismo tiempo la tentación de herirla: «Bien, pongamos que hoy mismo huyo de ti... ¿Qué es lo que veré?». Ella se quedó rígida y no contestó. A Esch le dio pena y le cogió la mano, que permaneció inerte y pesada entre las suyas: «Bueno, di, ¿qué pasará?». Ella, con la mirada en el vacío, dijo: «Te mataré». Era como una promesa y una esperanza de redención; sin embargo, Esch se esforzó en reír. Pero ella no permitió que él la desviara de su idea: «¿Qué otra cosa podría yo hacer?». Y tras una pausa: «¿Vas tal vez a Ober-Wesel...? ¿A ver a aquella persona?». Esch se impacientó: «Tonterías. Te he dicho cien veces que he de liquidar unos negocios en Mannheim con Lohberg... Nos queremos ir a América, ¿no?». La señora Hentjen no estaba convencida: «Sé franco». Esch esperaba con ansiedad la señal de salida; de ningún modo quería delatarse y dejar entrever que iba en busca de Bertrand: «¿Acaso no te invité a acompañarme?». «No lo decías en serio». Ahora, instantes antes de partir, le pareció que en efecto se lo había propuesto en serio y, al cogerla por el brazo rollizo, sintió deseos de besarla; ella le apartó: «¡Estate quieto! ¡Aquí, delante de tanta gente!». Pero Esch tuvo que subir al tren.

En realidad tenía la intención de ir directamente a Badenweiler, y sólo al ver el letrero indicador de la estación de St. Goar decidió hacer un alto en Mannheim. Sí, y desde Mannheim escribiría a mamá Hentjen; esto la tranquilizaría. Y Esch sonrió con ternura al pensar que ella quería matarlo; en realidad podía uno arriesgarse. Además, la visita a Badenweiler constituía ya en cierto modo un peligro, como si uno se jugara el todo por el todo, y era un precepto de honradez restituir antes el dinero ajeno. Le vino a la memoria la frase «No se juega con la vida de los seres humanos», entremezclada con el ritmo de las ruedas del tren. Vio a mamá Hentjen levantar un pequeño revólver y oyó de nuevo la voz de Harry que decía: «Tú no le harás nada». Y ahora se alinearon ante él Lohberg, Ilona, la señorita Erna y Balthasar Korn, y se asombró del tiempo que hacía que no los veía; tal vez en el ínterin no habían existido siquiera. Levantaban los brazos rítmicamente al compás para saludarle, y parecía moverlos un eminente e invisible titiritero que tirase de unos hilos aparecidos de repente. Un vagón de tercera clase es como la celda de una cárcel, y allá arriba, en la parte izquierda del escenario, allá donde al hombre le suele faltar un diente, había aparecido un telón gris, un telón de cartón, tras el cual no hay más que los polvorientos y grises muros del escenario. Pero sobre el telón estaba escrita la palabra «cárcel» y, aunque uno sabía que detrás no había nada, sabía también que en la cárcel había alguien, alguien que no existe y que, sin embargo, es el protagonista. Pero el escenario sobre el cual cuelga como si fuera un diente el telón de la cárcel tiene al fondo un enorme panel sobre el cual está pintado un hermoso parque. Los ciervos pacen por entre poderosos árboles y una muchacha con un traje en el que brillan innumerables lentejuelas recoge flores. El jardinero, con un sombrero de paja de anchas alas, las tijeras en la mano y acompañado de un perrito, está de pie junto al estanque, cuyo surtidor lanza al aire un penacho blanco que parece un látigo resplandeciente y refrescante. Muy a lo lejos se vislumbran las luces y los adornos de un suntuoso castillo, en cuyas almenas ondea la bandera negra-blanca-roja. Y esto lo llenaba a uno nuevamente de inseguridad.

A medida que se iba acercando a Mannheim, se le ocurrió que Erna, probablemente, se acostaba con el casto José. En realidad no cabía la menor duda, era tan obvio que uno no necesitaba planteárselo, tan obvio como la nariz que uno tiene en la cara o los pies con los que anda. Nada ni nadie le habría podido hacer cambiar de parecer. ¿Qué podían, sino, hacer aquellos dos? No obstante, se equivocaba. Pues, aunque los contenidos de la vida son mezquinos y no hace falta que exista acuerdo entre dos personas de diferente sexo, muchas cosas son bastante menos obvias de lo que se cree. Aquel que, como Esch, vive cotidianamente lo prosaico de la vida o se ha elevado muy poco por encima de ella, olvida fácilmente que existe un reino de la redención, cuya existencia llena de inseguridad todo lo terreno, hasta tal punto que, en un momento dado, resulta muy poco claro si uno anda o no sobre sus pies, y por

tanto todavía es menos claro si dos personas se acuestan juntas o no. En el presente caso, además, ocurría lo siguiente: Lohberg, por una parte, debido a su timidez, no se había atrevido a cruzar la frontera de una noble e íntima amistad, y por otra parte le frenaba también su eterna y susceptible desconfianza frente al sexo femenino, en especial desde que, tras una horrible experiencia, había aprendido a temer el veneno de las enfermedades venéreas, y sobre todo, al pensar que Erna había estado expuesta, puerta con puerta, a todas las insinuaciones de un libertino. Así era Lohberg. Con la señorita Erna Korn no hacía otra cosa que pasear, beber café en su compañía, y consideraba todo esto como un período de purificación y penitencia, el cual no terminaría hasta que le fuese enviada desde lo alto una señal, la señal, por así decirlo, de la auténtica gracia redentora.

Esch conocía la virtud del idiota, pero no podía imaginar la magnitud de tal virtud, y todavía sospechaba menos que él, Esch, no había dejado de inquietar a la señorita Erna, la cual, si no le conservaba en el corazón, sí le llevaba al menos todavía en la sangre y, tal vez por esta razón, ella no se daba ninguna prisa en darle a Lohberg la señal de la gracia redentora, antes al contrario quizá la demoraba intencionadamente porque veía en este aplazamiento un auténtico preámbulo del matrimonio. Esch, en efecto, no podía suponer nada de todo esto y muchísimo menos aún que ambos disfrutasen ocupándose en descubrir rasgos contradictorios de su carácter y que, debido al temperamento algo soñador de ambos, creyeran poseer en este interés común una buena base para su futura unión.

Esch, que ignoraba tal estado de cosas, había contado con un recibimiento caluroso. En lugar de eso, la señorita Erna se quedó de piedra al verle aparecer. «Ah», dijo, pero recobró de inmediato el dominio de sí misma: era muy agradable que el señor Esch se dejara ver de nuevo por allí, era realmente muy amable por su parte el que se dignara, en su bondad, recordarles afectuosamente, pese a que ni siquiera en una ocasión se había tomado la molestia de enviarles una tarjeta postal. Y añadió: «Sí, alabar a aquél cuyo pan comemos...», y otras chanzas parecidas, de modo que Esch no tuvo siquiera ocasión de entrar en el vestíbulo. Pero Korn, que había oído las voces, salió de la sala de estar en mangas de camisa y, como su sensibilidad era mucho más ruda que la de su hermana y durante aquellos dos meses no había pensado ni una vez en Esch y por esta razón no podía tomar a mal su silencio sino que lo que realmente le habría sorprendido habría sido que a Esch se le hubiera ocurrido escribirle, Korn, pues, se sintió muy complacido, no sólo porque guardaba apego a cuanto conocía, sino porque veía en el retorno de Esch una fuente de iniciativas y un plausible ingreso de dinero por la habitación desocupada. Y él necesitaba dinero para Ilona. En consecuencia estrechó la mano del recién llegado entre cordiales muestras de alegría y le invitó de inmediato a ocupar su antigua habitación, la cual, manifestó, le había estado esperando. Tal cordialidad hace mucho bien a un hombre desalentado, y Esch se dispuso a llevar sus pertenencias a la habitación que únicamente le estaba esperando a él, pero la señorita Erna le detuvo, se volvió hacia su hermano

ligeramente y le dijo que no sabía si aquello sería posible. «Pero bueno», rugió Korn, «¿por qué no va a ser posible? ¡Si yo digo que es posible, lo es!» Indudablemente Esch, de haber sido un hombre de tacto, habría tenido que retirarse con unas palabras de disculpa, pero aunque hubiera sido un hombre de tacto, y no lo era, estaba demasiado ligado a la familia para subordinar la curiosidad a una cuestión de tacto. ¿Qué había ocurrido allí? Se quedó sencillamente en pie, asombrado. Pero la señorita Erna, que no estaba acostumbrada a callarse, satisfizo muy pronto su curiosidad, pues dijo con voz sibilina a su hermano que a ella, en vísperas de un matrimonio honorable, no se la podía obligar a compartir el techo con un extraño; bastante vergüenza tenía que soportar ya en aquella casa y, desde luego, si su futuro no fuera un hombre de corazón tan magnánimo, ella tendría que correr tras él. A todo esto Korn respondió en su jerga peculiar: «Basta, cierra el pico. Esch se queda aquí». Esch, pasando por alto los comentarios de la señorita Erna, exclamó: «¡Vaya una sorpresa! Mi más cordial enhorabuena. ¿Y quién es el afortunado?». Entonces la señorita Erna no pudo hacer otra cosa que aceptar la felicitación y decirle que pronto se uniría en matrimonio al señor Lohberg. Se cogió de su brazo y lo condujo a la sala de estar. Sí, y su prometido estaba a punto de llegar. Hablando de Lohberg, a Korn se le ocurrió la genial idea de colocar a Esch en un rincón oscuro, a fin de que el señor novio, ignorándolo, se asustara cuando Esch, de repente, interviniera en la conversación como un fantasma.

Cuando sonó la campanilla y Erna se levantó para ir a abrir, Esch, obediente, se colocó en el rincón oscuro. Korn, que había quedado cerca de la mesa, le hacía señas perentorias para que se arrimara todavía más a la pared. Porque Korn era un hombre que concedía enorme valor a la perfección técnica y se enfurecía si algo fallaba en la ejecución. Pero si Esch se quedó quieto en el rincón, no fue porque temiera la ira de Korn, ¡qué va!, él no era un hombre a quien sin más ni más se pudiera esconder en un rincón, y no estaba en un lugar de castigo o humillación; se acercó más a la pared por propia iniciativa, por su voluntad, sin importarle rozar con la manga la pintura, pues en aquel rincón sumido en sombras se despertó en él, súbita e inesperadamente, el deseo de que fuera cada vez mayor la distancia que le separaba a él de los de la mesa. Los escasos minutos que transcurrieron hasta que entró Lohberg no bastaron para aclarar sus ideas, aunque le pareció que se sumergía de nuevo en aquella curiosa soledad que, de un modo u otro, iba unida a Mannheim y que le impedía ligarse a los demás aquí, una acuciante soledad que, sin embargo, le era tan grata que no le parecía lo bastante solitaria, y si él se hundiera simplemente más y más en su rincón se convertiría en un eremita excelso y redimido, encerrado en su celda y de espaldas al mundo, todo él espíritu, por encima de los seres atados a la carne que rodeaban la mesa. Desde luego, esta situación no podía durar mucho tiempo, porque estos pensamientos sólo surgen cuando uno no tiene tiempo de pensarlos hasta el final o de ponerlos en práctica, y también Esch había olvidado todas estas ideas cuando Lohberg, de acuerdo con el plan previsto, entró en la habitación. Lohberg quedó tan

sorprendido que incluso se alegró de la presencia de Esch. Ciertamente Esch no formaba parte de su mundo, como tampoco Ilona, pero, cuando se sentaron todos juntos en torno a la mesa, eran casi como una familia e intercambiaron preguntas sobre infinidad de cosas. Y dado que estas preguntas recayeron pronto sobre el bienestar de cada uno de ellos, Esch sacó orgullosamente la cartera y el portamonedas y contó 1561 marcos y 50 pfennigs sobre la mesa. La señorita Erna alargó con alegría la mano para cogerlos, pues creyó que eran el capital aportado más los intereses, pero cuando Esch le explicó que, si bien le correspondía a ella verdaderamente tal cantidad, de momento debía repartirla con Lohberg, puesto que la otra mitad seguía invertida en el negocio, Erna gritó que, en resumidas cuentas, aquello suponía una pérdida y no una ganancia. Y aunque él quiso explicárselo, ella no entró en razón sino que puso el grito en el cielo diciendo que no se dejaría engañar, que ella sabía contar perfectamente: veamos —y fue a buscar un lápiz y una hoja de papel— doscientos die-cinco y veinticinco pfennigs es lo que ella perdía, ahí estaba, claro como el agua, y continuó refunfuñando al tiempo que agitaba el papel ante las contristadas narices de Esch. Lohberg no despegó los labios; era hombre de negocios y debía de haber entendido muy bien las cuentas. Lo que ocurría es que aquel cobarde idiota no quería enemistarse con su señora novia. Esch dijo en tono insolente: «Uno tiene su honestidad, mucho más que alguno que está aquí y se calla». Y cogió con fuerza el brazo de Erna, no por cariño sino porque estaba furioso, y con muy poca dulzura volvió a poner sobre la mesa el brazo de ella con el papel. Tal vez, en el fondo, ella había comprendido, o simplemente se debió a la presión de la mano de Esch, la cuestión es que la señorita Erna enmudeció. Korn, que hasta ahora había permanecido al margen, dijo solamente que Teltscher, aquel judío, era un truhán. Bueno, pues sólo hacía falta presentar la denuncia, respondió Esch, hay que denunciar a los truhanes en lugar de permitir que se encarcele a los inocentes. Y como la actitud cobarde de Lohberg estaba pidiendo una repulsa, le humilló con estas palabras: «Los inocentes son olvidados. Por ejemplo, ¿ha visitado ya el señor Lohberg al pobre Martin?». Erna, que seguía todavía abochornada y llena de exasperación, replicó con aspereza que ella conocía a otras personas que olvidaban a los amigos y que, por si fuera poco, les causaban perjuicios, y que, desde luego, era asunto del señor Esch el preocuparse por el señor Geyring. «Precisamente por eso he venido», dijo Esch. «Vaya», dijo la señorita Erna, «de lo contrario no le habríamos vuelto a ver el pelo al señor Esch», y vacilando, con timidez casi, pero sintiéndose en cierto modo obligada a no ceder del todo en su lucha denodada, añadió: «Ni tampoco habríamos visto nuestro dinero». Pero Korn, que pensaba con lentitud, dijo: «Haga usted encarcelar a este judío».

Evidentemente era una solución digna de ser tenida en cuenta, y aunque el mismo Esch ya había pensado en ella, le gustó replicar que era sólo una mezquina solución parcial, frente a otra mucho mejor, más radical, espiritual, por así decirlo, cuya proximidad él intuía. ¿De qué serviría meter en la cárcel a Teltscher durante un par de

meses, si Ilona debía ser expuesta de nuevo a los cuchillos? Y sólo ahora se le ocurrió que Ilona, que en realidad pertenecía a todo aquello, no se hallaba presente; casi parecía que debiera evitarse que él la viera antes de haber llevado a cabo su misión. Sea como fuere, que si esta misión, que si la otra... uno piensa en el gran sacrificio que tiene delante ¡y al mismo tiempo promete obtener más beneficios! Si realmente había que imponer orden, el espectáculo de la lucha femenina debía saltar por los aires. Y como suponía que la gruñona Erna seguía invirtiendo su dinero solamente por él, le entró una especie de sentimiento de culpabilidad, el cual, en el fondo, no resultaba desagradable; pero como éste no afectaba a los demás, Esch empezó a gritar: éste era el agradecimiento, y, desde luego, sólo lamentaba haberse molestado en traer el dinero, para que luego le recibieran sí; por lo demás, escribiría a Gernerth respecto a la cantidad pendiente. Podía hacer lo que le diera la gana, dijo la señorita Erna con voz aguda. Pues lo mejor sería que ella misma escribiera, ya que él, explícitamente, había declinado toda responsabilidad. Ella no haría eso. Muy bien, entonces lo haría él, puesto que era un hombre formal. «¿Sí?», dijo simplemente la señorita Erna. Y entonces pidió Esch tinta y papel y se retiró a su cuarto, sin prestar más atención a los presentes.

Ya en su habitación, empezó a pasearse a grandes pasos de un lado a otro, como solía hacer cuando estaba irritado. Luego silbó una cancioncilla, a fin de que los de allá no imaginaran que estaba enfadado, o tal vez silbaba también porque se sentía solo. Al poco rato oyó a Erna y a Lohberg en el vestíbulo. Hablaban en voz baja; evidentemente Lohberg, con lo cobarde que era, temía todavía su furia y, en su desvalimiento, movería sus blancos ojos despavorido. Como en muchas ocasiones, la imagen de Lohberg se fundió con la de mamá Hentjen. Ahora ella también estaba desvalida; no podía evitar el curso de las cosas, la pobre. Aguzó el oído para enterarse de si Erna y Lohberg le criticaban. En bonita situación le había metido mamá Hentjen con sus celos absurdos; nada de eso era necesario; podía haber estado en Badenweiler desde hacía tiempo. En el vestíbulo reinaba el silencio; Lohberg se había ido. Esch tomó asiento y escribió con su pulcra letra de contable: «Señor Alfred Gernerth, director teatral. Dirección actual: Colonia, Teatro Alhambra. Le ruego me transfiera el saldo a mi favor de 780,75 marcos y al mismo tiempo la liquidación definitiva. Atentamente...». Con la cuartilla en una mano, tintero y pluma en la otra, se dirigió sin vacilar al cuarto de Erna.

Erna, calzada con zapatillas de fieltro, estaba precisamente descubriendo la cama, y a Esch le sorprendió la rapidez con que había cambiado de calzado. Ella se disponía ya a enfurecerse por su intromisión, cuando advirtió lo que él traía en la mano: «¿Qué quiere usted con este papelucho?». Él dictó casi una orden: «¡Que me lo firme!». «A usted no le firmo yo nada más...» Pero entretanto había leído la carta y se acercó a la mesa: «Por mí...»; no serviría de nada; el dinero se había esfumado, despilfarrado, había que hacerse a esta idea, si bien a un tal señor Esch le importaba un comino. Ante sus reproches Esch experimentó de nuevo aquella sensación de culpabilidad que

a veces notaba frente a ella; nada de eso, ya se ocuparía él de que ella recobrase su dinero, y le cogió la mano para indicarle dónde debía firmar. Cuando ella hizo un gesto brusco para soltarse, él sintió cólera otra vez; retuvo su mano con firmeza, la condujo sin suavidad, y entonces, por segunda vez, la señorita Erna quedó muda y sumisa. De momento él no se dio cuenta y le condujo simplemente la mano al lugar de la firma, pero luego se encontró con su mirada oblicua de lagartija que le observaba desde abajo como con provocación. Y cuando la abrazó, ella apretó la mejilla contra su pecho. No le planteó ningún dilema ni le inquietó lo más mínimo que ella actuara de este modo; era simplemente una reminiscencia del antiguo amor que había sentido por él, o tal vez deseaba vengarse de la falta de hombría de Lohberg, o quizá —y esta idea debía de ser la primera que se le había ocurrido a Esch— ella permitía sencillamente que ocurriera porque él estaba allí, porque así tenía que suceder, porque ya no era necesario seguir luchando por el matrimonio. Las cosas se habían clarificado: para Erna existía un libertador, y él se iría a América con mamá Hentjen; incluso la rabia que sentía por Lohberg se apaciguó, casi experimentó un poco de ternura por aquel pobre idiota que en tantas cosas se parecía a mamá Hentjen, y como la señorita Erna, debido al trato íntimo con su prometido, había adoptado muchas de sus características, daba la impresión, aunque muy lejana, de que estuviera abrazando en Erna un fragmento de mamá Hentjen, y ya no resultaba, por tanto, una infidelidad. No obstante, el recuerdo de sus viejas querellas no se había borrado del todo; permanecieron un momento indecisos, fue como un instante de hostil castidad, y Esch estuvo a punto, como aquella vez, de volver a su cuarto sin llegar a nada. Entonces ella le hizo de repente señas de que no armara ruido y se apartó de él: fuera había chirriado la puerta del vestíbulo, y Esch comprendió que había llegado Ilona. Se quedaron de pie sin decir nada. Pero cuando se apagaron los pasos y se cerró la puerta en la sala que llevaba a la habitación de Korn, también ellos cayeron uno en brazos del otro.

Cuando más tarde se metió en su cama, Esch no pudo evitar acordarse de mamá Hentjen y pensar que únicamente se había detenido en Mannheim para calmar las celosas sospechas de ella. Y eso es lo que había logrado con sus absurdos celos. Desde luego la había amenazado en broma con serle infiel aquel mismo día. Y así acababa de ocurrir ahora, sin que él tuviera la culpa. Por otra parte, en realidad ni siquiera se trataba de una auténtica infidelidad; no es fácil serle infiel a una mujer como ella. Sin embargo era una marranada. ¿Y por qué? Pues porque debía poner las cuentas en claro sin dilación, porque uno, honestamente, debería estar ya en Badenweiler, en lugar de prestar atención a unos celos tan absurdos. Y esto era lo que se había conseguido. ¡Maldita la gracia que le hacía! Pero ya nada se podía cambiar. Esch se volvió hacia la pared.

Al abrir los ojos reconoció su antigua habitación. A través de las cortinas se filtraba el

claro sol de la mañana y lo atravesó como un lanzazo: ¿no tenía que ir al almacén? Entonces recordó que ya nada tenía que ver con la Mittelrheinische y le invadió una agradable sensación de libertad y de vacaciones. Nadie podía ya despertarle para pedirle cuentas. Permaneció en la cama, pese a que ya no le proporcionaba ningún placer, pero podía seguir acostado todo el tiempo que le diera la gana. Era muy probable que ahora mamá Hentjen le matase, pues ella jamás comprendería que él, a pesar de todo, le había seguido siendo fiel; ella querría matarle, y también esto entrañaba una buena y libre seguridad. Aquel que se halla frente a la muerte es libre, y aquel que ha escogido el camino de la libertad ha aceptado la muerte. Vio ante él las almenas de un castillo en las que ondeaba silenciosa la bandera negra, pero podía tratarse de la torre Eiffel, pues ¿quién es capaz de distinguir el futuro del pasado! En el parque hay una tumba, la tumba de una muchacha, la tumba de una muchacha apuñalada. Sí, ante la muerte al hombre le está permitido todo, todo se vuelve libre, gratis por así decirlo y extrañamente desvinculado de cualquier obligación. Estaba permitido acercarse en la calle a cualquier mujer e invitarla a acostarse con uno, y esto no encerraría ningún compromiso, igual que la posesión de Erna, a la que él hoy o mañana abandonará para salir de viaje hacia las tinieblas. La oía fuera, ocupada, moviéndose de un lado a otro, esa pequeña cabra huesuda, y esperaba que entrase como antes, pues uno tiene que aprovecharse mientras todavía ve el sol. Ciertamente mamá Hentjen no era la clase de persona capaz de comprender que el permiso para ser infiel sólo se puede comprar mediante una infidelidad, ni tampoco que uno, a pesar de todo, desee ser asesinado por ello; qué sabía ella de una contabilidad tan complicada, cómo hubiera podido descubrir estos errores de contabilidad que se deslizan en el mundo con tanta malicia que únicamente alguien capaz de contar con absoluta exactitud puede morir con la muerte del redentor. Pero el menor descuido podía hacer tambalear el edificio de la libertad. Ahora oyó la voz de la señorita Erna desde la cocina: «¿Se puede llevar ya el café al distinguido señor?». «No», grito Esch, «enseguida voy». Saltó de la cama, se vistió en un santiamén, tomó el café y se plantó en la parada del tranvía, sorprendido él mismo de la rapidez con que se había desarrollado todo. Sólo cuando el tranvía que llevaba a la cárcel se demoró mucho, pensó si le habría sacado tan rápidamente de la cama la idea de visitar la cárcel o la voz de Erna; desde luego no era una voz bonita, especialmente cuando gritaba como la noche anterior. Todavía nadie había hecho huir a Esch a base de gruñidos. O sea, que no había sido la voz; además, en este caso, la voz le habría hecho huir de la casa mucho antes, como por ejemplo aquella vez en que ella le llamó a la cocina para que viera a Ilona durmiendo. Además ya no necesitaba ver a Ilona, ni allí ni en ninguna parte. Lo mejor era mantenerse apartado de estas cosas, no saber nada, ignorar que probablemente se trataba de una huida de Erna y de sus malos deseos, huida de este placer desligado de todo compromiso, y en el que probablemente todo debía ocurrir, pero que temía la luz del día, porque solamente la noche es el tiempo de la libertad.

En la cárcel le dijeron que únicamente estaban permitidas las visitas tres días por

semana; tendría que volver mañana. Esch reflexionó. ¿Qué hacer? ¿Seguir viaje a Badenweiler? Empezó a soltar imprecaciones, porque le habían coartado la libertad de sus actos. Finalmente dijo: «Está bien, última prórroga», y la expresión «última prórroga» se le quedó en la mente, arrellanada en sus oídos, e incluso llegó a producirle cierta sensación de camaradería, un orgulloso sentimiento de compañerismo con un hombre tan poderoso como el presidente Bertrand, ya que esta «última prórroga» le había sido concedida tanto a él como a dicho hombre. No, no podía marcharse, no podía partir hacia la oscuridad sin haber visto antes a Martin y, además, habría sido ridículo, indigno, que esta breve estancia en Mannheim sólo hubiera servido para acostarse una noche con Erna. Cuando uno emprende un largo viaje, no deja nada en desorden tras de sí; había que saludar a la gente y despedirse. Así pues se encaminó al puerto, a fin de ver si encontraba a sus conocidos en los almacenes o en la cantina. Se sentía casi como un pariente que regresa del lejano continente americano en busca de los seres queridos, y al que turba un poco la posibilidad de no ser reconocido con la barba crecida. Era muy posible que los vigilantes de la entrada no le permitieran pasar. Pero todo se desarrolló de modo sumamente agradable, en especial porque todos aquéllos con quienes se encontró sabían muy bien que él allí no significaba ya nada; los aduaneros le saludaron inmediatamente con vacilante cordialidad y entabló con ellos una breve conversación. Le dijeron riendo que él, puesto que ya no trabajaba en la compañía naviera, nada tenía que hacer allí, y Esch les respondió que ya verían lo que tenía que hacer, y como no hicieron el menor movimiento para detenerle siguió adelante. Nadie le impidió contemplar a plena satisfacción las dársenas y las grúas, los almacenes y los vagones de mercancías, y cuando saludó a gritos a los que estaban en los almacenes, se acercaron los contraмаestres y los empleados a saludarle y le rodearon como hermanos. Pero no sintió ningún remordimiento por haber abandonado todo aquello, simplemente iba grabando en su mente todos los detalles y de vez en cuando pasaba la mano por algún vagón o por alguna rampa de carga, y la sensación de la madera reseca se le quedaba en la palma de la mano. Sólo en la cantina tuvo una decepción: buscó a Korn con la mirada y Korn no estaba allí; Korn era tonto y tenía miedo, y Esch no pudo contener la risa, pues él ya no le guardaba ningún rencor por lo de Ilona; de todos modos Ilona sería arrebatada del mundo y desaparecería en un castillo inasequible. Bebió, pues, simplemente una copa en compañía del policía y luego tomó el camino acostumbrado, que ya no lo era casi, pero que sin embargo se le ofrecía ahora más familiar que nunca. Llegó a la esquina donde se encontraba el estanco, que parecía mirarle y estarle esperando, como si el propio Lohberg le estuviera aguardando, lleno de nostalgia, para charlar con él.

Efectivamente ahí estaba Lohberg, sentado tras la caja registradora y sosteniendo en la mano el gran cortacigarros, y cuando Esch entró, dejó a un lado el instrumento con amabilidad, pues debía disculparse de muchas cosas ante Esch, pero ninguno de los dos dijo nada al respecto, porque Esch estaba predispuesto a perdonar y no quería

que Lohberg llorase. Tal vez iba en contra de lo tácitamente convenido el que Lohberg empezara a hablar de Erna, pero fue un detalle tan nimio que Esch apenas le concedió importancia. ¿Quién podría despertarle antes de que él lo permitiera? ¡Era libre! «Es una magnífica compañera», dijo Lohberg, «y tenemos mucho en común». Y como Esch era libre para decir lo que le viniera en gana, dijo: «Sí, ella no le matará a usted»; y observó la raquíica figura de Lohberg, al que mamá Hentjen podría aplastar con un pulgar, y sintió pena hacia Erna porque ni siquiera era capaz de hacer eso. Lohberg sonrió con temor, sentía un poco de miedo a las bromas macabras y se fue empobreciendo y empequeñeciendo bajo la mirada de su feroz visitante. No, no era un contrincante con quien Esch quisiera medir sus fuerzas; sólo los muertos son fuertes, por más que en vida tuvieran un raquíico aspecto de aprendices de sastre. Esch se paseó por la tienda como un espíritu, olió el aire, abriendo ahora un cajón, ahora otro, pasó la mano por encima del pulido mostrador. Dijo: «Si usted está muerto, será más fuerte que yo... Pero a usted no se le puede matar», añadió despectivamente, pues se le ocurrió que ni siquiera un Lohberg muerto tendría importancia alguna; le conocía muy bien, ése sería eternamente un idiota, y sólo aquéllos a los que nunca se ha conocido, aquellos que nunca han vivido, son los más fuertes. Pero Lohberg, desconfiado cuando se trataba de mujeres, dijo: «¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Se refiere a la pensión de viudedad? Yo me he hecho un seguro de vida». «Esa sí sería una buena razón para envenenar a un hombre», dijo Esch, y le entró tal ataque de risa que la garganta se le agarrotó. Mamá Hentjen, ¡ésa sí era una mujer! Ella no empleaba veneno; a un hombre como Lohberg lo ensartaría sencillamente con una aguja como si fuera un escarabajo. Ante ella había que tener respeto y admiración, y a Esch le extrañó que se le hubiera podido ocurrir compararla con Lohberg. Y le emocionó un poco pensar que ella, además, aparentaba ser una débil mujer, y era muy posible que eso fuera en realidad. A Lohberg se le puso la piel de gallina, sus ojos saltones daban vueltas: «Veneno», dijo, como si oyera esta palabra, que precisamente usaba con tanta frecuencia, por primera vez en su vida, o al menos la oyera por primera vez en su versión definitiva. La risa de Esch se tornó más suave y un poco despectiva:

—Ella no le envenenará. Erna no es capaz de una cosa así.

—No —dijo Lohberg—, tiene un corazón de oro; ni siquiera es capaz de hacer daño a una mosca...

—Ni de atravesar un escarabajo con un alfiler.

—Qué va, seguro que no —dijo Lohberg.

—Pero si usted le llega a ser infiel, ella le matará a pesar de todo —le amenazó Esch.

—Yo nunca seré infiel a mi esposa —especificó aquel idiota. Ahora Esch, repentinamente, supo por qué —y fue una revelación muy clara y agradable— había podido comparar a mamá Hentjen con Lohberg: Lohberg, en realidad, sólo era una criada, una especie de travesti, y por eso carecía de importancia que se acostara con

Erna; también Ilona se había acostado en la cama de Erna. Esch se puso en pie, firme y robusto sobre sus piernas, y extendió los brazos como alguien que acaba de despertar o como un crucificado. Se sentía fuerte, duro, bien plantado, un tipo al que merecía la pena matar. «O él o yo», dijo, y sintió que el mundo le pertenecía. «O él o yo», repitió, mientras medía a grandes zancadas el local.

«¿Qué quiere usted decir?», preguntó Lohberg. «No me refiero a usted», respondió Esch, mostrándole su dentadura de caballo: «Usted..., usted tendrá a Erna», y era justo que así fuese: aquel hombre tenía una hermosa y pulida tienda, así como un seguro de vida; recibiría a la pequeña Erna y podría vivir sin sufrimientos y sin devanarse los sesos; él, en cambio, no podía dormir en paz y había tomado sobre sus hombros una misión. Y como Lohberg continuó ensalzando a Erna en términos apasionados, Esch dijo lo que Lohberg quería oír, lo que esperaba desde hacía mucho tiempo como una señal de lo alto: «Bah, usted con sus tonterías del Ejército de Salvación... Como siga mucho tiempo cruzado de brazos, esta chica se le escapará de las manos. Ya sería hora de que se decidiera. Usted, paladín de la limonada». «Sí», dijo Lohberg, «sí, creo que se ha cumplido el tiempo de la purificación». A la luz de aquel día de verano un tanto gris la tienda aparecía clara y agradable; sus amarillentos muebles de encina producían impresión de seguridad y solidez, y junto a la caja registradora había un libro con columnas de cifras sin tachaduras. Esch tomó asiento en el escritorio de Lohberg y escribió a mamá Hentjen que había llegado bien y que estaba en vías de solucionar sus asuntos.

Consideró que pasar esta segunda noche de nuevo con Erna era una formalidad a la que un hombre libre tenía perfecto derecho. Habían hablado amistosamente de la boda con Lohberg e hicieron el amor casi con ternura y melancolía, como si nunca se hubieran peleado. Y tras esta larga noche en vela, Esch se levantó de la cama con la agradable sensación de haber contribuido a la felicidad de Erna y de Lohberg. El ser humano lleva en sí infinitas posibilidades y, según sea la cadena lógica con que enlace las cosas, puede probarse a sí mismo que son buenas o malas.

Inmediatamente después de comer se puso en camino hacia la cárcel. En la tienda de Lohberg compró unos cigarrillos que pensaba llevar a Martin; no se le ocurría otra cosa. Hacía un calor agobiante y Esch no pudo evitar acordarse de aquella tarde en Goarshausen en que había sentido compasión de Martin a consecuencia del calor. En la cárcel, fue llevado al locutorio, cuyas ventanas enrejadas daban al desnudo patio interior. Las edificaciones pintadas de amarillo proyectaban sombras de ángulos agudos sobre el patio vacío. Sin duda en el centro de aquel patio podía levantarse el patíbulo, en el cual debe arrodillarse el delincuente, para esperar el filo del hacha que caerá sobre su nuca y le cortará la cabeza. En cuanto Esch pensó esto, no quiso seguir mirando el patio y se apartó de la ventana. Observó la estancia. En medio había una mesa pintada de amarillo; las manchas de tinta denotaban que había sido traída de

cualquier oficina; había también algunas sillas. El cuarto ardía pese a estar en sombras, porque el sol del mediodía había entrado en él con sus ardientes rayos y las ventanas estaban cerradas. Esch sintió sueño; estaba solo y se sentó; le dejaron allí, esperando.

Finalmente oyó pasos en el pasillo enlosado y el ruido de las muletas de Martin. Esch se puso de pie como para recibir a un superior. Pero Martin entró en la habitación de la misma manera que entraba en la taberna de mamá Hentjen. Si hubiera habido allí una pianola, se habría acercado a ella y la habría puesto en marcha. Recorrió la habitación con la mirada y pareció satisfecho al comprobar que Esch estaba solo; se dirigió hacia él y le dio la mano: «Hola, Esch, me gusta que hayas venido a verme». Apoyó las muletas en la mesa, como lo había hecho siempre en la taberna de mamá Hentjen, y se dejó caer en una silla: «Bueno, siéntate tú también, Esch». El vigilante que le acompañaba se parecía a Korn debido al uniforme; siguiendo las normas del centro, se quedó de pie junto a la puerta. «¿No quiere sentarse usted también, señor inspector? No vendrá nadie más y puede usted estar seguro de que no me escaparé». El hombre murmuró algo respecto al reglamento, pero se acercó a la mesa y depositó encima su enorme manojó de llaves. «Así», dijo Martin, «ahora estamos mejor», y los tres hombres permanecieron en silencio, sentados en torno a la mesa, contemplando las muescas de la madera. Martin estaba más amarillo que nunca; Esch no se atrevía a preguntarle cómo se encontraba. Fue Martin quien, ante el embarazoso silencio, dijo: «Bueno, ¿qué hay de nuevo por Colonia? ¿Cómo están mamá Hentjen y los demás?».

Esch, pese a que ya tenía las mejillas encendidas por el calor, sintió que enrojecía, pues de pronto tuvo la impresión de haber aprovechado la reclusión del detenido para robarle los amigos. Y tampoco sabía si podía mencionarlos en presencia del guardián. En definitiva a nadie le gusta que se hable de sus relaciones con un delincuente en el locutorio de una penitenciaría. Dijo simplemente:

—Todos están bien.

Martin debió de comprender sus escrúpulos puesto que no exigió una respuesta más explícita, sino que preguntó:

—¿Y tú?

—Voy a Badenweiler.

—¿Para un tratamiento?

A Esch le pareció que Martin no tenía por qué bromear a su costa.

—Para ver a Bertrand —respondió secamente.

—¡Caray, eso sí que es un progreso! Un hombre muy distinguido ese Bertrand.

Esch no vio muy claro si Martin seguía guaseándose de él o si, como solía hacer, hablaba irónicamente. Un maricón muy distinguido el tal Bertrand, ciertamente. Pero no podía decir una cosa así en presencia del guardián. Gruñó:

—Bueno, si fuera un hombre tan distinguido, tú no estarías aquí.

—¿...?

—Tú eres inocente.

—¿Yo? Pero si tengo pruebas convincentes, judiciales incluso, de que he perdido mi inocencia en más de una ocasión.

—Deja de una vez esas bromas estúpidas. Si Bertrand es realmente un hombre distinguido hay que contarle lo que sucedió entonces. Y él se ocupará de que salgas de aquí.

—¿Y con eso quieres molestarlo? ¿Para eso vas a Badenweiler? —Martin se rió y le tendió la mano por encima de la mesa—: Pero August ¡qué te pasa! Por suerte este hombre no estará allí...

—¿Dónde está? —preguntó Esch rápidamente.

—Oh, está siempre de viaje, por América o por cualquier otro sitio.

Esch quedó perplejo: ¡o sea que Bertrand estaba en América! Le había tomado la delantera, había llegado antes que él a la más radiante libertad. Y aunque desde siempre había sentido que la grandeza y la libertad de aquel lejano país tenían que estar en relación significativa, aunque no completamente comprensible, con la grandeza y la libertad de aquel hombre inasequible, le pareció ahora a Esch que sus propios proyectos de emigración quedaban destruidos para siempre a causa de un viaje a América del presidente. Y por ser esto así, por ser todo tan lejano e inasequible, se enfureció contra Martin:

—Un presidente puede irse con facilidad a América... Pero también podría ser Italia.

Martin dijo conciliador:

—Por mí, como quieras, que sea Italia.

Esch reflexionó sobre si debía informarse en la oficina central de la Mittelrheinische acerca de dónde se encontraba Bertrand. Pero de pronto lo consideró inútil y dijo:

—Está en Badenweiler. Martin rió:

—Bueno, puede que tengas razón; de todos modos no te dejarán llegar hasta él... ¿Hay alguna muchacha detrás de este viaje, verdad?

—Encontraré el medio de que me reciba —dijo Esch amenazador.

Martin barruntó algo:

—No hagas tonterías, August. No molestes a ese hombre; es un tipo decente al que hay que respetar.

Evidentemente no tenía ni idea de todo lo que se ocultaba detrás de Bertrand, pensó Esch, pero no podía decir nada, así que se limitó a decir:

—Decentes lo son todos, incluso Nentwig —calló unos instantes y luego añadió—: También los muertos eran decentes, desde luego, pero sólo se puede ver de qué decencia se trata constatando la herencia que le han dejado a uno.

—¿Qué quieres decir con eso? Esch se encogió de hombros:

—Nada, sólo quería decir que... Bueno, que en definitiva tanto da una persona decente o no; siempre lo es únicamente en parte; no importa nada la persona, lo único

que vale es lo que ha hecho. —Y concluyó furioso—: De lo contrario, no hay forma de distinguirse de los demás.

Martin movió la cabeza entre divertido y preocupado:

—August, tú tienes aquí en Mannheim un amigo que continuamente desbarra acerca de venenos. Tengo la impresión de que te ha envenenado.

Pero Esch, sin dejarse inmutar, prosiguió:

—Ya no se sabe lo que es blanco y lo que es negro. Todo está revuelto. No sabes siquiera lo que ha sucedido ni lo que sucede...

Martin rió otra vez:

—Y mucho menos sé todavía lo que sucederá.

—Tómate las cosas en serio de una vez. Tú te sacrificas por el futuro; tú mismo lo has dicho... Esto es lo único que perdura: sacrificarse por el futuro y expiar por el pasado. Un hombre cabal se sacrifica, porque de lo contrario no existe el orden.

El guardián escuchaba con desconfianza:

—No se pueden mantener conversaciones revolucionarias.

—No es un revolucionario, señor guardián —dijo Martin—, antes lo sería usted.

Esch quedó estupefacto al ver cómo era interpretada su manera de pensar. ¡O sea que él ahora era un socialdemócrata! ¡Muy bien! Y prosiguió tercamente:

—Por mí, pongamos que eso sea revolucionario. Por lo demás, tú siempre has predicado que no importa el que un capitalista sea o no un hombre de bien, ya que se le debe combatir como capitalista y no como hombre.

—¿Ve usted, señor inspector? —dijo Martin—. ¿Vale la pena recibir visitas? Este hombre acabará por envenenarme el alma con sus palabras. Ahora que precisamente me estaba purificando. —Y volviéndose a Esch, añadió—: Sigues siendo el iluso de siempre, querido August.

—El servicio es el servicio —dijo el guardián, y como además hacía demasiado calor, miró el reloj y anunció que la hora de visita había terminado. Martin cogió las muletas:

—Bueno, se me llevan otra vez. —Le dio la mano a Esch—. Y permíteme que te lo repita, August, ¡no hagas ninguna tontería! Y muchas gracias por todo.

Esch no estaba preparado para una partida tan brusca. Retuvo la mano de Martin en la suya y se preguntó si también debía estrechar la del guardián enemigo. Se la tendió, porque se habían sentado juntos a la misma mesa, y Martin lo aprobó con un gesto. Luego Martin se fue, y a Esch le sorprendió de nuevo el que Martin saliera del mismo modo en que salía del local de mamá Hentjen. ¡Y lo llevaban a la celda de la cárcel! Realmente parecía que todo cuanto ocurriera en el mundo careciera de importancia. Y sin embargo todas las cosas tenían su importancia: lo que había que hacer era simplemente conquistarlas.

Esch respiró hondo al llegar a la puerta de la cárcel; se palpó el cuerpo como para cerciorarse de su propia presencia y al hacerlo se encontró con los cigarrillos destinados a Martin, que se le habían quedado en el bolsillo, y de nuevo sintió aquella

maldita e inexplicable ira y otra vez se le llenó la boca de palabras insultantes. Incluso llamó a Martin ridículo orador popular, demagogo, según suele decirse, aunque en el fondo no podía reprocharle nada, a lo sumo que actuara como si fuera el personaje fundamental, cuando, en este caso, estaba verdaderamente en juego algo más importante. Pero así son precisamente los demagogos.

Esch regresó a la ciudad, se irritó porque el cobrador del tranvía vestía uniforme y fue a recoger sus cosas a casa de la señorita Erna. Ella le recibió con vivas muestras de afecto. Dada su cólera contra el laberinto inextricable que era el mundo, Esch la dejó hacer, por desprecio. Se despidió inmediatamente y se dirigió a toda prisa a la estación, para alcanzar el tren nocturno a Müllheim.

Cuando los deseos y objetivos toman cuerpo, cuando el sueño avanza hasta los radicales cambios y conmociones de la vida, el camino se va estrechando en oscuras galerías y el sueño que precede a la muerte se cierne sobre aquel que había estado caminando en sueños: todo lo pasado, los deseos, los objetivos, se deslizan de nuevo frente a él como ante la mirada del moribundo y casi puede considerarse un azar que todo ello no desemboque en la muerte.

El hombre que, estando muy lejos, siente añoranza de su mujer o de la patria de su infancia, se encuentra al comienzo del sonambulismo.

Tal vez se estaban preparando en él muchas cosas, pero no se había dado cuenta. Así por ejemplo cuando, camino de la estación, advierte que las casas constan de ladrillos colocados unos sobre otros, las puertas de tablas serradas y las ventanas de cristales cuadrados. O cuando se acuerda de los periodistas y demagogos que actúan como si supieran dónde está la derecha y dónde está la izquierda, cuando esto lo saben únicamente las mujeres, y ni siquiera todas ellas. Pero no siempre se puede estar pensando en estas cosas y, con el espíritu tranquilo, él bebe una cerveza en la estación.

Pero cuando ve acercarse chirriando el tren que lo conducirá a Müllheim, ese largo y enorme gusano tan certeramente disparado hacia la meta, le asalta repentinamente un temor, una duda sobre la seguridad de la locomotora, la cual tal vez puede errar el camino; tiene miedo a que él, que a todas luces ha de cumplir importantes obligaciones terrenales, pueda ser apartado de dichas obligaciones e incluso ser llevado finalmente por la fuerza a América.

Sumido en dudas, habría preferido, como lo hace un viajero inexperto, acercarse a preguntar a un empleado de uniforme, pero el andén es tan vasto, tan inconmensurablemente largo y desolado, que uno debe considerarse afortunado si alcanza felizmente, aunque sin resuello, ese tren, vaya a donde vaya. Naturalmente uno se esfuerza en descifrar los letreros de los vagones que indican el destino del viaje, pero comprende muy pronto que es inútil, pues los letreros muestran

únicamente palabras. Y el viajero se queda de pie ante el vagón, dudando.

La indecisión y la falta de aliento son con seguridad suficientes para obligar a un hombre de temperamento colérico a deshacerse en improperios y, con mayor razón, si, acosado por la señal de salida del tren, trepa apresuradamente por los incómodos peldaños del coche y se da con el estribo un fuerte golpe en la espinilla. Maldice, maldice los estribos del tren, maldice su absurda construcción, maldice el destino. No obstante, detrás de esta vulgaridad se oculta un conocimiento exacto, un conocimiento excitante incluso, y si el hombre tuviera una visión clara de las cosas podría manifestarlo perfectamente: todo esto es simplemente obra del ser humano; oh sí, esos escalones adaptados a la flexión y extensión de la rodilla humana, ese inconmensurable y largo andén, esos letreros con palabras escritas, el silbato de la locomotora, los raíles de acero brillante, son una plenitud de obras humanas, hijas todas ellas de la esterilidad.

El viajero adivina, oscuramente, que estas reflexiones lo elevan por encima de lo cotidiano y le gustaría grabárselas en la mente para toda su vida. Porque, si tales consideraciones merecen ser calificadas de humanas en términos generales, los viajeros están más predispuestos a ellas (especialmente aquellos de temperamento violento) que los hombres sedentarios, que nunca piensan nada, por más que suban y bajen varias veces al día las escaleras de su casa. El hombre sedentario no se da cuenta de que se halla rodeado de obras humanas, ni tampoco de que sus pensamientos son también únicamente meras obras humanas. El hombre sedentario lanza sus pensamientos al mundo como si fueran viajeros seguros y hábiles en los negocios, y cree poder constreñir de esta manera el mundo a las dimensiones de su propia habitación y de su propio negocio.

Pero el hombre que en vez de enviar de viaje sus pensamientos se envía a sí mismo, ha perdido esta precipitada seguridad; su ira se ensaña contra cuanto sea obra humana, contra los ingenieros que construyen los peldaños así y no de otro modo, contra los demagogos que despotrican sobre justicia, orden y libertad como si pudieran edificar un mundo acorde con sus propias ideas; contra aquellos que todo lo saben se dirige también la ira de este hombre en quien alborea el saber de la ignorancia.

Una dolorosa libertad se anuncia proclamando que todo podría ser distinto. Las palabras con que se revisten las cosas pasan inadvertidas y se deslizan en la incertidumbre; se diría que las palabras son huérfanas. El viajero avanza inseguro por el largo corredor del vagón, un tanto extrañado de que haya ventanillas con cristales como en las casas, y pasa la mano por su fría superficie. Y de este modo el hombre que va de viaje cae fácilmente en un estado de falta de responsabilidad sin compromisos. Y cuando el tren, ya en plena marcha, parece perseguir implacable su objetivo, parece tender hacia la irresponsabilidad, y su marcha desenfrenada sólo podría ser detenida a lo sumo mediante el freno de emergencia, cuando el viajero es arrastrado velozmente por debajo de sus pies, él, que no ha perdido su conciencia

bajo la dolorosa libertad de la luz del día, intenta caminar en dirección contraria. Pero no puede llegar a ninguna parte, pues aquí todo es futuro.

Unas ruedas de acero le separan de la espléndida tierra firme, y el viajero, de pie en el pasillo, piensa en barcos con largos corredores donde se alinean camarote tras camarote, flotando sobre una montaña de agua, muy por encima del fondo del mar, que es la tierra. ¡Dulce esperanza nunca cumplida! De qué sirve arrastrarse dentro de la panza de un barco, si únicamente puede proporcionar libertad el homicidio... Ah, el barco nunca arribará al castillo donde vive la amada. El viajero deja de caminar por el pasillo y, mientras finge contemplar el paisaje y los lejanos villorrios, aplasta la nariz contra el cristal de la ventanilla como lo hacía de niño. ¡Libertad y homicidio, tan estrechamente emparentados como procreación y muerte! Y aquel que es arrojado al seno de la libertad está tan huérfano como el asesino que, camino del patíbulo, llama a su madre a gritos. En el tren que se precipita rugiendo hacia la lejanía todo es futuro, porque a cada segundo corresponde ya otro lugar, y las gentes de los vagones están contentas, como si supieran que escaparán a la expiación. Aquellos que se han quedado en el andén hicieron un último intento, gritando y agitando pañuelos, para conmover las conciencias de los que huyen y hacerlos regresar a sus obligaciones, pero los viajeros ya no renuncian a la responsabilidad, cierran la ventanilla alegando que temen coger tortícolis por la corriente de aire, y sacan las provisiones que ya no necesitan compartir con nadie.

Muchos de ellos han metido el billete en el sombrero, a fin de que su inocencia sea reconocible desde lejos, pero la mayoría busca el billete con nerviosa angustia, cuando suena la voz de la conciencia y aparece el empleado uniformado. Aquel que piensa en el asesinato es descubierto rápidamente y de nada le sirve comer, a tontas y a locas como un niño, toda clase de alimentos y dulces; sigue siendo la última comida del condenado a muerte.

Están sentados en bancos, cuyos constructores, sin sentido del pudor y de modo tal vez precipitado, los han adaptado a la forma dividida en dos del cuerpo sentado; están sentados ahí, alineados de ocho en ocho, apretados unos contra otros en su cárcel de tablas; sus cabezas oscilan y oyen los crujidos de la madera y el suave chirriar de la estructura sobre las ruedas que giran en los raíles. Los que están sentados en la dirección de la marcha desprecian a los demás que miran hacia el pasado; todos temen las corrientes de aire y, cuando la puerta se abre de repente, tienen miedo del hombre que podría llegar y retorcerles el pescuezo. Pues aquél a quien esto ocurre ya no sabe nada acerca de la justicia que existe entre la culpa y la expiación; duda de que dos y dos sean cuatro, duda de ser hijo de su propia madre o de si es tal vez un engendro. Por eso las puntas de sus pies están orientadas cuidadosamente hacia delante e indican los negocios que se deben realizar. Pues en los negocios que realizan está su comunidad. Una comunidad que carece de fuerza, y está llena de inseguridad y mala voluntad.

Solamente la madre puede tranquilizar al hijo y asegurarle que no es un engendro.

Los viajeros y los huérfanos, en cambio, todos aquellos que queman los puentes tras de sí, ignoran lo que será de ellos. Arrojadados al seno de la libertad, han de edificar de nuevo el orden y la justicia; no quieren seguir dejándose engañar por los ingenieros y los demagogos, odian la obra del hombre en todas sus manifestaciones estatales y técnicas, pero no se atreven a rebelarse contra ese malentendido milenario ni a provocar la terrible revolución del conocimiento que llevaría a reconocer que dos y dos ya no pueden sumarse. Pues no existe nadie que les pueda garantizar la inocencia perdida y recobrada, nadie en cuyo regazo puedan descansar la cabeza, para escapar en el olvido a la libertad del día.

La ira aguza los sentidos. Los viajeros han ordenado sus equipajes en las redes con sumo cuidado, mantienen conversaciones críticas y enfurecidas sobre las instituciones políticas del Reich, sobre el orden público y sobre las leyes; critican cosas e instituciones con agudeza, aunque con palabras en cuya exactitud ellos, en justicia, ya no pueden creer. Y con el remordimiento de la libertad en sus conciencias, temen el trágico accidente de tren en el que la estructura de acero, aguda y punzante, les atravesaría el cuerpo. Cosas así se leen con frecuencia en los periódicos.

Pero ellos son como personas a las que se hubiese despertado excesivamente pronto del sueño, llamándolas a la libertad, para que alcanzaran puntuales al tren. Por eso sus palabras son cada vez más inseguras y soñolientas, hasta terminar en un confuso murmullo. Uno u otro añade aún que prefiere cerrar los ojos a contemplar la vida a una velocidad tan delirante, pero los compañeros de viaje, refugiándose en el sueño, ya no le escuchan. Se duermen con los puños cerrados y el abrigo sobre la cara, y sus sueños están llenos de odio contra ingenieros y demagogos que, con la sabiduría de los impíos, llaman a las cosas con nombres falsos, y son tan desvergonzados en su falsedad que el sueño encolerizado tiene que imponer a las cosas nombres nuevos, nombres vacilantes, pero llenos del anhelo de que la madre les dé los nombres justos y de que el mundo sea seguro como una patria estable.

Las cosas están demasiado cerca y demasiado lejos, como para un niño, y el viajero que ha subido al tren y desde lejos siente añoranza de su mujer o de su país natal es como alguien que empezara a perder la visión y sintiera de pronto el sordo temor a quedarse ciego. Muchas cosas a su alrededor se han tornado confusas, al menos eso cree él en cuanto se cubre el rostro con el abrigo, y sin embargo se inicia en él un conocimiento que tal vez poseía ya, pero al que no había prestado atención. Se encuentra en el umbral del sonambulismo. Continúa aún por la vía que han preparado los ingenieros, pero ahora camina solamente por el borde, con peligro de precipitarse al vacío. Oye todavía la voz de los demagogos, pero para él ya no es un lenguaje. Extiende los brazos a los lados y hacia delante, igual al triste funámbulo que sabe sostenerse mejor cuanto más lejos está de la hermosa tierra. Paralizada y dominada, flota el alma prisionera en el vacío, y el durmiente se desliza hacia arriba, donde las alas de los amantes rozan su aliento como la pelusilla que se coloca en los labios de los muertos, y él desea, como si fuera un niño, que le pregunten su nombre,

a fin de sumergirse sin soñar en los brazos de la mujer, mientras aspira el aire de la patria. Todavía no se ha elevado del todo, pero se encuentra ya en un pequeño primer peldaño de la nostalgia, pues ha dejado de saber cuál es su propio nombre.

Que venga Aquel que toma sobre sí la muerte en holocausto y redime el mundo para conducirlo al estado de una nueva inocencia: eterno deseo del hombre que se eleva hasta llegar al homicidio, eterno sueño que se eleva hasta la clarividencia. Todo el saber oscila entre el deseo soñado y el sueño presentido, es la sabiduría del sacrificio y del reino de la redención.

Había pasado la noche en Müllheim. Cuando subió al pequeño tren que había de conducirlo a Badenweiler, las verdes montañas de la Selva Negra yacían bajo el fresco aire mañanero y estival. El mundo aparecía claro y cercano como un juguete peligroso. La locomotora resollaba tanto que uno gustosamente le habría desabrochado algunos botones del cuello, pero no se sabía si realmente arrastraba el tren deprisa o despacio. No obstante, uno podía confiar en ella con absoluta despreocupación. Cuando se detuvo la locomotora, los árboles saludaron con más alegría que nunca, y, rodeado de suaves perfumes, se levantaba, junto al edificio de la estación, un quiosco con un gran surtido de hermosas tarjetas postales. Todas ellas habrían encajado en la colección de mamá Hentjen, y Esch escogió una muy bonita en la que se veía el Schlossberg, se la puso en el bolsillo y buscó un banco a la sombra donde sentarse para escribir en paz. Pero no escribió. Se quedó sentado muy tranquilo, como quien no tiene que atender ya a nada, y sus manos descansaron apaciblemente sobre sus rodillas. Estuvo así mucho tiempo, contempló con los ojos entornados el verdor de los árboles; estuvo sentado así tanto rato que, con extrañeza, vio que ya no sabía cómo había llegado hasta allí, cuando se encontró andando por las calles sosegadas en las que respiraban los seres humanos. Frente a una casa había un automóvil amenazador y Esch lo observó, considerando si sería adecuado para pasar noches en él. Relajado, observó también otras cosas, pues se habían apoderado de él la seguridad y la soltura del jinete que ha alcanzado la meta, se vuelve hacia atrás sin desmontar y contempla a los demás, que están todavía muy lejos; desaparece de él toda tensión y cómodamente, casi vacilando, recorre el último trecho, pues anhela vivamente que se le presente otro obstáculo especialmente alto y difícil antes de alcanzar la meta y apoderarse de la segura victoria. Por eso resultaba casi doloroso que él, en un día tan hermoso y tan poco propicio a cualquier dolor, se dirigiera a la casa de Bertrand con tanta seguridad: sin detenerse y sin preguntar, sabía adónde tenía que ir. Ascendió por el camino del parque, suavemente serpenteante; el hálito del bosque le envolvió, le rozó la frente, le rozó la piel del cuello y en las bocamangas y, para recibirlo plenamente, se quitó el sombrero y se desabrochó la chaqueta. Finalmente llegó a una verja del parque; apenas le sorprendió que la finca no poseyera aquel carácter suntuoso con que aparecía en sus ensueños. Y aunque no

se viera en ninguna ventana a Ilona con su traje de lentejuelas, como un hermoso reflejo del bello paisaje, ella asimismo en la meta, apoyada en el alféizar de la ventana, ay, por mucho que se la echara de menos, no obstante, el castillo del sueño permanecía indeleble, indeleble la imagen de sus sueños, y era como si lo que él ahora veía materializado ante sí fuera simplemente una representación alegórica, dispuesta para un uso momentáneo y práctico, un sueño dentro del sueño. Por encima de la suave ladera de un verde profundo, envuelta en sombras, se erguía el edificio, una quinta de sólida construcción y, como si el frescor fino y juguetón de la mañana y el simbolismo todo tuvieran que cobrar asimismo vida alegórica de nuevo, se destacaba al final de la ladera un surtidor casi silencioso, y era como una bebida reflejante que se goza sólo por la transparencia del agua. De la casa del portero, situada detrás de la verja y rodeada de madreselvas, surgió un hombre vestido de gris y le preguntó qué deseaba. Los botones de su chaqueta no eran el distintivo de un uniforme ni de una librea, sino que brillaban con suavidad y frescor deslumbrantes, como si alguien los hubiera cosido exclusivamente para que hicieran juego con aquella mañana rutilante. Si la víspera había tenido un momento de desconfianza en sí mismo, un desfallecimiento momentáneo ante la duda de poder encontrar al señor presidente, ahora esta duda había desaparecido y Esch casi habría asegurado que él formaba parte de aquellos que podían entrar y salir de allí sin que nadie les preguntara nada. Así pues no se sorprendió de que el portero pasara por alto el escribir su nombre y la finalidad de la visita en un bloc, ni se le ocurrió que tal vez hubiera sido más conveniente esperar en la entrada, sino que se colocó junto a aquel hombre y caminó a su lado, y el otro le dejó hacer en silencio. Entraron en un fresco vestíbulo que estaba en semipenumbra y, mientras el hombre desaparecía por una de las muchas puertas lacadas de blanco, que se abrió y cerró suavemente tras él, Esch sintió cómo cedía la mullida alfombra bajo la presión de la suela de sus zapatos, y esperó expectante al mensajero, que al regresar le condujo a través de una serie de aposentos hasta otra puerta, frente a la cual dejó al visitante con una reverencia. Y el visitante, privado de guía repentinamente, piensa que hubiera sido más conveniente e incluso más deseable que la huida de salones hubiera proseguido, prolongándose tal vez hasta la eternidad, hasta una eternidad inasequible, precediendo al santuario más recóndito, antesala, por así decirlo, de la sala del trono, y casi está por creer que ha recorrido la inacabable serie de infinitos aposentos con excesiva rapidez y de forma indecorosa e imperceptible, puesto que se encuentra ya frente a aquel que le tiende la mano. Y aunque Esch sabía que era Bertrand, y no existía ya ninguna duda, ni aquí ni en ninguna otra parte, le pareció que éste era simplemente la imagen simbólica de otro, reflejo de alguien más real y tal vez más importante, que permanecía oculto; tan simple, tan fácil, tan suavemente se había desarrollado todo. Lo miró: limpio de barba como un actor, no era actor; su rostro era juvenil y su pelo rizado y blanco. En el cuarto había muchos libros, y Esch se sentó junto al escritorio, como si estuviera en casa del médico. Le oyó hablar y su voz era amistosa como la de un médico:

—¿Qué le trae a usted aquí?

Y el soñador oyó su propia voz diciendo en voz baja:

—Lo entregaré a la policía.

—¡Oh, qué lástima! —fue la queda respuesta.

Tan queda que tampoco Esch se atrevió a levantar la voz, sino que casi para sí mismo repitió:

—Lo entregaré a la policía.

—¿Me odia usted, pues?

—Sí —mintió Esch, y se avergonzó de su mentira.

—Esto no es cierto, amigo mío, usted me aprecia.

—Un inocente está en la cárcel en lugar de usted.

Esch notó que el otro sonreía, y vio a Martin ante sí, hablando y sonriendo también. Y esta sonrisa estaba asimismo en la voz de Bertrand:

—Pero hijo, me habría tenido usted que denunciar hace mucho tiempo.

No se le podía hacer daño.

—Yo no asesino —dijo Esch torvamente.

Ahora Bertrand incluso se rió, una risa leve e inaudible, y como la mañana era tan plácida, sí, como la mañana difundía placidez, Esch fue incapaz de enfadarse, como se enfada uno, lógicamente, cuando otro se ríe de él, y olvidó que precisamente acababa de hablar de asesinato y, si el decoro lo hubiera permitido, habría coreado gustoso la leve risa de Bertrand. Se esforzó en adoptar una actitud digna, y aunque las dos ideas ya no encajaban bien entre sí o tal vez sólo dentro de otra coherencia más difícil de comprender, insistió:

—No, yo no asesino, pero usted debe liberar a Martin. Pero Bertrand, que evidentemente lo comprendía todo, pareció comprender también esto; su voz ahora más seria seguía colmada de una suave alegría, una alegría tranquilizadora:

—Pero Esch, ¿cómo se puede ser tan cobarde? ¿Acaso se necesita pretexto para cometer un asesinato?

De nuevo aparecía la palabra, aunque sólo como el ligero soplo de una oscura y silenciosa mariposa. Y Esch pensó que en realidad Bertrand no debía morir, puesto que Hentjen, de todos modos, había muerto ya. Pero se produjo luego como una clara y dulce revelación: un hombre podía morir dos veces. Y Esch, extrañado de que esta idea no se le hubiera ocurrido antes, dijo:

—Pero es usted libre de huir —y propuso tentador—: A América.

Y fue como si Bertrand no le hablase a él:

—Tú sabes muy bien, querido, que yo no huyo. Hace ya mucho tiempo que esperaba este momento.

Esch experimentó repentinamente un profundo amor hacia aquel que, estando en un nivel muy superior al suyo, dialogaba con él, un simple empleado de su empresa y huérfano además, sobre la muerte como lo haría con un amigo. Esch se alegró de haber llevado bien los libros del almacén y de haber efectuado su trabajo honesta y

fielmente. Y no se atrevió a decir que sabía todo cuanto se relacionaba con Bertrand ni se atrevió a pedir que Bertrand le matase, sino que se limitó a asentir comprensivamente con la cabeza. Bertrand dijo:

—Nadie está tan alto que pueda permitirse juzgar a otro, ni nadie está tan depravado que su alma inmortal no merezca respeto.

En aquel instante Esch comprendió la situación mejor que nunca, comprendió también que se había engañado a sí mismo y había engañado al mundo, pues le pareció como si cuanto Bertrand sabía de él refluyera de nuevo hacia él: nunca había creído que aquel hombre libertaría a Martin. Pero Bertrand, que conocía y era conocido, dijo, mientras hacía un ligero gesto despectivo con la mano:

—Y si yo hiciera realidad su tremenda esperanza y su irrealizable condición, Esch, ¿no tendríamos que avergonzarnos ambos? Usted, porque sería un banal e insignificante chantajista; yo, por haber sucumbido a semejante chantaje.

Aunque a Esch, siempre soñador despierto, no se le escapó nada, ni el gesto despectivo de la mano, ni el rasgo de ironía dibujado en la sonrisa y en la boca de Bertrand, no perdió la esperanza de que Bertrand, a pesar de todo, cumpliría la condición o al menos huiría: Esch confiaba en que así fuera, porque de pronto apareció el temor de que, con la segunda muerte del señor Hentjen, pudiera morir también el deseo por mamá Hentjen. Pero ésta era una cuestión de su vida privada, y hacer depender de ella el destino de Bertrand no le parecía menos indigno que si le hubiera extorsionado dinero, y además tampoco encajaba con la pureza de la mañana. Por eso dijo:

—No hay otra salida... Yo tengo que denunciarle a usted.

—Todo el mundo ha de realizar sus sueños, tanto el perverso como el santo —respondió Bertrand—. De no hacerlo, no se puede participar en la libertad.

Esch no le comprendió del todo y para asegurarse dijo:

—Tengo que denunciarle. Si no lo hago, cada vez será peor.

—Sí, querido, si no lo hace cada vez será peor, y queremos intentar evitarlo. Yo tengo, de los dos, la parte más fácil; me basta con huir. El forastero nunca sufre, está desligado; sólo sufre aquel que permanece atado.

Esch creyó ver de nuevo el gesto irónico en la boca de Bertrand: envuelto en esa fría maraña de lejanía corruptora, Harry Köhler tenía que hundirse dolorosamente y, sin embargo, Esch no podía enfadarse con el causante de tal desdicha. Hubiera preferido dar por terminada la cuestión, haciendo él también un gesto despectivo con la mano, pero, casi como una continuación de las palabras de Bertrand, dijo:

—Si no hubiera expiación, no existirían ni el ayer, ni el hoy, ni el mañana.

—Oh, Esch, haces que se me oprima el corazón. Esperas demasiado. Todavía no ha sido calculado el tiempo posterior a la muerte: en su comienzo siempre estuvo el nacimiento.

Esch tenía también el corazón oprimido. Esperaba que aquel hombre diera la orden de izar bandera negra en las almenas y pensó: Tiene que dejar sitio para aquel

después del cual se contará el tiempo. Pero Bertrand no parecía entristecerse por todo aquello, pues dijo en tono superficial, igual que si hiciera una observación al margen:

—Son muchos los que han de morir, muchos han de ser sacrificados, a fin de dejar sitio al redentor, al conocedor de todo, el portador del amor. Y sólo su muerte en sacrificio liberará al mundo retornándolo al estado de la nueva inocencia. Pero antes tiene que venir el Anticristo, el insensato, el sin sueños. Primero hay que dejar el mundo sin aire, vaciarlo como si se pusiera bajo una campana neumática... la nada.

Esto era evidente, como todo lo que Bertrand decía, tan evidente y familiar que la osadía de imitar su irónica expresión se convertía casi en una obligación, casi en una muestra de acuerdo:

—Sí, hay que imponer el orden, a fin de poder comenzar desde el principio.

En cuanto lo hubo dicho, sintió vergüenza; se avergonzó del tono en que había hablado y de la expresión sarcástica de su rostro; temía que Bertrand se riera otra vez de él, pues ante Bertrand se sentía totalmente desnudo, y le agradeció mucho que se limitara a puntualizar en voz baja:

—Asesinato y contraasesinato es lo que constituye este orden, Esch... El orden de la máquina.

Esch pensó: Si él me retuviera aquí, eso sería orden; todo se olvidaría y los días transcurrirían en paz y armonía; pero él me rechaza. Y él tenía que irse si Ilona iba a venir. Por eso dijo:

—Martin se ha sacrificado y nadie le ha liberado.

La mano de Bertrand se movió en un ligero gesto de desprecio y desesperanza.

—Nadie ve al otro en la oscuridad, Esch, y la claridad que fluye y refluye es sólo un sueño. Tú sabes que yo no puedo retenerte conmigo, por más que temas la soledad. También yo me he de limitar a proseguir mis negocios.

Era lógico que a Esch esto le apesadumbrase, y dijo:

—Clavado en la cruz.

Entonces Bertrand volvió a sonreír, y Esch se sintió tan rechazado por él que casi le hubiera deseado la muerte, si aquella sonrisa no hubiera sido tan amistosa, amistosa y callada como el discurso que todo lo revelaba:

—Sí, Esch, clavado en la cruz. Y atravesado por una lanza en la última soledad y confortado con vinagre. Sólo entonces pueden penetrar las tinieblas en las que el mundo debe sumergirse para que renazcan la luz y la inocencia, aquellas tinieblas en las que ningún ser humano halla el camino del otro... Y aunque caminemos juntos, no nos oímos y nos olvidamos los unos de los otros, como tú también, mi querido y último amigo, olvidarás lo que te estoy diciendo, lo olvidarás como se olvida un sueño.

Pulsó un botón y dio algunas órdenes. Luego fueron al hermoso jardín que se extendía hasta el infinito, y Bertrand le enseñó sus flores y sus caballos. Por entre las flores revoloteaban calladas mariposas oscuras y los caballos no relinchaban. Bertrand andaba con paso elástico, puesto que caminaba a través de sus dominios,

aunque Esch tenía de vez en cuando la impresión de que aquel hombre de pies ligeros andaba con muletas, pues en lo alto del cielo había un eclipse solar. Al cabo de un rato se sentaron juntos a la mesa, engalanada con objetos de plata, con vino y frutas, y eran como dos amigos que lo saben todo el uno del otro. En cuanto terminaron de comer, Esch supo que se acercaba el momento de la despedida, puesto que la noche podía llegar de improviso. Bertrand le acompañó hasta los escalones que descendían al jardín, y allí estaba esperando el gran automóvil rojo con los cojines de cuero también rojo, todavía calientes del sol del mediodía. Y cuando se rozaron sus dedos en la despedida, Esch experimentó un fuerte impulso de inclinarse y besar la mano de Bertrand. Pero el conductor del automóvil tocó el claxon con violencia y el visitante tuvo que subir rápidamente al vehículo. Apenas se puso éste en movimiento, se levantó un viento tan fuerte y cálido que pareció borrar la casa y el jardín, y el viento no cesó hasta Müllheim, donde un tren iluminado esperaba resoplando al viajero. Era el primer viaje que Esch hacía en automóvil y resultó muy agradable.

Grande es la angustia de aquel que despierta. Regresa con justificaciones mínimas y teme la fuerza de su sueño, sueño que no se ha convertido tal vez en acción, pero sí en un nuevo saber. El expulsado del sueño vaga en el sueño. Y de nada le sirve llevar una postal en el bolsillo para poder contemplarla cuando quiera; ante el tribunal sigue siendo un testigo falso.

El ser humano, con frecuencia, no se da cuenta de que su añoranza ha cambiado de fisonomía en el curso de unas horas. Tal vez lo que el viajero común pase por alto sean simplemente diferencias sutiles, meros matices, mientras la añoranza de la patria se ha ido transformando para él sin que lo advirtiera en nostalgia de la tierra prometida y, aunque en su corazón reine una confusa zozobra, por temor a la noche de la patria que espera, sus ojos están llenos de una claridad invisible, una claridad que proviene de alguna parte, no se sabe de cuál, si bien se presiente que es la claridad del otro lado del Océano, del país donde las oscuras brumas se disipan: pero en cuanto se levanta la niebla, se hacen visibles las extendidas y despejadas hileras de los campos, así como las praderas verdes cubiertas suavemente de arbustos, un país que encubre arropada una mañana tan eterna que el angustiado empieza a olvidarse de las mujeres. Es un país casi despoblado y los escasos colonos que lo habitan son extranjeros. No mantienen ningún tipo de relación entre sí, cada uno vive solitario en su castillo. Se ocupan de sus negocios, cultivan los campos, siembran y escardan. El brazo de la justicia no puede alcanzarles, porque no necesitan ni derecho ni leyes. Viajan en sus automóviles por las estepas y por zonas vírgenes que aún no han sido jamás cruzadas por carreteras, y su única guía es su irrealizable añoranza. Incluso cuando los colonos se han establecido, se sienten extranjeros; su añoranza es un dolor de lejanía, de una lejanía cuya luminosidad va aumentando sin llegar a ser jamás alcanzable. Y lo más sorprendente es que son hombres occidentales, es decir, unos

hombres cuya mirada está vuelta hacia el ocaso, como si allá no se irguiera la noche sino la puerta de la luz. No se sabe si buscan esa luminosidad con tanto afán porque piensan con agudeza y realismo o porque temen la oscuridad. Sólo se sabe que se instalan en los lugares donde hay poco bosque o que lo talan para convertirlo en un parque rebosante de luz; pues, aunque les gusta el frescor de la fronda, dicen que deben preservar a sus hijos de su terrible oscuridad. Sea esto cierto o no, indica al menos que los colonos no poseen aquel temperamento arisco con que uno se imagina a los colonos y pioneros, sino que se parecen a las mujeres, y su nostalgia corresponde a la nostalgia que experimentan las mujeres, nostalgia que aparentemente se refiere al hombre amado, pero que en realidad afecta a la tierra prometida adonde él debe conducir las sacándolas de las tinieblas. Pero uno ha de ser precavido con tales manifestaciones, porque los colonos se ofenden con facilidad y entonces se encierran aún más en su soledad. En cambio en las estepas, en los campos cubiertos de hierba, coronados por infinitas colinas y regados por frescos ríos, zonas que ellos prefieren, están alegres, si bien son demasiado tímidos como para ponerse a cantar. Así es la vida de los colonos, vuelta de espaldas al dolor, vida que buscan al otro lado del océano. Mueren fácilmente, juvenilmente, aunque sus cabellos ya sean grises, pues su nostalgia es una constante despedida. Son orgullosos como lo era Moisés a la vista de la tierra prometida, él sólo dentro de la añoranza de Dios, él sólo excluido. Y con frecuencia se observa en sus manos el mismo gesto de desesperanza, teñido de cierto desprecio, que hiciera Moisés en la montaña. Pues la patria del pueblo se extiende irrecuperable detrás de ellos, frente a ellos la lejanía inalcanzable, y el hombre, cuya nostalgia ha cambiado sin que él mismo lo sepa, se siente a veces como quien ha aturdido sus males, pero sin poder nunca olvidarlos del todo. Esperanza inútil. Pues ¿quién podría diferenciar el extravío del huérfano del avance hacia delante por los campos dichosos? Aunque disminuya el dolor por lo irreparable, al introducirse más y más en la tierra prometida, aunque muchas cosas se disuelvan y se pierdan en la luminosidad creciente, y el dolor esté cada vez más desligado de todo, sea más luminoso, incluso tal vez invisible, a pesar de ello no desaparece por completo, como no desaparece la nostalgia del hombre, en cuyo sonambulismo expira el mundo, desmoronándose en el recuerdo de la noche de su mujer, nostálgica y maternal, para ser al fin sólo un aliento doloroso del pasado. Vana esperanza, altanería que con frecuencia carece de fundamento. Por eso muchos colonos, aunque parezcan alegres y serenos, tienen remordimientos y están más dispuestos a la expiación que muchos otros hombres más pecadores que ellos. Ciertamente no resulta increíble que incluso haya algunos que no puedan seguir soportando la claridad y la armonía a las que se han entregado y, aun pudiendo uno creer que su incoercible dolor de lejanía ha aumentado tanto que necesariamente tendrá que volver al polo opuesto o quizá al origen, por eso precisamente no es menos increíble que uno pueda ver colonos que sollozan tapándose la cara con las manos, como si sufrieran añoranza de la patria.

Así pues, Esch, a medida que se acercaba a la ciudad de Mannheim en aquella mañana gris y neblinosa, iba sumergiéndose en una angustia más y más dolorosa, y apenas sabía ya si el tren le llevaba directamente a la taberna de Colonia o si mamá Hentjen, a fin de concebir un hijo de él, le esperaría con impaciencia en Mannheim. Le decepcionó encontrar simplemente una carta, carta que él había esperado, pero que hubiera preferido no leer. Y más todavía al pensar que la cochina carta había sido escrita debajo del retrato del señor Hentjen. Tal vez por esta razón, o debido quizá también a su angustia, la mano de Esch temblaba cuando, pese a todo, abrió la carta.

Apenas se había fijado en Erna, ni tampoco había concedido ninguna atención a su expresión ofendida; se fue inmediatamente a la ciudad, pues sabía que debía presentar denuncia en la jefatura de policía. Pero, por una extraña casualidad, se encontró primero frente al comercio de Lohberg; le saludó, y ahora se planteó la cuestión de si debía regresar al puerto. Pero no le apetecía, y hubiera preferido dirigirse a la cárcel, aunque sabía perfectamente que no dejaban entrar más que por las tardes. Remotamente empezó a aparecer la soledad y acabó por hallarse ante el monumento dedicado a Schiller, y habría estado contento si hubiera encontrado junto a él la torre Eiffel y la estatua de la libertad. Tal vez era simplemente la consecuencia de la diferencia de dimensiones: el monumento, en su tamaño natural, no le decía nada, ahora era completamente incapaz de imaginar siquiera el local de mamá Hentjen. De este modo dejó pasar ocioso la mañana, luchando con su memoria; efectivamente él quería presentar una denuncia en la policía, pero no sabía cómo formular el contenido. Por fin, con una sensación de inmenso alivio, abandonó el proyecto, cuando se le ocurrió que la policía de Mannheim, que había metido en la cárcel a Martin, no era digna de recibir tal denuncia, mientras que él, de todos modos, seguía debiendo a Colonia un sustituto por Nentwig. Se enfureció: podía habersele ocurrido antes, pero ahora todo estaba claro, y almorzó con buen apetito en compañía de Lohberg.

Después se dirigió a la penitenciaría. De nuevo el día volvía a ser caluroso, de nuevo se encontró sentado en el locutorio —¿había salido uno nunca de él?—, todo permanecía exactamente igual y nada mediaba entre las dos visitas: de nuevo entró Martin acompañado del carcelero, de nuevo sintió Esch el torturante vacío en su cabeza, de nuevo resultó inexplicable el porqué estaba él sentado en aquella sala de un edificio estatal, inexplicable, pese a que ocurría para un determinado y largamente premeditado fin. Por suerte notó en el bolsillo los cigarrillos que esta vez, desde luego, entregaría con disimulo a Martin, para que al menos la visita saldara una vieja cuenta pendiente. Pero esto era un pretexto, sí, un pretexto, pensó Esch, y luego pensó: quien no tiene cabeza ha de tener pies. Todo resultaba molesto, y cuando estuvieron sentados los tres en torno a la mesa, le irritó especialmente la irónica amabilidad de Martin... le advertía de algo que él se negaba a admitir.

—¿Ya estás de vuelta de la cura, August? Tienes realmente muy buen aspecto. ¿Has visto a todos tus antiguos conocidos?

Esch no mintió al decir:

—No he visto a nadie.

—¡Vaya! ¿No estuviste, pues, en Badenweiler? Esch no pudo responder.

—Esch, ¿has cometido alguna tontería?

Esch continuó callado y Martin se puso serio:

—Si has hecho algo, tú y yo hemos terminado. Esch dijo:

—Todo es muy extraño. ¿Qué podía hacer yo? A lo que Martin respondió:

—¡Pues hay algo que no marcha! ¿Tienes la conciencia tranquila?

—Sí, tengo la conciencia tranquila.

Martin le seguía observando inquisitivamente, y Esch se acordó forzosamente de aquel día en que Martin le siguió por la calle como si quisiera agredirle por la espalda con su muleta. Pero Martin recobró su amabilidad y preguntó:

—¿Y qué haces todavía en Mannheim?

—Lohberg se va a casar con Erna Korn.

—Ah, Lohberg... Me acuerdo de él, el comerciante de tabacos. ¿Y por eso te quedas aquí?

La mirada de Martin volvía a ser desconfiada.

—De todos modos me marcharé hoy... A lo más tardar, mañana.

—¿Y qué piensas hacer?

Esch hubiera querido estar lo más lejos posible.

—Me iré a América —dijo.

Martin sonrió con aquella expresión de niño envejecido:

—Sí, sí, tienes esta idea desde hace tiempo... ¿O es que ahora hay algún motivo especial que te impulse a irte?

No, simplemente ahora creía tener allí buenas perspectivas.

—Bueno, Esch, espero volver a verte antes. Es preferible tener allí buenas perspectivas a que algo te obligara a irte de aquí... Pero si fuera por alguna otra razón ¡no me verías nunca más, Esch!

Estas últimas palabras sonaron como una amenaza, y en la calurosa y poco ventilada sala cayó de nuevo el silencio sobre los tres hombres sentados en torno a la mesa manchada de tinta. Esch se puso de pie y dijo que debía darse prisa si quería alcanzar el tren, y cuando Martin, al despedirse, le miró nuevamente inquisidor y desconfiado, Esch le deslizó los cigarrillos en la mano, mientras el guardián uniformado fingía no verlo, o realmente no lo veía. Después Martin se hizo conducir otra vez hacia su celda.

Camino de la ciudad, Esch sentía resonar en sus oídos la amenaza de Martin, y tal vez dicha amenaza se acababa ya de realizar, puesto que de repente no pudo continuar imaginándose a Martin, ni su forma de cojear, ni su sonrisa, ni que el lisiado pudiera entrar nunca más en la taberna. Se había convertido en un extraño.

Esch caminaba a grandes e irregulares pasos, como si tuviera que agrandar lo más rápidamente posible la distancia entre él y la cárcel, la distancia existente entre él y todo cuanto quedaba a sus espaldas. No, aquel tipo no le seguiría nunca más para clavarle la muleta por la espalda; ni el uno perseguirá al otro ni él podría alejarlo de sí; cada cual está condenado a seguir su propio camino solitario, ajeno a toda comunicación con los demás: se trata de desligarse de la enmarañada red del pasado para evitar el sufrimiento. Sólo es necesario caminar lo suficientemente aprisa. La amenaza de Martin iba perdiendo curiosamente consistencia, era como una humilde copia terrenal de un estado de cosas más elevado en el que uno tomaba parte desde hacía mucho tiempo. Y aunque uno dejase atrás a Martin, aunque uno, por así decirlo, sacrificara a Martin, esto era también una reproducción terrenal de un holocausto más elevado, reproducción necesaria para abolir definitivamente el pasado. Ciertamente las calles de Mannheim continuaban siendo familiares, pero conducían a lo desconocido, a la libertad; se avanzaba a un nivel superior y, cuando llegara al día siguiente a Colonia, ya no estaría sometido a la ciudad ni a su imagen, la encontraría dócil y humilde, obediente a todos los cambios. Esch hizo un gesto despectivo con la mano y logró al mismo tiempo esbozar una mueca de ironía.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que cruzó la puerta de la vivienda de Korn sin darse cuenta; hasta que llegó a la puerta de la buhardilla, no notó que había subido demasiado y tuvo que descender un piso. Y se asustó cuando le abrió la señorita Erna. Se había olvidado completamente de ella y ahora ella estaba allí, miraba por la puerta entreabierta, lucía su sonrisa amarilla y reclamaba su parte. Era como la encarnación del demonio del pasado que bloqueaba el portal de la nostalgia, careta de lo terrenal, más invencible y sarcástica que nunca, exigiendo que uno descendiera eternamente hasta la maraña de lo que había sido. Y no representaba ninguna ayuda el tener la conciencia tranquila, no servía de nada ser libre de, en todo momento, proseguir el viaje hacia Colonia y hacia América; durante un instante, lo que dura un latido de corazón, pareció incluso como si Martin le hubiera atrapado, como si fuera la venganza de Martin la que le rebajase y le empujase hacia la señorita Erna. La señorita Erna, en cambio, parecía saber que no había escapatoria para él, pues sonreía con el mismo aire de suficiencia con que sonreía Martin, como si poseyera un conocimiento secreto de una atadura terrenal confusa todavía, pero amenazadora e inevitable, y de máxima importancia. Él observó inquisitivamente el rostro de la señorita Erna: era el rostro marchito de un Anticristo y no contenía respuesta alguna. «¿Cuándo va a venir Lohberg?» Esch formuló la pregunta sin ningún preámbulo, como con la vaga esperanza de hallar en ello una solución; y cuando la señorita Erna dio a entender con astucia que intencionadamente no había avisado a su prometido, esto le pareció a Esch un privilegio excitante, pero, al mismo tiempo, molesto. Sin mirar siquiera la expresión de enfado de la señorita Erna, salió de la casa y se fue a ver a Lohberg para invitarle a cenar.

Y fue realmente tranquilizador encontrarse con aquel idiota, tan tranquilizador

que Esch se lo llevó enseguida y no sólo compró toda clase de manjares, sino también dos ramos de flores, y le puso a Lohberg uno en la mano. No es de extrañar que la señorita Erna, al verlos, juntara las manos y exclamara: «¡Eso sí que son dos caballeros!». Esch repuso muy ufano: «La fiesta de despedida», y, mientras ella preparaba la mesa, se sentó en el sofá junto a su amigo Lohberg y cantó «Tengo que dejar la pequeña ciudad», lo que le valió por parte de la señorita Erna una serie de miradas tristes y desaprobadoras. Sí, tal vez fuera realmente una fiesta de despedida, una fiesta de ruptura con aquella comunidad terrenal, y le hubiera gustado prohibir a Erna que colocara en la mesa un cubierto para Ilona. Pues Ilona debería ser igualmente liberada y encontrarse ya en la meta. Y este deseo era tan poderoso que Esch esperó con absoluta seriedad que Ilona no aparecería, que no aparecería nunca más. Y por añadidura le producía cierto regocijo la decepción de Korn.

Korn, en efecto, se sintió decepcionado; su decepción se manifestaba sin más en obscenas imprecaciones contra el prototipo de mujer húngara, así como en la apremiante impaciencia con que exigía la comida. Al propio tiempo movía su ancha mole con extraña agilidad por toda la habitación; se volvía hacia la botella de licor, se volvía hacia la mesa de la que cogía con sus gordos dedos algún trozo de salchicha, y como Erna se lo prohibiera, se volvió hacia Lohberg y lo amenazó con el puño para que se levantara del sofá, que reclamaba para sí como su sitio habitual. El ruido que causaba aquel hombre era extraordinario; su cuerpo y su voz llenaban la estancia cada vez más, la llenaban hasta los bordes; todo lo terrenal y lo carnal de la conducta de Korn, hambrienta y desmesurada, fluía por la habitación y salía incluso fuera de ella amenazando con llenar el mundo; brotaban lo pasado y lo inmutable empujando a un lado todo lo demás y ahogando la esperanza; la oscuridad empezaba a reinar en el elevado e iluminado escenario; tal vez ni siquiera existía. «Y bien, Lohberg, ¿dónde está ahora vuestro reino de la redención?», gritó Esch, como si con ello pudiera acallar su espanto, y gritó de rabia, porque ni Lohberg ni nadie podía darle una respuesta: ¿por qué debía descender Ilona hasta entrar en contacto con lo terrenal y muerto? Pero Korn, sentado sobre sus anchas posaderas, ordenó con voz estentórea: «¡Traed comida!». «¡No!», protestó Esch a gritos, «¡hay que esperar a que llegue Ilona!» Pues, aunque casi tenía miedo de volver a ver a Ilona, ahora todo estaba en entredicho y de repente Esch deseó con impaciencia que Ilona llegara, en cierto modo como piedra de toque de la verdad.

Ilona entró. Apenas se fijó en los presentes, sino que, obedeciendo a una seña de Korn, que masticaba en silencio, se sentó a su lado en el sofá y, cumpliendo también una silenciosa orden, le pasó con desgana su suave brazo por encima del hombro. Por lo demás, se dedicó a mirar los sabrosos manjares que le darían de comer. Erna, que lo veía todo, dijo:

«Si yo fuera tú, Ilona, apartaría la mano de Balthasar mientras estuviéramos comiendo». Sus palabras cayeron en el vacío, pues Ilona, evidentemente, aún no comprendía bien el alemán y, además, desconocía los sacrificios que por ella se

habían hecho. Desposeída de todo idioma, apenas si podía llamársela comensal en la mesa de los atados a la carne, antes bien una visitante en la cárcel de lo terrenal o una prisionera voluntaria. Y Erna, que hoy parecía saber muchas cosas, no siguió mencionando asuntos terrenales, y fue como un testimonio de una comprensión remota el que tomara el ramo de flores de la mesa y lo sostuviera bajo la nariz de Ilona: «Huele, Ilona», le dijo, e Ilona dijo: «Sí, gracias», y las palabras sonaron como procedentes de una lejanía a la que aquel Korn mastiqueante nunca podría llegar, como si vinieran de un estrato superior al que ella podría acceder si uno se mantenía en el sacrificio. Esch se animaba con facilidad. Cada cual debe realizar sus sueños, los perversos y los santos por igual: entonces participará de la libertad. Y por más que fuera una lástima el que aquel dechado de virtudes se llevara a Erna y el que Ilona jamás pudiera presentir que se iba a echar la última raya de una cuenta, fue, no obstante, una conclusión y un cambio, una prueba testimonial y un nuevo conocimiento, que Esch se levantara y bebiera a la salud del grupo y dijera unas breves palabras de felicitación para los novios; todos se sorprendieron, excepto Ilona, a quien, en realidad, iba dirigido. Pero como, de suyo, respondía al deseo de todos, se sintieron agradecidos, y Lohberg le estrechó varias veces las manos con los ojos húmedos. Después, obedeciendo una orden suya, los novios se dieron el beso de prometidos.

Pese a todo, a Esch no le pareció definitivo cuanto acababa de suceder y, cuando todo terminó y Korn se había retirado ya en compañía de Ilona, y la señorita Erna se disponía a ponerse las agujas del sombrero para ir con Esch a acompañar hasta su casa a su prometido, Esch se opuso: no, no le parecía correcto que él, un hombre soltero, pasara la noche en casa de la novia de Lohberg; él estaría dispuesto a hospedarse hoy en casa del señor Lohberg o a cambiar con él de habitación, posibilidad esta última que debían tener en cuenta ya que, como recién prometidos, tendrían muchas cosas que decirse. Y con estas palabras los empujó a los dos dentro de la habitación de Erna, y él se fue a la suya.

De este modo terminó el día de su primera liberación y empezó la primera noche de su extraordinaria y desagradable renuncia.

EL INSOMNE

Aquel que sin poder conciliar el sueño apaga con las blandas y húmedas yemas de los dedos la vela que tiene junto a su cama y espera en su cuarto, en el que se está fresco ahora, el sueño reparador, vive hacia la muerte a cada latido de su corazón, pues cuanto más insólitamente se ha expandido el frescor por la habitación en torno a él tanto más ardiente y premioso es el tiempo en el interior de su cerebro, tan premioso que principio y final, origen y muerte, ayer y mañana se derrumban y funden en un solitario y único ahora y lo llenan hasta el borde y casi lo hacen estallar.

Esch se preguntó por un instante si Lohberg, a fin de cuentas, vendría a buscarle para ir juntos a su casa. Pero con una mueca de ironía decidió que podía irse a dormir y, sonriendo aún socarronamente, empezó a desnudarse. A la luz de la vela releyó la carta de mamá Hentjen; las explicaciones referentes a la taberna eran excesivamente largas y también muy aburridas; había, en cambio, un párrafo que le producía especial alegría: «Y no olvides, mi querido August, que tú eres y serás mi único amor en este mundo, sin el cual yo no podría vivir, y por tanto habré de llevarte conmigo, querido August, hasta la fría tumba». Sí, le alegraba leer esto, y ahora, a causa de mamá Hentjen, se sintió todavía más satisfecho de haber enviado y entregado Lohberg a Erna. Luego se humedeció las yemas de los dedos, apagó la vela y se tendió cuan largo era.

Una noche de insomnio comienza con pensamientos banales; es algo parecido a lo que ocurre con un prestidigitador, que primero ejecuta una serie de ejercicios fáciles, antes de pasar a otros que quitan el aliento. Envuelto en la oscuridad, Esch no pudo evitar una nueva sonrisa socarrona ante la idea de que Lohberg se deslizaría por debajo de las sábanas hasta Erna y de que ésta le recibiría con su risita de conejo, y se alegró de no tener que estar celoso de aquel campeón de la virtud. Evidentemente su deseo de acostarse con Erna había desaparecido ahora por sí solo, y estaba muy bien que así fuera. Y en realidad él piensa en lo que ocurre en la otra habitación sólo para constatar que le deja totalmente indiferente; no le produce ni frío ni calor que Erna acaricie con sus manos el pobre cuerpo de aquel idiota, ni que ella soporte junto a sí a un tal engendro, y le da absolutamente igual qué tipo de impresiones o imágenes fálicas —Esch empleó en realidad otra expresión— pudiera ella barajar en su mente. Era tan simple imaginarse todo esto, que casi parecía no tener consistencia, y, además, tratándose del casto José, uno no estaba ni siquiera seguro de que las cosas ocurrieran realmente de este modo. ¡Qué fácil sería vivir si estas mismas cosas le dejaran indiferente cuando se trataba de mamá Hentjen...! Pero sólo el roce de este pensamiento resultaba tan doloroso que Esch se estremeció, de modo parecido a como se estremecía mamá Hentjen en determinadas ocasiones. Y gustosamente habría vuelto a pensar en Erna, si algo no se hubiera interpuesto en el camino de sus pensamientos, algo invisible de lo cual él únicamente sabe que es lo amenazador, lo inevitable de la tarde precedente. Por eso prefiere pensar en Ilona, pues en este caso el que se establezca el orden depende exclusivamente de que él extirpe de su memoria el recuerdo de los cuchillos silbantes. Quiere pensar en ello como ejercicio previo a otras tareas mucho más difíciles, pero no lo consigue. Cuando finalmente se imagina, en contra de su voluntad y con rabia, que ella se está abandonando, lánguida y suave, a Korn, ese pedazo de animal muerto, sin consideración hacia sí misma, de la misma suerte que permanece erguida y sonriente entre los cuchillos esperando que uno le dé en el corazón, oh, entonces descubre repentinamente la solución de todo el enigma: es un suicidio lo que ella realiza de esta manera tan extrañamente complicada y femenina, suicidio que la arrastra hasta el contacto con lo terrenal. ¡De

eso tiene que ser liberada! ¡Solución del problema, que constituye un nuevo problema! En verdad, si aquella amenaza no cerrase el camino, uno apartaría sencillamente a Ilona a un lado, se acercaría a Erna, cogería a Lohberg por el cuello de la camisa y lo lanzaría sin contemplaciones por el aire. Después de esto uno podría dormir tranquilo y sin pesadillas. Pero en este preciso momento en que está imaginando cuán apacible sería el mundo y en que ha vuelto a encontrar en sí mismo el más elemental deseo de poseer una mujer, al insomne se le ocurre repentinamente una idea que es, a un tiempo, un poco divertida y un poco terrible: él no podía volver a Erna, porque ahora ya no quedaría claro quién era el padre del niño. ¡Este era el ligamen inexplicable, profundo y terrenal! ¡Este era el muro amenazador que hoy le había hecho retroceder asustado ante Erna! La cuenta podía ser exacta; pues un hombre se había marchado para dejar sitio a otro, tras el cual el tiempo empieza a contar, y probablemente era también justo que el padre de un redentor fuera un casto José. El insomne intenta de nuevo esbozar su mueca irónica, pero ahora ya no lo consigue; sus párpados están demasiado cerrados y nadie puede reír en la oscuridad. Porque la noche es el tiempo de la libertad y la risa es la venganza del esclavo. ¡Oh, sí! Era justo que él yaciera ahora en su cama, insomne y expectante, con una excitación fría y extraña que ya no era fruto del deseo; yacía como un muerto aparente en su tumba, puesto que el otro yacía insomne y rígido en la suya. No obstante, ¿cómo podía uno admitir que aquel otro hubiera sido sacrificado para que germinara una nueva vida en el receptáculo mezquino y terrenal que se llamaba señorita Erna? El insomne profiere maldiciones como suelen hacer todos los insomnes, pero mientras maldice y blasfema, se le ocurre que, no obstante, aquello no concordaba, si la mágica hora de la muerte ha de coincidir con la hora de la procreación. No es posible estar al mismo tiempo en Badenweiler y en Mannheim; había sacado una conclusión precipitada y prematura, pues todo era sin lugar a dudas más complicado y más digno.

La habitación, sumida en la oscuridad, estaba llena de frescor. Esch, hombre de comportamiento impetuoso, yacía inmóvil en la cama, su corazón martilleaba el tiempo hasta reducirlo a una nada sutil, y no veía ningún motivo por el cual debiera uno aplazar la muerte hacia un futuro que, de todos modos, era ya presente. Al que está desvelado puede parecerle esto ilógico, pero es porque olvida que él mismo, la mayoría de las veces, se encuentra en una especie de letargo y que únicamente en estado de insomnio, expectante, se piensa con lógica. El insomne mantiene los ojos cerrados como si no quisiera ver las frías tinieblas del nicho en que yace, como si temiera que el insomnio pudiera transformarse en un vulgar estar despierto ante las cortinas que cuelgan ante la ventana como faldas de mujer, ante todos los objetos que se liberarían de las tinieblas en cuanto él abriera los ojos. Pero él quiere permanecer insomne y no despierto, de lo contrario no podría yacer aquí en la tumba, separado del mundo y bajo amparo, junto a mamá Hentjen, lleno de deseo, pero de un deseo que ha dejado de ser carnal: sí, le habían robado el deseo y también esto era justo.

Unido a la muerte, piensa el insomne, aparentemente asesinado, sí, unido a la muerte, pensamiento que, en realidad, sería tranquilizador si uno no tuviera forzosamente que pensar en Erna y en Lohberg, los cuales ahora también estarían unidos en la muerte de alguna manera. ¡Pero de qué manera! El insomne ya no tiene ganas de hacer chistes cínicos, él quiere, por así decirlo, dejar que actúe sobre él el contenido metafísico de los acontecimientos y quiere valorar en su justa medida la enorme, extraordinaria distancia que separa el lugar donde se encuentra de las restantes habitaciones de la casa, quiere reflexionar con toda seriedad sobre la alcanzable comunidad del mundo, sobre la realización del sueño que debe conducir a la plenitud; y como no comprende nada de todo esto, se entristece y se pone de mal humor, se enfurece y sólo piensa en cómo es posible que pueda surgir lo vivo de lo muerto. El insomne acaricia con la mano su pelo corto y tieso; le queda en la mano una sensación de picazón y de frescura; es como un experimento peligroso, que no habrá de repetir.

Y mientras va progresando de este modo en ejercicios cada vez más difíciles y más dignos, va en aumento su cólera, y tal vez sea la cólera de un deseo que ha perdido su fuerza, de un deseo sin apetencias. Ilona comete un suicidio de manera extrañamente complicada y femenina, absorbiendo noche tras noche un fragmento de muerte, de suerte que el rostro de Ilona está hinchado como si la hubiera rozado ya la putrefacción. Y cada noche, al irse grabando en ella las imágenes lascivas, ha de aumentar forzosamente esa hinchazón. ¡Era por eso que hoy había tenido tanto miedo de ver a Ilona! Todo el saber del insomne se convierte en lúcido sueño anticipado de la muerte, y él advierte que mamá Hentjen está ya muerta, que ella, la muerta, no puede tener un hijo de él, que ella, precisamente por eso, en lugar de venir a Mannheim, sólo había podido escribir una carta, una carta escrita debajo del retrato de aquél por quien se había dejado matar, porque ella había consentido, exactamente igual que Ilona permitía que la matara el bestia de Korn. También las mejillas de mamá Hentjen están carcomidas, el tiempo y la agonía de la muerte se reflejan en su rostro y el amor de sus noches está muerto, está muerto como la pianola que exhala un runruneo metálico en cuanto uno lo manipula. Y Esch se enfurece cada vez más.

El insomne ignora que su cama se encuentra en un lugar determinado, dentro de una casa real de una calle concreta, y rechaza todo cuanto pueda hacérselo recordar. Es sabido que los insomnes se encolerizan con facilidad por cualquier cosa; el ruido de las ruedas de un tranvía solitario por la calle basta para ponerles furiosos. ¡Cuánto más violento será por consiguiente su enfado ante una contradicción, si ésta es tan grande y terrible que apenas puede compararse a un error de contabilidad! El insomne acosa con febril celeridad sus propios pensamientos, para encontrar un sentido al interrogante que se cierne sobre él procedente de alguna parte, de muy lejos, de América tal vez. Siente que en su cabeza existe una región que es América, una región que es simplemente el sitio del futuro en su cerebro y que, no obstante, no puede existir, mientras el pasado continúe precipitándose desenfrenadamente en el

futuro, el mundo de la nada en el mundo nuevo. Él mismo es arrastrado por este cataclismo de destrucción, pero no en solitario, sino que cuantos le rodean son barridos juntamente con él por el glacial huracán, y todos siguen a aquel que se ha arrojado el primero a esta tempestad, aniquilados a fin de que el tiempo vuelva a ser tiempo. En este momento no existía el tiempo, sólo un espacio extraordinariamente grande: el insomne, el expectante, oye todas las agonías, y aunque mantiene fuertemente cerrados los párpados para no ver, sabe que la muerte es siempre un asesinato.

Ahora volvía de nuevo la palabra, pero no revoloteando con suavidad como una mariposa, sino chirriando como un tranvía que circula de noche por la calle; la palabra «asesino» estaba ahí y gritaba. El muerto transmite la muerte. Nadie tiene derecho a sobrevivir. Como si la muerte fuera un niño, mamá Hentjen lo había recibido del difunto sastre, e Ilona la recibe de Korn. Tal vez Korn sea también un muerto; está cebado como mamá Hentjen y no sabe nada de la redención. Y si no está muerto, morirá —pequeña esperanza que le hace feliz—, morirá como el sastre, después de haber perpetrado el asesinato. Asesinato y contraasesinato, rasgo tras rasgo, el pasado y el futuro se precipitan mezclados hacia el seno del instante mortal que es el presente. Esto exige una reflexión muy profunda y seria, pues de lo contrario se infiltraría inmediatamente un error de contabilidad. ¡Qué difícil es, por encima de toda medida, distinguir un sacrificio de un asesinato! ¿Tendrá que destruirse todo, antes de que el mundo pueda ser redimido y conducido al estado de inocencia? ¿Tendrá que estallar de nuevo el diluvio universal? ¿No sería suficiente que se sacrificara uno solo, que uno solo dejara sitio? El insomne vive todavía, aunque, como todos los que padecen insomnio, está aparentemente muerto; Ilona vive aún, pese a que ha rozado ya la muerte; sólo uno lleva sobre sí el peso del sacrificio en aras de una nueva vida y del orden que hay que restablecer en un mundo en el que no se permitirá lanzar cuchillos. El sacrificio no podía continuar constando como no ocurrido. Y como en el estado de insomne expectación se descubren todos los conocimientos abstractos y de validez universal, Esch llegó a la siguiente conclusión: los muertos son los asesinos de las mujeres. Pero él no estaba muerto y a él le correspondía salvar a Ilona.

De nuevo siente en su interior un imperioso deseo de recibir la muerte de manos de mamá Hentjen, y también le asalta la duda de si esto no ha sucedido ya. Si él se somete a la muerte que viene de los muertos, reconciliará a los muertos y éstos se aplacarán ante tal sacrificio. ¡Este pensamiento sí puede llegar a ser consolador! Y como el insomne puede sentirse poseído de una cólera más irresistible que aquel que vela en estado de somnolencia, experimenta también la felicidad mucho más embriagadoramente, casi podría decirse que la experimenta con una facilidad salvaje. Sí, esta sensación vaporosa y libre de trabas, esta sensación de felicidad puede llegar a ser tan diáfana que la oscuridad empieza a iluminarse bajo sus párpados cerrados. Pues ahora ya no cabía ninguna duda de que él, hombre viviente con quien las

mujeres podían engendrar un hijo, si se entregaba a mamá Hentjen y a su muerte, llevaría a término, mediante esta medida fuera de lo común, no sólo la redención de Ilona, al liberarla para siempre de los cuchillos, al hacerle recobrar su belleza apartándola de la muerte y devolviéndole una nueva virginidad, sino que necesariamente salvaría también de igual modo a mamá Hentjen de la muerte, haciendo que su seno recuperara la vida a fin de poder engendrar a aquel que reedificará el tiempo.

Entonces le parece que llega desde la más remota lejanía metido en su cama, y que está de nuevo en un lugar determinado y en una alcoba concreta, y el insomne, renacido dentro de un ansia nueva, sabe que ha llegado a la meta, no a aquella meta definitiva y última en que el símbolo y el arquetipo constituyen una nueva unidad, sino en aquella otra meta transitoria con la que lo terrenal debe conformarse, meta que él llama amor y que se erige frente a lo inalcanzable como el último baluarte accesible de la costa. Igualmente, en contraposición al símbolo y al arquetipo, las mujeres están extrañamente unidas y, no obstante, separadas; desde luego mamá Hentjen está en Colonia esperándole, él lo sabe perfectamente, y por supuesto Ilona se ha alejado hacia lo inaccesible e invisible, y él sabe que nunca la volverá a ver, pero allá lejos, en aquel horizonte donde se funden lo visible con lo invisible, lo alcanzable con lo inalcanzable, allá caminan errantes las dos, y ambas siluetas se confunden entre sí fundiéndose en una sola, y aunque en algún momento lleguen a desligarse, permanecen siempre unidas en una esperanza jamás realizada: si él abraza a mamá Hentjen con un amor perfecto y toma sobre sí su vida como si fuera la propia, liberándola a ella, la muerta, para despertarla, si toma entre sus brazos amorosamente a esta mujer que se está marchitando, extraerá todo el peso del envejecimiento y del recuerdo del cuerpo de Ilona, y alcanzará de este modo el grado más alto de su anhelo a través de la nueva y virginal belleza de Ilona; las dos mujeres, así separadas y no obstante unidas, eran imagen refleja del Uno, de aquel ente invisible hacia el cual no se tiene derecho a volver la mirada y que sin embargo es la patria.

El insomne ha llegado a la meta. Si bien en su estado de sobreexcitación conocía ya de antemano la solución, comprende que él simplemente ha tendido un hilo lógico en torno a ella, y sólo debe permanecer insomne en tanto ese hilo sutil pueda alargarse más; pero ahora se permite atar el último cabo, y parece como si hubiera hallado solución a un intrincado trabajo de contabilidad e incluso parece que sea algo más que un trabajo de contabilidad: ha asumido la verdadera misión del amor con la perfecta decisión que este encierra al someter su vida terrenal a mamá Hentjen. Le hubiera gustado hacer partícipe de este resultado a Ilona, pero tenía que renunciar a esta satisfacción debido al defectuoso dominio que ella tenía del idioma alemán.

El insomne abre los ojos, reconoce su habitación y finalmente se duerme satisfecho.

Se había decidido por mamá Hentjen. Definitivamente. Esch no miraba hacia fuera por la ventanilla. Y al concentrar sus pensamientos en el amor perfecto y sin condiciones realizaba una especie de experimento atrevido: amigos y clientes estarían empujando el codo en el local brillantemente iluminado; él entraría y, sin tener en cuenta los numerosos testigos, mamá Hentjen correría a su encuentro y se echaría en sus brazos. Pero cuando llegó a Colonia, estas imágenes se enturbiaron extrañamente; aquélla no era la ciudad que él conocía, y el camino a través de las calles, a la caída de la tarde, se extendía extraño e interminable ante él. Resultaba incomprensible que hubiera estado fuera únicamente seis días. El tiempo había dejado de existir y la casa que le abría sus puertas era indefinible, la estancia también era indefinible en su borrosa amplitud. Esch se quedó de pie en la puerta, mirando hacia mamá Hentjen. Ésta ocupaba su trono detrás del mostrador. Encima del espejo brillaba una luz bajo una pantalla multicolor, el silencio flotaba en el aire y en aquel recinto sombrío no había un solo cliente. No ocurría nada. ¿Por qué había venido aquí? Mamá Hentjen no se movió de detrás del mostrador y finalmente, con aquel tono de indiferencia tan propio de ella, dijo «Buenos días», mientras recorría el local con tímida mirada. A él le invadió una profunda cólera, y de pronto no comprendió por qué se había decidido por aquella mujer. Por tanto dijo a su vez simplemente «Buenos días», ya que, si bien él de alguna manera aprobaba la orgullosa frialdad de ella y sabía, además, que a él no le correspondía pagarle con la misma moneda, estaba no obstante furioso: aquel que lleva en su corazón la resolución del amor absoluto tiene, al menos, derecho a una paridad; dijo en tono triunfante: «Gracias por tu carta». Ella recorrió de nuevo el local con la mirada y repuso enfadada: «¿Y si alguien lo oye?». Esch, totalmente fuera de sí, dijo: «Bueno, ¿y qué? ¡Deja de una vez esos secretos absurdos!». Lo dijo sin ton ni son y sin pretender nada, pues el local estaba vacío y ni él mismo sabía por qué estaba allí. Mamá Hentjen guardó silencio asustada, e hizo como si se arreglara el peinado. Desde que lo había acompañado a la estación, sentía un gran remordimiento y también temor de haber ido demasiado lejos, de haberse entregado demasiado, y precisamente desde que había enviado a Mannheim aquella irreflexiva carta, a mamá Hentjen le había entrado verdadero pánico; le habría agradecido a Esch que no mencionara la carta. Pero ahora que él, con expresión adusta e implacable, insistía en sus derechos, ella se sintió otra vez apresada entre gruesas cadenas de hierro y totalmente indefensa. Esch dijo: «También me puedo marchar», y ahora ella hubiera salido realmente de detrás del mostrador, de no haber entrado en aquel preciso momento los primeros clientes. Así pues permanecieron quietos los dos en silencio, después mamá Hentjen, recalcando claramente con su tono despectivo que sólo lo decía para poner fin a aquella escena, susurró: «Ven esta noche». Esch no contestó; se limitó a tomar asiento en una de las mesas frente a un vaso de vino. Se sentía desamparado, huérfano. Los cálculos que había hecho el día anterior, tan claros, se le aparecían ahora absolutamente confusos: ¿por qué debía decidirse por esta mujer a causa de Ilona? Miró a su alrededor y el local le siguió pareciendo desconocido; ya

nada le concernía; estaba demasiado lejos de todo esto. ¿Qué era lo que, en realidad, tenía que hacer en Colonia? Hacía mucho tiempo que debía estar en América. Mas en aquel momento su mirada tropezó con el retrato del señor Hentjen, que colgaba allá arriba sobre las insignias de la libertad, y fue como si de pronto recobrara la memoria; se hizo traer tinta y papel, y con su mejor letra de contable escribió:

DENUNCIA

Pongo en conocimiento de la ilustre jefatura de policía que el señor Eduard von Bertrand, residente en Badenweiler, presidente del consejo de administración de la compañía naviera Mittelrheinische S. A. de Mannheim, sostiene relaciones deshonestas con personas de sexo masculino, y estoy dispuesto a probar mi declaración actuando de testigo.

Cuando se disponía a estampar su firma al pie del escrito quedó perplejo, pues había estado a punto de escribir «Por los afligidos deudos», y aunque esto le daba risa, sintió miedo. Pero finalmente puso en el papel su nombre y su dirección y lo guardó en su cartera cuidadosamente doblado. Hasta mañana, se dijo, es el último plazo. En la cartera estaba también la postal de Badenweiler. Se preguntó si debía entregársela a mamá Hentjen aquella noche. Se sentía desamparado. Pero de pronto volvió a ver ante sí la alcoba y la vio otra vez a ella en su actitud sexual, tan excitante y dolorosa al mismo tiempo, y cuando él pasó por delante del mostrador su voz era ronca: «Hasta luego, pues». Ella, sentada muy tiesa en su silla, no dio muestras de haberle oído, y él experimentó de nuevo una profunda cólera, si bien era una cólera distinta a la de antes; volvió sobre sus pasos y sin la menor consideración preguntó en tono muy alto: «¿Tendrás la amabilidad de quitar el retrato de allá arriba?». Ella continuó inmóvil y él cerró ruidosamente la puerta tras de sí.

Cuando regresó más tarde y quiso abrir, encontró la puerta de entrada con el cerrojo echado por dentro. Sin tener en cuenta si la criada podía oírle, tocó el timbre y, como no se notó ningún movimiento, lo volvió a tocar una y otra vez. Surtió efecto: oyó pasos; casi deseaba que fuera la joven criada: le diría que había olvidado algo en el café; además, la pequeña no le rechazaría y esto sería una buena lección para las mamás. Sin embargo, no fue la criadita quien abrió, sino la señora Hentjen en persona; estaba todavía completamente vestida y lloraba. Ambas cosas aumentaron su cólera. Subieron la escalera en silencio y una vez arriba él se echó sobre ella sin ningún preámbulo. Cuando ella sucumbió y se ablandaron sus besos, él preguntó en tono de amenaza: «¿Quitarás el retrato?». Ella de momento no supo de qué hablaba y cuando se dio cuenta no acababa de comprender: «¿El retrato...? Ya, el retrato. ¿Por qué? ¿Es que no te gusta?». Al ver que ella no comprendía, Esch contestó desesperado: «No, no me gusta... Hay muchas cosas que no me gustan». Ella dijo amable y complaciente: «Si a ti no te gusta, puedo ponerlo en cualquier otro sitio».

Era tan indescriptiblemente tonta que únicamente hubiera podido lograrse algo a golpes. Pero Esch se dominó: «Quemaremos el retrato». «¿Quemarlo?» «Sí, quemarlo. Y si sigues haciéndote la tonta de esta manera, acabaré por prender fuego a toda la tienda». Ella se apartó de él asustada y Esch, satisfecho del efecto que habían causado sus palabras, dijo: «A fin de cuentas, podría parecerte bien. No te gusta la taberna». Ella no contestó y, aunque probablemente no pensaba nada, sino que simplemente veía ya las llamas elevándose por encima del tejado, daba la impresión de querer ocultar algo. Él la increpó: «¿Por qué no dices nada?». El tono hiriente de estas palabras la paralizó. ¿Es que no había forma de conmover a aquella mujer? ¿Cómo obligarla a quitarse la máscara? Esch se había puesto de pie y ahora estaba junto a la entrada de la alcoba con aire amenazador, como si quisiera evitar que ella huyera. Había que llamar a las cosas por su nombre, de lo contrario no se podía seguir adelante con aquel pedazo de carne. No obstante, sólo logró formular una pregunta con voz ronca e insegura: «¿Por qué te casaste con él?», y su propia pregunta despertó en él tanta cólera y desesperación, que se refugió en Erna con el pensamiento. A Erna la había abandonado, a pesar de que a su lado nada le atormentaba y junto a ella carecía totalmente de importancia qué tipo de imágenes fálicas tuviera ella en su memoria. Y a él le hubiera sido absolutamente indiferente que Erna hubiera tenido hijos o hubiera evitado tenerlos por medios artificiales. Él temía la respuesta, no quería oírla, y sin embargo gritó: «¿No me contestas?». La señora Hentjen, en cambio, concibiendo el temor de entregarse de nuevo en demasía, quizá temiendo también que pudiera echarse a perder la aureola por la que ella se creía amada, sacó fuerzas de flaqueza para responder:

«Hace tanto tiempo de eso... Poco puede importarte, ¿no?». Esch adelantó la mandíbula inferior, dejó al descubierto su dentadura de caballo y gritó: «Poco puede importarme... Poco puede importarme... ¡Efectivamente, me da igual! ¡Me importa un bledo!». O sea que así recompensaba ella su entrega absoluta e ilimitada y toda su tortura. Era tonta y obtusa; a él, que había tomado sobre sí el destino de ella como si fuera el suyo propio, a él, que quería tomar sobre sí toda la vida de ella aunque la misma muerte la había ya avejentado y contaminado, a él, August Esch, que estaba dispuesto a entregarse totalmente a ella con plena decisión, a él, que quería depositar en ella todo cuanto le era extraño a fin de, por vía de intercambio por así decirlo, adquirir todo cuanto le era extraño a ella y a sus pensamientos, por doloroso que resultara: ¡a él no debía importarle aquello! Oh, era tonta y obtusa, y, por serlo, él tuvo que pegarle; se acercó a la cama y levantó la mano y la golpeó en la mejilla gorda e inmóvil, como si así pudiera golpear también la inmovilidad de su alma. Ella no se defendió, sino que permaneció tendida rígida, y aunque él le hubiera lanzado cuchillos, tampoco se habría movido. La mejilla de la mujer enrojeció y, cuando se deslizó una lágrima por ella, la cólera de Esch se apaciguó. Se sentó en la cama y mamá Hentjen se hizo a un lado para dejarle sitio. Entonces él ordenó: «Nos casaremos». Ella contestó simplemente «Sí», y Esch estuvo a punto de montar

nuevamente en cólera, porque ella no dijo que se sentía feliz de poder prescindir por fin del apellido odiado que llevaba. Ella no supo darle otra respuesta que rodearle con sus brazos y atraerlo hacia sí. Esch estaba muy cansado y la dejó hacer; tal vez estaba bien así, tal vez carecía de importancia, pues, frente al reino de la redención, todo es igualmente inseguro, todo momento es inseguro, incluso los números y las sumas son inseguros. En realidad estaba de nuevo amargado: ¿qué sabía ella del reino de la redención? ¿Qué quería ella saber? ¡Probablemente tan poco como Korn! Se necesitaría mucho tiempo para hacérselo entender. Pero uno debía conformarse, debía esperar a que ella comprendiera, debía permitir que llevase la contabilidad de la taberna como lo venía haciendo. En el país de la justicia, en América, todo sería distinto; allá el pasado se consumiría como yesca. Y cuando ella, anonadada, preguntó si se había detenido en Ober-Wesel, él no se enfadó, sino que movió la cabeza muy serio y refunfuñó: «Bah, ¿para qué?». Y así festejaron su noche de bodas, discutieron la posibilidad de vender la taberna, y mamá Hentjen le estuvo muy agradecida de que no pensara ya en prenderle fuego. Al cabo de un mes podían estar en alta mar. Al día siguiente él se ocuparía de poner de nuevo en marcha el negocio de América con Teltscher.

Esch se quedó más tiempo que de costumbre. Y no bajaron la escalera de puntillas. Cuando ella le acompañó hasta la puerta, ya había gente en la calle. Esto le llenó de orgullo.

A la mañana siguiente se dirigió al Alhambra. Naturalmente todavía no había nadie. Curioseó la correspondencia que había encima de la mesa de Teltscher. Encontró un sobre sin abrir escrito de su puño y letra, y quedó tan sorprendido que de momento ni lo reconoció: era la carta para Erna que él había escrito en Mannheim. Buen escándalo armaría por haber pasado tanto tiempo sin recibir respuesta. Y no sin razón. Chusma desordenada esta gente de teatro.

Por fin llegó Teltscher con su andar oscilante. Esch casi se alegró de volver a verle. Teltscher estaba condescendiente:

—Bueno, ya era hora de que volviera usted por aquí... Cada uno se ocupa de sus asuntos privados y el pobre Teltscher tiene que hacer el trabajo más enojoso. ¿Que dónde está Gernerth? Pues en Munich con su respetable familia... Enfermedades graves en la familia... Deben de estar resfriados.

Esch murmuró que ya volvería.

—El señor director tiene que volver muy pronto. Ayer no había en la sala ni cincuenta personas. Hay que hablar de esto con Oppenheimer.

—Está bien —dijo Esch—, vamos a ver a Oppenheimer. Con Oppenheimer acordaron que era necesario anunciar las últimas representaciones. «¿No se lo advertí?», dijo Oppenheimer, «estaba bien lo de los combates femeninos, pero ¡siempre combates! ¿A quién puede interesarle?». A Esch esta situación podía

favorecerle; bastaba con reclamar sus beneficios al regreso de Gernerth, y cuanto antes se terminara con todo aquello, antes podrían marcharse a América.

Esta vez llevó consigo voluntariamente a Teltscher a almorzar, pues se trataba de poner en marcha los proyectos con respecto a América. En cuanto llegaron a la calle, sacó Esch del bolsillo la lista de las muchachas y contó las que él había seleccionado para el viaje. «Sí, yo también tengo algunas», dijo Teltscher, «pero antes tiene que devolverme Gernerth mi dinero». Esch se extrañó, porque Teltscher hubiera debido ser pagado con las aportaciones de Erna y de Lohberg. Teltscher dijo irritado: «¿Y con qué dinero cree usted que hemos financiado los combates? Existía un pasivo. ¿No lo comprende? Él me endosó el material, pero ¿qué hago yo con este material en América?». Verdaderamente esto era un tanto sorprendente, pero, de todos modos, cuando se hubiera liquidado el negocio de los combates, Gernerth dispondría de capital y Teltscher podría emprender el viaje. «Ilona se vendrá con nosotros», decidió Teltscher. En eso te equivocas, querido mío, pensó Esch, Ilona ya no tenía nada que ver con estas cosas; aunque en estos momentos todavía estuviera acostándose con Korn, esto no duraría mucho tiempo, y ella viviría dentro de muy poco en un castillo lejano e inasequible, en cuyo parque pacerían los ciervos. Esch dijo que tenía que ir a la jefatura de policía y dieron un pequeño rodeo. Esch compró en una papelería un sobre y los periódicos; se guardó los periódicos en el bolsillo y cubrió el sobre con una dirección rica en florituras caligráficas. Luego sacó de la cartera la denuncia cuidadosamente doblada, la puso dentro del sobre y se dirigió a la jefatura. Cuando salió del edificio reanudó la conversación: no hacía ninguna falta que Ilona fuera con ellos. «Claro que sí», dijo Teltscher, «en primer lugar por los brillantes ofrecimientos que encontraremos allá, y en segundo lugar, caso de que el viaje fracase, será necesario trabajar. Bastante ha holgazaneado. Además ya le he escrito». «Tonterías», dijo Esch groseramente, «cuando uno comercia con muchachas, no lleva consigo a ninguna mujer». Teltscher se rió: «¡Vaya, vaya! Si usted opina que debo dejarlo, cómpreme las posibilidades americanas. Ahora es usted un gran capitalista... De un viaje de negocios suele uno traerse dinero a casa... ¿no?». Esch se desconcertó; parecía como si Teltscher guiñara los ojos en dirección a la jefatura de policía. ¿Qué podía significar esto? ¿Qué sabía este prestidigitador judío? ¡Pero si ni él mismo sabía nada, en realidad, del viaje! Increpó a Teltscher: «¡Váyase al diablo! Yo no he traído ningún dinero». «Bueno, no se enfade, señor Esch, no lo tome a mal. He hablado por hablar». Entraron en la taberna de mamá Hentjen, y a Esch de nuevo le pareció como si Teltscher poseyera algún secreto según el cual le pudiera llamar «asesino». No se atrevía a recorrer el local con la mirada. Finalmente levantó los ojos del suelo y en el sitio del retrato del señor Hentjen encontró una mancha blanca en cuyos bordes colgaban pequeñas telarañas. Miró a Teltscher, pero éste no dijo nada, porque evidentemente no había notado nada, ¡no, no había notado nada! Esch se sintió casi orgulloso y, en parte por presunción, en parte para desviar la atención de Teltscher del retrato, se dirigió a la pianola e hizo que tocara su ruidosa pieza; a causa

del ruido apareció mamá Hentjen y a Esch le entraron ganas de saludarla con ostentosas manifestaciones de confianza y cordialidad: le hubiera gustado presentarla a todo el mundo como la señora Esch, y si se abstuvo de gastarle esta broma cariñosa, no fue únicamente porque le estaba agradecido y porque estaba dispuesto a respetar su reserva, sino porque consideraba al señor Teltscher-Teltini totalmente indigno de tal prueba de confianza. No obstante, Esch no se sentía en absoluto obligado a llevar esta discreción demasiado lejos, y cuando Teltscher se dispuso a marcharse después de comer, él no le acompañó como de costumbre, para regresar más tarde dando un rodeo, sino que dijo abiertamente que quería quedarse y leer sus periódicos. Sacó los periódicos del bolsillo, pero los volvió a guardar. Se quedó sentado. Sus manos reposaban tranquilas sobre las rodillas. No le apetecía leer. Se quedó mirando la mancha blanca de la pared. Y cuando todo quedó en silencio, subió arriba. Estaba agradecido a mamá Hentjen y pasaron una tarde agradable. Volvieron a hablar de la posibilidad de vender la taberna y Esch opinó que tal vez Oppenheimer podría encontrar comprador. Y hablaron también delicadamente de su boda. En el techo de la alcoba había una mancha que parecía una mariposa negra, pero era simplemente suciedad.

Por la noche, cumpliendo con su obligación, se disponía a salir en busca de muchachas. Pero se dijo que era mejor ver primero qué había sido de aquel muchacho, Harry. Le buscó en vano y ya estaba a punto de salir de aquel antro cuando llegó Alfons. El gordo apareció en un estado rarísimo; su pelo, todo grasiento y en completo desorden, estaba totalmente pegado al cráneo; llevaba aquella misma camisa de seda, pero abierta, con lo que se le veía el pecho, blanquecino y casi sin vello; en conjunto, su aspecto hacía pensar en un colchón revuelto. Esch no pudo contener la risa. El gordo se dejó caer ante una mesa cerca de la entrada, y sollozó. Esch, de pie ante él, seguía riendo, pero daba la impresión de querer acallar algo con su risa.

—Hola, Alfons. ¿Qué pasa?

El músico, desde su obesidad, le lanzó una mirada opaca y hostil.

—Que te traigan algo de beber y cuenta lo que ha pasado. Alfons bebió un coñac sin pronunciar palabra. Finalmente dijo:

—¡Santo Dios...! Esto es inaudito... ¡Tiene la culpa de todo y todavía pregunta qué ha pasado!

—No digas tonterías y di de una vez qué ha pasado.

—¡Dios Santo! ¡Ha muerto!

Alfons apoyó el rostro en las manos y se quedó rígido con la mirada en el vacío. Esch tomó asiento en la mesa:

—Pero ¿quién ha muerto? Alfons tartamudeó:

—Él le amaba tanto, tanto...

La situación volvía a resultar cómica:

—¿Quién amaba? ¿Y a quién? La voz de Alfons cambió:

—No finja usted; Harry ha muerto.

Vaya, conque Harry había muerto. Esch, en realidad, se negaba a comprender; miraba al gordo con aire de no entender nada. Al músico le corrían las lágrimas por las mejillas:

—Usted le volvió loco con todo lo que le dijo aquel día... Él le amaba tanto... Cuando lo leyó en el periódico, se encerró... Hoy al mediodía... Y ahora le hemos encontrado... Veronal.

Vaya, Harry había muerto; de alguna manera esto era justo; tenía que ocurrir. Sólo que Esch ignoraba qué clase de justicia encerraba aquel hecho.

—Pobre diablo —dijo, y de repente lo supo, sintió una felicidad liberadora por haber entregado aquel mismo día la carta a la jefatura de policía; por fin aparecían ahora juntos asesinato y contraasesinato, carta y carta de respuesta, de acuerdo con las reglas de contabilidad: ¡la cuenta había sido saldada clara y correctamente! Sólo resultaba extraño que él, a pesar de ello, tuviera que ser culpable de algo, y repitió—: Pobre diablo... ¿Por qué lo ha hecho?

Alfons le miró con los ojos vidriosos, como si le hubieran robado el alma:

—Es que no lo ha leído en el periódico...

—¿Qué?

—Ahí...

Alfons señaló el paquete de periódicos que asomaban del bolsillo de la chaqueta de Esch. Esch se encogió de hombros; había olvidado los periódicos. Los sacó: ahí estaba, muy grande y ribeteado de negro, repetido varias veces en la última página, pues ninguna de sus empresas, ni sus empleados, ni los trabajadores se habían privado de la oportunidad de anunciar la dolorosa noticia de que el señor Eduard von Bertrand, presidente del consejo de administración, caballero de una alta orden, etc., había fallecido tras breve y penosa enfermedad. Pero unas páginas antes, junto a respetables artículos necrológicos, se podía leer que el difunto, atacado al parecer por un repentino acceso de locura, había puesto fin a su vida con un tiro de revólver. Esch lo leyó, pero le interesó poco. Únicamente llegó a la conclusión de que había sido muy justo haber sacado precisamente hoy el retrato. Pero resultaba realmente cómico que alguien ajeno por completo a todo esto, como aquel músico, armara tanto barullo. Con una mueca de ironía y un gesto benevolente y tranquilizador, dio al gordo unos golpecitos en su mullida espalda, le pagó la copa y se fue a casa de mamá Hentjen. Caminaba a pasos largos y cómodos, pensaba en Martin y en que éste ya no le perseguiría más con sus duras muletas ni le seguiría amenazando. Y también esto estaba bien.

Una vez solo, el músico Alfons apoyó los puños en las sienes y se quedó con la mirada fija en el vacío. Esch le parecía un hombre malo, como todos los hombres que corren detrás de mujeres para poseerlas. Su experiencia le decía que todos esos

hombres traían desgracia. Le parecían locos corredores, atacados de amor, que vuelan por el mundo, y ante cuya cercanía, lo único que uno puede hacer es ocultarse. Él despreciaba a esos hombres, que llegaban veloces y excitados, ávidos no de la vida, que evidentemente ni siquiera veían, sino de alguna otra cosa que estaba más allá de la vida y por cuya causa, en nombre de una especie de amor, destruían la vida. El músico Alfons estaba demasiado triste para poder pensar todo esto con claridad, pero sabía que esos hombres, aunque hablaban del amor con gran pasión, sólo pensaban en la posesión, o como se llamara lo que la gente entendía por eso. Lo que él dijera o hiciera carecía totalmente de importancia ya que, en el mejor de los casos, era un hombre sin ideas, un músico de orquesta venido a menos, pero sabía que no se puede alcanzar el absoluto en cuanto se opta por una mujer. Y disculpaba la furia perversa de los hombres, pues sabía también que ésta se debe al miedo y a la decepción; sabía que aquellos hombres perversos y apasionados corren tras un fragmento de la eternidad, que les proteja del miedo que se yergue sobre sus espaldas anunciándoles la muerte. Él era un simple violinista, tonto y sin ideas, pero era capaz de tocar sonatas de memoria y, puesto que sabía muchas cosas, podía sonreír pese a su tristeza, al pensar en la gente que, en su angustiosa búsqueda de lo absoluto, pretendía amarse eternamente, imaginando que así su vida no tendría fin y sería eterna. Aunque le despreciaran a él porque a veces se veía obligado a tocar también popurrís y polcas rápidas, había llegado, no obstante, a la conclusión de que esas personas acorraladas, que buscan lo imperecedero y lo absoluto en lo terrenal, encuentran siempre únicamente símbolos o sustitutivos de lo que buscan, sin que les sea posible darles nombre: ven la muerte de otro sin pena ni tristeza, al vivir poseídos por su locura; corren locamente tras la posesión, para ser poseídos por ella, y esperan hallar en dicha posesión lo seguro e inmutable que debe protegerlos y poseerlos, y odian a la mujer por quien se han decidido en su ceguera, la odian porque ella es un mero símbolo que ellos aniquilan llenos de furia cuando se encuentran de nuevo a merced del miedo y de la muerte. Alfons el músico sentía compasión por las mujeres; pues, aunque ellas tampoco son mejores, no han sucumbido a esta estúpida y destructora pasión de poseer, y están menos acosadas por el miedo, se sienten más arrobadas cuando se les brinda música, y están en una relación más íntima y familiar con la muerte: en esto las mujeres se parecen a los músicos, y aunque uno sea solamente un obeso músico homosexual que toca en una orquesta, es posible sentirse emparentado con ellas, puede concederles un fragmento del presentimiento de que la muerte es algo triste y hermoso, sabiendo que ellas no lloran porque se les haya quitado una posesión, sino algo que era bueno y grato utilizar y contemplar. ¡Oh, qué loca confusión es la vida, incomprendida por los hombres ávidos de posesión, comprendida apenas por los demás, y presentida, en cambio, por la música, símbolo sonoro de todo lo pensado que suprime el tiempo para recogerlo en cada compás, que suprime la muerte para hacerla resucitar de nuevo en el sonido! Aquel que, como las mujeres y los músicos, ha intuido esto, puede aceptar ser tonto y carecer de ideas, y el

músico Alfons sentía las redondeces de grasa de su cuerpo como si fueran una buena y suave manta, a través de la cual se pudiera palpar algo valioso y merecedor de amor: no importaba que la gente le despreciara e insultara tratándole de afeminado, sí, él era tan sólo un pobre perro, pero estaba no obstante entregado a la multiplicidad de la eternidad con más dicha y cansancio y ternura que aquellos que le insultaban, y que únicamente construían un pequeño fragmento terrenal como símbolo y meta de su triste afán. Era él quien podía despreciar a los otros. También Esch le daba pena, y no pudo alejar de su pensamiento las marchas heroicas que acompañan a los luchadores cuando entran en la arena, con objeto de infundirles ánimos y hacerles olvidar la muerte que se yergue a sus espaldas. Se planteó la cuestión de si debía o no ir a velar el cadáver de Harry, pero le aterrorizó aquella faz de cera y prefirió emborracharse y observar a los camareros y demás clientes, que se movían de un lado a otro, y llevaban, sin embargo, el sello de la muerte en sus semblantes.

Aquella noche, a la misma hora, Ilona se incorporó en la cama y, a la luz de la lamparilla de aceite situada bajo la imagen de la Virgen, contempló a Balthasar Korn mientras dormía. Roncaba, y cada vez que se interrumpía el ronquido, producía la misma impresión que cuando, en el teatro, callaba la música antes de realizar ella su número; en el silbido del aliento de Korn resonaba el suave zumbido de los cuchillos atravesando el aire. Pero Ilona no estaba pensando precisamente en esto, aunque la carta de Teltscher la reclamaba para el trabajo. Observaba a Korn e intentaba imaginárselo sin bigote, y también cómo podía ser su aspecto de muchacho. No sabía con exactitud por qué hacía esto, pero le parecía que así la Virgen de la pared podría perdonar más fácilmente su pecado. Porque era un pecado haber utilizado ante los sagrados ojos de una Virgen a aquel hombre para un placer impío, y si ella no se hubiera contagiado tan pronto de la enfermedad, también ella habría tenido hijos. El hecho de abandonar a Korn le era indiferente; sabía que otro le seguiría, y le era también indiferente volver al lado de Teltscher; no se hacía muchas ilusiones porque él la estuviera esperando en Colonia o porque hubiera quedado a merced de ella, sabía simplemente que él la necesitaba para poderle lanzar los cuchillos. También le era indiferente tener que ir a América. Había viajado lo suficiente, demasiado, y América le parecía una ciudad como cualquier otra. Ilona vivía sin esperanza y sin angustia. Había aprendido a abandonar a los hombres, pero, hoy por hoy, se sentía todavía propiedad de Korn. Ella tenía una cicatriz en el cuello, y en aquel entonces había dado la razón al hombre que quiso matarla porque le había sido infiel. Si Korn le hubiera sido infiel, no lo habría matado, lo habría rociado con vitriolo. Sí, este reparto de papeles le parecía adecuado en los celos, pues aquel que posee quiere aniquilar, pero quien únicamente utiliza, puede contentarse con hacer inutilizable el objeto. Esto es válido para todos los seres humanos, y hasta para la reina de Inglaterra. Porque los seres humanos son todos iguales y nadie puede hacer el bien a los demás. Cuando ella estaba sobre el escenario, había luz, y cuando ella estaba acostada con un hombre, había oscuridad. Vivir significaba comer y comer

significaba vivir. En cierta ocasión alguien se había suicidado por ella: este hecho no la había conmovido demasiado, pero le gustaba recordarlo. Todo lo demás se hundía en la sombra, y en la sombra se movían las personas como sombras más oscuras que se funden unas en otras para separarse de nuevo. Todas traían únicamente desgracias, como si tuvieran que castigarse cuando buscaban el placer unos en otros. Ella se sentía un poco orgullosa porque también había causado desgracias, y cuando aquel hombre se había matado por su causa, había sido como una expiación y una compensación que Dios le había otorgado por su esterilidad. Muchas cosas resultaban incomprensibles, en realidad todo resultaba incomprensible. No se podía penetrar en el sentido de los acontecimientos; únicamente cuando venían niños al mundo, parecía que el imperio de las sombras se condensaba y adquiría cuerpo, y entonces era como si una dulce música llenara para siempre el mundo de las sombras. Por eso probablemente lleva María en brazos al niño Jesús allá arriba, sobre la lucecita roja. Erna se casará y tendrá hijos: ¿por qué Lohberg no la tomaba a ella en lugar de a aquella mujercilla amarillenta y angulosa? Observó a Korn y no halló en su rostro nada de lo que buscaba; los puños peludos yacían sobre la sábana y nunca habían sido jóvenes ni delicados. Sintió horror ante aquella faz carnosa iluminada por la luz roja, aquella faz en la que se destacaba el bigote, y con los pies descalzos se fue sin hacer ruido al cuarto de Erna, se deslizó suave y cansadamente a su lado, se apretó con dulzura contra aquel cuerpo anguloso, y en esta postura pudo conciliar el sueño.

Ahora Esch se comportaba como un novio o, dicho más exactamente, como un protector, pues no habían dejado traslucir todavía nada de sus relaciones, pero Esch sabía cómo debía actuarse ante una débil mujer, y ella permitía que él velara por sus intereses. Esch no sólo mantenía los tratos con el hombre que traía el agua mineral y el hielo, sino también con Oppenheimer, a quien, por sugerencia suya, se había confiado la venta de la taberna. El enérgico Oppenheimer efectivamente, cuando se terciaba, compaginaba sus negocios teatrales con las ventas de fincas o con cualquier otro tipo de negocios, y desde luego estuvo dispuesto, con sumo gusto, a dedicar la conveniente atención al presente caso. No obstante, por el momento tenía otras preocupaciones en la cabeza. Había acudido para examinar la casar pero se detuvo a la mitad de la escalera y dijo: «Este asunto de Gernerth no se explica. Dios quiera que no le haya ocurrido nada... Claro que no sé por qué me preocupo, no es de mi incumbencia». Y aunque con ello intentaba tranquilizarse, hacía continuamente alusión al hecho de que Gernerth llevaba ya ocho días ausente, precisamente ahora que querían terminar con lo de los combates y necesitarían dinero para los pagos y el alquiler atrasado. Que Gernerth, un hombre tan formal, hubiera podido retrasarse en el pago de los alquileres, era algo que nunca se hubiera imaginado. Y sin embargo el negocio, hasta el último momento, había ido viento en popa; mejor no podía haber marchado. Ahora, naturalmente, no daba ni siquiera para cubrir gastos. Así pues,

había llegado el momento de terminar. «Y el burro de Teltscher le deja marchar sin tener ninguna llave de la caja y sin poder disponer de nada. ¡Pero él había puesto dinero en el Banco de Darmstadt...! Era demasiado fino el señor Teltscher, el gran artista, para ocuparse de estas cosas».

Esch había escuchado sin poner demasiada atención, sobre todo porque le parecía ver con diáfana claridad que Teltscher se interesaba más por América que por los combates ya agonizantes. Pero ahora aguzó los oídos: ¿dinero en Darmstadt? Increpó a Oppenheimer: «Entre el dinero del Banco de Darmstadt están las aportaciones de mis amigos, ¡es absolutamente necesario que ese dinero vuelva aquí!». Oppenheimer movió la cabeza: «En realidad yo no tengo nada que ver», dijo, «pero de todos modos telegrafiaré a Gernerth a Munich. Él debe venir y poner las cosas en claro. Usted tiene razón, hay que poner orden en todo este asunto». Esch aprobó esta medida y el telegrama se envió; no recibieron respuesta. Muy inquietos, dos días más tarde enviaron otro con respuesta pagada dirigido a la señora Gernerth, y así se enteraron de que Gernerth no había estado ni por un momento en su casa. Esto era sospechoso. ¡Y en aquel fin de semana había que hacer efectivos los pagos! Era necesario ponerlo en conocimiento de la policía; la policía hizo averiguaciones en Darmstadt y resultó que unas tres semanas antes había sido retirado de la cuenta de Gernerth todo el saldo que quedaba; así pues, no cabía duda: ¡Gernerth había huido con el dinero! Teltscher, que hasta el último momento había defendido a Gernerth y que ahora se llamaba a sí mismo el judío más idiota de la tierra por haberse dejado nuevamente desollar por un hombre perverso, se hizo sospechoso de haber sido cómplice de Gernerth. Teniendo en cuenta que el material había sido hipotecado, tuvo que hacer enormes esfuerzos para demostrar su inocencia; mas de poco le sirvió lograrlo: apenas si tenía en sus bolsillos dinero suficiente para vivir unos pocos días. Desamparado como un niño, se culpaba a sí mismo y al mundo, repetía una y otra vez que Ilona debía llegar, y día tras día martilleaba los oídos de Oppenheimer con su deseo de conseguir otro contrato inmediatamente. A Oppenheimer le resultaba fácil mantener alta la cabeza, pues no se trataba de su dinero; consoló a Teltscher: no había para tanto; todo un Teltscher-Teltini, propietario del material, podía convertirse en un magnífico director de teatro; sólo aportando un poco de capital, todo se arreglaría, y podría aún hacer muchos y buenos negocios con el viejo Oppenheimer. Esto fue para Teltscher como una iluminación, recuperó su vivacidad tan fácil y rápidamente que enseguida elucubró un nuevo plan, y acto seguido fue a toda prisa a exponérselo a Esch.

Pero el cariz que habían tomado las cosas había puesto a Esch sumamente furioso. Aunque él siempre había presentido, mejor dicho, sabido que nunca llegaría a emprender el viaje y tal vez precisamente por eso había llevado a cabo la selección de las muchachas de manera ocasional y con desgana, y aunque experimentaba una cierta satisfacción porque su sabiduría íntima había tenido razón, su vida, sin embargo, se había ido orientando de acuerdo con el proyecto de América, y ahora se conmovían sus fibras más íntimas: le parecía como si se hubiera abierto una brecha

en la base de sus relaciones con mamá Hentjen. ¿Adónde podría ir con ella? ¿Y cómo se presentaría ante ella? Mamá Hentjen había querido verlo como amo y señor de aquella banda de artistas, ¡y él había caído de forma tan denigrante en la trampa! Realmente, sentía vergüenza frente a mamá Hentjen.

Mientras estaba en este estado de ánimo, apareció de pronto Teltscher con sus planes: «Vea, Esch, ahora es usted un gran capitalista y podría convertirse en mi socio».

Esch le miró fijamente, como a un desequilibrado:

—¿Socio? ¿Se ha vuelto usted loco? Usted sabe tan bien como yo que el proyecto de América se ha quedado en agua de borrajas.

—También se puede ganar dinero en Europa —dijo Teltscher—, y si usted empleara su dinero en algo rentable...

—¿Qué dinero? —gritó Esch.

Bueno, bueno, no era necesario gritar tanto; se comentaba que había heredado algo, dijo Teltscher. Esto aumentó la furia de Esch:

—¡Está usted completamente loco! —rugió—. ¿Qué significa este desatino? No es bastante, por lo visto, haberme dejado atrapar una vez en sus redes...

—Si Gernerth, ese canalla, se ha escapado con el dinero, no puede usted hacerme responsable de ello... —dijo Teltscher ofendido—. Yo he sufrido más perjuicio que usted y no necesita usted insultarme porque mi situación sea penosa, cuando le estoy proponiendo un negocio leal.

—No se trata de mi perjuicio, sino del de mis amigos...

—Yo le brindo la posibilidad de recuperar ese dinero.

Naturalmente era una esperanza, y Esch preguntó de qué modo había planeado Teltscher el asunto. Bueno, con el material ya se podía empezar a hacer algo, eso también lo decía Oppenheimer, y el propio Esch había tenido ocasión de comprobar que se podía ganar algún dinero si se actuaba con cierta habilidad.

—¿Y si no?

Entonces no cabía otra salida que subastar el material y buscar algún contrato junto con Ilona. Esch quedó pensativo: O sea que, en ese caso, Teltscher volvería a tener algún contrato con Ilona... Para lanzar cuchillos... Vaya, vaya... Pensaría en ello...

Al día siguiente fue a consultárselo a Oppenheimer, pues, tratándose de Teltscher, toda precaución era poca. Oppenheimer confirmó las aseveraciones de Teltscher.

—¿Sí...? De modo que era necesario volver a aceptar un contrato con Ilona...

—Yo, desde luego, estoy dispuesto a buscarle algún contrato —dijo Oppenheimer—. ¿Qué puede hacer sino ese Teltscher?

Esch asintió con la cabeza:

—Y si él se hace cargo de algún arrendamiento, necesitará dinero...

—¿No dispone usted de un par de miles? —preguntó Oppenheimer.

No, no los tenía. Oppenheimer movió la cabeza: sin dinero no se podía hacer

nada; tal vez se podría interesar a alguien más en el negocio... Por ejemplo, ¿qué tal la señora Hentjen? Se decía que quería vender la taberna y, por tanto, dispondría de una buena suma de dinero. En esto él no tenía nada que ver, repuso Esch, pero lo transmitiría a la señora Hentjen.

No le gustaba hacerlo, pero era una nueva misión que no podía eludir. Esch se sentía atacado con alevosía. Era muy posible que, a pesar de todo, el tal Oppenheimer estuviera confabulado con Teltscher. ¡Ese par de judíos! ¿Por qué un tipo así no sabía hacer otra cosa que lanzar cuchillos? ¡Como si no hubiera trabajos honestos y respetables! ¿Y qué disparates tenía que decir sobre la muerte y la herencia? Le habían acorralado en un callejón sin salida, como si supieran que ya no se podía cambiar el curso de los acontecimientos. ¡Pero había que preservar a Ilona de los cuchillos, y al mundo de la injusticia! ¡No era posible que se hubiera sacrificado a Bertrand en vano y que fuera del todo inútil haber retirado el retrato del señor Hentjen de donde estaba! No, de ningún modo se podía dar marcha atrás, pues se trataba de la justicia y de la libertad, de una libertad que no se podía continuar dejando en manos de los demagogos, de los socialistas y de los emborronadores de periódicos. Esta era la misión a cumplir. Y el hecho de que él tuviera que rescatar el dinero para Lohberg y para Erna era como una parte y un símbolo de aquella misión superior. ¡Y caso de que Teltscher no obtuviera el arrendamiento, el dinero se habría perdido definitivamente! No había escapatoria. Esch sopesó todas las cuentas, las confrontó, hizo cálculos y de ellos surgió la solución inequívoca: tenía que convencer a mamá Hentjen para que ella se pusiera también al servicio de la misión.

En cuanto vio las cosas claras, desaparecieron las sensaciones de inseguridad y de rabia. Cogió su bicicleta, se fue a casa y escribió a Lohberg un informe detallado sobre la increíble e intolerable fechoría del señor director Gernerth, añadiendo que él había tomado de inmediato las medidas necesarias para poner a salvo sus aportaciones, y rogaba a la distinguida señorita Erna que se tranquilizara al respecto.

Así pues, el proyecto de América había quedado en nada. Definitivamente. Ahora era necesario quedarse en Colonia. La puerta de la jaula se había cerrado. Uno había quedado prisionero. La antorcha de la libertad se había extinguido. Y lo más extraño era que no podía enfadarse con Gernerth. Ante todo habría que culpar a quien, pese al encanto de la idea y a la esperanza que despertaba, había desdeñado la posibilidad de huir a América. Sí, así era la ley, aunque no la justicia: aquel que se sacrifica, tiene que entregar antes que nada su libertad. No obstante, la situación seguía siendo inverosímil. Esch repitió, como queriendo convencerse a sí mismo: «prisionero». Y casi de buena fe, sólo con muy leves remordimientos de conciencia, explicó a mamá Hentjen que debían aplazar para más adelante el viaje a América, porque Gernerth se había anticipado a fin de poner en marcha el negocio.

Desde luego a mamá Hentjen se le podía contar lo que uno quisiera; ella no se

había interesado jamás ni por los combates ni por el director Gernerth, y de los acontecimientos externos únicamente se quería enterar de aquellos que podían beneficiarla. Por tanto, ahora no oyó otra cosa sino que aquel temido viaje al país de la aventura no se realizaría, y la noticia fue para ella como un tibio baño sedante en el que su alma se sumergió inesperadamente, y la disfrutó en silencio antes de decir: «Mañana enviaré a buscar al pintor. De lo contrario llegará el invierno y las paredes no se secarán como es debido». Esch quedó atónito: «¿El pintor? ¿No quieres vender la taberna?». Mamá Hentjen se puso en jarras: «Bueno, bueno, de aquí a que nos marchemos hay tiempo de sobra. Yo la haré pintar, la casa ha de estar bonita». Esch se encogió de hombros, transigiendo: «Es posible que lo recuperemos en el precio de venta». «Sí», dijo mamá Hentjen. Sin embargo, ella no podía deshacerse de un resto de inseguridad —¿quién podía saber si el fantasma del viaje a América había sido realmente conjurado?— y le pareció sumamente conveniente no ahorrar ningún gasto con tal de asegurar su permanencia en el lugar donde residía. Por eso sorprendió agradablemente a Esch y a Oppenheimer cuando, a una simple sugerencia, demostró comprender que mientras durase la ausencia de Gernerth había que financiar el negocio teatral; e igual de rápido fue su consentimiento para que se solicitara una hipoteca sobre la casa, solicitud que, previsora, había traído ya consigo Oppenheimer. El asunto se llevó a cabo de forma perfecta, y Oppenheimer obtuvo el uno por ciento de comisión.

De este modo se convirtió mamá Hentjen en socio capitalista de la nueva empresa teatral de Teltscher; gracias a la intervención de Oppenheimer, se alquiló un local en la industriosa Duisburg y cabía esperar que mamá Hentjen participaría de pingües ganancias. Esch puso tres condiciones: en primer lugar, él se haría cargo del control de la contabilidad, en segundo lugar, había que reembolsar los respectivos capitales a Erna y a Lohberg antes de liquidar el material (esto era lo correcto y lo justo, aunque mamá Hentjen no tenía por qué saberlo), y en tercer lugar obligó a los estupefactos señores Teltscher y Oppenheimer a hacer constar en el contrato que se suprimiría el número sensacionalista de lanzamiento de cuchillos en todas las representaciones. Los dos señores protestaron airadamente, pero Esch no les hizo el menor caso.

Hasta el momento las cosas, en realidad, se habían ido poniendo en orden. El sacrificio aportado por mamá Hentjen le hizo contraer con ella un eterno compromiso convirtiendo su anterior decisión en irrevocable. Si bien aún no se había vendido la odiada taberna, la hipoteca era, al propio tiempo, un primer paso hacia la abolición del pasado. Y en el comportamiento de mamá Hentjen había también muchos detalles que podían significar el comienzo de una vida nueva. Ella no le llevaba jamás la contraria en los planes que él hacía sobre su boda, como tampoco le había replicado en lo de la hipoteca, y el espíritu de mamá Hentjen se había colmado de una dulzura que hasta el momento nadie había conocido en ella. El otoño llegó antes de tiempo, y con él también el frío; mamá Hentjen se volvió a poner aquella prenda de fustán gris y con frecuencia iba sin corsé. Incluso su tieso peinado parecía haberse aflojado; no

cabía duda de que no dedicaba a su apariencia externa el cuidado de antes, y también esto marcaba una separación entre el pasado y el presente.

Esch recorría la casa a grandes zancadas. Si uno estaba prisionero y sin ocupación, convenía sacar de ello algún provecho. Desde luego no es que se pudiera considerar la situación como una vida nueva. A la hora del desayuno estaba sentado en la taberna, y a la hora de cenar seguía aún allí. Mamá Hentjen aludía a menudo a un tipo pícaro y vago que se acomodaba aquí a sus anchas, pero lo alimentaba encantada. Esch la dejaba hacer. Leía atentamente el periódico y a veces se dedicaba a contemplar las postales colocadas en el marco del espejo; le gustaba que no hubiera ninguna escrita por él. Y para guardar las apariencias supervisaba el trabajo de los pintores y revocadores. A mamá Hentjen no le costaba nada hablar. ¡Qué podía preocuparla a ella la vida nueva! Las mujeres lo tienen todo más fácil —Esch no pudo contener la risa—, ellas pueden llevar una vida nueva en cualquier parte, especialmente en su corazón. Por eso no quieren salir hacia un mundo nuevo, lo tienen todo entre sus cuatro paredes, ¡opinan que les basta sentarse en su jaula para volver a ser inocentes! Entonces quitan el polvo y friegan el suelo, ¡y creen que con un poco de orden rutinario ya está todo hecho! ¿La vida nueva en la jaula? ¡Como si eso fuera tan sencillo!

No, con pequeños medios, con variantes insignificantes, era imposible construir una vida nueva, no se podía reedificar el estado de inocencia. Lo inmutable, lo terrenal, aquello que alguna vez ha sido realidad, no eran fáciles de alcanzar. La casa permanecía inmutable y no se notaba en ella ninguna señal de la mezquina hipoteca. Las calles estaban inmutables, inmutables se erguían las torres en torno a las que soplaba el viento de otoño, y ya no se percibía en absoluto el aliento del futuro. Y es que en realidad hubiera sido necesario incendiar Colonia por los cuatro costados, dejarla arrasada y llana como un plato, que no quedara piedra sobre piedra, a fin de despertar el pasado y los recuerdos de mamá Hentjen. Pues ¿de qué servía que mamá Hentjen llevase ahora el pelo peinado de forma menos atildada? Paseaba con orgullo por las calles y la gente se quitaba el sombrero a su paso, y todos sabían el nombre que llevaba. Sólo Dios sabía que uno no había pensado todo esto cuando, en aras del sacrificio, había cargado sobre sus hombros el avejentamiento de ella y sus marchitos encantos. Sí, si sus cabellos se tornaran blancos en una noche, si ella se convirtiera de golpe en una anciana que no se acuerda de nada, irreconocible para todos, una extraña desprovista de todo vínculo con el ambiente habitual, ¡sí, entonces existiría la vida nueva! Y Esch pensó forzosamente que cada hijo envejece a la madre, y que las mujeres que no tienen hijos jamás se hacen viejas: nunca cambian y están muertas, no son dueñas de ningún tiempo. Pero cuando esperan una vida nueva, están llenas de confianza, y anhelan que su tiempo sea de nuevo computado, y esto es igualmente virginidad renovada y envejecimiento, es confianza en el estado de inocencia de todo lo viviente, sueño predecesor de la muerte y, no obstante, vida nueva, reino de la redención dentro del mundo viejo. Dulzura de una esperanza jamás cumplida.

Desde luego, esto no hubiera sido totalmente del agrado de mamá Hentjen. Lo habría tomado por ideas anarquistas. Puede, incluso, que con razón. Uno tiene, lógicamente, pensamientos revolucionarios y habla en términos revolucionarios cuando va a parar a la cárcel. Y ni uno mismo se da cuenta de ello. Esch subía las escaleras, las bajaba, despotricaba contra la casa, maldecía los escalones, maldecía a los trabajadores. ¡Vaya un bonito aspecto que ofrecía aquí la vida nueva! La mancha clara de la pared donde había estado el retrato del señor Hentjen, el tabernero, había sido pintada, de modo que uno podía pensar que el retrato había desaparecido únicamente porque tenían que pintar. Por ninguna otra razón. Esch se quedó mirando fijamente la pared. No, lo que se había empezado aquí no era en absoluto una vida nueva, al contrario, había que desandar el tiempo pasado. Esta mujer se había propuesto firmemente volverlo todo hacia atrás, como si nada hubiera sucedido. Y un día, al acabar la limpieza, bajó al local sin aliento, sudorosa y, sin embargo, satisfecha: «¡Uf!, es increíble la falta que le hacían a la casa estos trabajos». Esch preguntó distraído: «¿Cuándo se arregló por última vez?», pero de repente comprendió que esto había tenido que ser con motivo de la boda con Hentjen; dio un porrazo a la mesa haciendo tintinear los vasos, y gritó: «¡Se pinta la jaula cada vez que se encierra en ella un nuevo pájaro!». Y poco faltó para que le diera a ella una bofetada allí mismo, en medio del local. Estaba harto de dejarse coger por la nuca y de que le obligaran a torcer la cabeza, de tener que mirar una y otra vez hacia el pasado. Y además ella le exigía que la cortejase; pues, en lo referente a la boda, no parecía tener prisa. Por dondequiera se imponía, implacablemente, lo habitual. Y se veía con bastante claridad que a través de aquella comodidad nueva y a través de aquella blandura, se filtraba una ancha pincelada de sedentarismo, y todo daba a entender que ella tenía la intención de reemprender su vida igual que antes y de continuar así para siempre; además parecía como si pretendiera reducir al amor y al amante conjuntamente a un adorno secundario, a una especie de pintura en la casa de su vida. E incluso ella intentaba suprimir de nuevo aquella familiaridad semiformal que le había otorgado como una cierta garantía de su unión. Cuando él iba a Duisburg para controlar las cuentas de Teltscher, ella no le dedicaba ni una palabra de agradecimiento, y si él alguna vez la invitaba a acompañarlo, replicaba que esto era una exigencia y que dejaba a su elección el quedarse o no: pues él propiamente pertenecía allá.

¡Mamá Hentjen tenía razón! ¡También esta vez! Quedaba demostrado que él, en su casa, era simplemente un huérfano tolerado, un extraño, alguien con quien no era posible ningún tipo de comunicación. ¡Y en consecuencia ella no podía tener razón! Y esto era tal vez lo más irritante. Pues tras las aparentemente justas negociaciones, tras los aparentemente justos castigos, asomaba de nuevo el viejo y absurdo temor de que también él —¡él, August Esch!— pudiera buscar en la boda únicamente el dinero. Esto se vio claramente cuando llegaron los documentos de la hipoteca; mamá Hentjen los hojeó bastante rato con aire ofendido, y al fin dijo en tono de reproche:

«Es una lástima que figuren esos intereses tan altos... Yo lo habría podido pagar perfectamente del dinero de mi libreta de ahorros». Sus palabras demostraban con diáfana claridad que ella poseía reservas secretas y que prefería mantenerlas ocultas, aceptando incluso una hipoteca, antes de permitirle a él que les echara una ojeada. Sí, esta mujer era así. Ella no había aprendido nada, no sabía nada del reino de la redención ni quería saberlo tampoco. Y la vida nueva era para ella una expresión vacía. ¡Oh, sí!, ella pretendía volver a aquella forma comercial y magistral del amor a la que él se había rendido y que, no obstante, se sentía incapaz de continuar soportando; era un círculo vicioso del que no podía escapar. Ineludible e inmutable se erguía lo que anteriormente había tenido realidad. Intangible. Incluso aunque se destruyera toda la ciudad —los muertos siempre son los más poderosos.

Y entonces apareció Lohberg. Se mostró desconfiado, porque se le había pagado únicamente el capital y no los beneficios previstos. A Esch sólo le faltaban exigencias de este tipo. Sin embargo cuando aquel idiota, un poco cohibido aunque con aire de orgullosa satisfacción, insinuó que para ellos era importante hasta el último céntimo, porque Erna estaría pronto muy adelantada y había que pensar seriamente en la boda, a Esch le pareció oír como una voz del más allá, y supo que el sacrificio no había terminado todavía. La pequeña y mezquina esperanza de que este niño, del que él se sentía ya absuelto, pudiera ser, a pesar de todo, el hijo de Lohberg, se ahogó en la certeza inmaterial de una expiación, impuesta al amor perfecto por el que él había optado, impuesta a fin de que se expiara un ultraje en el que rebullía amenazador a la muerte, fulminándolos con la maldición de la esterilidad, mientras que aquel hijo concebido en el pecado y sin amor nacería inevitablemente. Y aunque él estaba muy furioso con mamá Hentjen, que lo ignoraba todo y que únicamente pensaba en pintar su casa en lugar de compartir con él su pavor, anheló ardientemente este tipo de expiación, y sintió de nuevo el fuerte deseo de que mamá Hentjen levantara el brazo para matarle. A pesar de todo, tuvo que felicitar a Lohberg, y mientras le estrechaba la mano le dijo: «Los beneficios se pagarán en la medida de lo posible... como regalo de bautismo». ¿Qué otra cosa podía hacer? Se pasó la mano por el pelo corto y tieso y le quedó en la palma una sensación de frescor y picazón. Por Lohberg se enteró también de que Ilona se trasladaría muy pronto a Duisburg. Y decidió que a partir del mes próximo los libros de Teltscher tenían que ser enviados por correo para su revisión todos los primeros de mes.

¿Qué más se podía hacer? Efectivamente todo estaba en orden. Erna tendría un hijo legítimo y él se casaría con mamá Hentjen y el local sería pintado y revestido de linóleo marrón. Y nadie se figuraba todo lo que se ocultaba tras estas apariencias hermosas y dulces, nadie sabía quién había hecho aquel niño que llevaría el nombre de Lohberg, y que el amor perfecto dentro del cual él había querido encontrar una salvación no era más que un fraude, una estafa descarada para encubrir que él aquí se movía como un sucesor X, un sucesor cualquiera del sastre, yendo de un lado para otro dentro de la jaula, como aquel que piensa en una libertad total y en la huida y

sólo consigue agarrarse a los barrotes. La oscuridad era cada vez mayor y la niebla nunca se disiparía al otro lado del océano.

Ahora huía con frecuencia de aquella casa que se había vuelto para él estrecha y extraña. Vagaba por los malecones, contemplaba las hileras de tinglados y observaba los barcos que se deslizaban lentamente río abajo. Iba al puente sobre el Rin, caminaba dando traspiés hasta la prefectura de policía, hasta el edificio de la ópera, y desembocaba casi siempre en un jardín público. Quedarse de pie sobre un banco —teniendo en frente a las muchachas de los tamboriles— y cantar, sí, eso era tal vez lo mejor, entonar el canto del alma prisionera que alcanza su libertad por la fuerza del amor redentor. Puede que tuvieran razón aquellos idiotas del Ejército de Salvación, que lo más importante fuera encontrar el camino del amor auténtico y perfecto. Incluso la antorcha de la libertad puede que no alumbrara lo suficiente para conducir a la redención ya que, pese a todos los posibles viajes a Italia o a América, no había sido liberado. Precisamente con trucos fraudulentos no se arregla nada, uno sigue siendo huérfano, permanece de pie sobre la nieve temblando de frío, esperando que la gracia del amor se digna descender dulcemente sobre él. Entonces, sí, entonces es posible que también descienda el milagro, el milagro de la consumación perfecta. Regreso al hogar del hijo huérfano. Milagro de una duplicación del mundo y del destino —y el hijo por quien aquél se había marchado no sería el hijo de Erna, sino el de aquella que, a pesar de todo, llevaría en su seno la auténtica vida nueva—. Pronto tendremos nieve, nieve blanda y esponjosa. Y el alma prisionera será liberada, ¡aleluya!, se erguirá sobre un banco, muy por encima de aquel que antes estaba más elevado. Y mentalmente pronunció por primera vez el nombre de pila de aquella que llegaría a ser madre gracias a él: Gertrud.

Cuando llegó a casa, escrutó el rostro de la mujer. La cara tenía una expresión amable y sus labios enumeraban fielmente lo que había cocinado por la mañana. Y como August Esch no sentía apetito, se escabulló. Le daba horror; sabía con certeza ineludible que el seno de aquella mujer había sido inmolado a la muerte, o, peor todavía, que estaba engendrando un monstruo. Estaba demasiado seguro de la maldición, plenamente convencido del asesinato que el muerto había perpetrado y seguiría perpetrando contra aquella mujer. De nuevo la pregunta le producía tanto dolor que no se atrevía a formularla... ¿Se les había negado el derecho a tener hijos o era que simplemente ellos se habían entregado tan sólo al placer? La acuciante cólera que sentía contra mamá Hentjen aumentó y de nuevo fue totalmente incapaz de llamarla con el mismo nombre con que la había llamado el difunto; sí, se juró a sí mismo no pronunciar aquel nombre hasta que ella no hubiera comprendido de qué se trataba. Pero ella no comprendía. Ella lo acogía con suavidad y realismo, y le dejaba abandonado a su soledad. Él se esforzaba en transigir con el destino: tal vez no dependía del hijo, sino que lo esencial era la buena disposición de ella, y él esperaba esta buena disposición. Pero también en esto le dejaba ella solo, y cuando él, para animarla, insinuaba que después de la boda querrían tener hijos, ella contestaba

simplemente, secamente, objetivamente: «sí», pero lo que él esperaba ella no se lo daba y durante sus noches de amor nunca le gritó que le hiciera un hijo. Esch la golpeaba, pero ella no comprendía por qué y callaba. Hasta que él llegó a la conclusión de que esto tampoco servía de nada; pues había surgido, inevitablemente, la duda de si ella habría implorado también un hijo al señor Hentjen, y ese hijo, cuyo padre él ansiaba ser, habría estado entonces en el seno de ella de manera tan fortuita como si hubiera procedido del semen de Hentjen. La mujer no puede proporcionar ninguna ayuda al hombre cuando a éste le agobia la tortura de la duda ante lo indemostrable. Y cuanto más se torturaba él, más tenía ella que dejar a las cosas que se sucedieran sin comprender por qué: no obstante, era sólo débilmente, era, por así decirlo, simbólica y alusivamente que él la golpeaba. La sublevación de Esch estaba perdiendo fuerzas.

Él reconocía que en el seno de lo real jamás podía producirse el logro absoluto, cada vez veía más claramente que la lejanía más apartada radicaba también en lo real, que toda huida carecía de sentido, así como la búsqueda de la salvación ante la muerte, el logro absoluto y la libertad; e incluso el hijo, aun saliendo vivo del cuerpo de la madre, no significa nada más que el grito casual del placer en el que fue engendrado, grito que se extingue y desvanece en el tiempo, y que nada prueba de la existencia del amante al que iba dirigido. Hijo ajeno a uno mismo, tan ajeno como el sonido extinguido, ajeno como el pasado, ajeno como el muerto y como la muerte, muñeco de madera vacío. Pues lo terrenal es inmutable, aunque a veces cambie en apariencia, y si todo el mundo naciera de nuevo no lograría el estado de inocencia a pesar de la muerte del redentor, al menos no se lograría antes de que se alcanzara el final del tiempo.

Si bien tales consideraciones no estaban muy claras, bastaron para que Esch se decidiera a instalarse, en su vida terrenal, en Colonia, se decidiera a buscar una colocación digna y a atender sus negocios. Gracias a los buenos certificados que poseía, encontró un puesto de mayor categoría y responsabilidad que el que había tenido anteriormente y reconquistó de nuevo toda la admiración y el entusiasmo que mamá Hentjen tenía reservados para él. Ella hizo revestir la taberna de linóleo marrón y, ahora que el peligro de la emigración había sido descartado definitivamente, empezó a hablar de las quimeras de América. Él condescendía en ello, en parte porque tenía la impresión de que a ella le gustaban tales conversaciones y en parte por sentido del deber: pues aunque él no llegara nunca a ver América, jamás abandonaría el camino que conduce allá, no volvería nunca atrás aunque lo invisible le persiguiera con la lanza a punto de herirle, y un saber que oscilaba entre el presentimiento y el deseo le decía que este camino sólo era símbolo y presagio de otro más alto que era necesario seguir en la realidad y del que el primer camino sólo era un reflejo terrenal, oscilante e inseguro como la imagen que se refleja en un estanque turbio. Todo esto no estaba muy claro para Esch, e incluso la palabra espiritual en la que habría que buscar la consecución de todo, y lo absoluto, no estaba

a su alcance. Pero él reconocía que era pura casualidad el que las sumas de las columnas concordaran, y por eso se consideraba con derecho a observar lo terrenal desde un peldaño superior, como desde un castillo iluminado que se elevase por encima del llano, encerrado en sí mismo frente al mundo y, no obstante, abierto a él, reflejando su imagen, y a veces parecía como si todo lo dicho, lo hecho, lo hablado y lo sucedido no fueran más que una escena representada en un escenario mal iluminado, una representación que se olvida y que nunca ha tenido lugar, algo que ha existido, algo a lo que nadie puede agarrarse sin aumentar el sufrimiento terrenal. La plenitud, por tanto, jamás tiene lugar en lo real, pero el camino del anhelo y de la libertad es infinito y nunca podrá ser hollado, es estrecho y tortuoso como el del sonámbulo, aunque se trate del camino que conduce a los brazos abiertos de la patria y a su pecho viviente. Así pues Esch se sentía un extraño en su amor, y, en cambio, estaba más unido a lo terrenal que antes; nada tenía importancia y en realidad todo permanecía al margen de lo terrenal aunque, para ser fiel a la justicia, todavía quedaba mucho que hacer en favor de Ilona. Hablaba con mamá Hentjen de la América libre, de la venta de la taberna y de la boda, como se habla a un niño al que se deja gustosamente que haga su voluntad; a veces la podía llamar de nuevo Gertrud, pese a que ella, en aquellas noches en que él se sumergía dentro de ella, se le aparecía sin nombre. Caminaban de la mano, cada cual por su camino, distinto y sin fin. Cuando se hubieron casado y hubieron malvendido la taberna a un precio excesivamente bajo, estos hechos fueron como etapas en el camino del símbolo, etapas, no obstante, en el camino del acercamiento a lo elevado y eterno, algo que, de no ser Esch un librepensador, incluso habría podido llamarse divino. Pero él sabía que, a pesar de todo, todos nosotros, en la tierra, debemos seguir nuestra senda apoyados en muletas.

IV

Cuando quebró el teatro de Duisburg, y Teltscher e Ilona estuvieron a punto de quedarse sin tener qué comer, Esch y su mujer invirtieron todo cuanto les quedaba en el negocio del teatro y muy pronto perdieron definitivamente el dinero. No obstante, Esch encontró una colocación como jefe contable en una gran empresa industrial de su país natal, Luxemburgo, y su mujer le admiró todavía más. Siguieron marchando de la mano y se amaron recíprocamente. En alguna ocasión él la golpeaba aún, pero cada vez con menos frecuencia, y finalmente dejó de golpearla por completo.

HUGUENAU O EL REALISMO

I

Huguenau, cuyos antepasados muy probablemente se llamaban Hagenau antes de que el país alsaciano fuera ocupado por las tropas de Condé en el año 1692, tenía, desde todos los puntos de vista, el aspecto de un teutón burgués. Era bajo y rechoncho; llevaba gafas desde su juventud o, para ser más exactos, desde que estudió comercio en Schlettstadt, y, cuando estalló la guerra, época en que se aproximaba a los treinta años, de su rostro y también de su carácter había desaparecido todo rasgo juvenil. Sus negocios radicaban en la región de Baden y en Würtemberg; regentaba una filial de la empresa paterna (André Huguenau, textiles, Colmar, Alsacia), pero también trabajaba por su cuenta o como representante de fábricas alsacianas a cuyos productos daba él salida en dichos sectores. Entre los de su ramo tenía fama de ser un comerciante emprendedor, prudente y sólido.

La verdad es que, gracias a su ética de comerciante, sentía mayor inclinación por los negocios ilícitos que por el oficio de las armas. No obstante, en 1917, y a pesar de que se hiciera caso omiso de su pronunciada miopía, aceptó sin rechistar lo que suele denominarse llamamiento a filas. Desde luego, durante el período de instrucción en Fulda, todavía realizó uno que otro negocio con tabaco, pero no tardó en cansarse. Y no sólo porque el servicio militar le agotara tanto que quedase inhabilitado para otras cosas, sino porque resultaba sencillamente más agradable no tener nada en que pensar. Por otra parte, ello evocaba en él sus lejanos tiempos de escolar: el alumno Huguenau (Wilhelm) todavía recordaba la fiesta de despedida del instituto de Schlettstadt y las palabras con que el director había lanzado a aquellos jóvenes entonces entusiastas del comercio a enfrentarse con la vida, vida en la que hasta ahora se había defendido muy bien y que, por el momento, tenía que volver a abandonar en aras de un nuevo período de aprendizaje. De nuevo se encontraba sumido en una larga serie de obligaciones olvidadas a lo largo de tantos años, se le trataba como a un escolar, recibía reprimendas y, frente a los aseos y su atmósfera colectiva, adoptaba idéntica actitud que en los años escolares; también la manduca centraba de nuevo el interés, y las normas de respeto y el celo ambicioso en que se hallaba involucrado imprimían a todo un evidente sello de infantilismo. Además, se encontraba instalado en un edificio que había sido escuela y, antes de dormirse, podía ver ante sus ojos la doble hilera de bombillas con pantallas verdes y blancas y una pizarra que había quedado olvidada en el aula. Durante este período, las épocas de juventud y de guerra fueron convirtiéndose de modo confuso en una unidad indisoluble, e incluso cuando el batallón se dirigió por fin al frente entonando canciones infantiles y rodeado de llamativas banderitas, cuando en Colonia y en Lieja se acuartelaron de manera primitiva, el soldado de infantería Huguenau no logró apartar de su mente la impresión de estar participando en una excursión escolar.

Una tarde su compañía fue conducida a la posición de combate. Era una línea de

construcciones atrincheradas, a las que era necesario acercarse a través de largas galerías protegidas. En los refugios reinaba una suciedad sin parangón: el suelo se hallaba cubierto de salivazos, secos o recientes, entreverados de tabaco; en las paredes se veían innumerables chorretones de orina, y resultaba imposible averiguar si hedía a cadáver o a defecación. Huguenau estaba demasiado cansado para hacerse realmente cargo de lo que veía u olía. No obstante, mientras corrían al trote en fila de a uno a través de las trincheras, lo más probable es que todos ellos se sintieran desposeídos de la protección que ofrecían la camaradería y la solidaridad y, aunque se hubieran vuelto insensibles a la total falta de higiene y no echaran de menos el elemento civilizado con que el hombre intenta defenderse del olor a muerte y a putrefacción, y aunque la superación del asco sea siempre el primer peldaño para ascender al heroísmo —de donde se desprende una extraña relación con el amor—, y aunque el pánico se había convertido para muchos durante los largos años de la guerra en la atmósfera normal e instalaran sus petates entre bromas y juramentos, ninguno de ellos ignoraba sin embargo que había sido empujado —como hombre solitario con vida y muerte solitarias— hasta aquel absurdo, un absurdo que ellos no podían comprender sino, a lo sumo, calificar de guerra de mierda.

Por aquel entonces, los distintos Estados Mayores habían comunicado que en el sector de Flandes reinaba una calma absoluta. La compañía a la que relevaron también les aseguró que no pasaba nada. Pese a ello, así que anocheció comenzó un fuego cruzado de artillería lo suficientemente inquietante como para acabar con el sueño de los recién llegados. Huguenau, sentado en una especie de catre y con dolor de vientre, tardó un buen rato en darse cuenta de que todas sus articulaciones crujían y temblaban. A los demás no les iban mejor las cosas. Había quien sollozaba. En cambio, los veteranos, como es lógico, se reían: ya se acostumbrarían, aquello solamente era una broma que todas las noches se gastaban entre sí las baterías y no significaba nada; y, sin preocuparse más de aquellos gallinas, rompieron a roncar en pocos minutos.

A Huguenau le entraron ganas de protestar: todo aquello iba contra las convenciones. Se sentía atrapado y se encontraba tan mal que, necesitando tomar el aire, en cuanto sus rodillas dejaron de temblar se deslizó sobre sus piernas entumecidas hasta la entrada del refugio, se acurrucó sobre una caja y clavó su mirada vacía en el cielo, que parecía cuajado de fuegos artificiales. La imagen de un hombre volando entre nubes anaranjadas con la mano levantada se le aparecía una y otra vez. Entonces se acordó de Colmar y de una vez en que todos los de su clase fueron a visitar el museo, donde les aburrieron con numerosas explicaciones, pero, ante un cuadro, situado en el centro, como en un altar, él había sentido miedo: era una Crucifixión y a él no le gustaban las crucifixiones. Un par de años atrás había tenido que matar un domingo en Nüremberg entre dos visitas a sendos clientes y decidió visitar la cámara de las torturas. ¡Qué interesante había sido! También allí había muchísimos cuadros. En uno se veía a un hombre que, atado a una especie de

camastro, esperaba, según rezaba la explicación, sufrir el suplicio de la rueda por haber matado a puñaladas en Sajonia a un pastor. Sobre el funcionamiento de la rueda podía uno informarse contemplando los restantes objetos de la exposición. El hombre tenía aspecto de buena persona y tan inimaginable resultaba que hubiera acribillado a cuchilladas a un pastor y que por ello estuviera condenado al suplicio de la rueda, como que uno tuviera que permanecer a la expectativa, rodeado de hedor de cadáveres y sentado en un catre. Seguro que aquel hombre también tenía dolor de vientre y que, al estar encadenado, tendría que ensuciarse encima. Huguenau escupió y dijo «*Merde!*», en francés.

Huguenau —la cabeza apoyada en un poste, el cuello del capote subido— seguía sentado a la entrada del refugio, como un centinela; ya no tenía frío, ni dormía ni vigilaba. La cámara de torturas y el refugio fueron sumergiéndose cada vez más profundamente en los colores algo sucios, aunque refulgentes, de aquel altar de Grünewald; y mientras allá afuera las ramas de los árboles elevaban sus brazos al cielo bajo la luz rutilante y anaranjada del fuego de los cañones y de los cohetes luminosos, un hombre con la mano levantada oscilaba en la resplandeciente cúpula que se abría.

Cuando empezó a apuntar el frío y gris amanecer, Huguenau se dio cuenta de que en los bordes de la trinchera había retazos de hierba y algunas margaritas tempranas. Se arrastró hacia fuera y se alejó. Sabía que podía ser abatido sin consideración alguna por las baterías inglesas y que podía atraer sobre sí los más desagradables insultos de los centinelas alemanes. Pero el mundo yacía bajo una especie de campana neumática —Huguenau no pudo evitar la imagen de una quesera—, el mundo se mostraba gris, agusanado y completamente muerto, sumido en un silencio inviolable.

II

Acariciado por el aire diáfano que anuncia la primavera, el desertor avanza desarmado a través de los campos de Bélgica. La prisa no le serviría de nada; más útil le resultará en cambio la cautelosa precaución; las armas no le protegerían. Por así decirlo, avanza como un hombre desnudo por entre la violencia. Su rostro despreocupado le protege más y mejor que las armas o la huida precipitada o la documentación falsa.

Los campesinos belgas son gentes suspicaces. Cuatro años de guerra no han ennoblecido su modo de ser. Han sufrido las consecuencias en su grano, sus patatas, sus caballos y sus vacas. Y cuando el que pretende refugiarse entre ellos es un desertor, lo miran con mayor desconfianza aún: pudiera tratarse del hombre que aporreó la puerta de su granja con la culata del fusil. Y aunque uno hable un francés aceptable y asegure que es alsaciano, en nueve de cada diez casos no le servirá de mucho. ¡Desdichado de aquel que cruza los campos como fugitivo en busca de ayuda! En cambio, el que, como Huguenau, tiene siempre a flor de labio la palabra justa y amable, o entra en la hacienda con expresión sonriente y cordial, ése sí obtendrá con facilidad permiso para acostarse en el henil y hasta es posible que, por la noche, se sienta con la familia en la penumbra de la sala y cuente las atrocidades cometidas por los prusianos o lo que éstos hicieron en Alsacia. Le escucharán y le aplaudirán; también recibirá una parte de los escasos y escondidos víveres y, si tiene suerte, cuando esté acostado en el heno recibirá la visita de alguna criada.

Claro que, en cualquier caso, siempre resultará más ventajoso conseguir asilo en una casa parroquial, y Huguenau no tardó en descubrir que la confesión era un buen medio para lograrlo. Se confesaba en francés y, con habilidad, mezclaba el pecado de haber roto su juramento de soldado con la narración de su lamentable destino. Desde luego no siempre resultaba fácil: una vez se topó con un párroco enjuto y de aspecto tan ascético y apasionado que, a la tarde siguiente de haberse confesado con él, dudaba si visitarlo o no. Cuando vio a aquel hombre de severo aspecto afanándose en su huerto con los trabajos propios de la cercana primavera, a punto estuvo de dar media vuelta y marcharse. Pero el sacerdote se le acercó y le ordenó con brusquedad: «Sígueme». Lo condujo al interior de la casa parroquial y Huguenau quedó instalado en la buhardilla, donde permaneció una semana recibiendo una precaria comida.

Vestido con un blusón azul a fin de pasar inadvertido, trabajaba en el jardín. Le despertaban para la misa y le permitían comer en la mesa de la cocina, junto al taciturno párroco. No se habló de su deserción y, en conjunto, aquéllos fueron unos días de prueba que no complacieron del todo a Huguenau. Ya había pensado incluso en volverle la espalda a aquel asilo, pese a su relativa seguridad, y proseguir su peligroso peregrinaje, cuando encontró en su cuarto —a los ocho días justos de haber llegado— un traje de paisano. El párroco le dijo que podía ponérselo y que era libre

de irse o de quedarse, pero que no podía seguir alimentándolo porque el pan andaba muy escaso. Huguenau decidió continuar caminando y, cuando se disponía a expresarle su agradecimiento al clérigo, éste le interrumpió: «*Haïssez les Prussiens et les ennemis de la sainte religion. Et que Dieu vous bénisse*». Alzó los dedos para bendecirle, trazó la señal de la cruz, y en su rostro, rostro anguloso de campesino, los ojos miraron con odio hacia una lejanía en la que probablemente se hallaban los prusianos y los protestantes.

Al salir de la casa parroquial, Huguenau comprendió con claridad que era preciso estructurar un metódico plan de fuga. Si hasta entonces se había acercado con frecuencia a los emplazamientos militares de importancia, donde podía pasar inadvertido entre los soldados, ahora esto ya no era factible. En el fondo, el traje de paisano le cohibía; era como una exhortación a que regresara a la paz y a la vida cotidiana, y le parecía una idiotez haber obedecido la orden del párroco. Había sido una torpe intromisión en su vida privada, vida privada por la que en verdad ya había pagado bastante. Aunque no se considerara precisamente como parte integrante del ejército imperial, sin embargo, como desertor que era, se sentía unido a dicho ejército de forma muy peculiar, de una forma negativa, podría decirse, y desde luego sí se sentía integrado en la guerra, guerra cuya existencia él aprobaba. Nunca soportó oír, en cantinas y tabernas, cómo la gente criticaba la guerra y los periódicos, o cómo afirmaba que los periódicos estaban comprados por Krupp para prolongar la guerra. Porque Wilhelm Huguenau no sólo era un desertor sino también un comerciante y, como tal, admiraba a todos los fabricantes capaces de producir productos con los que los demás hombres podían comerciar. Así pues, si Krupp y los barones del carbón compraban los periódicos, estaban en su derecho —sabían lo que hacían—, como tenía derecho él a llevar uniforme mientras le apeteciera. Por tanto, nada hablaba en favor de regresar al país que había dejado atrás y al que, evidentemente, había querido enviarle el párroco, vestido de paisano; nada hablaba en favor de volver a una patria que venía a significar vida absurda y cotidiana y carencia de vacaciones.

Por todo ello decidió quedarse en la zona de los rancheaderos. Se dirigió hacia el sur evitando las ciudades, buscando los pueblos y, atravesando el Hennegau, llegó a las Ardenas. Por aquel entonces, la guerra había perdido mucho de su pundonorosa corrección y ya no se perseguía con tanta severidad como antes a los desertores (había tantos que era preferible ignorarlos). Pero, con todo, todavía no ha quedado claro cómo logró Huguenau salir de Bélgica sin tropiezos; quizá haya que atribuirlo a la seguridad de sonámbulo con la que fue alejándose de zona tan peligrosa: caminaba siempre hacia delante en el aire diáfano de la temprana primavera, marchaba como sumergido bajo un fanal de despreocupación, aislado del mundo y al mismo tiempo dentro de él, y sin plantearse problema alguno. Pasó de las Ardenas a territorio alemán, a las oscuras montañas de Eifel, donde todavía era pleno invierno y donde andar resultaba harto dificultoso. Los habitantes no le prestaron la menor atención; eran poco amables, retraídos y odiaban cualquier boca que pudiera arrebatárles el

menor bocado. Huguenau tuvo que recurrir al tren y echar mano del dinero que hasta entonces había guardado. Las dificultades de la vida se le presentaban de un modo nuevo y diferente. Algo tenía que suceder para consolidar y prolongar aquel período de vacaciones.

III

La pequeña ciudad rodeada de viñedos se extendía por uno de los valles del Mosela. En lo alto se alzaban los bosques. Los viñedos ya habían sido podados, las guías colocadas en líneas rectas, interrumpidas aquí y allá por piedras rojizas. Huguenau observó con desaprobación que algún que otro propietario no había arrancado las malas hierbas de sus hazas y que esos trozos descuidados semejaban islas amarillentas y rectangulares entre las demás tierras de color rosa gris.

Pasados los últimos días de invierno, en las tierras altas de Eifel apareció de pronto la primavera. Como un signo de orden imperecedero y de apacible donaire, el sol sonreía al corazón llenándolo de alegre bienestar y alada seguridad; el miedo o la angustia que pudieran haberse infiltrado en lo más profundo del corazón, podían ahora ser barridos. Huguenau miró con satisfacción el hospital estatal del distrito situado a la entrada de la población; su larga fachada yacía bajo la tibia sombra de la mañana; le pareció muy apropiado que todas las ventanas estuvieran abiertas como en un sanatorio del sur, y se imaginó a sí mismo —lo cual le proporcionó una agradable sensación— ventilando al suave aire primaveral las salas de los enfermos. También encontró muy adecuado que el tejado del hospital luciera una enorme cruz roja; y al pasar por delante miró con benevolencia a los combatientes que, unos al sol, otros a la sombra, iban en pos de su curación enfundados en batas grises.

Allá, al otro lado del río, se hallaba el cuartel. Era reconocible por lo vulgar de su construcción, propia del erario público. Había también otro edificio parecido a un convento: el presidio, según supo más adelante Huguenau. Pero la calle descendía cómoda y suavemente hacia la ciudad; y al cruzar la puerta medieval con su pequeño maletín de fibra en la mano —como antaño lo hiciera con la maleta-muestrario—, a Huguenau no le resultó desagradable que todo ello le recordara su llegada a las poblaciones de Würtemberg —¡la de tiempo que había pasado desde entonces!—, cuando iba a visitar a algún cliente.

Asimismo, a la vista de las calles medievales, no pudo dejar de acordarse de aquel día de vacación forzosa pasado en Nüremberg. Aquí, en el electorado de Tréveris, la guerra del Palatinado no había causado tantos estragos como al oeste del Rin; las casas de los siglos xv y xvi permanecían intactas, y también el ayuntamiento gótico en la plaza del Mercado, con sus añadidos renacentistas y su torre, y, delante de aquél, la picota donde en la Edad Media se ataba a los reos para exponerlos a la vergüenza pública. Y Huguenau, que, en sus viajes de negocios y sin darse cuenta de que existían, había visitado varias de estas hermosas y antiguas ciudades, experimentó una sensación desconocida, cuya procedencia no podía determinar ni deducir, pero que inundó su espíritu de una extraña sensación de hogar. Si le hubieran asegurado que se trataba del sentimiento estético que brota del seno mismo de la libertad, se habría reído con incredulidad; se habría reído como aquel que jamás ha

vislumbrado, ni por asomo, la belleza del mundo, e incluso habría tenido razón, ya que nadie puede determinar si es en el seno de la libertad donde el alma se libra a la belleza o si es la propia belleza la que proporciona al alma un asomo de su libertad. A pesar de todo, no se habría equivocado, ya que, incluso para él, ha de existir un saber humano más profundo, un anhelo humano de libertad en el que resplandezca toda la luz del mundo y del que mane, cada domingo, la santificación de lo viviente. Además, puesto que así es y no puede ser de otro modo, es muy probable que, en el instante en que Huguenau se arrastraba fuera de la trinchera y se liberaba por vez primera de los compromisos humanos, sucediera que un reflejo del destello superior que es la libertad cayese sobre él, le fuera dado en parte también a él, y que en esos instantes ingresara por primera vez en el domingo.

Sin preocuparse por este tipo de meditaciones, Huguenau tomó una habitación en la hospedería de la plaza del Mercado. Como si pudiera disfrutar nuevamente de sus vacaciones, se dio la gran noche. A pesar de la guerra, el vino de Mosela le fue servido sin cupón de racionamiento, y seguía siendo un líquido maravilloso. Huguenau se permitió el lujo de beberse tres jarritas, lo que le llevó un tiempo considerable. Había burgueses sentados a algunas mesas, y, no siendo Huguenau uno de ellos, de cuando en cuando alguno le lanzaba una furtiva mirada inquisidora. Todos tenían sus ocupaciones, sus negocios, y él no tenía nada. Con todo, estaba contento y satisfecho. Se maravillaba de sí mismo: ¡sin negocios y no obstante satisfecho!, tan satisfecho que se entretenía pensando en las dificultades que surgirían si un hombre como él, indocumentado y sin clientela, pretendiera montar un negocio y conseguir crédito en una ciudad extraña. Resultaba divertido imaginarse las dificultades. Posiblemente el vino tenía la culpa de aquellos pensamientos. Sea como fuere, cuando Huguenau, con la cabeza algo turbia, fue en busca de su cama, no se sentía como un viajante de comercio abrumado por las preocupaciones, sino como un turista alegre y ligero.

IV

Cuando sacaron de la trinchera donde estaba medio enterrado al reservista Ludwig Gödicke, de profesión albañil, su boca, abierta para gritar, estaba llena de tierra. Su rostro era negro y azul, y su corazón parecía haber dejado de latir. Si los dos soldados de sanidad a cuyas manos fue a parar no hubieran apostado sobre si estaba vivo o muerto, hubiera sido enterrado de nuevo al instante. Que pudiera ver el sol y el mundo lleno de sol tenía que agradecerse a los diez cigarrillos que habían constituido el valor de la apuesta.

Con la respiración artificial no lograron gran cosa, pese a sus muchos esfuerzos y sudores, pero se lo llevaron, lo vigilaron bien, lo riñeron también de vez en cuando porque se empeñaba en no revelar el acertijo de su vida, que en este caso era el acertijo de su muerte, y no cesaron en su empeño hasta que lograron ponerlo en manos de los médicos. Y así fue como el objeto de su apuesta quedó allí tendido, cuatro días, en el hospital de campaña; yacía inmóvil y con la piel de color negro. Si durante aquel tiempo había en él atisbos de una última y diminuta sensación de vida, si aquella vida tan pequeña era retenida entre dolores y sufrimientos por aquel cuerpo en ruinas, o si se trataba de un suave latido bienhechor al borde de un profundo abismo, es algo que no sabemos, y el reservista Gödicke no hubiera podido proporcionar información ninguna al respecto.

La vida volvió a su cuerpo a retazos, a medios cigarrillos por así decirlo, y tanto esa lentitud como la consiguiente precaución eran convenientes y lógicas, ya que aquel cuerpo magullado exigía la más extrema inmovilidad. Durante largos días, Gödicke bien pudo creer que todavía era el niño de pañales que había sido cuarenta años atrás, víctima de una violencia incomprensible y no sintiendo sino esa violencia. De haberle sido posible, habría berreado pidiendo el pecho materno lleno de leche, y, efectivamente, llegó un momento en que comenzó a lloriquear. Comenzó durante el traslado, y se hubiera dicho que el suyo era el llanto doliente e incesante de un recién nacido; nadie quería dormir a su lado, y, una noche, un vecino de cama incluso le tiró algo. Por entonces se creyó que al fin tendría que morir de hambre, pues a los médicos les resultaba imposible conseguir que tragara alimento de ninguna clase. Resultaba inexplicable que siguiera con vida, y la opinión del médico jefe de Estado Mayor Kuhlenbeck, según la cual su cuerpo vivía gracias a la sangre acumulada debajo de su magullada epidermis, apenas merecía el calificativo de opinión y, mucho menos, el de teoría. El bajo vientre era la parte más afectada. Se le aplicaban compresas frías, pero si le servían o no de alivio era algo imposible de constatar. Tal vez sus sufrimientos iban haciéndose menos intensos, pues el lloriqueo amainaba paulatinamente. Pero al cabo de unos días estalló de nuevo y con mayor intensidad que antes: ahora parecía como si Ludwig Gödicke —o al menos puede suponerse así— fuera recuperando su alma retazo a retazo, y como si cada uno de esos fragmentos

le llegara arrastrado por una ola de sufrimientos. Y es muy posible pensar, lo que no pasa de ser una simple conjetura, que el dolor de un alma despedazada en átomos y convertida en polvo, alma a la que se obliga a recuperar su unidad, es mucho más intenso que cualquier otro tipo de dolor, mucho más insoportable que el dolor del cerebro traspasado, una y otra vez, por ondas convulsivas, mucho peor que todas las torturas corporales inherentes a dicho proceso.

Así pues, el reservista Gödicke yacía en su cama sobre cojines neumáticos hinchados y, mientras se procuraba introducir alimento en su extenuado organismo mediante sondas, pues resultaba imposible hacerlo de otro modo, su alma iba reconstruyéndose, hecho este incomprensible para el médico jefe de Estado Mayor, Kuhlenbeck, incomprensible para el médico jefe adjunto Flurschütz, e incomprensible para la enfermera Clara; su alma iba reagrupándose dolorosamente en torno a su yo.

V

Huguenau se despertó a buena hora. Es un hombre diligente. Una habitación correcta, no como la buhardilla de la casa parroquial; la cama, excelente. Huguenau se rascó los muslos. Luego intentó orientarse.

Hospedería, plaza del Mercado y, allí enfrente, el ayuntamiento.

A decir verdad, muchas eran las cosas que podían impulsarle a reanudar la trama de su vida en el punto y hora en que fue tan bárbaramente interrumpida; muchas eran las cosas que le inducían a cumplir con las obligaciones propias de un hombre de negocios y a hacer dinero actuando de intermediario en el comercio de mantequillas y textiles. Que, a pesar de ello, rechazara con disgusto cualquier idea sobre barriles de mantequilla, sacos de café o piezas de tejido le extrañó incluso a él, y era lógico que le extrañara a un hombre para quien, desde su infancia, sólo existía un tema de conversación o de reflexión: el dinero y los negocios. Y, para sorpresa suya, volvió a acordarse de las vacaciones escolares. Huguenau prefiere pensar en la ciudad donde se halla.

Los viñedos se extienden detrás de la ciudad. En muchos de ellos abundan las malas hierbas. El marido o ha muerto en la guerra o está en la cárcel. La mujer no puede cultivarlos ella sola. O tal vez se ha ido por ahí con otro. Además, los precios del vino están bajo control del Estado. Para el que no sepa vender de contrabando no vale la pena cultivar los viñedos. ¡Y en cambio los hay de primerísima calidad! Desde luego, a uno le bullen las ideas en la cabeza.

En realidad, alguna de las viudas de guerra debería vender su viña, y a bajo precio.

Huguenau se preguntaba qué compradores podrían interesarse por los caldos del Mosela. Habría que encontrarlos. Podría ganarse una sustanciosa comisión. Los vinicultores eran los más indicados. Friedrichs, en Colonia; Matter & Co., en Frankfurt. En otro tiempo, él había comerciado con ellos.

Se arregló frente al espejo. Se peinó hacia atrás. El pelo le había crecido mucho desde que el barbero de la compañía le afeitara la cabeza. ¿Cuándo había sido? Parecía haber sucedido en otra vida, una vida anterior; en realidad, ahora debía de tenerlo todavía más largo. El pelo y las uñas siguen creciendo en los cadáveres. Cogió un mechón y tiró de él hacia abajo, por delante de la frente; le llegaba casi a la punta de la nariz. No, así no puede uno moverse entre la gente. En vísperas de fiesta, hay que cortarse el pelo. A decir verdad, no era fiesta, pero sí algo parecido.

La mañana era clara. Un poco fresca.

En la barbería había dos sillones amarillos con asientos de cuero negro. El maestro barbero, hombre ya viejo y de caminar vacilante, le puso a Huguenau un blusón no muy limpio; en la parte superior, junto al cuello, le introdujo un papel. Huguenau movió un poco la barbilla hacia ambos lados: el papel le picaba.

De un clavo colgaba un periódico y Huguenau se lo hizo traer. Era el periódico local: *El Mensajero del Electorado de Tréveris* (con el suplemento *Agricultura y viticultura en la región del Mosela*). Precisamente lo que necesitaba.

Permaneció sentado, tranquilamente, examinando el periódico. Después se miró al espejo; podría tomársele por cualquiera de las personalidades del lugar. El pelo le quedaba ahora muy a su gusto: corto, recio, muy alemán. En la coronilla, un mechón más largo permitía marcar la raya. Llegó el momento del afeitado. El maestro barbero le llenó el rostro de una ligera y fría capa de espuma. El jabón era una porquería.

—Este jabón no vale nada —dijo Huguenau.

El maestro barbero no contestó; se limitó a asentar la navaja frotándola contra el afilón. Huguenau se sintió ofendido, pero al cabo de un rato dijo, como disculpándose:

—Mercancía de guerra.

El maestro barbero comenzó a afeitarlo. Con pasadas cortas, que raspaban mucho. Afeitaba tremendamente mal. No obstante, resultaba agradable dejarse afeitar. Afeitarse uno mismo forma parte de la guerra, pero es más barato. De todos modos es muy agradable que, de cuando en cuando y a modo de excepción, le sirvan a uno. Es festivo. En la pared se veía una muchacha muy escotada y, debajo, se leía LOCIÓN HOUBIGANT . Huguenau había apoyado la cabeza hacia atrás y sostenía el periódico con manos lacias. Aquel tipo le frotaba ahora la barbilla y el cuello, parecía que no iba a terminar nunca. De todos modos, Huguenau nada tenía que objetar: tenemos tiempo de sobra. Y, a fin de prolongar todavía más la operación, pidió loción Houbigant. Le pusieron agua de colonia.

Recién afeitado, hombre afeitado, refrescado y con la pituitaria impregnada de olor a agua de colonia, se encaminó de vuelta a la hospedería. Cuando se quitó el sombrero, lo olió por dentro. Olía a pomada, lo cual también resultaba reconfortante.

El comedor estaba vacío. Huguenau tomó café y la camarera le trajo también una tarjeta de racionamiento de pan. No había mantequilla, sólo una mermelada negruzca que parecía jarabe. Tampoco el café era auténtico, y Huguenau, mientras concluía a sorbos aquel brebaje tibio, calculó cuánto ganaban los fabricantes con semejante sucedáneo del café; realizó los cálculos sin sentir envidia alguna y sus conclusiones le parecieron justas. Desde luego, adquirir viñedos a buen precio en la región del Mosela no era mal negocio, al contrario, era una magnífica inversión de capital. Y, así que hubo desayunado, se puso a redactar un anuncio de compra de viñedos a precio razonable. Después se encaminó con el anuncio a *El Mensajero del Electorado de Tréveris*.

VI

El hospital del distrito estaba totalmente militarizado. El médico jefe adjunto, doctor Friedrichs Flurschütz, recorría las habitaciones de los enfermos. Llevaba la gorra de uniforme, pero también la blanca bata de médico. El teniente Jaretzki afirmaba que esto le confería un aspecto ridículo.

Jaretzki había sido instalado en el cuarto 111 de los oficiales. Fue pura casualidad, ya que las habitaciones dobles estaban destinadas a los oficiales de Estado Mayor, pero allí se quedó. Cuando entró Flurschütz, él se hallaba sentado en el borde de la cama, con un cigarrillo en los labios, y teniendo el brazo, con el vendaje deshecho, apoyado sobre la mesilla de noche.

—Bueno, ¿cómo va eso, Jaretzki? Jaretzki le enseñó el brazo.

—El médico jefe acaba de salir...

Flurschütz examinó el brazo, palpándolo con cuidado por varios sitios:

—Mal asunto... ¿Sigue progresando?

—Sí, un par de centímetros más... El viejo quiere amputar.

El brazo, lacio y enrojecido, con la palma de la mano reblandecida e hinchada y los dedos como salchichas violáceas, presentaba en torno a la muñeca una corona de pústulas amarillentas.

Jaretzki contempló su brazo, y dijo:

—¡Cómo está el pobre!

—No lo tome por la tremenda: es el izquierdo.

—Sí, claro, y como ustedes sólo saben cortar... Flurschütz se encogió de hombros:

—¿Qué quiere que le diga? Este ha sido el siglo de la cirugía, coronado por una guerra mundial con cañones... Ahora nos dedicamos a las glándulas y, en la próxima guerra, podremos tratar a la perfección los malditos gases vesicantes, pero, por el momento, no podemos hacer otra cosa que cortar.

Jaretzki dijo:

—¿La próxima guerra? No creerá usted que ésta acabará algún día...

—No hay que verlo todo tan negro, Jaretzki: los rusos ya han abandonado.

Jaretzki rió con amargura:

—Que Dios le conserve esa fe pueril y nos dé buenos cigarrillos...

Con la mano derecha —la sana— cogió un paquete de cigarrillos del compartimiento abierto situado bajo el cajón de la mesilla de noche, y se lo tendió a Flurschütz.

Flurschütz señaló el cenicero, lleno de colillas:

—No debería usted fumar tanto... La enfermera Mathilde entró:

—Bueno, ¿qué? ¿Lo volvemos a vendar...? ¿Qué opina usted, doctor?

La enfermera Mathilde parecía siempre recién lavada. Tenía pecas junto a la raíz

del pelo. Flurschütz dijo:

—¡Mierda de gases!

Permaneció un momento aún, viendo cómo la enfermera vendaba el brazo, y luego prosiguió su recorrido. En ambos extremos de los anchos corredores las ventanas estaban abiertas de par en par; no obstante, resultaba insuficiente para barrer el olor a hospital.

VII

La casa estaba en la calle Fischer, una de las callejas sinuosas que descienden hacia el río; era una construcción con entramado de madera visto en la que, evidentemente, se habían ensayado artesanías de todas clases. Junto a la puerta, un gran letrero de metal con letras de un dorado pálido anunciaba: *EL MENSAJERO DEL ELECTORADO DE TRÉVERIS. REDACCIÓN E IMPRESIÓN (EN EL PATIO).*

A través de un estrecho zaguán semejante a un pasillo —debido a cuya oscuridad tropezó en la trampa de la escalera que bajaba a la bodega— y pasando ante el arranque de la escalera que conducía a las viviendas, llegó a un patio en forma de herradura, que sorprendía por su amplitud. Junto al patio se hallaba el jardín; allí florecían algunos cerezos y, más allá, la vista se perdía hasta alcanzar las bellas laderas de las montañas.

El conjunto reflejaba el carácter rural de su antiguo dueño. Con seguridad, las dos alas del edificio habían contenido graneros y corrales; el ala izquierda constaba de un solo piso, con una estrecha escalera exterior, semejante a la de un gallinero, adosada contra el muro; probablemente, allí estuvieron antaño los cuartos de los criados. El edificio de los establos, situado a la derecha, en lugar de tener un piso, se veía cubierto por una empinada techumbre destinada a proteger el heno, y una de las puertas del establo había sido transformada en humilde ventana de hierro, tras la cual podía verse trabajar una máquina impresora.

El hombre que estaba junto a la impresora informó a Huguenau de que el señor Esch se hallaba enfrente, en el primer piso.

Así pues, Huguenau trepó por la escalera de gallinero y se topó de manos a boca con una puerta que ostentaba el rótulo REDACCIÓN, puerta que daba al despacho donde el señor Esch, propietario y editor de *El Mensajero del Electorado de Tréveris*, ejercía sus funciones. Era un hombre delgado y de rostro barbilampiño, en el que una boca de actor, enmarcada por dos largas y profundas arrugas que surcaban las mejillas, dibujaba una leve y sarcástica sonrisa, que dejaba entrever unos dientes grandes y amarillos. Su rostro tenía algo de actor, pero también de cura y de caballo.

Examinó el anuncio con expresión de juez inquisidor y como si se tratara de un manuscrito. Huguenau se llevó la mano a la cartera, de la que sacó un billete de cinco marcos, dando a entender en cierto modo y de esta manera que ésa era la cantidad que estaba dispuesto a pagar por el anuncio. Pero el otro, sin prestar la menor atención a su maniobra, le preguntó sin más preámbulo:

—¿De modo que usted pretende explotar a la gente de aquí? ¿Acaso ya se habla por ahí de la miseria de nuestros viñadores, eh?

Era una agresión tan inesperada que Huguenau tuvo la impresión de que estaba destinada a subir el precio del anuncio. Y sacó otro marco, pero obtuvo un resultado del todo contrario al que esperaba:

—No, gracias... El anuncio no se insertará en el periódico. Por lo visto, usted ignora qué es la prensa comprada. Mire, yo no me vendo ni por seis marcos, ni por diez, ¡ni por cien!

Huguenau estaba cada vez más convencido de hallarse frente a un astuto negociante. Y, precisamente por ello, no había que ceder; tal vez aquel tipo sólo buscaba una participación en el asunto, lo cual no tenía aspecto de resultar desventajoso.

—Mmm... he oído decir que esto de los anuncios también se consigue a cambio de un tanto por ciento de participación... ¿Qué tal un cincuenta por ciento de comisión? Claro está que, en ese caso, usted deberá publicar el anuncio por lo menos tres veces, desde luego... Naturalmente es usted libre de publicarlo las veces que quiera, la caridad no tiene límites —y, al tiempo que se arriesgaba a sonreír con aire de complicidad, Huguenau se sentó de golpe junto a la tosca mesa de cocina que servía de escritorio al señor Esch.

Esch no le escuchaba, sino que recorría la habitación de un lado a otro con cara de pocos amigos y con zancadas nada airoas, que cuadraban con su delgadez. El suelo, recién fregado, gemía bajo el peso de sus pasos, y Huguenau observó que estaba agujereado y que había ceniza entre las tablas del entarimado; también observó que los pesados zapatos negros del señor Esch no se ataban con cordones normales sino con hebillas parecidas a las de las sillas de montar; además, por sus bordes asomaban unos calcetines grises de punto de media. Esch monologaba:

—Ahora los buitres pretenden caer sobre estas pobres gentes... Pero si alguien intenta llamar la atención de la opinión pública sobre tanta miseria, se topa con la censura.

Huguenau cruzó las piernas y se dedicó a mirar los objetos que había sobre la mesa: una taza de café vacía con restos ya secos de haber bebido en ella; una reproducción en bronce de la neoyorquina estatua de la Libertad (¡ajajá, un pisapapeles!); una lámpara de petróleo cuya blanca mecha recordaba, confusa y vagamente, en su recipiente de cristal, un feto o una tenia conservados en alcohol... La voz de Esch sonó ahora desde un rincón:

—El censor debería ver con sus propios ojos el sufrimiento y la miseria... Esta gente acude a mí... Esto sería una traición...

Sobre una vacilante estantería había muchos papeles y montones de periódicos atados. Esch había vuelto a sus zancadas. En mitad de la pared —pintada de amarillo— y colgando de un clavo situado al azar, se veía un pequeño cuadro amarillento y enmarcado en negro, *Badenweiler y la colina del castillo*; tal vez era una vieja postal. Huguenau reflexionó: cuadros y figuritas de bronce como aquéllos quedarían muy bien en su oficina. Pero al querer recordar cómo era la oficina y qué hacía en ella, no lo consiguió; le resultaba tan lejano y poco familiar que desistió de su empeño en recordar y centró de nuevo su mirada en el excitado señor Esch, cuya chaqueta de pana y cuyos pantalones de paño, de color claro, tan mal encajaban con los toscos

zapatos; tan mal como la estatuilla de bronce con la mesa de cocina. Probablemente Esch se dio cuenta del significado de su mirada, porque gritó:

—Pero ¡por todos los diablos!, ¿qué hace usted ahí sentado todavía?

Naturalmente, Huguenau hubiera podido irse, pero ¿adónde? No era fácil trazar un nuevo plan. Huguenau se sentía colocado por una fuerza extraña sobre unos raíles de los que no podía salirse sin más ni más, ni mucho menos sin recibir un castigo. Así pues, permaneció sentado y, a fin de conservar su aplomo, se limitó a limpiar tranquilamente sus gafas, como solía hacer siempre que se enfrentaba con difíciles operaciones comerciales. Tampoco esta vez le falló el truco, ya que Esch, muy irritado, se plantó ante él y estalló una vez más:

—¿De dónde viene usted, en realidad? ¿Quién le ha enviado aquí...? Desde luego, usted no es de aquí y no pretenderá hacerme creer que tiene la intención de convertirse en viticultor precisamente aquí... ¡Lo que usted quiere es espiar! ¡Debería estar en la cárcel!

Esch se había quedado de pie frente a él. Se oyó rechinar el cinturón de cuero que asomaba por entre la chaqueta de pana. Una de las perneras del pantalón era más clara que la otra. No sirve de nada limpiarlos con cualquier producto químico, pensó Huguenau; tendría que teñirse los pantalones de negro; debería decírselo; en realidad ¿qué quiere de mí?, si de verdad desea echarme, no tiene por qué provocar primero una discusión... o sea, que quiere que me quede. En todo aquello había algo que no marchaba como era debido. Algo percibía Huguenau en su interior que le impulsaba a establecer con aquel hombre una posible camaradería y, al propio tiempo, olfateaba ventajas. Con aire conciliador, intentó ganar terreno:

—Señor Esch, le he propuesto un negocio legal, si usted quiere rechazarlo es asunto suyo. Pero si lo que pretende es simplemente increparme, seguir esta conversación no tiene ningún sentido.

Dobló las gafas y se alzó ligeramente de su asiento, insinuando así de modo simbólico que podía muy bien marcharse; sólo faltaba decirlo.

Esch no parecía, en efecto, tener ganas de interrumpir la conversación: alzó una mano con aire benévolo y Huguenau cambió su simbólica postura de marcha por la de sentado.

—Efectivamente, que yo me dedique a cultivar viñedos aquí es problemático; en eso podría usted llevar razón, aunque tampoco hay que excluirlo del todo: uno desea tranquilidad. Pero nadie quiere explotar a los demás —se acaloró—. Un tratante es tan digno de respeto como cualquier otro ser humano; sólo pretende hacer un negocio que satisfaga por igual a las dos partes; disfruta así. Además, quiero rogarle que tenga cuidado con expresiones como «espía»; en tiempos de guerra puede resultar peligroso.

Esch se sintió avergonzado:

—Yo... yo no quería ofenderle... A veces, el asco le sube a uno hasta la garganta y a la fuerza ha de salir por alguna parte... Un constructor vienés, un estafador a

todas luces, compró unos solares a precios irrisorios... Echó a las gentes de sus casas y haciendas... Y el boticario le ha imitado... ¿Para qué necesita el señor Paulsen, el boticario, esos viñedos?

¿Me lo puede usted decir?

Huguenau repitió ofendido:

—Espiar...

Esch comenzó a ir otra vez de un lado a otro:

—Emigrar, eso es lo que habría que hacer. A América. Si yo fuera más joven, lo echaría todo por la ventana y empezaría de nuevo... —Se detuvo frente a Huguenau —: ¿Por qué no está usted en el frente...? Usted es joven... ¿Cómo se las ha arreglado para poder deambular por aquí?

De pronto había recobrado su tono agresivo. Pero Huguenau no deseaba tocar aquel tema; desvió la conversación: era incomprendible que un hombre de buena posición, que ocupaba el cargo más alto de un periódico, que vivía rodeado de un hermoso paisaje, que era respetado por sus conciudadanos y que, sobre todo, ya tenía cierta edad, elucubrara proyectos de emigración.

Esch hizo una mueca de sarcasmo:

—Respetado por mis conciudadanos, respetado por mis conciudadanos... Me persiguen como perros...

Huguenau contempló la colina del castillo de Badenweiler; luego, dijo:

—Increíble...

—No me extrañaría que usted se pusiera de su parte... Huguenau trató de navegar hacia aguas más propicias:

—¿Otra vez con vagos reproches, señor Esch? Si tiene algo contra mí, ¿quiere expresarse al menos con mayor precisión?

Pero los impulsivos y agresivos pensamientos del señor

Esch no se doblegaban con tanta facilidad.

—Expresarse con mayor precisión, expresarse al menos con mayor precisión... Otra vez la absurda charlatanería... Como si fuera posible darle a cada cosa su nombre... —Se acercó a Huguenau y le gritó en pleno rostro—: Jovencito, hasta que no sepa usted que todos los nombres son falsos, no sabrá nada de nada... Ni siquiera las ropas que cubren su cuerpo son verdaderas.

Huguenau se sintió muy incómodo, y dijo que no comprendía.

—Naturalmente que no comprende... Pero que un boticario arramble con unos cuantos terrenos por un precio irrisorio, eso sí lo comprende... Y probablemente también comprende que se persiga a un hombre que llama a las cosas por su nombre, y que se le cuelgue el sambenito de comunista... y que le echen encima un censor, ¿no...? Seguro que a usted todo eso le parece muy bien. Y es muy posible que considere que vivimos en un estado justo, ¿no es cierto?

Huguenau dijo que, en todo caso, se trataba de situaciones enojosas.

—¡Enojosas! Emigrar, eso tendría que hacer... Estoy hasta la coronilla de ir

dando palos de ciego contra todo...

Huguenau preguntó qué pensaba hacer el señor Esch con el periódico.

Esch trazó con la mano un gesto ambiguo; ya se lo había dicho a su mujer en más de una ocasión: lo mejor sería venderlo todo —la casa no, la casa la conservaría—, y montar una librería, ya lo había pensado.

—¿O sea que el periódico ha sido atacado, señor Esch? Me refiero a si ya no tiene tanta difusión como antes...

No, no era eso, *El Mensajero* tenía una clientela fija entre los taberneros, los peluqueros, sobre todo en los pueblos de los alrededores; los ataques procedían de círculos muy concretos de la población. Pero estaba harto de luchar contra ellos.

—¿Tenía ya alguna idea respecto al precio el señor Esch?

—Sí, claro... Veinte mil marcos, incluida la imprenta, sería un precio de amigo. Por otra parte, él quería ofrecer a la empresa del periódico unos locales libres de gastos, durante algún tiempo, digamos cinco años, lo cual sería muy ventajoso para el comprador. Es lo que había pensado, y le parecía justo, no quería explotar a nadie, sencillamente estaba harto. También se lo había dicho a su mujer.

—Bueno —dijo Huguenau—, no pregunto por simple curiosidad, ya le he dicho que soy viajante y tal vez podría hacer algo por usted... Mire, querido señor Esch —y al decir esto dio unos golpecitos paternalistas sobre la huesuda espalda del propietario del periódico—, verá usted cómo juntos hacemos un buen negocio; nunca hay que echar con cajas destempladas a nadie sin haberle oído antes. Pero, eso sí, quítese de la cabeza lo de los veinte mil. En los tiempos que corren, nadie paga fantasías.

Muy seguro de sí y con aire jovial descendió Huguenau la escalera de gallinero.

Frente a la puerta de la imprenta había una niña sentada. Huguenau se quedó mirándola; también miró la puerta de acceso a la imprenta. Había en ella un letrero que decía PROHIBIDA LA ENTRADA A TODA PERSONA AJENA A LA EMPRESA.

Veinte mil marcos, pensó, y la pequeña de regalo.

Él era ajeno a la empresa, pero no podían prohibirle la entrada; si uno ha de tramitar una venta, antes ha de conocer la mercancía. En realidad, Esch habría tenido que mostrarle la imprenta. Huguenau pensó si debía o no llamarle para que bajara, pero luego lo dejó correr: de todos modos volvería al cabo de uno o dos días, incluso tal vez con una proposición de venta concreta (Huguenau estaba absolutamente seguro de ello); además, era la hora de comer. Así que se encaminó a la hospedería.

VIII

Hanna Wendling estaba despierta. No abrió los ojos porque aún cabía la posibilidad de recuperar el sueño que se alejaba. Pero el sueño seguía alejándose más cada vez, hasta que, finalmente, sólo quedó la sensación en la que el sueño había estado inmerso. Cuando aquella sensación comenzó a desaparecer —instantes antes de que se desvaneciera del todo—, Hanna se rindió ante la evidencia y parpadeó ligeramente mirando hacia la ventana. A través de sus rendijas se filtraba una claridad lechosa; o tenía que ser muy pronto o el día estaba lluvioso. La claridad, que entraba a ráfagas difuminadas, era como una prolongación del sueño, tal vez porque no venía acompañada del más mínimo ruido, y Hanna dedujo que por fuerza tenía que ser muy pronto. Las persianas se movían ligeramente, oscilando entre las abiertas alas de las ventanas, probablemente debido a la brisa matinal y, aspirando de modo profundo su frescor, agudizó el oído, como si así pudiera adivinar la hora. Después, todavía con los ojos cerrados, extendió el brazo hacia la izquierda y palpó la cama contigua: no estaba deshecha: el colchón, el edredón y la colcha se hallaban en perfecto orden, todo convenientemente dispuesto bajo el cubrecama de terciopelo. Antes de retirar su mano para proteger de nuevo el desnudo hombro bajo la tibieza del cobertor, volvió a pasarla por encima del blando y algo frío cubrecama, como para cerciorarse del todo de que se hallaba sola. El fino camisón se le había subido hasta las caderas, donde formaba un burujo incómodo. Esto demostraba que había vuelto a tener un sueño agitado. Entretanto, y en cierto modo como una compensación, la mano derecha descansaba sobre su suave y cálido cuerpo y, con las yemas de los dedos, acariciaba de manera casi imperceptible la piel y la pelusa de los senos. No pudo evitar acordarse de alguno de los cuadros típicos del rococó; después le vino a la mente *La maja desnuda* de Goya. Permaneció echada así un poco más. Después se bajó el camisón —era curioso que un camisón fino como un suspiro pudiera dar de inmediato sensación de calor—, pensó si volverse hacia la izquierda o hacia la derecha, y se decidió por la derecha, como si la cama contigua con su montón de ropa pudiera robarle el aire; atendió todavía un poco al silencio de la calle y se refugió en un nuevo sueño, huyó hacia un sueño nuevo antes de llegar a percibir nada que procediera del exterior.

Cuando, una hora más tarde, volvió a despertarse, se sintió incapaz de engañarse otra vez y fingir que la mañana no se hallaba muy avanzada. Para el que sólo está atado con hilos livianos y casi inexistentes a eso que se llama, o que él mismo llama, vida, levantarse por las mañanas constituye siempre una tarea muy difícil. Incluso una pequeña violencia. Y a Hanna Wendling, que sentía aproximarse las inevitables dificultades del día, le entró dolor de cabeza. Le empezó por la parte posterior del cráneo. Entrelazó las manos bajo la nuca y, al meter los dedos por entre sus cabellos y acariciárselos con suavidad, olvidó por un momento el dolor de cabeza. Después

presionó la parte que más le dolía: era como una punzada que, partiendo de detrás de las orejas, se extendía hasta la base del cráneo. Ya conocía aquel dolor. Cuando se hallaba entre la gente, el dolor resultaba a veces tan agudo que todo le daba vueltas. Tomando una decisión repentina, apartó el cobertor hacia un lado, deslizó los pies en las zapatillas, levantó las persianas aunque no del todo y, con ayuda del espejo de mano, intentó localizar a través del gran espejo del tocador el centro doloroso de la nuca. ¿Qué era lo que le dolía? No se veía nada especial. Movi6 la cabeza a uno y otro lado; las vértebras se desplazaban bajo la piel (en realidad era una hermosa nuca). También los hombros eran bonitos. Le hubiera gustado desayunar en la cama, pero estaban en guerra, y ya resultaba bastante bochornoso haberse quedado tanto tiempo en la cama. En realidad, hubiera tenido que acompañar al chico al colegio. Se lo pedía todos los días. Y lo había hecho un par de veces, pero después había vuelto a dejar esa tarea a la criada. Naturalmente, hacía ya tiempo que el muchacho debería tener una señorita francesa o inglesa. Las inglesas son mejores pedagogas. En cuanto termine la guerra, habrá que enviar al chico a Inglaterra. Cuando ella tenía la edad que él tiene ahora —sí, eso es: siete años—, hablaba mejor el inglés que el alemán. Buscó un frasquito de vinagrillo y se frotó la nuca y las sienes; se miró con detenimiento los ojos en el espejo; eran pardos con reflejos dorados, y en el izquierdo destacaba una venita roja. Era culpa de su intranquilo sueño. Se echó el quimono por encima de los hombros y tocó el timbre para que acudiera la criada.

Hanna Wendling era la esposa del abogado Heinrich Wendling. Ella era de Frankfurt. Heinrich Wendling llevaba dos años en Rumanía o en Besarabia o en cualquier otro lugar de por allá.

IX

Huguenau tomó asiento en el comedor. En una de las mesas contiguas había un oficial del ejército con el pelo blanco. La camarera le estaba sirviendo precisamente un plato de sopa, y el anciano se comportó de una manera curiosa de verdad: juntando las manos y con rostro impasible, rostro de vivos colores, se inclinó sobre la mesa con expresión piadosa y no partió el pan hasta haber concluido lo que, a todas luces, era una plegaria.

Los ojos de Huguenau, nada acostumbrados a ver semejante modo de actuar, permanecieron inmóviles; llamó con una seña a la sirvienta y, con toda desenvoltura, le preguntó quién era tan curioso oficial.

La sirvienta, inclinándose, le dijo al oído que era el comandante de la plaza, noble propietario de una hacienda situada en la parte occidental de Prusia, que había sido reincorporado al servicio activo mientras durase la guerra. Su mujer y sus hijos se habían quedado en la hacienda y él se comunicaba con ellos a diario por carta. La comandancia estaba en el ayuntamiento, pero el comandante vivía allí, en el hotel, desde que empezó la guerra.

Huguenau quedó satisfecho, pero de pronto sintió un frío que le paralizaba el estómago y, al mismo tiempo, comprendió de repente que allí sentado estaba un hombre cuya persona encarnaba el poder militar, que a ese hombre le bastaría con levantar el brazo enarbolando la cuchara para destruirle a él, y que por tanto él, Huguenau, vivía pared por medio con su verdugo. Su apetito voló. ¿No sería mejor anular la comida encargada y huir?

Entretanto, la sirvienta le había traído ya la sopa y, al tiempo que tomaba mecánicamente las primeras cucharadas, desapareció el frío que lo paralizaba, dando paso a una sensación de debilidad y de abandono casi rejuvenecedores y felices. Además, no podía huir, tenía que poner en claro el asunto de *El Mensajero del Electorado de Tréveris*.

En efecto, casi estaba de buen humor. Porque, ¿no es cierto que el hombre cree que sus decisiones y determinaciones tienen lugar en un amplio campo, cuando la realidad es que no son sino un movimiento pendular entre la huida y la añoranza, y que toda añoranza y toda huida desembocan en la muerte? Y así, prendido en esa oscilación del alma y del espíritu entre un polo y su contrario, Huguenau, el Wilhelm Huguenau que hacía un momento se disponía a huir, se sentía ahora extrañamente atraído por el hombre viejo de un poco más allá.

Comió maquinalmente —ni siquiera se dio cuenta de que aquel día tocaba pescado—, bebió mecánicamente y, en aquella realidad extrema, lúcida por así decirlo, de la que participaba desde hacía unas semanas, las cosas se disgregaron y retrocedieron, retrocedieron hasta los confines del mundo, hasta allí donde todo lo que se ha disgregado vuelve a unirse y donde la lejanía es de nuevo abolida: la huida

se convierte en añoranza y la añoranza en huida, y *El Mensajero del Electorado de Tréveris* pasa a formar con aquel comandante de pelo blanco una extraña e indisoluble unidad. No cabe expresarlo con mayor precisión o de modo más racional, pues también los actos de Huguenau se producen bajo la supresión de toda distancia, en cierto modo irracionalmente, como por efecto de un cortocircuito y sin tiempo para reflexionar; por ello, lo que Huguenau hace esperando a que el mayor concluya de comer no es esperar en realidad; lo que le lleva a levantarse en el momento en que el mayor, tras otra silenciosa plegaria, empuja la silla hacia atrás y enciende un cigarrillo es una especie de simultaneidad entre causa y efecto. Sin sentirse cohibido en absoluto, se acerca al mayor en dos zancadas, y lo aborda sin miramientos, pese a que, al hacerlo, todavía no ha encontrado ningún pretexto que justifique semejante agresión.

Pero, apenas se hubo presentado como es debido y tomó asiento sin haber sido invitado a hacerlo, cuando las palabras comenzaron a fluir con toda facilidad de su boca: se permitía comunicarle, con todo respeto, que formaba parte del servicio de Prensa y que por ello se hallaba comisionado allí; que en el lugar existía un periódico, llamado *El Mensajero del Electorado de Tréveris*, que, debido a su postura, daba mucho que pensar, y que él, provisto de los correspondientes plenos poderes, estaba allí para estudiar la situación sobre el terreno. En efecto, y... —¿qué diré ahora?, pensaba Huguenau, pero las palabras siguieron brotando a chorro como si sólo tomaran forma al llegar a sus labios—, en efecto, y... dado que las cuestiones de censura eran, en cierto modo y hasta cierto punto, competencia de la comandancia de la ciudad, consideraba deber suyo tomarse la libertad de comunicarle todo aquello al señor mayor y, al mismo tiempo, presentarle sus respetos.

Mientras duró el discurso, el mayor se echó un poco hacia atrás y adoptó una postura muy conforme con las ordenanzas militares; luego intentó objetar que para semejante asunto le parecía que lo más conveniente era seguir los trámites oficiales acostumbrados. Huguenau, que no podía permitirse que rompiera el hilo de su alocución, apenas prestó atención a las palabras del mayor y atajó su objeción alegando que, con todos los respetos, no se había dirigido al señor mayor con carácter oficial sino oficioso ya que los mencionados plenos poderes no eran estatales sino que le habían sido otorgados por las grandes industrias patrióticas. No era necesario dar nombres, ya que era de sobra sabido quiénes le habían comisionado para comprar, a buen precio si se terciaba, periódicos sospechosos, siendo como era necesario evitar a toda costa que determinadas y equívocas ideas se divulgaran entre el pueblo. Y Huguenau repitió «equívocas ideas» como si esa repetición le tornara al punto de partida y le proporcionara seguridad, como si esas palabras fueran un mullido lecho sobre el que pudiera descansar a la perfección.

Lo más probable es que el mayor no comprendiera adónde quería ir a parar, pero asintió con la cabeza, y Huguenau reemprendió el círculo de sus ideas: sí, se trataba de periódicos comprometidos y, a su juicio y al de cualquiera, *El Mensajero del*

Electorado de Tréveris era un periódico comprometido, cuya compra él no recomendaría en absoluto.

Miró al mayor con aire de triunfo y tamborileando al mismo tiempo con los dedos en la mesa, como si esperara que el comandante de la plaza le alabara y le admirara por su bien desarrollada exposición.

—Altamente patriótico, es evidente —admitió por fin el mayor—, le agradezco que me lo haya comunicado.

Huguenau debería haberse conformado con aquello y marcharse, pero tenía que lograr mejores resultados, así que dio las gracias al mayor, sobre todo por la benevolencia demostrada, y, acogiéndose precisamente a esa benevolencia, le rogó que le concediera un último favor:

—Mis representados consideran muy importante, cosa fácil de comprender, que en la compra de un periódico de este tipo, que puede considerarse en mayor o menor grado una publicación local, se tenga en cuenta la posibilidad de que haya personas del lugar interesadas en el asunto; desde luego es algo muy comprensible, por los controles, etc., etc. ¿Comprende el señor mayor?

El mayor no comprendía nada, pero dijo que sí lo entendía.

Muy bien, entonces, continuó Huguenau, su ruego se refería a que el señor mayor, persona que en aquella ocasión podía ser considerada como la más competente, tuviera la bondad de citar a algunos caballeros de confianza residentes en el lugar y con posesiones en el mismo que pudieran —con las máximas garantías de discreción, naturalmente— estar interesados en el proyecto.

El mayor opinó que, hablando en propiedad, aquel asunto incumbía a la administración civil y no a la comandancia militar; no obstante, aconsejaba al señor Huguenau que acudiera allí mismo el viernes por la noche, pues en ese día solían reunirse allí algunos consejeros municipales y otros ciudadanos respetables.

—¡Magnífico!, pero el señor mayor también ha de estar presente —dijo Huguenau, quien no cedía con facilidad—; es importante que el señor mayor patrocine la gestión; sólo así puedo garantizar su éxito, en especial teniendo en cuenta que se trata de capitales relativamente pequeños y... para muchos caballeros resultará altamente interesante ponerse así en contacto y, en cierto modo, asociarse con las grandes industrias... Magnífico, magnífico en verdad... Si el señor mayor me permite fumar...

Y, acercando un poco más su silla, cogió un cigarro del estuche, limpió los cristales de sus gafas y comenzó a fumar.

El mayor dijo que, desde luego, todo aquello presagiaba buenos auspicios, pero que lamentaba no entender nada en asuntos de negocios.

¡Oh, eso no importa en absoluto!, afirmó Huguenau, no tenía nada que ver. Y como, tal vez por virtuosismo, tal vez por afianzar la al fin lograda seguridad, tal vez por simple euforia, deseaba continuar su perorata, se acercó aún más al mayor y solicitó su permiso para comunicarle algo más, algo que, desde luego, sólo afectaba

al mayor en persona; a saber: de sus conversaciones sostenidas hasta el presente con el editor del periódico, un tal señor Esch, de quien con toda seguridad el señor mayor habría oído hablar, había sacado la impresión de que tras el periódico se ocultaba, con toda certeza, un movimiento soterrado de elementos peligrosamente subversivos, como así lo afirmaban los rumores en circulación, pero, si el proyecto relativo al periódico llegaba a realizarse, él, el mayor, estaría entonces en situación de clarificar tan oscuros movimientos en beneficio de todo el pueblo, tal como debe ser. Y antes de que el anciano pudiera replicar, Huguenau se levantó y terminó su discurso diciendo:

—Por favor, ¡oh, por favor!, no hago sino cumplir con mi deber de patriota... No vale la pena hablar de ello... Así pues, me permito aceptar su deferente invitación para el viernes por la noche.

Se cuadró ante él entrechocando los tacones y regresó a su mesa casi a paso de baile.

X

El hecho de que el señor August Esch efectuara su trabajo en la redacción de modo tan malhumorado e intransigente y de que se sintiera tan incómodo en su puesto pudiera deberse a que, durante toda su vida, y antes de que, por culpa de una herencia inesperada —lo cual sucedió ya muy avanzada la guerra—, entrara en posesión de *El Mensajero del Electorado de Tréveris* y de los bienes anejos al mismo, había ejercido la profesión de contable e incluso, durante muchos años, había sido jefe de contabilidad en una gran empresa industrial de Luxemburgo, su país natal.

Un contable —y más aún un jefe de contabilidad— es un hombre que vive según normas muy precisas, tanto interna como exteriormente, y dichas normas son tan exactas que le impiden dedicarse a cualquier otro tipo de actividad. Está acostumbrado a apoyarse en —y atrincherarse tras— esas normas, a vivir en un mundo autoritario y sumiso a la vez, mundo en el que cada cosa ocupa su lugar, mundo en el que se encuentra siempre a sí mismo y donde nada puede turbar o alterar sus puntos de vista. Pasa las páginas del libro mayor y las coteja con las del diario y con las del libro de balances; una serie de puentes ininterrumpidos conducen de unas a otras y viceversa, asegurando la vida y la obra cotidiana. Por las mañanas, el chico de los recados o una jovencita de correos traen los justificantes, y el jefe de contabilidad los firma para que los jóvenes empleados puedan incluirlos enseguida en los diferentes apartados. Hecho esto, el jefe de contabilidad puede reflexionar tranquilamente en los casos difíciles, hacer indicaciones y ordenar verificaciones. Cuando mentalmente ha organizado y aclarado un delicado caso, nuevos y sólidos puentes se tienden y se superponen a sus ojos de continente en continente, y esa maraña de relaciones entre unas cuentas y otras, esa red inextricable —y, sin embargo, tan clara para él— red en la que no falta el menor detalle, queda finalmente reducida a un único número simbólico que él ve de antemano, aunque no aparezca en los balances hasta pasados varios meses. ¡Oh, dulce excitación de los balances!, no importa que reflejen ganancias o pérdidas, pues para el contable todo negocio quiere decir ganancias y satisfacción. Si los balances mensuales provisionales significan el triunfo de la fuerza y de la habilidad, no son nada comparados con el gran balance final, que se cierra cada seis meses: en esos días él es el capitán de la nave y su mano jamás abandona el timón; los jóvenes del departamento son como los galeotes amarrados a sus puestos, y, hasta que todas las cuentas han sido cerradas, ni se tienen en consideración las pausas del mediodía ni el sueño nocturno. Pero es él en persona quien determina el saldo de ganancias y pérdidas, y también el de los balances y, concluido el saldo, él es quien traza la línea horizontal que cierra todas las cuentas, él quien sella el trabajo con su rúbrica. Pero ¡ay si el balance no cuadra aunque sea por un solo pfennig! Placer nuevo éste, aunque amargo. Con la ayuda del primer auxiliar de contable resigue las cuentas sospechosas con ojos de detective y, si ello no sirve de

nada, se vuelve a repasar toda la contabilidad efectuada en medio año. Y ¡pobre de aquél en cuyo trabajo se descubra un error!: sobre él se abaten la furia y el helado desprecio e, incluso tal vez, el despido. Pero si se descubre que el error no procede de los libros de contabilidad sino de los inventarios de los almacenes, el jefe de contabilidad se encoge simplemente de hombros, con una sonrisa o sarcástica o piadosa, porque los inventarios no son de su incumbencia y porque sabe además que en los almacenes, como en la vida, jamás puede alcanzarse el orden que mantiene en sus libros. Esboza con la mano un gesto despectivo y regresa a su despacho. Cuando, pasados semejantes días, renace la calma, no es raro ver al jefe de contabilidad abrir uno de los infolios al azar, reseguir con el pulgar una página y sumar las columnas de números para comprobarlas, alegrándose de esa habilidad suya que, sin el más pequeño margen de error, le permite dejar que sus pensamientos vuelen por encima de las cifras —que se deslizan como aceite— y disfrutar de la sorpresa, no por esperada menos agradable, de comprobar que el milagro de las cuentas se mantiene firme como una roca en el mundo de lo inconcreto. Y también puede suceder a veces que, con el corazón oprimido por la tristeza que inspira meditar sobre los nuevos sistemas, su mano se deslice libro abajo y se sienta embargado por la profunda pena de pensar que los sistemas modernos utilizan mezquinas tarjetas, en lugar de los grandes y pesados libros, y que sustituyen el arte individual por máquinas calculadoras.

Fuera de su profesión, los contables son personas irritables. Porque la frontera entre lo real y lo irreal no se percibe con claridad en parte alguna y quien vive en un mundo de obligaciones concretas no permite que en cualquier otro lugar exista un mundo cualquiera cuyas obligaciones sean incomprensibles e impenetrables para él. Por todo ello, el que se sale o es arrojado de un mundo sólidamente asentado, se vuelve intolerante, se convierte en un fanático apasionado y ascético, sí, se transforma en un rebelde. La sombra de la muerte se cierne sobre él, y el que fue contable —minado por los años— en realidad ya no sirve sino para el pequeño vivir cotidiano propio del jubilado que, cerrado a todo lo exterior y a cualquier hecho fortuito, se limita a regar el césped de su jardín y a contemplar los árboles frutales de su huerto. Pero, si todavía está fuerte y en forma para el trabajo, su vida se convertirá en una lucha agotadora contra una realidad para él irreal. Sobre todo si el destino o una herencia le han colocado en puesto tan arriesgado como el de editor de un periódico, aunque dicho periódico sea sólo un insignificante periódico de provincias. Pues probablemente no exista ninguna otra profesión que dependa tanto de lo imprevisto y de lo inseguro como la de director de un periódico, sobre todo en tiempo de guerra, cuando una noticia y su anulación, la esperanza y la desesperación, el valor y la mezquindad se confunden y se mezclan de tal modo que resulta imposible transcribir el conjunto a los libros con el debido orden; cuando sólo con ayuda de la censura puede establecerse qué es verdad y qué debe permanecer como no cierto, y cuando cada pueblo vive sumido en su realidad patriótica. Un contable no sirve para

ese puesto, y no sirve porque se inclinará por escribir que nuestras esforzadas tropas se encuentran todavía en la orilla izquierda del Marne, esperando la orden de avanzar, cuando en realidad hace ya tiempo que los franceses han ocupado la orilla derecha. Y cuando el censor suprime semejante falsedad, el contable se pondrá furioso — especialmente si es un hombre impulsivo— y le demostrará que el jefe del cuartel general ha comunicado, en efecto, la formación de una cabeza de puente en la orilla izquierda, pero que jamás ha mencionado la retirada de las tropas. Este es un mero ejemplo entre muchos —entre cientos, podría decirse—, y en todos ellos se pone siempre de manifiesto cuán imposible resulta pretender escribir en los anales de la historia con la misma exactitud que, en la notación de los hechos de carácter comercial, constituye la regla primera y primordial. Y se pone asimismo de manifiesto cómo, mediante las incorrecciones de una guerra que se ha convertido en algo incontrolable, se alimenta una rebelión para la que el hombre metódico y exacto habría ya tenido motivos más que suficientes en tiempos de paz; rebelión que aquí se convierte en una lucha necesaria e inevitable entre la Administración y la Justicia, una lucha entre dos irrealidades, entre dos violencias, una lucha que siempre tendrá vigencia, una lucha comparable a la cruzada de Don Quijote contra un mundo que se niega a doblegarse ante las exigencias del espíritu regido por el orden. El contable luchará una y otra vez por lo que es justo, cuando así lo exijan sus libros, y, por un solo pfennig, desencadenará un proceso con todos los requisitos judiciales, y, sin ser en realidad una buena persona, se erigirá en abogado del derecho menospreciado así que haya reconocido y consignado la injusticia y la ilegalidad; furioso e inflexible, permanecerá en su puesto, jinete enjuto que, lanza en ristre, arremeterá una y otra vez en defensa del honor de la cuenta que, en este mundo, debería efectuarse sin el mínimo error de cálculo.

Así pues, el trabajo de redactor del señor Esch no resultaba tan sencillo como cabría suponer. Claro que el periódico quincenal recibía de una agencia de noticias de Colonia todo el material y que, en realidad, el redactor jefe sólo tenía que seleccionar de entre las noticias candentes del día las más candentes de todas; escoger, de entre las novelas y los artículos inspirados, los más inspirados de todos y, a lo sumo, obtener por sí mismo los informes locales que, por otra parte, salían en su mayor parte de «otras fuentes». Aunque todo ello era muy simple y se desarrollara con suma facilidad mientras el señor Esch se limitó a llevar la contabilidad de *El Mensajero del Electorado de Tréveris*, contabilidad que él había reorganizado (desde luego no al estilo americano sino al italiano, más modesto), cuando el hasta entonces redactor jefe fue llamado a filas y el señor Esch tuvo que hacerse cargo personalmente de la redacción del periódico, dado su espíritu ahorrativo, típico de un contable, y las dificultades cada vez mayores en que se desarrollaban los acontecimientos, surgieron problemas de todo tipo. ¡Entonces comenzó la lucha!, una lucha en pro de la metódica evidencia de los asuntos del mundo y en contra de los falsos y falsificados pliegos de contabilidad que se pretendía divulgar entre la gente; comenzó la lucha

contra la Administración, que no toleraba que *El Mensajero del Electorado de Tréveris* informara de la verdadera situación del frente y de la retaguardia, o de los levantamientos de los marineros o de la inquietud reinante en las fábricas de armamento, que se negaba a atender las propuestas del periódico para combatir con eficacia semejantes males, más aún, que consideraba sospechoso —cuando sólo un malintencionado podría ver nada sospechoso en ello— que el señor Esch recibiera ese tipo de informaciones (se llegó a decir que, dada su condición de extranjero, puesto que era luxemburgués, sería preciso impedirle que ejerciera de redactor; recibió varias advertencias, y sus relaciones con la oficina de censura de Tréveris fueron haciéndose peores de semana en semana). No es, pues, de extrañar que el señor Esch, en lucha él mismo contra el mundo, comenzara a experimentar sentimientos de fraternidad para con las criaturas humilladas y pisoteadas, y que fuera convirtiéndose en un inconformista y un rebelde. Pero no quería reconocerlo.

XI

Historia de la muchacha salutista de Berlín 1

A las muchas intolerancias y limitaciones que llenaron la época inmediatamente anterior a la guerra, y de las que en la actualidad nos avergonzamos con razón, habría que añadir también la total incompreensión de cualquier fenómeno que cayera fuera del ámbito de un mundo que se juzgaba absolutamente racional. Y dado que entonces se acostumbraba a considerar como obligatoria la cultura occidental y sus formas de pensamiento y, por el contrario, todo lo demás era considerado carente de valor, se tendía con facilidad a incluir en la categoría de subeuropeos o despreciables todos los fenómenos que no correspondieran a una inequívoca racionalidad. Y si bajo la humilde vestidura de la paz y de la imploración surgía algún fenómeno de este tipo, como por ejemplo el Ejército de Salvación, la burla no conocía límites. Sólo interesaba lo inequívoco y heroico, en otras palabras, lo estético; se vivía bajo la influencia de un nietzscheísmo mal entendido, aunque la mayoría jamás había oído hablar de Nietzsche, y semejante pesadilla no concluyó hasta que el mundo, saciado de tanta heroicidad, se hartó de ver siempre lo mismo.

En la actualidad, yo me sumo a cualquier reunión del Ejército de Salvación que me encuentre en la calle, deposito encantado algo en su platillo y con frecuencia entablo conversación con los soldados salutistas. Y no porque sus enseñanzas sobre la Salvación me hayan convertido, enseñanzas algo primitivas, sino porque opino que nosotros, encerrados tiempo atrás entre prejuicios, tenemos la obligación ética de reparar nuestros errores en la medida de lo posible, por más que dichos errores tuvieran sólo la apariencia de una infamia estética, y, además, podamos argüir como disculpa nuestra extrema juventud de entonces. En cualquier caso, fui adquiriendo conciencia de estos conceptos muy poco a poco, tanto más cuanto que, durante la guerra, era muy raro tropezarse con salutistas. Cierto que a mis oídos había llegado noticia de que desarrollaban una actividad caritativa muy amplia, pero, así y todo, casi me sorprendió encontrar en una de las calles de la periferia de Schöneberg a aquella muchacha salutista.

Es muy probable que yo diera sensación de desaliño y desamparo, ya que mi sorprendida y amistosa sonrisa la animó a dirigirme la palabra con sumo tacto: me ofreció un folleto de los que llevaba un montón bajo el brazo. Tal vez la hubiera decepcionado que yo me limitara simplemente a comprarlo, por ello dije:

—Lo siento, pero no tengo dinero.

—No importa —respondió—, véngase con nosotros. Anduvimos a través de varias calles típicas de suburbio, junto a solares sin edificar, y yo hablé de la guerra. Creo que me tomó por un parado o, tal vez, incluso por un desertor que, por una especie de necesidad de confesión, no logra apartarse del tema que le afecta, porque

ella, evidentemente, intentaba desviar la conversación. Pero yo seguí hablando de lo mismo y despotricando. ¿Por qué? Ni siquiera hoy podría explicarlo.

De repente nos encontramos perdidos. Habíamos llegado por un camino angosto hasta un complejo fabril y, al dar la vuelta a una esquina, vimos que dicho complejo continuaba hasta muy lejos. Así que torcimos a la izquierda y tomamos por un sendero delimitado por una alambrada inútil y bastante maltrecha —no se comprendía qué pretendían delimitar aquellos alambres de púas, ya que la zona que se extendía tras ellos sólo contenía basura e inmundicias, restos de cacharros, regaderas retorcidas e innumerables vasijas que, por razones indescifrables, habían sido depositadas en aquel rincón apartado y de difícil acceso—, sendero que, finalmente, desembocó en campo abierto, no en un auténtico campo, pero campo al fin, que antes de que empezara la guerra o incluso la pasada primavera había sido labrado, como así lo demostraban los endurecidos surcos semejantes a heladas crestas de olas de barro. Era evidente que no habían llegado a sembrarlo. A lo lejos, un tren cruzaba lentamente por la llanura.

Detrás de nosotros quedaban las fábricas y la gran ciudad: Berlín. Nuestra situación no era, por tanto, desesperada, por muy ardientemente que sobre nosotros cayeran los rayos del sol de primeras horas de la tarde. Celebramos conciliábulo sobre lo que podíamos hacer. ¿Continuar andando hasta el pueblo más cercano?

—No podemos presentarnos en ninguna parte así —dije. Y ella, dócilmente, se sacudió el polvo de su oscura falda de uniforme. De tela como aquélla se hacían los uniformes de las cobradoras de tranvía. Era una tela que, con urdimbre de papel, sustituía a la auténtica.

Entonces descubrí una estaca, clavada allí a modo de señal. Nos dirigimos a ella y nos sentamos, por turno, a la delgada sombra que la estaca ofrecía. Apenas hablamos; únicamente de que yo tenía sed. Y, cuando refrescó un poco, regresamos a la ciudad.

XII

Degradación de los valores 1

Esta vida desfigurada, ¿tiene todavía realidad? Y esta hipertrófica realidad, ¿tiene vida aún? El patético gesto de una gigantesca disposición a morir se resuelve en un encogimiento de hombros (ellos no saben por qué mueren; caen en el vacío carentes de realidad y, no obstante, acorralados y asesinados por una realidad que es la suya, pues conciben su causalidad).

Lo irreal es lo ilógico. Y esta época ya no parece capaz de alcanzar mayor grado de ilógica, de antilógica: es como si la monstruosa realidad de la guerra hubiera abolido la realidad del mundo. Lo fantástico se transforma en realidad lógica; sin embargo, la realidad se disuelve en la más ilógica de las fantasmagorías. Una época, cobarde y más doliente que cualquiera de las anteriores, se emborracha de sangre y de gases venenosos; masas de empleados de banca y de traficantes se lanzan contra las alambradas, y un humanitarismo bien organizado nada impide; pero se organiza en Cruz Roja y en la fabricación de miembros artificiales. Las ciudades se mueren de hambre y sacan dinero de su propia hambre, maestros de escuela con gafas dirigen grupos de asalto, los habitantes de las grandes ciudades se alojan en cavernas, los obreros de las fábricas y otros civiles se arrastran en patrullas de reconocimiento y, finalmente, cuando, puesta a salvo la vida, llegan de nuevo a la retaguardia, sus miembros artificiales provocan la aparición de otros traficantes. Deshecha toda forma, en medio de un crepúsculo de opaca inseguridad, tendido sobre un mundo fantasmagórico, el ser humano, al igual que un niño demente, avanza a tientas, asido de los tenues hilos que penden de una lógica cualquiera —pequeña y sin resuello—, y a través de un paisaje de ensueño que llama realidad y que, no obstante, es para él una pesadilla.

El horror patético con que se califica a esta época de insensata y la patética complacencia con que se la tilda de grandiosa se justifican por la hipertrófica capacidad de concepción y falta de lógica de los acontecimientos que, aparentemente, constituyen su realidad. ¡Aparentemente! Porque una época no puede ser jamás insensata o grandiosa, cosas que en todo caso corresponden a un destino individual. Y nuestros destinos individuales son tan normales como siempre lo han sido y lo serán. Nuestro destino colectivo es la suma de nuestros destinos individuales y, conforme a una lógica de calzoncillos, cada una de esas vidas individuales se desarrolla de forma «normal». A nosotros nos parece insensato el conjunto de los acontecimientos, pero somos capaces de hallar con suma facilidad una motivación lógica para nuestro destino individual. ¿Nos hemos vuelto locos porque no nos hemos convertido en insensatos?

He aquí la gran cuestión: ¿cómo puede el individuo cuya ideología estaría

orientada en otras circunstancias hacia otras cosas, comprender —y conformarse con— la ideología y la realidad de la muerte? Podría responderse que, así como así, esto no es cierto para la gran masa, que se ve obligada a actuar, y tal vez sea cierto ahora, debido a la fatiga de guerra, pero ¡siempre ha habido y habrá, como lo hay incluso hoy, un auténtico entusiasmo por la guerra y los tiros! Podría alegarse que el hombre medio, cuya vida transcurre entre la comida y la cama, no posee en absoluto ideología alguna y que por ello es muy fácil ganarlo para la ideología del odio —en cualquier caso, la más clara de las ideologías, tanto si va dirigida contra una nación como contra una clase social— y que, además, una vida así de miserable puesta al servicio de una causa supraindividual, aunque sea una causa destructiva, puede perfectamente recibir el reflejo de un valor vital de índole social. Pero aun suponiendo que ello sea así, esta época poseía no obstante otros y más elevados valores, que le venían de no se sabe dónde, valores de los que el individuo participaba a pesar de su condición de hombre medio; esta época tenía, en alguna parte, un afán puro de saber; tenía, en cierto modo, una voluntad pura de carácter artístico; tenía un sentido social, pese a todo. ¿Cómo puede el ser humano, creador y partícipe de todos estos valores, «comprender» la ideología de la guerra, comprenderla y aceptarla sin rebelarse? ¿Cómo pudo coger un fusil, cómo pudo acudir a las trincheras para morir en ellas o para regresar a su trabajo, sin volverse loco? ¿Cómo es posible tal versatilidad? ¿Cómo pudo la ideología de la guerra hallar eco entre los hombres? ¿Cómo pudieron los hombres comprender algo de una ideología así y de su esfera de realidad? ¡Y todo ello sin mencionar el caso, perfectamente posible por otra parte, de una acogida entusiasta! ¿Pueden ser considerados locos porque no se convirtieron en insensatos?

¿Indiferentes al sufrimiento ajeno?, ¿con la misma indiferencia que permite a un ciudadano cualquiera dormir tranquilo mientras en la cárcel alguien cae bajo la guillotina o sufre garrote vil?, ¿con aquella indiferencia que, un poco más extensiva, permite a la gente que permanece en sus casas no inquietarse lo más mínimo mientras otros miles cuelgan de las alambradas? Ciertamente es la misma indiferencia y, sin embargo, va más allá aún, pues aquí no se trata solamente de una esfera de realidad que se encierra en sí misma —ajena y desligada de todo— frente a otra esfera; de lo que aquí se trata es de la unión del verdugo y de la víctima en un solo individuo, o sea, de que un ámbito único pueda conciliar en su seno los elementos más heterogéneos y de que, a pesar de ello, el individuo pueda moverse dentro de dicho ámbito con absoluta y total naturalidad. No es que se enfrenten la aceptación de la guerra y el rechazo de la misma; tampoco es una transformación del interior del individuo, el cual «mutado», por así decirlo, en un individuo de otra clase a consecuencia de cuatro años de carestía alimentaria, se ha convertido en un extraño, en alguien contrario a sí mismo; es una desintegración de la vida toda y de las vivencias, desintegración que alcanza profundidades mucho mayores que una simple disociación en individuos aislados; es una desintegración que desciende hasta las

entrañas de cada individuo y hasta su misma realidad constitutiva.

¡Ay!, conocemos nuestra propia desintegración y no nos atrevemos a interpretarla; queremos hacer responsable de ella al tiempo en que nos ha tocado vivir; pero el tiempo es superpoderoso y no podemos comprenderlo: por ello hablamos de época insensata y grandiosa. Nos consideramos normales porque, sin tener en cuenta la desintegración de nuestra alma, todo se desarrolla en nosotros según motivos lógicos. Si existiera un ser humano en quien todos los acontecimientos de nuestra época se manifestaran simbólicamente y cuyos actos lógicos fueran los acontecimientos de nuestra época, entonces sí, entonces nuestra época ya no sería insensata. Sin duda por ello ansiamos un caudillo que nos proporcione las motivaciones de unos acontecimientos que, sin él, sólo podríamos calificar de insensatos.

XIII

Vista desde fuera, la vida de Hanna Wendling habría podido calificarse de ociosa dentro de un orden. Y, por extraño que parezca, también habría podido clasificarse así vista desde dentro. Ella misma, probablemente, no lo habría clasificado de otro modo. Era una vida que, entre el levantarse por la mañana y el acostarse por la noche, pendía como un flácido hilo de seda, flácido y oscilante por falta de tensión. La vida, con la multiplicidad de sus dimensiones, perdía, en este caso especial, una dimensión tras otra; en efecto, apenas llenaba ya las tres dimensiones de su cuarto (podía decirse, y con razón, que los sueños de Hanna Wendling eran más plásticos y tenían más sangre que su estado de vigilia). Pero aunque ésta fuera también la opinión de la propia Hanna Wendling, dicha opinión no daba en el blanco, ya que esclarecía simplemente las relaciones macroscópicas de su condición de mujer joven, pero en cambio ignoraba las microscópicas, que son las más importantes: nadie en el mundo conoce la microscópica estructura de su alma, y es muy probable que tampoco deba conocerla. En el caso de Hanna, por debajo de su visible manera de vivir, totalmente flácida, existía en cada elemento una tensión constante. Si uno pretendiera cortar el más pequeño fragmento de uno de aquellos hilos visiblemente blandos, descubriría en él una torsión inmensa, una convulsión de las moléculas, por así decirlo. Lo que de ello se percibía desde el exterior podría definirse del modo más normal con la palabra nerviosismo, entendiendo este concepto como la guerra de guerrillas que el Yo ha de sostener a cada instante —incluso en los más breves— contra cada una de las partículas de lo empírico con las que su superficie entra en contacto. Pero aunque éste fuera —en su sentido más amplio— el caso de Hanna, la peculiar tensión de su ser no radicaba en la nerviosa intransigencia que manifestaba frente a las contingencias de la vida, aunque dichas contingencias consistieran en el polvo que cubría sus zapatos de charol o en las marcas que los anillos dejaban en sus dedos o, simplemente, en una patata mal cocida. No, su tensión no radicaba en estas cosas, pues todo eso venía a ser como una pequeña y rutilante agitación —algo así como el reflejo del sol sobre la superficie ligeramente agitada de las aguas—, algo que, en cierto modo, la preservaba del aburrimiento; no, sin duda no radicaba ahí su tensión, sino en la disconformidad existente entre una superficie de tan variados matices y el fondo inamovible e inmovible del mar de su alma, fondo que, como una sima, se extendía a tanta profundidad por debajo de todo lo demás que resultaría imposible distinguirlo; era disconformidad entre la superficie visible y la invisible, la que no delimita nada; era aquella disconformidad en cuya infinitud se desarrolla el más inquietante juego del alma; era la distancia inconmensurable entre el anverso y el reverso de la penumbra; una tensión sin equilibrio, una tensión fluctuante, podría decirse, puesto que, de una parte, se encuentra la vida y, de la otra, en cambio, la eternidad, que es el fondo del mar del alma y de la vida misma.

Era una vida vacía, carente de sustancialidad, y, tal vez por ello, una vida intrascendente. El hecho de que fuera la vida de una insignificante esposa de un insignificante abogado de provincias poco importa. Porque, respecto a la particular significación del destino del ser humano, no se ha progresado mucho. Y aunque el peso ético de una mujer que, en una época repleta de los horrores de la guerra, no hace nada tenga poco valor, no hay que olvidar que, de entre todos aquellos que, de grado o por fuerza, asumieron el cumplimiento de los deberes que la guerra impone, muchos, por no decir todos, habrían cambiado gustosos su destino ético por el destino sin ética de una mujer ociosa. Y tal vez —y aunque sólo sea «tal vez»— la paralización que, conforme la guerra se recrudecía y se prolongaba, iba apoderándose de Hanna Wendling fuera simplemente la plasmación de un espanto altamente ético frente a los horrores a que se veía expuesta la humanidad. Y puede también que ese espanto hubiera crecido tanto en su espíritu que ni a la propia Hanna Wendling le fuera dado percibirlo.

XIV

Al cabo de unos días, Huguenau fue una tarde a ver de nuevo a Esch.

—Buenos días, señor Esch, ¿qué le parece? El asunto está en marcha.

Esch, que estaba corrigiendo unas pruebas de imprenta, levantó la cabeza:

—¿Qué asunto?

«Imbécil», pensó Huguenau, pero dijo:

—¿Cuál va a ser? El del periódico.

—Ante todo habría que averiguar si yo estoy de acuerdo... Huguenau comenzó a desconfiar:

—¡Oiga!, no irá usted a dejarme en ridículo... ¿No estará usted en tratos con otros? —Entonces se fijó en la niña, la misma niña que había visto la otra vez ante la puerta de la imprenta—. ¿Es su hija?

—No.

—Bueno, señor Esch, si he de vender su periódico, creo que debería enseñarme las instalaciones...

Esch, con un gran gesto, le mostró el cuarto. Huguenau, intentando animarlo, bromeó:

—Así que la jovencita va incluida...

—No —dijo Esch.

Huguenau no cejó (a decir verdad, no veía muy claro por qué le interesaba tanto todo aquello):

—Pero la imprenta sí que irá incluida... Debería verla.

—¡Por mí! —añadió Esch. Se levantó y cogió a la niña de la mano—. Vamos a la imprenta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Huguenau a la niña.

—Marguerite.

—*Une petite française* —comentó Huguenau en francés.

—No —replicó Esch—, sólo su padre es francés.

—Interesante —dijo Huguenau—, ¿y la madre?

Bajaron por la escalera de gallinero.

—La madre ha muerto —dijo Esch en voz baja—. El padre era electricista, aquí, en la fábrica de papel, ahora está internado.

Huguenau movió la cabeza con aire compungido:

—Triste situación, muy triste... ¿Y se ha hecho usted cargo de la niña?

—Usted, por lo visto, quiere saberlo todo.

—¿Yo? No... Pero la niña vivirá en alguna parte...

—Vive con la hermana de su madre —dijo Esch en tono brusco—. Aquí sólo viene a comer... Son gente muy pobre.

Huguenau se sintió satisfecho de haber averiguado lo que pasaba.

—*Alors tu es une petite française, Marguerite.*

La niña se lo quedó mirando, el destello de un recuerdo pasó por sus ojos, se soltó de la mano de Esch y se asió a un dedo de Huguenau, pero no contestó.

—No sabe ni una palabra de francés... Hace más de cuatro años que internaron a su padre...

—¿Cuántos años tiene ahora la niña?

—Ocho —contestó ella. Entraron en la imprenta.

—Esta es la imprenta —dijo Esch—, sólo las máquinas y los moldes valen ya varios miles.

—Sistema anticuado —dijo Huguenau, que en su vida había visto una prensa de imprenta.

A la derecha estaba el taller de composición, las viejas y grises cajas tipográficas no le interesaban en absoluto, pero la prensa le gustó. Los ladrillos del suelo, reparados en varios sitios a juzgar por las manchas de cemento, estaban impregnados de aceite en torno a la máquina y oscurecidos. Ahí estaba la prensa, pesada y sólida, con las partes de fundición pintadas de negro, las palancas de hierro forjado relucientes, y con las juntas y los cojinetes provistos de abrazaderas de latón dorado. Un viejo operario de blusón azul frotaba las relucientes barras con un manojo de estopa, sin prestar a los visitantes la menor atención.

—Esto es todo —dijo Esch—... Vámonos. Ven, Marguerite.

Se marchó sin decir adiós y dejó a su invitado sencillamente plantado, sin más cumplidos. Huguenau miró cómo se alejaba semejante grosero y opinó que había hecho bien en marcharse; así podría observarlo todo con absoluta tranquilidad. Sacó su cigarrera, escogió un puro cuya hoja exterior estuviera algo deteriorada y se lo tendió al operario de la prensa.

El operario lo miró con aire interrogativo, pues el tabaco era algo muy raro de ver y un cigarro puro era, desde luego, un buen regalo. Se limpió la mano en el blusón azul, cogió el puro y, como no sabía a ciencia cierta cómo dar las gracias, dijo:

—Esto no es cosa corriente.

—Cierto —respondió Huguenau—. En lo que al tabaco se refiere, las cosas van mal.

—Todo va mal —reafirmó el operario. Huguenau fue todo oídos:

—Su jefe opina por el estilo.

—Todo el mundo opina igual.

No era la respuesta que Huguenau deseaba oír.

—Bueno, fume usted —le exhortó.

El hombre, usando a modo de cascanueces sus dientes ennegrecidos, mordió la punta del cigarro y lo prendió. Llevaba la camisa desabrochada, y también el blusón, de modo que se le veía la blanca pelambreira del pecho. A Huguenau le hubiera gustado cobrarse de algún modo el cigarro; el operario tenía que contarle algo:

—Una buena prensa, ¿verdad? —le animó.

—Sí, va bien —fue la escueta respuesta.

Dado que la máquina gozaba de todas sus simpatías, Huguenau se sintió ofendido en su nombre por la parquedad del elogio. Como no se le ocurría otra cosa, para romper el silencio, preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Lindner.

Después callaron definitivamente. Estaba Huguenau pensando en si debía irse o no, cuando de nuevo una mano infantil se asió a su dedo. Marguerite, que iba descalza, había vuelto sin que la oyeran.

—*Tiens* —dijo Huguenau en francés—, *tu lui as échappé*. La niña alzó sus ojos sin comprender.

—¡Ah!, es verdad, no hablas francés... Vergüenza debería darte. Has de aprenderlo.

La niña hizo con la mano un gesto despectivo, igual al que Huguenau había observado también en Esch:

—El de allá arriba también sabe francés... La niña había dicho «el de allá arriba». Huguenau se sintió satisfecho.

—¿No te gusta él? —dijo en voz baja.

Con expresión sombría, la pequeña sacó el labio inferior hacia afuera, pero de pronto se dio cuenta de que Lindner fumaba:

—¡El señor Lindner está fumando! Huguenau se echó a reír y abrió su cigarrera:

—¿Quieres tú también un puro?

La niña apartó la petaca y contestó lentamente:

—Dame dinero.

—¿Cómo? ¿Quieres dinero? ¿Y para qué necesitas tú dinero?

—Ahora empiezan muy pronto —comentó Lindner. Huguenau se acercó una silla; colocó a Marguerite entre sus piernas:

—¿Sabes? Yo también necesito dinero.

—Dame dinero —repitió la niña con obstinada lentitud.

—Te compraré caramelos. La niña calló.

—¿Para qué quieres dinero?

Aunque Huguenau sabía que «dinero» es una palabra importante, que él nunca dejaba de pensar en el dinero, de pronto le fue imposible imaginar qué había bajo esa idea, y tuvo que esforzarse mucho pensando: «¿Para qué se necesita el dinero?».

Marguerite apoyaba las manos encima de sus rodillas y se mantenía muy tiesa entre las piernas de Huguenau.

—¡Bah!, suéltela ya —refunfuñó Lindner, y a Marguerite—: A ver cuándo te vas. La imprenta no es sitio para niños.

Marguerite entornó los ojos con expresión maligna. Volvió a coger el dedo de Huguenau y tiró de éste hacia la puerta.

—Calma, calma —dijo Huguenau, al tiempo que se levantaba—. No por mucho

madrugar, amanece más temprano, ¿verdad, señor Lindner?

Lindner, sin decir nada, comenzó de nuevo a limpiar la prensa y, de pronto, a Huguenau le pareció que entre la prensa y la niña había un inexplicable parentesco, como si fueran hermanas. Y como si ello pudiera proporcionar a la máquina un consuelo, antes de alcanzar la puerta, dijo con precipitación.

—Te daré veinte pfennigs.

Cuando la niña tendió la mano, volvió a experimentar aquella extraña perplejidad frente al dinero y, con suma precaución, como si se tratara de un secreto que sólo a ellos dos les concerniera y del que nadie, ni tan siquiera la prensa, pudiera enterarse, atrajo a la niña hacia sí y se inclinó sobre su oído:

—¿Para qué necesitas dinero?

—Dámelo —dijo la pequeña, y como Huguenau no tuviera aspecto de dárselo, reflexionó con aire sombrío—: Te lo diré. —Y desprendiéndose de sus brazos, lo arrastró hasta la puerta.

Al salir al patio hacía más fresco que antes. Huguenau habría cogido encantado entre sus brazos a aquel pequeño ser cuyo calor acababa de sentir tan cerca; Esch era muy injusto permitiendo que una criatura anduviera descalza de aquí para allá en aquella época del año. Se sentía un tanto violento, y se limpió los cristales de las gafas. Hasta que la niña no volvió a tender la mano diciendo «¡Dámelos!», no volvió a acordarse de los veinte pfennigs. Pero se olvidó de preguntar para qué los quería, abrió el portamonedas y, con las puntas de los dedos, sacó las dos monedas de metal. Marguerite las cogió y echó a correr, y a Huguenau, una vez solo, no se le ocurrió nada mejor que examinar otra vez con atención los edificios y el patio. Luego también él se marchó.

XV

En el preciso momento en que el antiguo reservista Ludwig Gödicke hubo concluido de reunir en torno a su Yo los fragmentos más imprescindibles de su alma, detuvo tan doloroso proceso. A esto podría objetarse que el buen Gödicke había sido toda su vida un ser primitivo y que seguir buscando tampoco le habría ayudado a enriquecerse espiritualmente, ya que nunca, ni siquiera en los momentos cumbre de su vida, había dispuesto de un gran número de elementos para constituir su Yo. Pero esta objeción cae por su base, porque, si no es posible demostrar que Gödicke había sido un ser primitivo y que, en su nueva vida, podía ser calificado de primitivo, aún resulta más imposible suponer materiales mezquinos, fabricados como a hachazos, el alma y el mundo de un ser primitivo. Para comprender lo absurdo de dicha objeción, basta con meditar un poco acerca de la complejidad que, frente a las lenguas de los pueblos cultos, presentan las lenguas primitivas. Así pues, es del todo imposible determinar si el antiguo reservista Gödicke había escogido entre los fragmentos de su alma con estrechez de miras o no, cuántos había aceptado y cuántos había rechazado en la reconstrucción de su Yo; sólo es posible afirmar que vagaba por el mundo con la sensación de que le faltaba algo que alguna vez había formado parte de su ser, algo que, si bien no necesitaba del todo en su nueva vida, era no obstante un elemento que echaba de menos, pese a que, forzosamente, debía negarle la entrada, porque de lo contrario le habría matado.

Y que algo le faltaba era cosa fácil de constatar en la parquedad de sus funciones vitales. Podía andar, aunque con dificultades; podía comer, pero sin ganas, y la evacuación —como todo lo que se relacionaba con su destrozado bajo vientre— le producía penosas fatigas. Tal vez pudiera incluirse entre estas fatigas lo mucho que le costaba hablar, pues con frecuencia experimentaba en el pecho el mismo peso que en sus intestinos: como si la argolla de hierro que le rodeaba el vientre le ciñera también el tórax impidiéndole hablar. Pero esta imposibilidad, esta dificultad total para sacar de él la más insignificante de las palabras, tenía sin duda sus raíces en la parquedad con que había reedificado su Yo, parquedad que, aun permitiéndole los más escasos y míseros cambios de material, no le autorizaba ninguna otra actividad, aunque se limitara al simple aliento que exige una sola palabra, que habría significado un déficit irremplazable.

Así pues, se paseaba por el jardín apoyado en sus bastones, la larga barba caída sobre el pecho, y sus castaños y profundos ojos que, por encima de las pronunciadas arrugas de las mejillas, brillaban bajo las pobladas y oscuras cejas, fijos en el vacío. Llevaba, indistintamente, la bata del hospital o el capote del uniforme, según la enfermera le preparara la una o el otro, y, con toda seguridad, ni se daba cuenta de que se hallaba en un hospital, ni de que frente a él se extendía una ciudad cuyo nombre ignoraba. El albañil Ludwig Gödicke había construido, por así decirlo, un

andamio para el edificio de su alma y, cuando caminaba apoyado en sus bastones, tenía la sensación de ser realmente un andamio ambulante, con toda clase de puntales y jabalcones. No obstante, era incapaz de decidirse a acarrear —mejor dicho, le era imposible— por sí mismo piedras y ladrillos para el edificio. Antes bien, todo cuanto hacía o pensaba hacer, puesto que hacer no hacía nada, se centraba en la tarea de construir dicho andamio como tal, de perfeccionar ese andamio en el que había toda clase de escaleras y de comunicaciones, un andamio que, a medida que pasaban los días, iba haciéndose más y más desconcertante, y por cuya solidez habría que preocuparse, solidez que constituye la finalidad de todo andamio, no por ello menos auténtica, pues del centro del andamio, como de cada una de sus partes sustentadoras, pendía el Yo del constructor Ludwig Gödicke, y era preciso preservarlo del vértigo.

El doctor Flurschütz había pensado muchas veces en confiar aquel hombre a un sanatorio mental. Pero el médico jefe de Estado Mayor, Kuhlenbeck, opinaba que el trauma psíquico era simple consecuencia del sepultamiento que había sufrido y que no obedecía a causa orgánica alguna, por lo que el enfermo lo superaría con el tiempo. Y como poco a poco se había vuelto un paciente silencioso cuyos cuidados no ofrecían ninguna dificultad, se acordó continuar el tratamiento del antiguo reservista hasta que sus fracturas corporales estuvieran curadas del todo.

XVI

Historia de la muchacha salutista de Berlín 2

Únicamente en verso puede decirse aquello
que absurdo le parece al que habla sólo prosa;
que los versos excusan de rígidas razones
y licencia nos dan para cantar mil cosas;
para cantar la angustia que brota de los pechos
en los días fantasmas, tras las noches de vino,
como brotan los himnos que a coro y con su banda
el tenaz Ejército de Salvación entona.
Y con él va Marie por tabernas y calles,
y con él va Marie por Berlín, sin vergüenza;
mal le sienta la ropa salutista y peor
el sombrero de paja de su triste uniforme.
Todavía es muy joven y ya se la ve ajada;
el himno que ella canta, con todo y ser menguado
y parecerle absurdo, lo canta con ahínco,
y el himno le da alas y le imprime entusiasmo.
Marie —ése es su nombre— vive en el viejo hospicio,
donde el olor a agrio invade los pasillos
—olor a col podrida, a hollín de las estufas—,
donde incluso la higiene apesta a carne herida,
donde en pleno verano se tiritita de frío,
donde aguardan los viejos sentados en la sala
apestando el ambiente con su fétido aliento
y con sus pies cansados que hieden a sudor.
Aquí vive Marie, aquí en el portal entra,
aquí tiene su cama, entre cuatro tabiques
de madera pardusca, presidida en lo alto
sobre la cabecera, por una cruz de leño;
y aquí, arrodillada, da gracias por sus penas
y llena de impaciencia aguarda su destino,
el que el Crucificado le envíe desde el Cielo.
Aquí duerme Marie; sus noches son sonoras;
pero, por la mañana, se lava en agua fría,
porque el agua caliente fue expulsada de casa.
Aún la luz del cielo de gris anda teñida;
el aire está en silencio y, con frecuencia, es
como una suave vela empapada de agua

que en ocasiones tiembla y en otras pende flácida.
Es la hora en que vanas resultan muchas cosas,
es la hora en que todo carece de esperanza.
¿Quién se siente capaz de esperar la alegría
o de hacer para sí eterno y bello el día?
¿Quién se siente capaz, por más que lo desee,
de entablar la amistad tanto tiempo soñada,
en un día como éste, que nace solitario?
Marie prescinde de ello; prepara el desayuno,
barre, limpia y se asoma a la ventana un rato,
y un acto tan sencillo representa el triunfo:
las cosas y la calle respiran Bendición.

XVII

Raras veces iba Hanna Wendling a la ciudad. Odiaba el camino, y no sólo la polvorienta carretera, cosa en definitiva comprensible, sino que también odiaba el sendero que corría a lo largo de la orilla del río. No obstante, por él apenas se invertían veinticinco minutos y por la carretera tan sólo un cuarto de hora. En el fondo, nunca le había gustado aquel camino, ni siquiera en la época en que iba todos los días a buscar a Heinrich a la salida de la cancillería. Después tuvieron el coche, pero un par de meses nada más, porque enseguida estalló la guerra. Hoy el doctor Kessel la llevaba en su cabriolé a la ciudad.

Iba de compras. Su traje nuevo sólo la cubría hasta los tobillos y notaba las miradas de la gente puestas en sus pies. Tenía un gran sentido de la moda; siempre lo había tenido; intuía la moda como quien se despierta a una hora determinada sin necesidad de reloj. Para ella, las revistas de actualidad eran siempre una confirmación posterior. Y el hecho de que la gente mirara sus pies también era en cierto modo una confirmación. Desde luego, hay muchas personas capaces de despertarse puntualmente sin necesidad de despertador, como hay muchas mujeres con un acertado sentido de la inmanente lógica de la moda, pero las personas que poseen tal habilidad se consideran la mayor parte de las veces como únicas en su género. Por ello Hanna Wendling se sentía un tanto orgullosa y, aunque intuía que su orgullo resultaba injustificado, podía observarse en ella un ligero asomo de remordimiento frente a las demacradas mujeres que hacían cola ante las panaderías. Sólo al pensar que, con un mínimo sentido de la moda, cada una de aquellas mujeres podría acortarse la falda, cosa que no costaba ningún dinero —la doncella había tardado una hora ni más ni menos, incluyendo el cosido del nuevo dobladillo—, sólo entonces el orgullo volvía de nuevo a parecer justificado. Y como el orgullo engendra buen humor, sucedió que a Hanna Wendling ni le molestaron las negras uñas del verdulero ni las moscas que revoloteaban por la tienda, ni tan siquiera se irritó por un momento al comprobar que llevaba los zapatos sucios de polvo. Su forma de caminar lentamente por las calles, deteniéndose frente a éste o a aquel escaparate, tenía toda la impronta virginal o monástica —cosa observada con frecuencia durante la guerra— propia de las mujeres por largo tiempo separadas de sus maridos y a los que siguen siendo fieles. Pero como en este momento Hanna Wendling se sentía un poco orgullosa, su rostro aparecía despejado y el suave e indefinible velo que, como precursor de la edad otoñal, se extiende por tales rostros ¡había sido retirado por una mano invisible! Su cara recordaba el primer día de la primavera que sigue a un invierno excesivamente largo.

El doctor Kessel que, antes de subir al hospital militar, efectuaba en la ciudad sus visitas, la llevaría de vuelta a casa. Habían quedado citados frente a la farmacia. Cuando ella llegó, el cabriolé ya estaba allí, y el doctor Kessel charlaba con Paulsen,

el farmacéutico. Lo que cabía pensar del farmacéutico Paulsen no era preciso explicárselo a Hanna Wendling, cuya experiencia iba tal vez más allá de aquel caso particular: todos los hombres que se saben engañados por su propia mujer manifiestan ante las demás mujeres una galantería especial y singularmente hueca; no obstante, se sintió halagada cuando él se precipitó a su encuentro con estas palabras:

—¡Qué encantadora visita! Como un suave día primaveral.

Hanna Wendling que, en ocasiones semejantes, solía apartar de sí a todo el mundo, sin distinciones, hoy, porque se sentía libre y liberada, resultaba accesible incluso a los cumplidos de un rimbombante farmacéutico. Era una oscilación de uno a otro extremo, una oscilación entre la cerrazón total y la absoluta apertura, una falta de moderación de las actitudes, como suele suceder en las personas tensas, y desde luego del todo diferente a la falta de moderación propia de los Papas del Renacimiento; era la ausencia de control y también la vulgaridad de una burguesa que carece de instinto de los valores. Cuando menos, podría afirmarse que, habiendo tomado asiento en el banco de terciopelo rojo de la farmacia, lo que ahora impulsaba a Hanna Wendling a lanzar amistosas y brillantes miradas al farmacéutico Paulsen, concediendo así al lirismo del boticario un sentido en el que ella creía y no creía al mismo tiempo, era una carencia del instinto de los valores. Sí, se enfadó mucho con el doctor Kessel porque él, a quien sus obligaciones reclamaban en el hospital, advirtió que era tiempo de irse, y, cuando ella se sentó a su lado en el coche, su rostro se hallaba de nuevo ensombrecido por un velo.

Durante todo el camino y, luego, también en su casa, habló con monosílabos. Ni ella misma comprendía por qué se resistía tanto a regresar a Frankfurt, a casa de sus padres, mientras durase la guerra. Que en la pequeña población era más fácil procurarse alimentos, que en conciencia no podía dejar sola la casa, que el aire era aquí más sano para el chico, todo ello eran razones aparentes, que sólo servían para encubrir aquel extraño estado de distanciamiento, un distanciamiento alienado que era imposible negar. Era «huraña», incluso ella se lo había dicho al doctor Kessel; «huraña» repetía, como si al decirlo pudiera hacer responsable de ello a Heinrich, del mismo modo que le echaba en cara que hubiese dado los morteros de cobre de la cocina para la colecta de metales. Y ese misterioso distanciamiento atañía incluso al muchacho. Cuando se despertaba por las noches, le costaba un gran esfuerzo imaginar que el chico dormía en la habitación contigua, y que era su hijo. Y cuando pulsaba algunas teclas del piano, no era su mano la que lo hacía, sino unos dedos que se habían convertido en extraños y rígidos, y sabía que acabaría por perder incluso la música. Hanna Wendling se dirigió al baño para borrar de su cuerpo la mañana pasada en la ciudad. Se observó con atención en el espejo, intentando averiguar si aquél seguía siendo su rostro. Lo era, pero lo encontró tan velado que, aunque en realidad le gustaba que así fuera, hizo responsable a Heinrich.

Por lo demás, ahora solía sorprenderse a sí misma pensando en su marido como en un nombre lejano y llamándolo para sus adentros tal y como hacía delante de la

servidumbre: doctor Wendling.

XVIII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 3

Durante algunas semanas perdí de vista a Marie, la muchacha salutista. Por aquel entonces Berlín se parecía... Sí, ¿a qué o a quién se parecía? Eran días de mucho calor, el asfalto se hallaba reblandecido, a veces resquebrajado y hundido, nada se reparaba, las mujeres llevaban la voz cantante, por disposición del gobierno ejercían funciones, o eran cobradoras de tranvía o trabajaban en cosas semejantes. Los árboles de las calles se veían marchitos ya en primavera, parecían niños con cara de viejo, y el viento, al soplar, levantaba remolinos de polvo y trozos de periódicos. Berlín se había convertido en una ciudad más provinciana, más natural, si se quiere, pero, precisamente por ello, artificial; parecía, por decirlo de algún modo, la copia de sí misma. En la casa donde alquilé una habitación, había dos o tres cuartos ocupados por refugiados judíos procedentes de la región de Lodz; en realidad, nunca pude averiguar ni cuántos eran ni qué lazos les unían. Había viejos con botas altas y rizos en las sienes, y en una ocasión me tropecé con uno que, bajo el caftán, lucía medias blancas hasta las rodillas y zapatos con hebilla, como los que se llevaban en el siglo XVIII. Había hombres que dejaban asomar el caftán mediante un simple y alargado corte en sus chaquetas, y jóvenes de rostros curiosamente lechosos y barbas algodonosas, que parecían postizas como las de teatro. Había alguno que vestía el gris uniforme de campaña, y hasta el uniforme parecía tener algo de caftán. A veces venía un hombre de edad indefinida vestido con un terno de ciudad; su barba, de color castaño, muy recortada, aunque sin afeitar junto a las sienes, le enmarcaba el rostro como al «tío Krüger»; siempre llevaba un bastón y unos quevedos colgando de una cinta negra. Enseguida le tomé por un médico. Naturalmente, también había mujeres y niños, matronas peinadas con postizos, y muchachas que vestían según una curiosa moda.

Con el tiempo fui cazando alguna palabra del yiddish alemán que hablaban. Claro que, lo que se dice entenderlo, no llegué a entenderlo jamás. Pero a ellos les parecía imposible, pues, cuando nos cruzábamos, interrumpían los gruñidos guturales que tan extraños parecían en boca de dignos ancianos y me miraban con timidez. Casi todas las noches se sentaban a oscuras en sus cuartos y, por las mañanas, cuando yo atravesaba el vestíbulo, lleno de vestimentas de todo tipo, y donde la criada limpiaba los zapatos, veía con frecuencia junto a la ventana a uno de los más viejos. Ceñidas en torno a la frente y a las muñecas llevaba las filacterias, movía el busto al ritmo del cepillado de los zapatos y, besando de tanto en tanto los flecos de su manto ritual, pronunciaba frente a la ventana abierta, y con labios marchitos y febriles, palabras febriles y marchitas. Tal vez porque la ventana daba al este.

Me sentía tan atraído por el ir y venir de los judíos, que dedicaba muchas horas

del día a observarlos. De las paredes del vestíbulo colgaban dos grabados que reproducían escenas típicas del rococó, y no pude evitar preguntarme si ellos podrían reconocer aquellos cuadros, y otras cosas, y mirarlos con los mismos ojos que nosotros. Y, entregado a estas observaciones, me olvidé de Marie, la muchacha salutista, pese a que, en cierto modo, la relacionaba con todo aquello.

XIX

El brazo del teniente Jaretzki había sido amputado. Por encima del codo. Kuhlenbeck hacía las cosas a conciencia. Lo que quedaba de Jaretzki se hallaba sentado en el jardín del hospital, sentado junto a los árboles, contemplando el manzano en flor.

Inspección del comandante de la plaza.

Jaretzki se puso en pie, intentó cogerse la mano enferma, fue un gesto en vano. Luego permaneció en posición de firmes.

—Buenos días, teniente, ¿de nuevo sano y salvo?

—A sus órdenes, mayor. La verdad es que me falta un buen trozo.

Se diría que el mayor Von Pasenow se sentía responsable del brazo de Jaretzki, porque dijo:

—Mala guerra esta... ¿No prefiere sentarse, teniente?

—Con todo respeto, gracias mi comandante.

—¿Dónde le hirieron a usted?

—No me hirieron, mi comandante... Fueron los gases. El mayor miró el muñón del brazo de Jaretzki:

—No comprendo... Los gases producen la muerte por asfixia...

—Tienen efectos secundarios, mi comandante.

El mayor permaneció unos minutos pensativo. Luego dijo:

—Un arma indigna de caballeros.

—Desde luego, mi comandante.

Ambos pensaron que también Alemania usaba aquellas armas indignas de caballeros, pero no lo dijeron. El mayor preguntó:

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintiocho, mi comandante.

—Al principio de la guerra, todavía no se usaban los gases.

—No, mi comandante, creo que no.

El sol bañó con sus rayos el largo muro amarillo del hospital. En el cielo flotaban algunas nubes blancas. La gravilla del paseo se hundía con fuerza en la tierra negra y por la linde del césped se arrastraba una lombriz de tierra.

El manzano era como un grandioso ramillete de colores claros.

Vistiendo su bata blanca, el médico jefe de Estado Mayor salió del edificio y se les acercó. El mayor dijo:

—Le deseo un pronto restablecimiento.

—Gracias, con todo respeto, mi comandante —dijo Jaretzki.

XX

Degradación de los valores 2

Tal vez el horror de esta época se haga evidente con mayor claridad en las experiencias arquitectónicas. Siempre vuelvo a casa arrastrando conmigo un cansancio gris cuando he estado andando por las calles. No preciso observar una a una las fachadas de las casas; me producen malestar sin necesidad de alzar mis ojos hacia ellas. A veces busco refugio en las construcciones nuevas, tan elogiadas, pero, con su gótico —y seguro que no soy justo—, los almacenes de Messel, un gran arquitecto sin duda, me resultan algo grotesco, algo que me irrita y me cansa. Me cansa tanto que apenas si soy capaz de recuperarme contemplando los grandes edificios clasicistas. Y, no obstante, me gusta la grandiosa claridad de la arquitectura de Schinkel.

Estoy seguro de que en épocas anteriores jamás el hombre había contemplado con asco y repugnancia las obras arquitectónicas; esta experiencia nos ha sido reservada a nosotros. Hasta el neoclasicismo, construir constituía una función natural. Es posible que el hombre ni tan siquiera notara los edificios nuevos, como tampoco se da uno cuenta de que han plantado un nuevo árbol, pero, si los veía, entonces sabía que algo bueno y natural había sucedido. Así es como Goethe veía aún las construcciones de su época.

No, no soy un esteta ni lo he sido nunca, seguro, por mucho que determinados hechos hayan podido provocar esta sensación, y tampoco me mueve un sentimentalismo nostálgico hacia el pasado ni la aureolada visión de épocas pretéritas. No, detrás de todo mi asco y mi cansancio se oculta una idea ya vieja y muy bien fundada: la idea de que nada hay más importante para una época que su estilo. Cualquier época de la humanidad que se haya caracterizado por algo que no sea su estilo, sobre todo su estilo arquitectónico, no merece el nombre de época, y no lo merecerá hasta que sea dueña de un estilo propio.

Se me puede objetar que mi cansancio y mi irritabilidad obedecen a una pésima alimentación; se me puede decir que esta época tiene su estilo expreso en el hormigón armado, las máquinas y los cañones; se me puede asegurar que sólo las generaciones venideras comprenderán el estilo de esta época. ¡De acuerdo! Todas las épocas poseen un estilo, no importa cuál, por insignificante que sea, incluso los años de creación del Imperio alemán tuvieron un estilo propio, pese a todo su eclecticismo. Más aún, admito que la voluntad de estilo ha sido sencillamente desbordada por la técnica, que los nuevos materiales no han sido usados todavía según todas sus adecuadas formas de expresión y que, de momento, toda esta intranquilizadora desproporción no es sino una finalidad que no ha alcanzado sus objetivos. De todos modos, nadie me podrá negar que, ya sea por los nuevos materiales, ya sea por la

incapacidad de las personas, el nuevo estilo arquitectónico ha perdido algo, sí, algo que ha desechado a ciencia y conciencia y con absoluta razón: el rasgo distintivo de lo ornamental. Desde luego, afirmando que hasta ahora no se había construido adecuándose a los materiales y que, hoy, es posible prescindir de lo ornamental por superfluo, se puede considerar esto —y hasta ensalzarlo— como una virtud. Pero la expresión «adecuándose a los materiales», ¿no es simplemente un tópico moderno? ¿Acaso el gótico u otro estilo cualquiera no construyeron de acuerdo con los materiales del momento? El que considera lo ornamental como algo accesorio no ha comprendido con claridad la lógica interna de una construcción. El concepto «estilo arquitectónico» es pura lógica, una lógica que penetra el conjunto de la obra construida, que abarca desde los planos hasta el alzado y, dentro de esta lógica, lo ornamental es lo último, la expresión diferencial, en lo pequeño, de la idea básica, única y unificada, del conjunto. Tanto si se trata de incapacidad para la ornamentación como si se pretende rechazarla, ambas cosas significan lo mismo, no quieren sino decir que las formas de expresión arquitectónica de esta época se diferencian vivamente de todos los estilos anteriores.

No obstante, ¿de qué sirve este punto de vista? Ni es posible crear formas ornamentales mediante el eclecticismo ni es posible lograr artificialmente nuevas formas sin caer en la extravagancia pictórica de un Van der Velde. Lo que permanece es una profunda inquietud, inquietud y certidumbre de que este estilo arquitectónico, que no lo es en realidad, representa simplemente un síntoma, el *memento* de un estado de espíritu que tiene que ser la negación del espíritu de esta época que, a su vez, es negación de época. Y verlo me cansa. Si pudiera, jamás volvería a salir de mi casa.

XXI

Aparte de que la comida en la hospedería era cara y de que él no quería permitirse esos lujos antes de haber encontrado una nueva forma de ganarse la vida, Huguenau tenía la firme impresión de que, si se dejaba ver con frecuencia por el mayor, podía malograr el asunto que se traía entre manos. Hacer más gestiones podría ser contraproducente, y parecía mucho más conveniente que el mayor se olvidara de él hasta el encuentro del viernes. Así pues, Huguenau comió en una fonda humilde y no apareció por el comedor de la hospedería hasta el viernes por la noche.

No se había equivocado. Allí estaba el mayor, que, cuando él se acercó y, de forma premiosa pero cordial, volvió a darle las gracias por el honor que le hacía con su amable invitación, se mostró altamente sorprendido.

—Claro, claro —dijo el mayor, cayendo al fin en la cuenta—, le presentaré a esos caballeros.

Huguenau le dio las gracias y tomó asiento, discretamente, en otra mesa. Pero, cuando el mayor concluyó de cenar y alzó la vista, Huguenau le sonrió levantándose un poco, como para indicar que estaba a sus órdenes. Juntos se dirigieron a una pequeña habitación contigua, donde los señores más importantes de la burguesía local solían reunirse los viernes.

Ya estaban todos reunidos, incluso el alcalde estaba con ellos. Huguenau no pudo retener todos los nombres. En cuanto entró, tuvo la sensación de que le acogían con simpatía y presintió que el éxito sería completo. Y su corazón no le engañaba. La mayoría de aquellos señores ya sabía de su presencia en la ciudad y en la hospedería: había sido frecuente tema de conversación y, según le contó después a Esch, sus manifestaciones fueron acogidas con vivo interés. La velada concluyó con resultados extraordinariamente positivos.

En definitiva, no era de extrañar. Aquellos señores tenían la impresión de participar en un conciliábulo secreto y, al propio tiempo, constituían una especie de tribunal de la santa Vehme^[1] encargado de juzgar al rebelde Esch. Y si Huguenau halló a su auditorio tan favorablemente dispuesto a escucharle, no se debía sólo a su firme voluntad de ganárselos, ni tampoco a su sonámbula seguridad, sino al hecho de que él no era un rebelde, sino al contrario, alguien que se preocupaba de sí mismo y de su bolsillo, o sea, que se debía también a que hablaba un idioma que todos comprendían.

A Huguenau le hubiera sido fácil conseguir que aquellos señores suscribieran los veinte mil marcos que pedía Esch. Pero no lo hizo. Una especie de más que oculto temor le advertía que todo debía mantenerse en el terreno de lo eventual y de lo aún por realizar, porque la auténtica seguridad financiera flota más allá o por encima de las vaguedades, y porque una solvencia en exceso amplia resulta tan peligrosa como cualquier otro crédito inexplicable. Esto puede parecer absurdo; no obstante, ante

cualquier hecho absurdo cabe la posibilidad de pensar algo sensato, y así fue como Huguenau pensó con gran sensatez en aquello, lo que, cosa curiosa, le llevó a una conclusión idéntica: si él pidiera o aceptara de estos señores una suma de dinero excesiva, a alguno podría ocurrírsele exigirle documentos que le acreditaran; en cambio, si él se mostraba distante y rechazaba participaciones demasiado elevadas, reservando así la parte más importante de las consignaciones para su propio grupo (legendario), quedaría fuera de duda que en él tenían al exponente de los grupos industriales del imperio poseedores de los capitales más fuertes (Krupp). Y, realmente, nadie dudó y, al final, incluso el mismo Huguenau llegó a creérselo. Quedó bien sentado que le era imposible conceder a tan honorables caballeros una participación superior a un tercio de los veinte mil marcos en cuestión, o sea, seis mil seiscientos marcos en total; no obstante, él se hallaba dispuesto a hablar con su grupo para ver si se contentaba con una sencilla mayoría del cincuenta y uno por ciento, en lugar de dos tercios, y, además, tomaba encantado buena nota de ello, con vistas a ulteriores ampliaciones de capital; de momento, y por mucho que él lo lamentara, los caballeros tendrían que conformarse con esa pequeña suma.

Era una noticia poco agradable para los caballeros, pero nada se podía hacer para evitarlo. Se acordó que, en cuanto Huguenau hubiera efectuado la compra de *El Mensajero del Electorado de Tréveris*, se extenderían acciones provisionales a cambio de los pagos, y que, tras nuevos intercambios de opinión con el grupo central, la empresa adoptaría la forma de una sociedad limitada o de una sociedad anónima. Se acordaron las futuras reuniones del consejo de administración, y la velada concluyó con vivas a los ejércitos aliados y a su majestad el emperador.

XXII

En cuanto Huguenau se despertó, metió la mano debajo de la almohada; allí solía guardar su cartera durante la noche. Experimentaba la agradable sensación de hallarse en posesión de veinte mil marcos y, aunque sabía que en la cartera ni tan siquiera tenía los seis mil seiscientos que, tras la compra de *El Mensajero*, recibiría de los respetables señores del lugar, y que dentro sólo quedaba un resto de ciento ochenta y cinco marcos, imaginaba que eran veinte mil. Poseía veinte mil marcos y se acabó.

En contra de su costumbre, permaneció echado en la cama. Si tenía veinte mil marcos, dárselos a Esch porque éste exigía tanto a cambio de un periódico de mierda, era una insensatez. Todo precio lleva consigo un regateo, y él regatearía con Esch; Esch podía estar seguro de ello. Con catorce mil marcos el periódico estaría pagado de sobra, y esto representaba un beneficio personal de seis mil marcos. Sólo es preciso maniobrar con habilidad para que Esch no caiga en la cuenta de que no recibirá íntegros los veinte mil. Puede hablarse de una reserva de capital o de que el grupo industrial se contenta, de momento, con una mayoría simple, en lugar de la cualificada mayoría de dos tercios, o de algo por el estilo. ¡Ya se le ocurriría alguna cosa! Y Huguenau saltó satisfecho de la cama.

Era todavía muy temprano cuando se encaminó a la redacción del periódico, y apabulló al desconcertado señor Esch con los más violentos reproches por culpa de su mala fama. Era espantoso todo lo que él, Wilhelm Huguenau, que al fin y al cabo no era responsable de los actos del señor Esch, había tenido que oír durante aquellos días respecto al periódico. En su calidad de agente, tendría que haberle resultado indiferente, pero le partía el corazón, sí, se le hacía muy penoso ver cómo un buen negocio se hundía voluntariamente; un periódico vive de su fama y, si su fama se va al traste, al traste también se va el periódico. Tal y como están las cosas, el señor Esch ha conseguido que vender *El Mensajero del Electorado de Tréveris* se convierta en un asunto más que difícil.

—Ha de comprender con toda claridad, querido señor Esch, que usted, en lugar de pedir dinero a quien quiera hacerse cargo del periódico, debería dárselo.

Esch se hallaba consternado; después hizo una mueca despectiva. No por ello perdió Huguenau la calma:

—No hay de que sonreír, querido amigo Esch. La cosa es muy seria, mucho más seria probablemente de lo que usted supone.

Ni hablar se podía de rentabilidad y si, a pesar de todo, uno se empeñaba en buscar la parte rentable, sólo se conseguiría con sacrificios inauditos, sí, sacrificios, mi querido señor Esch. Si por casualidad él encontraba entre sus amigos —como esperaba y quería esperar— un grupo de hombres dispuestos a sacrificarse para sacar adelante un asunto tan por completo insensato, lo que es puro idealismo, el señor Esch podría decir que había tenido suerte, una suerte como quizá sólo se da una vez

en la vida, ya que, gracias a circunstancias particularmente favorables y a sus denodados esfuerzos como mediador, aún conseguiría para Esch un beneficio de diez mil marcos y, si Esch no se avenía a ello, sentiría muchísimo haberse ocupado inútilmente de sus asuntos que, por cierto, no eran de su incumbencia.

—Entonces, déjelo correr —gritó Esch, al tiempo que daba un golpe sobre la mesa.

—Como quiera. Desde luego puedo dejarlo correr, pero... Lo que no comprendo es por qué se indigna usted tanto al ver que no se aceptan lisa y llanamente sus disparatadas pretensiones respecto al precio.

—Yo no he dicho ningún disparate... Veinte mil por este periódico es un precio de amigo.

—Pero ¿no se da usted cuenta de que se acepta incluso su valoración? Usted mismo admite que, para reformar el periódico, habrá que enterrar otros diez mil... y treinta mil marcos ya es un precio exagerado, ¿no le parece?

Esch quedó pensativo. Huguenau intuyó que iba por buen camino:

—Bien, veo que empieza usted a ponerse en razón... Naturalmente, yo no quiero presionarle... Puede consultarlo con la almohada...

Esch caminaba arriba y abajo. Luego dijo:

—Me gustaría discutirlo con mi mujer.

—Discútalos, tómese todo el tiempo que quiera... pero no lo piense demasiado... El dinero contante y sonante puede sonreírnos, pero no espera. —Se puso en pie—. Volveré mañana a saber qué ha decidido... Entretanto, preséntele mis respetos a su distinguida esposa.

XXIII

El doctor Flurschütz y el teniente Jaretzki salieron del hospital camino de la ciudad. La calle estaba llena de baches y de socavones, causados por los camiones que circulaban con neumáticos metálicos porque ya no había caucho.

Una fábrica de cartón embreado para techumbres, en paro forzoso, alzaba en el silencioso aire de la mañana sus delgadas y negras chimeneas de palastro. En el bosque cantaban los pájaros.

Jaretzki llevaba una manga sujeta con un imperdible en el bolsillo de la guerrera de su uniforme.

—Es curioso —dijo—, desde que me libré del izquierdo, el derecho me pesa mucho más... Casi preferiría que también me lo cortaran.

—Es usted un hombre muy simétrico... Los ingenieros tienen un sentido especial de la simetría.

—¿Sabe una cosa, Flurschütz? A veces se me olvida por completo que he tenido una profesión... Usted no puede comprenderlo, ha seguido practicando la suya.

—Bueno, no exactamente... yo era más biólogo que médico.

—He solicitado un empleo en la Compañía General de Electricidad; ahora en todas partes hace falta personal... Pero no acabo de imaginarme otra vez frente a un tablero de dibujo... ¿Cuántos muertos cree usted que ha habido en total?

—No sé, cinco millones, diez millones... veinte tal vez cuando esto acabe.

—Estoy convencido de que esto jamás acabará... Seguirá así eternamente.

El doctor Flurschütz se detuvo:

—Dígame, Jaretzki, ¿le parece comprensible que, mientras aquí nos paseamos con toda tranquilidad y, pese a todo, la vida continúa pacíficamente, a un par de kilómetros de nosotros se estén divirtiendo con el estruendo de los cañonazos?

—Hay tantas cosas que me parecen incomprensibles... Por cierto, nosotros dos ya hemos recibido nuestra ración... El doctor Flurschütz se llevó maquinalmente la mano a la cicatriz del balazo que tenía en la frente, debajo de la visera de la gorra:

—No me refería a esto... Esto fue al principio, cuando la gente se lanzó porque sentía vergüenza... No, ahora, no. Es como para volverse loco.

—¡Sólo faltaría eso...! No, gracias, prefiero emborracharme...

—Receta que cumple usted al pie de la letra, a decir verdad.

El viento les trajo el olor a brea procedente de la fábrica de cartón embreado para techumbres, en paro forzoso.

El doctor Flurschütz, delgado y encorvado, con su perilla rubia y sus quevedos, vestido de uniforme tenía un aspecto algo confuso. Callaron un buen rato.

La calle descendía. Las casas, aisladas y de una sola planta, construidas en los últimos tiempos en esta zona situada frente a las puertas de la ciudad, se alineaban produciendo una impresión de paz. En todos los jardincillos delanteros se cultivaban

menguadas hortalizas.

—No es agradable vivir todo el año con este olor a brea —dijo Jaretzki.

—He estado en Rumania y en Polonia... Mire, en todas partes hay casas así, con esta paz... con los mismos letreros, MAESTRO ALBAÑIL, CERRAJERO... Y en las tablas de una trinchera, cerca de Armentières, se veía un rótulo que decía *TAILLEUR POUR DAMES*, tal vez sea ridículo, pero fue allí donde de verdad me impresionó por primera vez esta locura.

—Ahora, con un solo brazo, quizá podría entrar como ingeniero en cualquier organización del ejército.

—¿Le gustaría más que entrar en la Compañía General de Electricidad?

—No tengo preferencias, de veras... Tal vez vuelva al frente con mi brazo único... Para tirar granadas basta con uno... Ayúdeme a encender el cigarrillo.

—¿Cuánto lleva bebido hoy, Jaretzki?

—¿Yo? No vale la pena contarle; apenas nada esperando invitarle a usted ahora a unos tragos.

—Bueno, ¿y qué hay de la Compañía General de Electricidad?

Jaretzki se rió:

—Se lo diré honestamente: el intento sentimental de recuperar los caminos de la burguesía, de tener un futuro, no seguir deambulando, casarse... pero usted cree en todo eso tanto como yo.

—¿Y por qué no he de creer?

Jaretzki sacudió rítmicamente el cigarrillo:

—Porque... la... guerra... nunca... podrá... acabar...

¿Cuántas veces tendré que repetírselo?

—No deja de ser una solución —dijo Flurschütz.

—La única solución.

Habían llegado a las puertas de la ciudad. Jaretzki apoyó el pie en el bordillo, sacó los guantes del bolsillo y, con el cigarrillo torcido en los labios, se sacudió de los zapatos el polvo de la carretera. Después se alisó el oscuro bigote y, cruzando el fresco arco del portalón, penetraron en la silenciosa y larga calleja.

XXIV

Degradación de los valores 3

El predominio del estilo arquitectónico sobre las características de una época es una de las cosas más extrañas. ¡Qué privilegiada situación han conservado sobre todo las artes plásticas en el seno de la historia! Comparadas con la magnitud de las actividades humanas que puebla una época, apenas constituyen un ínfimo detalle, detalle que, por supuesto, ni siquiera es demasiado intelectual, pero que, no obstante, supera con fuerza de caracterización a todos los demás ámbitos intelectuales, supera a la poesía, supera incluso a la ciencia, supera incluso también a la religión. Lo que a través de los milenios perdura es el arte plástico constructivo, ése es el exponente de una época y de su estilo. Semejante hecho puede depender de la perdurabilidad de los materiales empleados: de los siglos pasados se conservan montañas de documentos escritos y, sin embargo, cada una de las estatuas góticas es «más medieval» que toda la literatura de la Edad Media. Bueno, ésta sería una explicación muy mediocre; si existe una posible explicación, hay que buscarla en la esencia del concepto «estilo».

Pues no cabe duda de que el estilo no sólo atañe a la arquitectura o a las artes plásticas, el estilo es algo que atraviesa de igual modo todas las manifestaciones de la vida de una época. Sería absurdo hablar del artista como de un hombre fuera de lo común, como de alguien que, dentro de un estilo que produce, lleva una existencia especial, mientras los demás permanecen excluidos.

No, el estilo, si existe, atraviesa todas las manifestaciones vitales, de modo que el estilo de un período aparece tanto en el pensamiento como en cualquier otro acto que realicen los hombres de dicho período. Y sólo partiendo de este hecho —que tiene que ser así porque no puede ser de otro modo— es posible buscar una explicación al sorprendente hecho de que hayan sido precisamente aquellas acciones que se manifiestan en el espacio las que han adquirido un significado tan ostensible y extraordinario en el auténtico sentido de la expresión.

Reflexionar acerca de ello sería tal vez ocioso, si no existiera detrás el único problema que legitima todo este filosofar: el miedo a la nada, el miedo al tiempo que conduce a la muerte. Y quizá toda la inquietud que surge de la mala arquitectura, y que me impulsa a agazaparme en mi casa, no sea otra cosa que este mismo miedo. Pues todo cuanto el hombre realiza, lo realiza para destruir el tiempo, para abolirlo, y a esta aniquilación se llama espacio. Incluso la música, que existe en el tiempo y que lo colma, transforma el tiempo en espacio. El pensamiento todo se desarrolla en lo espacial, y el proceso del pensamiento presenta un confusionismo de espacios indeciblemente enmarañados y pluridimensionales: ésta es la teoría que posee más visos de probabilidad. Pero, si ello es así, debería estar naturalmente muy claro que todas aquellas manifestaciones que de un modo directo afectan al espacio reciben una

significación y una evidencia como las que nunca jamás ha recibido ninguna otra actividad humana. Y también en esto se trasluce la sintomática significación de lo ornamental. Porque lo ornamental, libre de toda forma intencional —aunque haya surgido de ella—, se convierte en expresión abstracta, en «fórmula» de todo el pensamiento espacial; llega a ser la fórmula misma del estilo y, con ello, la fórmula de toda una época y de su forma de vida.

Y ahí me parece que radica aquella significación, casi me atrevería a decir mágica, que convierte en muy singular el hecho de que una época, prisionera por completo de la muerte y del infierno, tenga que vivir dentro de un estilo que es incapaz de continuar produciendo lo ornamental.

XXV

Si, por aquel entonces, la construcción de una casa no hubiera figurado entre sus aspiraciones, es muy posible que Hanna Wendling no se hubiera enamorado del joven abogado de provincias. Pero en el año 1910, las muchachas de la mejor burguesía leían *Studio*, *Decoración interior*, *Arte y decoración alemanes*, tenían en sus casas el libro *Muebles de estilo en Inglaterra* y mezclaban íntimamente sus ideas eróticas acerca del matrimonio con los problemas arquitectónicos. La casa Wendling o la CASA DE LAS ROSAS, como podía leerse en el hastial escrito con caracteres barrocos, correspondía en una modesta proporción a dichos ideales; tenía el tejado muy inclinado; junto a la entrada de la casa, unas figuritas de cerámica representaban los símbolos del amor y de la fecundidad; poseía un vestíbulo inglés con chimenea enmarcada con ladrillos vistos y, en la repisa de la misma, varios objetos de cobre. Había costado grandes esfuerzos —y también alegrías— colocar todos los muebles de la forma más adecuada para que en todas partes reinara un equilibrio arquitectónico perfecto; y cuando todo estuvo terminado, Hanna Wendling tuvo la sensación de que únicamente ella conocía bien la perfección de dicho equilibrio, aunque Heinrich hubiera intervenido en todo y aunque buena parte de su felicidad conyugal radicara en compartir dicho conocimiento relativo a la secreta armonía y al contrapunto de la distribución de los cuadros y de los muebles.

Pues bien, desde entonces los muebles no se habían cambiado de sitio; al contrario, se evitaba celosamente variar en un solo milímetro el plan primitivo. No obstante, algo había cambiado. ¿Qué había sucedido?, ¿puede deteriorarse el equilibrio?, ¿puede desgastarse la armonía? Al principio, Hanna no se dio cuenta de que tras esto se ocultaba una ausencia de participación: lo positivo había simplemente caído en lo neutro, y hasta que no degeneró en lo negativo no resultó evidente. No era que la casa o la distribución de los muebles se le hubieran hecho de pronto odiosas —esto habría podido remediarse, de llegar el caso, cambiando la distribución del mobiliario—; no, era algo mucho más profundo, era la maldición de la contingencia y del amontonamiento que se había cernido sobre las cosas sin que fuera posible planear otra distribución menos arbitraria y contingente que la actual. En el fondo, y sin lugar a dudas, existía cierta confusión, determinada tenebrosidad y un peligro, en especial porque no se veía razón alguna que garantizara que la inseguridad arquitectónica no se hiciera extensiva a los asuntos del sentimiento o incluso a las cuestiones de la moda. Esto provocaba un curioso miedo y, aunque Hanna Wendling sabía muy bien que había cosas mucho más importantes y serias, dichas cosas no le resultaban tal vez tan angustiosas como pensar que incluso las revistas dedicadas a la moda llegarían a perder su encanto y que el día menos pensado uno podría leer *Vogue*, el *Vogue* inglés que tanto escaseaba en aquellos cuatro años de guerra, sin arrobamiento, sin interés, sin apenas comprenderlo.

Cuando se sentía asaltada por semejantes ideas, las calificaba de imaginaciones, pero en realidad eran pensamientos más prosaicos que fantásticos, pensamientos llenos de una especie de desilusión hija de su fantasía sólo en la medida en que se trataba de la desilusión subsiguiente a una embriaguez, y que respondía a un estado prosaico y casi normal, estado que se veía sometido a una nueva desilusión para, por así decirlo, ser más normal cada vez hasta caer en lo negativo. Naturalmente, tales apreciaciones son relativas hasta cierto punto; los límites entre la sobriedad y la embriaguez no siempre están bien definidos, y si puede llamarse embriaguez al amor por la humanidad de los rusos, o si puede aplicarse este término a las relaciones normales entre seres humanos, o si, por el contrario, la visión global de las cosas puede considerarse sobriedad son, en último término, cuestiones imposibles de determinar. Sin embargo, no es imposible que la sobriedad pueda alcanzar un estado de entropía o un cero absoluto, cero absoluto al que necesaria e inevitablemente tienden todas las relaciones humanas. Y el hecho de que Hanna Wendling se hallara en este camino tenía bastantes visos de realidad y, en principio, obedecía tal vez a su afán de adelantarse a la moda: la entropía del ser humano es su aislamiento absoluto y lo que anteriormente el hombre había llamado armonía y equilibrio era verosímilmente una imagen, imagen forjada a la fuerza a partir de las estructuras sociales de las que formaba parte. Pero a medida que el hombre va convirtiéndose en un ser solitario, las cosas se aíslan y se desmoronan cada vez más a su alrededor y, en consecuencia, las relaciones entre las cosas han de serle más indiferentes, tanto que al final apenas puede ni tan siquiera verlas. Así pues, Hanna Wendling caminaba por su casa, paseaba por su jardín, andaba por los caminos empedrados al estilo inglés, y ya no veía ni la arquitectura ni los diferentes recodos de los blancos caminos, y aunque esto hubiera podido ser sumamente doloroso, ya apenas lo era, puesto que resultaba algo inevitable.

XXVI

Huguenau iba con frecuencia a la calle Fischer a charlar con el señor Esch. Siguiendo una costumbre profesional muchas veces practicada, no hacía alusión ninguna al asunto que le llevaba allí y, esperando que su interlocutor iniciara la conversación al respecto, él hablaba del tiempo, de las cosechas y de las victorias. Cuando notaba que Esch no quería hablar de las victorias, dejaba las victorias a un lado y se limitaba a hablar del tiempo.

En el patio encontraba a veces a Marguerite. La niña se había familiarizado con él, se colgaba de su dedo y quería volver a la imprenta. Huguenau le decía:

—Vaya, vaya, crees que así te ganarás otros veinte pfennigs, pero tío Huguenau no es todavía lo bastante rico. Todas las cosas necesitan su tiempo.

Sin embargo, le regalaba diez pfennigs para la hucha.

—Bueno, y ¿qué haremos cuando los dos seamos ricos? —le dijo un día.

La niña no respondió. Se quedó mirando el suelo y, finalmente, dijo indecisa:

—Irnos.

A Huguenau, por alguna razón, esto le resultó agradable:

—O sea que para eso necesitas el dinero... Bueno, pues cuando seamos ricos podremos viajar juntos... Te llevaré conmigo.

—Sí —dijo Marguerite.

Si él subía a ver a Esch, la niña se deslizaba casi siempre detrás, se sentaba en el suelo y escuchaba. O por lo menos se reía mirando hacia la puerta. Entonces Huguenau decía, en parte porque era mejor tema de conversación:

—Me gustan los niños.

Esto parecía ser del agrado de Esch, pues su rostro se iluminaba con una sonrisa:

—Ésta es una pícaro... Sería capaz de matarle a uno.

«*Haissez les Prussiens*», pensó Huguenau sin poder evitarlo, aunque Esch era luxemburgués y no prusiano. Esch prosiguió:

—A veces pienso en adoptar a ésa picaruela... Nosotros no tenemos hijos.

Huguenau se sorprendió:

—Pero un niño ajeno...

—Ajeno o propio... es exactamente igual... porque, si no, resulta insoportable.

Huguenau rió:

—Sí, claro; con los propios tampoco se sabe nunca.

—Su padre ha sido internado... Yo le he dicho a mi mujer que podríamos adoptarla... Es prácticamente huérfana.

—Hum..., pero entonces debería usted ocuparse de ella.

—Naturalmente —dijo Esch.

—Si dispusiera usted de algún dinero o lo obtuviera, por ejemplo, mediante una venta, podría hacerse un seguro de vida para su familia... Yo estoy en contacto con

diversas compañías.

—¡Ya! —dijo Esch.

—A Dios gracias todavía soy soltero, una ventaja incalculable en los difíciles días que vivimos... pero, si alguna vez fundara un hogar, me preocuparía de proteger a mi familia con un capital o como fuera... Y usted se halla en una envidiable situación para hacerlo...

Huguenau se marchó.

En el patio le aguardaba Marguerite.

—¿Te gustaría quedarte siempre aquí?

—¿Dónde es aquí? —preguntó la niña.

—Pues aquí, con tío Esch. —La niña le miró con aire hostil. Huguenau pestañeó y se agitó—: ¿Tal vez no?

Marguerite rió también.

—O sea que no quieres...

—No, no me gusta.

—Él no te gusta nada... Debe de ser muy severo contigo, ¿no? —y acompañó sus palabras con el gesto característico de quien se dispone a propinar una azotaina.

Marguerite hizo una mueca despectiva:

—No...

—¿Y ella, tía Esch?

La niña se encogió de hombros. Huguenau se sintió satisfecho:

—Entonces, no te quedarás aquí... Nos iremos los dos, a Bélgica... Y ahora ven, vamos a la imprenta a ver al señor Lindner.

Como buenos amigos, se acercaron hasta la imprenta y observaron cómo el señor Lindner iba colocando delante de la prensa hojas de papel.

XXVII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 4

Quedó demostrado que mi sensación de que los judíos me observaban respondía a una realidad. Hacía dos días que me hallaba un poco indispuerto, apenas había probado el desayuno y sólo había salido una media hora. El segundo día por la noche, alguien llamó a la puerta de mi habitación y, con gran sorpresa por mi parte, ante mí apareció el hombre bajito a quien yo siempre había tenido por médico. En efecto se reveló como tal:

—Usted debe de estar enfermo.

—No —contesté— y, aunque lo estuviera, a nadie le importa.

—No va a costarle nada, no lo hago por dinero —dijo con timidez—. Es que hay que ayudar a los demás.

—Gracias —dije—, me encuentro perfectamente.

Estaba de pie ante mí, con el bastón apretado contra el pecho.

—¿Fiebre? —me preguntó en tono suplicante.

—No, me encuentro perfectamente bien. Ahora me disponía a salir.

Me levanté y salimos juntos de la habitación.

En el vestíbulo aguardaba uno de los judíos jóvenes; llevaba en la cara restos de maquillaje.

Entonces, el médico se presentó:

—Soy el doctor Litwak.

—Bertrand Müller, doctor en filosofía y letras.

Le tendí la mano. El joven judío también me tendió la suya. Era seca y fría, y tan lisa como su rostro.

Me siguieron como si fuera lo más natural del mundo. Desde luego, yo no tenía ninguna meta fija, pero andaba muy deprisa. Ellos dos, uno a mi derecha y otro a mi izquierda, mantenían el mismo ritmo y conversaban en yiddish. Yo me enfadé en serio:

—No comprendo ni media palabra.

Ambos se rieron:

—Dice que no comprende nada. —Y, tras un breve silencio—: ¿De verdad no entiende usted el yiddish?

—No.

Llegamos a la calle Reichenberg y tomé el camino de Rixdorf. Y entonces fue cuando encontramos a Marie.

Estaba apoyada en un farol. Había muy poca luz, porque se economizaba el gas. No obstante, la reconocí inmediatamente.

Además, las ventanas de la taberna de enfrente arrojaban un leve resplandor.

También Marie me reconoció y me sonrió.

—¿Son amigos suyos? —preguntó luego.

—Vecinos —respondí.

Propuse entrar en la taberna, pues Marie parecía agotada y con necesidad de tomar algo. Pero los otros dos se negaron a entrar. Tal vez temían verse obligados a comer cerdo, tal vez temían sufrir alguna ofensa o cosa parecida. Fuera lo que fuese, la ocasión era propicia para deshacerse de ellos.

Pero entonces sucedió algo muy curioso: Marie se puso de parte de los judíos y dijo que no tenía ni pizca de hambre y, como si no pudiera ser de ningún otro modo, comenzó a caminar junto al joven judío, mientras yo me quedaba atrás con el doctor Litwak.

—¿Quién es éste? —pregunté al médico, señalando al judío joven cuyos faldones se balanceaban ante mí.

—Se llama Nuchem Sussin —dijo el doctor Litwak.

XXVIII

El médico jefe de Estado Mayor doctor Kuhlenbeck y el doctor Kessel se hallaban operando. En general, el doctor Kessel, que no solía colaborar en el hospital y que se veía desbordado de trabajo entre su consultorio particular y el seguro de enfermedad, era relevado por el doctor Kuhlenbeck, pero ahora la ofensiva les había enviado desde el frente un nuevo cargamento de heridos y no había forma de evitarlo. Era una suerte que sólo hubiera casos fáciles. Bueno, lo que ellos llamaban casos fáciles.

Y como ambos eran buenos médicos, en cuanto más tarde se sentaron en el cuarto de Kuhlenbeck, hablaron de los enfermos operados. También se les unió Flurschütz.

—Es una lástima que hoy no haya estado usted presente, Flurschütz; habría disfrutado —dijo Kuhlenbeck—. Es colosal lo que uno aprende... Si no lo hubiéramos operado, ese hombre habría andado por ahí enfermo toda la vida... —se rió—... ahora, en cambio, dentro de seis semanas, estará dispuesto a que le peguen un tiro mortal.

—Yo sólo quisiera que nuestros pobres pacientes del seguro pudieran ser tan bien atendidos como los de aquí —dijo Kessel.

—¿Conocen ustedes la historia del delincuente que se tragó una espina y al que hubo que operar para poderlo colgar al día siguiente? —dijo Kuhlenbeck—. Digamos de paso que éste es nuestro oficio.

—Si todos los médicos de todos los países beligerantes hiciesen huelga, la guerra se acabaría muy pronto —dijo Flurschütz.

—Muy bien, Flurschütz, empiece usted.

—A mí lo que me gustaría sería devolver la condecoración... —dijo el doctor Kessel—. ¿No le da vergüenza, Kuhlenbeck, haberle hecho semejante faena a un viejo colega?

—¿Y qué quería que hiciese? Tenía que proponerle a usted... Para los civiles, la normal es la cinta blanca y negra.

—Sí, claro, y usted se pasea por ahí con la negra y blanca de los militares... De todos modos hace ya mucho tiempo que está usted metido en esto.

—En el fondo —dijo Flurschütz—, lo que importa es que estemos aquí sentados hablando de casos más o menos interesantes sin pensar en otras cosas... No tenemos tiempo para pensar en otras cosas... y así es en todas partes. Uno es devorado por lo mismo que hace... Sencillamente devorado.

—¡Por Dios! —dijo el doctor Kessel—, tengo cincuenta y cinco años, ¿en qué otra cosa he de pensar...? Estoy muy contento de poder acostarme en mi cama todas las noches.

—¿Quieren tomar una copa? —ofreció Kuhlenbeck—. ¡Paga el regimiento...! A las dos nos enviarán veinte hombres más... ¿Se queda usted a recibirlos?

Se levantó y, acercándose al armario de las medicinas, que se hallaba junto a la

ventana, sacó de él una botella de coñac y tres vasos. Tal y como estaba —de perfil, junto a la ventana y con el brazo extendido hacia el estante del armario—, su barba quedaba a contraluz y le daba un aspecto enérgico.

—La profesión en que andamos metidos acabará vaciándonos del todo por dentro —dijo Flurschütz—, y tanto el ejército como eso del patriotismo no dejan de ser profesiones semejantes a la nuestra... Decididamente, ya no hay forma de saber qué ocurre en otros ámbitos.

—Gracias a Dios —dijo Kuhlenbeck— los médicos no necesitan filosofar.

La enfermera Mathilde entró en el cuarto. Olía a recién lavada. O al menos uno creía que olía así. Su rostro ovalado, en el que destacaba su larga nariz, contrastaba con sus enrojecidas manos de criada.

—Señor director, han llamado desde la estación diciendo que el transporte ya ha llegado.

—Está bien. Bueno, otro cigarrillo antes de irnos... ¿Viene usted también, señorita enfermera?

—Las enfermeras Carla y Emmy ya están en la estación.

—Perfecto... Vámonos, pues, Flurschütz.

—Rápidos como el rayo —dijo el doctor Kessel, con cierto desánimo.

La enfermera Mathilde permanecía de pie junto a la puerta. Le encantaba estar en las habitaciones de los médicos. Y, cuando todos habían salido, Flurschütz, al pasar junto a ella, captó el reflejo de su blanco cuello y las pecas junto a la raíz del cabello, y se emocionó un poco.

—Buenas, señorita —dijo el médico jefe de Estado Mayor.

—Buenas, señorita —dijo también Flurschütz.

—Que Dios nos asista —dijo el doctor Kessel.

XXIX

Árboles y casas se alzaban ante los ojos del albañil Gödicke, el tiempo cambiaba, se hacía de día y se hacía de noche, las personas se movían de aquí para allá y él las oía hablar. La mayor parte de las veces, le traían la comida en redondos recipientes de hojalata o de loza y se la ponían delante. Todo esto ya lo sabía, pero el camino que conducía a estas cosas y por el que venían a él era un penoso camino: el albañil Gödicke tenía que trabajar ahora mucho más duramente que en toda su vida repleta de trabajo. Pues llevarse la cuchara a la boca no tenía nada en absoluto de espontáneo, habida cuenta de que no se veía claro a quién se alimentaba con este gesto; y ante la imperiosa y horrible obligación de descifrarlo, el hecho se convertía en una tortura, en una tarea desesperada, en un deber imposible de cumplir. Porque nadie, y menos aún el propio Gödicke, habría sido capaz de elaborar una teoría sobre los elementos que sostenían el edificio que constituía el alma de Gödicke. Por ejemplo, sería falso afirmar que el hombre Gödicke estaba formado por muchas clases de Gödickes: por un muchacho llamado Ludwig Gödicke que jugaba en la calle, que se masturbaba en compañía de otros muchachos y que abría túneles en los montones de basura y en las hondonadas llenas de arena; por un muchacho Gödicke al que su madre llamaba a comer, para que después le llevara la comida a su padre, albañil también, en la obra de turno. Asegurar sin más que este muchacho llegaría a formar una parte constitutiva de su Yo actual sería tan falso como, por ejemplo, pretender ver otra parte constitutiva en el joven Gödicke que, envidiando tanto a los carpinteros de Hamburgo por sus sombreros de anchas alas y sus chaquetas con botones de nácar, no descansó hasta que, para gastarles a todos ellos una mala pasada, hizo suya, entre los arbustos de la orilla del río —él, un simple peón de albañil—, a la novia del carpintero Gürzner. Y también sería falso afirmar que otra de las partes constitutivas de su Yo actual era el hombre que, durante una huelga, inutilizó una hormigonera arrancándole los tambores, hombre que, no obstante, abandonó la organización sindical sólo porque, cuando se casó con la criada Anna Lamprecht, ella se pasaba el día llorando por su hijo. No, una incisión longitudinal de este tipo, una incisión así, una disección casi histórica, jamás podrá proporcionar los elementos constitutivos de una personalidad, pues no logra superar los límites de la biografía. Seguramente, las dificultades contra las que el hombre Gödicke tenía que luchar no radicaban en el hecho de que sintiera vivir en su interior a toda esta serie de personas, sino que dichas dificultades probablemente estribaban en la rotura operada en esa serie, en que la biografía se interrumpiera en determinado punto y en que no existiera conexión alguna entre aquella serie de personas y él, quien, no obstante, debía de ser el último miembro de dicha cadena; y estribaban también en que él, desligado por este proceso de algo que apenas si podía llamar su vida, hubiera perdido su propia existencia. Veía todas aquellas siluetas como a través de un cristal ahumado y, no

obstante, aunque al llevarse la cuchara a la boca hubiese alimentado también y muy gustosamente —cosa que habría sido divertida— al hombre que se había acostado entre los arbustos con la novia de Gürzner, era incapaz de tender un puente hasta todo aquello: se quedaba, por así decirlo, en la otra orilla, sin que el hombre del otro lado pudiera llegar hasta él. Y sin embargo y a pesar de todo, tal vez habría tendido el puente sólo con haber sabido quién era en realidad el que se acordaba de la novia de Gürzner: los ojos que en aquella ocasión veían ante sí los arbustos de la orilla no eran los mismos ojos que hoy contemplaban los árboles de la avenida, y éstos tampoco eran absolutamente los mismos que ahora recorrían la habitación. Y existía, era seguro, un Gödicke que no soportaba, que condenaba incluso, que se diera de comer al hombre que seguía dispuesto a acostarse con la novia de Gürzner. Y el Gödicke condenado a sufrir aquel dolor en el bajo vientre tanto podía ser el que emitía la prohibición como el que la sufría, pero también podía ser otro del todo distinto. Eran cuestiones sumamente complicadas y el albañil Gödicke no las veía claras de ningún modo. Tal vez se habían producido porque el Gödicke que regresó a su propia conciencia no quiso reunir de nuevo los fragmentos de su alma, pero estos fragmentos tal vez fueran también los causantes de que no pudiera hacerlo. Desde luego, si le hubiera sido posible arrojar una mirada dentro de sí, sería muy probable que, en cada uno de los fragmentos admitidos de su Yo, reconociera a un Gödicke particular, algo así como si cada uno de esos fragmentos hubiera formado en torno a sí una región propia y autónoma. Porque pudiera ser que con el alma suceda lo mismo que con el protoplasma, en el cual, por incisión, es posible provocar la multiplicación de los núcleos celulares y, así, producir regiones con vida propia, intacta y autónoma. Fuera lo que fuese y sucediera lo que sucediese, en el alma de Gödicke vivían toda clase de vidas fragmentarias, intactas y autónomas todas ellas, y susceptibles todas de ser llamadas Gödicke; y era una tarea penosísima y casi insuperable reunir las a todas bajo un mismo sombrero.

Y esta tarea tenía que llevarla a cabo el albañil Gödicke completamente solo; allí no había nadie para ayudarle.

XXX

Cuando, tras un respetuoso plazo de tres días, Huguenau se presentó de nuevo ante Esch, halló sentada en el sillón de mimbre de junto al escritorio de Esch a una persona de anchas caderas, carente de encanto y de atractivo sexual, y de edad indefinida. Era la señora Esch, y Huguenau supo de inmediato que iba a ganar la partida. Sólo necesitaba presentarse ante ella ventajosamente:

—¡Oh!, nuestra distinguida señora Esch va a ayudarnos en tan difíciles negociaciones...

La señora Esch dijo con tono algo distante:

—Yo no entiendo nada de negocios, eso es cosa de mi marido.

—Sí, claro, su distinguido esposo es sin duda todo un hombre de negocios. Es, como suele decirse, un hueso duro de roer, y más de uno se quedará sin dientes. —La señora Esch sonrió ligeramente y Huguenau se animó—: Es una gran idea aprovechar esta coyuntura para librarse del periódico, el cual, mírese como se mire, sólo sirve para ponerle furioso, darle quebraderos de cabeza y disgustos y, encima, cada día va peor.

La señora Esch dijo, con tono cortés:

—Desde luego, por culpa del periódico mi marido ha de indignarse muy a menudo.

—Sin embargo, no abandono —dijo Esch.

—Pero, señor Esch, ¿acaso su salud no vale nada para usted?, además, su señora esposa también tiene que decir lo suyo... Por otra parte... —Huguenau reflexionó— ... si usted no desea abandonar del todo su trabajo, puede poner condiciones relativas a su posterior colaboración. Los compradores quedarán más satisfechos si les garantizo un colaborador tan valioso.

Esch dijo que se podría hablar de ello, pero que por menos de dieciocho mil marcos no habría nada que hacer; precisamente acaba de comentarlo con su mujer.

Bueno, que el señor Esch hubiera cedido un poco respecto al fantástico precio, ya era al menos algo razonable, pero, si quería seguir participando en el negocio, no tenía más remedio que incluirse en los cálculos.

—¿Hasta qué punto? —preguntó Esch.

Huguenau se dio cuenta de que era preciso obrar con prontitud:

—Lo más sencillo, señores míos, es redactar un contrato provisional y discutir los diferentes puntos del mismo.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Esch. Cogió una hoja de papel y añadió—: Dicte usted.

Huguenau se puso en funciones:

—Veamos. Encabezamiento: «Proyecto de contrato».

Finalmente, y después de muchos dimes y diretes, cosa que les ocupó toda la

mañana, se redactó el siguiente contrato:

§ 1. El señor Wilhelm Huguenau, en calidad de apoderado y de agente fiduciario de un grupo de interesados en común acuerdo, entra a formar parte como socio de la empresa «El Mensajero del Electorado de Tréveris», sociedad colectiva cuyo capital se repartirá del modo siguiente:

El 10% seguirá perteneciendo al señor August Esch.

El 60% lo recibirá el «grupo industrial» representado por el señor Huguenau.

El 30% lo recibirá el grupo de interesados de la localidad representado igualmente por el señor Huguenau.

La participación a partes iguales propuesta originalmente por el señor Esch fue rechazada por Huguenau:

—Eso va en contra de sus intereses, querido señor Esch; cuanto mayor sea su participación menor será su dinero en efectivo... Ya ve usted que no pierdo de vista sus intereses.

§ 2. El capital de la empresa lo constituyen los derechos de edición del periódico y demás derechos, así como todas las instalaciones de oficina y de imprenta. Se emitirán acciones con carácter provisional sobre el nuevo reparto del capital.

La estatua de la Libertad y la vista de Badenweiler fueron reclamadas por el señor Esch a título de propiedad privada y separadas del capital de la empresa. «¡Cómo no!», dijo Huguenau generosamente.

§ 3. Los beneficios netos serán repartidos entre los socios de acuerdo con sus acciones, mientras no se destinen a fondos de reserva. Las pérdidas se sostendrán en la misma proporción.

La especificación acerca de las pérdidas constó en el contrato por exigencia del señor Esch, pues a Huguenau ni se le había ocurrido la posibilidad de que las hubiera. Lo de los fondos de reserva también fue idea de Esch.

§ 4. El señor Huguenau, en calidad de representante y de apoderado del nuevo grupo de asociados, aporta a la empresa la cantidad de 20 000 marcos (veinte mil). Un tercio del capital deberá invertirse de inmediato; el tercio restante, a petición de los socios imponentes, podrá vencer al semestre o, a lo sumo, al año. Por pagos diferidos se otorga a la empresa un interés del 4%

semestral. Las acciones serán libradas conforme se realicen los ingresos.

Como las acciones debían librarse inmediatamente después de los ingresos y como el elevado interés del cuatro por ciento ofrecía ya impedimento más que sobrado, Huguenau no temía demasiado que las personalidades de la localidad interesadas en el asunto hicieran uso del derecho de pago aplazado. Y si, a pesar de ello, lo hicieran, siempre habría forma de solventar la cuestión. Tampoco preocupaba mucho a Huguenau cómo se las arreglaría él para aportar la cuota del imaginario grupo industrial: la cuota más próxima no vencía hasta pasados seis meses, o sea hasta el año nuevo, es decir, a comienzos de 1919, y hasta entonces faltaba mucho tiempo y podían pasar muchas cosas. Cuando se está en guerra, las situaciones cambian y alteran el orden de las cosas; tal vez llegara la paz, tal vez el periódico mismo financiara esas cantidades con las ganancias e incluso pudiera suceder que fuera preciso ocultar y hacer desaparecer, mediante pérdidas ficticias, dichas ganancias, tal vez para entonces Esch hubiera muerto... Siempre se encuentra la forma de velar por los propios intereses y seguir adelante.

§ 5. La aportación del señor Wilhelm Huguenau, que suma en total 20 000 marcos, se distribuirá en dos cuentas: 13 400 marcos a la cuenta «Huguenau-grupo industrial» y 6600 marcos a la cuenta «grupo local».

Pero llegaron al punto más difícil de la negociación. Esch se mantenía firme en sus dieciocho mil marcos, mientras Huguenau sostenía que de este precio había que deducir, ante todo, el diez por ciento correspondiente a la parte que le quedaba a Esch y, además, dos mil marcos por su participación en la ampliación de capital, o sea cuatro mil marcos en total, de modo que, si Esch aceptaba su propia valoración, sólo debería recibir catorce mil marcos, cosa que, por otra parte, ya era mucho, demasiado incluso, puesto que todo intermediario ha de ser objetivo y él —Huguenau— jamás podría aceptar para su grupo semejante precio, por mucho que deseara favorecer a Esch y a su encantadora esposa. No, era sencillamente imposible, pues él debía presentarse ante sus clientes con un contrato serio y no le apetecía ser objeto de burlas; él no era parte interesada en la cuestión, sino que la consideraba de forma objetiva y, como juez objetivo, sólo podía proponer diez mil marcos por el noventa por ciento objeto de la venta y ni un pfennig más.

—No —gritó Esch, que quería dieciocho mil.

—¿Cómo puede un hombre ser tan sordo? —dijo Huguenau dirigiéndose a la señora Esch—. Acabo de demostrarle con números que, incluso partiendo de su propia valoración, sólo puede pedir catorce mil.

La señora Esch suspiró.

Finalmente, llegaron a un acuerdo de doce mil marcos más un contrato de empleo.

§ 6. El señor August Esch, como único propietario hasta el presente, recibirá:

a) una indemnización de 12 000 marcos, un tercio de los cuales, o sea. 4000 marcos, le serán abonados por la empresa en el acto, y otros dos plazos de 4000 los días 1 de enero y 1 de julio de 1919. Los dos pagos aplazados devengarán un interés anual del 4%.

b) un contrato de empleo por dos años como redactor jefe y como jefe contable, con un sueldo mensual de 125 marcos.

Quizá Esch no hubiera cedido nunca, ni tan siquiera cuando Huguenau, desviando con habilidad la discusión hacia el tema de los intereses, se dejó arrancar tras una lucha durísima en apariencia el cuatro por ciento; a buen seguro que no hubiera cedido nunca, si no se hubiera deslumbrado ante las complejas contabilidades que veía en perspectiva. Y tan fascinado quedó por ellas que ni se le ocurrió pensar que las cuotas aplazadas —desde luego, ignoraba que el primer pago dependía de un milagro— pudieran quedarse tal vez sin saldar o que la diferencia entre los doce mil marcos y los veinte mil marcos pudiera ir a parar al fraudulento y siempre abierto bolsillo de Huguenau, y esto pese a todos los sugestivos proyectos de contabilidad. De todos modos, tampoco Huguenau pensaba en algo tan feo, como tampoco era consciente de que, mediante el pago del grupo de la localidad interesado en el asunto, *El Mensajero del Electorado de Tréveris* le era regalado. Huguenau, que luchaba con toda honestidad por los intereses de sus hipotéticos clientes, dijo al fin agotado:

—¡Uf!, por mí, que sean doce mil y el cuatro por ciento como usted desea, a ver si así terminamos. Ya me haré yo responsable de ello... Pero ahora me toca a mí recibir algo a cambio...

§ 7. Derechos y obligaciones recíprocas.

a) El señor Huguenau ejercerá la función de editor. La dirección comercial y financiera de la empresa será de su exclusiva atribución. Y tendrá, además, derecho a rechazar o aceptar, según su criterio, artículos para el periódico. Por esta actividad, la empresa le garantiza un sueldo mínimo de 175 marcos al mes, es decir, un sueldo de 2100 marcos al año.

b) El señor Esch, mientras su contrato de trabajo esté en vigencia, tendrá el derecho y el deber de ocuparse de la contabilidad de la empresa y actuará como subdirector.

En consideración al grupo industrial, Esch tuvo que aceptar la limitación de sus funciones como redactor jefe; los derechos de que disfrutaría como contable constituían una especie de compensación.

§ 8. Las dependencias utilizadas hasta el presente por el periódico, enclavadas en la finca propiedad del señor Esch, seguirán perteneciendo a la empresa durante tres años más.

El señor Esch también pondrá a disposición del editor, y por el mismo período de tiempo, dos habitaciones bien amuebladas, con derecho a desayuno, en la sección frontal del edificio arriba mencionado. El señor Esch recibirá de la empresa por dicho concepto la remuneración de 25 marcos al mes.

§ 9. Caso de una ulterior transformación de la sociedad colectiva en una S. L. o en una S. A., deberán tenerse en cuenta las disposiciones que figuran más arriba.

Ante el proyecto de transformación en una sociedad obligada a rendir cuentas públicamente, el castillo de naipes se derrumbaría como es natural, pero Huguenau no se inquietó lo más mínimo. Para él, todo aquello era un negocio legal y sólo el hecho de que le brindara alojamiento y desayuno gratis le parecía una pillería, pillería que le llenaba de satisfacción. A Esch le parecía un fallo que no hubieran conseguido diez cláusulas. Reflexionaron un poco y al fin dieron con:

§ 10. Las eventuales querellas que pudiera suscitar este contrato serán presentadas ante el tribunal público.

Y así fue como Huguenau pudo comunicar en un plazo asombrosamente breve — era el 14 de mayo— que la transacción se había llevado a cabo sin la menor dificultad. Las personalidades del lugar no dudaron en aportar su capital global de seis mil seiscientos marcos; de ellos y de acuerdo con el contrato se entregaron cuatro mil al señor Esch; el señor Huguenau, comerciante sólido y precavido, destinó mil seiscientos marcos a cubrir los gastos de producción, y los mil marcos restantes a título de fondos disponibles los empleó en sí mismo. Se extendieron las acciones provisionales a favor de los suscriptores y, al cabo de unos días, se comunicó ya en la forma adecuada que, a partir del 1 de junio, el periódico aparecería con una nueva dirección y una nueva estructuración. Huguenau logró que el mayor se animara a inaugurar la nueva era escribiendo un editorial; asimismo una serie de artículos, en parte patrióticos, en parte nacional-económicos, en su mayoría sin embargo patriótico-económicos, surgidos de las plumas de las personalidades que participaban en el periódico, honrarían el primer número.

No obstante, Huguenau prefirió celebrar la nueva época instalándose en las dos habitaciones que le fueron asignadas en casa de Esch.

XXXI

Degradación de los valores 4

Desde luego el artista no es el único en ser arrastrado por el arte de su época, desde luego el estilo influye en los actos todos de los coetáneos, desde luego el estilo no sólo fructifica en la obra de arte sino también en todos los valores que constituyen la cultura de una época y de los que la obra de arte es únicamente una parte ínfima; a pesar de ello, uno se queda perplejo al preguntarse hasta qué punto el estilo toma cuerpo en el hombre medio, por ejemplo en un viajante del tipo Wilhelm Huguenuau. ¿El comerciante en textiles o en mangueras tiene algo en común con una voluntad de estilo como la que se observa en los edificios de los grandes almacenes Messel o en las grandes salas de turbinas de Peter Behren? Su gusto personal se inclinaría de seguro por hotelitos alineados llenos de infinitas baratijas y, aunque no fuera así, no por ello dejaría de formar parte del público, el cual, se mire como se mire, está separado del artista por un abismo.

Pero si se observa más de cerca a un hombre del tipo Huguenuau, vemos que esto no depende del abismo existente entre él y el artista. Cabe suponer que, en las épocas con voluntad de estilo muy manifiesta, la incompreensión entre el artista y sus contemporáneos era menos brutal y que, por tanto, un nuevo cuadro de Durero en la iglesia de San Sebald despertaba en los Huguenaus del momento admiración y satisfacción, pues hay muchos indicios de que, en aquella época, los artistas y sus coetáneos vivían en el seno de una vida comunitaria del todo distinta a la de hoy, y de que la comprensión del pintor para con un cortador de patrones o un guarnicionero era al menos tan profunda como el gozo que éstos experimentaban al contemplar los cuadros del pintor. Naturalmente, son cosas que no pueden probarse y es muy posible también que muchas ideas renovadoras hallaran escaso eco entre sus coetáneos; tal vez algo así le sucedió a Grünwald. Pero los casos como éste no son esenciales y si en la Edad Media reinó o no la comprensión entre el artista y sus contemporáneos es algo que carece de importancia ante el hecho de que tanto la comprensión como la incompreensión son igualmente expresión del legendario «espíritu de la época», como lo son la obra de arte o cualquier otro tipo de actividad coetánea.

Pero si esto es así, también resulta indiferente hacia dónde se inclinarían el gusto arquitectónico y los demás gustos de un viajante del tipo de Huguenuau, como tampoco resulta significativo que Huguenuau sintiera determinado placer estético por las máquinas. Lo único importante es saber si sus restantes actividades y sus demás pensamientos obedecían a los mismos principios que, en otros órdenes de la vida, habían producido un estilo sin ornamentación o descubierto la teoría de la relatividad o llevado al pensamiento por la avanzada del neokantismo; en otras palabras, saber si el pensamiento de una época lleva en sí el estilo y si está supeditado al estilo que se

manifiesta de modo aprehensible en la obra de arte; o sea, si la verdad, como realización del pensamiento, sostiene o no al estilo de la época en que ha sido hallada, época en la que tiene la misma validez que los demás valores de la misma.

Y no puede ser de otro modo, ya que, aunque la verdad sólo es, desde un determinado punto de vista, un valor más entre todos los demás valores, también la actividad del ser humano está supeditada a la verdad, está, por así decirlo, impregnada de verdad: todo lo que el hombre hace es para él plausible a cada instante, lo hace motivado por razones que para él son verdad, lo supedita a una cadena de pruebas; el hombre —al menos en el momento en que suceden las cosas— siempre ha actuado de forma correcta. O sea, que si su actuación está supeditada al estilo también su pensamiento ha de estarlo; si, en este proceso (en el terreno práctico o en el teórico del conocimiento), el acto ha precedido al pensamiento o el pensamiento al acto, o si la primacía de la vida ha precedido a la primacía de la razón, o el *sum* al *cogito* o el *cogito* al *sum*, es una cuestión que no precisa ser dilucidada, únicamente permanece aprehensible la lógica racional del pensamiento, en tanto que la lógica irracional del acto, la que forma todos los estilos, sólo es reconocible en la obra creada, sólo es reconocible en el resultado.

Y también en función de tan íntima unión entre el ente del pensamiento lógico y los valores y los no-valores producidos por el acto, habrá que ordenar el esquema mental que domina a un Huguenau y lo obliga a actuar de una forma determinada, que le prescribe sus decisiones comerciales y que le hace concebir los contratos de este modo y no de otro; toda la lógica interior de un Huguenau tendrá que ordenarse dentro de la lógica global de una época y ser regulada dentro de una relación esencial conforme con esta lógica, la lógica de que están penetrándose el espíritu productivo de la época y su estilo visible. Y aunque este pensamiento racional, aunque esta lógica racional constituyan simplemente un fino filamento, en cierto modo unidimensional y tendido en torno a la pluridimensionalidad de la vida, el pensamiento, oscilante dentro de la abstracción del espacio lógico, es, sin embargo, la simplificación de la pluridimensionalidad de lo sucedente y de su estilo global, es la simplificación del resultado visible del estilo, el resumen de todas las obras portadoras de estilo.

Huguenau es un hombre que actúa metódicamente. Ha dividido metódicamente su jornada, lleva metódicamente sus negocios, metódicamente concibe sus contratos y metódicamente los cierra. Detrás de todo esto existe una lógica que está por completo desprovista de ornamentación, y que este tipo de lógica exija una carencia de ornamentación en todos los sentidos no parece ser una conclusión atrevida; incluso parece tan justa y buena como el que todo lo necesario es también bueno y justo. Y, no obstante, esta ausencia de ornamentación va unida a la nada, va unida a la muerte; tras ella se oculta el monstruo de un fenecer en el que se ha derrumbado el tiempo.

XXXII

No se puede confundir a un rebelde con un criminal, aunque la sociedad tache con frecuencia de criminal al rebelde, aunque a veces el criminal, para ennoblecer sus actos, se manifieste como un rebelde. El rebelde actúa solo: es el hijo más fiel de la comunidad, que, a su vez, es para él la meta de su oposición y de su rebeldía; el mundo que combate representa para él una plenitud de relaciones vivas cuyos hilos han sido simplemente sumergidos en la confusión por la maldad demoníaca; y su misión consiste en esclarecerlos y ordenarlos de acuerdo con un plan mejor. Así protestaba Lutero contra el Papa y así podía calificarse en justicia a Esch de rebelde.

Pero ello no constituye en absoluto motivo suficiente para tachar a Huguenau de criminal. Con ello no sólo se le injuriaría sino que, además, se cometería con él una gran injusticia. Naturalmente, desde el punto de vista militar, un desertor es un criminal y, con toda seguridad, hay soldados convencidos que desprecian al desertor con la misma intensidad con que, por ejemplo, un campesino desprecia a un ladrón de gallinas. E, igual que al campesino, la muerte les parece el castigo más justo para su delito. No obstante existe una diferencia objetiva y de principio: lo esencial del crimen radica en su reincidencia; con la reincidencia se asemeja a una profesión burguesa. El crimen sólo va contra la sociedad de una forma muy vaga, incluso cuando su lucha contra la burguesía adopta formas americanas. Si se implantara el comunismo, el ladrón y el falsificador de letras de cambio no sabrían qué hacer; y el desvalijador de cajas fuertes que, al amparo de la noche, acude a su trabajo provisto de silenciosas suelas de goma es un artesano como cualquier otro, y conservador como todos los artesanos; incluso la profesión del asesino que, con el cuchillo entre los dientes, escala un incómodo muro no constituye una amenaza para la comunidad en general, sino que se reduce a algo personal que el asesino debe solventar con su víctima. Nada va en contra de lo establecido. Las proposiciones de mejora o de paliación de las leyes penales jamás han sido elaboradas por los delincuentes, pese a ser algo que les atañe a ellos como a nadie. Si dependiera de los delincuentes, se seguiría ahorcando a los ladrones y a los falsificadores de moneda, y ni siquiera se establecería diferencia entre el asesinato común y el perpetrado a golpes, aunque, por lo demás, los delincuentes poseen un sentido muy refinado del ejercicio de sus profesiones y gustan de una legislación que se adapte a sus matices y a sus exigencias. Pero precisamente porque para ellos constituye una necesidad el reconocimiento de que determinados actos merezcan la horca, otros la rueda o las tenazas ardientes, otros los azotes o la cárcel, precisamente por estos torpes deseos — que en el fondo no son sino un balbuceo propio de seres incultos que no saben expresarse correctamente y que piden con dificultad, en símbolos, por así decirlo, algo que sólo es una pequeña parte de lo que alberga su corazón y que apenas resulta inteligible—, precisamente por ello, se ve con claridad cuál es la meta de sus deseos:

que el país en que habitan, ese país situado en la frontera de un mundo lleno de orden perfecto, sea integrado en ese orden amplio, perfecto y casi amado que no precisa de cambios; y si los delincuentes únicamente son capaces de imaginar dicha integración y dicha anexión mediante un sistema de castigos severos y perfectamente ordenados, de ahí se deduce que su naturaleza es social y soñadora, que está siempre llena de anhelo de evitar luchas fronterizas, del anhelo de dedicarse a su profesión en paz y de adaptarse, con mayor conformidad, discreción y sutileza cada vez, a un servicio que es útil al orden global y a lo establecido.

Ambos, el criminal y el rebelde, confrontan con lo establecido su orden y su concepto de los valores, pero, en tanto que el rebelde pretende sojuzgar lo establecido, el criminal intenta en cambio adaptarse a ello. El desertor no pertenece al ámbito del uno ni del otro (a no ser que pertenezca a los dos). Así pudiera sentirlo Huguenau ahora que se enfrenta con la tarea de construir, en los límites de un orden más amplio, su propio pequeño mundo y su realidad, y adaptarse a aquél; y aunque afirme que los desertores merecen ser fusilados, no tiene mayor importancia ni resulta absurdo; como menos absurdo que el lenguaje de sus sueños resulta el hecho de que *El Mensajero del Electorado de Tréveris* se le aparezca como parte de una enorme máquina, como una estructura de latón cuyas varillas se unen y enlazan entre sí, como un lugar del país de su ley personal, país situado junto a aquél cuyas leyes respeta y ama y en cuyo seno desea penetrar y vivir. Y ésta fue la serie toda de los motivos que hicieron tan necesario para Huguenau conquistar *El Mensajero del Electorado de Tréveris*, motivos que explican también que su acción tuviera tan feliz éxito.

XXXIII

Artículo de fondo de El Mensajero del Electorado de Tréveris del día 1 de junio de 1918

EL DESTINO DEL PUEBLO ALEMÁN CAMBIA

Observaciones del comandante de la plaza, mayor Joachim von Pasenow.

Entonces le dejó el diablo, y he aquí que los ángeles llegaron, y le servían.

Mateo IV, 11

Aunque el cambio acontecido en la dirección de este periódico es solamente un nimio suceso frente a aquél tan decisivo cuyo cuarto aniversario podremos celebrar muy pronto, a mí me parece que, como suele hacerse con frecuencia, deberíamos también considerar este pequeño acontecimiento como reflejo de aquel otro más importante. Pues si también nosotros, en nuestro periódico, nos hallamos en un momento de cambio y si también nosotros tenemos la intención de emprender un nuevo y mejor camino que nos conduzca más cerca de la verdad, también nosotros debemos tener la seguridad de que, en la medida de las fuerzas humanas...

¿dónde está el diablo que hay que arrojar del mundo?, ¿dónde están los ángeles que queremos llamar en nuestra ayuda? Un viejo soldado tiene que expresar su opinión sin ambages, aún a riesgo de que a veces suene como un idioma anticuado...

... liberar de la opresión de los pueblos enemigos, liberar la patria, y con ella al mundo entero, del espíritu dañino, el cual a la tierra...

... no extrañarse de que los pueblos sean castigados con discordias multiplicadas por cien y desmembramientos multiplicados por mil. Pues deberás ser castigado en el mismo miembro con el que has pecado. Oigo a los que objetan que deberíamos sencillamente aceptar el castigo, soportar el látigo, presentar la otra mejilla al torturador...

... al igual que la lucha de Lutero contra el corrompido papado fue una lucha justa. ¿Acaso no nos enseña Clausewitz, nuestro maestro, que es propio de las armas de la guerra el espíritu de la justicia, el cual...?

... de nuestra lucha deberá decirse: «Sus enemigos huyeron por miedo de él, todos los malvados se consternaron y la salvación está en sus manos» (Macabeos III, 6); por ello no depende de la persecución del enemigo que huye sino de la salvación, salvación tanto del propio pueblo como del extraño. Seríamos miopes, y en verdad todas las víctimas habrían sido inútiles, si con frivolidad respecto a todo esto y a Dios...

... posee aquella libertad externa que debemos alcanzar sólo si le es otorgada al mismo tiempo la libertad interior, más elevada y auténticamente divina. Y ésta no la alcanzaremos en los campos de batalla, por muy victoriosos que quedemos, sino que hemos de encontrarla en nuestros corazones. Porque la libertad interior posee los mismos derechos que la fe que el mundo se dispone a perder. Por ello esta guerra no es sólo...

... según la Escritura? «Las obras buenas y piadosas jamás convierten a un hombre en piadoso y bueno, sino que es el hombre bueno y piadoso quien hace obras piadosas y buenas», dice Lutero a propósito de la libertad del hombre cristiano, y añade todavía: «Y puesto que las obras no convierten a nadie en piadoso y el ser humano tiene que ser piadoso antes de realizar sus obras, es evidente que únicamente la fe por la pura gracia a través de Cristo...

... y Juan (III, 30) dijo: «Él debe crecer, yo, en cambio, debo disminuir», y así fue la guerra: la guerra tenía que crecer ya que la fe disminuía, y, antes de que la fe renazca de nuevo y se extienda, no podrá terminar esta guerra. El mal por el mal...

... y casi nos anima a desear que las negras cohortes se extiendan por todo el mundo enseguida, a fin de que, del fuego del Apocalipsis, puedan surgir la nueva hermandad y la confraternidad, para que con ello se reedifique el reino de Cristo y tendamos a un nuevo y maravilloso...

... tropas negras provistas de armas impropias de caballeros se yerguen contra nosotros, pero sólo son una avanzadilla. A ésta le sigue el ejército negro, le sigue el horror del Apocalipsis de Juan. Porque mientras la raza blanca no supere la debilidad de sentimientos y por sí misma...

... roba el honor, es una raza perdida y en torno a ella se cernirá la más horrible oscuridad y nadie acudirá en su ayuda, y de sus...

... el veneno de quienes reniegan de Dios y el de los aventureros, que no sólo ha infectado las orgullosas metrópolis de los enemigos, sino que tampoco ha respetado nuestra patria. Como una red inextricable se extiende invisible sobre nuestras ciudades...

... y así como entonces hubo de surgir la gloriosa campaña del Setenta para unir los desmembrados pueblos alemanes, así también la fama de esta guerra, mucho más grande y mucho más espantosa, deberá unir no sólo fraternalmente los pueblos sino que, en la misma medida...

... también la fe y la gracia de la libertad volverán a pertenecernos. Entonces

podrá decirse: «Un cristiano es un servidor de todas las cosas que está sujeto a todos los hombres», y también «un cristiano es un amo que manda, con entera libertad, sobre todas las cosas y que no está sujeto a nadie», y ambas afirmaciones serán válidas, porque entre ambas hemos de imaginar la verdadera libertad.

No sé si me habré expresado con claridad, pues yo mismo he tenido que luchar largo tiempo para llegar a estas conclusiones, y estoy convencido de que son incompletas. Pero también aquí es válido lo que dice el general Clausewitz: «La visión desgarradora de los peligros y de los sufrimientos hace que, con frecuencia, nos dejemos arrastrar con mayor facilidad por el sentimiento que por las convicciones racionales y, en la semioscuridad de todo fenómeno, es tan difícil ver con claridad y profundidad, que la confusión entre sentimientos y convicciones es más que comprensible y disculpable. Siempre actuamos conforme a *un presentimiento y una premonición de la verdad*».

Así se debatía el mayor Von Pasenow ante el problema de la guerra y el futuro del pueblo alemán, lo cual se le hacía muy duro. La guerra, para cuyo ejercicio había sido educado; la guerra, por la que había vestido de uniforme casi toda su vida y por la que había vuelto a vestirlo hacía cuatro años; la guerra había dejado repentinamente de ser una cuestión de uniforme, ya no era una cuestión de pantalones azules o rojos, una cuestión de camaradas enemigos que entrecruzaban caballeramente sus armas; la guerra se había convertido en algo que no era coronación ni plenitud de una vida de uniforme, sino en algo que, imperceptible pero más sensiblemente cada vez, había sacudido los cimientos de esta vida, desgastando su cohesión moral, y, a través de las mallas de la urdimbre, dejaba ver la sonrisa sardónica del pecado. Para convertirse —sometiéndolo— en dueño y señor del pecado, ya no bastaban las fuerzas espirituales aprendidas en la academia de cadetes de Culm, lo cual no tenía nada de extraño ya que, ni tan siquiera la Iglesia, pese a sus mejores armas, sabe cómo dominar íntegramente la antinomia del pecado. Pero lo que Agustín presintiera como curación de este mundo terrenal, lo que antes que él habían soñado ya los estoicos —la idea de la Ciudad de Dios, que acoge en su seno cuanto lleve la faz de hombre—, era una idea sublime que resplandecía a través de la visión de los peligros y de los sufrimientos que desgarran el corazón, y era una idea que —más sentimiento que convicción racional— había hecho mella en el espíritu del viejo oficial. Y así fue como las meditaciones del mayor Von Pasenow fueron situándose en una línea que, aunque confusa y zigzagueante, pero siempre continua, procedía de Zenón y de Séneca, y tal vez incluso de los pitagóricos.

XXXIV

Degradación de los valores 5

DIGRESIÓN LÓGICA

Admitiendo que en la academia imperial prusiana de cadetes de Culm dominase un estilo de pensamiento muy otro que, por ejemplo, el de un seminario de sacerdotes católico-romano, la idea de «estilo de pensamiento» nos hará recordar en demasía la vaguedad de aquellas tendencias filosóficas e históricas cuya clave metodológica radica en la palabra «intuición». Porque el apriorismo inequívoco del pensamiento y del logos no autoriza el menor matiz de estilo, no precisa de ninguna otra intuición fuera de la propia percepción apriorística del espíritu, y relega todo lo demás al ámbito de las digresiones empíricas, de las digresiones patológicas, que son competencia no de la investigación filosófica, sino de la psicológica o de la médica. Insuficiencia del pensamiento empírico y terrenal de los cerebros humanos frente a la lógica absoluta del Yo, frente a la lógica absoluta de Dios.

O también podría objetarse lo que sigue: la lógica absoluta y formal subsistirá siempre, es inalterable incluso para los cerebros humanos; dado que las variaciones sólo conciernen a los contenidos del pensamiento, a las penetraciones cognoscitivas de la esencia del mundo, en el mejor de los casos es una cuestión que pertenecerá a la teoría del conocimiento y nunca jamás a la lógica. La lógica permanece «sin estilo», como las matemáticas.

¿La forma lógica no tiene realmente nada que ver con los contenidos? De un modo u otro, la forma misma es, efectiva y sorprendentemente, contenido. Esto se ve a la perfección cuando se remonta la llamada cadena formal de pruebas, ya que no se trata tan sólo de que los eslabones de dicha cadena sean axiomas o sentencias axiomáticas —por ejemplo, el principio de contradicción— o sean afirmaciones que formen una barrera de plausibilidad insalvable (hasta que un día es superada como, *verbi gratia*, el principio del tercio excluido), y cuya evidencia pueda ser simplemente comprendida por su contenido, aunque no pueda ser demostrada formalmente; sino que, por encima de todo ello, se trata de la absoluta imposibilidad de determinar una cadena lógica de tales características, pues, si en último término no existieran unos principios ultralógicos, unos principios metafísicos y de contenido tales que, pese a todas las trabas de las delimitaciones formales, conservaran en sus aplicaciones la

marcha de todo el mecanismo, si no existieran dichos principios, toda la maquinaria lógica de la deducción y de la demostración se detendría inmediatamente. El edificio de la lógica formal descansa sobre los cimientos del contenido.

El idealismo psicológico-intuitivo ha predeterminado un «sentimiento de la verdad» cuya evidencia hace que todas las cadenas de preguntas, empezando por el asombroso «¿qué es esto?» y continuando por el siempre repetido «por qué», desemboquen finalmente en un conformismo, en una última plausibilidad axiomática: «Esto es así y no de otro modo». Así pues, si el sentimiento de la verdad es, teniendo en cuenta la invariabilidad de un logos apriorístico y puramente formal, una mera introducción superficial a la verdad, habrá que concederle, en razón de los elementos llenos de contenido que hay en lo lógico, una nueva y más justa consideración. Pues las posiciones de evidencia situadas al final de la serie de preguntas y de demostraciones se han desligado de la invariabilidad formal y, a pesar de ello, he aquí que han de ejercer una influencia determinante sobre el curso de la demostración lógica y sobre su forma. De ello surge un problema: ¿De qué modo los contenidos, sean de naturaleza lógico-axiomática o ajenos a toda lógica, pueden obrar sobre la lógica formal para que, sin que nada cambie en la invariabilidad formal, pueda aparecer una mutabilidad de estilo? Pero éste ya no es un problema psicológico ni empírico, sino metodológico y metafísico, ya que tras él se halla, con absoluto apriorismo, la cuestión primera de no importa qué ética: ¿Cómo puede Dios permitir el error, cómo es posible que el loco tenga derecho a vivir en este mundo de Dios?

Puede pensarse que jamás una serie de preguntas conduce a una conclusión; todas las series de preguntas ontológicas poseen evidentemente esta característica: el problema de la materia, que va de un concepto fundamental a otro, de la sustancia originaria al átomo, del átomo al electrón, del electrón al quantum de energía, y que desemboca una vez y otra y siempre en un punto muerto provisional, constituye un buen ejemplo de esta infinita serie de preguntas.

Determinar en qué punto se interrumpe esta serie de preguntas es cosa que atañe al sentimiento de la verdad y de la evidencia, es algo que depende del axiomatismo y de su fuerza. Si, según la doctrina de Thales de Mileto, para la serie ontológica de cuestiones había que situar en la sustancia «agua» este punto de plausibilidad, ello indica que, para Thales, existía un sistema de axiomas dentro del cual la cualidad agua de la materia aparecía como «demostrable». En este caso, los que detienen la cadena de cuestiones son axiomas de contenido y no axiomas lógico-formales, son axiomas de la cosmogonía en vigencia; pero estos axiomas de contenido han de tener

con los axiomas lógico-formales alguna relación, por lo menos una relación de no contradicción, pues, si el curso progresivo de la demostración no concordara con el curso progresivo formal, la plausibilidad no existiría. (Que, a pesar de ello, los axiomas de contenido y los axiomas lógicos pueden llegar a ser antagónicos es cosa que se ve con claridad en la doctrina de la doble verdad). Pero incluso partiendo, con absoluto escepticismo, del punto de vista del «no sabemos nada»; negando la existencia de una plausibilidad cosmogónica y su axiomatismo, y considerando que la cadena de preguntas no sólo no puede romperse sino que su ruptura es una pura arbitrariedad racional, aunque ficticia, incluso así es evidente que también el «no sabemos nada» posee como tal un determinado carácter de plausibilidad y que éste se apoya en una lógica determinada y en un axiomatismo lógico determinado.

Sobrepasando el marco de lo puramente intuitivo, la enorme cantidad de axiomas operantes contenidos en una imagen del mundo podría dar una cierta idea racional de esta situación. Naturalmente, esa cantidad de axiomas no puede ni demostrarse ni contarse; tan solo, en los casos extremos, puede destacarse la riqueza o la pobreza de axiomas. Por ejemplo, la cosmogonía de los primitivos es de una complejidad manifiesta: todas las cosas del mundo siguen su propia vida, son, en cierto modo, *causa sui*: cada árbol es habitado por su propio dios, cada cosa por su propio demonio; es un mundo de muchos, de infinitos axiomas, y cada serie de preguntas relacionadas con las cosas del mundo choca, a los pocos pasos, tal vez incluso al primero, contra uno de esos axiomas. Estas series ontológicas, cortas, casi de un solo miembro, se adentran, pese a su multiplicidad, por un mundo monoteísta; y aunque no se adentraran hasta el infinito, avanzan lo suficiente como para converger en la causa originaria única, o sea, «Dios». Así pues, si se consideran únicamente los axiomas cosmogónico-ontológicos —dejando a un lado los otros, como por ejemplo los puramente lógicos—, en ambos casos extremos, representados por las cosmogonías polares de la magia primitiva y del monoteísmo, el número de axiomas se reduce del infinito a uno solo.

En la medida en que el lenguaje es expresión de la lógica, en la medida en que la lógica aparece como inmanente en la estructura del lenguaje, puede sacarse del lenguaje una conclusión relativa al número de axiomas ontológicos, relativa a la naturaleza de la lógica y de la variabilidad de su «estilo». Porque precisamente el complicado sistema ontológico de los primitivos, precisamente su amplio sistema de axiomas se refleja en la estructura y en la sintaxis de su lenguaje, complejas en grado sumo. Y del mismo modo que no es posible atribuir a razones prácticas la variación de la imagen metafísica del mundo —nadie podrá afirmar que la metafísica occidental sea más práctica que, por ejemplo, la china, que se encuentra por lo menos

en el mismo nivel de desarrollo—, tampoco es posible subordinar exclusivamente a pensamientos de índole práctica la simplificación y el cambio de estilo básico de las lenguas (aunque no se pueda poner en duda su desgaste por el uso), y ello sin contar con que la explicación de una finalidad práctica no es suficiente para aclarar toda una serie de cambios y de peculiaridades sintácticas.

De todos modos, mediante una imagen es posible representar las funciones que pueda desempeñar un sistema de axiomas, ya sea ontológico, ya sea lógico, en la estructura propiamente lógica, y cómo dicho sistema de axiomas puede imprimir un «estilo» a esa inmutabilidad formal: en determinadas construcciones geométricas, el lejano punto del infinito se supone, arbitrariamente, incluido en la superficie finita del dibujo y, entonces, se procede a la construcción de la figura como si el punto ficticio del infinito fuera en realidad el infinitamente lejano. En trazados de este tipo, la situación recíproca de los distintos elementos de la construcción sigue siendo la misma, como si realmente el punto se hallara infinitamente lejos; sólo que todas las medidas se han desfigurado y aproximado. De modo semejante pueden imaginarse las mutaciones que sufren las construcciones lógicas cuando el punto lógico de plausibilidad se desplaza desde el infinito hasta lo finito y lo terrenal: la lógica formal subsiste como tal, incluso subsisten las aproximaciones asociativas que afectan al contenido. Lo que cambia son sus «proporciones», es su «estilo».

El paso que faltaba dar más allá de la cosmogonía monoteísta era casi imperceptible y, sin embargo, mucho más importante que todos los anteriores: la causa primera fue transportada desde el infinito «finito» de un Dios, en cualquier caso todavía antropomórfico, hasta el verdadero infinito abstracto. Las series de preguntas ya no desembocan en la idea de un Dios, sino que fluyen realmente hacia el infinito (ya no tienden, por así decirlo, hacia un punto, sino que se han paralelizado); la cosmogonía ya no se apoya en Dios, sino en la eterna posibilidad de seguir preguntando, en la convicción interior de que en ninguna parte existe un punto de reposo, de que siempre se puede seguir preguntando, de que se debe preguntar, de que no es posible revelar ni la materia original ni la causa primera, de que tras la lógica se oculta una metalógica, de que cualquier solución sirve únicamente de solución intermedia y de que sólo queda el acto en sí de preguntar. La cosmogonía se ha convertido en algo radicalmente científico, y su lenguaje y su sintaxis han borrado su «estilo», se han convertido en expresión matemática.

XXXV

El martes 4 de junio, Esch y Huguenau paseaban por la plaza del Mercado. El tiempo era lluvioso. Huguenau, corpulento y rollizo, caminaba muy ufano con la gabardina abierta. Como un vencedor, pensó Esch venenosamente.

Al doblar la esquina del ayuntamiento se encontraron frente a un triste cortejo: maniatado, escoltado por dos hombres con fusil y bayoneta calada, un soldado alemán era conducido a la cárcel. Tal vez venían de la estación o del palacio de justicia. Llovía y las gotas de lluvia resbalaban por el rostro del hombre; para secárselas tenía que llevarse de vez en cuando las maniatadas manos a la cara con un gesto que resultaba a la vez torpe y conmovedor.

—¿Qué habrá hecho ése? —preguntó Esch al también un tanto conmovido Huguenau.

Huguenau se encogió de hombros y murmuró algo sobre asesinato o robo o violación de niños:

—Tal vez ha matado a un cura... Lo habrá apuñalado con un cuchillo de cocina.

—Apuñalado con un cuchillo —repitió Esch.

—Si es un desertor, lo fusilarán —dijo Huguenau dando por concluido el caso, y Esch vio ante sí el consejo de guerra en la consabida sala del tribunal, vio al comandante de la plaza actuando como presidente del tribunal, oyó su despiadado veredicto y vio cómo el hombre era conducido, bajo la lluvia que chapoteaba en el patio de la cárcel, ante el pelotón de ejecución, y cómo se limpiaba por última vez con las manos maniatadas aquel rostro por el que corrían a un tiempo el agua, las lágrimas y el sudor frío.

Esch era un hombre de comportamientos impetuosos; el mundo se dividía para él en blanco y negro, y le parecía dominado por el juego de las fuerzas buenas y malas. Pero, con frecuencia, su impetuosidad le empujaba a confundir las personas con las cosas y, así, era más propenso a hacer responsable al mayor del inhumano acto que iba a cometerse con aquel pobre desertor que al frío y cruel militarismo. Estaba a punto de decirle a Huguenau que el mayor era un cerdo, cuando, de repente, comprendió que algo fallaba: de repente, no sabía a qué atenerse, porque de repente resultaba inconcebible que el mayor y el autor de aquel artículo de fondo fueran la misma persona. El mayor no era un cerdo, el mayor era una persona de bien, el mayor había pasado de repente del lado negro del mundo al lado blanco.

Esch veía con toda claridad ante sus ojos el artículo de fondo del mayor, y sus ideas, aunque no muy claras, resultaban en cambio para él nobles, limpias y grandiosas; se le aparecían como parte de la superior misión de velar por la libertad y la justicia del mundo, lo cual resultaba tanto o más curioso considerando que él veía en ellas parte de su propia tarea, de su propia meta, si bien transmutada en una expresión tan elevada, diáfana y libre que todo cuanto había hecho hasta entonces le

parecía opaco, angosto, prosaico y miope.

Esch se detuvo:

—Es preciso pagar —dijo.

Huguenau se sintió desagradablemente aludido:

—Para usted es muy fácil decirlo, a usted no van a fusilarle.

Esch movió la cabeza, hizo con la mano un gesto entre despectivo y desesperado:

—Si sólo se tratara de eso... Se trata de ser honesto...

¿Sabe usted que hubo un tiempo en que yo quería formar parte de una asociación de librepensadores?

—¿Y qué?

—No debería usted hablar así. La Biblia dice algo al respecto. Lea usted el artículo del mayor.

—Bonito artículo.

—¿Entonces...?

Huguenau reflexionó:

—Es poco probable que vuelva a escribir un artículo para nosotros... Ahora conviene publicar cosas de otro tipo... Pero, naturalmente, tendré que ocuparme yo, como siempre... A usted no se le ocurre nada. ¡Y pretendía editar un periódico!

Esch le miró con desesperación: con semejante pedazo de carne era evidente que no se podía llegar a nada, aquel tipo o no comprendía o no quería comprender. A Esch le hubiera gustado pegarle.

—Si usted es el ángel que vino para sacarlo adelante, yo prefiero mil veces ser el demonio —le gritó.

—Ninguno de nosotros somos ángeles —filosofó Huguenau.

Esch se dio por vencido; de todos modos, habían llegado. Marguerite jugaba en el corredor con un par de críos de la vecindad. Les miró enfadada porque venían a estorbar, pero Esch, sin hacerle caso, la cogió y la sentó sobre su nuca, sosteniéndola con fuerza por las piernas.

—¡Cuidado con las puertas! —gritó Esch, al tiempo que se agachaba al cruzar el umbral.

Huguenau les siguió.

Cuando treparon por la escalera y Marguerite, oscilante en lo alto de la rampa, miró hacia abajo —hacia el patio, que se veía extrañamente grande, y hacia el jardín, que se tambaleaba—, sintió miedo, agarró con fuerza la frente de Esch e intentó arañarle los ojos con las uñas.

—¡Calma ahí arriba! —ordenó Esch—. Y cuidado con la puerta.

Pero de nada sirvió que él se agachara: Marguerite se puso tiesa, echó el busto hacia atrás, su cabeza chocó contra el dintel y se echó a llorar. Esch, habituado desde que tenía uso de razón a consolar con una caricia a las mujeres que lloraban, la bajó hasta la altura de su cara e intentó besarla, pero la niña pataleó y quiso arañarle de nuevo los ojos, de modo que él, de grado o por fuerza, tuvo que dejarla en el suelo y

soltarla. Marguerite intentó escapar, pero allí estaba Huguenau, de pie y dispuesto a atraparla. Huguenau había contemplado divertido los esfuerzos de la niña para deshacerse de Esch y si ahora, en lugar de huir, la pequeña se quedaba con él, constituiría una gran satisfacción. Mas cuando vio su rostro ceñudo no se atrevió a retenerla sino que, haciendo un arco con las piernas, dijo:

—Aquí está la puerta.

La pequeña comprendió, se echó a reír y pasó a cuatro patas por debajo. Esch la siguió con la mirada:

—Sería capaz de matarlo a uno sin el menor miramiento —dijo en un tono como conmovido—, esta pícara negrita.

—Realmente parece que a usted le hace gracia... Bueno, pronto tendré que instalar aquí mi escritorio.

—Yo no puedo impedirselo —refunfuñó Esch—, de todos modos ya va siendo hora de que se preocupe de los asuntos de la redacción.

Huguenau todavía pensaba en la niña:

—La pequeña está siempre correteando por aquí. Esch sonrió ligeramente:

—Los niños son una bendición y también una plaga, señor Huguenau, pero usted no entiende de eso.

—Hay algo que comprendo muy bien, y es que usted está loco por la niña... ¿Por qué si no iba a querer adoptar semejante bestezuela no siendo suya?

—Mía o de otro, ¡qué más da!, ya se lo dije una vez.

—Qué más da, no, si es otro el que tuvo el placer.

—Usted no lo comprende —gritó Esch levantándose de un salto.

Dio varias vueltas por la habitación, después se acercó al rincón donde se amontonaban los periódicos y cogió uno, el número especial, y empezó a leer con suma atención el artículo del mayor.

Huguenau le observó con interés. Esch sostenía su cabeza con las dos manos, su pelo corto y gris sobresalía por entre los dedos como las cerdas de un cepillo; parecía enfrascado, casi ascético, y Huguenau, queriendo apartar de su mente un persistente recuerdo oscuro y desagradable, dijo con voz animada:

—A ver si piensa usted algo que nos ayude a salir adelante con el periódico, Esch.

—El mayor es una buena persona.

—Sí —dijo Huguenau—, pero será mejor que piense usted qué se puede hacer con el periódico —se había acercado a Esch y, como para despertarlo, le daba golpecitos en el hombro—. *El Mensajero del Electorado de Tréveris* necesita que lo soliciten de Berlín y de Nüremberg, y también del café de la Hauptwache de Frankfurt, ya conoce usted Frankfurt, también allí ha de estar el periódico... Ha de convertirse en un periódico universal.

Esch no le prestaba atención. Señaló con el dedo unas líneas del artículo:

—Esto de que las obras no convierten a nadie en piadoso y que el ser humano tiene que ser piadoso antes de realizar sus obras, ¿sabe qué quiere decir? Pues que no

depende de la niña sino del modo de pensar; que sea propia o de otro, tanto da, ¿me oye usted?, ¡tanto da!

Por algún motivo, Huguenau se sintió decepcionado:

—Yo sólo sé que es usted un loco y que con su modo de pensar ha llevado el periódico a la ruina.

Y salió de la habitación.

La puerta llevaba ya mucho rato cerrada, pero Esch seguía mirándola fijamente, desde su asiento, sin moverse, cavilando. No estaba muy claro, pero Huguenau podía tener razón en lo del modo de pensar. No obstante, parecía que ahora iba a ser posible poner un poco de orden. El mundo se dividía entre lo bueno y lo malo, el haber y el deber, lo blanco y lo negro, y, aunque podía suceder que se filtrara un error de contabilidad, había que subsanarlo y se subsanaría. Esch fue tranquilizándose. Sus manos descansaban pacíficamente sobre sus rodillas, estaba tranquilamente sentado mirando, con los párpados entornados, hacia la puerta y toda la habitación, y ésta se convertía de un modo extraño en un paisaje —¿o era una tarjeta postal?—, con una especie de quiosco bajo los verdes árboles, árboles de la colina del castillo de Badenweiler. Vio el rostro del mayor y era el rostro de un ser superior, elevado. Y Esch estuvo tanto rato así sentado y lleno de admiración que, al final, ya no sabía dónde se hallaba y, sólo con un gran esfuerzo, volvió a concentrarse en la lectura. Y, aunque hubiera podido recitar el artículo de memoria, frase por frase, se esforzó en continuar leyéndolo y supo así de nuevo qué sitio le correspondía a él en el mundo. Porque las observaciones del mayor, dirigidas al pueblo alemán, habían causado gran impacto en una parte de la nación, si bien no en una parte importante, y dicha parte era precisamente el señor Esch.

XXXVI

Cuatro mujeres limpiaban la sala de los enfermos.

El doctor Kuhlenbeck, médico jefe de Estado Mayor, entró, los miró a todos unos instantes y dijo:

—Bueno, ¿qué tal estáis?

—¿Cómo quiere que estemos, doctor?

Las mujeres suspiraron, luego siguieron limpiando. Una de ellas levantó la cabeza:

—Mi marido viene con permiso la próxima semana.

—Estupendo, Tielden... La cama temblará...

La señora Tielden enrojeció visiblemente, pese al tono moreno de su cutis. Las otras se rieron. Y la señora Tielden unió su risa a la de ellas.

De pronto, de una de las camas surgió algo así como un ladrido, una especie de suspiro sofocado, plúmbeo, lleno de dolor, algo que no llegaba a ser un sonido y que salía de lo más hondo.

El reservista Gödicke estaba sentado en su cama; sus facciones se habían contraído en una mueca de dolor. Era él quien reía de forma tan particular.

Era el primer sonido que articulaba desde que lo ingresaron (sin contar como tales los gemidos de los primeros días).

—Vaya con el marrano —dijo el médico jefe de Estado Mayor doctor Kuhlenbeck—, de eso sí es capaz de reírse.

XXXVII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 5

Primavera marchita de leyes hechas piedra,
primavera marchita de la novia judía,
rumor sordo y marchito de la urbe, que yace
silenciosa y cautiva de una red invisible;
jornada de verano hecha de piedra,
piedra sobre la cual no se posa el rocío;
luce un cielo marchito sobre plazas de asfalto
y calles retorcidas, y la piedra, cual costra,
sobre la piel grisácea de la tierra se extiende.
¡Ciudad de falsas luces! ¡Ciudad de falsos brillos!
El penitente huye del verdor de los árboles,
porque prefiere un sitio —cueva de penitencia—
donde todo lo santo de la Ley se levante
y mane, como fuente, del pensamiento oculto
en el Libro Sagrado, del titubeo y dudas.
Ciudad de caminantes, ciudad de penitentes
cautivos de la angustia, ciudad de los ascetas:
es la ciudad del pueblo que, elegido por Dios,
sin placer va creciendo, sólo por contar hijos.
Pueblo cuyos ancianos en las ventanas rezan,
pueblo de monacales barbas que, eternamente,
sus bodas con Jehová celebran con oficios
rituales y correas e instrumentos de culto;
y mientras, las mujeres amasan panes grasos
y arde una lamparilla de aceite iluminando
débilmente las fiestas de los aniversarios;
pueblo que sus mujeres toma en su lecho para
reproducirse en ellas y en ellas engendrar
al pálido muchacho de la barba postiza,
a Jacob ante el cual los ángeles se inclinan
y al cual le será un día dictada la verdad;
guía que nos indica el camino hasta el pozo,
pozo al que descendieron los ángeles y donde
bebían las ovejas de la joven Raquel.
¡Oh, ciudad gris!, descanso de los nómadas ocres
en la ruta que lleva a Sión y hasta Dios.
Ciudad impía, presa en una red vacía, vacía

área de piedra cargada de dolor;
ciudad donde sus himnos con suavidad entona
el tenaz Ejército de Salvación a coro
para que al Mal renuncie el pecador y halle
el camino de vuelta a su hogar y a su Dios;
camino verdadero y que, de gracia lleno,
conduce hasta Sión por obra del Amor.
En la ciudad de Berlín y en aquella primavera
encontró Nuchem Sussin a Marie salutista;
dudaron unos instantes con dulce vacilación,
pero sus almas al fin de rodillas se postraron:
no sentían las pesadas garras del duro destino;
ante ellos vieron Sión y todo fue acción de gracias.

XXXVIII

Heinrich Wendling no había tenido permiso desde hacía unos dos años. Sin embargo, cuando llegó la carta en que Heinrich anunciaba que volvía al hogar, Hanna quedó muy sorprendida, tan sorprendida como si de pronto hubiera sucedido algo incomprensible e irracional. El viaje desde Salónica duraba, por lo menos, seis días y tal vez más, pero de cualquier modo era cuestión de días. Hanna temía su regreso como si tuviera que ocultarle un amante secreto. Cada día de retraso le parecía un regalo. No obstante, cada noche se aseaba con más cuidado que de costumbre y cada mañana permanecía en la cama más tiempo de lo habitual, esperando, temiendo que el que, sucio y sin afeitarse, regresaba al hogar con permiso tomara inmediatamente posesión de ella. Y aunque en realidad se avergonzaba de esos pensamientos, que la llevaban a desear que una ofensiva o cualquier otra desgracia frustraran el permiso, sentía sin embargo que otra esperanza, aún más fuerte y extraña, se filtraba por entre dichos pensamientos; una especie de intuición de la que nada quería saber y nada sabía y que le recordaba la sensación que se experimenta cuando se tiene en perspectiva una operación delicada; había que someterse a ella para evitarse algo ineludible, algo hacia lo que, en caso contrario, se iría a parar inexorablemente; era como un último y espantoso recurso, oscuro sí, pero equivalente a la salvación ante una oscuridad mucho más profunda. Tildar de masoquismo este comportamiento, este temor esperanzado y esta expectativa horrorizada, sería quedarse en la simple superficie del alma. Y la explicación que de su estado habría podido dar, como ser consciente, la propia Hanna no difería en esencia de la absurda opinión de las mujeres viejas que ven en el matrimonio el único remedio para acabar de una vez y para siempre con los padecimientos de las muchachas enfermizas. No, ella no se atrevía a seguir pensando en ello, era como una maleza en la que no quería penetrar, y si confiaba en que, con el regreso de Heinrich, se restableciera el orden natural, también intuía, y con idéntica intensidad, que dicho orden estaba perdido para siempre.

El verano había llegado definitivamente. La Casa de las Rosas hacía honor a su nombre a pesar de que, conforme a las necesidades del momento, el cuidado de las verduras se anteponía al de las flores, y a que el enfermizo aprendiz de jardinero no daba abasto para todo. Sin embargo, las *crimson rumblers* no se dejaban abatir por la guerra y se alzaban hasta las figuras decorativas junto a la puerta de entrada, las peonías lucían colores blanco y rosa, y las hileras de heliotropos y de alhelíes que bordeaban el césped habían florecido del todo. El verde paisaje se extendía apacible ante la casa, y la larga hondonada del valle recogía la mirada para conducirla hasta la linde del bosque. La casa del guardabosques, cuyas ventanas eran visibles en invierno, había desaparecido bajo el verdor; también los viñedos eran ahora verdes y el bosque una quieta mancha oscura, más oscura aún en este momento, debido a que negros nubarrones se cernían sobre las montañas.

Aquella tarde Hanna había instalado su tumbona delante de la casa. Se hallaba recostada bajo los castaños, mirando el movimiento de las nubes, cuya sombra se proyectaba sobre los campos y transformaba el verde claro y diáfano en un verde oscuro extrañamente violeta, que daba sensación de paz; y, cuando la sombra alcanzó el jardín y de pronto el aire se tornó fresco, con un frescor de bodega, las flores, cerradas hasta este momento por el calor, empezaron súbitamente a exhalar su aroma, como si su aliento hubiera sido liberado. O tal vez era aquel repentino frescor lo que hacía que Hanna notara el perfume de las flores, pero todo había sido tan imprevisto, tan único, tan vehemente; aquella ola de dulce perfume que se acercaba era tan fresca y mágica como una noche en los jardines del sur, como un crepúsculo en la costa rocosa de un mar tirrénico. Así, la tierra se recostaba a orillas de la nube, la cual enviaba hacia abajo sus efluvios, una lluvia de tormenta nutricia y suave, y Hanna, de pie ante la abierta puerta de la balconada, olía el sur y, aunque aspiró casi con frenesí la humedad que fresca y nueva le penetraba por la nariz, recordó en aquel olor la angustia que sintió por primera vez junto a la orilla del mar en Sicilia, una tarde de lluvia durante su viaje de bodas: las flores del jardín exhalaban un perfume penetrante y ella no sabía quién era el desconocido que estaba de pie a su lado: se llamaba doctor Wendling.

Se asustó. El jardinero se acercaba corriendo por la alameda, a fin de poner a resguardo de la lluvia los muebles del jardín; se asustó: aunque sabía exactamente cuál era la intención de aquel hombre no pudo dejar de pensar en un ladrón. Si Walter no se hubiera acercado a ella, ella se habría refugiado en su habitación y habría cerrado las puertas. Pero Walter se sentó en el umbral, extendió hacia afuera sus piernas desnudas, para que la lluvia las mojara, y se empeñó en arrancarse de la rodilla una costra seca; luego, muy satisfecho, se acarició la piel nueva y rosada. También Hanna se sentó en el umbral y se rodeó las piernas con las manos, aquellas piernas suyas tan esbeltas y bonitas —para estar en el jardín de su casa, tampoco ella se ponía medias—, y sus lisas pantorrillas se notaban frescas al tacto.

La misma lluvia que, al principio, había suscitado el perfume de las flores, ahora estaba sofocándolo, y sólo olía tierra mojada. El tejado de la casa del jardinero, de tejas moteadas de pardo, relucía ahora al estar mojado y, cuando el jardinero volvió a cruzar la alameda, la gravilla no crujió de sequedad sino que sonó como a grano y cosa recién lavada. Hanna pasó el brazo por encima del hombro del chico —¿Por qué no podían estar siempre así, sentados juntos, en paz, encajados en un mundo ordenado, limpio y fresco?— y, aunque ya no tenía tanto miedo, dijo sin embargo:

—Si esta noche hay tormenta como ahora, puedes dormir en mi habitación, Walter.

XXXIX

Cuando el médico jefe de Estado Mayor doctor Kuhlenbeck entró, en compañía del doctor Kessel, en el comedor de la hospedería, el mayor estaba sentado en su sitio de costumbre. Leía el periódico de Colonia, precisamente recién llegado. Los dos caballeros saludaron y el mayor se levantó invitándoles a sentarse a su mesa.

El médico jefe de Estado mayor, con absoluta falta de tacto, señaló el periódico:

—¿Tendremos el placer de leerle en otros periódicos?

El mayor se limitó a mover la cabeza. Y, tendiendo el periódico al que acaba de hablar, señaló las informaciones relativas a la guerra:

—Malas noticias.

El médico jefe echó un vistazo a la información:

—En realidad, no son peores que otras veces, comandante. —El mayor le miró interrogativamente—: ¿Sólo hay una buena noticia, no, comandante? Y se llama paz.

—En eso lleva usted razón —repuso el mayor.

—Bien —dijo Kuhlenbeck levantando su vaso—, brindemos, pues, por la paz.

Los otros dos chocaron sus vasos con él y el mayor insistió:

—Por una paz honrosa... ¿Para qué, si no, se habrían hecho tantos sacrificios? —Retuvo el vaso en la mano, como si quisiera decir algo más, pero permaneció callado; cuando, finalmente, rompió su mutismo, dijo—: El honor no es un simple convencionalismo... Años atrás, el uso de gases asfixiantes habría sido prohibido.

Los tres bebieron sus vasos en silencio. Luego el doctor Kessel dijo:

—¿De qué sirven las mejores teorías sobre la alimentación en tiempos de guerra...? Cuando por las noches vuelvo a mi casa, apenas me sostienen las piernas; para un hombre de cierta edad esta alimentación no es suficiente.

—Es usted un derrotista, Kessel —dijo Kuhlenbeck—. Según está demostrado, la diabetes ha descendido a un mínimo, y parece ser que también el cáncer... Sencillamente, tiene usted la mala suerte de no ser diabético... Por otra parte, mi querido colega, si le pesan a usted las piernas... No nos estamos volviendo precisamente jóvenes.

El mayor Von Pasenow dijo:

—El honor no es la pereza del sentimiento.

—No comprendo, comandante —dijo el médico jefe Kuhlenbeck.

El mayor miró al vacío:

—¡Bah!, no decía nada... Como usted sabe, mi hijo cayó ante Verdún... Dentro de poco cumpliría veintiocho años...

—Pero tiene usted más familia, ¿verdad, comandante? De momento, el mayor no contestó; tal vez la pregunta le parecía indiscreta. Por fin dijo:

—Sí, el más pequeño y las dos chicas... Al chico... muy pronto lo llamarán a

filas... Hay que dar al rey lo que es del rey —calló un momento y luego prosiguió—: No se le da a Dios lo que es de Dios. Ahí radica el mal.

—Ni siquiera se le da al hombre lo que es del hombre... —dijo el doctor Kuhlenbeck—. Opino que habría que ir por ahí.

—Primero es Dios —dijo el mayor Von Pasenow. Kuhlenbeck alzó el mentón; su barba canosa flotó en el aire:

—Nosotros los médicos no somos más que unos sórdidos materialistas.

El mayor denegó con benevolencia:

—No diga usted eso.

El doctor Kessel tampoco compartía este punto de vista:

—Un auténtico médico es siempre un idealista. Kuhlenbeck rió:

—Cierto, me olvidaba de su consultorio del seguro social. Al cabo de un rato, el doctor Kessel dijo:

—Apenas vuelva a ser posible, me dedicaré otra vez a mi música de cámara.

El mayor dijo que a su mujer también le gustaba tocar. Meditó un poco y luego añadió:

—Spohr, un buen compositor.

XL

Cuando se hizo público y sabido que Gödicke se había reído, sus compañeros de habitación intentaron por todos los medios que volviera a reír. Le contaron los chistes más procaces y, cuando estaba acostado, rara era la vez que alguno de ellos pasara sin mover los muelles de su cama para conseguir que se riera. Pero no sirvió de nada. Gödicke no volvió a reír. Permanecía mudo.

Hasta que, un día, entró la enfermera Carla trayéndole una postal del frente:

—Gödicke, le ha escrito su mujer... Gödicke no se movió.

—Se la voy a leer.

Y la enfermera Carla le leyó que su fiel esposa hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, que tanto ella como los niños estaban bien y que todos confiaban en que regresaría pronto.

—Contestaré por usted —dijo la enfermera Carla.

Gödicke no había dado muestra alguna de comprensión y era muy fácil pensar que en realidad no había entendido nada. Y es muy posible que hubiera logrado ocultar ante cualquiera que lo observara la tempestad de su alma, aquella tempestad que, agitando todos los fragmentos de su Yo, los hacía ascender con rapidez a la superficie para, con idéntica velocidad, volver a hundirlos en aquella ola oscura; que hubiera logrado calmar la tempestad y detenerla poco a poco si, en aquel momento, el gracioso de la habitación, el soldado de dragones Josef Sattler, no hubiera pasado por allí y no se hubiera colgado, como de costumbre, de los pies de la cama para hacerla bailar. Entonces el reservista Gödicke emitió un grito que en nada se parecía a la risa que de él se esperaba, risa a la que en realidad estaba obligado. Emitió un grito sordo y lleno de rabia, se sentó, pero sin la torpeza y la dificultad habituales en él, arrebató la postal de manos de la enfermera y la rompió en mil pedazos. Luego se dejó caer hacia atrás; lo brusco del movimiento le había producido dolores espantosos y se sostenía el bajo vientre.

Y así quedó, tendido boca arriba, mirando al techo e intentando poner urgentemente un poco de orden en sus pensamientos. Era consciente de haber obrado bien; había rechazado con absoluta justicia al intruso. El hecho de que el intruso fuera la criada Anna Lamprecht junto con sus tres hijos carecía de importancia y podía volver a olvidarse con rapidez. Se alegraba de haber sido precisamente él quien hubiera calmado con tanta velocidad al hombre que había contraído matrimonio con la criada Lamprecht y quien lo hubiera devuelto a su sitio detrás de la oscura barrera: allí debía esperar hasta que lo llamaran. No obstante, el asunto no estaba liquidado todavía: el que viene una vez puede volver aunque no le llamen y, cuando en una ocasión uno ha abierto una puerta, todas las demás puertas pueden abrirse solas. Lleno de pánico, sentía, aunque no habría sabido expresarlo, que toda intromisión en cualquier parte de su alma influía en las demás partes y que todas ellas sufrirían algún

cambio. Era como un zumbido en los oídos, un zumbido del alma, un zumbido del Yo que bramaba con tal fuerza que él lo percibía en todo su cuerpo, pero también era como una mordaza de tierra colocada debajo de la lengua, una mordaza que ahoga y que le cambia a uno todos los pensamientos. O tal vez era otra cosa; en cualquier caso era una poderosísima fuerza a la que se sentía ligado. Era como intentar extender la masa de mortero sobre una hilera de ladrillos y que el mortero ya se hubiera solidificado en la paleta. Parecía como si aquí hubiera un maestro de obras que exigiera un ritmo de trabajo insensato e imposible, obligando a colocar los ladrillos a tanta velocidad que éstos se amontonaban en el andamio y se hacía imposible trabajar. El andamio se hundiría si, para detener lo alocado del ritmo, no se utilizaban a la vez el torno y la hormigonera. Lo mejor sería que los ojos volvieran a cerrarse con una membrana y que los oídos se taponaran de nuevo; el hombre Gödicke no debía ver, ni oír, ni comer nada. Si en este momento no tuviera dolores tan molestos, saldría al jardín y cogería un puñado de tierra para taponarse sus agujeros. Y mientras se sostenía el maldito bajo vientre del que habían manado sus hijos, mientras se lo apretaba con las manos como si nunca más tuviera que manar nada de él, mientras apretaba los dientes y contraía los labios para que ni siquiera una vez se escapara de ellos un suspiro de dolor, le pareció que así sus fuerzas aumentaban, que dichas fuerzas podrían, al aumentar, construir cada vez más alto y más claro el andamio, que él, como si fuera omnipresente, estaba en todos los pisos y rellanos del andamio y, finalmente, que se hallaba completamente solo en la planta más alta, en la cima del andamio, y que podía estar allí de pie, sin sentir dolor, libre y cantando como cantaba siempre que se encontraba en lo más alto. Por debajo de él, los carpinteros trabajarían martilleando, clavando clavos, y él escupiría hacia abajo como lo había hecho siempre, lanzando en arco y por encima de ellos el salivazo, y allí donde se estrellara crecerían árboles, árboles que, por mucho que crecieran, jamás lograrían llegar hasta él.

Cuando la enfermera Carla se acercó con la jofaina y los paños, él estaba echado, tranquilo, y se dejó poner las compresas pacíficamente. Durante dos días rechazó de nuevo bebida y alimentos. Después se produjo el acontecimiento durante el cual comenzó a hablar.

XLI

Historia de la muchacha salutista de Berlín 6

Incluso con gran sorpresa por mi parte, reanudé mis trabajos de filosofía de la historia dedicados a la degradación de los valores. A pesar de que apenas salía de casa, mi trabajo avanzaba con lentitud. Nuchem Sussin entraba a veces a verme y se sentaba sobre los grises faldones de su levitón. Nunca se lo desabotonaba; probablemente se lo impedía una especie de pudor. Con frecuencia yo me preguntaba cómo aquella gente podía confiar en el doctor Litwak, el cual, con su chaqueta corta, parecía burlarse de sus ideas. Hasta que al fin encontré una explicación: el bastón de paseo que el doctor Litwak llevaba siempre consigo constituía una a modo de compensación por su carencia de prendas más largas. Pero, naturalmente, sólo era una suposición mía.

Estuve mucho tiempo sin conseguir averiguar qué era lo que en realidad quería Sussin. Cuando se sentaba, nunca se olvidaba de decir: «Tenga la bondad de permitirme...» y, tras una pausa de embarazoso silencio, surgía luego algún problema de tipo jurídico: si el gobierno tenía facultad para confiscar los alimentos y las materias grasas que la gente tenía ya en sus casas o incluso en el plato; si el subsidio que recibían las mujeres de los soldados podría convertirse, en caso de fallecimiento, en un seguro... En realidad no se veía adónde pretendía ir a parar con todo aquello, parecía como si quisiera anudar al azar una serie de cabos cualesquiera, y daba la sensación de que, de todo ello, surgirían auténticos problemas, o bien que en su interior iba desarrollándose un panorama jurídico que uno se veía obligado a observar a través de aquellos telescopios artificiales y retorcidos.

Aunque cogiera un libro y lo acercara a sus ojos miopes, parecía como si estuviera leyendo cosas muy distintas de las que contenía. Sentía un respeto desmesurado por todos los libros, pero, ante una simple línea de Kant, era capaz de reírse descontroladamente y se extrañaba de que yo no hiciera como él. Por ello le pareció un chiste buenísimo encontrar en Hegel la siguiente frase: «El principio de la magia consiste en que no se conoce el nexo entre el medio y el resultado». Lo más seguro es que me despreciara por no ver, como él, el fondo y la comicidad de las cosas, y lo más curioso es que yo me inclinaba a reconocer que su punto de vista era más exacto, aunque más complejo. En todo caso, éstas fueron las únicas ocasiones en que le vi reír.

Además tenía cierta relación con la música. De la pared de mi habitación colgaba un laúd con muchas cintas. Creo que había pertenecido al hijo de la dueña del piso, hijo que o estaba en la cárcel o había desaparecido. Cada vez que venía, Sussin me pedía: «Toque usted», y cuando yo le decía que no sabía, se negaba a creerme. Lo cogía con un exceso de timidez. Pero por este camino llegó al fin al tema que le

interesaba: «¿Ha oído usted tocar a esa gente... a esos que van de uniforme...? Es muy bonito».

Se refería a los del Ejército de Salvación, y sonrió cohibido porque yo lo adiviné. «Esta noche voy a oírles. ¿Vendrá usted conmigo?»

XLII

La alegría de Huguenau por el periódico no duró mucho tiempo, ni siquiera llegó a un mes. Aún no había acabado junio, cuando Huguenau ya estaba harto. Con el entusiasmo inicial había conseguido la gran hazaña del número especial y de los artículos especiales, pero, como a continuación no se le ocurrió ninguna idea nueva, perdió el entusiasmo. Parecía que hubiese arrinconado un juguete; ya no le gustaba. Y aunque detrás de esta actitud siguiera estando su visión, más que acertada, por supuesto, de que no podía sacarse un gran periódico de un periódico de provincias, la verdad es que estaba sencillamente aburrido, y no quería saber pura y simplemente nada más de la marcha del periódico. Si antes le parecía siempre que no se daba la suficiente prisa en acudir a su trabajo, ahora en cambio se quedaba remoloneando en la cama, alargaba el desayuno más de lo normal y se encaminaba de mala gana a la parte trasera del edificio. Con frecuencia, incluso se detenía en la cocina de la señora Esch para hablar con ella del precio de los alimentos. Y, cuando por fin se hallaba en la oficina de redacción, la mayor parte de las veces se escapaba silenciosamente escaleras abajo y se dirigía a la imprenta.

Marguerite jugaba en el jardín. Huguenau le gritó desde el otro lado del patio:

—Marguerite, estoy en la imprenta.

La niña salió corriendo a su encuentro y entraron juntos.

—Buenas —dijo Huguenau lacónicamente, pues, desde que Lindner y su ayudante se habían convertido en subordinados suyos, procuraba ser muy lacónico con ellos. De todos modos, ninguno de los dos se inmutó, y Huguenau volvió a tener la impresión de que le despreciaban porque no entendía nada de máquinas. En aquel momento estaban componiendo un texto y Huguenau, con la pequeña de la mano, se esforzó en mirarles por encima de los hombros con aires de entendido, pero, cuando salieron fuera y le dejaron sólo con la máquina impresora, se alegró.

La máquina de imprimir le seguía gustando, pues a un hombre que se ha pasado la vida vendiendo mercancías producidas a máquina, pero para el cual tanto las máquinas como sus propietarios han sido algo superior y una realidad inaccesible, a un hombre así le parecerá de seguro un acontecimiento excepcional llegar a poseer personalmente alguna máquina; y es muy probable que en él se desarrolle para con la máquina el trato afectuoso que casi siempre se da en los muchachos y en los pueblos jóvenes, trato que hace de la máquina un héroe y que la proyecta hasta el plano más elevado y libre de los deseos personales y de las grandes hazañas. Un muchacho es capaz de pasarse horas y horas en la estación observando una locomotora y de alegrarse profundamente de que la locomotora lleve algunos vagones de una vía a otra, y Wilhelm Huguenau podía estarse horas y horas sentado ante la máquina de imprimir contemplándola, a través de los cristales de sus gafas, con la mirada seria y vacía de un muchacho, con una satisfacción sin límites al ver que se movía, tragaba

papeles y luego los devolvía. Y el desmesurado amor que sentía por este ser vivo le embargaba hasta el punto de impedir que de él brotara la más mínima ambición o el menor intento de comprender la incomprensible y maravillosa función de la máquina; aceptaba la máquina con admiración, con ternura y casi con temor; la aceptaba tal y como era.

Marguerite se había encaramado en los rollos de papel y Huguenau había tomado asiento en un banco tosco que había allí. Contemplaba la máquina, contemplaba a la niña. La máquina era suya, le pertenecía; la niña pertenecía a Esch. Durante un rato estuvieron tirándose una pelota hecha de papel; luego Huguenau se cansó de jugar, cruzó las piernas y, mientras se limpiaba los cristales de las gafas, dijo:

—Aún se podría hacer algo con los anuncios. —La niña jugaba con la pelota de papel. Huguenau prosiguió—: No me lo imaginaba todo tan mal. Se ha pagado demasiado por el periódico... De todos modos, tenemos la imprenta... Oye, ¿te gusta la impresora?

—¡Sí!, juguemos a impresores, tío Huguenau. Marguerite se deslizó desde los montones de papel hasta el suelo y trepó a sus piernas. Entonces se cogieron por los brazos y, al mismo tiempo que movían el busto, regularmente, hacia delante y hacia atrás, imitaban el ruido de la máquina:

—Pum, pum.

Huguenau frenó. Marguerite se quedó a horcajadas sobre sus rodillas. Huguenau respiraba con cierta fatiga:

—Se ha pagado demasiado por el periódico... Si todo va bien, podremos tirar hasta cuatrocientos ejemplares... Pero si conseguimos dos páginas de anuncios haremos un buen negocio y seremos ricos. ¿Verdad que sí, Marguerite?

Marguerite cabalgaba sobre sus rodillas y Huguenau la hizo saltar como si fuera al trote; la niña se reía porque él repetía a cada salto:

—Sí, tú serás rica. Tú serás rica. ¿No te alegras, Marguerite?

—Entonces me darás mucho dinero.

—¡Ah, ¿sí?!

—Mucho dinero.

—¿Sabes, Marguerite? Contrataremos a algunos muchachos para que consigan anuncios... por los pueblos... por todas partes. Trabajarán a comisión.

La niña asentía muy seria.

—Ya lo tengo todo calculado... Anuncios de bodas, de ventas, etc., etc. Ve a buscar los modelos de anuncio del señor Lindner. —Y gritó hacia el cuarto donde componían—: ¡Lindner!, los modelos de anuncios.

La niña regresó con los modelos.

—Mira, les daremos a los agentes estos modelos... Verás cómo gustan. —Se sentó de nuevo a la niña en el regazo y, juntos, estudiaron los modelos. Luego Huguenau dijo—: O sea que, con el dinero, les dirás adiós... ¿Y adónde quieres ir?

Marguerite se encogió de hombros:

—Lejos.

Huguenau reflexionó:

—Yendo por Eifel, llegarás a Bélgica. Allí vive buena gente.

—¿Vendrás conmigo?

—Quizá... Más adelante, sí...

—¿Y cuándo es más adelante?

La niña se apretujó cariñosa contra él, pero Huguenau dijo de pronto con brusquedad:

—Basta.

Se levantó y la puso sobre la impresora. Con extraña claridad le vino a la mente la imagen de aquel asesino de niños, del sádico torturador de niños encadenado, y esta idea le puso nervioso.

—Cada cosa a su tiempo —dijo contemplando a la niña, que se movía con ligereza por encima de la sólida e inmóvil máquina, como si no pesara, pero formando, no obstante y de algún modo, parte del conjunto. Si la máquina se pusiera en marcha, se tragaría a Marguerite como se tragaba el papel, y se aseguró de que la palanca estaba echada. Casi con miedo, repitió—: Cada cosa a su tiempo... Ya llegará la ocasión... De todos modos, aquí él no nos estorba.

Y mientras reflexionaba acerca de para qué tenía que llegar la ocasión, se le ocurrió que el tal Esch, con su dentadura caballuna, el tal maestro flaco e insoportable, nunca le dejaba tranquilo sino que, invocando el contrato, siempre intentaba colgarle a él una y otra vez los trabajos de la redacción, «invoca el contrato y exige que yo me pase todo el día allí, sentado, y probablemente llegará incluso a exigirme que me ponga un blusón azul. ¡Un tipo como él puede defender sus derechos, pero no imponer sus ideas, ni por unas cochinas perras!». Y, al pensar que el señor maestro no había logrado hacerle trabajar ni una sola vez, Huguenau se sintió invadido por un extraordinario bienestar.

Mientras seguía ordenando los modelos de los anuncios, dijo:

—Algún día le ajustaremos las cuentas al señor maestro, ¿verdad, Marguerite?

—Bájame de aquí —dijo la niña.

Huguenau se acercó a la máquina, pero cuando la pequeña le rodeó el cuello con los brazos, se quedó quieto un momento, meditando, porque acababa de comprender que aquel maestro ¡le había sido confiado en secreto!, ¡pero si él mismo se había ofrecido para vigilar y espiar a aquel hombre y el mayor había dado su aprobación! A Huguenau le pareció entonces que lo habían enviado allí sólo para encontrar la auténtica meta de su vida, que la vida adquiriría todo su sentido si lograba descubrir todos los enlaces secretos del señor Esch. Así era, claro que sí, y Huguenau estampó un beso tiernísimo en la mejilla de Marguerite, embadurnada de la negra grasa de la impresora.

En cambio, el señor Esch se hallaba arriba, en la redacción, muy satisfecho de proseguir su trabajo sin tener que traspasárselo a Huguenau. Pues, por encima de

todo, estaba convencido de que Huguenau jamás conseguiría dirigir el periódico según las directrices que el mayor había trazado y ponía todo su empeño en ocuparse él personalmente de ello a fin de servir así al mayor y a la buena causa.

XLIII

El doctor Flurschütz examinó en el quirófano el muñón del brazo de Jaretzki:

—Tiene un aspecto magnífico... El jefe le dará de alta uno de estos días... Si a usted le parece bien... Para trasladarse a algún centro de recuperación.

—Naturalmente que me parece bien; ya va siendo hora de salir de aquí.

—Lo mismo pienso yo, o habrá que retenerle por delírium trémens.

—¿Y qué otra cosa puede hacer uno sino emborracharse...? La verdad es que me he acostumbrado aquí.

—¿Antes no bebía nunca?

—Nunca... Bueno, un poco, como todo el mundo... Estaba en el politécnico de Brunswick, ¿sabe...? ¿Dónde se doctoró usted?

—En Erlangen.

—En ese caso, también usted bebería lo suyo... Es algo que forma parte de la vida de las ciudades pequeñas... Y cuando uno se pasa el día, como aquí, sentado por los rincones, entonces vuelves a beber sin darte cuenta...

El doctor Flurschütz examinaba aún el muñón del brazo.

—¿Ve usted?, ahí hay un punto infectado que se niega a cicatrizar. ¿Y cómo va mi brazo artificial?

—Ya está encargado. No dejaremos que se vaya sin él.

—Pues procure que llegue pronto... Si usted no tuviera trabajo, volvería a beber.

—No lo sé... Haría otras cosas... Todavía no se le ha visto a usted coger un libro, Jaretzki.

—Dígame, con toda franqueza, ¿de verdad lee usted todos los libros que se amontonan por los rincones de su habitación?

—Sí.

—Es curioso. ¿Y eso tiene algún sentido, algún objetivo?

—Desde luego, y nada insignificante.

—Entonces me tranquilizo... ¿Sabe una cosa, doctor Flurschütz...? Sí, sí, ya me estoy quieto... Usted ha ayudado a muchas personas a pasar de la vida a la muerte: para eso está usted aquí; pero cuando se ha matado de verdad a más de una... entonces no necesita uno coger un libro en lo que le resta de vida... Es lo que yo siento... Uno ya lo ha hecho todo... y por eso la guerra no acabará nunca...

—Bonita sarta de disparates, Jaretzki. ¿Cuánto ha bebido usted hoy?

—Nada, estoy sobrio como un niño...

—Bueno, hemos terminado... Dentro de quince días, como máximo, intentaremos colocarle la prótesis... y luego tendrá que ir usted a una escuela de éstas... Porque usted quiere dibujar, ¿verdad?

—Digamos que sí, aunque no puedo imaginármelo.

—¿Y la Compañía General de Electricidad?

—Bueno, de momento, la escuela de recuperación... A veces pienso que me han cortado ustedes eso... sin necesidad... por sentido de la justicia, digamos: porque yo le tiré al francés la granada de mano entre las piernas...

Flurschütz le miró atentamente a los ojos:

—Cuidado, Jaretzki, no pierda usted el control, resulta usted inquietante... ¿cuánto ha bebido hoy de verdad?

—No merece la pena hablar de ello... Yo les quedo muy agradecido por su sentido de la justicia, y han operado ustedes de un modo prodigioso... Ahora me siento mucho mejor en este mundo... cochinamente bien... y todo arreglado. La Compañía General de Electricidad sólo me espera a mí...

—En serio, Jaretzki, debería usted entrar en ella.

—Pero entérese de una vez... se han equivocado de brazo... Con éste, fue con éste —Jaretzki golpeó con dos dedos la encristalada superficie de la mesa de instrumental— con el que tiré la granada... Probablemente por eso me cuelga siempre como un trozo de plomo.

—Todo se arreglará, Jaretzki.

—De cualquier modo, todo está arreglado.

XLIV

Degradación de los valores 6

Es propio de la lógica del soldado tirarle a un enemigo una granada entre las piernas;

es propio de la lógica del militar explotar al máximo todos los medios del poder militar, explotarlos hasta las últimas consecuencias, con el mayor radicalismo y, si es necesario, exterminar pueblos, destruir catedrales, bombardear hospitales y salas de operaciones;

es propio de la lógica del economista explotar los medios económicos de un modo absoluto y hasta las últimas consecuencias y, destruyendo toda competencia, ayudar al propio ente económico —ya sea negocio, fábrica, trust o cualquier otro tipo de corporación económica— a alcanzar el dominio exclusivo;

es propio de la lógica del pintor llevar hasta el límite y hasta las últimas consecuencias los principios pictóricos, con un radicalismo total, aun a riesgo de que surja una pintura completamente esotérica sólo comprensible para aquel que la produjo;

es propio de la lógica del revolucionario hacer que el ímpetu de la revolución prospere hasta las últimas consecuencias y con el mayor radicalismo, a fin de lograr el establecimiento de la auténtica revolución, como también es ciertamente propio de la lógica del político llevar su meta política hasta la dictadura más absoluta;

es propio de la lógica del fabricante burgués poner en práctica, con absoluto radicalismo y hasta sus últimas consecuencias, el lema «Enriqueceos». De este modo, con estas consecuencias y con este radicalismo absoluto, han surgido las realizaciones mundiales de Occidente, para ser llevadas al absurdo en virtud de ese carácter absoluto que se anula a sí mismo: la guerra es la guerra, el arte por el arte, en política no existen escrúpulos, el negocio es el negocio. Todo esto quiere decir lo mismo, todo esto viene determinado por el mismo radicalismo agresivo, por aquella falta de consideración espantosa que casi me atrevería a calificar de metafísica; viene determinado por aquella lógica cruel que sólo se centra en el objetivo y nada más que en el objetivo, sin mirar a derecha y a izquierda. ¡Ah!, todo esto es el estilo del pensamiento de esta época.

Resulta imposible escapar a esta lógica brutal y agresiva, que surge de los valores y los no-valores todos de esta época, por mucho que uno se esconda en la soledad de un castillo o en el interior de una vivienda judía. No obstante, aquel que tema al conocimiento —o sea, un romántico preocupado por la impenetrabilidad del mundo y de los valores—, aquel que busque en el pasado la imagen ansiada, ése habrá de dirigir fundamentalmente su mirada hacia la Edad Media, pues la Edad Media poseía el centro ideal de los valores, poseía un valor supremo al que estaban sometidos todos los demás valores: la fe en un Dios cristiano. Incluso la cosmogonía dependía de ese

valor central —más todavía: la cosmogonía podía deducirse escolásticamente de dicho valor— y el hombre mismo, el hombre juntamente con sus actos, también formaba parte de aquel orden del mundo que sólo era la imagen refleja de una jerarquía eclesiástica, una copia, finita y cerrada en sí misma, de la armonía eterna e infinita. Para el comerciante medieval no regía lo de «el negocio es el negocio»: la lucha contra la competencia era para él algo prohibido; el artista medieval no conocía lo de «el arte por el arte»: únicamente servía a unas convicciones; la guerra medieval sólo exigía la dignidad absoluta en la medida en que se hacía para servir al valor absoluto: para servir a la fe. Era un mundo que se apoyaba todo él en la fe, un mundo de fines y no de causas, un mundo fundado en el ser y no en el devenir, un mundo cuyas estructuras sociales, cuyo arte y cuyas ligaduras sociales se hallaban, como en resumen todo el andamiaje de sus valores, sometidos al valor vital que todo lo abarcaba: el de la fe. La fe era el punto de plausibilidad donde concluían todas las series de preguntas; la fe era lo que, impregnando a la lógica, le confería aquel matiz específico, aquella fuerza generadora de estilo que, en tanto la fe siga viva, pervivirá siempre como la expresión de una época y no sólo de un estilo de pensamiento.

Pero el pensamiento osó dar el paso que va del monoteísmo a lo abstracto, y Dios —el Dios visible y personal, el dios infinito-finito de la Trinidad— se convirtió en algo cuyo nombre no es posible expresar y cuya imagen es imposible formarse, algo que ha desaparecido dentro de un ser cruel que ya no es estático sino inaccesible.

En la violencia de este cambio total provocado por la radicalización —por la liberación, podría muy bien decirse— de lo lógico, en este desplazamiento del punto de plausibilidad hacia un nuevo estrato del infinito, en este alejarse la fe de la operancia terrenal, es donde resulta abolido aquel ser estático. La fuerza generadora de estilo parece haber sido borrada del espacio terrestre y, junto a la pujanza del edificio kantiano y a las llamas de la Revolución, se eleva, siempre encantador, el rococó, se eleva el estilo Imperio, que de inmediato degenera en el Biedermeier; pues aunque el estilo Imperio y, poco después, el Romanticismo, comprendieran la discrepancia existente entre el cambio radical del espíritu y las formas de expresión terreno-espaciales; aunque su mirada hacia atrás les hiciera invocar el auxilio de los clásicos y del gótico, la evolución no pudo ser detenida. Liberado el ser a una funcionalidad pura, liberada la imagen física del mundo a una abstracción tal que, al cabo de dos generaciones, se vio incluso privada del espacio, la resolución en favor de lo abstracto puro ya estaba tomada. Y así, ante dicho punto infinitamente lejano, punto hacia cuya lejanía inaccesible (y sólo aprehensible por el pensamiento) deben tender necesariamente todas las series de preguntas y toda plausibilidad, ante dicho punto resultó imposible unir a un valor central los diferentes ámbitos de valores. La abstracción atraviesa sin compasión la lógica de todas las creaciones de valores, y su despojamiento de contenido prohíbe no sólo desviarse de la forma intencional —ya sea la forma intencional de la arquitectura, ya sea la de cualquier otra actividad—, sino que, además, radicaliza hasta tal extremo los distintos ámbitos de los valores,

que éstos, independizados y elevados hasta lo absoluto, se separan los unos de los otros, se hacen paralelos e, incapaces de formar un cuerpo común, se hacen paritarios; se yerguen unos junto a otros como extraños: el ámbito económico de los valores de «el negocio es el negocio» junto al artístico de «el arte por el arte», el ámbito de los valores militares junto al técnico o al deportivo, autónomos todos ellos, cada uno «para sí», cada uno «liberado» en su autonomía, esforzándose todos y cada uno en sacar las últimas consecuencias y en romper los propios récords. Y cuidado con que, en este antagonismo entre los ámbitos de valores que todavía se mantienen en equilibrio, haya uno que adquiriera preponderancia y se alce por encima de todos los demás, como se alza ahora, en la guerra, el militar, o se alza la imagen de un mundo gobernado por la economía, mundo al que incluso la guerra está supeditada, ¡cuidado!, porque ese ámbito de valores cercará el mundo, cercará a todos los demás valores y los exterminará como la plaga de la langosta cuando se abate sobre los campos.

En cuanto al hombre, ese hombre que antaño fue imagen de Dios, espejo de los valores del mundo, de los que él era portador, ese hombre ha dejado de existir; aunque todavía posea reminiscencias de su antigua seguridad, aunque se pregunte qué lógica superior a él ha trastocado su buen sentido, el hombre, impelido hacia el horror de lo infinito, por mucho que se estremezca y, lleno de romanticismo y de sentimentalismo, anhele retornar a la protección de la fe, sigue estando desamparado ante la fuerza de los valores independizados. Y no le queda otro recurso que someterse a cada uno de los valores que se han convertido en su profesión; no le queda otra alternativa que, en función de dichos valores, convertirse en un profesional, devorado por la lógica radical de los valores en cuyas garras ha caído.

XLV

Huguenau tenía acordado con la señora Esch que ésta le haría la comida. Era un acuerdo muy práctico, desde cualquier punto de vista, y la señora Esch, hay que reconocerlo, se esforzaba en cumplirlo.

Un día, cuando Huguenau subió a comer, encontró a Esch, sentado junto a la mesa ya dispuesta, sumido en la lectura de un libro forrado de negro. Llevado de la curiosidad, echó una mirada por encima del hombro de Esch y reconoció los grabados de la Biblia. Como raras veces se sorprendía, excepto cuando alguien conseguía pisarle un negocio, cosa que por otra parte sucedía en muy contadas ocasiones, se limitó a exclamar «¡Ah, ya!» y a esperar que sirvieran la comida.

La señora Esch iba y venía; era de anchas caderas y carecía de encanto o atractivo sexual; llevaba el pelo, en cierto modo rubio, recogido, aunque mal, en un moño. Sin embargo, cada vez que pasaba rozaba, sin venir a cuento, la dura espalda de su marido, y Huguenau tuvo de pronto la impresión de que cumplía a la perfección todas las noches con sus deberes conyugales. La idea le resultó desagradable y preguntó:

—¿Qué, Esch, preparándose para entrar en un convento? Esch levantó la vista del libro:

—La cuestión estriba en si es lícito o no huir —luego, con su habitual grosería, añadió—: pero usted no puede comprenderlo.

La señora Esch trajo la sopa y Huguenau no pudo apartar de su mente aquel desagradable pensamiento. Los dos vivían juntos, como una pareja de amantes, sin hijos, y por ello, a modo de tapadera, querían adoptar a Marguerite. En realidad él estaba sentado en el lugar que correspondía a un hijo. Así pues, con ánimo simplista insistió en la broma de decirle a la señora Esch que su marido iba a encerrarse en un convento. A ello, la señora Esch respondió preguntando si era cierto que, en todos los conventos, los monjes mantenían entre sí relaciones deshonestas. Y, al propio tiempo, se rió de la indecente imagen que pasó por su cabeza. Pero luego se volvió lenta y desconfiada hacia su marido:

—De ti puede esperarse todo.

Evidentemente, el señor Esch se sintió molesto. Huguenau observó que se sonrojaba y que le devolvía a su mujer una mirada iracunda. Pero, llevado por su afán de intentar no perder nunca el control ante la mujer y de crecerse ante ella, Esch especificó que, en último término, todo era cuestión de costumbre y que, por otra parte y como todo el mundo sabía, no era preciso ser marica para llevar una vida monacal, antes bien y en su opinión, incluso con hábito él seguiría siendo muy hombre.

La señora Esch se había puesto seria y muy rígida. Se atusó el pelo maquinalmente y, al fin, dijo:

—¿Está buena, señor Huguenau?

—Exquisita —respondió Huguenau tomando la sopa a grandes cucharadas.

—¿Quiere usted repetir? —dijo la señora Esch suspirando—. De todos modos hoy no tengo mucha cosa más, sólo un pastel de maíz.

Cuando Huguenau hizo que le volviera a llenar el plato, aprobó satisfecha. Huguenau, no obstante, seguía con el mismo tema: probablemente el señor Esch estaba harto de menús de guerra; en el convento no habría ni racionamiento de carne ni de harina, allí se vivía aún en la paz más absoluta, cosa nada sorprendente dadas las tierras que poseían los monjes. Allí se llenaba uno el estómago. Cuando estuvo en Maulbronn, un empleado del convento le contó...

Esch le interrumpió: cuando el mundo volviera a ser libre de verdad, no habría que hartarse de comidas penitenciales...

—Berzas y nabos —dijo la señora Esch.

—Hortalizas resacas —dijo Huguenau—. ¿Y a qué llama usted ser libre de verdad?

—A la libertad de un hombre cristiano —dijo Esch.

—Por mí, de acuerdo —dijo Huguenau—. Sólo me gustaría saber qué relación tiene eso con las hortalizas resacas.

Esch cogió la Biblia:

—«Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de asesinos.»

—Hum... y los asesinos comen hortalizas resacas —dijo Huguenau con una risita. Luego se puso serio—: O sea que, según usted, la guerra es una especie de asesinato, en cierto modo un asesinato por robo, como dicen los socialistas.

Esch no le prestaba atención; seguía pasando hojas:

—Y, más adelante, en las Crónicas se dice... Libro segundo... apartado sexto, versículo octavo... Aquí: «Como tu corazón te dice que construyas una casa a mi nombre, has obrado bien al seguir los dictados de tu corazón, pero no eres tú quien ha de construir la casa a mi nombre, sino tu hijo, el que nacerá de tus entrañas». —Esch se puso como la grana—: Esto es muy importante.

—Quizá sí —dijo Huguenau—. ¿Por qué?

—El asesinato acarrea el asesinato... Muchos han de sacrificarse antes de que nazca el Salvador, el hijo que tiene derecho a edificar la casa.

Huguenau preguntó con precaución:

—¿Se refiere usted al Estado del futuro?

—Sólo con los sindicatos no puede hacerse nada.

—Vaya, ¿también está eso en el artículo del mayor?

—No, eso está en la Biblia, pero nadie ha sabido leerlo todavía.

Huguenau amonestó a Esch con el dedo:

—Esch, es usted un tipo astuto, pero ¿cree que el viejo, el mayor, no se dará cuenta de los manejos que se trae usted con la Biblia a espaldas suyas?

—¿Qué?

—Pues propaganda comunista.

Esch emitió una risita socarrona mostrando sus dientes amarillos.

—Es usted un idiota.

—Es muy fácil ser un grosero... Y ¿qué quiere usted decir con su Estado del futuro?

Esch reflexionó a fondo:

—¿A usted no hay modo de hacerle comprender nada...? Pero tiene que oír una cosa: cuando los hombres sepan de nuevo leer la Biblia, entonces no será necesario el comunismo ni el socialismo... como tampoco habrá una República Francesa o un emperador de Alemania.

—Bien, de acuerdo: tenemos la revolución... Cuénteselo al mayor.

—Estoy dispuesto a contárselo, y con tranquilidad.

—Se alegrará mucho... Y cuando haya usted eliminado al emperador, ¿qué pasará?

—El imperio del Salvador triunfará sobre todos los hombres.

Huguenau guiñó un ojo mirando a la señora Esch:

—¿O sea, el de su hijo?

También Esch miró a su mujer; parecía asustado:

—¿El de mi hijo?

—No tenemos hijos —dijo la señora Esch.

—Usted ha dicho que su hijo construirá la casa —dijo Huguenau con una risita.

Esto ya fue demasiado para Esch:

—Está usted blasfemando... Es usted tan necio que o blasfema o tergiversa las palabras de los demás...

—No tiene tan mala intención —terció conciliadora la señora Esch—; como sigan discutiendo se enfriará la comida.

Esch calló y se dejó servir un pedazo de pastel de maíz.

—No es la primera vez que como con un cura silencioso —dijo Huguenau.

Esch seguía sin decir esta boca es mía, y Huguenau volvió a la carga:

—Bueno, ¿qué pasa con ese reino del Salvador? La señora Esch los miraba ansiosa:

—Díselo.

—Es un símbolo —refunfuñó Esch.

—Muy interesante —dijo Huguenau—. ¿Y serán los curas quienes...?

—¡Dios Santo!, es preciso que ahora mismo... Bueno, intentar hacerle comprender a usted es desesperante... Jamás ha oído hablar del Reino de la Iglesia, seguro... ¡Y eso pretende ser editor de un periódico!

Ahora fue Huguenau quien se ofendió:

—Parece que su comunismo... si es que parece algo... pretende que todo sea para los curas... Por algo quiere usted meterse en un convento... Para que los curas vivan todavía con mayor opulencia... Para que así a nosotros no nos queden ni las

hortalizas resacas... Pretende vaciar en las fauces de una sociedad semejante todo el dinero que nosotros ganamos con el sudor de nuestras frentes... No, prefiero mi negocio honrado a su comunismo.

—Pues, ¡por todos los diablos!, váyase usted a su negocio, pero si no desea aprender nada nuevo, con ideas tan limitadas como las suyas, sí, limitadas he dicho, no se empeñe en publicar un periódico. ¡Son cosas inconciliables!

A esto Huguenau replicó con aire triunfalista que podían estar más que contentos de haber dado con él; tal y como un tal señor Esch había llevado la sección de anuncios, *El Mensajero* se habría ido a pique en el plazo de un año, como máximo; saltaba a la vista. Y, confiando y dando por sentado que, en terreno práctico como éste, ella se pondría de su parte, le guiñó un ojo a la señora Esch. Pero la señora Esch retiraba de la mesa el pastel de maíz la mar de tranquila: una vez más, Huguenau pudo observar que había apoyado su mano en el hombro de su marido; ella no atendía a la conversación, sino que se limitaba a constatar que existían cosas que, tanto usted, mi querido señor Huguenau, como yo, no comprendemos tan fácilmente. Y Esch, levantándose de la mesa apoteósicamente, concluyó la discusión:

—Tiene usted que aprender, jovencito, tiene usted que aprender a abrir los ojos.

Huguenau salió de la habitación. «Parloteo de curas», pensó. «*Haïsez les ennemis de la sainte religion. Sí, merde, blagueurs*», él ya estaba dispuesto a odiar, pero no permitía que le ordenaran a quién. *D'ailleurs je m'en fous*. El entrechocar de platos en la fregadera y el olor de la cocina al fregar le acompañaron al bajar la escalera de madera y le recordaron con extraña claridad su casa paterna y a su madre en la cocina.

XLVI

Pocos días después, de la pluma de Huguenau surgió el siguiente escrito:

A la atención del comandante de la plaza,

mayor Joachim von Pasenow.

E/E.

Asunto: Informe confidencial n.º 1

Distinguido señor Mayor:

Refiriéndome respetuosamente a la conversación que tuve el honor de sostener con usted, me permito comunicarle que ayer asistí a una reunión con el señor Esch y con otros individuos. Como es sabido, el señor Esch se reúne más de una vez a la semana en la taberna Zur Pfalz con elementos subversivos y, ayer, me invitó amablemente a acompañarles. Además de un encargado de la fábrica de papel, un tal Liebel, se hallaban también presentes un operario de la citada fábrica, cuyo nombre no pude entender porque fue deliberadamente mal pronunciado, así como dos pensionados del hospital militar que tenían permiso de salida, a saber: un suboficial llamado Bauer y un cañonero de nombre polaco. Un poco más tarde llegó un voluntario de la sección lanzaminas. Se llama Betger o Betzger o algo parecido, y el aludido señor E. se dirigía a él llamándolo «Doctor». Ni siquiera una vez logré desviar la conversación hacia otro tema que no fuera el de la guerra y, sobre todo, se habló del posible final de la misma. El antes citado soldado voluntario manifestó en especial que el asunto se estaba acabando porque los austríacos desmayaban. Al pasar un convoy de tanques, oyó decir que la mayor fábrica de pólvora de Viena había volado por los aires por culpa de los aviadores italianos o de una traición, y que la flota austríaca, tras asesinar a sus oficiales, iba a pasarse al enemigo cuando fue detenida por submarinos alemanes. El cañonero dijo que no podía creerlo, puesto que los marinos alemanes tampoco querían seguir. Cuando le pregunté cómo lo sabía, respondió que se había enterado a través de una chica de la casa de citas de la localidad, chica que había estado con un oficial pagador de la marina que gozaba de permiso. Ella afirma, según el oficial pagador de la marina y según el cañonero, que después de la famosa batalla de Skagerrak, los marineros se negaban a continuar el servicio y que los víveres de la tropa son incomibles. Después de esto, estuvieron todos de acuerdo en que hay que acabar como sea. El encargado subrayó que la guerra sólo aportaba beneficios a los grandes

capitales y que los rusos habían sido los primeros en darse cuenta de ello. Estas ideas revolucionarias fueron también defendidas por E., quien se apoyó en la Biblia para hacerlo; no obstante, guiado por lo que he experimentado con el señor E., creo poder afirmar con seguridad que sus fines son hipócritas y que los bienes de la iglesia son para él como una espina clavada en el corazón. Evidentemente para ocultar el complot que están tramando, propuso fundar una sociedad bíblica, cosa que provocó las burlas de la mayoría de los presentes. A fin de averiguar, por una parte, más cosas de él y, por otra, también del oficial pagador, sugerí, tras haberse marchado los dos pensionados del hospital y los trabajadores de la fábrica, ir a la casa de citas. Si bien es cierto que pude averiguar algo más del oficial pagador de la marina, el comportamiento del señor E. se me hizo cada vez más sospechoso. El «Doctor», que sin lugar a dudas es un cliente habitual de la casa, me presentó diciendo: «Este señor es del gobierno, deberíais atenderlo gratis», de lo cual deduje que el señor E. abriga algunas sospechas respecto a mí y que había puesto en guardia a sus cómplices. Después de esto, me resultó imposible sacar al señor E. de su reserva; pese a que él había bebido mucho a instancias mías y a mi costa, no hubo manera, a pesar de mi insistencia, de hacerle subir a ningún cuarto, sino que permaneció ostensiblemente sobrio y aprovechó su estado para soltar en el salón ruidosos discursos sobre la falta de cristianismo y sobre el vicio de tales establecimientos. Hasta que el «Doctor», el ya citado voluntario, no aclaró que estas casas son imposición de la administración general por motivos de higiene militar y que, por tanto, deben considerarse como instituciones del ejército, no cedió en su punto contrario a ellas, punto de vista que, de todos modos, volvió a defender en el camino de regreso.

Sin nada más por hoy, me remito a su digna consideración, poniéndome una vez más a su disposición.

Atentamente, Wilhelm Huguenau

P. D. Me permito añadir que, durante la reunión de la taberna Zur Pfalz, el señor Esch aludió a que han sido trasladados a la cárcel de esta localidad uno o más desertores que han de ser fusilados. A continuación, y haciéndose eco de la opinión general, dijo que carece de sentido que ahora, justamente antes del final de la guerra, final que por lo visto esta gente da por descontado, todavía se fusile a los desertores, puesto que de todos modos ya se ha vertido bastante sangre. El señor Esch opinó que habría que hacer algo al respecto. No aclaró si se refería a una acción violenta o a otro tipo de acción. Quisiera subrayar una vez más que considero al susodicho señor Esch como un lobo con piel de cordero, que oculta, bajo palabras piadosas, la ferocidad de su carácter.

De nuevo me reitero de usted, respetuosamente,
el arriba firmante

Al concluir su informe, Huguenau se miró en el espejo e intentó hacer una mueca de ironía como la que tantas veces le había molestado ver en el señor Esch. Sí, la cartita era una obra maestra; daba gusto enmendarle una vez la plana a Esch. Y esta idea le resultó tan agradable que se imaginó ya la alegría que tendría el mayor cuando recibiera el documento. Pensó en si debía o no llevarlo él personalmente, pero le pareció más aconsejable que el mayor lo recibiera con el correo habitual. Así pues, certificó la carta, no sin antes haber escrito en el sobre y por tres veces, de forma bien destacada: «Personal».

Pero Huguenau se equivocaba; el mayor no se alegró lo más mínimo cuando sobre su mesa, entre los documentos oficiales, halló la carta.

La mañana estaba pesada y tempestuosa, la lluvia azotaba los cristales de la cancillería y el aire olía a ácido sulfuroso o a hollín. En aquella carta se escondía algo feo y violento, algo subterráneo; y aunque el mayor ignoraba —tampoco era propio de su cargo el saberlo— que, cuando alguien intenta ligar su propia realidad a la realidad de los demás y penetrar en ella, siempre se produce brutalidad y violencia, le vino a la mente la palabra «pesadilla» y le pareció que debía protegerse y proteger a su mujer y a sus hijos de algo que no era su mundo sino un estercolero. Dubitativamente, volvió a coger la carta: en el fondo nada se le podía echar en cara a aquel hombre, cuya violencia, por así decirlo, resultaba imperceptible, pues sólo se había tomado la libertad de cumplir con un deber de patriota comunicando algo; y el que lo hubiera hecho valiéndose de las repugnantes artimañas de un agente provocador era algo que no podía reprochársele a un hombre inculto. Pero precisamente porque todo ello resultaba en realidad incomprensible, el mayor sólo experimentó humillación —había depositado su confianza en un hombre de talento y de condición inferiores— y su rostro, enmarcado por blancos cabellos, enrojeció más aún debido a la vergüenza. No obstante, el comandante de la plaza comprendió que, en justicia, no tenía derecho a depositar pura y simplemente el documento en la papelería, ya que, por su cargo, estaba obligado a observar a partir de aquel momento al sospechoso, a seguirle en cierto modo de lejos, a fin de evitar que, por culpa del señor Esch, la patria pudiera un día verse tal vez amenazada por una desgracia.

XLVII

El médico jefe de Estado Mayor doctor Kuhlenbeck hablaba por teléfono con el doctor Kessel:

—Querido colega, ¿podría usted venir a operar hoy a las tres?, se trata de la simple extracción de una bala...

El doctor Kessel dijo que le sería muy difícil, pues disponía de muy poco tiempo.

—Sin duda extraer una bala es algo demasiado sencillo para usted, como para mí... pero hay que resignarse... Ni esto es vida ni es trabajo, y a la larga también yo acabaré por pedir que me sustituyan... pero hoy no sirve de nada... Le ordeno que venga, le envío el coche, en media hora habremos terminado.

Kuhlenbeck colgó el auricular. Rió:

—Bueno, estará ocupado un par de horas. Flurschütz estaba sentado a su lado:

—Me ha sorprendido que haga usted venir a Kessel por una pequeñez como ésta.

—El bueno de Kessel siempre se lleva un chasco conmigo. De paso operaremos el apéndice de Kneese.

—¿Está realmente decidido a operarle?

—¿Y por qué no? Ese hombre merece una satisfacción... y yo también.

—¿Él quiere que le operen?

—Flurschütz, ahora resulta usted tan ingenuo como nuestro viejo Kessel. ¿Acaso se lo he preguntado alguna vez? Después todos me lo han agradecido. Además, ¿y el permiso de cuatro semanas que les consigo por estar enfermos...? ¿Se da cuenta?

Flurschütz quiso decir algo. Kuhlenbeck no le dejó:

—¡Bah!, déjeme tranquilo con su teoría de las secreciones... Querido amigo mío, cuando puedo echar un vistazo al interior de un vientre no necesito teorías... Hágame caso, y llegará usted a ser un cirujano... Es la única posibilidad de mantenerse joven.

—¿Y debo abandonar mis trabajos sobre las glándulas?

—Abandónelos con toda tranquilidad... ¡pero si opera usted muy bien!

—Hay que hacer algo con Jaretzki, doctor... El pobre está acabado.

—Probemos a hacerle una trepanación.

—Usted ya le ha dado de alta... Necesita un tratamiento especial para los nervios.

—Lo traslado a Kreuznach, allí se recuperará... ¡Vaya generación la de ustedes! Beben un poco y se desmoronan y enseguida necesitan un sanatorio neurológico... ¡Ordenanza!

El ordenanza apareció en el marco de la puerta.

—Dígale a la enfermera Carla que operaremos a las tres... ¡Ah!, y que a Marwitz, de la habitación dos, y Kneese, de la tres, no les dé hoy de comer... Nada más... Dígame, Flurschütz, en realidad no necesitamos al pobre Kessel, nosotros solos nos arreglaríamos perfectamente... De todos modos, Kessel no le da a esto ninguna importancia, sólo sabe quejarse de que le duelen las piernas; es un auténtico sadismo

por mi parte obligarle a venir corriendo... Bueno, ¿qué opina usted, Flurschütz?

—Con su permiso, doctor, le diré que conmigo todavía puede pasar, pero esto no durará mucho tiempo... Y entonces ya no será posible separar la medicina de la cirugía, sin más ni más...

—¿Insubordinación, Flurschütz?

—Mera teoría, doctor... No, creo que dentro de un tiempo no muy lejano la medicina habrá desarrollado tanto sus distintas especialidades que una consulta entre un internista y un cirujano o un dermatólogo no conducirá a nada positivo, porque simplemente ya no habrá ninguna posibilidad de comprensión entre las especialidades.

—Eso es falso, absolutamente falso, Flurschütz: dentro de muy poco sólo habrá cirujanos... Es lo único que quedará de esta paupérrima medicina... El hombre es un matarife y seguirá siendo un matarife... De otra cosa no entiende, pero de eso, ya lo creo que entiende; es un experto.

Y el doctor Kuhlenbeck observó sus anchas, peludas y habilísimas manos, y sus uñas cortadas al ras.

Luego, dijo pensativo:

—¿Sabe?, el que no se adapte a estos hechos puede volverse loco de verdad... Hay que aceptar las cosas como son y buscarles la parte alegre... Vamos, Flurschütz, acepte usted un consejo: cambie de montura y hágase cirujano.

XLVIII

Había que batallar para recibir cada bobina de papel y, aunque Esch poseyera un cupo oficial para *El Mensajero del Electorado de Tréveris*, todas las semanas tenía que ir a la fábrica de papel. Y casi siempre se producía un altercado con el viejo señor Keller o con el director de la fábrica.

Acababan de cerrar cuando Esch salió de la fábrica. En la calle recogió al encargado Liebel y al maquinista Fendrich. En realidad no soportaba a Liebel, con su rubia cabeza en forma de torreón y su gordísima vena en la frente. Dijo:

—Buenas.

—Buenas, Esch, ¿ha rezado usted concienzudamente con el viejo?

Esch no comprendía.

—¡Para que le envíe el papel!

—Una broma estúpida —dijo Esch.

Fendrich se detuvo y señaló las agujereadas suelas de sus zapatos:

—Esto cuesta seis marcos... Es lo que se gana con el aumento de salarios.

Para Esch era un punto de partida:

—Con los salarios solos no se hace nada, ése es el error de todos los sindicatos.

—¿Qué me dice, Esch, también quiere usted remendar las botinas de Fendrich con la Biblia? —Y cayó en la cuenta—: Botinas y Biblia riman^[2].

—Una broma estúpida —repitió Esch.

Los ojos de Fendrich, hundidos y oscuros, brillaban febriles; estaba tuberculoso y no le suministraban leche suficiente. Dijo:

—Tal vez la fe sea también un lujo que sólo los ricos pueden permitirse.

—Los comandantes y los editores de periódicos —dijo Liebel.

—En el periódico yo también soy un simple empleado —dijo Esch, como excusándose, pero luego añadió—: Todo esto es una solemne idiotez. ¡Como si los sindicatos hubieran hecho voto de pobreza!

—Sería muy bonito poder tener fe —dijo Fendrich.

—He descubierto algo: también la fe debe renovarse, también para la fe ha de venir una vida nueva... La Biblia dice que sólo el hijo tendrá derecho a construir la casa.

—Naturalmente —dijo Liebel—, que la generación futura lo tendrá más fácil no es nada nuevo... Yo no puedo vivir con mis ciento cuarenta marcos, ni siquiera incluyendo las primas de producción... Esto el viejo lo ve... Y eso que yo soy, por así decirlo, maestro.

—Yo tampoco tengo nada más —dijo Esch—, ni siquiera contando la casa... Tengo dos inquilinos a los que, honestamente, no puedo cobrarles un alquiler, son unos pobres diablos... La cuenta del edificio me da un saldo negativo...

El viento, conforme declinaba el día, era más fresco. Fendrich tosió.

Liebel dijo:

—Bueno, bueno.

—Fui a casa del párroco... —apuntó Esch.

—¿Para qué?

—Pues por ese pasaje de la Biblia. Y el idiota ni me escuchó. Dijo cuatro tonterías sobre la oración y la Iglesia y eso fue todo. Ese cura idiota... Uno tiene que ayudarse a sí mismo.

—Sí, nadie le ayuda a uno —dijo Fendrich.

—Cuando la gente está unida —dijo Liebel—, los unos se ayudan a los otros... Esa es la ventaja de los sindicatos.

El médico dice que debería irme a la montaña, ya se lo ha comunicado diez veces al seguro de enfermedad... pero si no vienes del frente, has de esperar. Yo cada día toso más.

Esch adoptó aquella expresión irónica tan suya:

—Con los sindicatos y el seguro de enfermedad no logrará usted mucho más de lo que yo he logrado con el cura...

—Uno ha de reventar solo —dijo Fendrich tosiendo.

—¿Qué quiere usted en realidad? —preguntó Liebel. Esch reflexionó:

—Antes creía que había que huir, simplemente... a América... en un gran barco, cruzando un ancho mar... para poder empezar una nueva vida... pero ahora...

Liebel esperaba la continuación:

—Ahora ¿qué?

—Tal vez los protestantes lo tengan mejor... —dijo Esch sin transición—. El mayor también es protestante... pero primero hay que reflexionar... Habría que reunirse y sentarse a leer juntos la Biblia para poder hacerse una idea... Cuando estás solo, las dudas no te dejan, por mucho que reflexiones...

—Si se tienen amigos, todo es más fácil —dijo Fendrich.

—Venga a mi casa —dijo Esch—, le enseñaré ese pasaje de la Biblia.

—Bueno —dijo Fendrich.

—¿Y usted, Liebel? —preguntó Esch por cumplido.

—Primero tendrán que contarme lo que hayan elucubrado juntos.

Fendrich suspiró:

—Cada uno ve las cosas con sus propios ojos y nada más. Liebel se alejó riendo.

—Acabará viniendo él también —dijo Esch.

XLIX

Historia de la joven salutista de Berlín 7

No me acuerdo muy bien de la noche en que acompañé a Nuchem Sussin al Ejército de Salvación. Me preocupaban cosas más importantes. Piénsese lo que se piense de la actividad filosófica, comparado con ella el mundo exterior seguirá siendo cada vez menos digno de atención y más insignificante. Y, por otra parte, las cosas más dignas de atención resultan también insignificantes mientras las vivimos. En resumen, lo único que recuerdo aún es a Nuchem Sussin caminando junto a mí con su levita gris abotonada, sus pantalones excesivamente cortos —y, por eso mismo, ondeantes al viento— y su ridículo y pequeñísimo sombrero de fieltro gris. Todos estos judíos, en cuanto no van provistos de sus gorras negras, se ponen uno de esos sombreros de fieltro demasiado pequeños, incluso el propio doctor Litwak, quien, por así decirlo, iba a la moda. No pude dominarme y le pregunté un tanto brutalmente de dónde lo había sacado.

—Se reciben —dijo por toda respuesta.

Por otra parte, éstos son detalles que ni siquiera merecen ser mencionados. Sólo adquirieron alguna importancia ayer, cuando el doctor Litwak vino a verme; tiene la desagradable costumbre de entrar sin previo aviso; durante mi llamada enfermedad también lo hacía. Así pues, se plantó ante mí una vez más, mientras yo estaba echado en el sofá. En la mano llevaba su inseparable bastón y en la cabeza aquel ridículo y pequeño sombrero de fieltro; es decir, el sombrero no era tan pequeño, sino más bien ancho, pero lo llevaba tan echado hacia atrás que apenas le cubría la parte superior de la cabeza. Se me ocurrió que, de joven, también el doctor Litwak tenía que haber sido de tez lechosa. Ahora, en cambio, tenía el color de la nata rancia.

—Podrá usted decirme qué pasa con Sussin.

Como era verdad, le dije:

—Es amigo mío.

—Amigo suyo... Bien... —Acercó una silla—: Esta gente está preocupada... Me han hecho llamar, ¿comprende?

En el fondo, yo no tenía obligación ninguna de comprenderlo, pero quería abreviar la escena:

—Tiene derecho a ir donde quiera.

—Vaya, vaya, ¿quién tiene derecho, quién no tiene derecho...? Yo no le reprocho a usted nada, pero... ¿qué hace Sussin por ahí con esa cristiana?

Hasta entonces no me acordé de que aquella noche había traído a Marie y a Nuchem a mi habitación. Cuando no se tiene dinero es imposible ir de tabernas.

No pude contener la risa.

—Usted se ríe y su mujer está allí, sentada, llorando. Aquello era una novedad,

desde luego; claro está que yo podía saber que los judíos se casan a los quince años. ¡Si al menos supiera quién era la mujer de Sussin! ¿Sería una de las muchachas vestidas a la moda? ¿O una de las matronas con moño? Esto último me pareció lo más creíble.

Cogí al doctor Litwak por el cordón de sus quevedos:

—¿También tiene hijos?

—¿Qué quiere que tenga? ¿Gatos?

El doctor Litwak adoptó una expresión tan orgullosa que no tuve más remedio que preguntarle su nombre de pila.

—Doctor Simson Litwak —dijo, volviendo a presentarse.

—Muy bien, doctor Simson, dígame usted, ¿qué quiere en realidad de mí?

Reflexionó un momento:

—Yo soy un hombre liberal... pero hay cosas que pasan de la raya... Debe usted disuadirle.

—¿De qué debo disuadirle? ¿De que quiera ir a Sión? No le prive de placer tan inofensivo.

—Quiere hacerse bautizar... Ha de disuadirle usted.

—Que vaya a Jerusalén como judío o como cristiano, ¿qué más da?

—Jerusalén —repitió haciéndosele la boca agua.

—Entonces, ¿qué? —dije con la esperanza de que se fuera. Era evidente que seguía saciándose con la palabra «Jerusalén»:

—Yo soy un hombre liberal... Pero con tanto cántico absurdo y tanta palabrería nadie ha conseguido llegar hasta allí... Para eso hace falta gente de otro tipo... Yo soy médico y he de visitarlos a todos, a mí poco puede importarme que la gente sea judía o cristiana... En todas partes hay personas excelentes... ¿Le disuadirá usted?

Su insistencia me puso frenético:

—Yo soy un gran antisemita —él sonrió con incredulidad—, soy agente del Ejército de Salvación y una gran autoridad en Jerusalén...

—Es broma —dijo divertido, aunque saltaba a la vista que se sentía molesto—, es una broma.

Tenía razón: bromeaba; y, dicho sea de paso, ésa era la actitud que yo había adoptado frente a la vida, la actitud en que había ido a dar. ¿Quién era el responsable? ¿La guerra?

No lo sabía, ni probablemente lo sé hoy todavía, pese a lo mucho que desde entonces han cambiado las cosas.

Yo seguía reteniendo al doctor Litwak por el cordón de sus quevedos. Él dijo:

—Pero usted, también usted, es un hombre liberal...

—Sí, ¿y qué?

—¿Por qué no deja a la gente con sus... —le costó llegar a pronunciar la palabra —... prejuicios?

—¡Con que a eso le llama usted prejuicios! Quedó totalmente confuso:

—En realidad, no son prejuicios... ¿Qué son los prejuicios en realidad? —Y por último, ya tranquilo, añadió—: Realmente, no son prejuicios.

En cuanto se fue, comencé a pensar en la noche que había estado con los salutistas. Tal y como he dicho antes, para mí transcurrió del modo más anodino. De vez en cuando observaba a Nuchem Sussin que, allí sentado, escuchaba los cánticos con una sonrisa algo distante en sus arqueados labios de judío, que destacaban en su rostro lechoso. Y luego me los traje a los dos conmigo —mejor dicho, me traje a Marie, puesto que, de todos modos, Nuchem vivía aquí— y, bueno, pues se sentaron en mi cuarto y estuvieron callados dejando que yo hablara, hasta que Nuchem señaló como otras veces el laúd, y dijo:

—Toque usted.

Entonces, Marie cogió el laúd y cantó la canción que dice:

«Ya cruzaba por las puertas de Sión hacia delante / un ejército lavado en la sangre del Cordero / y en sus filas hay un sitio reservado para ti». Y Nuchem escuchaba con una sonrisa algo distante.

L

Huguenau esperó durante ocho días recibir algún elogio o por lo menos una respuesta del mayor. Esperó diez días. Y empezó a intranquilizarse. Evidentemente el informe no había sido del agrado del mayor. Pero ¿tenía él la culpa de que Esch, el muy cretino, no le ofreciera material? Huguenau pensó si debía o no enviar un segundo informe, pero ¿qué podía poner en él? Que Esch seguía ocupándose, como siempre, de los campesinos vinateros y de los trabajadores no era nada nuevo, ¡y aburriría al mayor!

El mayor no debía aburrirse, y Huguenau se devanaba los sesos pensando qué podría ofrecerle. Era preciso que sucediera algo; la redacción estaba en poder de Esch y éste actuaba como si no existiera ningún editor, y en la imprenta reinaba tal aburrimiento que apenas si podía soportarse. Huguenau buscó inspiración en los periódicos importantes y la halló al descubrir que todos ellos trabajan para la beneficencia patriótica, mientras que *El Mensajero del Electorado de Tréveris* no había hecho nada en absoluto en este sentido. ¡Así era el buen corazón de Esch, aquel corazón que no podía soportar la miseria de los campesinos vinateros! Pero él ya sabía ahora, personalmente, lo que había que hacer.

El viernes por la noche, tras muchos días de ausencia, se presentó de nuevo en la hospedería y se encaminó directamente a la sala donde se reunían las personalidades del lugar, puesto que él era una de ellas. El mayor estaba sentado a su mesa de siempre en el comedor de junto a la entrada. Huguenau le saludó breve y comedidamente al pasar.

Por fortuna, los caballeros se hallaban reunidos ya en gran número y Huguenau manifestó que sentía sumo placer en encontrarles, ya que, antes de que entrara el mayor, tenía que exponerles algo importante. Y pronunció un largo discurso diciendo que la ciudad adolecía, lo cual era muy de lamentar, de algo como una auténtica asociación benéfica semejante a las que, desde hacía años, existían en todas partes a fin de paliar los daños causados por la guerra, y que él proponía fundar inmediatamente una asociación parecida. Entre los fines de dicha asociación se limitaba a mencionar el mantenimiento de las tumbas de los combatientes, el socorro a viudas y huérfanos de guerra y muchas cosas más; y siguió diciendo que, a fin de conseguir medios para estos objetivos, era preciso, por ejemplo, colocar en el mercado un «Bismark de hierro», a fin de cubrirlo de clavos, a diez pfennigs el clavo; por cierto, que era una vergüenza que aquí no existiera ya alguna de esas figuras, y por último añadió que, independientemente de lo que se recaudara, manifestaciones benéficas de todo tipo completarían las cuentas de la caja. Y que la presidencia honorífica de dicha asociación, para la cual él proponía el nombre de Gratitude Moselana, debía ser ofrecida al comandante de la plaza. Él en persona y su *Mensajero del Electorado de Tréveris* se ponían en todo momento y gratuitamente a disposición

—en la medida de sus débiles fuerzas, como era natural— de la citada asociación y de sus nobles fines.

Ni que decir tiene que el proyecto halló aprobación unánime y que fue aceptado por todos sin la menor discusión. Huguenau y el farmacéutico Paulsen fueron designados para proponer la idea al mayor y, tras abotonarse bien las chaquetas, penetraron en el comedor con cierta solemnidad.

El mayor les miró un tanto extrañado, después se echó un poco hacia atrás con un gesto militar típico y, aunque sin comprender nada, escuchó con atención cuanto decían los caballeros. Las frases se entrecruzaban y se repetían, el mayor oyó que le hablaban de un «Bismark de hierro», de viudas de guerra y de una «Gratitud Moselana», pero no comprendió nada. Finalmente, Huguenau tuvo la vista suficiente como para ceder la palabra al farmacéutico Paulsen; además, le pareció más oportuno hacerlo así y quedarse, pues, sentado y en silencio, contemplando el reloj de la pared, el cuadro *El príncipe heredero Friedrich después de la batalla de Gravelotte* y el cartel de la cerveza Spatenbräu (con su pala), que colgaba junto al cuadro del príncipe heredero. ¡Dónde encontrar ahora cerveza Spatenbräu! Entretanto, el mayor había comprendido el discurso del farmacéutico Paulsen: creía que no había razón alguna de tipo militar que se opusiera a la aceptación de la dirección honorífica; él, además, encomiaba aquel gesto patriótico, sólo podía agradecerlo con el más vivo entusiasmo, y se levantó para ir a darles también las gracias a los caballeros de la sala contigua. Huguenau y Paulsen le siguieron muy satisfechos del éxito de su misión.

Permanecieron reunidos bastante tiempo, pues en cierto modo aquélla era una fiesta fundacional. Huguenau buscaba la oportunidad de acercarse al mayor, y la ocasión se presentó al brindar por el éxito de la nueva asociación y a la salud de su protector, sin olvidar al promotor de tan feliz idea, es decir, al señor Huguenau, redactor.

Huguenau, vaso en mano, dio la vuelta en torno a la mesa hasta situarse junto al mayor:

—Confío en que hoy mi comandante estará contento de mí.

El Comandante respondió que nunca había tenido motivos para no estarlo.

—Claro que sí, mi Comandante, mi informe resultaba sumamente incompleto... Pero le ruego que me conceda el favor de considerar lo difícilísimo de la situación. Además, a esto hay que sumar mi exceso de trabajo reorganizando el periódico; si hasta ahora no me ha sido posible redactar un nuevo informe, le pido, por favor, que no lo juzgue como negligencia en el cumplimiento del deber...

El mayor no le dejó continuar:

—Opino que no vale la pena seguir con este asunto; usted ya ha cumplido de sobra con su deber.

A Huguenau esto le desconcertó:

—¡Oh, no!, en absoluto... —murmuró, y se hizo el firme propósito de continuar su labor de vigilancia.

Como el mayor no añadiera ningún comentario más, Huguenau prosiguió:

—Mañana mismo imprimiremos las proclamas anunciando Gratitude Moselana... ¿No se dignará el mayor honrar con su visita nuestra empresa en tal ocasión, ya que tan benévolamente se ha brindado a patrocinarla...? Esta sería la mejor propaganda para la nueva asociación, seguro.

El mayor dijo que desde luego visitaría la empresa con sumo gusto; el día siguiente lo tenía completamente ocupado, pero el día era lo de menos.

—Cuanto antes, mejor —se arriesgó a decir Huguenau—. Mi comandante no hallará en ella nada de especial interés... todo es muy humilde... y, como es natural, a simple vista no se nota el proceso de reorganización, pero la imprenta funciona a la perfección, dicho sea con toda modestia... —De pronto se le ocurrió otra idea—: La imprenta, por ejemplo, sería muy apropiada para la publicación de documentos de la administración militar...

Iba caldeándose; con sumo gusto habría cogido al mayor por un botón de su chaqueta:

—Vea usted, mi comandante, vea cómo ha descuidado Esch el negocio... Tenía que venir yo para pensar en ello... Tenemos que recibir encargos del ejército, tanto más ahora que, por así decirlo, el periódico se halla bajo la directa protección de usted...

¿Cómo, si no, voy a conseguir dividendos para los accionistas...? ¡En el estado en que yo he encontrado el negocio!

Casi gemía y estaba irritado de verdad. El mayor, un tanto desconcertado, dijo:

—Esto no es de mi incumbencia...

—Cierto, cierto, mi comandante, pero si mi comandante quisiera, en serio... Cuando mi comandante haya visto la imprenta, seguro que querrá...

Miraba al mayor con aires de seducción y embeleso, pero al mismo tiempo con desespero. Enseguida recobró el dominio de sí mismo, limpió los cristales de sus gafas, miró a su alrededor y dijo:

—Lo digo también en beneficio de los caballeros todos aquí presentes y que participan... Por supuesto todos los caballeros están invitados a visitar la empresa.

La mayoría conocía ya la barraca de Esch. Pero nadie lo dijo.

LI

Hacía más de tres semanas que Heinrich Wendling había anunciado su permiso. Y aunque por las mañanas Hanna seguía permaneciendo mucho rato en la cama, apenas si creía ya que Heinrich vendría realmente. Pero un día apareció de pronto, no por la mañana ni por la tarde, sino a la plena luz del mediodía. Había pasado la mitad de la noche en la estación de Coblenza, y luego había venido, con enorme lentitud, en un tren militar. Mientras él le contaba todo esto, estaban de pie, uno frente a otro, en el empedrado camino del jardín. El sol del mediodía calentaba mucho, en mitad del césped destacaba la sombrilla roja junto a la tumbona donde ella había estado echada, olía a algodón rojo calentado al sol, y la suave brisa del mediodía movía las hojas del libro abandonado. El recién llegado al hogar no la tocó en absoluto, ni siquiera le tendió la mano, sólo la miraba, fijamente, sin apartar la vista de su rostro, y ella, sabiendo que él tenía que buscar la imagen que de ella llevaba consigo desde hacía dos años, se mantenía inmóvil bajo aquella mirada escrutadora; también ella contemplaba aquel rostro inclinado hacia el suyo, no buscando, evidentemente, imagen alguna que la hubiera acompañado, puesto que en ella no existía ya ninguna imagen, sino buscando los rasgos que en determinada ocasión la habían impulsado a amar aquel rostro, rostro que ahora le parecía extrañamente igual que antes; conocía y reconocía la línea de los labios, la colocación y la forma de los dientes, el surco de encima del mentón seguía siendo el mismo y, junto al nacimiento de la nariz, el espacio entre los ojos resultaba un poco demasiado grande, debido a la anchura del cráneo.

—He de ver tu perfil —dijo ella.

Y él, obediente, volvió la cabeza. Ahí estaba de nuevo la misma nariz rectilínea dibujándose por encima del labio superior, únicamente había desaparecido todo rastro de blandura. En realidad, había que reconocer que era un hombre guapo; sin embargo, ella no le encontraba ahora aquel algo que antaño la había cautivado y atraído.

—¿Dónde está el chico? —preguntó Heinrich.

—En la escuela... ¿No quieres entrar?

Y entraron en la casa. Pero tampoco ahora la tocó ni la besó, sólo la miraba.

—Ante todo, he de lavarme... La última vez que me bañé fue en Viena.

—Sí, vamos a preparar un baño.

Las dos criadas vinieron a saludar al amo, cosa que a Hanna no le resultó del todo agradable. Subió con él al cuarto de baño. Ella misma preparó las toallas.

—Todo está como estaba, Heinrich.

—¡Oh, sí!, todo está como estaba.

Ella salió del cuarto de baño; había montañas de cosas que organizar; lo hizo cansadamente.

Cortó rosas en el jardín para la mesa del comedor.

Al cabo de un rato regresó al cuarto de baño sin hacer ruido y le oyó dentro, chapoteando. Notó que le estaba comenzando en la nuca el dolor de cabeza. Bajó de nuevo al vestíbulo apoyándose en la barandilla.

Finalmente, el chico llegó de la escuela. Lo cogió de la mano. Se detuvo ante la puerta del baño y preguntó:

—¿Se puede entrar ya?

—Naturalmente —fue la un tanto sorprendida respuesta. Ella abrió un poco la puerta y miró. Heinrich, a medio vestir, estaba de pie frente al espejo. Ella puso en la abierta mano del chico una rosa, le obligó a cerrar el puño para sostenerla, lo empujó hacia dentro y se alejó.

Los esperó en el comedor y, cuando aparecieron, tuvo que apartar la mirada. Se parecían ridículamente: los mismos ojos rasgados y muy separados, iguales movimientos, idéntico pelo castaño, sólo que ahora Heinrich lo llevaba muy corto. Se diría que ella no tenía parte alguna en el niño. Era un mecanismo espantoso; ¡oh!, era espantoso haber sido amada. Y en ese momento, su vida se le apareció como un acto único de enajenación mental, una desesperada enajenación que jamás podría detenerse.

—Otra vez en casa —dijo Heinrich.

Y se sentó en su sitio de costumbre. Tal vez su observación le pareció tonta a él mismo; sonreía inseguro. El chico le observaba con atención y extrañeza.

Estaba sentado allí, como un padre de familia, y sólo era un aguafiestas.

Tampoco la criada podía apartar sus miradas de él; en su expresión había algo de tímida admiración y de envidia. Cuando la criada volvió a entrar, Hanna dijo en tono muy alto:

—¿Teléfono a Röders... para esta noche?

El abogado Röders era el colega de Wendling; pasaba de la cincuentena y estaba exento del servicio militar.

En su caja de caoba inglesa, el reloj dejó sonar un gong profundo. Hanna rozó con el dedo meñique el borde de la mano de él, como para pedirle, con este gesto cariñoso, perdón por haber propuesto reunirse con Röders, pero también para advertirle que deseaba evitar todo contacto físico.

—Naturalmente, tendré que llamar a Röders... —dijo Heinrich—. Enseguida me ocuparé de eso.

—Después de comer, saldremos de paseo con papá, para que nos vean.

—Sí, desde luego —dijo Heinrich.

—¿No es estupendo que papá esté de nuevo con nosotros?

—Sí —contestó el niño tras una vacilación.

—Tienes que ver sus cuadernos escolares... Ahora ya sabe escribir y hacer cuentas. Las cartas te las escribió él solo.

—Eran unas cartas estupendas, Walter.

—Eran cartas y nada más —dijo Walter con timidez.

A ambos les parecía una especie de abuso colocar al niño entre los dos para encontrarse por encima de su cabecita castaña. Desde luego hubiera sido mucho más justo decir: no nos besemos hasta que nuestra añoranza llegue a ser insoportable, pero esa añoranza no era tal añoranza, sólo era una espera insoportable.

Fueron al cuarto del niño en cuyo arrimadero habían pintado lo que suele llamarse un alegre friso infantil. Y con aquella segunda inteligencia, lúcida y algo desplazada, que suele surgir ante una esperanza excesiva o a consecuencia de un lacerante dolor de cabeza, Hanna supo que los muebles lacados y toda aquella blancura eran también un abuso para con el niño; supo que aquello no tenía nada que ver con la persona o la existencia del niño, sino que allí se había construido un símbolo, un símbolo de los blancos pechos de ella y de la blanca leche que debían producir tras una lograda entrega. Se llevó las manos a la nuca; le dolía. Era un pensamiento remoto y muy confuso, pero en él se escondía la razón por la cual nunca le había gustado estar en la habitación del niño, sino que siempre había preferido que el chico fuera a la suya.

—También tienes que enseñarle a papá tus nuevos juguetes —dijo.

Walter trajo su nueva caja de construcción y los soldados vestidos de un gris verdoso. Había veintitrés soldados y un oficial, el cual, rodilla en tierra, apuntaba al enemigo con su sable desenvainado. Ninguno de los tres se dio cuenta de que el doctor Wendling también vestía un uniforme de color gris verdoso, claro está que cada uno de ellos tenía sus motivos para no darse cuenta: Walter porque en su padre veía a un intruso, Heinrich porque era incapaz de identificar el heroico gesto del soldadito de plomo con su propia guerra, y Hanna porque, con gran estupefacción y miedo por su parte, veía a este hombre desnudo ante ella, desnudo y aislado en su desnudez. Su aislamiento era semejante al de los muebles, que la rodeaban como desnudos, desligados de su entorno, sin relación entre ellos, extraños y distantes.

Él tenía que sentir lo mismo. Y cuando salieron de paseo, pusieron al niño en medio; aquello era una separación, aunque Hanna, moviendo alegremente el brazo, llevara al niño de la mano, y aunque Heinrich también cogiera a menudo la otra mano del niño. No se miraban, se sentían como avergonzados, iban con la mirada fija delante de ellos o puesta en los prados donde, entre la hierba, crecían dientes de león, tréboles violeta, claveles silvestres y escabiosas de color lila. Era un día cálido y Hanna no estaba acostumbrada a pasear por la tarde. Sin embargo, el hecho de que ella, al regresar, sintiera la imperiosa necesidad de tomar un baño, no se debía sólo al calor. Curiosamente, todos los deseos se depositaban ahora en un estrato más profundo: como si el agua que rodea el cuerpo sumergido fuera una enorme soledad, sus deseos actuales se nutrían de las ideas de reencarnación mágica que, por mediación del agua, acuden a la mente del ser solitario; por supuesto, mucho más definida que todas estas ideas era la vergüenza que sentía el pensar que por la noche tendría que utilizar el cuarto de baño en presencia de Heinrich. No obstante, como a la criada le habría extrañado que ella tomara un baño en pleno día, pretextando que

tenía que cambiarse para la noche, rogó a Heinrich que mientras tanto pidiera un coche y cuidara de Walter. Entonces se encaminó al cuarto de aseo para darse, al menos, una ducha. Pero en cuanto se metió en la bañera, donde todavía quedaban gotas del baño de por la mañana, así como también en la alcachofa de la ducha, las rodillas le flaquearon y necesitó dejar que el agua fría corriera por su cuerpo hasta que la piel quedó como de hielo y los pechos se le endurecieron como piedras. Después se sintió mejor.

Fueron tarde a casa de Röders. Heinrich despidió el coche; hacía una noche muy hermosa y Hanna se lo agradeció y estuvo totalmente de acuerdo en regresar a pie (cuanto más tarde fuera, mejor). Y debía de ser más de medianoche cuando salieron de casa de Röders. Pero cuando atravesaron la plaza del Mercado, donde no se veía a nadie exceptuando al centinela de guardia frente a la comandancia, cuando aquella plaza, con sus oscuros edificios y apenas iluminada, se desplegó ante ellos como un cráter de soledad, como un cráter del que fluyeran las olas de silencio que envolvían a la ciudad dormida, Heinrich Wendling cogió a su mujer del brazo, y ella, al sentir este primer contacto de sus cuerpos, cerró los ojos. Quizá también él había cerrado los ojos y no veía el pesado cielo nocturno de verano ni la blanca franja de la calle que se extendía ante ellos y cuyo polvo pisaban al andar; tal vez cada uno de ellos veía un firmamento distinto, porque los dos se hallaban cerrados, como sus ojos, al mundo exterior, encerrados cada uno en su soledad, unidos solamente por el mutuo reconocerse de sus cuerpos que, al fin, se unieron en un beso, sin rebozo, lascivos ante la evidencia del sexo, pero castos por el dolor de un distanciamiento que jamás ternura alguna podría abolir.

LII

Después del entierro de Samwald, el bueno de Gödicke empezó a hablar.

El voluntario Samwald era hermano del relojero Friedrich Samwald, relojero cuya tienda estaba en la calle Römer. Tras un fuego graneado seguido de un asalto, el joven Samwald comenzó a toser de repente y cayó en un absoluto agotamiento. Era un muchacho de diecinueve años, simpático, valiente, querido de todos, y por ello consiguió que lo enviaran al hospital militar de su ciudad natal. Ni siquiera llegó en un transporte de enfermos, sino que llegó solo, como si estuviera de permiso, y el médico jefe de Estado Mayor dijo:

—Bueno, muchacho, a ti te pondremos bien enseguida. Y aunque el doctor Kessel se ocupó también y mucho de Samwald, y éste parecía ya completamente curado, tuvo de repente otro vómito de sangre y a los tres días yacía muerto, arrebatado a la vida. A pesar de que el sol reía desde el cielo.

Como era un hospital en el que sólo se atendían casos benignos, la muerte no se mantenía en secreto, como en los grandes hospitales; al contrario, se convertía en todo un acontecimiento. Antes de trasladarlo al cementerio, colocaron el féretro ante la puerta principal del hospital, donde se celebró la ceremonia religiosa. Los enfermos que podían levantarse se pusieron las chaquetas del uniforme y formaron en filas, y también acudió mucha gente de la ciudad. El médico jefe de Estado Mayor pronunció un discurso exaltando a los héroes, el párroco permaneció de pie ante el féretro, y un muchacho con sotana roja y sobrepelliz blanco sostuvo el incensario. Después las mujeres, así como algunos hombres, se arrodillaron y se rezó de nuevo el rosario.

Gödicke se había quedado en el jardín. Cuando se dio cuenta de la aglomeración, se acercó apoyándose en sus bastones y se unió a los demás. Lo que allí estaba sucediendo era una visión muy familiar, por ello tenía que apartarla de sí. Reflexionó; quería destruir lo que veía, hacerlo trizas como si fuera un trozo de papel o de cartón (por eso tenía que pensarlo con mucho cuidado, con suma atención). Cuando las mujeres se arrodillaron produciendo un ruido sordo semejante al que hacían las mujeres de la limpieza, la risa le subió a la garganta, pero le estaba prohibido emitir ningún sonido. Allí estaba él, de pie, en medio de las mujeres arrodilladas, apoyado en los bastones, como si fuera un andamio, y afianzó los pilares en la tierra y ahogó el sonido en su garganta. Pero cuando las mujeres, concluido el padrenuestro y las tres avemarías, dijeron «descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos», fue como si en la plataforma más baja del andamio, encima del dolorido y contraído vientre, surgiendo como de un ventrílocuo que él había oído una vez, se formaran palabras y, en lugar de ladrar, dijo, tal vez imperceptiblemente —tan adentro estaban las palabras— «resucitó de entre los muertos...», pero enmudeció al instante, asustado de lo que estaba sucediendo en la primera planta del andamio.

Nadie le prestó atención; habían levantado el ataúd; el ataúd, conducido a hombros, se balanceaba y, con él, el crucifijo que llevaba atornillado; el relojero Samwald, bajo y cargado de espaldas, se unió con los demás parientes al grupo que portaba el féretro; detrás seguían los médicos y luego todos los demás. Al final de la comitiva, vestido con la bata de enfermo, avanzaba cojeando el albañil Gödicke apoyándose en sus dos bastones.

Cuando llegaron al camino ancho, la enfermera Mathilde se dio cuenta de su presencia. Se acercó a él:

—Gödicke, usted no puede venir así... Dese cuenta... con la bata...

Pero él no la escuchaba. Ni siquiera se dejó convencer cuando ella solicitó del médico jefe que la secundara, sino que, con la mirada fija hacia delante, prosiguió impertérrito su camino. Finalmente, Kuhlbeck dijo:

—¡Bah, déjelo! La guerra es la guerra... Cuando se canse, que un hombre se quede con él y le ayude a regresar.

Era un largo camino el que hacía Ludwig Gödicke; las mujeres rezaban a su alrededor y los bordes del camino se veían cubiertos de arbustos. Cuando un grupo terminaba las avemarías, empezaba otro, y en el bosque se oía cantar al cuclillo. La mayoría de los hombres, y también el relojero Samwald, vestían trajes oscuros como los de los carpinteros. A veces la comitiva se apelotonaba, en especial en los recodos del camino, donde la marcha se hacía más lenta y obligaba a los cuerpos a apretarse unos contra otros; y las faldas de las mujeres eran como su bata de enfermo; las faldas les golpeaban las piernas al andar y una de las mujeres de delante caminaba con la cabeza inclinada y cubriéndose el rostro con un pañuelo. Y aunque el buen Gödicke no la miraba sino que mantenía los ojos fijos en la lejanía y en las huellas que dejaba el carruaje, aunque intentaba una y otra vez cerrar los ojos y apretar los dientes a fin de que los fragmentos de su alma se unieran mejor y ahogaran su Yo, aunque habría preferido detenerse, afianzar sus bastones en el suelo y obligar a la gente a detenerse también y a callar, aunque habría preferido ver cómo se dispersaban en todas direcciones, sin embargo, algo le arrastraba, le empujaba, y él flotaba, oscilaba: él era también un ataúd oscilante en medio de la reiterativa ola de plegarias que le acompañaba.

Cuando, ya en el cementerio, se bendijo de nuevo el féretro y, ante la fosa donde lo depositaron, volvió a elevarse la letanía «y resucitó de entre los muertos», cuando el relojero Samwald rompió en sollozos sin apartar su mirada de la fosa y todos se acercaron para echar un poco de tierra sobre el combatiente y estrecharle la mano al relojero, la figura de Gödicke, con la bata gris del hospital, apoyado en los dos bastones, con su barba flotando al viento, se irguió, a la vista de todos, frente al pequeño relojero Samwald y junto a la fosa, pero ni siquiera miró la mano que aquél le tendía, sino que, con un supremo esfuerzo, aunque inteligible para todos, pronunció sus primeras palabras:

—Resucitó de entre los muertos —dijo.

Y, a continuación, dejó a un lado los bastones, pero no porque deseara coger la pala y echar tierra en la fosa, no, no por esto, sino para hacer algo absolutamente distinto e inesperado: se dispuso a meterse él mismo en la fosa, se propuso, fatigosa y dificultosamente, bajar a la fosa, e incluso logró deslizar una pierna por encima del borde. Naturalmente, su comportamiento resultó incomprensible para todos: creyeron que, al no haber caminado nunca sin los bastones, se había caído al fallarle las fuerzas. El médico jefe de Estado Mayor y otros de los presentes se precipitaron hacia él, lo sacaron de la fosa y lo condujeron hasta uno de los bancos del cementerio. Tal vez al buen Gödicke le fallaban de verdad las fuerzas; no opuso resistencia y se quedó allí, sentado, en silencio, con los ojos cerrados y la cabeza caída hacia un lado. El relojero Samwald, que también se había acercado corriendo y había ayudado a transportarlo, permaneció a su lado, y como un dolor muy profundo hace que el alma del ser humano se sensibilice, Samwald intuyó que acababa de suceder algo especial. Sentado a su lado, habló al albañil Gödicke y le consoló como se hace con una persona sumida en el dolor; le habló como se habla a alguien que debe soportar el peor de los sufrimientos; le habló de su hermano muerto, que había tenido una muerte joven y sin dolor. Y el buen Gödicke escuchaba con los ojos cerrados.

Entretanto las personalidades del lugar se habían acercado a la tumba; entre ellas, como le correspondía, se encontraba Huguenau, el cual vestía un traje azul, llevaba un rígido sombrero negro en una mano y, en la otra, una corona. Y Huguenau miró indignado a su alrededor buscando al hermano del difunto, que no estaba en su sitio para poder admirar la corona, una hermosa corona de roble, costada por la asociación Gratitude Moselana, un trabajo en verdad hermoso con una cinta en la que podía leerse: «La patria al valiente guerrero».

LIII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 8

Como en un brote de futuros mares de espejos
descansan en la espuma argéntea del arco iris,
aliento que flota sobre el húmedo espacio,
los lazos temblorosos de las lanzas doradas del sol,
y allá, en la franja más lejana
donde el cielo, pariéndose a sí mismo,
él mismo espejo en un mar de espejos,
se sumerge en el sueño de Afrodita:
¿fue entonces cuando le ocurrió?
¿fue entonces cuando se enteró,
apartado, contorsionado por los dolores de parir
la contranatura de una dulce violencia?
¿Había bosques en torno a las praderas
hundiéndose bajo los pasos del maldito?,
pues, retumbando en el enjambre de estrellas,
él es lanzado lejos por la voz,
y sus ojos no se iluminan cruelmente
hasta que cae como un remolino
sobre las rocas ardientes de amarillos barrancos
desintegrándose en la violencia
y quebrantándose en el débil intento
de escapar al mundo del fuego,
de regresar al bosque de cipreses
y a los arbustos que emergen en las mareas;
el día y la noche se unen en la sombra,
el perfume, como aliento, sale suavemente a buscar otros perfumes,
crepúsculo matutino de pinos y de hayas,
él buscará eternamente este momento,
pues lo ha olvidado para siempre
al asustarse por la voz,
y porque todo su ser, al ser despertado de repente,
le colma por completo, y entretanto
el no-ser descubre su ser
grávido de dudas, infinitamente desierto:
¿era el mar? ¿eran cipreses?
Pero la voz lo ha cubierto,
aquella voz que le ha empujado a lo alto,

aquella voz a la que él está sometido;
si la encontrara de nuevo estaría purificado,
y todo lo olvidado resucitaría,
surgiría de nuevo en el espeso olor del mar,
reflejándose en sus orillas los bosques de las praderas y las hayas.
Pero el saber que en él ha renacido
le arrastra de la duda a nuevas angustias de duda
y le acosa a través de los desiertos
en busca de la voz que él perdió para siempre,
y él se arrodilla ante ella,
intenta una y otra vez recobrarla
con el juramento que prestó en falso,
aquel juramento a quien una vez le eligió,
un traidor: y su boca se transforma en grito,
en un grito que atonta el saber,
un grito de los rugidos primitivos de los abismos,
grito que se expande por el resplandor del desierto,
grito del animal sin envoltura,
grito de la bestia salvaje en los abismos del fuego,
¡oh, grito del estupor! ¡grito del que padece tribulación!
¿Siento yo el estupor, el milagro del estupor?
¿o es mi yo el que se sorprende?
¿De qué frontera vienes tú, pensamiento,
la más profunda de las contingencias?
¡Yo, Ahasverus, floto en el espacio de la muerte,
gritando, eternamente gritando!
¡A la luz infernal, insomne, amarillenta y sangrante
se secan mis manos, se seca mi rostro,
yo mismo parido para el grito, yo, Ahasverus!,
acosado desde el principio primero, perseguido hasta el abismo,
elevado a la cima del saber, devorado por la duda,
sembrando piedras, alimentando polvo,
uncido al saber, consumido de anhelos,
bendecido por la voz, maldecido por la voz, sembrador bendecido del fruto
prohibido.

LIV

En cierto modo, el mayor se sintió desagradablemente inquieto cuando el ordenanza le anunció la visita del redactor señor Esch. ¿Sería aquel periodista un enviado de Huguenau, un mensajero de los bajos fondos y del mundo subterráneo? El mayor tenía casi olvidado que el propio Huguenau había trazado una línea divisoria entre él y Esch, supuesto sospechoso político, y, como tras unos instantes de vacilación no halló nada decisivo, optó por decir finalmente:

—Bueno es igual... Que pase.

A decir verdad, Esch no daba la impresión de ser un enviado del infierno, ni tampoco un individuo políticamente sospechoso; permanecía encogido y confuso como quien se arrepiente de haber tomado una decisión:

—Mi comandante, se trata de... Bueno, abreviando, su artículo me ha llegado al alma, mi comandante...

El Mayor Von Pasenow se dio clara cuenta de que, por muy halagüeño que resultara creer que sus observaciones como escritor causaban impacto, no debía dejarse seducir por palabras capciosas.

—... y aunque me haya calificado de demonio al que habría que expulsar...

A esto el mayor se sintió obligado a precisar que una cita bíblica no tiene nada que ver con una alusión personal, ya que ello supondría incluso restarle dignidad a la Biblia, y que, a cada nueva orientación de la vida, sobre todo cuando se trata de mejorarnos, todos nosotros hemos de dejar atrás algún fragmento del demonio que llevamos dentro. O sea que si el señor Esch había acudido, aunque tardíamente, a exigir una reparación o una justificación, podía darse por satisfecho con aquella aclaración.

Durante el discurso del mayor, Esch recuperó su aplomo:

—No, mi comandante, no se trata de eso. Incluso aceptaría lo de demonio... desde luego, no porque me hayan confiscado el periódico más de una vez —hizo un gesto como descartando aquello—, no, mi comandante: de mí nadie podrá decir que mi anterior actividad en el periódico fuera menos honesta que la que desempeño en la actualidad. He venido por otro asunto.

Y solicitó del Mayor que tuviera a bien instruirles a él y a sus amigos —o hermanos, según expresó en su agitación— en el camino de la fe, ni más ni menos.

Tal y como estaba, de pie ante el escritorio, con el sombrero entre las manos, los pómulos cubiertos de manchas rojas debidas a la excitación, manchas que, al fundirse con la tez morena de la parte inferior de las mejillas, desaparecían, Esch le hacía pensar al mayor en el administrador de sus fincas. ¿Y qué tiene que decir un administrador a propósito de la fe? El mayor consideraba que el cuidado de las cuestiones de la fe era cosa que atañía al amo de las fincas. Y le vinieron a la mente imágenes de la vida religiosa habitual: vio la iglesia a la que solía acudir con su

familia, en coche de altas ruedas en verano y en trineo bajo y cubierto de pieles en invierno; se vio dirigiendo la oración bíblica de Navidad y de Pascua frente a sus hijos y sirvientes; vio a las criadas polacas encaminarse con mantos y vestidos rojos a la iglesia católica del pueblo vecino; y aquella iglesia le recordó que el señor Esch pertenecía a la fe católica y romana, asoció a éste, desagradablemente, con los braceros polacos y lo incluyó en el ambiente de inquietante desconfianza en el que, en parte por propia experiencia, en parte por su política y en parte por meros prejuicios, solía él colocar a la nación polaca. Y como suele suceder que, casi siempre, los problemas de conciencia del prójimo suscitan en nosotros malestar —en cierto modo porque exageramos que nos importan mucho, cuando en realidad nos importan mucho menos de lo que pretendemos aparentar—, el mayor invitó al señor Esch a tomar asiento, si bien no aludió al tema planteado sino que se limitó a interesarse por la prosperidad del periódico.

Pero Esch no era hombre que se dejara disuadir con facilidad:

—Precisamente en nombre del periódico tiene usted la obligación de escucharme, mi comandante —el mayor lo miró de forma interrogativa—. Sí, usted le ha trazado un camino nuevo a *El Mensajero del Electorado de Tréveris*... Ha sido usted, aunque yo me haya repetido muchas veces que es preciso imponer el orden en el mundo y que un redactor debe contribuir a hacerlo si no quiere ser un anarquista o un cerdo sin conciencia... Mi comandante, todo el mundo desea la salvación, todo el mundo teme el veneno, todos esperan que llegue la Redención y se ponga fin a la injusticia.

Había acabado por gritar y el mayor le miraba con aire distante. Esch recuperó el dominio de sí mismo:

—Mire usted, mi comandante, el socialismo es un síntoma más entre otros muchos... Pero después de su artículo del primer número... Mi comandante, se trata de la libertad y de la justicia en el mundo... Con las vidas ajenas no se juega, tiene que suceder algo, de lo contrario todos los sacrificios habrán sido inútiles.

—Todos los sacrificios inútiles... —repitió el mayor como evocando un recuerdo, luego se dominó—: ¿Acaso pretende usted, señor Esch, arrimar de nuevo el periódico al ascua del socialismo? ¿Y encima quiere mi protección?

La expresión de Esch revelaba desprecio y falta de respeto:

—No se trata del socialismo, mi comandante... se trata de una vida nueva... de la honestidad... de la búsqueda común de la fe... Mis amigos y yo hemos organizado una sesión de meditación bíblica... Mi comandante, usted escribió el artículo en serio, con el corazón en la mano; ahora no puede rechazarnos.

Quedaba claro: Esch pasaba factura, aunque sólo fuera una factura espiritual, y el mayor no pudo evitar acordarse una vez más del administrador, sentado frente a él, en la cancillería, con sus cuentas; y también de los braceros polacos que procuraban tomarle el pelo. ¿No amenazaban también ellos con el socialismo? Pero tal vez algo hacía mucho tiempo olvidado le impulsó a decir:

—Siempre hay alguien que nos rechaza, señor Esch. Esch se puso en pie y, como

de costumbre, comenzó a recorrer la habitación de un lado a otro, a grandes zancadas. Los surcos junto a su boca se veían más profundos que nunca. Qué aspecto tan acongojado tiene, pensó el mayor, cuesta creer que hombre tan serio sea uno de esos que van de taberna en taberna y frecuentan casas de mala nota, un enviado del mundo subterráneo. Que fuera uno de esos hipócritas era cosa tan inimaginable como aquel mundo.

De improviso, Esch se plantó ante él:

—Mi comandante, para no andarme con rodeos... ¿Cómo puedo desempeñar bien mi tarea, cuando ni siquiera tengo claro si el camino no sería más fácil en el seno de la fe protestante?

Sin duda el mayor habría podido replicar que entre las obligaciones de un jefe de redacción no entraba, bajo ningún concepto, la de resolver problemas teológicos, pero la pregunta de Esch había sido tan directa y le había chocado tanto que no hallaba respuesta; no había gran diferencia entre aquella y la solicitud de Huguenau referente a los encargos del ejército y, por un instante, las figuras de ambos hombres parecieron querer fundirse de nuevo. El mayor apretó con la mano la cruz de hierro que llevaba sobre el pecho y adoptó una actitud oficial: ¿era propio de él, un militar en delicada posición, hacer prosélitos? En cierto modo la Iglesia católica era un aliado y, por otra parte, él tampoco podría asumir la responsabilidad de incitar a un austríaco o a un búlgaro o a un turco a renunciar a su nacionalidad en favor de la alemana. Desde luego, la insistencia de Esch era molesta y, sin embargo, la situación poseía un dulce atractivo: ¿no era la gracia misma de la fe la que, renovándose y engendrando siempre fe nueva, se ocultaba tras aquella invitación a colaborar? No obstante, el mayor seguía resistiéndose y creyó necesario aclarar que él, siendo protestante, no se sentía llamado a servir de guía en cuestiones de fe a un católico.

Esch repitió su gesto de antes, gesto que daba por descontado que aquello no tenía nada que ver. En el artículo del mayor se decía que el cristiano ha de ayudar al cristiano; o sea, que no hay diferencia alguna entre la cristiandad católica y la protestante y, por otra parte, el párroco católico de la ciudad sabía todavía mucho menos que el comandante acerca de dudas y preguntas como aquéllas.

El mayor no contestó. ¿Estaría realmente envuelto en la red de sus propias palabras y, valiéndose de ello, aquel hombre quería arrastrarle a los bajos fondos y a las tinieblas? Y, no obstante, parecía como si una mano suave quisiera conducirlo hacia afuera, hacia las orillas silenciosas de unos ríos tranquilos. No pudo evitar pensar en el bautismo en el Jordán y, casi a su pesar, dijo:

—En cuestiones de fe, señor Esch, no hay nada prescrito; la fe es un manantial natural, la Biblia misma lo dice. —Permaneció un momento pensativo y añadió—: La fe es algo que cada uno debe experimentar por sí solo.

Esch se había vuelto descortésmente de espaldas al mayor; de pie, junto a la ventana, apoyaba la frente en el cristal. Al llegar a este punto se volvió; la expresión de su rostro era seria, casi suplicante:

—Mi comandante, no se trata de que haya o no algo prescrito... Se trata de confianza... —calló unos instantes—... de lo contrario sería, sería... —no daba con la palabra exacta—

... de lo contrario el periódico no sería mejor que los demás periódicos... un periódico que se vende... absurdas charlas de demagogos... pero usted, mi Comandante, usted deseaba algo distinto.

El mayor Von Pasenow sintió de nuevo la dulzura de dejarse llevar por la corriente, de ser transportado lejos, como si una nube plateada quisiera elevarle, flotando, por encima de los ríos de primavera. ¡Refugio de la confianza! No, el hombre que estaba allí, de pie frente a él, no era un aventurero, no era un traidor, no era un hipócrita, no era hombre que quisiera llevarse la confianza al otro lado de la vida para dejarla allí, desnuda, impúdicamente expuesta. Y, titubeando primero, luego con más ardor cada vez, el mayor comenzó a explicar cosas del liderato de Lutero en cuya imitación nadie debía desesperar, ¡nadie, señor Esch!, puesto que cada uno lleva en el fondo de su alma la misma llama y —¡oh, y con qué fuerza lo sentía en sí mismo el mayor Von Pasenow aunque no le estuviera permitido decirlo!— nadie está excluido de la gracia. Todo aquel que vive en la gracia debería salir a predicar la salvación. Y todo el que profundice en su corazón hallará la verdad y el camino, hallará sin duda el camino que conduce a la luz y lo seguirá.

—Consuélese, señor redactor, todo se arreglará.

Y él estaba dispuesto, si el señor Esch lo deseaba y su escaso tiempo disponible se lo permitía, a volver a charlar con él —el mayor se levantó y le tendió la mano a Esch por encima de la mesa—; por otra parte, dentro de poco visitaría la imprenta de *El Mensajero del Electorado de Tréveris*. Hizo una inclinación a Esch. Éste continuaba de pie, indeciso, y el mayor temió que le soltara un discurso de agradecimiento, pero no le dio las gracias sino que, casi con brusquedad, le preguntó:

—¿Y mis amigos?

El Mayor adoptó una vez más la actitud de rigidez oficial:

—Más adelante, señor Esch, más adelante. Y Esch hizo una torpe inclinación.

Pero a Esch, con su impetuosidad habitual, ya nada podía detenerle. Pocos días después —con gran sorpresa de todos aquellos que se enteraron y, casi enseguida, de toda la población—, se convirtió a la fe protestante, lo que, para su alma inquieta, constituyó una especie de homenaje al mayor.

LV

Degradación de los valores 7 *Digresión histórica*

La época de crímenes y rebeldías que llamamos Renacimiento, la época en que la estructura de los valores cristianos se escindió en una mitad católica y otra protestante, la época en la que, con la desintegración del *organon* medieval, se inició un proceso de dispersión de los valores que duraría quinientos años, y en la que se sembró la simiente de lo moderno, época de siembra y, al mismo tiempo, de los primeros florecimientos, dicha época no puede definirse por el protestantismo ni por su individualismo, ni por su nacionalismo o su sensualismo, ni tampoco por su renovación humanística o científica. Si esa época que, gracias a su estilo, aparece con tanta evidencia como una unidad y agrupada en una totalidad; si esa época, como corresponde a esa uniformidad, ha poseído un espíritu de época y un prototipo de estilo, este último no puede ser reivindicado al azar por uno cualquiera de sus múltiples fenómenos, aunque se trate de un fenómeno de fuerza tan profunda y revolucionaria como el protestantismo. Al contrario, todos esos fenómenos han de reducirse a un denominador común, han de poseer una raíz común y esta raíz ha de hundirse en la estructura lógica del pensamiento, en la lógica específica que impregna y nutre todos los actos de una época.

Puede afirmarse, y no sin razón, que en el estilo de pensamiento sólo se da una revolución radical cuando el pensamiento tropieza precisamente con los límites de su finitud —y la revolucionaria transformación de todos los fenómenos vitales es demostración de ese cambio total en el pensamiento—, cuando ya no es posible seguir resolviendo la antinomia de lo infinito con los antiguos medios y, a partir de ahí, se hace entonces forzoso revisar sus fundamentos.

Donde con mayor claridad puede observarse dicho cambio radical del pensamiento —y ello porque se ha producido en nuestra más inmediata proximidad— es en la investigación de los fundamentos de la matemática moderna, la cual, partiendo de la antinomia del infinito, ha llegado a una transformación revolucionaria de los métodos matemáticos, a un cambio cuya envergadura todavía no puede apreciarse en la actualidad. En cualquier caso, no es posible dilucidar si se trata de una nueva revolución del pensamiento o de la última e irrevocable liquidación de la lógica medieval (probablemente sea ambas cosas), pues los restos del edificio de los valores medievales no sólo llegan hasta nuestros días, haciéndonos suponer que también los restos de aquel pensamiento conservan su fuerza, sino que precisamente es la antinomia —y la esencia de la antinomia— de lo infinito lo que permite suponer que dichos restos se originan en la base de la deducción y, sin duda también, en la base de la teología. No existe ningún sistema teológico que no sea deductivo; es

decir, que no intente deducir racionalmente todo lo fenoménico partiendo del principio más superior, es decir, Dios; y, considerado desde este punto de vista, todo tipo de platonismo es, en último término, teología deductiva. Aunque, en consecuencia con lo anterior, el contenido teológico-platónico no sea visible de inmediato en el sistema de la matemática moderna (e incluso deba permanecer oculto en tanto dicha matemática sea la expresión adecuada de la lógica dominante y sea, ella misma, lógica), sí se pone de manifiesto en cambio un sorprendente parentesco entre las antinomias de infinito de la matemática y de la Escolástica; desde luego, en la Edad Media las discusiones sobre el infinito no tenían lugar en el ámbito matemático, pero el infinito «ético», como sin duda podría llamársele tal y como aparece, por ejemplo, en el círculo de problemas relacionados con los infinitos atributos de Dios, contiene todas las cuestiones del infinito actual y potencial; presenta, conforme a unas estructuras, el terreno límite en el que se hallan las antinomias y las dificultades de la matemática moderna. Tanto en uno como en otro campo, las circunstancias antinómicas surgen de la elevación de la función lógica a lo absoluto, elevación inevitable en tanto la lógica dominante no quiera ceder e impalpable mientras no se alcance la frontera antinómica. Para la Escolástica esta fallida elevación a lo absoluto adquiere forma sobre todo en la interpretación de los símbolos: la Iglesia visible, o sea, su forma de existencia terrenal y finita (forma que, no obstante, exige lo absoluto). La aristotélica «reducción a lo finito» del punto infinitamente lejano lógico-platónico tenía que entrañar una reducción a lo finito de todas las formas simbólicas y se convirtió a su vez en un admirable sistema de reflejos simbólicos, un sistema que consiste en pasar de un símbolo a otro, conjuntados todos en una unidad mágica y a cubierto por la sombra del símbolo terrenal-sublime: el símbolo infinito-finito de la Eucaristía; y así, ya resultó imposible detener la confusión del pensamiento en el terreno de infinito, y el pensamiento escolástico tuvo que afrontar la delimitación antinómica del infinito, a fin de resolver de nuevo dialécticamente la idea platónica convertida en finita; es decir, preparar el retorno al positivismo y adoptar aquella evolución automática cuyos comienzos ya eran patentes en la formación aristotélica de la Iglesia y cuyo progreso ulterior no podía, sin embargo, pese a los muchos intentos efectuados por la Escolástica para salvarlo (doctrina de la doble verdad, lucha de los nominalistas con los realistas, nuevos fundamentos de la teoría del conocimiento por parte de Occam), no podía, pues, seguir siendo reprimido; la Escolástica tenía que fracasar a causa de la absolutización, a causa de las antinomias del infinito; la cosmología lógica quedaba abolida.

Pero todo pensamiento sólo concuerda con los hechos mientras la confianza permanece fiel a su lógica. Esto es válido para cualquier pensamiento, y no únicamente para el dialéctico-deductivo (tanto más cuanto resulta imposible discernir hasta qué punto hay deducción en cualquier acto del pensamiento). Sería falso afirmar que la confianza se ha perdido porque el ser humano ha aprendido de repente

a observar los hechos con otros y mejores ojos. Precisamente sucede al contrario: los hechos no se observan de modo distinto hasta que la dialéctica no se ha desmoronado, y este desmoronamiento no puede atribuirse a un fracaso ante la realidad, una realidad que todavía hubiera sido válida durante largo tiempo, sino que tiene que haberse producido dentro del terreno mismo de la lógica, o sea, frente al problema del infinito. La paciencia del ser humano ante la autoridad de la lógica es inagotable y sólo es comparable a su inmutable paciencia frente al arte de la medicina. Al igual que el cuerpo humano se somete a los tratamientos más extravagantes e, incluso, al hacerlo así, sana, así también la realidad sostiene los edificios teóricos más inconcebibles: en tanto la propia teoría no se declare en crisis, sigue apoyándose en la confianza y la realidad se le somete. Hasta que la crisis no se hace patente, no empieza el hombre a frotarse los ojos y a volverse otra vez hacia la realidad, a abandonar el terreno de las conclusiones racionales y a trasladarse al de las experiencias vivas a fin de dar con el manantial de su conocimiento.

Estas dos fases de la revolución intelectual se observan a la perfección a finales de la Edad Media: declaración de quiebra por parte de la dialéctica escolástica y, como consecuencia inmediata —y verdaderamente copernicana—, orientación hacia el objeto inmediato. O, dicho en otros términos, paso del platonismo al positivismo, del lenguaje de Dios al lenguaje de las cosas.

Pero con este paso del *organon* eclesiástico centralista a la multiplicidad de las posibles formas de expresión inmediatas, con este traslado del edificio platónico de la teocracia medieval a la visión positivista del mundo empírico —existente y en perpetuo movimiento—, con esta atomización de la antigua totalidad, con todo ello tenía que producirse, necesaria y paralelamente, una atomización de todos los valores en tanto éstos se funden con los objetos. En resumen, la ideología de los valores ya no se rige a través de una oficina central, sino que recibe sus impactos del objeto; ya no se trata de conservar la cosmogonía bíblica, sino de observar *científicamente* el objeto natural y de experimentar qué puede hacerse con él; ya no se trata de edificar la Ciudad de Dios, sino de un objeto que se ha politizado a sí mismo y que requiere un nuevo método político adecuado bajo la forma de maquiavelismo; el caballero ya no consagra su espíritu a la guerra absoluta, como en las cruzadas, sino a una lucha terrenal sostenida con armas de fuego, nuevas e impropias de caballeros; ya no se trata de algo que afecta al cristianismo, sino de determinados grupos humanos empíricos cuyas nacionalidades ellos mantienen a través de signos externos idiomáticos; los intereses del individualismo en vías de introducción no se dirigen al hombre como miembro del *organon* eclesiástico, sino al individuo en su propia significación; y para el arte, la comunidad de los santos y su glorificación dejan de ser el último y único fin, ya que se apoya mejor en la fiel observación del mundo externo, en aquella fidelidad que constituye el naturalismo del Renacimiento. Pero por muy mundano que parezca este volcarse hacia el objeto inmediato, por mucho que el invocar alegremente la Antigüedad vuelta a descubrir suponga paganización, el

objeto externo se impone con idéntica fuerza que el interno, y la inmediatez del Renacimiento quizá radique en esta visión interior: Dios, que hasta ahora únicamente podía manifestarse a través de la jerarquía platónico-eclesiástica, se convierte en conocimiento místico inmediato, y ello en virtud de la visión interior del alma, en virtud del descubrimiento de la llamita que arde en el fondo del alma; se convierte en gracia reencontrada. Y esta sorprendente coexistencia de la vida mundana y pagana más externa con la interioridad más consecuente del protestantismo místico, esta cohabitación de valores de las tendencias más dispares dentro de un estilo único sería inexplicable si no fuera posible atribuirla al denominador común de la inmediatez. El protestantismo, al igual que todos los demás valores del Renacimiento y tal vez con más fuerza aún que ellos, se convirtió en un fenómeno de lo inmediato.

Pero hay otra característica constitucional y muy decisiva de dicha época, época que puede justificarse partiendo de todo esto: es el fenómeno del «acto» que con tanta evidencia aparece en todas las manifestaciones vitales del Renacimiento, y no sólo en el protestantismo; es decir, el incipiente desprecio por la palabra, el cual desea limitar cuanto sea posible la expresión lingüística a su autonomía poética y retórica e impedir que se filtre en los demás terrenos y, en su lugar, pone, como factor único, al hombre de acción; tendencia ésta hacia el enmudecimiento que debía preparar el mutismo del mundo entero. Todo ello relacionado, aunque de forma no reconocible, con la desintegración del mundo en ámbitos de valores aislados, todo ello depende de la inclinación hacia el lenguaje de las cosas, el cual, siguiendo con esta misma imagen, es un lenguaje mudo. Parece que se quisiera demostrar que la comprensión entre los ámbitos de valores aislados, es casi inútil, o que una comprensión de este tipo podría falsear el rigor y la claridad del lenguaje-cosa. Los dos grandes medios de comprensión racional de la época moderna —el lenguaje científico en la matemática y el lenguaje del dinero en la contabilidad— hallaron su punto de partida en el Renacimiento, ambos surgieron de aquella limitación, exclusiva y unívoca, al ámbito de los valores que le son propios y, también, de un esoterismo de la expresión cuyo rigorismo casi podría calificarse de ascetismo. No obstante, dicha orientación del espíritu poco tenía en común con el ascetismo católico-monástico, pues dicha orientación no es, como el ascetismo, un medio para conseguir un fin, no quiere servir de «ayuda» estática, sino que ha surgido de la univocidad del acto, acto que en adelante será considerado como el único lenguaje unívoco al que el hecho se someterá. Así también el protestantismo es, en su origen y esencia, «acto», presupone al hombre actuando en Dios, buscando a Dios y encontrando a Dios, un hombre dotado de una actividad igual a la que es propia de los nuevos investigadores de la naturaleza, de los nuevos guerreros y de los nuevos políticos. La religiosidad de Lutero es, sin duda alguna, la de un hombre de acción y radicalmente distinta en el fondo de la contemplativa. Pero en el «acto», en dicho «positivismo», radica precisamente el rigorismo, el cumplimiento imperativo-categorico del deber, la cerrazón frente a todos los demás valores, la ascética casi iconoclasta de un Calvino,

una ascética que se diría propia de la teoría del conocimiento, una ascética que llevó al propio Erasmo a exigir que la música fuera suprimida en los servicios divinos.

De hecho también la Edad Media conocía el «acto». Y cuanto más el nuevo positivismo se apartaba del platonismo escolástico, al relegar al individuo a su Yo solitario, tanto más dejaba al descubierto las «raíces positivistas» del platonismo. El nuevo cristianismo no se limitaba a protestar, sino que también reformaba. Tenía la absoluta sensación de ser un renacimiento del pensamiento cristiano y, aunque al principio se presentara sin teología, luego desarrolló, sobre una base más autónoma y reducida, una teología idealista-platónica pura (pues como tal puede ser considerada la filosofía kantiana). La «orientación de los valores» y el imperativo ético sobre el acto no habían cambiado con respecto a la Edad Media, ni tampoco hubieran podido cambiar, ya que sólo en la voluntad de acción hacia el valor y hacia su poder absoluto se construye el valor; no existen otros valores que los absolutos. Lo que había cambiado era la delimitación del acto que establece un valor: mientras que, anteriormente, la intensidad de absolutización se había centrado en el valor global del *organon* cristiano, ahora el radicalismo de la lógica establecida en sí misma y el rigor de su autonomía se ordenaban por separado, de acuerdo con cada ámbito aislado; cada uno de estos ámbitos aislado fue convertido en un ámbito de valores propios y elevado a la categoría de absoluto; y así apareció en el mundo aquella vehemencia según la cual los ámbitos de valores elevados al rango de absoluto deben coexistir, sin puentes ni relaciones entre ellos; aquella vehemencia que dio al Renacimiento su peculiar tonalidad.

Desde luego podría objetarse que el estilo global de la época abarcaba por igual todos los ámbitos de valores, por muy diferentes que éstos fueran, e incluso que una personalidad como la de Lutero no se limitaba en absoluto, como un asceta, a un solo ámbito, y más aún, que precisamente en él se unen de modo peculiar las circunstancias religiosas y las mundanas. Pero también se puede afirmar que en todo ello sólo hay que observar el comienzo de una evolución que necesitaría quinientos años para alcanzar su total expansión; que la época se hallaba henchida de nostalgia de la síntesis medieval y que, precisamente una personalidad como la de Lutero — que en rigor había dejado de ser lógica, pero que gracias a su riqueza humana abarcaba valores de las más diversas tendencias—, saliendo al paso de las necesidades de la época, la convirtió en su propia época e influyó en ella mucho más que Calvino «más lógico». Se diría que la época todavía tenía miedo del rigorismo, tenía miedo del mutismo que comenzaba, se diría que quería tapar el mutismo que se avecinaba y que, por ello, tuvo que convertirse en la hora del nacimiento del nuevo lenguaje de Dios, en la hora del nacimiento de la música polifónica. Pero todo esto son suposiciones no demostrables. En cambio, parece mucho más seguro que la situación de la época, la confusión de sus comienzos, fue lo que posibilitó la Contrarreforma católica, y que el miedo ante la incipiente soledad y el aislamiento preparó un movimiento que prometía reencontrar la unidad. Pues la Contrarreforma

católica se hizo cargo de la gigantesca tarea de reunir de nuevo los ámbitos de valores aislados (separados por la religiosidad exclusivista del protestantismo), de intentar una nueva síntesis del mundo y de todos sus valores, y de procurar, bajo la dirección de la nueva escolástica de los jesuitas, alcanzar la totalidad medieval, a fin de que la unidad platónica de la Iglesia, reinando como valor supremo sobre todos los demás valores, conservara para siempre su posición divina.

LVI

El relojero Samwald acudía ahora con frecuencia al hospital. Visitaba las dependencias donde habían atendido a su hermano y, deseoso de mostrar su agradecimiento, no sólo regulaba gratis los relojes del hospital sino que se había ofrecido para reparar también y sin retribución alguna los relojes de todos los internos. Y además visitaba al reservista Gödicke.

Gödicke aguardaba estas visitas. Desde el día del entierro veía muchas cosas con mayor claridad y serenidad; su elemento terrenal se había condensado y, no obstante, parecía más elevado y etéreo, sin por ello haber perdido seguridad. Ahora sabía con absoluta certeza que no tenía por qué seguir temiendo la oscuridad, la barrera de tinieblas tras la cual se hallaba antes el otro Gödicke o, mejor dicho, los otros muchos Gödicke todos, pues aquello pertenecía simplemente al tiempo en que estuvo en la tumba. Y si ahora aparecía alguien queriendo hacerle recordar lo otro, lo que había sucedido antes de estar enterrado, ya no había por qué tener miedo, sino que, por así decirlo, se podía prescindir de aquel temor con un encogimiento de hombros, porque sabía que ya no significaba nada. Ahora sólo tenía que esperar; pues, por mucho que se le aproximara, la vida que iba fraguándose a su alrededor no tenía por qué inspirarle miedo: él ya había dejado atrás la muerte y todo lo que viniera tan sólo serviría para ir alzando cada vez más el andamio. Desde luego todavía no pronunciaba una sola palabra ni escuchaba a las enfermeras o a los compañeros de habitación cuando le hablaban, pero su mutismo y su sordera actuales no eran tanto desprecio y castigo para los que turbaban su paz como defensa de su Yo y de su soledad. Sólo soportaba al relojero Samwald; sí, le esperaba.

Por su parte, Samwald le facilitaba las cosas. Cuando Gödicke, curvado y apoyado en sus bastones, se acercaba al pequeño relojero, incluso podía mirarlo desde arriba; claro que esto no era en modo alguno esencial. Lo más importante era que Samwald, como si supiera a quién tenía delante, no hacía el menor intento de preguntarle o hacerle recordar cosas que a él, Ludwig Gödicke, le resultaran desagradables. En realidad Samwald hablaba muy poco. Se sentaban juntos en un banco del jardín, le enseñaba los relojes que había recogido para reparar, abría la tapa de atrás a fin de que el engranaje quedara a la vista e intentaba explicar dónde estaba el fallo. O hablaba de su hermano muerto, quien, según él decía, era digno de envidia, porque lo había superado todo y ahora se hallaba en un más allá mucho más hermoso. Pero cuando el relojero comenzaba a hablar del Paraíso y de la dicha celestial, entonces, por una parte tenía que rechazar el tema, pues correspondía a las clases de catecismo del desaparecido muchacho Gödicke, aunque por otra parte fuera como un homenaje a Gödicke hombre, como una pregunta dirigida a éste, que sabía mucho más, pues marchaba ya por el más allá. Y cuando Samwald explicaba las reuniones bíblicas que solía frecuentar y en las que aprendía muchas cosas, cuando afirmaba

que la miseria de la guerra tenía que conducir el alma a un estado de salvación mucho más luminoso, Gödicke no le escuchaba en absoluto, a pesar de que pareciera que aquellas palabras le traían una lejana confirmación de su vida reencontrada y un requerimiento a ocupar un sitio en esta vida —un sitio conveniente— y, en cierto modo, un sitio en el más allá. Entonces veía al pequeño relojero como a uno de los muchachos o de las mujeres que llevaban ladrillos a la obra y a los que uno no se dignaba dirigir la palabra, a no ser para gritarles groseramente, pero que, no obstante, eran necesarios. Probablemente ésta fue la razón por la cual un día se sintió impulsado a interrumpir al pequeño relojero en sus explicaciones y decirle con tono autoritario:

—Ve a buscarme una cerveza.

Y como la orden no fuera cumplida al instante, se quedó mirando fijamente ante sí con aire ausente y orgulloso. Estuvo muchos días enfadado con Samwald, ni se dignaba mirarle, y Samwald se devanaba los sesos buscando la forma de reconciliarse con Gödicke. Le resultaba bastante difícil, ya que ni el mismo Gödicke sabía que estaba enfadado con Samwald y sufría mucho al verse obligado a volver la cabeza —por obra del imperativo de un desconocido mandamiento— cada vez que aparecía. Y no era que considerase a Samwald autor de dicho mandamiento, sino que en su interior le culpaba de que dicho mandamiento no hubiera sido abolido. Se diría que entre ambos se había establecido una especie de búsqueda recíproca, y el relojero tuvo una idea casi genial el día, un hermoso día, en que cogió a Gödicke hombre de la mano y lo arrastró consigo.

La tarde era cálida y maravillosa; el relojero Samwald llevaba al antaño albañil Gödicke cogido de la manga de la guerrera, con mucho cuidado, paso a paso, procurando evitar los puntiagudos cantos de basalto del camino. A veces se detenían a descansar. Y, cuando habían descansado un poco, Samwald tiraba suavemente de la manga de Gödicke. Gödicke se levantaba y seguían caminando. Así fue como llegaron a los dominios de Esch.

La escalera que conducía a la redacción era demasiado empinada para Gödicke, y Samwald lo sentó en el banco que había frente al jardín y subió él solo. Regresó en compañía de Esch y de Fendrich.

—Éste es Gödicke —dijo Samwald.

Gödicke no saludó. Esch quiso llevarlos al pabellón del jardín, pero, al pasar frente a los depósitos de estiércol, cuyas ventanas estaban abiertas porque Esch había efectuado ya la primera siembra con vistas a la producción agrícola de otoño, Gödicke se detuvo y se quedó mirando las cavidades donde yacía la tierra parda.

—¿Qué pasa? —dijo Esch.

Pero Gödicke seguía mirando con fijeza los depósitos de estiércol. Con las cabezas descubiertas y sus trajes oscuros, se detuvieron todos, como reunidos alrededor de una tumba abierta.

—El señor Esch es el que organiza las lecturas de la Biblia... —dijo Samwald—.

Queremos alcanzar el Cielo.

Entonces Gödicke el hombre se rió, aunque no de un modo salvaje; tal vez fue sólo una sonrisa sonora, y dijo:

—Gödicke Ludwig, resucitó de entre los muertos.

No lo dijo muy alto, pero miró a Esch con aire triunfal, irguió su humilde postura encorvada y pareció casi tan alto como él. Fendrich, que llevaba la Biblia bajo el brazo, le miró a su vez con ojos febriles de tuberculoso y luego, como queriendo cerciorarse de que Gödicke existía de verdad, le rozó el uniforme. Sin embargo, para Gödicke el hombre la cosa había terminado —él había cumplido con su parte, por cierto que no había resultado demasiado fatigoso, pero tenía derecho a descansar—, así que, sencillamente, se dejó caer sentado en el marco de madera de los depósitos de estiércol, esperando que Samwald se sentara a su lado. Samwald dijo:

—Está cansado.

Y Esch se dirigió a grandes pasos hasta el patio y, al pie de la ventana de la cocina, le gritó a su mujer que trajera café. Después la señora Esch trajo el café y fueron a buscar también a Lindner, a la imprenta, para que tomara café con ellos, y todos se quedaron de pie, alrededor de Gödicke, viendo cómo éste, sentado en el borde del depósito de estiércol, sorbía su café. Solamente Gödicke veía algo distinto. Cuando Gödicke se hubo repuesto gracias al café, Samwald volvió a cogerlo de la manga y emprendieron el camino de regreso al hospital. Andaban con mucho cuidado, y Samwald procuraba que Gödicke no tropezase con las piedras puntiagudas. De vez en cuando, se detenían a descansar. Y, cuando Samwald sonreía, Gödicke ya no desviaba la mirada.

LVII

Sí, Huguenau estaba de mal humor. La proclama en favor del «Bismark de hierro» había caído lamentablemente en el vacío. Que en la imprenta no hubiera ningún clisé del que sacar el retrato de Bismark era disculpable, pero ni tan siquiera había uno con la auténtica Cruz de Hierro y sus ramas de laurel, así que no quedó otra alternativa que colocar en las esquinas una de las pequeñas cruces con que normalmente solían adornarse las esquelas de los caídos en el campo de batalla. Desde luego él no habría ido personalmente a ver al mayor con aquel papelucho, de no haber tenido en el bolsillo una buena noticia: un taller de escultura de Giessen, cuyo anuncio había descubierto y al que había teleografiado de inmediato, se brindaba a moldear y a enviar en el plazo de dos semanas una estatua de Bismark. Pero, como era lógico, al mayor le habían decepcionado mucho aquellas proclamas de tan mal gusto: primero, ni le escuchó y, luego, se limitó a cortar el diluvio de excusas con un indiferente «tanto da». Y aunque al fin se dejó convencer para efectuar aquel mismo día su anunciada visita, lo estropeó todo de nuevo al interesarse por Esch. Lo que resultaba tanto más injusto siendo Esch el culpable de que no hubiera en la imprenta clisés adecuados.

Huguenau, con las manos en los bolsillos, paseaba patio arriba patio abajo esperando al mayor. En lo que a Esch se refería, Huguenau lo había urdido todo muy bien. El día anterior le había impedido, con suma astucia, ir a la fábrica de papel, y hoy, hoy resultaba que aquello había sido un fallo y que, cosa extraña, en el almacén había poco papel, con lo cual había conseguido alejar al señor redactor. Lo malo era que el individuo en cuestión había considerado necesario llevarse la bicicleta y, si el mayor seguía haciéndose esperar durante mucho tiempo aún, todo el plan se vendría abajo y acabarían por encontrarse los dos allí.

El día era cálido y pesado. Huguenau miró un par de veces el reloj, fue luego hacia el huerto, observó la fruta que colgaba aún verde de las ramas y calculó el valor de la cosecha. De todos modos, en los tiempos que corren, nada llega a madurar, todo lo roban antes. Una mañana Esch se encontrará con que le han vaciado el huerto. No durará mucho: en la zona donde da el sol, las ciruelas ya empiezan a estar rojas, y Huguenau, alzando un brazo, palpó la fruta con los dedos. Esch tendría que poner una alambrada de púas alrededor del huerto; claro que lo más seguro es que la cosecha no compense semejante gasto. Cuando termine la guerra, el alambre de púas irá más barato.

Esperar es como tener un alambre de púas en el espíritu. Huguenau volvió a contemplar las copas de los árboles. Parpadeó al mirar hacia las nubes grises: allí, donde el sol se ocultaba, había una blancura deslumbrante. Silbó varias veces a Marguerite, pero ésta no apareció y Huguenau se sintió ofendido: naturalmente, estaría otra vez en el río con los muchachos. Le hubiera gustado ir a buscarla. Pero tenía que esperar al mayor.

De pronto —cuando se disponía a silbarle otra vez—, Marguerite apareció a su lado. Él dijo en tono severo:

—¿Dónde te metes? Esperamos visita.

Después la cogió de la mano, atravesaron juntos el patio, cruzaron el corredor de entrada a la casa y se detuvieron fuera, en la calle Fischer, mirando a ver si venía el mayor. «He alejado a Esch demasiado pronto», se repetía Huguenau.

Por fin el mayor dobló la esquina; le acompañaba el viejo oficial de intendencia, quien, al propio tiempo, hacía las veces de oficial adjunto en la comandancia. Aunque había contado con tener al mayor para él solo, Huguenau se sintió halagadísimo de que la visita fuera a desarrollarse con tan marcado tono oficial. En realidad había sido una tontería quitarse de encima a Esch; todo el personal hubiera tenido que estar allí, de pie, y Marguerite, con un vestidito blanco, hubiera tenido que ofrecerle un ramo de flores. En cierto modo, también había que responsabilizar a Esch de semejante negligencia, pero ya estaba hecho y el ceremonial de Huguenau hubo de limitarse a una serie de reverencias ante los dos oficiales, detenidos ahora ya frente a la puerta.

Afortunadamente, el oficial de intendencia se despidió enseguida, de modo que la situación pasó del plano oficial al privado y, cuando el mayor pisó el umbral, Huguenau desbordaba confianza y sumisión por todos sus poros.

—Marguerite, haz una reverencia —dijo autoritario.

Marguerite miró con fijeza el rostro de aquel extraño. El mayor le pasó una mano por los negros rizos:

—Se dice buenos días, pequeña tártara.

—Es la pequeña de Esch... —se disculpó Huguenau. El mayor cogió a Marguerite por la barbilla:

—¿De modo que tú eres la hija de Esch?

—Sólo vive aquí... Es casi una hija adoptiva —informó Huguenau.

El mayor volvió a acariciarle los rizos:

—Pequeña tártara morenita... —repetió mientras atravesaban el corredor.

—Nació en Francia, mi comandante... Esch quiere adoptarla eventualmente... Pero es absurdo. De todos modos vive en casa de una tía suya... ¿No preferiría mi comandante visitar la imprenta ahora mismo...? Por aquí, por favor, a la derecha...

Huguenau corría delante.

—Un momento, señor Huguenau, primero me gustaría saludar al redactor señor Esch.

—Esch llegará de un momento a otro, mi comandante; yo he creído que mi comandante querría, ante todo, visitar las instalaciones sin que le molestaran.

—El señor Esch no me molesta en absoluto —dijo el mayor con un tono algo cortante, que hirió a Huguenau.

Huguenau olfateaba alguna intriga de Esch... Bueno, ya saldrían sus manejos a la luz y entonces habría un segundo juicio secreto muy sabroso. Y, como no cabía duda de que lo habría, Huguenau se tranquilizó (porque no hay alma que soporte que una

fuerza exterior detenga o ponga trabas a su impulso interno). Así pues, Huguenau dijo con tono mesurado:

—El señor Esch, desgraciadamente, ha tenido que ir a la fábrica de papel... He tenido que ocuparme del suministro de papel... Pero, entretanto, mi comandante podría visitar la imprenta.

En honor del mayor pusieron en marcha la máquina impresora y, en honor del mayor, Huguenau hizo imprimir, sin ninguna necesidad, una partida de las proclamas de la «Gratitud Moselana». Seguía llevando a Marguerite de la mano y, cuando Lindner amontonó la primera partida de las proclamas, Huguenau cogió la hoja de encima y se la tendió al mayor. De nuevo creyó que debía disculparse:

—Es una impresión muy sencilla; por lo menos hubiera tenido que llevar una auténtica Cruz de Hierro con una guirnalda de laurel... ¡en una empresa patrocinada por el Comandante en persona!

El mayor se llevó la mano a la Cruz de Hierro que lucía en el ojal y pareció tranquilizarse al notar que seguía allí.

—¡Ah, la Cruz de Hierro! ¿Otra más? ¿Para qué? No es necesario.

—Mi comandante tiene razón, sí; en estos tiempos tan difíciles basta con una impresión sencilla. Estoy de acuerdo con mi comandante, pero un pequeño grabado sin pretensiones no habría causado gastos extras... Naturalmente, al señor Esch lo mismo le da.

Daba la impresión de que el mayor no le había oído, pero, al cabo de un momento, dijo:

—Señor Huguenau, creo que es usted injusto con el señor Esch.

Huguenau sonrió cortésmente, aunque con cierto desprecio. Pero el mayor no le miraba a él sino a Marguerite:

—Hubiera dicho que esta muchachita tártara y morena era esclava.

Huguenau se sintió obligado a volver a aludir al origen francés de la pequeña:

—Se pasa el día aquí, simplemente.

El mayor se inclinó hacia Marguerite:

—En casa, también yo tengo una niña así, claro que es un poco mayor; tiene catorce años y, desde luego, no es tan morena como una pequeña tártara... Se llama Elisabeth...

Calló un momento, y añadió:

—O sea, que francesita.

—Sólo sabe alemán —dijo Huguenau—, lo ha olvidado todo.

—¿Quieres mucho a tus padres adoptivos, verdad? —preguntó el mayor.

—Sí —dijo Marguerite.

A Huguenau le sorprendió que mintiera con tanto descaro, pero, como el mayor tenía un aire ausente, él, para subrayarlo, repitió:

—Vive con unos parientes. El mayor dijo:

—Despojada de la casa paterna...

En realidad, aquello no venía a cuento; desde luego era un viejo, y Huguenau le hizo coro:

—Es verdad, mi comandante, es la expresión justa: despojada de la casa paterna...

El mayor miró fijamente el rostro de Marguerite. Huguenau intentó atraer su atención:

—El taller de composición, mi comandante, todavía no ha visto usted el taller de composición.

El mayor pasó una mano por la frente de la niña:

—No debes mirar así, tan enfadada; no debes arrugar la frente de este modo...

La niña se quedó muy seria, pensativa.

—¿Por qué? —dijo luego.

El Mayor sonrió, le acarició con suavidad los párpados, tras los que se notaba, duro, el glóbulo ocular, y le dijo sonriendo:

—Las niñas no han de fruncir el ceño... Es un pecado... Un pecado oculto y visible al mismo tiempo, como es siempre el pecado.

La niña hizo un movimiento brusco para desasirse y marcharse, y Huguenau recordó cómo la niña se había desembarazado de Esch. Marguerite tiene razón, pensó. Ahora el mayor se pasaba la mano por sus propios ojos:

—Bueno, no tiene importancia...

Y Huguenau, intuyendo que el mayor también quería irse, aunque con menos energía, se alegró de ver que llegaba Esch, montado en su bicicleta, con las piernas muy arqueadas, porque era demasiado baja, y de verle entrar en el patio y desmontar junto a la escalera de madera.

Salieron todos al patio a recibir a Esch, y el mayor iba entre Huguenau y la niña.

Esch apoyó la bicicleta en la pared de debajo de la escalera de gallinero y se dirigió hacia el grupo. No demostró sorpresa, ninguna sorpresa, al encontrar allí al mayor, y lo saludó con tanta naturalidad, que Huguenau sospechó que aquel flaco maestro de escuela ya estaba advertido de su presencia allí.

—Bueno, ¿no dice usted nada ante un honor tan inesperado? —manifestó su mal humor—. ¿Acaso no está usted sorprendido?

—Me alegro mucho —dijo Esch.

—Y yo me alegro de que haya usted regresado a tiempo, señor Esch —dijo el mayor.

—Tal vez a la hora duodécima, mi comandante.

—No es tan tarde... —observó Huguenau—. ¿No le gustaría a mi comandante visitar las demás dependencias? Por desgracia la escalera es un tanto incómoda...

—Ha sido un largo camino —dijo Esch. La niña dijo:

—Ha venido en bicicleta.

—Un largo camino... y todavía no ha llegado a la meta —dijo, pensativo, el Mayor.

—Ya hemos pasado lo peor... —dijo Huguenau—. Ya tenemos dos páginas de anuncios y si lográramos encargos de la administración militar...

—No se trata de anuncios —dijo Esch.

—Ni siquiera tenemos un clisé con la Cruz de Hierro...

¡Claro que, sin duda, tampoco debe de tratarse de eso, según usted!

La niña señaló el pecho del mayor:

—Ahí tiene la Cruz de Hierro.

—Los signos de distinción son siempre invisibles —dijo el mayor—, sólo el pecado se ve.

—Mentir es el peor de los pecados —dijo la niña.

—Lo invisible nos sigue los pasos —intervino Esch—. Venimos de la mentira y, si no encontramos el camino, nos extraviarnos en las tinieblas de lo invisible.

—Nadie sabe cuándo decimos una mentira —dijo la niña.

—Dios lo sabe —dijo el mayor.

—Nadie hace caso de un desertor —dijo Huguenau—, aunque tenga razón en lo que dice.

—Nadie ve a los demás en la oscuridad —dijo Esch.

—Visibles y, no obstante, ocultos para los demás —dijo el mayor.

—Dios no hace caso —dijo la niña.

—Algún día volverá a escuchar la voz de los niños —dijo Esch.

—Más vale que nadie escuche a nadie —dijo Huguenau. Hemos de arreglárnoslas solos... y lo lograremos.

—Nosotros le abandonamos y Él nos ha dejado solos... —dijo el mayor—, tan solos que ya no podremos volver a encontrarnos.

—Encarcelados en la soledad —dijo Esch.

—A mí nadie podrá encontrarme —dijo la niña.

—Tendremos que buscar eternamente a Aquél a quien hemos abandonado —dijo el mayor.

—¡Tú quieres esconderte! —dijo Huguenau.

—Sí —dijo la niña.

El cielo, lechoso y grisáceo, comenzó a despejarse; aquí y allá se mostraba azul. La niña, descalza, se alejó sin hacer el menor ruido. Luego, también los hombres se fueron. Cada uno en una dirección.

LVIII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 9

Ayer, Nuchem y Marie estuvieron otra vez en mi casa y cantamos juntos. A petición mía, primero cantamos el himno siguiente:

*Gozosos vamos a la batalla,
la fe ilumina nuestro valor
y no sentimos ante Satán
de su ira miedo
ni de su horror.
Nuestro estandarte de orgullo ondea
al viento y marcha presto a triunfar,
siempre delante, eternamente
es nuestro guía
para luchar.*

CORO

*Siempre fieles te seremos,
fieles siempre hasta morir
nuestras vidas te ofrecemos,
oh, bandera, rojo-oro-azul.*

Lo cantamos con la melodía de la *Canción de Andres Hofer*: Marie acompañaba con el laúd, Nuchem cantaba a boca cerrada y llevaba el compás con suaves palmadas. Durante la ejecución, se miraban con frecuencia uno a otro, o tal vez me lo parecía a mí porque las palabras del doctor Litwak me habían puesto sobre aviso. En cualquier caso, yo cantaba hasta desgañitarme y por diversas razones. Por una parte, porque quería tranquilizar a la familia que, entretanto y sin duda alguna, se habría congregado ante mi puerta —los niños empujándose para situarse en primera fila y tal vez, pegando la oreja a la madera; el abuelo de barba blanca, con el busto inclinado hacia delante y haciendo de la mano pabellón para la oreja a fin de oír mejor; las mujeres detrás, llorando algunas en silencio, y todos avanzando poco a poco, pero sin atreverse a abrir la puerta—, sí, por una parte porque quería tranquilizar a la familia, pero, por otra, porque me producía un placer sádico saber que estaban allí fuera, saber que los atraía y que los alejaba. Pero desgañitándome quería también decirles a Nuchem y a Marie: «No sintáis vergüenza, hijos míos, como veis estoy por completo absorbido en mí mismo y por mi voz; desabróchate la levita, Nuchem, levanta tus faldones, haz una reverencia ante la muchacha, y tú, Marie, deja de hacer remilgos,

cógete la falda con la punta de los dedos y bailad los dos, danzad hacia Jerusalén, danzad en mi cama, actuad como si estuvierais en vuestra propia casa». Y dejé de cantar el texto de Marie y canté el mío propio, más adecuado: «El fiel Hofer yacía atado en Mantua»; por desgracia no sabía más, pero modulé este verso en distintos tonos y lo encontré oportuno y hermoso.

Marie concluyó la canción con el acorde de laúd con que terminan todas las canciones:

—Lo hemos hecho muy bien —dijo—. Ahora, a modo de recompensa, recemos un poco.

Se deslizó de la silla, se llevó las manos al rostro y empezó el salmo 122: «Me he alegrado porque me dijeron: Iremos a la casa del Señor. Ya se posan nuestros pies en tus puertas,

¡oh, Jerusalén! Jerusalén, edificada como una ciudad en sí toda compacta; allí suben las tribus, las tribus del Señor, según la ley de Israel, a ensalzar el nombre del Señor».

Yo no podía detenerla, a no ser rompiéndole el laúd en la cabeza. Así que me arrodillé también, extendí los brazos y recé: «Preparamos té para las hijas y los jóvenes de Israel, echemos ron en el té, ron de guerra, ron de héroes, ron falso, para narcotizar nuestra soledad, pues nuestra soledad es grande en demasía, ya sea en Sión, ya sea en la ciudad santa de Berlín». Pero, mientras yo, golpeándome el pecho con los puños, pronunciaba estas palabras, Nuchem se había levantado: de pie ante mí, dándome la espalda y mirando hacia la ventana, donde, ondeando como una bandera rojo-oro-azul descolorida, colgaba en el hálito de la noche una rota y grasienta cortina de algodón, comenzó a menearse hacia delante y hacia atrás. ¡Oh!, era indigno, aquello era indigno de Nuchem, quien, al fin y al cabo, era amigo mío.

Di un salto hacia la puerta, la abrí de golpe y grité hacia afuera:

—Entra, Israel, toma el té con nosotros, observa los obscenos movimientos de mi amigo y el rostro desencajado de mi amiga.

Pero la antesala estaba vacía. Habían desaparecido como por arte de magia, huyendo precipitadamente a sus habitaciones, mezclándose las mujeres con los niños y, en medio de ellos, el abuelo octogenario, que apenas si podía incorporarse.

—Bueno —dije cerrando la puerta y volviéndome de nuevo hacia los fantasmales seres de mi habitación—, bueno, hijos míos, daos el beso de Sión.

Pero ellos dos, de pie, con los brazos inertes, no se atrevían a abrazarse, no se atrevían a bailar, seguían allí, de pie, sonriendo como idiotas. Y finalmente, tomamos el té.

LIX

Simposio o coloquio sobre la redención

Incapaz de comunicar consigo mismo, incapaz de hacer que estalle su soledad, condenado a representarse a sí mismo, sustituto de su propio ser, el ser humano sólo ha podido aprender del ser humano —y seguirá aprendiéndolo— un símbolo, el símbolo de un Yo inabarcable que no va más allá del valor de un símbolo: y todo cuanto pueda decirse se convierte en símbolo de un símbolo, se convierte en un símbolo de segunda, tercera, enésima derivación y exige, en el verdadero doble sentido de la palabra, una representación. Por ello a nadie le creará problemas y servirá para abreviar la narración, que nos imaginemos al matrimonio Esch enzarzado, en compañía del mayor y de Huguenau, en una escena de teatro, en una representación a la que nadie puede escapar: interpretar sus propios personajes.

En el pabellón del jardín de Esch, y sentados en torno a la mesa, se hallan la señora Esch, a su derecha el mayor, Huguenau a su izquierda y, frente a ella, de espaldas al público, el señor Esch. La cena ha concluido. Sobre la mesa, pan y el vino que el señor Esch ha conseguido de un viticultor que se anuncia en su periódico.

Comienza a oscurecer. En el último término, el perfil de las montañas todavía visibles. En torno a las dos velas que arden protegidas por pretendidos globos de jardín, revolotean los insectos. Oímos los asmáticos suspiros de la máquina de imprimir.

ESCH: ¿Me permite que le sirva un poco más, mi comandante?

HUGUENAU: Maravilloso vinillo, no se le puede poner un solo pero. Ya podemos retirarnos nosotros con nuestros vinos de Alsacia. ¿Conoce usted nuestros vinos alsacianos, mi comandante?

MAYOR (*con aire ausente*): No creo...

HUGUENAU: Bueno, es un vino inofensivo... Nosotros, los alsacianos, somos de natural inofensivo... Es, por así decirlo, un caldo noble, que no engaña (*ríe*) y, después, a lo sumo, una borrachera sencillita y natural... Cuando uno ya tiene bastante, se duerme y en paz.

ESCH: Una borrachera jamás es natural, una borrachera es un envenenamiento.

HUGUENAU: Vaya, vaya, pues, mire usted por dónde, me acuerdo yo de alguna ocasión en que usted se ha permitido tomar unas copitas, incluso sin tener sed... En la taberna Zur Pfalz, por citar sólo un ejemplo... Además (*mira fijamente a Esch*),

a mí no me parece usted tan falto de veneno.

MAYOR: Sus ataques contra nuestro amigo Esch son muy lamentables, señor Huguenau.

ESCH: Déjele, mi comandante, no habla en serio.

HUGUENAU: ¡Claro que hablo en serio...! Yo siempre digo lo que pienso, sin rodeos...

Nuestro amigo Esch es un lobo con piel de cordero... No me echo atrás... Y, con su permiso, le diré que se emborracha en secreto.

ESCH (*despectivo*): A mí todavía no me ha tumbado ningún vino...

HUGUENAU: Sí, sí, claro: siga siempre sobrio, señor Esch, y así nunca se traicionará.

ESCH: Es posible que beba algún día, pero entonces el mundo se vuelve tan sencillo que parece hecho sólo de verdades... Tan sencillo como en sueños... Sencillo y, no obstante, lleno de nombres impúdicos y falsos... El nombre auténtico nunca se alcanza...

HUGUENAU: Debería usted beber vino de misa y así alcanzaría ese nombre... o el Estado futuro, según se mire.

MAYOR: No hay que blasfemar ni en broma... También el pan y el vino encierran símbolos.

(Huguenau se da cuenta de que ha dado un paso en falso y se sonroja.)

SEÑORA ESCH: ¡Ay, comandante!, cuando mi marido y el señor Huguenau están juntos, siempre ocurre lo mismo... Cierto que «quien bien te quiere te hará llorar», pero a veces resulta insoportable oírle arrastrar por el lodo lo que para mi pobre marido es sagrado.

HUGUENAU: ¡Sagrado aparentemente! (*Recuperado el control de sí mismo, enciende con toda ceremonia el puro que se le había apagado.*)

ESCH (*sumido en sus pensamientos*): En sueños, la verdad camina siempre con muletas... (*Da un golpe sobre la mesa.*) El mundo entero camina con muletas... Un aborto que cojea.

HUGUENAU: ¿Un inválido?

ESCH: Si en el mundo existe un solo fallo, si existe un solo lugar donde lo falso debe ser lo verdadero, entonces... entonces sí que el mundo todo es falso... todo irreal... escamoteado por una magia diabólica.

HUGUENAU: Por arte de birlibirloque.

MAYOR (*sin atender a Huguenau*): No, mi querido Esch, al contrario: basta con que haya un solo justo entre mil pecadores...

HUGUENAU: El gran mago Esch.

ESCH (*con grosería*): ¿Qué sabe usted de magia? (*A gritos*): Usted, como mucho, es un prestidigitador, un ilusionista, un lanzador de cuchillos...

HUGUENAU: Señor Esch, modérese, que no está solo.

ESCH (*más tranquilo*): La magia, la prestidigitación son diabólicas, son el Mal: hacen que el desorden sea cada vez mayor.

MAYOR: Allá donde falta el conocimiento, allá reside el Mal.

ESCH: Pero antes ha de venir Aquel que subsanará el fallo y establecerá el orden... Aquel que ofrecerá su vida en holocausto, para redimir al mundo y darle una inocencia nueva...

MAYOR: Aquel que asumirá la prueba... (*con seguridad*), pero Ese ya ha llegado: Él fue quien aniquiló el falso conocimiento y expulsó a los magos.

ESCH: Todavía hay tinieblas y el mundo se resuelve en tinieblas... Clavado en la cruz y atravesado por la lanza en la suprema soledad...

HUGUENAU: Uf, qué desagradable.

MAYOR: Una espantosa oscuridad le rodeaba, una penumbra llena de opaca inseguridad, y nadie se acercó a Él para ayudarle en su soledad... Pero Él tomó el Mal sobre sí, Él liberó al mundo del Mal...

ESCH: Todavía existen el asesinato y el contraasesinato, y no habrá orden hasta que todos despertemos...

MAYOR: Asumir la prueba, ser despertados y arrebatados al pecado...

ESCH: Nada se ha decidido aún, simplemente estamos encarcelados y tenemos que esperar...

MAYOR: Estamos cercados por el pecado, y el espíritu es antiespíritu...

ESCH: Esperamos el Juicio; como al condenado, aún nos queda la última gracia para empezar una nueva vida... El Mal no ha triunfado todavía.

MAYOR: Liberados del antiespíritu, liberados por la Gracia... Entonces el Mal habrá desaparecido y nunca habrá estado aquí...

ESCH: Era una magia maligna, un engaño...

MAYOR: El Mal se mantiene siempre fuera del mundo, fuera de sus límites; sólo aquel que traspasa esos límites, aquel que se sale de la verdad, sólo ése se precipita en el abismo del Mal.

ESCH: Nosotros nos hallamos al borde de ese abismo... al borde del negro pozo...

HUGUENAU: Esto es demasiado elevado para nosotros, ¿verdad, señora Esch?

(La señora Esch se arregla los cabellos por detrás. Después se lleva un dedo a los labios para imponer silencio a Huguenau.)

ESCH: Todavía han de morir muchos, muchos han de sacrificarse para hacerle sitio al Hijo, que tendrá derecho a reedificar la casa... Sólo entonces se despejará la niebla y aparecerá, luminosa e inocente, la nueva vida...

MAYOR: El Mal no está entre nosotros sino en apariencia, adoptando todo tipo de formas, pero jamás en sí mismo... símbolo de la Nada. Únicamente la Gracia es verdadera.

HUGUENAU (*que no acepta verse relegado al papel de mero y silencioso espectador*):
Bueno, si el robo, los atentados contra la infancia, la desertión o la malversación de fondos sólo son simples apariencias, hay que reconocer que el panorama no es tan desolador.

MAYOR: El Mal no existe. La Gracia ha redimido al mundo del Mal.

ESCH: Cuanto peor es el Mal, más profundas son las tinieblas; cuanto más afilados son los cuchillos que rasgan el aire, tanto más cerca está el reino de la Redención.

MAYOR: Únicamente el Bien es auténtico y real... Sólo existe un pecado: no querer el Bien, negarse al conocimiento, carecer de buena voluntad...

HUGUENAU (*impulsivo*): Exacto, mi comandante, así es... Yo, por ejemplo, no soy un ángel, desde luego que no... (*reflexivo*): En cualquier caso, no se me podría castigar... Un desertor, por ejemplo, si tiene buena voluntad no debería ser fusilado, es sólo un ejemplo...

ESCH: Por muy alto que esté, nadie tiene derecho a juzgar a otro; no existe nadie tan depravado cuya alma eterna no imponga respeto.

HUGUENAU: Desde luego.

MAYOR: Aquel que quiere el Mal, puede querer el Bien al mismo tiempo, pero el que no quiere el Bien ha jugado con la Gracia y ha perdido... Es el pecado de la testarudez, la apatía del sentimiento.

ESCH: No tiene nada que ver con las buenas obras o con las malas...

HUGUENAU: Perdone usted, mi Comandante, pero eso no es del todo exacto... Una vez perdí seiscientos marcos, una bonita suma, en un asunto de quiebra, en Reutlingen, ¿y por qué?, pues porque aquel hombre se hallaba poseído de delirio religioso, cosa que naturalmente yo no podía prever... Era justo que lo absolvieran y lo encerraran en un manicomio, pero mi dinero había volado.

ESCH: ¿A qué viene eso?

HUGUENAU: Viene a que aquél era un hombre bueno que, a pesar de serlo, cometió malas obras... (*socarrón*) y, si usted me mata, señor Esch, le dejarán libre debido a su delirio religioso; en cambio, si yo le mato a usted, a mí me cortarán la cabeza... ¿Qué dice usted a esto, señor Esch, con toda su aparente santidad, eh? (*Mira al comandante buscando su aprobación.*)

MAYOR: El que delira es como el que sueña: posee la falsa verdad... maldice a su propio hijo... Nadie es impunemente el portavoz de Dios... únicamente el señalado...

ESCH: Posee la falsa verdad... Todos nosotros poseemos la falsa verdad... ¡En justicia, todos deberíamos ser declarados locos!, locos en nuestra soledad.

HUGUENAU: Sí, ¡pero a mí me fusilarán y a él no! Perdóneme, mi Comandante, se lo ruego, pero precisamente ahí reside su aparente santidad... (*exaltándose*): ¡Ah, merde, la sainte religion et les cures à faire des courbettes auprès de la Guillotine, ah, merde, alors...! Yo soy un hombre ilustrado, pero esto pasa de

castaño oscuro.

MAYOR: Pero, señor Huguenau, señor Huguenau, al parecer el vino de Mosela es peligroso para su temperamento... (*Huguenau hace un gesto de disculpa.*)... Asumir, voluntariamente, la prueba y el castigo, como hemos tenido que asumir la guerra por culpa de nuestros pecados, no es falsa santidad.

ESCH (*como ausente*): Sí, asumir el pecado... en la suprema soledad...

(La prensa ha dejado de funcionar. Los golpes enmudecen. Se oye el canto de los grillos. El viento nocturno agita las hojas de los árboles frutales. En torno a la Luna se ven algunas nubes iluminadas y blanquecinas. En el repentino silencio que se ha producido, la conversación se detiene.)

SEÑORA ESCH: ¡Qué bien este silencio!

ESCH: A veces el mundo parece todo él una máquina horrible incapaz de detenerse jamás... La guerra y todo... todo obedece a unas leyes incomprensibles... Leyes insultantes, seguras de sí mismas, leyes de ingenieros... Cada uno ha de actuar como le está prescrito, mirando todos hacia delante... Cada uno es una máquina, vista desde fuera solamente, y una máquina hostil... ¡Oh, sí, la máquina es el Mal y el Mal es la máquina! El orden de la máquina es la Nada, la Nada que ha de llegar... antes de que el tiempo vuelva a empezar.

MAYOR: ¡Símbolo del Mal!

ESCH: Un símbolo sí.

HUGUENAU (*prestando atención en dirección a la imprenta, tranquilizado*): Ahora Lindner pondrá papel nuevo.

ESCH (*angustiado de repente*): Dios mío, ¿es que no existe la posibilidad de que un ser humano se aproxime a otro? ¿No existe la comunicación? ¿No existe la mutua comprensión? ¿Todos hemos de ser para los otros una máquina maldita y nada más?

MAYOR (*pone su mano sobre el brazo de Esch, conciliador*): Pero Esch...

ESCH: ¿Hay alguien que no sea peligroso para mí, Dios mío?

MAYOR: Quien te haya reconocido, hijo mío... Sólo el que conoce puede superar el distanciamiento.

ESCH (*cubriéndose el rostro con las manos*): Dios, tú has de conocerme.

MAYOR: Sólo a aquel que posee el conocimiento se le da el conocimiento, sólo aquel que siembra amor recoge amor. ESCH (*siempre con las manos ante el rostro*): Puesto que yo te conozco, ¡oh, Dios!, ya no te enojarás conmigo, porque yo soy tu hijo, rescatado de la orfandad... El que se arriesga a la muerte está dentro del amor... Sólo a aquel que se lance a superar el distanciamiento y la muerte, sólo a ése le será dada la unidad.

MAYOR: Y la Gracia descenderá sobre él y le libraré del miedo, de la angustia de haber

caminado por la tierra sin ningún sentido, de tener que avanzar hacia la Nada, absurdamente, desamparado e ignorante...

ESCH: Y así el conocimiento se convertirá en amor y el amor en conocimiento; toda alma destinada a ser vaso de la Gracia es inviolable; sumida en el amor, creadora de la comunidad de las almas inviolables y solitarias todas y, sin embargo, unidas en el conocimiento... Supremo mandamiento del conocimiento: no herir nada viviente... Si te he conocido, ¡oh, Dios!, seré inmortal en ti.

MAYOR: Quítate una tras otra las máscaras hasta desnudar tu rostro y tu corazón. Entregado al aliento del Eterno...

ESCH: ... en un vaso vacío me convierto;
desprendido de todo y sin deseos
el castigo yo asumo y me disuelvo
en la Nada. Terrible, ¡oh, terrible angustia!

MAYOR: ... en la angustia germina el mensaje
de la gracia divina; la angustia
es el mandato de Dios a las puertas
de la salvación. ¡Crúzalas!

ESCH: Reconóceme, oh Señor, en mi espantosa miseria;
cuando caiga sobre mí la antesala de la muerte,
sobre mí que tanto anduve en sueños, reconóceme.
Sobre mí pesa la angustia, sólo estoy y abandonado,
separado soy de todo en mi muerte solitaria.

(Huguenau les escucha sin entender palabra. La señora Esch oye a su marido atemorizada.)

MAYOR: Y, no obstante, no estás solo al disolverte en la Nada,
liberado ya del Mal, acallada al fin la angustia,
disminuyéndote tú a mayor gloria de Dios.
Porque entonces sólo tú, tú que has sabido, sabrás:
poderoso el universo surge y el mundo florece.

ESCH: Si en el amor a Aquel yo te conozco
que en el amor me ha conocido a mí,
el desierto se vuelve para mí jardín de luz eterna,
y las praderas se alargan infinitas y el sol brilla.

MAYOR: Jardín de la Gracia, jardín que se extiende
sobre el mundo todo, dulzuras de brisa
de la primavera, oh patria, refugio carente de angustia.

ESCH: Pecador fui y malvado,
en la angustia fui malvado a conciencia,
conocí el mal camino y cacé junto al abismo,

seco el rostro, y las manos también secas,
por desiertos perseguido y por quebradas
—de la lanza escapando y escapado:
en la nuca las angustias de Ahasverus,
en los pies los terrores de Ahasverus,
en los ojos los anhelos de Ahasverus—
por aquél a quien siempre yo perdía,
por aquél a quien nunca yo veía,
por aquel que, siendo uno,
traicioné y sin embargo me eligió,
entregado a la tormenta,
tormenta de hielo en lluvia de estrellas...
Fermentando, la semilla enterrada de la gracia
hoy florece y su fruto es salvación,
salvación que me fue dada...

MAYOR: Sé, pues, para mí el hermano que perdí,
el hermano de antaño.
Como hermano ven a mí.

*(El mayor con voz de barítono y el señor Esch con voz de tenor, cantan
alternativamente y al estilo del Ejército de Salvación.)*

Señor Dios, Dios de los ejércitos,
acógenos en tu gracia,
cíñenos en tu lazo de unidad,
con tu mano guíanos
Señor Dios, Dios de los ejércitos.
Del laberinto al camino recto,
a la tierra prometida llévanos,
Señor Dios, Dios de los ejércitos.

HUGUENAU *(que hasta este momento ha seguido el ritmo golpeando la mesa con la
mano, canta ahora con su voz de tenor):*

Protégenos de la flecha y de la rueda,
protégenos de la mano del verdugo,
Señor Dios, Dios de los ejércitos.

LOS TRES JUNTOS:

Señor Dios, Dios de los ejércitos.

SEÑORA ESCH *(que apenas tiene voz, canta también):*

Siéntate como invitado a mi mesa,
la que hallé preparada para Ti,
Señor Dios, Dios de los ejércitos.

TODOS (*Huguenau y Esch tamborilean sobre la mesa*):

Señor Dios, Dios de los ejércitos,
salva mi alma,
sálvala de la muerte,
no permitas que nunca más sufra, haz que se bañe en la fe
y protégela de todo mal,
apártala de la futilidad,
aviva su llama para que arda
en fuego de púrpura,
Señor Dios, Dios de los ejércitos, sálvame, ¡oh, sálvame de la muerte!

(El mayor pasa su brazo por los hombros de Esch. Huguenau, todavía con el puño sobre la mesa, deja caer ahora su brazo lentamente. Las velas se han consumido. La señora Esch sirve a los hombres el vino que queda, procurando que todos tengan la misma cantidad: el poquito que sobra lo vierte en el vaso de su marido. La luna se ha oscurecido y del campo llega un aire más fresco, como salido de la boca de un sótano. La imprenta vuelve a trabajar con roncos gemidos. La señora Esch toca a su marido en el brazo):

¿Vamos a acostarnos?

CAMBIO DE ESCENA

(Frente a la casa de Esch. El mayor y Huguenau.)

Huguenau, señalando con el pulgar la ventana del dormitorio del matrimonio Esch:

—Ahora se meten en la cama. Esch hubiera podido quedarse con nosotros, pero ella sabe muy bien lo que quiere... Bueno, si usted me lo permite, mi comandante, le acompañaré un trecho... Un poco de ejercicio va bien.

Camina por las silenciosas calles medievales. Los portales de las casas son como negros agujeros. En uno de ellos, hay una pareja de enamorados, muy pegados a la puerta; de otro sale un perro corriendo a tres patas calle arriba y desaparece en una esquina. Detrás de algunas ventanas todavía arde una luz macilenta, pero ¿qué sucede tras las que no están iluminadas? Es posible que, tendido en su cama, yazga algún cadáver, la afilada nariz apuntando al aire y la sábana formando como una pequeña tienda de campaña sobre los tiosos dedos de los pies. Tanto el mayor como Huguenau miran hacia las ventanas, y a Huguenau le gustaría preguntarle si él piensa también, y sin poder evitarlo, en los muertos, pero el mayor camina en silencio, casi preocupado. Probablemente estará pensando en Esch, se dice Huguenau, y desaprueba que Esch esté acostado junto a su mujer preocupando con ello al buen viejo. Pero ¡por todos los

diablos! ¿De qué se preocupa? ¡En lugar de defenderse de semejante caballo con aires de santo, se ha hecho en seguida amigo de Esch! Una simpática amistad se ha establecido entre los dos caballeros, los cuales, evidentemente, han olvidado que sin él jamás se habrían conocido. ¿Quién tiene, pues, prioridad sobre el mayor? Y si el mayor está ahora preocupado, es muy justo. Más aún, si de derecho y justicia se tratara, no saldría tan bien librado, ya que el mayor tendría que pagar, junto con su querido Esch, por esta traición... Huguenau se quedó perplejo; de pronto se le había ocurrido, con toda lucidez, una idea arriesgada y excitante: ¡establecer con el mayor una relación temeraria y arriesgada, engañar en cierto modo a Esch, metido en la cama con su mujer, valiéndose del mayor y poniendo al mayor en una situación humillante! Sí, era una idea estupenda y prometedora, y Huguenau dijo:

—Usted recordará, mi comandante, que en mi primer informe hablaba de una visita a la casa de pu... —Huguenau se mordió los labios—, perdón, a la casa de mala nota. Ahora, el señor Esch está virtuosamente acostado en su lecho matrimonial, pero en aquella ocasión vino con nosotros. En el ínterin, yo he seguido haciendo averiguaciones sobre el asunto y creo haber hallado algunos datos. Me gustaría echarle otro vistazo a la casa... Si mi comandante sigue interesado en este asunto y, cómo diría yo, le interesa aquel ambiente, yo le aconsejaría con todo respeto que fuera ahora mismo.

El mayor paseó una vez más su mirada por las hileras de ventanas, por los portales de las casas, semejantes a bocas de negros subterráneos y luego, con gran sorpresa de Huguenau, sin oponer la menor resistencia, dijo:

—Vamos.

Dieron la vuelta, porque la casa se hallaba en dirección contraria y en las afueras de la ciudad. El mayor, tal vez más ensimismado que antes, caminaba de nuevo en silencio junto a Huguenau, y Huguenau, pese a que tenía muchas ganas de charlar llana y familiarmente, no se atrevía a iniciar una conversación. Pero le aguardaba algo todavía más desagradable: al llegar frente a la casa, sobre cuya puerta lucía un brillante farol de color rojo, el mayor dijo de repente:

—No —y le tendió la mano. Como Huguenau le mirara fijamente y muy desconcertado, hizo un esfuerzo por sonreír. Será mejor que hoy efectúe usted sólo las averiguaciones.

El anciano dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a la ciudad. Huguenau, lleno de rabia y amargura, le siguió con la mirada; de todos modos, se acordó de Esch y, encogiéndose de hombros, abrió la puerta.

Salió de la casa al cabo de una hora escasa. Estaba de mejor humor; la angustia que antes tanto le pesaba había desaparecido, había puesto en orden algo, aunque no hubiera podido definir qué, y sabía que se había restituido a sí mismo y a su positivismo. Que los demás lo excluyeran, le importaba un bledo. Caminaba con pasos vigorosos, pisando fuerte y, como le viniera a la mente un himno del Ejército de Salvación que debía de haber oído no sabía dónde, comenzó a marcar el compás

golpeando el suelo con el bastón: «Señor Dios, Dios de los ejércitos».

LX

Fiesta de la Asociación Gratiitud Moselana en la cervecería Stadthalle para conmemorar la victoria de la batalla de Tannenberg

Jaretzki deambulaba por el jardín de la Stadthalle. Dentro había baile. Naturalmente, aun siendo manco, hubiera podido bailar como los demás, pero se sentía acomplejado. Se alegró de encontrar a la enfermera Mathilde en la puerta de la sala:

—Bueno, ¿tampoco usted baila, enfermerita?

—Pues claro que bailo, ¿quiere que probemos, teniente Jaretzki?

—Hasta que no tenga el trasto ese, la prótesis, no será posible sacar partido de mi persona... Sólo beber y fumar...

¿Un cigarrillo, enfermera Mathilde?

—¡Qué cosas se le ocurren! Estoy de servicio.

—¡Ah, ya! O sea que usted baila en acto de servicio. Entonces, tenga la bondad de ocuparse de un pobre manco... Siéntese un rato conmigo. —Algo pesadamente, se sentó a la mesa próxima—. ¿Le gusta esto, enfermerita?

—Sí, es agradable.

—Pues a mí no me gusta.

—La gente lo pasa bien, hay que dejar que se diviertan alguna vez.

—¿Sabe una cosa...? Puede que esté borracho... pero eso no importa... Yo le digo que esta guerra no acabará jamás... ¿Usted qué opina?

—Bueno, al final tendrá que acabar...

—¿Y qué haremos cuando ya no haya guerra, cuando ya no se fabriquen lisiados para que usted los cuide?

La enfermera Mathilde se quedó pensativa:

—Después de la guerra... Bueno, usted sí sabe lo que quiere hacer. Me ha hablado de una colocación...

—Mi caso es diferente... Yo he estado en el frente... He matado gente. Perdona, tal vez le parezca algo duro, pero para mí la cosa está clara... Asunto resuelto... Sin embargo, ahí están los demás —señaló hacia el jardín—... Tendrán que arrimar el hombro... Parece ser que los rusos ya están organizando batallones de mujeres...

—Desde luego, sabe usted asustar a cualquiera, teniente Jaretzki.

—¿Yo? ¡Qué va...! Para mí el asunto está resuelto, ¿no...? Volveré a mi casa... Buscaré una mujer... noche tras noche la misma... Estoy harto de ir por ahí de put... Me parece que estoy un poco bebido de verdad... Pero, mire, no está bien que el hombre esté solo... Ya lo dice la Biblia. Y usted cree en la Biblia, ¿no es cierto?

—¿No le gustaría irse ahora mismo, teniente Jaretzki? Algunos de los nuestros regresan ya... Podría volverse con ellos.

Ella notó en pleno rostro la vaharada de alcohol del aliento de Jaretzki:

—Le digo, señorita, que la guerra no puede terminar porque el hombre se haya quedado solo... porque uno tras otro vayan todos quedándose solos... Todo el que está solo tiene que matar a otro... Usted piensa que he bebido demasiado, pero usted sabe que aguanto mucho... No hay motivo para meterme en la cama, seguro... Pero todo lo que le digo es la pura verdad. —Jaretzki se levantó—: ¡Qué música tan rara...! No sé qué pueden estar bailando. ¿Vamos a mirar un poco?

El doctor Ernst Pelzer, combatiente voluntario, de la sección de lanzaminas, se tropezó con el presuroso Huguenau:

—¡Vaya, el maestro de ceremonias...! Es usted un auténtico torbellino... Siempre corriendo tras las damas...

Huguenau, sin oírle en absoluto, señaló con evidente satisfacción hacia dos caballeros que, vestidos de etiqueta, avanzaban por el jardín:

—¡Ha llegado el señor alcalde!

—¡Ajajá! Caza mayor... Pues que siga la buena caza, que siga la buena suerte, cazador, ¡viva el noble cazador!

—Gracias, gracias, doctor —dijo Huguenau que seguía sin hacerle caso, y, dándole la espalda, se dirigió hacia los recién llegados para pronunciar el saludo oficial de bienvenida.

El médico jefe del Estado Mayor doctor Kuhlenbeck tenía en realidad su sitio en la mesa de las personalidades del lugar, pero no se detuvo allí mucho tiempo.

—Disfrutemos —dijo—, somos lansquenetes en una ciudad conquistada.

Se dirigió hacia un grupo de muchachas. Llevaba la cabeza muy erguida, tanto que la barba le apuntaba al frente. Al pasar por delante del soldado de infantería Kneese, quien, con aire triste y aburrido, estaba apoyado en un árbol, le dio un golpecito en el hombro:

—¿Qué, está de luto por su apéndice? Todos vosotros me parecéis hermosos lansquenetes que han venido dispuestos a violar a las mujeres... Es para avergonzarse de vosotros, estropajos... ¡Adelante, gallina!

—A la orden, doctor jefe —dijo Kneese cuadrándose. Kuhlenbeck se colgó del brazo de Berta Kringel, apretándolo contra sí:

—Ahora bailaré con todas por turno... La que baile mejor, recibirá un beso.

Las muchachas gritaron, Berta Kringel intentó soltarse. Pero cuando él, con su manaza masculina, rodeo aquella manita de muchacha burguesa y uñas recortadas, notó que los dedos de ella dejaban de forcejear y se amoldaban a su carne.

—O sea que no queréis bailar... Parece que todas me tengáis miedo... Bueno, entonces os llevaré a la tómbola... Las niñas lo que quieren es jugar.

—Usted siempre nos toma el pelo, doctor... —exclamó Lisbeth Wöger—. Sabemos muy bien que un médico jefe de Estado Mayor no baila.

—¡Ah, Lisbeth, algún día me conocerás!

Y el médico jefe de Estado Mayor Kuhlenbeck cogió también del brazo a Lisbeth.

Cuando se hallaban ante la tómbola, llegó la señora Paulsen, esposa del farmacéutico Paulsen, la cual se apostó junto al médico jefe Kuhlenbeck y, con labios pálidos y apretados, musitó:

—¿No te da vergüenza?... ¡Éstas todavía han de madurar! Desde detrás de los quevedos, el gigante lanzó a su alrededor una mirada algo asustada.

—¡Oh, distinguida señora, a usted le tocará el mejor lote! —dijo luego.

—Gracias —dijo la señora Paulsen alejándose. Lisbeth Wöger y Berta juntaron sus cabezas:

—¿Has visto qué ojos ponía ella?

Aunque la presencia de Heinrich había roto, hasta cierto punto, su vida de aislamiento, Hanna Wendling no había ido gustosa a la fiesta. Pero el abogado Wendling, sabiéndose un ciudadano importante y, además, siendo un oficial, se había sentido obligado a asistir. Así que acudieron en compañía de Röders.

Se sentaron en la sala; el doctor Kessel se sentó con ellos. En el lado más estrecho de la sala se encontraba la mesa de las personalidades, con mantel blanco y adornada con flores y guirnaldas; la presidían el alcalde y el mayor, y también el señor redactor Huguenau tenía allí su sitio. En cuanto este último vio a los recién llegados, se dirigió hacia ellos. La insignia del comité lucía en su ojal, pero más aún lucía en su rostro la satisfacción. A nadie podía pasar inadvertida la dignidad del señor Huguenau. Naturalmente, Huguenau sabía a la perfección y desde hacía mucho tiempo a quién tenía delante: la señora del abogado Wendling había atraído su atención por la calle más de una vez, y el resto fue fácil de averiguar. Se detuvo junto al doctor Kessel:

—¿Puedo pedirle, querido doctor, que me haga el muy especial favor de presentarme a los señores?

Sí, podía.

—Es un verdadero honor, un gran honor, un honor especialísimo —dijo Huguenau—, un auténtico privilegio, distinguida señora. Vive usted tan retirada que, de no haberse producido la afortunada coincidencia de que su honorable marido se halle de permiso, a buen seguro que no hubiéramos tenido el placer de poder saludarla entre nosotros.

Hanna Wendling le respondió que la guerra la había vuelto poco sociable.

—Es injusto, señora. Precisamente en los tiempos difíciles debemos animarnos... Confío en que los señores se quedarán para el baile.

—Pues no, mi mujer está algo cansada y, por desgracia, tenemos que irnos pronto. Huguenau se sintió francamente herido:

—Pero, señor abogado, para una vez que usted y su esposa nos otorgan el placer de su presencia... Una mujer tan hermosa que embellece nuestra fiesta... Es una fiesta benéfica, así que, por una sola vez, mi primer teniente, deberá hacer una excepción, cerrar los ojos y hacer como que no se entera.

Y aunque la señora Wendling veía con toda claridad la superficialidad de toda aquella palabrería, su rostro se iluminó con una sonrisa y dijo:

—De acuerdo, señor redactor jefe, en consideración a usted nos quedaremos un ratito más.

En medio del jardín habían instalado una larga mesa para los soldados y un barril de cerveza, sostenido por caballetes, obsequio de Gratitude Moselana. Ya hacía rato que la cerveza se había terminado; sin embargo, algunos de ellos todavía remoloneaban en torno a la mesa vacía. También Kneese se había unido otra vez al grupo y con la punta del dedo dibujaba figuras en los charquitos de cerveza de sobre la mesa.

—El doctor dice que hemos de violarlas.

—¿A quiénes?

—A las muchachas que rondan por aquí.

—Dile que empiece él y nosotros le imitaremos.

Risitas.

—Ya está a punto de hacerlo.

—Sería mejor que nos dejara volver con nuestras mujeres. Los farolillos oscilaban en el aire de la noche.

Jaretski deambula sólo por el jardín. Al encontrarse con la señora Paulsen, hace una reverencia:

—Tan bella y sola, señora...

La señora Paulsen dice:

—Como usted, teniente.

—En mi caso, no tiene importancia, yo he renunciado a todo.

—¿Por qué no probamos suerte en la tómbola, teniente?

Huguenau se tropieza con el médico jefe de Estado Mayor Kuhlenbek, que pasea bajo los árboles en compañía de Lisbeth y de Berta. Huguenau saluda:

—Que se divierta, señor doctor; que se diviertan, señoritas.

Y desaparece.

El médico jefe de Estado Mayor Kuhlenbeck sigue sosteniendo con su enorme y cálida manaza la manita de uñas cortas de la muchachita burguesa:

—¿Os gusta ese joven tan elegante?

—En absoluto —dicen entre risitas las dos muchachas.
—¿Y por qué no?
—Hay otros...
—Por ejemplo, ¿quién? Berta dice:
—Por allí viene el teniente Jaretzki paseando con la señora Paulsen.
—Déjala en paz —dice el médico jefe de Estado Mayor—, yo estoy contigo.

La música tocaba un aire militar. Huguenau se hallaba junto al director de la banda, sobre el estrado de los músicos, estrado que, por un lado, penetraba en la sala y, por el otro, se prolongaba sobre el jardín en forma de glorieta.

Huguenau, llevándose las manos a la boca a modo de bocina, gritó en dirección al jardín y por encima de las mesas:

—¡Silencio!

Tanto en la sala como en el jardín cesaron todas las voces.

—¡Silencio! —volvió a graznar Huguenau en medio del silencio.

El capitán Von Schnaack, de la sala VI, el que había sanado de un balazo en el pulmón, se reunió con él sobre el estrado y desdobló un papel:

—Victoria ante Amiens. Tres mil setecientos ingleses prisioneros, tres aviones enemigos derribados, dos de ellos por el capitán Bälcke, que con esta hazaña ha logrado su victoria aérea número veintitrés.

El capitán Von Schnaack levantó el brazo en alto:

—¡Viva, viva, viva!

La banda tocó el himno alemán. Todos se pusieron en pie. Casi todos cantaban. Cuando de nuevo se hizo el silencio, de un rincón oscuro salió una voz:

—¡Hurra, hurra, hurra, viva la guerra! Todos se volvieron.

Allí estaba el teniente Jaretzki, sentado ante una botella de champán e intentando rodear con su brazo sano a la señora Paulsen.

Las paredes de la sala estaban adornadas con los retratos de los generales y de los soberanos aliados y con guirnaldas de hojas de roble y de papel; había banderas por doquier. La parte representativo-patriótica de la fiesta había concluido y Huguenau podía dedicarse a la diversión. Siempre había sido un buen bailarín; a pesar de sus anchas caderas, siempre había podido presumir de sus pasos y de sus figuras, pero ahora se trataba de algo más que de la elasticidad y la agilidad de un hombre bajo y rechoncho, porque aquí, ante las miradas de los generales del ejército, el baile se convertía en una danza de la victoria.

El bailarín se ve arrastrado lejos de este bajo mundo. Al fundirse con la música, ha renunciado a su libre albedrío y, sin embargo, actúa con una libertad más elevada y más lúcida. Bajo el rigor del ritmo que le guía, se siente protegido y, de esa

protección, le brota una gran sensación de abandono. Así es como la música impone su unidad y su orden en la confusión y en el caos de la vida. Aboliendo el tiempo, hace desaparecer la muerte, aunque permite que esta resucite a cada compás, incluso cuando se trata de los compases insípidos e interminables del popurrí que están tocando en este momento, popurrí llamado *De todas las riberas de la música* y que, en sucesión multicolor, entremezcla aires del país con bailes enemigos como el *cake-walk*, la machicha y el tango. La dama del bailarín tararea y luego, animándose, canta. Y su voz, emocionada y sin cultivar, hace que las letras bárbaras, que ella domina sin excepción, se deslicen junto con su aliento por el rostro del bailarín cuando en el tango se inclina sobre ella. Pero el bailarín se yergue de nuevo; su mirada, que, a través de los cristales de las gafas, refleja un espíritu porfiado y severo, observa a su alrededor. Cuando la música se desborda en una marcha militar, las parejas que bailan porfían con las fuerzas enemigas, pero enseguida han de amoldarse al ritmo astuto y oscilante del *one-step*, meciéndose de un modo extraño, sin casi moverse del sitio, hasta que el tango envía sus ondulaciones y el paso se torna de nuevo suave y felino, flexibles la figura y la cintura. Al pasar ante la mesa de las autoridades, detrás de cuyos jarrones de flores están sentados el alcalde y el mayor, el bailarín coge, con el brazo curvado —él pertenece también a dicha mesa—, una copa y, sin interrumpir la danza, al igual que un funámbulo que, sonriendo y como quien no quiere la cosa, degusta en el aire un manjar succulento, bebe a la salud de todos los de la mesa.

Apenas dirige a su pareja; sólo apoya una mano —galantemente envuelta en un pañuelo— sobre la delicada espalda, a la altura de la cintura; la mano izquierda pende inerte. Hasta que la música ataca el vals, no se cogen las manos, no se alzan los brazos ni, con los dedos fuertemente entrelazados, la pareja da vueltas y más vueltas describiendo un círculo. Si pasea la mirada por la sala, ve que las filas de los bailarines han disminuido. Además de ellos, únicamente otra pareja baila: se les acerca, casi les roza, vuelve a alejarse y se desliza a lo largo de la pared. Los demás se han unido a los espectadores; como no dominan estos bailes enemigos, se limitan a admirarlos. Si la música enmudece, tanto los espectadores como los bailarines aplauden y la música vuelve a sonar. Casi parece una competición. Huguenau no ve a su pareja que, con la cabeza echada hacia atrás, se ha entregado a su brazo, brazo que la conduce con fuerza aunque de forma apenas perceptible; él no se da cuenta de que la música provoca en la dama un dulce y distendido magisterio del sexo, una feminidad de bacante que jamás conocerán ni el esposo ni el amante de la dama ni ella misma; tampoco ve la sonrisa extasiada con que la otra dama, enseñando las encías, se entrega a su pareja; él sólo ve al hombre, a aquel bailarín enemigo, un corredor de vinos, muy delgado, vestido de frac, con una corbata negra y la Cruz de Hierro en el pecho, un hombre cuya elegancia y distinción de héroe le eclipsan a él, a él que tan sólo dispone de un traje azul. De ese modo, también el delgado Esch podría bailar aquí, y, a fin de robarle al otro su dama, cuando la otra pareja pasa junto a

ellos, Huguenau clava en la bailarina su mirada, con tal intensidad que, al fin, aquélla le responde con la mirada, se entrega a él con la mirada, de forma que él, Wilhelm Huguenau, posee ahora a las dos mujeres, las posee sin desearlas, porque a él no le interesa el favor de las mujeres aunque ahora lo solicite: no le interesa el placer erótico. Para él, tanto la fiesta como la espaciosa sala van concentrándose en torno a aquella mesa del mantel blanco, y sus pensamientos se centran en el mayor, sentado ahí, muy digno, con su barba blanca, mirándole desde detrás de las flores, mirándole a él, Wilhelm Huguenau, situado en el centro de la sala; él es el guerrero que danza frente a su jefe.

Pero la mirada del mayor refleja un horror progresivo. La sala, los dos hombres moviéndose desvergonzadamente, contoneándose sin pudor alguno, con menos pudor aún que las dos mujeres a ellos pegadas; todo ello es como una casa de mala nota, es el infierno. Y el hecho de que la guerra fuera acompañada de tales festejos de victoria hacía de la guerra misma una sangrante caricatura de depravación. Parecía que el mundo fuera a perder sus rasgos, abolido todo rasgo de cualquier faz, antro de lo indiscernible, cloaca de la que jamás podría surgir la salvación. Sobrecogido de espanto, el mayor Von Pasenow descubrió, extrañado, que lo que más deseaba él, un oficial prusiano, era arrancar las banderas de las paredes, y no porque pudieran ser profanadas por aquel horror, el horror de la fiesta, sino porque iban unidas a dicho horror y a aquella ostentación infernal de un modo inconcebible, desconcertante, y también porque detrás de todo se ocultaban la no caballerosidad de las armas impropias de caballeros, los amigos traidores y los pactos incumplidos. Y con una extraña, helada y espantosa calma, va surgiendo en él el deseo de aniquilar este engendro infernal, de destruirlo, de verlo enteramente destrozado bajo sus pies. Pero con idéntica calma, grandiosa como una cadena de montañas, semejante a la sombra de una alta cima, surge por encima del engendro la imagen del amigo, la imagen de Esch tal vez, grave y solemne, y al mayor Von Pasenow le parece como si, en honor a su amigo, tuviera que destruirse el mal y relegarlo a la nada. El mayor Von Pasenow añora, nostálgico, al hermano.

La enfermera Mathilde buscaba al médico jefe de Estado Mayor Kuhlenbeck. Lo halló sentado en el corro de los individuos de profesión respetable. Allí estaban el comerciante Kringel, el hotelero y carnicero Quint, el constructor Salzer, el director de correos Westrich... Sus mujeres e hijas estaban sentadas junto a ellos.

—Un momento, doctor.

—Otra mujer que me ha echado el ojo.

—Es sólo un momento, doctor. Kuhlenbeck se levantó:

—¿Qué sucede, hija mía?

—Tenemos que llevarnos al teniente Jaretzki...

—Bueno, seguramente ha bebido lo suyo. La enfermera Mathilde sonrió

asintiendo.

—Iré a verle.

Jaretzki, con el brazo sano apoyado en la mesa, había metido la cabeza en el hueco del mismo y dormía.

El médico jefe de Estado Mayor consultó el reloj:

—Flurschütz ha de venir a relevarme. Estará aquí con el coche de un momento a otro. Que se lo lleve.

—¿Se le puede dejar aquí, durmiendo así, doctor?

—No veo qué otra cosa podemos hacer. La guerra es la guerra.

Con los ojos algo irritados, el doctor Flurschütz parpadeó y recorrió con la mirada el jardín de la cervecería. Después entró en la sala. El mayor y las otras personalidades habían abandonado ya la fiesta. La larga mesa había sido retirada y la sala entera servía ahora de salón de baile, baile que proseguía sudoroso, apretado, arrastrándose, en una atmósfera llena de humo.

Tardó un rato en descubrir al médico jefe de Estado Mayor: con expresión seria y la barba apuntando al frente, Kuhlenbeck bailaba un vals con la esposa del farmacéutico Paulsen. Flurschütz aguardó a que concluyera el vals y entonces se acercó.

—Vaya, Flurschütz, por fin. Vea usted ante sí a su respetable superior, arrastrado a tan pueriles placeres por culpa de su negligente retraso... Pero no le servirá de nada: si el médico jefe baila, el ayudante del médico jefe ha de imitarle.

—Doctor jefe de Estado Mayor, me acuso de insubordinación: no bailaré.

—Y a eso se le llama juventud... Creo que yo soy más joven que todos ustedes... Pero, de momento, yo me voy; luego le enviaré el coche. Llévase a Jaretzki; está borracho como una cuba... Una de las dos enfermeras se vendrá conmigo, la otra irá con usted.

En el jardín descubrió a la enfermera Carla:

—Señorita Carla, me la llevo a usted con cuatro de los heridos en los pies. Prepárelos y *presto!*

Luego embarcó su cargamento. Tres hombres al fondo. La enfermera Carla y el cuarto hombre en la banqueta delantera, y él junto al chófer. Siete muletas brillaban en la oscuridad (la octava yacía en algún rincón del vehículo). Las estrellas pendían del negro entoldado. Olía a gasolina y a polvo. Pero de cuando en cuando, sobre todo en las curvas, se percibía la proximidad del bosque.

El teniente Jaretzki se levantó. Tenía la sensación de haberse dormido en el compartimiento de un tren. Y el tren se detenía ahora en una gran estación; Jaretzki quería ir a la cantina. En el andén había mucha gente y muchas luces. «Es el trajín de

los domingos», se dijo Jaretzki. De pronto sintió frío. En el estómago. Algo caliente le sentaría bien. Súbitamente notó que le faltaba el brazo izquierdo. «Estará en la red de los equipajes». Se abrió camino entre las mesas y la gente. Se detuvo ante el mostrador de la tómbola.

—Un grog —pidió autoritario.

—Me alegro de que esté usted aquí —dijo la enfermera Mathilde al doctor Flurschütz—, hoy tendremos problemas con Jaretzki.

—Los solucionaremos, señorita... ¿Qué, se ha divertido usted?

—¡Oh, sí! Ha estado muy bien.

—¿A usted no le parece también todo esto un tanto fantasmagórico?

La enfermera Mathilde intentó comprender; no respondió.

—Bueno, ¿acaso hubiera podido imaginarse antes algo parecido?

—Me recuerda nuestras fiestas mayores.

—Unas fiestas mayores algo históricas.

—Sí, tal vez, doctor Flurschütz.

—Son formas vacías que todavía se mantienen... Parece una fiesta mayor, pero la gente ya no sabe qué le sucede.

—Las cosas volverán a su cauce, doctor.

Estaba allí, de pie ante él, sana, erguida. Flurschütz movió la cabeza:

—Nunca ha vuelto nada a su cauce y menos que nada el Juicio Final... Y esto parece algo así, ¿no?

—¡Qué cosas se le ocurren, doctor...! Ahora hemos de reunir a nuestros pacientes.

El desorientado Jaretzki fue detenido junto al quiosco de los músicos por el voluntario doctor Pelzer:

—Teniente, parece que busque usted urgentemente algo.

—Sí, un grog.

—Es una excelente idea, mi teniente, el invierno está empezando y yo voy a buscar un grog... Pero, mientras tanto, siéntese usted.

Se alejó corriendo y Jaretzki se sentó sobre la mesa, con las piernas colgando.

El doctor Wendling y su esposa, quienes se disponían a irse de la fiesta, pasaron junto a él. Jaretzki se cuadró:

—Con su permiso, mi teniente. Permítame que me presente: subteniente Jaretzki, batallón de cazadores de Hesse número ocho, ejército del príncipe heredero; brazo izquierdo perdido en Armentières por culpa de los gases vesicantes.

Wendling le miró extrañado:

—Encantado —respondió—; primer teniente doctor Wendling.

—Ingeniero diplomado Otto Jaretzki —se sintió este obligado a añadir, cuadrándose también ante Hanna para dar a entender que hacía su presentación

extensiva a ella.

Hanna Wendling ya había visto hoy muchas cosas de las que sorprenderse.

—Es terrible lo del brazo —dijo con tono amable.

—En efecto, señora mía, terrible, pero justo.

—Vamos, vamos, querido camarada —dijo Wendling—, no se puede hablar de justicia en un caso así.

Jaretzki levantó un dedo:

—No se trata de justicia jurídica, camarada superior... Tenemos ahora una justicia nueva, ¿de qué le sirven al hombre tantas extremidades si está solo...? Admitirá usted que tengo razón, querida señora.

—Buenas noches —dijo Wendling.

—Es una pena, una verdadera pena —dijo Jaretzki—, pero es natural, cada uno se debe a su soledad... Buenas noches, señor; buenas noches, señora.

Y se vuelve de nuevo hacia la mesa.

—Qué hombre tan curioso —dice Hanna Wendling.

—Un loco borracho —responde su marido.

El voluntario Pelzer se acerca con dos vasos de grog y se cuadra al pasar.

Huguenau salía a toda prisa de la sala de baile, limpiándose el sudor de la frente y metiéndose el pañuelo por dentro del cuello.

La enfermera Mathilde lo detuvo:

—Señor Huguenau, usted podría ayudarnos a reunir a nuestros pacientes.

—Será un honor, distinguida señorita, ¿hago que toquen a rebato? —preguntó, dirigiéndose ya hacia los músicos.

—No, no, señor Huguenau, no hace falta tanto ruido...

—Como guste... Hermosa fiesta, ¿verdad, señorita? También el mayor ha manifestado su complacencia.

—Desde luego, una fiesta muy hermosa.

—El médico jefe de Estado Mayor también parecía satisfecho... Estaba de excelente humor... ¿Puedo pedirle que le presente usted mis respetos? Se ha ido tan aprisa que no he podido acompañarle hasta la puerta.

—Por favor, señor Huguenau, advierta usted a los soldados que están en el baile que el doctor Flurschütz y yo les esperamos en la entrada.

—Enseguida, con mucho gusto... Pero no está bien que nos deje usted tan pronto, querida señorita... ¡Ojalá no quiera eso decir que no se ha divertido! No quiero ni pensarlo...

Con el pañuelo en el cuello todavía, Huguenau regresó muy deprisa a la sala de baile.

—¿Y los oficiales? —preguntó Flurschütz a la enfermera.

—No tenemos por qué preocuparnos, ya se habrán ocupado ellos de conseguirse

algún medio de transporte.

—Bien, parece que todo vuelve a su cauce... Pero de Jaretzki no nos libra nadie.

Jaretzki y el voluntario Pelzer seguían sentados en el jardín, al pie del quiosco de los músicos. Jaretzki intentaba ver los faroles a través del oscuro vaso de grog.

Flurschütz se sentó junto a ellos:

—¿Qué tal si nos fuéramos a dormir, Jaretzki?

—Me iré a dormir con una mujer, no quiero acostarme sin una mujer... Así empezó todo: acostándose los hombres sin mujeres y las mujeres sin hombres... Y estuvo mal.

—En eso lleva razón —dijo el voluntario.

—Es posible —dijo Flurschütz—. ¿Y se le acaba de ocurrir ahora, Jaretzki?

—Ahora mismo, sí... Pero lo sabía desde hace mucho tiempo.

—Y con semejante idea salvará usted al mundo.

—Con que salvara a Alemania bastaría —dijo el voluntario Pelzer.

—Alemania... —dijo Flurschütz mirando hacia el vacío jardín.

—Alemania... —dijo Pelzer—. Me alisté voluntario muy contento... Pero ahora me alegro de estar aquí.

—Alemania... —dijo Jaretzki echándose a llorar—... demasiado tarde —se secó los ojos con la mano—. Flurschütz, es usted un chico estupendo, le quiero mucho.

—Es usted muy amable, yo también le quiero... ¿Nos vamos ahora a casa?

—Ya no tenemos casa, Flurschütz... Intentaré casarme.

—También para eso es demasiado tarde hoy —dijo el voluntario.

—Sí, es tarde, Jaretzki —dijo Flurschütz.

—Para eso nunca es demasiado tarde —sollozó Jaretzki—. Tú me cortaste el brazo, cerdo.

—Bueno, Jaretzki, ya va siendo hora de que despierte usted...

—Tú me lo cortas a mí y yo te lo corto a ti... Por eso la guerra ha de continuar eternamente... ¿Has probado alguna vez tu habilidad con una granada de mano? —y afirmando muy en serio con la cabeza—: yo sí, yo he hecho la prueba... Qué huevos tan delicados las granadas de mano... huevos podridos.

Flurschütz le cogió del brazo:

—Sí, Jaretzki, incluso es posible que tenga usted razón... Sí, probablemente es el único medio de entenderse, pero ahora venga usted, amigo mío.

En la entrada, los soldados estaban ya reunidos en torno a la enfermera Mathilde.

—Compostura, Jaretzki.

—A la orden —dijo Jaretzki, y al llegar frente a la enfermera Mathilde se cuadró y dio el parte—: Un teniente, un adjunto del médico jefe y catorce hombres en sus puestos... Comunico respetuosamente que él me cortó el... —Hizo una pequeña pausa para llamar la atención, luego sacó del bolsillo la manga vacía y la agitó varias

veces ante la larga nariz de la enfermera Mathilde—: Casta y vacía.

La enfermera Mathilde gritó:

—Los que quieran ir en coche, que suban; yo iré a pie con los demás.

Huguenau salió precipitadamente de la sala:

—Espero que todo haya ido bien, señorita... Todos estamos... Me permite desearles un feliz regreso...

Se despidió de la enfermera Mathilde, del doctor Flurschütz, del teniente Jaretzki y de cada uno de los catorce hombres presentándose siempre: Huguenau.

LXI

Historia de la muchacha salutista de Berlín 10

¿Cuáles son en realidad mis intenciones respecto a Marie? La invito, le pido que cante, la junto castamente con Nuchem el talmudista, el talmudista apóstata debería decir, y la dejo partir luego hacia las grises regiones de su hospicio. ¿Qué es lo que me propongo respecto a ella? Y ¿por qué se presta ella a este juego? ¿Quiere salvar mi alma? ¿Pretende llevar a cabo la imposible, la infinita tarea de pescar al vuelo el alma talmúdica del judío para conducirla hasta Jesús? En apariencia, tenía en mis manos a dos personas de las que no sé nada en absoluto, ni sé lo que piensan ni lo que comerán esta noche. La soledad del ser humano es tan grande que nadie, ni siquiera Dios que lo ha creado, sabe nada de él.

El asunto me inquietaba de un modo extraordinario, tanto más cuanto que sólo era capaz de imaginarme a Marie como un ser lleno todo él de cánticos y de sentencias bíblicas, y en mi inquietud, me encaminé al hospicio.

Tuve que ir dos veces para encontrarla. Salía a visitar a los enfermos y no regresaba hasta tarde. Así pues, sentado en la sala de visitas, observaba los versículos bíblicos de la pared, el retrato del general Booth, y me replanteaba una vez más todas las posibilidades. Recordé mi primer encuentro con Marie, el posterior encuentro fortuito con Nuchem y todo lo que había ocurrido desde entonces; lo grababa en mi mente con toda exactitud, sin olvidar la actual situación; miraba con atención suma la sala de visitas y me paseaba por ella mientras iba oscureciendo poco a poco, porque el tiempo se había nublado; fuera comenzaron a caer gruesas gotas y acabó por oscurecer con rapidez. Me pregunté si debía incluir en mi memoria a los dos viejos que, al igual que yo, estaban sentados en la sala, y así lo hice: lo seguro es lo seguro. Estaban muy cansados, sus pensamientos resultaban impenetrables, yo era viento para ellos.

Era ya muy tarde cuando por fin llegó Marie. Entretanto, se habían llevado a los viejos y yo casi tuve miedo de que hicieran lo mismo conmigo. Como la habitación estaba muy mal iluminada, de momento no me reconoció.

—Dios le bendiga —dijo.

—Es sólo un símbolo.

Entonces me reconoció y repuso:

—No es un símbolo, ¡ojalá Dios le bendiga!

—Entre nosotros los judíos, todo son símbolos.

—Pero usted no es judío.

—Tan símbolo es esto como el pan y el vino —le respondí—, además, vivo entre judíos.

—Nuestro hogar está siempre en el Señor.

Era lo que yo esperaba, como yo me la imaginaba: con una cita religiosa para todo. Ahora la tenía de nuevo entre las manos, y alcé la voz:

—Le prohíbo que vuelva a poner jamás los pies en mi vivienda judía.

Pero sonó a hueco; para hablar razonablemente con ella, me era preciso tenerla de nuevo en mi casa, así que me reí y dije:

—Es broma, *nebbich*, es broma.

Y, sin embargo, por mucho que intentara refugiarme en palabras extrañas en detrimento de las mías, en las palabras de un pueblo de otra raza, poniéndome bajo el amparo de un Dios ajeno, no me servía de nada, no volvía a hallar mi seguridad. Tal vez la espera me había desmoralizado, me había envejecido como a los dos ancianos que se habían llevado de la sala de visitas: la espera me había denigrado, me había convertido de creador en criatura: un dios destronado. Me sentí obligado a decir casi humildemente:

—Quería preservarla del Mal. El doctor Litwak me advirtió de los peligros.

De todos modos, aquello era alterar los hechos, ya que el doctor en cuestión sólo temía los peligros que pudiera correr Nuchem. ¡E invocar como garantía a un ridículo semilibre pensador como aquél! En verdad que yo no hubiera podido infligir a mi propia conciencia una herida más profunda. Y, por muy sencillas que fueran sus palabras, su respuesta sonó como una reprimenda:

—El que vive en la alegría está a salvo del peligro.

Ante esta humillación, perdí la paciencia y ni siquiera me di cuenta de que iba a defender los intereses del abuelo y del doctor Litwak:

—No debes continuar con el joven judío; tiene una mujer gorda y muchos hijos.

¡Oh, si hubiera podido leer en su alma y saber si mis palabras la habían herido o extrañado, saber si había lastimado aquel corazón que decía vivir en la alegría! Pero no dejó traslucir nada, tal vez no me había comprendido.

—Quiero ir a su casa. Cantaremos juntos —dijo simplemente.

Me di por vencido.

—Podemos ir ahora mismo —dije con un resto de esperanza, esperanza de poder determinar su camino a pesar de todo.

—Me encantaría, pero debo volver con mis enfermos. Así que me vi obligado a regresar a casa con las manos absolutamente vacías. La lluvia caía ahora despacio. Delante de mí iba una pareja de enamorados; caminaban cogidos del brazo moviendo al compás de sus pasos el que les quedaba libre.

XLII

Degradación de los valores 8

Las religiones surgen de las sectas y vuelven a desmoronarse en sectas, vuelven a su origen antes de disolverse del todo. En los primeros tiempos del cristianismo, existían el culto a Jesús y el de Mitra; al final del cristianismo, están las grotescas sectas americanas, está el Ejército de Salvación.

El protestantismo es la primera gran secta nacida de la decadencia cristiana. Una secta, no una nueva religión, puesto que le falta la característica más importante de una nueva religión: una teología nueva, una teología que amalgame la nueva cosmogonía con la nueva vivencia de Dios, hasta formar una nueva unidad universal. Pero el protestantismo, de acuerdo con su esencia no deductiva y no teológica, se negó abandonar el ámbito de la interna vivencia de Dios.

Si bien la renovación kantiana, como teología protestante retrasada, asumió la tarea de conferir al nuevo contenido positivista-científico un valor intrínseco platónico-religioso, se hallaba muy lejos de alcanzar una totalidad de valores conforme al modelo católico.

La defensa contra la progresiva desintegración del catolicismo en sectas fue organizada por los jesuitas de la Contrarreforma mediante una centralización de valores draconiana, casi militar. Fue la época en que incluso los restos de las antiguas costumbres paganas fueron puestos al servicio de la Iglesia; fue la época en que el arte popular experimentó una orientación católica, en que la iglesia de los jesuitas desplegó una pompa nunca superada antes, y ello en pos de una unidad estética que, si bien ya no era aquella unidad impregnada de símbolos del gótico, era, no obstante, su contrapartida romántico-heroica.

Frente a su progresiva desintegración en sectas, el protestantismo tenía que prescindir de tal defensa. Su relación con los ámbitos de valores extrarreligiosos no es la de la integración sino la de la tolerancia. Rechaza la «ayuda» extrarreligiosa, porque su exigencia ascética se refiere a la interioridad radical de la vivencia de Dios. Y, aunque para el protestantismo el valor extático constituía la base fundamental y el sentido supremo de lo religioso, este valor debía conseguirse, con un rigor absoluto, de un

modo puro, sin roturas, de forma autónoma, partiendo del ámbito de los valores religiosos.

El protestantismo regula sus relaciones con los ámbitos de valores terrenales extrarreligiosos según un criterio rigorista e intenta asegurar su estabilidad terrenal y eclesiástica con ayuda de esas relaciones. Orientado pura e inequívocamente hacia Dios, se encamina de modo necesario hacia la única emanación terrenal-espiritual que de Dios existe: hacia las Sagradas Escrituras, y la trabazón con las Escrituras se eleva hasta el supremo deber terrenal al que son transferidos todo el radicalismo y todo el rigor del método protestante.

El pensamiento protestante: el imperativo categórico del deber. Su contraste total con el catolicismo: los valores vitales externos no son incorporados a la fe, no son canonizados por la teología sino que, simplemente, son vigilados con rigor y con prosaísmo, de la mano de las Escrituras. Si el protestantismo hubiera seguido la otra vía, la vía del catolicismo, a fin de llegar por su cuenta a un *organon* de valores protestante —como por ejemplo intentó hacer Leibniz—, no se habría protegido con menos eficacia que el catolicismo contra una progresiva desmembración en sectas, pero habría tenido que renunciar necesariamente a su propia esencia. Se encontraba, y se encuentra, en la misma situación que un partido revolucionario que, habiendo adoptado los mismos recursos autoritarios que el viejo y por él combatido Estado, corre el peligro de tener que identificarse con dicho Estado. El reproche de criptocatolicismo dirigido contra Leibniz no estaba del todo injustificado.

No existe rigorismo alguno tras el cual no se oculte el miedo. Pero el miedo a desintegrarse en sectas sería un motivo demasiado insignificante para justificar el rigorismo protestante. Y la huida en pos de la fidelidad a la letra escrita, la huida hacia las Escrituras, está preñada de angustia divina, de la angustia que surge de la *poenitentia* de Lutero, la angustia «absoluta» ante la crueldad de lo absoluto vivida por Kierkegaard y en la que Dios «impera guardando luto».

Parece como si el protestantismo, al atarse a las Escrituras, quisiera conservar el último aliento del lenguaje de Dios en un mundo donde el lenguaje de las cosas había enmudecido, un mundo sumido en el mutismo y en la crueldad de lo absoluto, y en su angustia divina, el hombre protestante se dio cuenta de que lo que le horrorizaba era su propia meta. Porque con la desconexión de todos los ámbitos de valores, con el retorno radical a la autónoma vivencia de Dios, se adopta una última abstracción

cuyo rigorismo lógico empuja inequívocamente a la abolición de todo artículo de fe religioso-terrenal, a un despojamiento absoluto de todo contenido, dejando como única posibilidad la forma pura, una forma pura vacía de contenido, la forma neutra de una «religión en sí», de una «mística en sí».

Es sorprendente la similitud con la estructura religiosa del judaísmo; tal vez se haya efectuado un proceso de neutralización de la vivencia divina, el despojamiento de todo lo terrenal o afectivo del misticismo, la eliminación progresiva de la ayuda extática «externa»; tal vez se haya alcanzado una aproximación —apenas soportable para el hombre terrenal— al frío de lo absoluto, pero también en este punto se impone, como un último resto de ligamiento a lo religioso-terrenal, el rigorismo total de la Ley.

Esta similitud en el proceso de interiorización, esta concordancia de las formas exteriores de la fe, cuyos efectos se extienden incluso hasta la similitud, con tanta frecuencia afirmada, existente entre determinados rasgos de carácter de los judíos ortodoxos y de los suizos calvinistas o de los puritanos ingleses, esta concordancia podría retrotraerse, naturalmente, a una determinada semejanza de situaciones externas: el protestantismo como movimiento revolucionario y el judaísmo como minoría oprimida constituyen ambos dos fuerzas de oposición, e incluso podría afirmarse que un catolicismo en situación de minoría, como por ejemplo el de Irlanda, presenta los mismos rasgos esenciales. Pero un catolicismo de tal índole tiene tan poco en común con el romano como las primitivas ideas protestantes con las tendencias romanas del seno de la High Church. Siempre se ha producido una alteración de signo. Pero, se planteen como se planteen, los hechos empíricos de este tipo poseen un valor aclaratorio muy escaso, ya que estos hechos no existirían si detrás de ellos no existiera la vivencia de Dios, que es decisiva.

¿Es esta religiosidad muda, radical y carente de ornamentación, esta infinitud del rigorismo sólo sometida al rigorismo, lo que constituye el estilo de la nueva época? ¿La manifestación del punto de plausibilidad retrocedido hasta el infinito radica en esta rigurosidad de lo divino? ¿En esta pulverización total del contenido terrenal hay que ver la raíz de la desintegración de los valores? Sí.

El judío, en virtud del rigorismo abstracto de su idea del infinito, es el hombre moderno, el hombre «más progresista», el hombre por excelencia: él es quien se entrega con absoluto radicalismo al campo de los valores o al profesional, una vez

elegidos; él es quien eleva a un grado absoluto, hasta ahora desconocido, la «profesión», el trabajo productivo al que ha ido a parar por casualidad; él es quien, sin atarse a ningún otro ámbito de valores y totalmente entregado a sus actos con un rigor absoluto, se sublima hasta la más elevada tarea espiritual y se hunde en lo material hasta la depravación más brutal. En lo bueno y en lo malo, está siempre en los extremos. Es como si la corriente de lo abstracto absoluto que, imperceptiblemente y desde hace dos mil años, ha circulado como un arroyuelo del gueto junto a la gran corriente de la vida, debiera convertirse en la corriente principal, como si el radicalismo del pensamiento protestante hubiera tornado virulento todo lo que de horrible posee la abstracción que, a lo largo de dos milenios, había sido confiada a la protección de lo más modesto y había sido reducida al mínimo; es como si el tradicionalismo del pensamiento protestante se hubiera desprendido, de forma explosiva, de la capacidad absoluta de expansión que convive, potencialmente, con la abstracción pura y radica sólo en ella, a fin de que el tiempo estallara y el modesto guardián del pensamiento se convirtiera en encarnación paradigmática de la época que se desintegra.

Aparentemente, para el hombre cristiano sólo existen dos posibilidades: o bien la protección, todavía existente de un modo eventual, en el seno del valor universal católico, en el verdadero regazo maternal de la Iglesia o bien tener el valor de asumir, con un protestantismo absoluto, el horror frente al Dios abstracto; y allí donde esta decisión no haya sido tomada, pesará la angustia ante el futuro. De hecho, en todos los países donde se da esta indecisión, la angustia se halla de continuo en el ambiente, existe de forma latente, aunque sólo se exprese a través del horror por el judío, por el judío cuyo espíritu y forma de vida son interpretados, aunque no se reconozca así, como la odiada imagen del futuro.

En la idea de un *organon* de valores protestantes aletea sin duda la nostalgia de una reunificación de toda la cristiandad, de aquella reunificación anhelada por Leibniz. El hecho de que Leibniz, que abarcaba los ámbitos de valores todos de su época, fuera impelido a ella, se considera casi como una necesidad, pero también se considera que Leibniz, que se adelantó en siglos a su tiempo, y que intuyó la *lingua universalis* de la lógica, tuvo que pensar, dentro de aquella última unión, en la abstracción de una *religio universalis* cuya frialdad tal vez sólo él era capaz de soportar, él, el místico más profundo del protestantismo. Pero la directriz protestante exigía, en primer lugar, la pulverización de todo; no fue la filosofía de Leibniz la que se convirtió en teología protestante, sino la de Kant, y es muy significativo que el redescubrimiento de Leibniz fuera obra de los teólogos católicos.

Las numerosas sectas que en lo sucesivo fueron desprendiéndose del

protestantismo, y que fueron toleradas por éste con la aparente tolerancia propia de todo movimiento revolucionario, se mueven también en la misma dirección; son calcos estereotipados, atrofas, achatamientos del antiguo pensamiento del *organon* de valores protestante; son «contrarreformistas» (y eso sin citar las grotescas sectas americanas). El Ejército de Salvación, por ejemplo, no sólo es una imitación del militarismo jesuita de la Contrarreforma sino que, con toda claridad, muestra una tendencia a la centralización de los valores, a la concentración de todos los ámbitos de valores, y a que todo el arte popular y, en el último peldaño de la escala, la bulla callejera, haya de ser reconducido a lo religioso e incluido en el programa de «ayudas extáticas». Emocionante e insuficiente esfuerzo.

Emocionante e insuficiente esfuerzo, esperanza falaz de salvar el pensamiento protestante del horror de lo Absoluto. Emocionante llamada de socorro, llamada a las «fuerzas auxiliadoras» de una comunidad divina, aunque ésta sólo pueda ser sentida como una estereotipada copia de la gran comunidad que existió una vez. Porque el mutismo, la crueldad, la neutralidad se perfilan ya ante las puertas con todo su rigorismo, y aquellos que no son capaces de asumir el peso del futuro elevan su llamada de auxilio con más fuerza cada vez.

LXIII

La tarde del domingo siguiente a la fiesta en la Stadthalle, el mayor Von Pasenow decidió, para su propia sorpresa, aceptar la invitación de Esch y acudir a la charla bíblica. Sucedió así: a decir verdad, ni se acordaba de Esch, y de su decisión tuvo simplemente la culpa el bastón de paseo que vio de pronto apoyado contra la arandela del guardarropa, un bastón de blanca empuñadura de marfil que de algún modo había ido a parar al armario y que, evidentemente, en el armario había permanecido oculto hasta ahora. Como es natural hacía mucho tiempo que conocía aquel bastón, y, sin embargo, no le era familiar. Durante unos instantes, al mayor Von Pasenow le pareció inevitable vestirse de paisano e ir a uno de aquellos establecimientos dudosos donde no pueden entrar los oficiales vestidos de uniforme. Y, por así decirlo, no se ciñó la espada, pero, con un gesto aproximado, tomó el bastón y salió del hotel. Se quedó un momento dudando ante la casa y, luego, decidió encaminarse hacia el río. Caminaba despacio, apoyándose en el bastón, como un oficial herido o enfermo en un centro de recuperación. De repente, sin poderlo evitar, pensó que al bastón le faltaba una contera de goma. Así, con pasos reposados, llegó al extremo de la ciudad, y tenía la pequeña sensación de libertad del hombre que en todo momento puede volver sobre sus pasos, del oficial de permiso. Y, en efecto, al cabo de un momento dio la vuelta —fue como si hubiera hallado el camino de regreso al hogar: una sensación grata, tranquilizadora y, pese a todo, inquietante— y, como quien ha de cumplir con urgencia una promesa, se dirigió a casa de Esch por el camino más corto.

Como el número de adheridos había aumentado —y, de todos modos, en aquella época del año no se necesitaba calefacción—, las reuniones se celebraban en uno de los almacenes vacíos de la antigua alquería. Un carpintero, que formaba parte del cenáculo, había aportado unos sencillos bancos; en medio de la estancia se veía una mesita con su silla. A falta de ventana, se dejaba abierta la puerta, así que el mayor, al entrar en el patio, supo de inmediato hacia dónde tenía que dirigirse.

Cuando el mayor apareció en el umbral de la puerta, donde se detuvo un instante para habituar sus ojos a la penumbra, todos se pusieron en pie; daba casi la sensación de que estuvieran esperando a un superior que venía a inspeccionar el cuartel (impresión esta reforzada por el uniforme de los militares presentes). Para el mayor, este salto retrospectivo a una dignidad para él más habitual, aunque sólo fuera simbólico, suavizó lo insólito de la situación; parecía como si una mano suave, pero firme, le impidiera precipitarse por un camino oscuro, parecía como si intuyera un peligro fugaz, y saludó.

Esch se levantó al mismo tiempo que los demás y acompañó al visitante hasta la silla de detrás de la mesa. Se quedó a su lado, de pie, en cierto modo como un ángel llegado para custodiarle. Y el mayor sintió algo parecido. En efecto, era como si con ello se hubiera cumplido ya el objeto de su visita, como si le rodeara una atmósfera

de seguridad, un espacio vital simplificado y dispuesto a acogerle como a un hijo pródigo. También el silencio que le rodeaba era un fin en sí mismo (hubiera podido durar eternamente). Nadie pronunció una sola palabra; la estancia, llena de silencio, extrañamente vacía a causa del silencio, parecía salirse de sus propios límites, y la dorada luz solar que iluminaba la abierta entrada fluía como una corriente eterna e inconmensurable a cuya ribera se hubieran sentado. Nadie sabía cuánto duraría aquella inmutabilidad silenciosa. Era como la petrificada indecisión del instante en que la muerte se sitúa junto al hombre y, aunque el mayor sabía que quien estaba a su lado era Esch, sintió en su ánimo la fraternidad absoluta de la muerte, sintió la amenaza como un dulce apoyo. Y al intentar volverse hacia Esch, lo hizo con el mismo esfuerzo de quien espera algo decisivo, pero que, no obstante, sabe que debe mantener las formas hasta el último instante. Con un supremo esfuerzo se volvió hacia él y le dijo:

—Por favor, continúen.

Pero a continuación no sucedió nada en absoluto, ya que Esch se quedó mirando el blanco cabello del mayor, y fue como si el mayor lo supiera todo respecto a él, como si él lo supiera todo respecto al mayor: como dos amigos que saben mucho el uno del otro. Allí estaban él y el mayor, como sobre un escenario elevado e iluminado, ocupando el sitio de honor; la asamblea permanecía silenciosa como si una campanilla hubiera impuesto silencio, y Esch, no atreviéndose a poner su mano sobre el hombro del mayor, se apoyó en el respaldo de la silla, aunque esto fuera también una falta de respeto. Se sentía fuerte, con los pies firmes y seguro, tan fuerte como en los mejores años de su juventud, protegido y relajado a la vez, como liberado de toda acción humana, como si la estancia ya no constara de hileras de ladrillos ni la puerta de tablas aserradas, como si todo fuera obra de Dios y las palabras que brotaban de sus labios fueran las palabras de Dios. Abrió la Biblia y leyó el capítulo 16 de *Los Hechos de los Apóstoles*: «Y súbitamente se sintió un terremoto tan grande que se movieron los cimientos de la cárcel: y se abrieron luego todas las puertas, y fueron sueltas las prisiones de todos. Y habiendo despertado el carcelero, cuando vio abiertas las puertas de la cárcel, desenvainó la espada, y se quería matar, pensando que habían huido los presos. Mas Pablo clamó en voz alta, diciendo: “No te hagas ningún mal, porque todos estamos aquí”».

Con los dedos entre las páginas del libro cerrado, Esch carraspeó con discreción y aguardó. Esperaba que temblasen los cimientos del edificio, esperaba que se produjera un gran acontecimiento, esperaba que aquel hombre diera la orden de izar la bandera negra, y pensó: «He de ceder el sitio a aquél cuyo advenimiento inaugurará una nueva era». Pensó esto y aguardó. No obstante, para el mayor, las palabras que acaba de oír eran como gotas heladas durante su caída: guardó silencio y todos callaron con él.

—Toda huida carece de sentido —dijo Esch—, debemos asumir la cautividad voluntariamente... El invisible está con su espada a nuestras espaldas.

Tal y como el mayor había imaginado, Esch había interpretado la cita bíblica exactamente, en parte, y de acuerdo con su significado, pero, en parte también, de forma oscura y fastidiosa en suma. Mas el anciano no se detuvo a pensarlo, sino que se sumió en una imagen que, parecida a un recuerdo, no era sin embargo recuerdo alguno, ya que lo veía todo ante sí de la forma más viva: los viejos de la última reserva y los jóvenes reclutas eran como apóstoles y discípulos, como una comunidad reunida en un almacén de verduras o en un panteón oscuro, hablando una oscura lengua extranjera —comprensible, sin embargo, como el lenguaje de los niños—, bañados por una plateada nube celestial, y los discípulos, llenos de un decidido fervor y con la misma confianza que le animaba a él, elevaban sus ojos hacia la celeste aparición.

—Vamos a cantar —dijo Esch, y empezó:

*Señor Dios, Dios de los ejércitos,
acógenos en tu gracia,
cíñenos con tu lazo de unidad,
con tu mano guíanos,
Señor Dios, Dios de los ejércitos.*

Esch marcaba el compás golpeando con la punta de la bota; muchos hacían lo mismo: se balanceaban siguiendo el ritmo y cantaban. Tal vez el Mayor se unió al canto, no lo sabía; el canto se producía más bien en su interior: un canto tras los ojos cerrados, gotas cristalinas que, cantando, caen de la nube. Y oyó la voz: «No te hagas ningún mal, porque todos estamos aquí».

Esch dejó que el canto se extinguiera y luego dijo:

—De nada sirve huir de las tinieblas de la prisión, pues sólo huimos hacia nuevas tinieblas... Cuando haya llegado la hora, tendremos que edificar la casa de nuevo.

Una voz reanudó el canto:

*Aviva su llama para que arda
en fuego de púrpura,
Señor Dios, Dios de los ejércitos.*

—Cierra el pico —dijo otra voz.

Y una voz más próxima respondió:

*¡Bautízanos con fuego, Jesús,
envíanos el fuego!
Este fuego es nuestro privilegio,
¡envíanos el fuego!
Señor y Dios nuestro, te imploramos:*

¡envíanos el fuego!
Sólo entonces estará todo bien hecho.
¡Envíanos el fuego!

—Cierra el pico —repitió la voz de antes, una voz pastosa y amenazadora como una bóveda subterránea; era la voz de un hombre vestido con el uniforme de los reservistas; llevaba una larga barba y estaba de pie, apoyado en dos bastones. Y, pese a lo mucho que le costaba hablar, prosiguió:

—Aquel que no ha muerto, ha de cerrar la boca... Aquel que ha muerto ha sido bautizado, los demás no.

Pero también el otro cantor se había puesto en pie y respondía cantando:

Sálvame, ¡oh, sálvame de la muerte!
Señor Dios, Dios de los ejércitos.

«Envíanos el fuego», dijo también el mayor, y lo dijo en voz muy baja, pero no tanto que Esch no lo oyera y se inclinara sobre él. En cierto modo fue una inclinación inmaterial, al menos así se lo pareció al mayor; había una ligera seguridad en aquel acercamiento, una seguridad tranquilizadora —y el mayor contempló la empuñadura de marfil del bastón, colocado sobre la mesita frente a él y observó los dos blancos puños que asomaban por las bocamangas del uniforme—; era una tranquilidad en cierto modo inmaterial, una tranquilidad como atenuada, diáfana, blanca; era la misma tranquilidad que se extendía por la estancia en penumbra y por encima del laberinto de las voces; como una red sonora y transparente, simplificación curiosamente abstracta. Fuera, la corriente de luz solar fluía como una muralla de fuego; se hallaban en un puerto, una cava, una cueva, una catacumba.

Esch esperaba tal vez que el mayor continuara hablando, pues levantó la mano por dos veces, siguiendo el ritmo del canto y para saludar, y Esch retuvo el aliento, pero el mayor dejó caer la mano de nuevo. Entonces Esch, como si así fuera a resucitar lo vivo de lo muerto, dijo:

—La antorcha de la libertad... El fuego que ilumina... La antorcha de la auténtica libertad...

Pero al mayor le pareció que todo se fundía ahora, y no habría sabido decir si veía sobre sí el círculo luminoso de la antorcha o si oía la voz del hombre que continuaba salmodiando «envíanos tu fuego», o si, por el contrario, era la voz de Esch, o la del pequeño relojero Samwald la que se oía ahora, como un sollozo, procedente del fondo de la sala: «Sálvanos de las tinieblas, condúcenos a las alegrías del Paraíso».

El reservista, que se había levantado respirando con dificultad, esgrimió uno de sus bastones, emitió roncós sonidos y dijo sollozante:

—Resucitó de entre los muertos... El que no ha estado bajo tierra ha de cerrar el pico.

Esch, al reírse, mostró su dentadura caballuna:

—También tú podrías cerrar tu sucia boca, Gödicke. Eran unas palabras groseras; el propio Esch se vio forzado a reírse hasta que la garganta se le estranguló, como le sucede a quien se ríe mientras duerme. De todos modos, el mayor no percibió la grosería del lenguaje ni lo ruidoso de la risa, pues, con su profundo conocimiento del alma humana, iba más allá de la vulgar apariencia, apariencia que ni tan siquiera veía, y le pareció más bien que Esch podía restablecer el orden con su mano suave, que los rasgos de Esch, casi irreconocibles en la penumbra, se habían fundido con el paisaje, extrañamente crepuscular, y con toda la estancia. Y, a través de aquella risa estentórea, vio brillar un alma, un alma que, sonriente, se asomaba a la ventana de la casa vecina, al alma del hermano, pero no el alma universal, no el prójimo todo, sino algo semejante a una patria infinitamente lejana. Y sonrió a Esch. Pero también Esch poseía aquel profundo conocimiento y, al igual que él, sabía que una sonrisa común los elevaba a los dos a un plano superior, y tuvo la impresión de que acababa de llegar de la más remota lejanía en medio de un viento huracanado, viento que barría todo cuanto había existido; le parecía llegar sobre un carro de fuego purpúreo para alcanzar aquí su meta, la elevada meta en la que ya nada importa el nombre de cada uno o que uno se funda en otro, meta en la que ya no existen ni el hoy ni el mañana. Sintió el hálito de la libertad rozándole la frente, sueño en el seno del sueño, y Esch, desabotonándose la chaqueta, se irguió en toda su altura, como disponiéndose a poner el pie en la escalinata del castillo.

Cierto que, con todo, no logró intimidar a Ludwig Gödicke hombre. Éste se había acercado cojeando hasta la mesita y, buscando pelea, gritó:

—El que quiera hablar ha de empezar por enterrarse bajo tierra... ahí... —clavó la punta de su bastón en el suelo arcilloso, como si fuera una barrena— ahí... Ya puedes empezar por enterrarte un poco ahí.

Esch no pudo evitar reírse de nuevo. Se sentía fuerte, en posición ventajosa, firme sobre sus pies, un tipo al que no sería inútil asesinar. Extendió los brazos como quien se desespera o como un crucificado:

—¿Qué, vas a atravesarme... con tus muletas? Porque tú usas muletas, aborto de la naturaleza.

No faltó quienes gritaran que dejase en paz a Gödicke, que era un santo.

Esch hizo un gesto despectivo con la mano:

—No hay nadie santo... Sólo es santo el Hijo que construirá la casa.

—Soy yo quien construye las casas —rugió el albañil Gödicke—, todas las casas las he construido yo... Cada vez más altas —y escupió con desprecio.

—Sí, rascacielos en América —dijo Esch con una risita.

—Puede construir rascacielos —dijo el relojero Samwald, sollozando.

—¡Claro, ráscate tú mismo...! Muros es lo que puede rascar.

—¡Desde las profundidades de la tierra hasta llegar al cielo...!

Gödicke había alzado los dos brazos enarbolando los bastones, tenía un aspecto

formidable y amenazador:

—¡Resucitó de entre los muertos!

—¡Muerto! —gritó Esch—. ¡Los muertos se creen poderosos...! Sí, son poderosos, pero no pueden despertar a la vida en la mansión oscura... ¡Los muertos son los homicidas!

¡Homicidas! Eso son los muertos.

Se le trabó la lengua, asustado por la palabra «homicida», que ahora flotaba en el aire como una mariposa negra, pero más le asustó el comportamiento del mayor: el mayor se había levantado, con una sacudida extrañamente rígida, y repitiendo con mirada vidriosa la palabra «homicida» miraba hacia la puerta abierta, como esperando que allá afuera, en el patio, sucediera algo espantoso.

Todos callaron y observaron al mayor. El mayor no se movía, seguía mirando hacia la puerta, como hechizado, y Esch también miró hacia allí. Nada extraordinario se veía; el aire vibraba bajo la luz del sol, el muro de una casa situado en la otra orilla —«el muro de un malecón», pensó el mayor sin poderlo evitar— reverberaba a lo lejos, recortado como un rectángulo blanco enmarcado por el color pardo de la puerta y de sus batientes. Pero el símbolo había perdido aquella sensación de ventura inmediata y, cuando Esch, aprovechando la calma que se había producido, volvió a leer la Biblia —«y se abrieron luego todas las puertas»—, la puerta volvió a ser para el Mayor una vulgar puerta de granero y, afuera, el patio sólo de lejos evocaba la patria y el gran patio de la hacienda rodeado de establos. Y cuando Esch concluyó con las palabras: «No te hagas ningún mal, porque todos estamos aquí», ya no se originó un sentimiento de calma, sino de angustia: el angustioso miedo a que, en el mundo de las parábolas y de los símbolos, sólo el Mal pudiera tomar cuerpo. «Todos estamos aquí», repitió una vez más Esch, pero el mayor ya no podía creerlo puesto que, ante sus ojos, ya no había apóstoles y discípulos, sino reservistas y reclutas, hombres de la soldadesca, y él sabía que Esch, tan solitario como él mismo, era el único que también miraba fijamente y con angustia hacia la puerta. Y así estaban los dos, uno junto a otro, de pie.

Y sucedió que, entonces, al fondo de aquel marco oscuro, entre las jambas de la puerta, surgió una figura redondeada, una silueta baja y rechoncha, que se acercaba pisando la blanca gravilla del patio sin que el sol se nublara. Huguenau. Con las manos a la espalda, como un transeúnte que se acerca con indolencia, cruzó despacio el patio hasta detenerse ante la puerta y, parpadeando, mirar hacia adentro. El mayor continuaba inmóvil, de pie, como Esch, pues aunque a ellos pudiera parecerles una eternidad, sólo habían pasado unos segundos. En cuanto Huguenau se cercioró de lo que sucedía allí dentro, se descubrió y, sombrero en mano, entró de puntillas, se inclinó profundamente ante el mayor y fue a sentarse con aire humilde en el extremo de uno de los bancos. «He aquí en persona», pensó el mayor, «al homicida»... Pero tal vez no llegó a decirlo, porque la voz se estranguló en la garganta y, como pidiendo auxilio, levantó la mirada hacia Esch. Pero Esch sonreía, sonreía casi con sarcasmo,

aunque también él había sentido la intromisión de Huguenau como una agresión aleve o como un crimen premeditado, como una muerte implacable e inevitable cuya llegada es, pese a todo, deseada incluso, aunque el brazo que sostenga la daga sea el de un mezquino viajante. Esch sonreía y, como al que se halla frente a la muerte se le concede la libertad de permitírsele todo, tocó con suavidad el brazo del mayor:

—Siempre hay un traidor entre nosotros.

Y el mayor respondió, en voz baja como él:

—Tiene que irse... Tiene que irse... —Y como Esch sacudiera la cabeza, añadió —:... expuesto desnudo y sin cubrir... Sí, desnudos y sin cubrir, así estamos nosotros expuestos en la otra orilla... —calló un instante y terminó diciendo—: ¡Qué importa en realidad! —porque en la oleada de náusea que de repente sentía crecer en sí fluía, poderosa y amplia, la indiferencia, fluía la fatiga. Cansado y agotado se dejó caer pesadamente en la silla junto a la mesita.

Esch hubiera preferido no seguir oyendo ni viendo nada más. Hubiera preferido dar por concluida la sesión. Pero no podía permitir que el mayor se marchara por culpa de aquella nota discordante, así que, golpeando la mesa con la Biblia de forma algo impertinente, gritó:

—Sigamos con el texto sagrado. Isaías, capítulo cuarenta y dos, versículo siete. «Para que abras los ojos a los ciegos, redimas a los cautivos y saques del calabozo a los que habitan en las tinieblas».

—Amén —respondió Fendrich.

—Es una hermosa metáfora —añadió el mayor.

—Es una metáfora de la redención —dijo Esch.

—Efectivamente, es una metáfora de la penitencia redentora —dijo el mayor, irguiéndose ligeramente, conforme a las ordenanzas militares—, una hermosa metáfora... ¿Y si con esto pusiéramos punto final por hoy?

—Amén —dijo Esch abotonándose la chaqueta.

—Amén —dijeron todos.

Cuando hubieron salido del almacén, y mientras la gente, hablando de tanto en tanto en voz baja, iba dispersándose lentamente por el patio, Huguenau se abrió paso hasta acercarse al mayor, pero le chocó lo ausente de su expresión. Sin embargo, no quería renunciar a saludarle, mucho menos cuando se le había ocurrido una broma muy a propósito:

—Mi comandante, ¿de modo que ha venido usted para celebrar con nosotros las primicias de nuestro distinguido pastor recién salido del horno?

El breve y poco comunicativo gesto que el mayor le hizo con la cabeza le demostró que sus relaciones se habían enturbiado, cosa que resultó más patente aún cuando el mayor reaccionó volviéndose hacia atrás y diciendo, con una voz que llamaba la atención por su elevado tono:

—Venga, Esch, vamos a dar un paseo por las afueras.

Y dejaron a Huguenau sumido en una mezcla de rabia, incomprensión y vaga

sensación de culpabilidad buscada.

Los dos hombres tomaron por el camino que atravesaba el jardín. El sol declinaba ya hacia la alta línea de montañas que cerraba el horizonte por el oeste.

Parecía que el verano se negara a concluir: con idéntica y radiante luminosidad, se sucedían uno tras otro los días de dorada quietud, como si quisieran, con su dulce calma, hacer doblemente absurdo el más sangrante de los períodos de la guerra. Al desaparecer el sol tras las cadenas de montañas, el cielo se teñía de un azul cada vez más delicado, el camino se alargaba más pacífico cada vez y, en todas partes, la vida se replegaba sobre sí misma, como la respiración del que duerme. Aquella quietud era cada vez más ostensible y estaba cada vez más dispuesta a acoger el alma del hombre. Así pues, una paz dominical se extendía sobre toda la patria germana, y, con una nostalgia que le brotaba del alma cada vez con más ímpetu, el mayor pensaba en su mujer y en sus hijos, y los veía a todos paseando por los campos a la luz del crepúsculo:

—Ojalá todo esto hubiera concluido ya.

Y Esch no pudo hallar ni una sola palabra de consuelo. La vida toda se les aparecía a los dos sin ninguna esperanza; su único y menguado triunfo era pasear por aquel paisaje al atardecer y reposar en él sus miradas. «Es como la última gracia concedida a un condenado», pensó Esch. Y continuaron así en silencio.

LXIV

Sería falso afirmar que Hanna aguardaba con impaciencia que el permiso terminara. Temía que terminase. Noche tras noche era la amante de aquel hombre. Y su actividad cotidiana, que hasta entonces sólo había consistido en huir confusamente de su conciencia y en refugiarse en la noche y en la cama, se dirigía en la actualidad y con más claridad a ese último fin, claridad pavorosa que, de tan duro y desafortunado como era todo lo que se había infiltrado en el ser-mujer y en el ser-hombre, apenas si podía seguir llamándose enamoramiento: una felicidad sin sonrisa, una felicidad puramente anatómica que, para el matrimonio de un abogado, resultaba en parte divinizada en exceso y en parte demasiado indigna.

En realidad su vida era un letargo sin fin. Pero este letargo se desenvolvía, por así decirlo, en estratos diferentes, sin hundirse nunca en el inconsciente; al contrario, era un sueño nítido en exceso y asociado a la dolorosa certeza de la paralización de la voluntad. Y cuanto menos libre, cuanto más lasciva y florida se sentía frente a los acontecimientos que la dominaban, tanto más lúcido se tornaba el estrato del conocimiento que abarcaba todo esto. Pero no era capaz de hablar de ello, y no sólo porque se lo impidiera el pudor, sino —y sobre todo— porque la palabra nunca llega a alcanzar la desnudez que brota de la acción como la noche brota del día; por así decirlo, también las palabras se hallaban divididas en estratos: en uno, las palabras pronunciadas de noche, que eran como un balbuceo del todo sometido a los acontecimientos; y en el otro, las palabras pronunciadas durante el día; estas últimas, desligadas de los acontecimientos, trazaban un amplio arco en torno a dichos acontecimientos, una especie de bloqueo metódico, que es siempre el método usado por la razón antes de entregarse a la desesperación entre gritos y llantos. Hanna, al hablar, buscaba casi siempre a tientas la causa de la enfermedad que la había atacado.

—Cuando la guerra haya terminado... —decía Heinrich casi a diario—... todo será distinto... La guerra nos ha vuelto en cierto modo más primitivos.

—No puedo entenderlo —solía responder siempre
Hanna.

A veces decía:

—No es posible llegar al fondo de estas cosas, todo es inimaginable.

Con ello se negaba a hablar con Heinrich de igual a igual;

él tenía la culpa y, en realidad, tendría que defenderse en lugar de situarse por encima de las cosas. Y, apartando el rubio peine de carey de sus cabellos claros, dijo:

—Aquel tipo tan curioso al que encontramos en la cervecería habló de soledad.

Heinrich le quitó importancia:

—Estaba borracho.

Mientras se peinaba, Hanna no pudo evitar pensar que, al levantar los brazos, se le acusaban los pechos. Los sentía contra la seda de la blusa, bajo la que se perfilaban

como dos pequeñas y puntiagudas tiendas de campaña. Se reflejaban en el espejo, a cuyos lados —derecha e izquierda— lucían dos apliques eléctricos con pantallas rosadas de suaves adornos. Oyó que Heinrich decía:

—Parece que nos hayan pasado por una criba... y pulverizado.

—En épocas así no deberían nacer niños.

Pensaba en el chico, tan parecido a Heinrich, y juzgó del todo inimaginable que su propio cuerpo rubio hubiera sido hecho para acoger una parte del hombre; le parecía increíble ser mujer. Tuvo que cerrar los ojos. Él dijo:

—Es muy posible que una generación de criminales esté a punto de surgir... Nada nos garantiza que hoy o mañana las cosas no vayan aquí como en Rusia... Esperemos que no... Aunque la única objeción que puede encontrarse es la dureza de la ideología todavía en pie...

Ambos notaron que la conversación caía en el vacío. Era más o menos como si un acusado se propusiera decir: «¡Qué maravilloso día hace, señores del jurado!». Y Hanna calló un instante, dejándose llevar por una oleada de odio, la oleada de odio en cuyo seno las noches se volvían aún más ignominiosas, más profundas, más lujuriosas.

—Hemos de estar a la expectativa... Sin duda depende de la guerra... pero no así... Es como si la guerra sólo fuera un segundo...

—¿Un segundo qué? —preguntó Heinrich.

Hanna frunció el entrecejo:

—Nosotros estamos en un segundo lugar, la guerra ocupa un segundo lugar... Lo primero es algo invisible, algo que ha salido de nosotros mismos...

Recordó que había esperado con ansia que el viaje de bodas concluyera —eso creía al menos entonces—, para poder regresar rápidamente y montar su hogar. Después de todo, la situación actual era muy parecida: un permiso es también como un viaje de bodas. Lo que entonces se había hecho patente no era otra cosa, desde luego, que un presentimiento de aislamiento y de soledad. Tal vez, se le ocurrió ahora confusamente, tal vez la soledad sea el origen, el germen de la enfermedad. Y como todo había empezado ya entonces, inmediatamente después de la boda —Hanna calculó: sí, empezó en Suiza—, y como todo cuadraba a la perfección, su sospecha se agudizó: Heinrich debió de tener entonces algún fallo irreparable o tuvo que cometer alguna injusticia con ella, una injusticia no sólo imposible de ignorar, sino que, al contrario, sólo podía aumentar, una injusticia gigantesca que había contribuido a desencadenar la guerra. Se había untado de crema, distribuyéndola cuidadosamente con los dedos, y ahora se miraba en el espejo con una atención circunspecta. El rostro joven de entonces había desaparecido y se había convertido en un rostro de mujer a través del cual se transparentaba el de la muchacha joven. Ignoraba por qué todas aquellas cosas se hallaban en íntima relación, pero puso fin al silencioso curso de sus pensamientos diciendo:

—La guerra no es la causa, sólo viene en segundo lugar. Y entonces lo supo: la

guerra es un segundo rostro, el rostro de la noche. Era la desintegración del mundo, el rostro de la noche que se deshacía en polvo y en cenizas frías y volátiles, y era la desintegración de su propio rostro; era como la desintegración que sentía ella siempre que Heinrich la besaba en las axilas.

—Desde luego, la guerra no es sino la consecuencia de nuestra política errónea — dijo Heinrich.

Y quizá él hubiera podido comprender incluso que la política sólo venía en segundo lugar, mientras existiera una causa más profunda. Pero su explicación le dejó satisfecho y, por otra parte, Hanna, echándose un poco de aquel perfume francés, ahora insustituible, y aspirando su aroma, había dejado de escuchar a su marido. Inclinando la cabeza, presentaba la nuca para que la besara en el nacimiento plateado del pelo, cosa que él hizo.

—Otra vez —dijo ella.

LXV

Esch era un hombre de comportamiento impetuoso. Por ello cualquier bagatela podía arrastrarle a ofrecerse en holocausto. Su objetivo era la claridad unívoca: hubiera querido modelar un mundo cuya claridad unívoca fuera tan fuerte que él, en su propia soledad, se atase a ella como a una barra de hierro.

Huguenau era un hombre que siempre olfateaba el viento; incluso cuando todo estaba en calma, olfateaba él los malos vientos.

Hubo un hombre que huyendo de su propia soledad buscó refugio en la India y en América. Pretendía resolver el problema de la soledad con medios terrenales. Era un esteta y por ello tuvo que matarse.

Marguerite era una niña, una niña concebida en un acto sexual, cargada con el pecado original y abandonada al pecado; pudiera ocurrir que alguien la saludara con una inclinación de cabeza y que le preguntara cómo se llama, pero este superficial interés no la salvará.

No existe símbolo alguno que, para expresarse, no precise de otro símbolo. ¿Lo inmediato está al principio o al final de la serie de símbolos?

Poesía de la Edad Media: la serie de símbolos empieza en Dios y vuelve a Dios; está en Dios.

Hanna Wendling deseaba un orden de cosas en cuyo equilibrio inestable lo simbólico volviera a su origen, como en una poesía.

Uno se despide, otro deserta: todos desertan del caos, pero sólo aquel que jamás estuvo atado no será fusilado.

Nada hay más desesperanzado que un niño.

Quien conoce el aislamiento intelectual todavía puede hallar salvación en el romanticismo, y el aislamiento espiritual siempre ofrece una vía de solución: la que lleva al sexo, al otro, pero, para la soledad en sí, para la soledad inmediata, ya no es posible hallar solución en lo simbólico.

El mayor Von Pasenow era un hombre que anhelaba profundamente recuperar la confianza en la patria, que anhelaba hallar una confianza invisible en las cosas visibles. Y su anhelo era tan fuerte que lo visible se hundía, paso a paso, en lo invisible, pero, al mismo tiempo, lo invisible se revelaba en lo visible.

«¡Ah!», dice el romántico vistiéndose el traje de un sistema de valores que le es ajeno, «¡ah, por fin soy como vosotros y ya no estoy solo!» «¡Ah!», dice el esteta poniéndose el mismo traje, «sigo estando solo, pero es un traje muy bonito». Dentro del romanticismo, el hombre esteta representa el principio del Mal.

Los niños se familiarizan al instante con cualquier cosa: enseguida todo es para ellos inmediato, aunque al mismo tiempo sea, no obstante, un símbolo. De ahí el radicalismo de los niños.

Cuando lloraba, Marguerite lloraba de rabia. Ni siquiera tenía compasión de sí misma.

Cuanto más solo está el hombre, cuanto menos rígido es el sistema de valores en el que se encuadra, tanto más sus actos dependen de lo irracional. El hombre romántico, enclavado dentro de las formas de un sistema de valores dogmatizantes y ajeno a él, es —aunque resulte increíble— absolutamente racional y nada infantil.

Racionalismo de lo irracional: un hombre en apariencia absolutamente racional como Huguenau no es capaz de distinguir el Bien del Mal. En un mundo absolutamente racional, no existe ningún sistema de valores, no hay pecadores, sino a lo sumo parásitos.

Tampoco el esteta distingue el Bien del Mal, por eso fascina. Pero él sabe a la perfección lo que está bien y lo que está mal, simplemente no quiere diferenciarlo. Y esto le hace objeto de reproche.

Es una época tan racional que de continuo ha de estar huyendo.

LXVI

Historia de la muchacha salutista de Berlín 11

Me mantengo lo más apartado posible de los judíos, pero, hoy como ayer, me veo obligado a seguir observándolos. Por ello siempre me maravilla la situación de confianza que Simson Litwak, ese semilibrepensador, ocupa entre los judíos. Es público y notorio que el tal Litwak es un tonto al que hicieron estudiar, porque no servía, simplemente, para desempeñar una auténtica profesión —¡basta comparar su cara, plana y anodina, que hace más de cincuenta años mira el mundo desde su barba, con los rostros surcados de arrugas y de pensamientos de los ancianos judíos!—, y, sin embargo, entre ellos este hombre es, al parecer, una especie de oráculo al que consultan en cualquier ocasión. Tal vez sea una reminiscencia de la fe puesta en que el portavoz de Dios ha de ser balbuceante, pues no puede basarse en el respeto científico; saben de sobra que ellos poseen la mejor ciencia. Hay pocas posibilidades de que yo me equivoque. Desde luego el doctor Litwak intenta enmascarar las cosas, pero no lo consigue. La historia de su espíritu ilustrado es en realidad mera impostura; su temeroso respeto ante la sabiduría de los judíos ancianos es enorme y, si él, pese a lo mal que lo trato, sigue saludándome amablemente, he de agradecersele sin duda alguna al hecho de que me niego a calificar de «prejuicio» la visión talmúdica del mundo que poseen los ancianos judíos. Es evidente que de esta negativa él ha sacado la conclusión que cabía esperar: que no dejaré que Nuchem se salga del recto camino, y por esto acepta que yo rechace una y otra vez su persona y su confianza.

Hoy me lo he encontrado en la escalera. Yo subía y él bajaba. De haber sido a la inversa, yo habría podido pasar corriendo junto a él, pero cuando alguien baja como una tromba no es fácil de esquivar. Yo subía lentamente, a causa del bochorno de la urbe y de la falta de buena alimentación. A modo de broma, me ha cerrado el paso atravesando su bastón. Sin duda pretendía que yo saltara por encima como un perro de aguas (me he dado cuenta de repente de que en los últimos tiempos me ofendo con suma facilidad, con demasiada facilidad; también esto puede ser consecuencia de la mala alimentación). He levantado el bastón con dos dedos para abrirme paso. ¡Ah, cómo ha vuelto a repugnarme su risita confiada! Me ha saludado con una inclinación de cabeza:

—¿Qué dice usted ahora? La gente es muy desgraciada.

—Sí, hace mucho calor.

—¡Si fuera por culpa del calor...!

—Sí, los austríacos han sido detenidos en las Siete Comunidades.

—¡Bromea usted con sus Siete Comunidades...! Bueno ¿y qué dice usted a esto? Él dice que en el corazón ha de haber alegría.

El estado en que me hallo hace que me enzarce en las discusiones más tontas:

—Al fin y al cabo, suena a salmo de David... ¿Tiene usted algo que objetar?

—¿Algo que objetar? ¿Que objetar...? Yo sólo digo que el viejo abuelo tiene razón; los viejos siempre tienen razón.

—Prejuicios, Simson, prejuicios.

—¡A mí no me critique usted!

—Bueno, ¿y qué dice el gran abuelo?

—¡Fíjese bien! Dice que un judío no ha de alegrarse con el corazón sino con esto —y se ha dado una palmada en la frente.

—O sea, ¿con la cabeza?

—Con la mollera, sí.

—¿Y qué hacen ustedes con el corazón si se alegran con la mollera?

—Con el corazón servimos a Dios... *uwchol lewowche uwchol nawscheche uwchol meaudeche*, que quiere decir: De todo corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

—¿También dice eso el abuelo?

—No es sólo que lo diga él, es que es así.

He intentado mirarle con compasión, pero no lo he conseguido:

—¿Y usted presume de hombre ilustrado?

—Naturalmente que soy un hombre ilustrado... Como lo es usted también. Pero ¿va por eso a quebrantar la Ley?

Se ha reído.

—Que Dios le bendiga, doctor Litwak —y he continuado subiendo.

—Hasta la centésima generación —y ha seguido riéndose—, pero nadie puede infringir la Ley: ni usted ni yo ni Nuchem.

He subido la proletaria escalera. ¿Por qué me quedo aquí? En el hospicio estaría mejor. Citas de la Biblia en las paredes en lugar de grabados. Por citar un ejemplo.

LXVII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 12

Él dijo: avanza mi mula trotando con cascos veloces;
con brida escarlata ataviada y collar de sonajas
a entrambos nos lleva al sueño de Sión.

Él dijo: Yo te he llamado.

Él dijo: Grandes cosas veo en mi corazón,
el templo contemplo de mil escalones,
la ciudad creada por nuestros abuelos.

Él dijo: Hagamos una cabaña.

Él dijo: Ayer yo esperaba poder prodigarme,
espera absoluta, sumido en el Libro yo estaba.

Él dijo: Su vuelta acechaba y entonces llegó la alegría.
No lo dijo, su corazón era el que hablaba.

También ella calla. En silencio y absortos
así caminaban, embriagados no obstante
de anhelos, silencio y oculto esplendor.

Así caminaban, sin casi fijarse
en calles, cuarteles ni turbios figones.

Ella dijo: Allá en lo más hondo de mi corazón
se esconde una llama pequeña que crece
y, tras avivarse en fuego que brilla,
en luz se convierte e irradia esplendor.

Él dijo: He pensado en ti.

Ella dijo: Mi corazón se consume en el fuego,
tu dulce faz inclinas sobre la pecadora.

Él dijo: Con luz propia brilla el camino
que al hombre devoto conduce a Sión.

Ella dijo: Sufriste en la cruz por nosotros.

Ellos no dijeron nada: la palabra yacía en penumbra.

Ellos no hicieron nada: el acto ya estaba realizado.

LXVIII

—¡Cómo!, ¿todavía quiere usted salir a estas horas, teniente Jaretzki?

La enfermera Mathilde se hallaba sentada junto a la entrada del hospital y, en el rectángulo iluminado de la puerta, el teniente Jaretzki encendía un cigarrillo.

—Con este calor, hoy no he salido aún... —cerró el encendedor—. Los encendedores de gasolina son un gran invento... ¿Sabe ya que me voy la semana próxima?

—Sí, eso he oído, se va a Kreuznach, a reponerse... Sin duda estará contento de poder salir por fin de aquí.

—Sí, claro... También usted se alegrará de deshacerse de mí.

—No puede decirse que haya sido usted un paciente fácil.

Silencio.

—Venga a dar un paseo conmigo, enfermera; ahora ha refrescado.

—He de volver adentro enseguida... —la enfermera Mathilde dudó—. Pero, si usted quiere, paseemos un poco por delante del hospital.

—Estoy sobrio del todo, enfermera —dijo Jaretzki en tono tranquilizador.

Anduvieron calle arriba. El hospital con sus hileras de ventanas iluminadas quedaba a su derecha. La ciudad, cuyos contornos se adivinaban, más negros que la noche, quedaba allá abajo. Brillaban algunas luces y, más alta, alguna que otra luz indicaba la existencia de una casa de campo aislada. Los relojes de la ciudad dieron las nueve.

—¿No le gustaría irse también de aquí, señorita Mathilde?

—¡Oh, yo estoy a gusto...! Tengo mi trabajo.

—A decir verdad, es usted extraordinariamente amable dignándose dar un paseo con un tipo como yo, borracho y reservista.

—¿Y por qué no habría de pasear con usted, teniente Jaretzki?

—Sí, claro; en realidad, por qué no... —Y, tras unos instantes de silencio, añadió—: O sea, que quiere usted quedarse aquí toda la vida.

—No tanto... Cuando acabe la guerra...

—Entonces, ¿quiere usted volver a Silesia, a su casa?

—¿Cómo sabe eso?

—¡Oh!, estas cosas se saben enseguida... ¿Y cree usted que volverá a su casa, así, tranquilamente, como si nada hubiera sucedido?

—La verdad es que nunca he pensado en ello... Además, las cosas nunca suceden como una las imagina.

—¿Sabe una cosa...? Estoy completamente sobrio... Tengo el íntimo convencimiento de que nadie regresará de verdad a su casa.

—Todos queremos volver a casa, teniente. ¿Por qué habríamos de luchar si no fuera por nuestro país natal?

Jaretzki se detuvo:

—¿Por qué habríamos de luchar...? Por qué hemos luchado... Es mejor que no lo pregunte... Además, tiene usted razón, las cosas nunca son como uno las imagina.

La enfermera Mathilde guardó silencio. Luego, dijo:

—¿Qué ha querido usted decir, teniente? Jaretzki rió:

—Bueno, si le hubieran dicho que un día pasearía usted con un ingeniero borracho y manco, ¿se lo hubiera creído?, siendo como es usted condesa.

La enfermera Mathilde no contestó. No era condesa, pero sí una señorita con el «von» delante, y su abuela sí era condesa.

—Tal vez dé lo mismo... Si yo fuera conde tampoco cambiaría nada: también tendría que emborracharme... Estamos todos demasiado solos para que una cosa así pueda tener importancia, ¿sabe...? ¿La he hecho enfadar ahora?

—¡Qué va!

Ella observó en la oscuridad el perfil de Jaretzki y tuvo miedo de que él la cogiera de la mano. Cruzó la calle.

—Hemos de volver ya, teniente.

—También usted ha de sentirse muy sola, de lo contrario no lo soportaría... Alegrémonos de que la guerra no se acabe... Estaban de nuevo frente a la verja del hospital. Ahora la mayoría de las ventanas se veían a oscuras. Débiles luces de emergencia brillaban en las salas de enfermos.

—Bien, ahora voy a beber algo... De todos modos, usted tampoco lo soportaría.

—Debo entrar ya, teniente Jaretzki.

—Buenas noches, señorita Mathilde, y gracias.

—Buenas noches, teniente.

La enfermera Mathilde se sentía triste y decepcionada.

—No vuelva demasiado tarde, teniente —le gritó.

LXIX

Desde que en aquella ocasión paseara con Esch por los campos al atardecer, sucedía con frecuencia que el mayor, al terminar su servicio, tomaba el camino de la calle Fischer y, en cuanto cruzaba un par de travesías, sus pasos se tornaban vacilantes, se detenía indeciso y luego volvía atrás. Se hubiera dicho que merodeaba en torno a *El Mensajero del Electorado de Tréveris*. De no temer un encuentro con Huguenau, tal vez incluso habría entrado, pero no quería tropezárselo ni por la calle (sólo el pensarlo le llenaba de angustia). No obstante, cuando, de repente, vio ante sí a Esch en lugar de a Huguenau, se preguntó si no sería éste el encuentro que más temía. Porque allí estaba él, el comandante de la plaza, vestido de uniforme y con el sable a la cintura, frente a un redactor con traje civil; él, de uniforme, a los ojos de todos y en plena calle, había tendido la mano a aquel hombre y, en lugar de dejar que se alejara, él, olvidando toda compostura, se sentía feliz al ver que se disponía a acompañarle. Sin embargo, Esch se había descubierto, en señal de respeto, y el mayor observó aquel rostro serio y surcado de arrugas; observó aquel pelo tieso y gris, cortado muy corto, y sintió una sensación de paz. Fue como recordar de repente las veladas bíblicas de su país natal y, al mismo tiempo, evocar la fraternidad de aquella tarde, fraternidad que iba unida a la necesidad de decirle algo amable a este hombre, que casi era un amigo, aunque tal vez sólo fuera para que el amigo guardara de él un buen recuerdo; dudó un momento aún y, al final, dijo:

—Venga usted.

Aquellos paseos se repitieron con frecuencia en lo sucesivo, aunque desde luego no con la frecuencia que el mayor e incluso Esch habrían deseado. Pues no sólo los tiempos eran cada vez más agitados —tropas que se acuartelaban y que volvían a partir, columnas de camiones que atravesaban ruidosamente las calles, horas de descanso nocturno que muchas noches el comandante de la plaza tenía que sacrificar en aras del servicio—, sino que el mayor Von Pasenow no acaba de decidirse a volver a entrar en *El Mensajero del Electorado de Tréveris* y Esch tardó algún tiempo en adivinarlo. Entonces comenzó a obrar en consecuencia: procurando pasar inadvertido, esperaba en las inmediaciones de la comandancia y, si se terciaba, llevaba a Marguerite consigo:

—Este diablillo se empeña en venir con nosotros —decía. En verdad el mayor no veía muy claro si la familiaridad de Marguerite debía considerarse como una amabilidad o como una impertinencia; pero la acogía con amabilidad y le acariciaba sus negros rizos. Después caminaban los tres al mismo paso por los campos o por el sendero lleno de matorrales que bordeaba la orilla, y a veces parecía despertarse en su interior un anhelo de despedida, un blando y tierno fluir del corazón, un aliento que, suspirante, brotaba de las aguas, algo así como la certidumbre de un final contenido en el principio mismo. Pero aunque todas estas sensaciones eran muy dulces, se

mezclaba en ellas, no obstante, una ligera irritación, ya fuera porque Esch no participaba de aquella despedida, ya porque resultaba inadmisibles que Esch participara, ya porque Esch no dejaba traslucir ni lo uno ni lo otro, sino que se encerraba en un mutismo decepcionante. Todo ello resultaba en cierto modo oscuro e insidioso, pues todavía quedaba la borrosa esperanza de que todo se arreglaría y terminaría bien en cuanto Esch rompiera a hablar. ¡Ay!, resultaba sorprendentemente indescifrable saber qué esperaba él en realidad que dijera Esch y, no obstante, Esch hubiera tenido que saberlo. Así pues, caminaban en silencio sumidos en la transparencia del atardecer y en aquel descorazonamiento cada vez mayor, y la luminosidad de los campos no era sino una luminosidad falsa y fatigada. Y cuando Esch se quitaba el sombrero para que el aire acariciase aquel pelo corto y tieso, de cepillo, la familiaridad de aquel gesto podía considerarse como una impertinencia, tanto que el mayor casi compadecía a la niña por haber ido a depender de un hombre así.

—Pequeña esclava —dijo en una ocasión.

Pero también estas palabras se sumieron en una fatigada indiferencia. Marguerite, sin embargo, corría ante ellos sin preocuparse en absoluto de los dos hombres.

Habían llegado a la parte más elevada del valle y bordeaban el bosque. La hierba seca crujía bajo sus zapatos. En el valle reinaba la calma. Allá abajo, en el camino, chirriaban las ruedas de los carros; los campos segados mostraban su tierra color pardo, y de la profundidad del follaje surgía un airecillo fresco. Los viñedos extendían su verdor por las laderas de las montañas, en los múltiples susurros del bosque se percibía ya la aguda nitidez del otoño, y los arbustos del lindero del bosque, con sus moras negras y rojas, estaban a punto de empezar a secarse como en el otoño. Por las laderas del oeste, el sol descendía y teñía de ardientes resplandores las ventanas de las casas del valle. Las casas se erguían todas sobre un largo tapiz de sombra (inclinado hacia el este), y en los tejados rojinegros de la prisión y también en los desnudos y toscos patios se veían prolongaciones puntiagudas.

Por la ladera, a través de los campos, descendía un pequeño sendero que iba a parar a la carretera próxima al presidio. Marguerite, que corría delante de ellos, dobló un recodo, y el mayor lo interpretó como un signo de la mano de Dios:

—Regresemos —dijo con tono cansado.

Cuando, descendiendo, habían llegado más o menos a la mitad del valle, el mayor y Esch se detuvieron y prestaron atención: hasta ellos llegaba a intervalos, y sin que pudiera adivinarse de dónde provenía, un curioso runruneo. No se veía nada, tan sólo un coche que, procedente de la ciudad, avanzaba tocando a cada momento el claxon y cuyo motor sonaba con normalidad; el coche iba dejando tras de sí una larga nube de polvo. Aquel ruido extraño nada tenía que ver con el coche.

—Este ruido no augura nada bueno —dijo el mayor extrañado.

—Es una máquina —dijo Esch, aunque el ruido no recordaba en absoluto el de una máquina.

El coche, tras salvar las distintas curvas de la carretera, llegó a la penitenciaría con gran aparato de bocinazos. Esch, con su aguda vista, constató que era el coche de la comandancia, y, al no verlo aparecer por detrás de la prisión, se inquietó. No dijo nada, pero apresuró el paso. El ruido era cada vez más fuerte e intenso y, cuando llegaron ante el portal del presidio, vieron el coche detenido en medio de un enjambre de personas muy excitadas.

—Aquí ha pasado algo —dijo el mayor.

Y entonces, procedente de detrás de las ventanas de la cárcel, enrejadas con rejas de hierro y cerradas con postigos, oyeron con toda claridad un coro horrible que, repitiéndola tres veces seguidas cada vez, pronunciaba una palabra: «Hambre, hambre, hambre... hambre, hambre, hambre... hambre, hambre, hambre...». De cuando en cuando, el coro era interrumpido por un aullido general. El chófer se acercó a ellos corriendo:

—A sus órdenes, mi comandante, con todos los respetos, es un motín... Le hemos buscado inútilmente, mi comandante...

Después volvió hacia atrás para avisar a los centinelas tirando de la campanilla.

Todos se apartaron para dejar paso al mayor, pero éste no se había movido. El aire seguía vibrando bajo el coro de tres tiempos, y entonces Marguerite comenzó a saltar al compás, repitiendo alegremente:

—Hambre, hambre, hambre.

El mayor miró hacia el edificio de las ventanas impenetrables y escalofriantes, miró a la niña, que saltaba y reía con una risa que le pareció extrañamente maligna y dura, y se sobrecogió de espanto. ¡Oh, destino inevitable, oh prueba ineludible! El chófer seguía tirando de la cuerda de la campanilla y golpeando la puerta con la culata del fusil; hasta que por fin se abrió la mirilla y, rechinando pesadamente sobre sus goznes, la puerta se abrió poco a poco. El mayor, apoyado en un árbol, murmuró moviendo apenas los labios:

—Esto es el fin.

Esch hizo un movimiento, como queriendo acudir en su ayuda, y el mayor lo apartó con un gesto:

—Esto es el fin —repitió.

Pero se irguió de inmediato, se llevó la mano al pecho, acarició la Cruz de Hierro y, con la mano puesta en la empuñadura del sable, se dirigió a paso vivo hacia la puerta de la cárcel.

El mayor desapareció tras la puerta. Esch se sentó sobre un pequeño montículo con arbustos que había junto a la carretera. El aire seguía vibrando bajo el coro de gritos sincopados.

Se oyó un solo disparo, seguido de un nuevo aullido. Luego unos últimos gritos que sonaron como las últimas gotas de un grifo que acaba de cerrarse. Luego silencio. Esch miró hacia la puerta que se había cerrado tras el mayor.

—Esto es el fin —dijo también ahora Esch.

Pero el fin no llegaba: ni estalló un terremoto, ni apareció ningún ángel, ni la puerta se abrió. La niña se hallaba agachada a su lado, y le hubiera gustado tomarla en brazos. Los muros de la cárcel se recortaban contra el cielo transparente del atardecer como un decorado de teatro, se perfilaban como una dentadura a la que le faltaran piezas, y Esch se sintió muy lejos de sí mismo, muy lejos de lo que estaba sucediendo ante su presencia, muy lejos de todo. No se atrevía a cambiar de postura, e incluso había olvidado cómo había ido a parar allí. Junto al portal colgaba un tablero con un escrito indescifrable; naturalmente, allí se indicaban las horas de visita, pero eran simples palabras y nada más. Porque también los demagogos, los asesinos y los monstruos que estaban allí encarcelados saldrían algún día para formar parte de una comunidad nueva y más luminosa en la Tierra Prometida. Oyó que la niña decía:

—Ahí está tío Huguenau.

Y vio a Huguenau avanzar con pasos precipitados, le vio y no se sorprendió: tan en silencio sucedía todo. En silencio los pasos de Huguenau, en silencio los movimientos de cuantos se hallaban frente a la puerta de la cárcel; todo se hacía en silencio como los movimientos de los acróbatas y de los funámbulos cuando calla la música, tan en silencio como iba empalideciendo el cielo diáfano del atardecer. La lejanía se extendía irrecuperable frente al soñador, soñador que no soñaba, frente al huérfano en perpetua búsqueda de un hogar, y él era como un hombre cuya nostalgia ha cambiado sin él saberlo, como alguien que ha anestesiado simplemente sus dolores, pero sin lograr olvidarlos. Se hicieron visibles las primeras estrellas, y a Esch le pareció que llevaba días, años, sentado allí, rodeado de aquella calma espectral y sorda. Después la gente fue reduciendo sus movimientos, apagándose, hasta extinguirlos definitivamente y convertirse en una masa silenciosa, negra y expectante congregada ante la puerta. Por último, Esch sólo sintió la hierba húmeda bajo las palmas de sus manos.

La niña había desaparecido; tal vez se había ido con Huguenau. Esch, sin preocuparse, miraba fijamente hacia la puerta. Por fin apareció el mayor. Caminaba muy deprisa y en línea recta, cosa desacostumbrada en él; casi daba la impresión de querer ocultar que cojeaba. Se fue directo al coche. Esch se levantó de un salto. El Mayor, ya junto al coche y muy erguido, miraba por encima de Esch, por encima de la masa que se había apelotonado silenciosa en torno al vehículo, miraba hacia la blanca carretera y hacia la ciudad, en cuyas ventanas comenzaban a brillar las primeras luces. Muy cerca se encendió una luz roja; Esch sabía perfectamente dónde. Era muy posible que también el mayor se hubiera dado cuenta, porque bajó la mirada hasta Esch y, tendiéndole primero la mano, dijo:

—Bueno, qué más da.

Esch no dijo nada; se abrió paso por entre la multitud y echó a andar a través de los campos. Pero si se hubiera vuelto y no hubiese habido tanta oscuridad, habría podido ver al mayor que, de pie, inmóvil, le seguía con la mirada mientras él se

confundía con la noche.

Al cabo de un rato oyó el motor del coche y vio cómo los faros encendidos iban resiguiendo las curvas de la carretera.

LXX

Huguenau regresó a su casa desde la cárcel a paso de marcha atlética. Cuando llegó a la imprenta, hizo parar la máquina:

—Hay que insertar algo importante, Lindner.

Y, a continuación, se dirigió a su cuarto, donde se puso a escribir. Cuando hubo terminado dijo «¡Salud!» y escupió en dirección a las habitaciones de Esch. «¡Salud!», repitió al pasar ante la cocina, y luego entregó a Lindner lo que había redactado.

—Que vaya en la sección «Crónica local» y con letra pequeña —ordenó.

Y al día siguiente, escrito con letra pequeña y en la «Crónica local» de *El Mensajero del Electorado de Tréveris* pudo leerse:

INCIDENTE EN NUESTRA CÁRCEL

Ayer tarde, en la cárcel de nuestra ciudad se produjeron algunas escenas nada agradables. Varios reclusos, creyendo tener motivos, protestaron porque la comida no era tan buena como de costumbre, ocasión esta que fue aprovechada por elementos carentes de sentido patriótico para insultar ruidosamente a la Administración. Con la eficaz intervención del mayor Von Pasenow, comandante de la plaza, cuya presencia fue requerida de inmediato, y gracias a su serenidad y a su sensatez, el incidente fue solventado enseguida. Los rumores relativos a un intento de fuga por parte de unos supuestos desertores, encarcelados aquí en espera de un juicio justo, carecen de todo fundamento, según nos informan fuentes fidedignas, ya que no hay desertores encarcelados en nuestra penitenciaría. No hubo heridos.

Había sido otra de sus lúcidas inspiraciones y Huguenau casi no había podido dormir de satisfacción. Se repetía a sí mismo una y otra vez:

Primero: El mayor se enfadará por lo de los desertores, pero la historia de la mala alimentación no es precisamente satisfactoria para un comandante de la plaza, y si alguien merece que se le haga enfadar, es el mayor.

Segundo: El mayor hará responsable de este artículo a Esch, sobre todo por la alusión a los informes de fuentes fidedignas; nadie creerá al señor redactor si dice que él no sabía nada; sin duda los paseos de los dos caballeros han terminado para siempre.

Tercero: Cuando uno se imagina cómo rabiará ahora el flaco pastor de dentadura caballuna, siente un agradable y dulce sabor de boca.

Cuarto: Todo se ha desarrollado a la perfección y dentro de los estrictos cauces legales. Él era el editor y podía escribir cuanto quisiera; además, el mayor debería en

realidad darle las gracias por los términos elogiosos que le había dedicado.

Quinto y sexto, pues se podría proseguir así largamente: había sido un asunto estupendamente logrado, un buen golpe, en resumidas cuentas; y encima, ahora el mayor le respetaría: los informes de Huguenau son auténticos, por más que se los desprecie.

Sí, quinto y sexto y séptimo: Se podría continuar de manera indefinida, pues todavía no habían salido a la luz muchas cosas, cosas desde luego ocultas y bastante desagradables en las que era mejor no pensar.

Por la mañana, Huguenau leyó el artículo en la imprenta y volvió a sentirse muy satisfecho. Miró por la ventana hacia arriba, hacia la redacción, y esbozó su irónica mueca. Pero no subió. Y no porque tuviera miedo del pastor que estaba allí arriba. Cuando uno ejerce simplemente sus derechos no tiene por qué tener miedo. Y hemos de ejercer nuestros derechos cuando nos vemos perseguidos. Aunque suponga que todo se venga abajo, ¡uno debe ejercer sus derechos! Lo único que uno pretende es vivir en paz y dentro de un orden, sin ser molestado; lo único que uno desea es ocupar el lugar que le corresponde. Y Huguenau se fue a la barbería, donde una vez más leyó con atención *El Mensajero del Electorado de Tréveris*.

De todos modos la comida constituía un problema. Resultaba muy desagradable sentarse a la misma mesa que Esch, el cual, aunque injustamente, se sentiría engañado. Uno conoce de sobra la mirada censora de los curas. Pueden conseguir que a uno le sienta mal la comida. Aquel cura era un comunista que quería socializarlo todo y que luego actuaba como si fueran los demás quienes se propusieran trastornar el mundo, sólo porque los demás no estaban dispuestos a decirle a todo amén.

Huguenau se va a dar un paseo para reflexionar sobre todo aquello. Sin embargo, no se le ocurre nada. Es como en el colegio, ya puedes ser todo lo ingenioso que quieras, cuando llega el momento oportuno, todo lo que se te ocurre es fingir que estás enfermo. Así pues, vuelve atrás para llegar antes que Esch, sube a ver a mamá Esch (así la llama en estos últimos tiempos). Y a cada escalón, su expresión de dolor va siendo más auténtica. Tal vez esté enfermo de verdad y lo mejor fuera, tal vez, no comer nada en absoluto. Pero, después de todo, la pensión está pagada y él no tiene por qué regalarle nada al tal Esch.

—Señora Esch, me encuentro mal.

La señora Esch le mira y queda impresionada por la expresión doliente del rostro de Huguenau.

—Señora Esch, no quiero comer nada.

—Pero señor Huguenau, eso no puede ser... Una sopa, voy a prepararle una buena sopita... Nunca le ha sentado mal a nadie.

Huguenau reflexiona. Luego dice melancólico:

—¿Un caldo?

La señora Esch queda perpleja:

—Sí, pero... Es que no tengo en casa carne para caldo. Huguenau se pone más

melancólico aún:

—Sí, sí, nada de carne... Creo que tengo fiebre... Tóqueme, mamá Esch, tóqueme, mire qué caliente estoy...

La señora Esch se acerca y pone indecisa un dedo sobre la mano de Huguenau.

—Quizá sería mejor una tortilla —dice Huguenau.

—¿Y no sería mejor una infusión?

Huguenau olfateó economías:

—¡No, no...! Una tortilla me sentará bien... Tendrá usted huevos en casa... De tres huevos tal vez.

Y Huguenau sale de la cocina con paso vacilante.

En parte porque es lo adecuado en un enfermo y en parte porque ha de recuperar el sueño perdido la noche anterior, se tiende en el sofá. Pero lo de dormir no es fácil: la excitación provocada por su buen golpe periodístico todavía le hace temblar. Tal vez hubiera tenido que echarse en la cama. Medio somnoliento mira hacia el espejo que hay sobre el mueble lavabo, mira hacia la ventana, escucha los ruidos de la casa. Son los ruidos propios de la cocina: oye partir carne. (O sea, que la gorda, la Esch, le ha engañado a él para que el fulano ese arramble con toda la carne. Naturalmente, se disculpará diciendo que no puede hacer caldo con carne de cerdo, pero un poco de carne de cerdo asada tampoco puede sentarle mal a un enfermo). Después oye picar sobre una tabla, con golpes secos y breves, y reconoce el ruido de cortar verduras; sí, siempre miraba con temor cómo su madre, con golpes rápidos, trinchaba perejil o apio, temiendo siempre que se cortara las yemas de los dedos. Los cuchillos de cocina cortan mucho. Se alegra de que haya cesado el ruido de cuchillos y de que la madre se seque los dedos, incólumes, en el trapo de la cocina. Si al menos pudiera dormir, pero lo mejor sería meterse en la cama y que la mujer de Esch se sentara a su lado haciendo punto o aplicándole compresas. Se toca la mano: realmente está ardiendo. Hay que pensar en algo agradable. Por ejemplo, en mujeres. En mujeres desnudas. La escalera cruje. Alguien sube. Es curioso, su padre no solía ser tan puntual. ¡Ah, no, es el cartero! Mamá Esch habla con él. Antes venía siempre el panadero; ahora nunca se le ve por aquí. Es imposible dormir cuando se tiene hambre.

Huguenau, parpadeando, mira de nuevo hacia la ventana, observa a lo lejos las cadenas montañosas de Colmar; el alcaide del Alto Königsburg es un comandante, el emperador en persona lo colocó en aquel puesto. *Haissez les Prussiens et les ennemies de la sainte religion*. Alguien ríe junto al oído de Huguenau. Oye hablar en dialecto alsaciano. Un puchero se derrama: el líquido cae burbujeante sobre el fuego. Ahora alguien le susurra al oído: «Hambre, hambre, hambre». Esto es demasiado idiota. ¿Por qué no tiene él derecho a comer como los demás? Siempre le han tratado peor y más injustamente que a los demás. ¿Acaso van a poner al mayor en su sitio? La escalera vuelve a crujir. Huguenau se encoge de miedo: son los pasos de su padre. ¡Oh, Dios!, tan sólo es Esch, el señor pastor.

Un cerdo el tal Esch, merecido tiene que le hagan rabiar. Donde las dan las toman. Los cuchillos de cocina cortan mucho; además son muy puntiagudos. Ahora se ha hecho protestante sin empacho, luego se convertirá al judaísmo y se hará circuncidar. Hay que decírselo a su mujer. Puntas de dedos, puntas de cuchillos. Lo mejor será levantarse enseguida, salirle al encuentro y preguntarle si piensa convertirse al judaísmo. Es demasiado idiota tenerle miedo; lo que pasa es que soy demasiado perezoso. Pero ella ha de traerme la comida enseguida, antes de servirle el pienso al pastor. Huguenau escucha con atención para averiguar si ya están sentándose a la mesa. No es extraño que uno adelgace más cada vez si Esch devora la comida de uno. Pero él es así. Un cura ha de tener barriga. Su traje de pastor es pura ficción y engaño. También el verdugo viste de negro. Un verdugo ha de comer mucho, necesita fuerzas. Nunca se sabe si vienen a buscarte para la ejecución o para darte la comida. A partir de ahora, se irá a la hospedería y devorará carne en la mesa del mayor. Desde esta misma noche. Como la tortilla tarde un poco más se armará una buena. ¡Para hacer una tortilla bastan cinco minutos!

La señora Esch entra sin hacer ruido en la habitación, deja el plato con la tortilla sobre una silla y acerca ésta al sofá.

—¿No quiere que le prepare una infusión, señor Huguenau?

Huguenau alza la mirada. Su enfado casi ha desaparecido; sienta bien un poco de compasión.

—Tengo fiebre, señora Esch.

Ella debería pasarle un poco la mano por la frente para comprobar si tiene fiebre; le da rabia que no lo haga.

—Voy a meterme en la cama, mamá Esch.

Pero la señora Esch se queda inmóvil ante él, empeñada en meterle una infusión en el cuerpo: es una infusión estupenda, no sólo por muy antigua, sino porque es un medicamento famoso; el hombre que mezcla las hierbas, según un secreto heredado de su padre y de su abuelo, se ha hecho rico, tiene una casa en Colonia y toda la gente de la comarca acude a él como en peregrinación. Raras veces había ella hablado tanto sin perder el aliento.

Huguenau, sin embargo, no está de acuerdo:

—Una copita de *kirsch* me vendrá bien, señora Esch. Ella puso cara de asco: ¿Licor? ¡Ni hablar! ¡Pero si ella ha acostumbrado a dar esta infusión incluso a su marido, cuya salud no era precisamente ejemplar!

—¿Ah, sí? ¿Esch toma esa infusión?

—Claro —dijo la señora Esch.

—Bueno, pues hágame usted una taza, en nombre de Dios. Y Huguenau se levantó suspirando y se comió la tortilla con voracidad.

LXXI

Extrañamente, la partida de Heinrich transcurrió sin dolor. En la medida en que las conveniencias físicas son separables de las espirituales, su partida fue un acontecimiento exclusivamente físico. Cuando Hanna regresó de la estación se sintió vacía, como una casa cuyas cortinas hubieran sido corridas. Eso era todo. Por lo demás, sabía con absoluta certeza que Heinrich regresaría de la guerra sano y salvo. Y con esta certidumbre, que le impedía convertir a Heinrich en un mártir, se había ahorrado no solo y por fortuna las efusiones sentimentales en la estación, que tanto horror le inspiraban, sino también, una vez superado lo desagradable de la despedida, el deseo de que Heinrich no regresara nunca, deseo que había sido relegado al dominio de lo vago e inofensivo. Cuando le decía al chico: «Pronto estará papá de nuevo con nosotros», los dos sabían qué quería decir.

El acontecimiento físico, como ella definía y con razón el permiso de seis semanas, se presentaba a su espíritu como un angostamiento de su corriente vital, como un estrechamiento de su Yo, como si su Yo se hubiera visto constreñido a los límites de su cuerpo, como las aguas de un río que cruzan, todo espumas, por una garganta. Pensando en ello, siempre había tenido la sensación de que su Yo no quedaba delimitado por su piel y que, a través de los poros de esa piel, podía llegar hasta la ropa interior de seda que llevaba junto al cuerpo; le parecía que sus trajes albergaban una emanación de su Yo —de ahí su gran seguridad en cuestiones de moda—; sí, casi le parecía que ese Yo vivía fuera del cuerpo, como envolviéndolo más que como habitándolo, que ese cuerpo no podía seguir elaborando en su cabeza pensamientos, sino que, de algún modo, se hallaba fuera de ella, en un puesto de observación más elevado, por así decirlo, puesto desde el cual podía contemplar su propia corporeidad como, por muy importante que fuera, una insignificancia minúscula; así pues, de aquel período de seis semanas, de aquel acontecimiento físico, de aquel precipitarse bruscamente a través de una garganta, de toda aquella amplia dimensionalidad difusa, sólo había quedado una bruma brillante, un resplandeciente reflejo irisado flotando sobre la turbulencia de las aguas, último refugio del alma, en cierto modo. Pero ahora que las aguas volvían a su plácido cauce, lo que, al mismo tiempo, suponía una liberación, aquel suspiro de alivio y aquel allanar los pliegues se convertían también en el deseo de olvidar la turbulenta garganta. Olvido que, desde luego, sólo en parte se conseguía. Todo lo personal se había desdibujado relativamente deprisa: el comportamiento de Heinrich, su voz, sus palabras, su modo de andar; todo esto había desaparecido muy pronto; en cambio, lo general permanecía. O, usando una metáfora indecorosa, primero desapareció el rostro, después todo lo que en él tenía movimiento, manos y pies, pero el cuerpo, inmóvil y pétreo, aquel torso, que iba desde la cavidad torácica hasta más allá de las caderas, aquella imagen, la más lasciva del hombre, permanecía en la profundidad de

su memoria, imagen de un dios muellemente cobijada en la tierra o acariciada por las olas a orillas del mar Tirreno. Y cuanto más deprisa avanzaba el olvido —esto era precisamente lo espantoso— y más se reducía, trozo a trozo, la imagen del dios, más se concentraba y aislaba su lascivia, lascivia de la que el olvido, impotente frente a ella, se apoderaba cada vez con mayor lentitud, a trozos más pequeños. Pero esto es sólo un símbolo y, como todos los símbolos, envilece el auténtico estado de cosas, que, permaneciendo siempre en la penumbra, es una corriente de confusas ideas que se entremezclan, un flujo y reflujo de recuerdos a medias recordados, de pensamientos pensados a medias, de medias voliciones, un río sin riberas cubierto de una bruma plateada, hálito argénteo que llega hasta las nubes y hasta los negros astros. Por ello aquel torso sumido en las espumeantes aguas del río no era un torso: era un guijarro afilado, el fragmento de un mueble, un desecho casero o cualquier desperdicio doméstico lanzados en la corriente del acontecer, un terrón de tierra arrojado a las olas de la orilla: las olas sucedían a las olas, el día envolvía a la noche y la noche al día, y resultaba muy confuso discernir lo que, al sucederse, traían los días en su seno, más confuso aún que discernir los sueños, que también se sucedían interminables. A veces en todo ello se ocultaba algo que evocaba el secreto conocimiento de las colegialas y que, no obstante, despertaba de algún modo el deseo de huir de tales conocimientos infantiles para refugiarse en lo individual y volver a arrancar del olvido el rostro de Heinrich. Pero éste era sólo un deseo cuya realización habría ofrecido al menos tantas posibilidades diferentes como restauraciones admite un torso griego hallado bajo tierra; es decir, era un deseo irrealizable.

A primera vista podría parecer que el hecho de que en la memoria de Hanna predominara o bien lo individual o bien lo general carece de importancia. Pero en una época en que lo general se ha impuesto de modo ostensible, en que los lazos sociales que unen a los humanos de individuo en individuo han sido desatados, en favor de conceptos colectivos de una uniformidad hasta ahora jamás sospechada, en una época en que ha surgido un estado de desindividualización cuya crueldad sólo es propia de la infancia o de la senectud, en una época así, pues, la memoria individual no puede escapar a tales reglas generales, y la vida solitaria de una mujer sumamente insignificante, por muy bella y buena compañera de cama que sea para su compañero, no puede explicarse, desgraciadamente, por la frustración o por el desengaño de la satisfacción sexual; antes al contrario, esa vida solitaria constituye una parte del todo, refleja, como cualquier destino individual, un poder metafísico que pende sobre el mundo, un acontecer físico, si se quiere, pero pese a ello metafísico en lo que tiene de trágico: porque ese valor trágico se traduce por aislamiento del Yo.

LXXII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 13

Esta época, esta vida que se desintegra, ¿tiene todavía una realidad? Mi pasividad aumenta de día en día, no sólo porque me desgasto contra una realidad que podría ser más fuerte que yo, sino porque por todas partes choco contra la irrealidad. Soy del todo consciente de que sólo es posible hallar el sentido y el *ethos* de mi vida en la actividad, pero intuyo que en esta época ya no hay tiempo para la única actividad verdadera: la actividad contemplativa del filósofo. Yo intento filosofar, pero ¿dónde ha quedado la dignidad del conocimiento? ¿No ha muerto hace tiempo? ¿La misma filosofía no se ha desintegrado en meras palabras ante el derrumbamiento de su objeto? Este mundo sin esencia, mundo sin quietud, este mundo que sólo encuentra y mantiene su equilibrio en la rapidez, cada vez mayor, este mundo ha convertido su precipitación en actividad aparente del hombre para arrastrarlo hacia la nada. ¡Oh! ¿Existe acaso resignación más profunda que la de una época incapaz de filosofar? ¡Incluso filosofar se ha convertido en un juego estético, un juego inexistente, caído en los engranajes del Mal: una ocupación de burgueses que se aburren por las noches! ¡No nos queda sino el número, no nos queda sino la Ley!

A menudo pienso que el estado de ánimo que me domina y que me retiene en esta vivienda judía no puede seguir siendo calificado de resignación, sino de sabiduría, una sabiduría que ha aprendido a coexistir con el despego general que lo cubre todo. Porque incluso Nuchem y Marie son para mí unos extraños, ellos, en quienes había puesto mi última esperanza: la esperanza de que fueran mi creación, la dulce e irrealizable esperanza de haber tomado su destino en mis manos para determinarlo. Nuchem y Marie no son mis criaturas ni lo han sido jamás.

¿Posee el mundo existencia propia? No. ¿Poseen Nuchem y Marie existencia propia? Seguro que no, porque no existe ser alguno que tenga una vida propia. Pero las instancias que determinan los destinos se hallan muy lejos de mi esfera de poder y de mi esfera de pensamiento. Yo mismo sólo puedo cumplir mi propia ley, la tarea que me ha sido impuesta sólo a mí; no soy capaz de ir más allá. Y, aunque mi amor por las criaturas Nuchem y Marie no se extinga, aunque yo no desfallezca en la lucha por sus almas y sus destinos, las instancias de que dependen me siguen siendo inaccesibles, se me ocultan, como se me oculta el abuelo de barba blanca al que, desde luego, encuentro a veces en el vestíbulo, pero cuya forma real sólo se manifiesta en el cuarto eternamente cerrado para mí, y que sólo se relaciona conmigo a través de su delegado Litwak. Tan ocultas se hallan para mí esas instancias como el general de la blanca barba, el general Booth, cuyo retrato cuelga en la sala de visitas del hospicio. Y si reflexiono como es debido, resulta que no estoy en lucha ni con el abuelo ni con el general del Ejército de Salvación, sino que me esfuerzo en hacerles

justicia, y mis esfuerzos en favor de Nuchem y Marie también a ellos van dirigidos. Sí, a veces creo que depende exclusivamente de mí el lograr con mis actos el amor de esos ancianos, a fin de que me bendigan y no muera en soledad.

¿Es esto resignación? ¿Es rechazo de todo lo estético? ¿Dónde me hallaba yo antes? Mi vida va apagándose detrás de mí y no sé si la he vivido o me la han contado: tan sumergida está en los mares lejanos. ¿Me llevaron barcos hasta allí, hasta las lejanas playas del lejano este y del lejano oeste? ¿He sido recolector de algodón en las plantaciones de América? ¿Fui yo, allá en la jungla de la India, el cazador blanco de elefantes? Todo es posible, nada es inverosímil, ni siquiera un castillo en un parque sería inverosímil, todo es posible, altura y profundidad, porque en esta dinámica nada ha quedado que esté ahí por su propia voluntad, aparente en su trabajo, aparente en su tranquilidad y en su claridad: no ha quedado nada. Mi Yo ha sido arrojado fuera, expulsado a la Nada, irrealizables los anhelos, inasequible la Tierra Prometida, invisible la cada vez mayor luminosidad, jamás alcanzable, y la comunidad que buscamos es una comunidad sin fuerza, pero llena de mala voluntad. Esperanza inútil, arrogancia a menudo sin fundamento: el mundo sigue siendo un enemigo desconocido, menos aún que un enemigo, algo extraño cuya superficie sin duda puedo tocar, pero en cuyo interior nunca he logrado penetrar, algo extraño en cuyo interior jamás penetraré, algo extraño en constante y progresiva extrañeza, algo ciego en constante y progresiva ceguera, algo que se pierde y se derrumba en el recuerdo de la noche de la tierra natal para concluir por ser un hálito del pasado que se descompone, y nada más. He recorrido muchos caminos para hallar Uno, aquél donde desembocan todos los demás, pero esos caminos siempre conducían a otros lugares y Dios mismo no era determinado por mí sino por los antepasados.

Le dije a Nuchem:

—Sois un pueblo desconfiado, un pueblo perverso; incluso a Dios controláis una y otra vez, continuamente, en su propio Libro.

Él me contestó:

—La Ley es inmutable; Dios sólo existirá cuando de la lectura de la Ley se haya deducido todo lo que esta encierra.

Le dije a Marie:

—Sois un pueblo valiente, pero que no piensa. Creéis que con ser buenos y tocar vuestra música de feria basta para atraer a Dios.

Ella me contestó:

—La alegría que nos da Dios es Dios mismo; su gracia es inagotable.

Me dije a mí mismo:

—Eres un imbécil, eres un platónico, crees que abarcando el mundo con una mirada de comprensión podrás formarlo a tu imagen y llegar a fundirte en Dios. ¿No comprendes que así te desangras?

Me contesté:

—Sí, me desangro.

LXXIII

Degradación de los valores 9 *Digresión sobre la teoría del conocimiento*

¿Tiene esta época todavía realidad? ¿Posee una realidad de valores en la que se conserve el sentido de la vida? ¿Existe una realidad para el no-sentido de una no-vida? ¿Dónde se ha refugiado la realidad? ¿En la ciencia?, ¿en las leyes?, ¿en el deber? ¿O en la duda de una lógica eternamente inquisitiva y cuyo punto de plausibilidad se ha perdido en el infinito? Hegel auguró a la historia «el camino hacia la liberación de la sustancia espiritual», el camino hacia la autoliberación de lo espiritual... camino que se ha convertido en la ruta hacia el autodescuartizamiento de todos los valores.

Ciertamente, poco importa que la construcción hegeliana de la historia haya sido refutada por la guerra mundial (de ello ya se ha encargado el número siete asignado a los planetas), pues la realidad, convertida en autónoma mediante un proceso de cuatrocientos años, nunca fue, bajo ninguna circunstancia, tan capaz de doblegarse ante un sistema deductivo ni estuvo más inclinada a hacerlo. Más importante sería inquirir las posibilidades lógicas de esta realidad antideductiva, inquirir las causas de tal antideducción, inquirir en suma «los condicionamientos de la experiencia posible», según los cuales debió de producirse este desarrollo de lo espiritual, pero el desprecio de todo lo filosófico y el cansancio de la palabra forman sin duda parte de esta realidad y de este desarrollo y, así, las apremiantes cuestiones metodológicas — ¿qué es un acontecer histórico?, ¿qué es la unidad histórica? o, abarcando más aún, ¿qué es, de suyo, un acontecer?, ¿qué deducción se necesita para que los hechos aislados se reúnan y formen la unidad del acontecer?—, las apremiantes cuestiones metodológicas, pues, sólo se formulan con la mayor de las desconfianzas puesta en la fuerza persuasiva de las palabras.

La unión entre la vida autónoma y la categoría de los valores es tan indisoluble y tan propia de su misma esencia como la unión entre lo consciente autónomo y la categoría de la verdad; para fenómenos como valor y verdad podrían buscarse otros nombres, pero seguirían siendo fenómenos, tan irrefutables como los mismos *sum* y *cogito*, deducidos ambos de la autonomía del Yo, carente de conexiones con el exterior, siendo los dos acto y ejecución de ese Yo. Por tanto, el valor se escinde en un acto ejecutor de valores, un acto —en el más amplio sentido de la palabra— formador del mundo y, por último, en la realización ya formada —especialmente visible, universalmente visible— del valor. El concepto del valor se disgrega en categorías complementarias: el valor ético del acto y el valor estético de lo realizado, anverso y reverso de la misma moneda, por cuya cohesión y sólo por ella constituyen el concepto de valor en su más amplio sentido y el lugar lógico de toda vida. De

hecho siempre ha sido así a lo largo de la historia: la formulación histórica de los antiguos ya se hallaba sometida a su concepto de los valores, la historia moralizante del siglo XVIII empleó los suyos de modo absolutamente consciente y en la concepción misma de Hegel aparece clarísimo el valor absoluto, tanto en el concepto de «espíritu del mundo» como en el concepto «tarea de juzgar la historia». Por ello no es de extrañar que la función metodológica del concepto de valor se convirtiera en el tema básico de la historia de la filosofía posthegeliana, si bien, claro está, con el consiguiente y fatal resultado: la desintegración del conocimiento global en un conocimiento de las ciencias naturales, ajeno al valor, y en un conocimiento de las ciencias del espíritu, sometido al valor. Si se quiere, ésta es la primera explicación de la bancarrota de la filosofía, porque, con dicha desintegración, la identidad del pensar y del ser quedó confiada al ámbito lógico-matemático y, en todos los demás campos del conocimiento, tan idealista tarea, la principal de la filosofía, quedó abolida o, como mucho, relegada a la vaguedad de la intuición.

Hegel reprochó (con justicia) a Schelling que hubiera proyectado sobre el mundo lo Absoluto como «un proyectil disparado con una pistola». Pero lo mismo puede decirse, sin embargo, del propio concepto de valor de la filosofía hegeliana y, también, de la posthegeliana. Proyectar pura y simplemente el concepto del valor en la historia y designar como «valor» a secas todo aquello que ha sido conservado por la historia es algo que, en último caso, todavía les está permitido a los puros valores estéticos del arte plástico, pero, por el contrario, no es cierto en cambio que, en un sentido más amplio, uno se sienta necesariamente impulsado a explicar la historia como un conglomerado de no-valores y a negar, de modo rotundo, toda realidad de valores a la historia.

Primera tesis

La historia se compone de valores, porque la vida sólo se concibe bajo la categoría de valor, pero estos valores no pueden ser introducidos en la realidad como absolutos, sólo pueden ser pensados en conexión con un sujeto de valores ético, actuante y realizador de valores. Con su «espíritu del mundo» absoluto y objetivado, Hegel ha puesto en la realidad este sujeto de valores, pero su construcción tenía que conducir al absurdo por su carácter absoluto y universal (y ahí se puso una vez más de manifiesto la insalvable barrera de infinito del pensamiento deductivo). Sólo existen posiciones finitas. Donde existe un sujeto de valores concreto, finito a priori, o sea, una persona concreta, la relativización de los valores y su dependencia del sujeto introducido son del todo transparentes; la biografía de una persona surge mediante designación de todos los contenidos de valores que han sido importantes para ella. La persona como tal puede vivir por completo al margen del valor, ser incluso hostil al valor como, por ejemplo, un capitán de bandoleros o un desertor, pero, como centro de valores,

rodeado del círculo de valores que le es propio, está, pese a ello, a punto para la biografía y para la historia. Y lo mismo sucede con los centros de valores ficticios: la historia de un Estado, de un club, de una nación, de la Hansa alemana, incluso la historia de objetos inanimados como, por ejemplo, la historia arquitectónica de una casa, se forman escogiendo los hechos que, caso de haber existido una voluntad de valor, habrían sido importantes para el centro de valores correspondiente. Un acontecimiento sin centro de valores se disuelve en la niebla; la batalla de Kunersdorf no consiste en la lista de los granaderos que en ella intervinieron, sino en las configuraciones de la realidad que sirven de base a los planes del general de división. Toda unidad histórica depende de un centro de valores efectivo o ficticio; el «estilo» de una época, y la época misma como acontecimiento histórico, no existirían si en su centro no se estableciera el principio de selección unificante, un «espíritu de la época», que regula la fuerza capaz de establecer valores y la fuerza capaz de formar el estilo. O, para emplear una expresión desusada: La cultura es un producto del valor, la cultura sólo puede ser pensada mediante un concepto de estilo y, para ello, para poder pensarla de un modo absoluto, es preciso recurrir al «espíritu de la cultura», que sitúa al estilo y a los valores en el centro del círculo de valores que representa la cultura.

¿Significa esto una revalorización de todos los valores?

¿Una renuncia a la esperanza toda de que, con la unidad del pensar y del ser, lo absoluto del Logos se manifieste en la realidad? ¿La renuncia a la esperanza de que resulte posible recorrer, aunque sólo sea por aproximación, el camino hacia la autoliberación del espíritu y de la humanidad?

Segunda tesis

La madurez que permite al acto formar parte de la historia o de la biografía está condicionada por lo absoluto del Logos. Pues el sujeto de valores, efectivo o ficticio, sólo puede ser imaginado en el aislamiento de su Yo, en aquella soledad platónica incompensable, carente de conexiones exteriores, soledad platónica cuyo orgullo consiste en depender exclusivamente de los dictados de la lógica y cuya obligación imperativa consiste en someter la acción a dicha plausibilidad lógica; pero, en el sentido estrictamente kantiano, esto no significa que sólo tenga que exigirse la «buena voluntad» que cree la obra por la obra en sí, sino que hay que deducir además todas las consecuencias de la ley autónoma del Yo, a fin de que la obra, no influida por ningún dogmatismo, sea creada dentro de la pura originalidad de ese Yo y de esa ley. En otras palabras: lo que no surge puramente de su propia ley desaparece de la historia. Pero cuanto más influye esta ley propia en la época y, por consiguiente, condiciona el estilo y la época, tanto más tal condicionamiento de estilo puede sólo ser una sombra degradada del Logos supraordenado, aquel Logos todavía hoy vigente

y que constituye el pensamiento, aquel Logos que, hoy también y con toda seguridad, sólo es una terrena sombra degradada, pero que, no obstante, aún resplandece a través de cualquier sombra degradada, y que, por su carácter supratemporal, hace posible que un pensamiento ligado a un estilo se proyecte en otro Yo. Y esta unidad formal básica aparece una y otra vez con absoluta claridad en el estrecho marco de la obra realizada y de la estética en general, o sea, en lo artístico. Y donde aparece con mayor claridad es en la indestructibilidad de las formas del arte.

Condensando todo la anterior, se llega a la

Tercera tesis

El mundo es una posición del Yo inteligible, pues la idea platónica no se ha perdido ni se perderá jamás. Pero esta posición no ha sido «disparada por una pistola»; siempre pueden establecerse otros sujetos de valores, sujetos de valores que a su vez reflejen la estructura del Yo inteligible y establezcan sus propios valores, sus propias formulaciones del mundo. El mundo no es una posición inmediata del Yo, sino su posición mediata, es «posición de posiciones», «posición de posiciones de posiciones», y así sucesivamente en reiteración infinita. En esta «posición de posiciones» recibe el mundo su organización metodológica y su jerarquización. Desde luego, la suya es una organización relativista, pero —atendiendo a la forma— es una organización absoluta, pues la exigencia ética a que están obligados los sujetos de valores, tanto efectivos como ficticios, sigue imponiéndose de un modo inevitable, mas con ella se impone también la validez inmanente del Logos dentro de la obra realizada. La lógica de las cosas permanece. Y aunque el progreso lógico de la historia se quiebre, necesariamente, una y otra vez, en cuanto se alcanzan los límites de infinitud de su construcción metafísica, y aunque la imagen platónica del mundo deba siempre ceder el paso a una visión positivista, la influencia de la idea platónica subsiste de una manera incoercible y es ella la que, en cualquier positivismo, toca siempre la tierra madre a fin de, arrastrada por el *pathos* de la experiencia, volver a levantar siempre la cabeza.

Toda unidad concebida en el mundo bajo una forma conceptual es «posición de posiciones»; todo concepto, toda cosa es «posición de posiciones», y es probable que esta función metodológica del conocimiento unificador, que sólo puede aprehender las cosas como sujeto de valores autónomo y creador de valores, llegue hasta el interior del ámbito matemático, aboliendo así las diferencias existentes entre la estructura conceptual propia de las ciencias naturales y matemáticas y la estructura conceptual empírica. Porque la «posición de posiciones», considerada desde el punto de vista metodológico, no sólo se limita a introducir un observador ideal en el campo de la observación —como han hecho desde hace mucho tiempo y al margen de los considerandos de la teoría del conocimiento los científicos empíricos, como, por

ejemplo, los físicos de la teoría de la relatividad—, sino que la investigación de los fundamentos matemáticos ha llegado, con preguntas como «¿qué es el número?», «¿qué es la unidad?», a un punto en el que no cabe otra salida que el recurso de emergencia de la intuición, pero, a través del principio «posición de posiciones», la intuición recibe su legitimación lógica, pues la inserción del Yo en el sujeto de valores hipostático ¡puede considerarse justificadamente como estructura metodológica del acto intuitivo!

El hecho de que el principio de «posición de posiciones» haya permanecido tanto tiempo sin ser observado tal vez podría explicarse por su misma evidencia, por lo primitivo de su carácter. ¡Sí, primitivo! Y, para el orgullo del hombre, tener que admitir actitudes primitivas parece ser una carga insuperable. Porque, aunque el proceso de «posición de posiciones» garantice la penetración del Yo inteligible en todas las cosas del mundo, en la «posición de posiciones» —olvidando por un momento el trasfondo platónico— se da una animización universal de la naturaleza y, más aún, una animización universal del mundo en su totalidad, una animización universal que introduce en todas las cosas y en todos los conceptos, por abstractos que sean, un sujeto de valores, una animización sólo comparable a la animización universal del mundo tal y como aparece en el pensamiento de los primitivos. Se diría que en el desarrollo de la lógica existe una especie de ontogénesis que mantiene vivas todas las formas antiguas y aparentemente muertas del pensamiento, incluso en la estructura lógica más altamente desarrollada (o sea, también aquellas formas de la animización directa), y que, por tanto, mantiene viva la forma primitiva de la cadena de plausibilidad unimembre e imprime la forma a todos los pasos del pensamiento, aunque no al contenido de la metafísica primitiva. Esto es por cierto un insulto para los racionalistas; pero, en cambio, un consuelo para el sentimiento panteísta.

Y, no obstante, también se puede hallar aquí un consuelo para el ámbito racional. En efecto, si se interpreta la «posición de posiciones» como la estructura lógica del acto intuitivo, debido a su dependencia respecto al Logos, también puede verse en ella el «condicionamiento de la experiencia posible», para el —de otro modo inexplicable— acto de la comprensión entre un ser humano y otro, entre una soledad y otra soledad; o sea, que la «posición de posiciones» no sólo proporciona la estructura de la teoría del conocimiento, que hace posible traducir todos los idiomas por muy distintos que sean entre sí, sino que además, y en terreno muchísimo más amplio, proporciona el denominador común de todo lenguaje humano, brinda también una garantía a la unidad de los hombres y a la humanidad del ser humano, el cual, incluso en el autodescuartizamiento de su existencia, sigue siendo imagen de Dios, pues, espejo de sí mismo en todos los conceptos y en cualquier unidad que él establezca, el hombre es reflejo del Logos, es reflejo del Verbo de Dios como medida de todas las cosas. Y aunque lo estable de este mundo, aunque sus valores estéticos sean abolidos y disueltos ante la obligación de preguntar y de dudar, la unidad del concepto se mantiene intacta, la exigencia ética permanece intacta; permanece intacta

la rigurosidad del valor ético como función pura, realidad de la obligación de la más rigurosa observancia y, como tal, unidad permanente del mundo, unidad del ser humano, que aparece en todas las cosas, unidad no perdida e imposible de perder, situada por encima y más allá de los espacios y de las épocas.

LXXIV

El doctor Flurschütz ayudó a Jaretzki a colocarse la prótesis. También la enfermera Mathilde se hallaba junto a ellos.

Jaretzki tiró de las correas.

—Bueno, Flurschütz, ¿no le parte el corazón que el momento de la despedida se aproxime...? ¡Y no hablemos de la enfermera Mathilde!

—¿Sabe una cosa, Jaretzki? En realidad, me hubiera gustado retenerle aquí. Está usted pasando una mala temporada.

—No sé... espere... —Jaretzki intenta colocar un cigarrillo entre los dedos de la prótesis—... espere... ¿Qué le parecería si hiciéramos de esto una pitillera o un fumacigarrillos permanente? Sería ingenioso, ¿no?

—Estese quieto un momento, Jaretzki —Flurschütz ajustó las correas—. ¿Qué? ¿Cómo se siente ahora?

—Como una máquina recién nacida... una máquina en un período estupendo... Si los cigarrillos fueran mejores, no tendría nada que desear.

—¿No podría dejar el tabaco...? Y, naturalmente, lo otro...

—¿El amor? Desde luego, encantado.

La enfermera Mathilde aclaró sin necesidad:

—No, el doctor Flurschütz se refiere a la bebida.

—¡Ah, eso! No lo había pescado... Cuando se está sobrio cuesta mucho pescar las cosas... ¡Y que usted no se haya dado cuenta todavía, Flurschütz! Los hombres sólo pueden entenderse cuando están bebidos.

—¡Eso es un arriesgado intento de justificación!

—Bien, Flurschütz, acuérdesse usted de lo maravillosamente borrachos que estábamos el catorce de agosto, y nada más... Tengo la impresión de que aquella fue la primera y la última vez que existió un auténtico sentimiento de solidaridad.

—Algo parecido dice Scheler...

—¿Quién?

—Scheler. En *El genio de la guerra*... No es un buen libro.

—¡Ah, un libro...! Un libro no es nada... Pero quiero decirle algo, Flurschütz, y hablo en serio: deme usted otra borrachera, de la clase que sea; por ejemplo de morfina o de patriotismo o de comunismo, de cualquier cosa, de algo que emborrache del todo... Deme algo que despierte en todos nosotros un sentimiento de solidaridad, y yo le juro que dejaré la bebida... de la noche a la mañana.

Flurschütz reflexionó:

—Algo hay de verdad en todo eso... Pero si la borrachera y la solidaridad le son imprescindibles, existe un remedio muy simple, Jaretzki: enamórese usted.

—Por prescripción facultativa, muy bien... ¿Se ha enamorado usted alguna vez en cumplimiento de una orden, enfermera?

La enfermera Mathilde enrojeció; en su cuello plagado de pecas aparecieron dos líneas rojas.

Jaretzki dijo sin mirarla:

—Mala época para enamorarse... Me parece que todos estamos pasando una mala época... También para el amor es el fin... —intentó accionar las articulaciones de su prótesis—. En realidad, deberían adjuntar un folleto con las instrucciones para su manejo... Tendría que tener en alguna parte una articulación especial para los abrazos.

Flurschütz se sintió particularmente ofendido. Tal vez porque la enfermera Mathilde se hallaba presente. La enfermera Mathilde se sonrojó aún más:

—¡Qué cosas se le ocurren, señor Jaretzki!

—¿Por qué? Son ideas estupendas... Brazos artificiales para el amor... Sería un bonito detalle, modelos especiales para militares con graduación superior, desde coronel hacia arriba... Montaré una fábrica.

—¿Siempre ha de hacer usted el papel de *enfant terrible*? —dijo Flurschütz.

—No, simplemente tengo ideas para la industria de armamentos... Y ahora, cambiemos el disco.

Jaretzki comenzó a soltar las correas; la enfermera Mathilde le ayudó. Él manipuló las articulaciones de los dedos artificiales hasta colocarlos rectos:

—Eso es, y ahora les pondremos un guante... Este pide pan, éste dice que no hay, éste dice compraremos...

Flurschütz observó la cicatriz del muñón, ahora al descubierto:

—Creo que ajusta a la perfección. Sólo ha de tener cuidado para que al principio no se llague por efecto del roce.

—... éste dice robaremos y éste dice dame la mano del pilón para matar a ese grandísimo ladrón.

—Bueno, Jaretzki, con usted no existe la menor posibilidad de entendimiento.

LXXV

Naturalmente no sirvió de nada que Huguenau se ocultara de Esch a la hora de comer. Aquella misma noche tuvieron un horroroso altercado. Bien es verdad que Esch quedó desarmado enseguida, pues Huguenau no sólo esgrimió sus derechos de editor, archidemostrables por escrito, derechos que le permitían insertar los artículos que a él le pareciera, sino que además recurrió a los argumentos del propio Esch:

—Querido amigo —dijo con tono sarcástico—, usted se ha quejado muchas veces de que le siegan la hierba bajo los pies cuando intenta descubrir las irregularidades públicas... Y ahora que otro se atreve a hacerlo, usted esconde el rabo entre las piernas... ¡Claro, no es cosa de indisponerse con el comandante de la plaza...! Hay que navegar a favor del viento, ¿no?

Esch tuvo que soportar argumentos como éste y, aunque había sido un ataque indigno y aleve, un ataque por la espalda, no supo sino contestar con la expresión de Götz^[3] y, luego, callarse.

Pero Huguenau, con astuto golpe de timón, se dirigió hacia la señora Esch para quejarse amargamente de que su marido tratara con tanta dureza a un concienzudo colaborador, y todo ¿por qué?, pues muy sencillo: porque él cumplía con su deber a conciencia y con absoluto desinterés. No cayó esto en el vacío y, al día siguiente, cuando Esch fue a comer, se encontró con un Huguenau enfadado y ofendido y con una esposa que, con palabras conciliadoras, había tomado bajo su protección la inocencia del señor Huguenau, de modo que, antes de que se diera cuenta, se hallaban los tres comiendo la sopa y juntos y en buena armonía, y a mayor satisfacción de la señora Esch, quien ya temía perder un huésped que jamás economizaba alabanzas.

Pero es posible que también a Esch le pareciera acertado evitar la batalla definitiva, que habría concluido poniendo a Huguenau en la calle; uno no sabía bien qué manejos podía esgrimir aún ese fulano contra el mayor... Por ello era más que conveniente no perderlo de vista. Y así fue como Huguenau se quedó; no obstante, las comidas no solían transcurrir en un ambiente acogedor, sobre todo porque Esch había adquirido la costumbre de escudriñar con desconfianza a su compañero de mesa por encima de los platos.

Huguenau —en su honor hay que decirlo— procuraba por todos los medios levantar los ánimos, pero con éxito sólo relativo. También hoy, pese a que habían transcurrido ocho días, se mostraba Esch por su parte igualmente insoportable. Y a las tímidas preguntas de su esposa se limitaba a responder con un gruñido sordo:

—Emigrar a América...

Después nadie pronunció una sola palabra más.

Por último, con el estómago lleno y apoyándose en el respaldo de la silla, Huguenau rompió el embarazoso silencio con unas palabras esperanzadoras:

—Mamá Esch —dijo levantando un dedo—, mamá Esch, he encontrado un

campesino que nos proporcionará harina y tal vez un jamón.

—¿Ah, sí? —dijo Esch, desconfiado—. ¿Y dónde lo ha pescado usted?

Dicho campesino no existía, naturalmente, pero lo que no es puede llegar a ser, y a Huguenau le molestó que jamás se reconociera su buena voluntad. Sin embargo, él no deseaba enzarzarse en otra disputa con Esch, al contrario, quería decirle algo amable:

—Hay que facilitarle un poco las cosas a mamá Esch... Cuatro bocas... Me asombra que consiga salir del paso... Porque hay que contar a la pequeña.

Esch sonrió:

—Sí, claro, la pequeña.

—¿Dónde se ha metido ahora? —dijo Huguenau con tono solícito.

La señora Esch suspiró:

—Tiene usted toda la razón. Hoy en día no es fácil contentar cuatro bocas... Todo iría mejor si mi marido no nos hubiera colgado del cuello a la pequeña.

—En eso no admito críticas —estalló Esch, miró con rabia a su mujer que, sin moverse de su asiento, sonreía con sensación de culpabilidad; después se tranquilizó un poco—. Si no existe una nueva vida, todo ha muerto.

—Sí, claro —dijo la señora Esch.

—Pero se pasa el día correteando por las calles —dijo Huguenau— con los chicos. Tenga cuidado o acabará por escapársele de las manos.

—¡Qué va!, le encanta estar con nosotros —dijo la señora Esch.

Y Esch, con cuidado, casi como si tocara a una mujer encinta, alargó el brazo hasta el antebrazo de su mujer:

—Eso quería yo decir, que en casa está a gusto, ¿no? A Huguenau, el matrimonio Esch le dio rabia:

—A mí también me gusta estar aquí, mamá Esch... ¿No le gustaría adoptarme a mí?

Le hubiera gustado añadir que, si lo hacía, Esch podría tener aquel hijo del que siempre estaba diciendo chocheos, el que debía construir la casa, pero, por algún motivo que ni a él mismo se le alcanzaba, se sentía profundamente indignado y todo aquel asunto había dejado de parecerle chistoso. Si Esch se hubiera levantado de pronto para amenazarle, no le habría sorprendido. No había la menor duda de que lo mejor era ahuecar el ala e ir en busca de Marguerite; seguro que estaba en el patio. Pero mejor aún sería huir con Marguerite.

También la señora Esch parecía asustada por la proposición hecha por Huguenau, y, mientras le miraba fijamente y con la boca abierta, sintió la huesuda mano de Esch en torno a su brazo. Huguenau ya se había levantado, pero hasta que no llegó a la puerta no pudo ella balbucear:

—¿Y por qué no, señor Huguenau?

Huguenau aún tuvo tiempo de oír esta respuesta, pero aquellas palabras no bastaron para suavizar la viva indignación que sentía contra Esch. Encontró a

Marguerite abajo y le regaló un marco entero:

—Para el viaje —le dijo—, pero has de vestirme adecuadamente... Ponerte unos pantalones que abriguen... Deja que te mire... Me da la sensación de que vas desnuda... y comienza a hacer frío.

LXXVI

Eran las nueve dadas cuando sonó el timbre en casa del doctor Kessel. Kuhlenbeck, con un puro entre los dientes, se hallaba sentado en una esquina del sofá.

—¡Vaya, Kessel, otro paciente!

—¿Y quién iba a ser si no? —respondió Kessel que, automáticamente, se había puesto en pie—. ¿Qué será...? Ni por las noches le dejan a uno descansar.

Y, con aire fatigado, se dirigió a la habitación contigua en busca de su maletín.

Entretanto había subido la criada:

—Señor doctor, señor doctor, abajo está el mayor.

—¿Quién? —gritó Kessel desde la habitación de al lado.

—El comandante.

—Esto me atañe a mí —dijo Kuhlenbeck.

—Enseguida va —gritó Kessel saliendo precipitadamente, con el maletín aún en la mano, a recibir al visitante.

El mayor estaba en la puerta; sonrió con embarazo:

—Sabía que los señores estarían reunidos... Y como usted, doctor Kessel, me invitó tan amablemente... He pensado que estarían haciendo música.

—Bueno, ¡gracias a Dios...! Temía que hubiera vuelto a suceder algo —dijo Kuhlenbeck—. Menos mal que no ha sido así.

—No, no ha sucedido nada —dijo el mayor.

—¿No se trata entonces de ningún motín? —preguntó Kuhlenbeck con su acostumbrada falta de tacto, y encima añadió—: ¿A quién se le ha ocurrido insertar en *El Mensajero* aquella nota estúpida? ¿A Esch o a ese bufón de apellido francés?

El mayor no contestó; las preguntas de Kuhlenbeck le hacían sentirse incómodo. Se arrepintió de haber venido. Pero Kuhlenbeck prosiguió:

—Bueno, no creo que aquellos señores lo pasen precisamente bien en la cárcel... Pero están lejos del frente y eso debería bastarles para mantenerse tranquilos. No piensan en el regalo que el destino les ha hecho dejándolos vivir, simplemente vivir, aunque sea en condiciones miserables... El hombre tiene mala memoria.

—Cosas de periodistas —dijo el mayor; en realidad aquello no era una contestación.

—He creído que me volvían a llamar —dijo el doctor Kessel—. Ojalá no haya más interrupciones por hoy.

Kuhlenbeck continuó hablando:

—En estos tiempos, mantener las cárceles en servicio es un lujo inaudito por parte del Estado... Además es un lujo inútil... El mundo entero es una cárcel... De todos modos, no durará mucho tiempo... Por otra parte, la penitenciaría de aquí tendría que haber sido evacuada hace ya tiempo... ¿Qué haremos con toda esa gente cuando todos nosotros emigremos?

—Todavía no hemos llegado a eso —dijo el mayor—, ni se llegará, con la ayuda de Dios.

Eso dijo, pero no lo creía así. Aquella misma tarde había vuelto a recibir órdenes secretas con las instrucciones a seguir en caso de una posible evacuación de la ciudad. Órdenes y contraórdenes se cruzaban y nadie sabía qué traería la hora siguiente. Era una inmundicia.

Kuhlenbeck contempló sus enormes manazas de cirujano:

—Si los franceses llegan hasta aquí... estoy seguro de que acabaremos con ellos sólo con las manos.

—A veces pienso que ha sido una suerte que mi esposa no haya tenido que vivir estos tiempos —dijo Kessel.

Miró la fotografía que, con un crespón negro y una corona de laurel, se veía sobre el piano. También el Mayor levantó la vista hacia la fotografía:

—Su señora esposa, ¿también era músico? —preguntó finalmente.

Junto al piano había un violonchelo metido en una funda gris bordada con una lira roja y dos flautas cruzadas. ¿Por qué había venido? ¿Por qué había acudido a ver a los dos médicos? ¿Se sentía enfermo? Pero ¡si a él no le gustaban los médicos! Todos son librepensadores y de poco fiar. No saben qué cosa es el honor. Ahí estaba el médico jefe de Estado Mayor, sentado en una esquina del sofá, con la cabeza echada hacia atrás, lanzando al aire volutas de humo y con la puntiaguda barba apuntando al techo. Todo aquello carecía de honorabilidad. ¿Por qué había venido? Claro que era mejor estar aquí que en la solitaria habitación de la hospedería, o en el comedor, donde en cualquier momento podía aparecer aquel hombre, Huguenau. Kessel había dispuesto que trajeran otra botella de Bernkasteler y el mayor se tomó un vaso con premura.

—Creía que tocarían ustedes un poco. Kessel sonrió con aire ausente:

—Sí, mi mujer era muy aficionada a la música.

—¿Por qué no coge usted un poco su violonchelo —dijo Kuhlenbeck—, que está ahí mismo, Kessel? A todos nos vendría bien.

El mayor comprendió que, con ello, Kuhlenbeck se proponía brindarle un gesto de amistad, aunque tal vez pecara de excesiva familiaridad. Pero se limitó a decir:

—Sí, sería muy agradable.

Kessel se acercó al violonchelo y, mientras echaba una mirada a la fotografía, le quitó la funda. Pero luego quedó perplejo:

—Sí, pero ¿quién me acompañará?

—Usted sólo lo hará muy bien, Kessel —dijo Kuhlenbeck—. Ánimo. —Kessel dudó todavía un poco:

—Bueno, pero ¿qué toco?

—Algo para el espíritu —dijo Kuhlenbeck.

Kessel acercó una silla al piano y se sentó junto a éste, como si alguien se dispusiera a acompañarle. Golpeó una tecla, pulsó las cuerdas y afinó el instrumento. Después cerró los ojos.

Tocó la *Sonata para violonchelo en mi menor*, opus 38, de Brahms. Su rostro de suaves facciones adquirió una extraña expresión interior, su bigote gris sobre los apretados labios ya no era un bigote, sino una leve sombra gris, las arrugas de las mejillas no seguían ya la misma dirección, ya no era un rostro, su rostro se había transformado en algo casi invisible, tal vez en un paisaje de otoño que espera que nieve. Y cuando una lágrima se deslizó a lo largo de su nariz, tampoco era ya una lágrima. Únicamente su mano era todavía una mano que, a cada golpe de arco, parecía atraer sobre sí toda la vida, elevándola y hundiéndola según las oleadas de la suave y difusa corriente de las notas, corriente que iba amplificándose y envolviendo al músico, que tocaba de tal forma que estaba solo y aislado. Tocaba. Probablemente sólo era un diletante, pero eso poco podía importarles a él, al mayor, y, sin duda, a Kuhlenbeck, porque, en aquel momento, el mutismo ruidoso de la época, el estallido de mudo e impenetrable alboroto que se interpone entre el ser humano y su prójimo, muro que impide el paso de la voz humana hacia uno y hacia otro lado, de modo que el hombre no puede evitar un estremecimiento, ese mutismo escalofriante de la época había sido abolido, el tiempo mismo había sido abolido para convertirse en espacio, un espacio que, mientras sonaba el violonchelo de Kessel, los abarcaba a todos; las notas surgían, edificando espacio, colmando el espacio, colmándolos a ellos mismos.

Cuando cesó la música y el doctor Kessel volvió a ser el doctor Kessel, el mayor se echó un poco hacia atrás para ocultar, tras la actitud rígida del militar, su emoción. Y esperó que Kessel dijera algo consolador, ¿era el momento oportuno para decirlo! Pero el doctor Kessel se limitó a inclinar la cabeza y mostrar los ralos rizos —nada del cepillo tieso y gris de Esch— que le cubrían ligeramente la calva. Casi avergonzado recogió el instrumento, lo metió en la funda, gesto que causó una impresión casi indecente, y sólo Kuhlenbeck dijo, desde la esquina del sofá:

—Ajajá.

Tal vez los tres se sentían avergonzados. Al fin, Kuhlenbeck dijo:

—¡Ajajá! Desde luego los médicos tienen un gran sentido musical.

El mayor rebuscó en su memoria. En su juventud había tenido un amigo —¿había sido en verdad un amigo?— que tocaba el violín, pero no era médico, aunque... es posible que lo fuera o que quisiera serlo. La memoria le falló, se le paralizó, el movimiento se estancó, y el mayor sólo veía su desnuda mano apoyada sobre la tela negra del uniforme. Y sus labios se movieron contra su voluntad:

—Desnudos y sin cubrir...

—¿Cómo? —dijo Kuhlenbeck. El mayor se volvió hacia él:

—Nada... Tiempos difíciles... Muchas gracias, doctor Kessel.

Ahora habló también Kessel:

—Sí, en efecto, en los tiempos que corren, la música es un consuelo... Poca cosa más nos queda.

Kuhlenbeck dio un porrazo sobre la mesa:

—No nos pongamos melancólicos... Aunque el mundo estuviera plagado de

demonios, el que está vivo no tiene derecho a desesperarse... Dejen que llegue la paz y ¡verán cómo nos rehacemos!

El mayor movió la cabeza:

—Ante una miserable traición, se siente uno impotente del todo.

Vio ante él la imagen de Esch, aquel rostro amarillento y oscuro, de sonrisa agresiva, ésa era la palabra exacta, agresiva, aquel rostro que no obstante parecía en cierto modo pedir perdón... Tenía la expresión llena de reproches de un caballo al que se ha hecho caer.

—Nosotros los alemanes siempre hemos sido traicionados —dijo Kuhlenbeck—, y, no obstante, vivimos. —Alzó el vaso—. ¡Viva Alemania!

También el mayor levantó su vaso y pensó: «Alemania». Pensó en un orden digno y en la sensación de protección que le había proporcionado Alemania hasta el presente. Dejó de ver Alemania. En cierto modo, hacía responsable a Huguenau de las desgracias de la patria, de las marchas de tropas atravesando las poblaciones, de las contradictorias órdenes del alto mando militar, de las armas que, impropias de caballeros, se empleaban en la guerra de gases, del desorden general que iba imponiéndose. Y casi deseó que la imagen de Esch se fundiera con la de Huguenau y se desvaneciera, demostrando así que ambos eran representantes del Mal, dos aventureros surgidos del enmarañado embrollo que, lleno de negocios y rostros, resultaba incomprensible, sospechosos ambos e inmerecedores de confianza, culpables los dos, demoníacamente culpables del catastrófico final de la guerra.

—Yo ya no quiero saber nada... —dijo Kessel—. Cumpló con mi deber, pero no quiero saber nada más.

La vida era un laberinto, la red inextricable del Mal se cernía sobre el mundo, y el estruendo mudo y ensordecedor volvía a empezar. Aquel que se aparta de la estrecha senda del Evangelio es un pecador, como pecadora había sido la esperanza puesta en que la gracia podía cumplirse en lo terrenal, anunciada por la voz del amigo, voz que destruye el mutismo y la rigidez de los tanques, voz que libera la soledad conduciéndola hacia una dulce corriente de acercamiento. Y el mayor dijo:

—Nos hemos apartado de la senda del deber y hemos de sufrir el castigo.

—¡Ni hablar, comandante! —dijo Kuhlenbeck riendo—. Yo no estoy dispuesto a eso. En cambio, sí estoy dispuesto a seguir la senda que me lleve a casa, para que nuestro fatigado Kessel pueda por fin irse a la cama.

Se levantó, la guerrera del uniforme hacía anchas arrugas en torno a su corpulento cuerpo. «Un civil disfrazado», pensó el mayor sin poderlo evitar; no era el uniforme imperial. El mayor Von Pasenow se había levantado también. ¿A qué había venido él aquí, él, que llevaba el uniforme imperial? El deber terrenal es imagen del mandato de Dios, y el servicio a algo superior a uno mismo obliga al hombre a someterse a ideas más elevadas, le exige que entregue hasta la última gota de su libertad individual, si es preciso. Obediencia voluntaria, sí; ésa era la postura determinada por Dios, todo lo demás debía considerarse como no existente. El mayor se alisó la

guerrera, se llevó la mano a la cinta de la Cruz de Hierro y, en la rígida actitud militar que adoptó al despedirse, volvió a encontrar la claridad y la sensación de seguridad que el deber y el uniforme proporcionan al hombre.

El doctor Kessel les acompañó hasta el pie de la escalera. Ya en la puerta de la calle, el mayor dijo con tono un tanto ceremonioso:

—Gracias, doctor Kessel, por el placer artístico que nos ha proporcionado usted.

Kessel dudó un poco antes de contestar y luego dijo en voz baja:

—Soy yo quien ha de estar agradecido... Es la primera vez que toco desde que murió mi pobre esposa.

Pero el mayor no le oyó; se limitó a darle la mano con un gesto algo rígido. Anduvo con Kuhlenbeck por callejas estrechas y por la plaza del Mercado; una fina lluvia de otoño les caía encima oblicuamente; los dos llevaban el capote gris de uniforme, los dos llevaban gorras de uniforme y, sin embargo, no eran camaradas en el uniforme imperial. Cosa que el mayor constató.

LXXVII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 14

El conocimiento adquirido mediante el ayuno y la mortificación carece ciertamente del último rigor lógico. Creo poder afirmar con toda seguridad que en aquella época se produjo un cambio en mi situación cognoscitiva. Pero yo observaba esta transformación con la más extrema desconfianza, porque coincidía precisamente con la prolongada deficiencia alimentaria. En efecto, casi estaba dispuesto a presentarme ante el doctor Litwak y a considerarme enfermo, sobre todo porque podía hablarse más de una sensación de aumento de mi lucidez corporal que de un agudizamiento de mi capacidad de conocimiento del universo. Si, por ejemplo, me planteaba la vieja cuestión de si mi vida poseía aún una realidad sensible o no, era aquella sensación corporal la que me daba la respuesta y me proporcionaba la certeza de estar viviendo en una especie de realidad de segundo orden, advirtiéndome que se había producido una especie de realidad irreal, una irrealidad real que me llenaba de una extraña alegría. Era como una especie de estado oscilante entre el no-saber-todavía y el saber-ya, era un símbolo que volvía a simbolizarse, un andar sonámbulo que conducía a la claridad, una angustia que se abolía y se renovaba partiendo de ella misma era como una oscilación pendular sobre el mar de la muerte, como un alado ir y venir por encima de las olas, sin rozarlas porque me había vuelto ingrávido. Era una percepción casi corporal, por la cual me hacía cargo de la superior realidad platónica del mundo, y en mí todo era completa seguridad de que me bastaría dar un solo y breve paso para transformar esta percepción corporal en percepción racional.

En esta realidad oscilante, las cosas fluían hacia mí, y no tenía que preocuparme de ellas. Lo que antes parecía pasividad tenía ahora un sentido. Si antes me quedaba en casa para seguir aferrado a mis pensamientos, sostener monólogos filosóficos y, de vez en cuando, anotarlos de manera esquemática, ahora me quedo en mi cuarto como un enfermo obediente ante las exigencias de su enfermedad y de su médico. Todo ha sucedido como deseaba el doctor Litwak. Ahora me visita regularmente e incluso, a veces, soy yo quien le llama para que venga a verme. Y cuando, cambiando de repente su punto de vista, quiere hacerme creer que no estoy enfermo: «Una chispita de anemia es lo que tiene usted; por lo demás, está *meschugge*, está loco», también entonces tiene razón, pues me siento como si me desangrara. No quiero pensar más, y no porque sea incluso incapaz de hacerlo, sino porque es algo que desprecio. Cierto que todavía no soy un sabio, que no creo en absoluto haber alcanzado el último peldaño del saber ni creo poder situarme por encima del saber. ¡Ay, lo que estoy es muy por debajo del saber y lo que tras ese desprecio por la palabra se oculta es el temor a perder lo oscilante! ¿O será acaso que, de repente, he adquirido la convicción de que la unidad entre pensar y ser sólo puede alcanzarse en el más humilde de los

marcos? ¡Ser y pensar reducidos al mínimo!

Marie viene a veces a verme, me trae algunas provisiones, como hace con sus otros enfermos, y yo lo acepto. Hace poco se encontró en casa con Litwak y con Nuchem. Como es costumbre en ella, les saludó amablemente con un «Dios les bendiga», y tampoco Litwak renunció en aquella ocasión a su respuesta habitual «hasta la centésima generación». Marie tosió y él puso cara de preocupación:

—Eso no está bien —dijo, sin que pudiera saberse si se refería a la posible enfermedad pulmonar o al peligro de contagio a que veía expuesto a Nuchem; se ofreció a visitar gratis a Marie y, al declinar ésta su ofrecimiento, dijo—: Al menos, pasee usted al aire libre... y lléveselo a él también. Está anémico.

No lejos de ellos, Nuchem hojeaba de pie mis libros. Por lo demás, Litwak siempre me recetaba medicamentos nuevos y, cuando me extendía la receta, decía siempre, riendo:

—Desde luego, no los tomará, pero un médico ha de recetar.

Habíamos llegado a una especie de común acuerdo.

¿Dónde radicaba el punto central de nuestra mutua comprensión? ¿Por qué tenía yo que permanecer entre ellos? ¿Por qué la provisionalidad de vivir entre judíos se había convertido para mí en algo duradero y era incapaz de imaginarme siquiera el abandonarlos? ¿Por qué obedecía yo a estos judíos? Todo era provisional, los refugiados eran provisionales, sí, toda su existencia lo era, e incluso el tiempo mismo era provisional, tan provisional como la guerra que se prolongaba más allá de su propio final. Lo provisional se había convertido en definitivo, aboliéndose a sí mismo sin cesar y, no obstante, subsistiendo. Nos persigue siempre y a ello nos acomodamos, en una vivienda judía, en un hospicio. Pero nos eleva por encima de lo que ha sido, nos mantiene en un feliz estado de flotación, casi eufórico, en el que todo es futuro.

Finalmente, obedeciendo al doctor Litwak, iba a pasear, siempre y cuando me acompañaran Nuchem o Marie.

Era un otoño de hermosos días, y yo me sentaba con Marie bajo los árboles. Y, como todo sucedía en medio de una transparente sinceridad y las palabras carecían de importancia, le pregunté:

—¿Eres una muchacha caída?

—Lo fui —respondió.

—¿Y ahora eres casta?

—Sí.

—¿Sabes que jamás salvarás a Nuchem?

—Lo sé.

—Entonces, ¿le amas?

Sonrió.

¡Espejo de sí mismo, símbolo de sí mismo! ¿Hasta qué extremos nos llevará la parábola infinitamente prolongada si no es a la muerte?

—Escucha, Marie. Quiero matarme, pegarme un tiro o arrojarme al canal Landwehr... Pero tienes que acompañarme, yo solo no seré capaz.

Mis palabras sonaban a broma, pero hablaba en serio. Sin duda ella lo notó, porque no se rió sino que, con cierto aire profesional, me contestó:

—No lo haré y usted tampoco. No tiene derecho a matarse.

—Pero tú sabes que tu amor por Nuchem es un amor sin esperanza.

No sacó ninguna conclusión; se limitó a mirarme fija e interrogativamente, buscando con afán la posibilidad de llegar a un entendimiento. Sus ojos habían perdido el color.

No era noble el juego que yo jugaba con ella y, no obstante, incluso entre nosotros hacía tiempo que existía un pleno entendimiento, porque ella dijo:

—Vivimos en la alegría.

—Nuchem no se matará, no puede; él no se aparta de su deber, nosotros en cambio vivimos en la alegría... Tenemos derecho a hacerlo.

Tal vez el que Nuchem estuviera al margen de cualquier clase de suicidio sirvió para tranquilizarla, porque volvió a sonreír e incluso cruzó las piernas, y su rostro dejó traslucir, como el de una dama, que estaba de vuelta de todo:

—Tampoco nosotros nos apartamos de nuestro deber. Yo no podía tomar a mal aquella frase del Ejército de Salvación, tal vez porque dentro de lo provisional todas las frases habían perdido su sentido, tal vez porque, de antemano, la frase había adquirido un sentido nuevo y exacto. Pudiera suceder que también las palabras flotaran entre el pasado y el futuro, que también ellas floten entre las leyes y la alegría, que, huyendo del desprecio, se hayan refugiado en un nuevo sentido dentro del movimiento universal.

Sin embargo, yo no quería saber nada del deber, puesto que me habría retrotraído al conocimiento: yo no quería oír una sola palabra a propósito del deber, quería conservar mi propio estado flotante, y pregunté:

—¿Eres feliz a pesar de tu desgraciado amor?

—Sí —dijo ella.

La patria está irremediablemente perdida, el futuro yace irrecuperable ante nosotros, sólo el dolor está cada vez más libre, es cada vez más claro, quizá incluso más invisible, nada queda sino el hálito doloroso del pasado. Y Marie dijo:

—Grande es el mal del mundo, pero mayor es su alegría —dijo Marie.

—¡Ay, Marie!, tú sabes lo que es sentirse extraña y, sin embargo, eres feliz, y sabes que sólo la muerte, sólo ese último instante abolirá tu sentimiento de extrañeza y, no obstante, quieres vivir.

—Aquel que vive en Cristo nunca está solo... Venga usted a nuestra casa.

—No —repliqué—, mi sitio está en mi vivienda judía. Iré a casa de Nuchem.

Pero esto ya no le hizo ningún efecto.

LXXVIII

Un hombre con los brazos amputados es un torso. Esta era la concatenación de ideas que solía usar Hanna Wendling cuando se esforzaba en pasar de lo general a lo individual y concreto. Y no era Heinrich quien se hallaba al final de dicha concatenación sino Jaretzki, un tanto tambaleante y con la manga vacía metida en el bolsillo de su uniforme. Pasó mucho tiempo hasta que reconoció con claridad esta imagen, y aún pasó más hasta que comprendió que dicha imagen, producto de su mente, podía corresponder, estuviera donde estuviese, a una realidad. Y a continuación transcurrió no poco tiempo hasta que se decidió a llamar al doctor Kessel.

Proceso tan lento no estaba basado en la especial moralidad del pensamiento de Hanna. No, sucedía simplemente que, en una desaceleración de su corriente vital, había perdido todo sentido del tiempo y del ritmo; cierto que no se trataba de un estancamiento, sino más bien de una evaporación, una volatilización hacia la nada, un deslizamiento sobre un suelo por completo poroso, la desaparición y el olvido de lo pensado poco antes. Y cuando el doctor Kessel, tal como habían acordado al citarse, la recogió con su cabriolé para ir a la ciudad, ella tuvo la sensación de haber hecho venir al médico, empujada por una aprensión particular e inenunciable respecto a su hijo, y le costó mucho poner en marcha la memoria. Después, es cierto, presa de un miedo repentino a empezar a olvidar, le preguntó enseguida —aún estaban cruzando el jardín— quién era aquel teniente manco del hospital militar. El doctor Kessel no cayó de inmediato en la cuenta, pero, cuando la hubo ayudado a subir al carruaje y, con respiración un tanto fatigosa, se hubo sentado junto a ella, se le ocurrió:

—Ya sé, usted se refiere a Jaretzki, naturalmente... Pobre muchacho, ahora debe de estar en alguna institución psiquiátrica.

Con estas palabras concluyó para Hanna la vivencia de Jaretzki. Efectuó sus compras en la ciudad, envió un paquete a Heinrich y visitó a Röders. También hizo que Walter fuera a casa de Röders. Quería regresar a casa a pie. Las inexplicables preocupaciones en torno a Walter habían desaparecido de pronto. Era una dulce y tranquila tarde otoñal.

No hubiera sido nada raro que aquella noche Hanna soñara con un torso griego hundido en el limo de un río, o con un bloque de mármol o, incluso —y hubiera sido suficiente—, con un gran guijarro bañado por las aguas. Pero como no soñó nada de todo eso, sería inconveniente y poco objetivo decir lo que fuera sobre este tema. Lo seguro es que pasó una noche muy intranquila, que se despertó muchas veces, y que estuvo escudriñando la abierta ventana, en espera de que se abrieran las persianas y apareciera el rostro enmascarado de un ladrón. Por la mañana pensó en despejar el cuarto de servicio contiguo a la cocina, a fin de que en él se instalaran el jardinero y su mujer para, llegado el caso, tener en la casa un hombre a quien pedir ayuda, pero

desechó de inmediato el plan, porque el pequeño y débil jardinero no ofrecía en realidad

protección ninguna, y sólo le quedó un resto de pronunciada animosidad contra Heinrich, por haber situado la vivienda del jardinero tan lejos de la casa; tampoco se había preocupado de poner rejas en las ventanas. Pero, ante sí misma, tenía que reconocer que todo el malestar que sentía apenas si tenía nada que ver con el auténtico miedo: más que miedo, en realidad era una especie de hipersensibilidad relacionada con lo solitario y aislado de la casa, aunque con toda seguridad Hanna habría rechazado y hasta evitado la proximidad de casas habitadas, y con el espacio vacío que rodeaba la finca, tan vacío como un paisaje extinto y reconstituido a trozos, tan muerto que se había convertido en una especie de cinturón de vacío. Era un cinturón que se ceñía cada vez más estrechamente en torno a la casa solitaria, cinturón que sólo podía hacer saltar un nuevo acto de violencia, un despedazamiento, una ruptura, una invasión. Hacía poco que había leído en el periódico algo sobre la revolución rusa y los sóviets, bajo el título *La invasión de los de abajo*; este título le vino a la mente durante la noche, y lo oía una y otra vez en su interior como una tonada popular. En cualquier caso, no estaría de más preguntarle a Kruhl, el herrero, cuánto costarían las rejas de las ventanas.

Las noches iban siendo cada vez más largas y la luna fría flotaba en el cielo como un gran guijarro. Pese al sensible descenso de la temperatura, Hanna no se veía con ánimo de cerrar las ventanas. El ruido que, con las ventanas cerradas, podían producir los cristales le parecía más horripilante aún que un silencioso ladrón y, así, tan particular tensión, que, sin ser miedo en realidad, podía en cualquier momento traspasar sus propios límites y estallar en pánico, le hacía adoptar actitudes en apariencia románticas. Así pues, todas las noches se apoyaba en el alféizar de la ventana y, extrañamente cautiva, casi absorbida por el vacío del paisaje, miraba a lo lejos, hacia la zona muerta del otoño, y el miedo, por no haberse despojado precisamente de todos los atributos del miedo, se convertía en una espuma ligera: el corazón era ligero como una flor y la petrificación de la soledad se desplegaba en la amplia y libre abertura de la respiración. Y todo esto casi era como una gozosa infidelidad respecto a Heinrich; era el estado que a ella le parecía estrictamente contrario a otro distinto y ya lejano... Sí, ¿cuál era aquel estado? Y entonces se dio cuenta de que era el estado contrario a aquel que ella había llamado antaño «acontecimiento físico». Y lo bueno era que, en aquellos momentos, el acontecimiento físico quedaba del todo olvidado.

LXXIX

Los temores de Esch se harían realidad: por culpa de Huguenau, al mayor le sobrevendrían nuevos sinsabores. De todos modos, al principio Huguenau sólo desempeñó un papel pasivo.

A principios de octubre, una de aquellas listas por medio de las cuales el alto mando solía iniciar la búsqueda de sospechosos de deserción o de militares desaparecidos de sus puestos, fue a parar sobre la mesa del mayor. Entre los nombres citados figuraba el de un tal Wilhelm Huguenau, de Colmar, soldado del regimiento n.º 14 de infantería.

El mayor ya había dejado a un lado la lista cuando, de pronto, algo le inquietó. Volvió a coger la lista y sosteniéndola con el brazo lo más extendido posible, para alejarla de su vista cansada, se colocó de cara a la luz y leyó de nuevo: «Wilhelm Huguenau», nombre que desde luego ya tenía oído. Miró interrogativamente al ordenanza, que estaba a su disposición mientras se despachaba el correo, vio cómo el hombre, esperando evidentemente una orden, se cuadraba una vez más, y aún tuvo fuerzas para ordenarle «puede retirarse», pero, así que se queda solo, se derrumba sobre la mesa con el rostro hundido entre las manos.

Medio inconsciente, se sobresalta al pensar que el ordenanza sigue aguardando ante la puerta y que el ordenanza es Esch en persona. De momento, ni a mirar se atreve, pero, cuando al fin comprueba que no hay nadie, dice dirigiéndose al despacho vacío: «¡Qué más da...!», como si con ello pudiera zanjar el caso. De todos modos no sirve de nada: la imagen de Esch sigue ante la puerta y le mira; Esch le mira como si hubiera descubierto en él un estigma. Es una mirada de reproche, de castigo, la que clava en él, y el mayor se avergüenza de haber mirado a Huguenau mientras éste bailaba. Pero este pensamiento se desvanece y, de pronto, oye la voz de Esch: «Siempre hay un traidor entre nosotros».

«Siempre hay un traidor entre nosotros», repite el mayor. Un traidor es un hombre indigno, un traidor es un hombre que traiciona a su patria, un traidor es un hombre que ha engañado a su patria y a sus camaradas... un desertor es un traidor. Y mientras por este camino va acercándose más y más al objeto oculto, de pronto el velo se desgarrar y, al fin, lo comprende todo, absolutamente todo: él ha sido el traidor, él, el comandante de la plaza, él, que recurrió a un desertor y le vio bailar; ha sido él quien llamó al desertor para que el desertor le invitara a visitar la redacción del periódico, para que el desertor le preparara el camino hacia la vida civil, le presentara amigos que no son camaradas... El mayor se lleva la mano a la Cruz de Hierro y rompe la cinta: un traidor no tiene derecho a llevar semejante distintivo honorífico, un traidor tiene que rechazar esta condecoración, no puede ser enterrado con esta condecoración... El deshonor sólo puede borrarse con una bala de pistola... Es preciso asumir el castigo... Y el mayor, petrificado, inmóvil, con la mirada como el

hielo, dice:

—Un final impropio de un caballero.

Todavía tenía la mano sobre los botones del uniforme, cerciorándose maquinalmente de que estaban todos abrochados, y este gesto le proporcionó una especie de extraña sensación de tranquilidad, como la esperanza de una vuelta al deber, una vuelta a una vida en verdad protectora, aunque la imagen de Esch no hubiera desaparecido todavía. Imagen luminosa e inquietante, imagen que se hallaba al mismo tiempo en el otro y en este mundo, imagen que representaba a la vez el Bien y el Mal, llena de seguridad, y no obstante, llena de aquella inseguridad que se desprende de la vida civil, la imagen de un hombre que abriéndose el chaleco luce su camisa. Y el mayor, con la mano todavía en los botones del uniforme, se yergue, se estira la guerrera, se pasa la mano por la frente y dice:

—Fantasmas del cerebro.

Le gustaría llamar a Esch, él podría aclararlo todo... Le gustaría hacerlo, pero significaría apartarse una vez más del camino del deber, escapar una vez más hacia el mundo civil. Y no podía ser. Además... uno ha de reflexionar a solas: toda su sospecha podría carecer de fundamento... y, pensándolo bien, el tal Huguenau siempre se había portado con corrección y patriotismo... Al final tal vez todo se aclararía por sí mismo y concluiría bien.

Con manos aún temblorosas, el mayor sostuvo de nuevo la lista ante sus ojos, la apartó luego a un lado y volvió a ocuparse del resto de la correspondencia. No obstante, por mucho que se esforzara en poner orden en sus pensamientos, sus esfuerzos chocaban contra las órdenes contradictorias y las disposiciones del servicio, y se veía incapaz de resolver dichas contradicciones. El caos del mundo avanzaba por doquier, avanzaban el caos de las ideas y el caos del mundo, la oscuridad aumentaba y la oscuridad retumbaba en una agonía infernal, en cuyo chisporroteo sólo una cosa se percibía con claridad, sólo una cosa era segura: la derrota de la patria... ¡Oh, sí!, la oscuridad aumentaba, el caos crecía, pero desde el caótico estercolero de los gases vesicantes Huguenau sonreía con cínica mueca, la mueca del traidor, instrumento del castigo divino, causante de la creciente desgracia.

Durante dos días, el mayor llevó sobre sí el peso angustioso de una indecisión de la que, dada la angustiosa premura de los sucesos externos, ni él mismo era consciente. Ante el desorden general hubiera sido posible dejar olvidado, de forma natural, el insignificante asunto de desertión, pero, para el comandante de la plaza, también era natural que saliera tan simple ni siquiera cupiese en el terreno de lo imaginable. Porque el imperativo categórico del deber no tolera la acumulación de irregularidades. Y, al segundo día, el mayor ordenó que se invitara a Huguenau a pasarse por la comandancia.

Cuando tuvo al traidor ante sí, la reprimida antipatía del mayor rebrotó con nuevo ímpetu. Respondió al cordial saludo con frío formulismo y, tendiendo la lista por encima de la mesa, señaló, sin pronunciar una sola palabra, la rúbrica

«Wilhelm Huguenau», subrayada en rojo. Huguenau comprendió al punto que tenía que jugárselo todo a una carta y, ante tan amenazador peligro, halló de nuevo aquella lúcida seguridad que hasta entonces siempre le había servido de protección. Y aunque empleó un tono suave, la dureza de su mirada tras los rutilantes cristales de las gafas dio a entender al mayor que tenía ante él a un hombre que sabía perfectamente cómo defender su pellejo:

—Hace mucho tiempo que esperaba algo parecido, mi respetado comandante. El desorden de la administración militar, permítame decirlo, es cada día mayor... Sí, ya puede mi comandante mover la cabeza, pero es así: por desgracia, yo soy un ejemplo viviente... Cuando me di de baja en el Servicio de Dirección de Prensa, el suboficial que estaba de guardia se quedó con mis papeles, pretextando que tenía que comunicarlo al regimiento. Ya entonces temí que aquello me acarrearé desagradables consecuencias, porque no es lo correcto enviar a un soldado de servicio sin documentación —en eso me dará mi comandante la razón—, pero me tranquilizaron asegurándome que más adelante me enviarían mis documentos. En mano sólo me dieron el billete militar para Tréveris, ¿comprende, mi comandante? ¡No llevaba encima más que el billete militar y, para todo lo demás, arréglatelas como puedas! Pues bien, el billete militar tuve que entregarlo, según mandan las ordenanzas, a los mandos de la estación... Esta es la historia. Naturalmente, yo mismo me he reprochado muchas veces haber descuidado este asunto durante tanto tiempo, pero, mi comandante sabe mejor que nadie lo ocupado que estoy; y, si la administración falla, no hay que echarle la culpa al simple contribuyente y al defensor de la patria. Es de suponer. Pero ¡en lugar de apechugar con la verdad, resulta mucho más cómodo acusar de desertor a un hombre honrado! Mi comandante, si mi deber de patriota no me lo impidiera, ¡por mi gusto yo publicaría en la prensa este caso inaudito!

Todo aquello parecía posible; el mayor volvió a sentirse seguro.

—Si mi Comandante me permite hacerle una proposición, yo le rogaría que procurase comunicar a la policía militar y al regimiento que yo dirijo el periódico oficioso local y que, en honor a la verdad, me haré enviar cuanto antes los documentos de que carezco, cosa de la que voy a ocuparme de inmediato.

El malhumor del mayor se aferró a la expresión «en honor a la verdad». ¡Vaya lenguaje se atrevía a usar aquel hombre!

—No es usted quien ha de decirme cómo debo redactar mis comunicados. Y, además, en honor a la verdad, no le creo a usted.

—¡Ah! ¿De verdad? ¿Mi comandante no me cree? ¿Tal vez mi comandante ha averiguado ya en qué denuncia digna de crédito se apoya esta notificación? Porque es a todas luces evidente que se trata de una denuncia... y añado que es una denuncia ridícula y malintencionada...

Miró al mayor con aire triunfal: éste, cogido de sorpresa por el nuevo ataque, ni tan siquiera atinó a pensar que, para tal comunicación, no hacía falta ninguna denuncia. Y Huguenau, creyéndose ya dueño de la situación, añadió:

—¿Cuántas personas saben que hay irregularidades en mis documentos? Yo sólo conozco a una y esa única persona, hablando aparentemente en broma o utilizando símbolos, como a él le gusta llamarlos, me ha atacado con frecuencia llamándome traidor en más de una ocasión; acuérdesse, mi comandante... Conozco yo muy bien ese tipo de bromas en apariencia tan santas... Locura religiosa la llaman ustedes, pero a mí y a otros como yo pueden costarnos dinero si no llegan a costarnos la vida...

Inesperadamente, el mayor, dando incluso un golpe sobre la mesa con el abrecartas, le atajó:

—¿Quiere usted tener la amabilidad de dejar al margen de esto al señor redactor Esch? Es un hombre honrado.

Tal vez fue poco inteligente por parte de Huguenau no controlarse y procurar salirse por la tangente; su castillo de naipes amenazaba con derrumbarse en cualquier momento. Lo sabía perfectamente, pero en su interior algo le decía *va banque* y no pudo evitar decir:

—Con todos mis respetos, me permito recordarle a mi comandante que ha sido usted y no yo el primero en mencionar el nombre de Esch. Por tanto, no me he equivocado al pensar que él es el intachable denunciante. ¡Ah!, si el viento sopla de ese lado y mi comandante, habida cuenta la amistad que le une a Esch, quiere favorecer los asuntos que éste se lleva entre manos, entonces y con todo respeto solicito mi detención.

Había dado en el clavo. El mayor alzó un dedo en dirección a Huguenau y balbuceó con dificultad:

—Lárguese, lárguese... Le permito que se marche.

—Está bien, mi comandante, está bien... como usted quiera. Pero yo sé qué debo pensar de un oficial prusiano que recurre a tan mezquinos medios para desembarazarse de un testigo de sus derrotistas discursos en reuniones comunistas. Bien está inclinarse según sople el viento, pero a mí no me apetece en absoluto hacer de parabrasas... ¡Salud!

Estas últimas palabras, absurdas en realidad, y dichas por Huguenau a modo de remate final de su retórica, ya no fueron oídas por el mayor. Apenas sin voz, musitó de nuevo:

—Lárguese... que el traidor se largue... tiene que largarse...

Entretanto, Huguenau ya había abandonado el despacho y cerrado la puerta tras de sí.

¡Aquello era el final, el final impropio de caballeros! ¡Estigmatizado, estigmatizado para siempre! ¿Había alguna salida? No, no había escapatoria... El mayor sacó su pistola del cajón del escritorio y la puso ante sí. Luego cogió papel de cartas y también lo colocó ante sí: tenía que servir para solicitar la dimisión. Lo mejor sería solicitar una infamante degradación. Pero todo tenía que hacerse siguiendo el curso regular y oficial. Él no abandonaría su puesto sin haber cumplido antes entregándolo conforme a las ordenanzas.

Aunque el mayor creía cumplir todos estos actos con la exactitud y la rapidez de un soldado, todo sucedía en realidad muy despacio y cualquier movimiento exigía un gran esfuerzo. Y con un supremo esfuerzo comenzó a escribir con pulso firme. Tal vez debido precisamente a lo desmesurado de este esfuerzo, no pasó de las primeras palabras: «Dirigida a...», había escrito en el papel con una letra que a él mismo le resultaba extraña, y ahí se quedó... La pluma se había roto, había rasgado el papel y había hecho una mancha muy fea. Y sosteniendo con fuerza la pluma, apretándola de forma convulsa, el mayor, que ya no era el mayor sino un hombre viejo, fue derrumbándose lentamente. Intentó de nuevo mojar la rota pluma, pero tiró el tintero y la tinta formó un delgado arroyuelo sobre la mesa y goteó sobre el pantalón. El mayor ya no se daba cuenta. Sentado, con las manos manchadas de tinta, miraba fijo hacia la puerta por la que había salido Huguenau. Pero, cuando al cabo de un rato la puerta se abrió y apareció en ella el ordenanza, todavía tuvo ánimos para levantarse y extender el brazo con gesto autoritario:

—Lárguese —ordenó al un tanto perplejo ordenanza—, lárguese... Me quedo de servicio.

LXXX

Jaretzki emprendió el viaje con el capitán Von Schnaack. Desde detrás de la verja, las enfermeras saludaron con la mano al coche que los conducía a la estación. Cuando volvieron a entrar en el edificio, la enfermera Mathilde tenía el anguloso aspecto de una solterona. Flurschütz dijo:

—En realidad ayer noche fue usted sumamente amable portándose con él como se portó... El muchacho estaba que daba asco... ¿De dónde sacó el licor polaco?

—Es muy desgraciado —dijo la enfermera Mathilde—.

¿Ha leído usted *Las almas muertas*?

—Deje que recuerde... creo que sí...

—Gogol —dijo la enfermera Carla, muy orgullosa de su cultura, que le brindaba siempre la respuesta oportuna—, siervos rusos de la gleba...

—Una de esas almas muertas, ése es Jaretzki —dijo Flurschütz. Y, al cabo de un rato, señalando a los grupos de soldados que había por el jardín, añadió—:... Todos ellos son almas muertas... Probablemente nosotros también lo somos; de algún modo, todos nosotros padecemos el mismo mal.

—¿Podría prestarme ese libro? —preguntó la enfermera Mathilde.

—No lo tengo aquí... Pero en alguna parte lo encontrará usted... Por lo demás, los libros... Ya sabe que ahora no puedo leer...

Se había sentado en el banco junto a la entrada, miraba hacia la calle y hacia las montañas, hacia aquel claro cielo de otoño algo más oscuro por el norte. La enfermera Mathilde dudó un poco, y también ella se sentó.

—¿Sabe usted señorita Mathilde?, en realidad habría que encontrar un medio de comunicación que no fuera el lenguaje... Todo lo que pueda decirse y escribirse se ha vuelto absolutamente sordo y mudo... Tendría que existir algo nuevo, de lo contrario nuestro médico jefe acabará por tener razón con su cirugía...

—No acabo de comprender —dijo la enfermera Mathilde.

—¡Ah, no se esfuerce, es una idiotez...! Quería decir simplemente que, si las almas están muertas, sólo queda el bisturí... pero es un disparate.

La enfermera Mathilde reflexionó:

—¿No dijo algo parecido el teniente Jaretzki cuando hubo que amputarle el brazo?

—Es posible, tenía la manía del radicalismo... Naturalmente no podía ser sino radical... como todo animal enjaulado...

A la enfermera Mathilde le chocó la palabra «animal»:

—Yo creo que él se esforzaba simplemente en olvidarlo todo... Una vez lo dio a entender, y lo de la bebida...

Flurschütz se había echado la gorra hacia atrás; notó la cicatriz de su frente y se la

frotó con suavidad:

—A decir verdad, no me extrañaría que, a partir de ahora, entrásemos en un período en que los hombres se dedicaran únicamente a olvidar, sólo a olvidar: dormir, comer, dormir, comer... Como hace aquí la gente: dormir, comer, jugar a cartas...

—Sería espantoso, ¡sin ideales en absoluto!

—Querida señorita Mathilde, lo que usted está viviendo aquí no es la guerra de verdad sino una versión de la guerra en miniatura... Hace cuatro años que no se mueve usted de aquí... Todo el mundo calla, cuando están heridos todos callan... Pero ninguno ha traído consigo sus ideales, créame.

La enfermera Mathilde se había puesto de pie. Ahora un ancho muro de nubes parecía amenazar el claro cielo.

—Me inscribiré de nuevo en un hospital de campaña en cuanto pueda —dijo Flurschütz.

—El teniente Jaretzki opinaba que la guerra no terminaría nunca.

—Sí, tal vez por eso precisamente quiero volver al frente.

—También yo debería inscribirme.

—No, bastante hace usted aquí.

La enfermera Mathilde observó el cielo:

—He de entrar las tumbonas.

—Sí, señorita Mathilde, hágalo.

LXXXI

Era sábado. En la imprenta, Huguenau pagaba los salarios.

La vida había seguido su curso habitual; ni por un momento se le había ocurrido a Huguenau pensar que tenía que huir, porque le buscaban y le perseguían por desertor. Se había limitado a quedarse sencillamente donde estaba. Y no sólo porque se sintiera ya demasiado atado a su círculo de influencia, ni porque a toda conciencia de comerciante le sea demasiado difícil renunciar de pronto a una empresa en la que ha invertido una bonita suma de dinero, propia o ajena, sino porque le retenía la sensación de que todo se hallaba cerrado por todas partes, sensación que le impedía capitular, que le obligaba a reafirmar su realidad frente a los demás. Y aunque todo ello fuera un tanto nebuloso, a fin de cuentas una cosa resultaba no obstante evidente: que el mayor y Esch volverían a encontrarse y que se burlarían de él. Así pues, se quedó donde estaba y se limitó a llegar a un acuerdo con la señora Esch respecto al reembolso de las comidas no efectuadas, de forma que, sin perjuicios materiales, podía mantenerse con frecuencia apartado de las odiosas comidas.

Naturalmente él sabía que aquella situación no se había provocado para favorecer las acciones particulares contra un vulgar desertor alsaciano; se hallaba en una situación de relativa seguridad y, además, casi tenía al mayor a merced de un chantaje. Él lo sabía, pero no quería saberlo. Al contrario, imaginaba que la guerra podía cambiar de signo por un golpe de fortuna y que el mayor se convertía en un personaje importante que, en unión de Esch, sólo esperaba el momento oportuno para hundirlo. Se trataba, pues, de combatir esos planes mientras fuera posible hacerlo. Tal vez fuera por simple superstición, pero no tenía derecho a cruzarse de brazos, necesitaba aprovechar el tiempo que le quedaba, todavía tenía negocios urgentísimos que arreglar, y, como hubiera sido incapaz de explicar a qué venía tanta urgencia, se tranquilizó pensando que, si él colocaba contraminas, sus enemigos tendrían que arreglárselas como pudieran.

Así pues, estaba pagando los salarios. Lindner miró el dinero, lo volvió a contar, miró de nuevo el dinero y, por último, lo dejó sobre la mesa. El ayudante de cajista, que estaba a su lado, tampoco dijo nada. Huguenau no comprendía:

—Bueno, Lindner, ¿por qué no lo coge? ¿Va a resultar al final que tiene usted algo contra el dinero?

Lindner dijo con evidente hostilidad:

—La tarifa sindical es de noventa y dos pfennigs. Aquello era algo nuevo, pero Huguenau no perdió el control:

—Claro, en efecto, así es en las grandes empresas... Pero en una empresa de mala muerte como ésta... Un trabajador viejo y experimentado como usted debería saber cómo van las cosas. Nos atacan por todas partes, todo son enemigos... Si yo no hubiera sacado a flote el periódico, hoy no habría ningún tipo de salario... ¡Y así me

lo agradecen! ¿Cree usted que no me gustaría pagarle el doble? Pero ¿de dónde voy a sacarlo? Tal vez crea que nuestro periódico tiene alguna subvención del gobierno... En tal caso, sí tendría sentido ir al sindicato y exigir los salarios según las tarifas. Hasta yo me haría del sindicato. Las cosas me irían mucho mejor.

—Yo no soy del sindicato —refunfuñó Lindner.

—Entonces, ¿cómo sabe las tarifas sindicales?

—Esas cosas se saben enseguida.

Durante todo este rato, Huguenau había reflexionado. Naturalmente el culpable era Liebel con su propaganda sindical. ¡O sea que él también era un enemigo! Pero, en las actuales circunstancias, convenía tener buenas relaciones con Liebel:

—Bien, ya encontraremos una solución... Digamos que, a partir de noviembre, nuevas tarifas. Hasta entonces queda tiempo para hablar.

Los dos hombres se dieron por satisfechos.

Por la noche se dirigió al café Zur Pfalz a fin de encontrar a Liebel. De hecho, el incidente Lindner sólo era un pretexto. Huguenau no estaba precisamente de mal humor, veía muy claro el asunto. Uno ha de saber dónde tiene a su enemigo; entonces, y si es preciso, puede uno cambiar el frente de operaciones. Pues bien, él sabía dónde estaba el enemigo. Ahora han cerrado el burdel y dos tabernas de las afueras... Pero cuando él se ofreció a combatir a los elementos subversivos, el mayor no lo aceptó. Ya está: el viejo ha de ser elogiado de nuevo en el periódico de mañana, esta vez por haber cerrado el burdel. Y Huguenau tarareó para sus adentros:

«Señor Dios, Dios de los ejércitos».

En el café Zur Pfalz estaban Liebel, el doctor Pelzer, enrolado como voluntario, y otros hombres. Cuando llegó, Pelzer le preguntó:

—¿Y dónde se ha dejado usted a Esch? Hace tiempo que no se le ve.

Huguenau sonrió burlón:

—Meditación bíblica del santo *sabbath*... No tardará en hacerse circuncidar.

Estalló una carcajada general y Huguenau se sintió orgulloso. Pero Pelzer le dijo:

—No importa, de todos modos Esch es un gran tipo. Liebel meneó la cabeza:

—Es increíble lo que pasa hoy en día...

—Precisamente en tiempos como éstos —dijo Pelzer— es cuando la gente fabrica sus propias ideas... Yo soy socialista, y usted, Liebel, también... No obstante, Esch es un gran tipo... a mí me gusta.

La frente un tanto abultada de Liebel se tiñó de rojo y la vena que la cruzaba se hinchó:

—En mi opinión, todo eso sólo sirve para aborregar el pueblo, y debería suprimirse.

—Exacto —dijo Huguenau—, son ideas destructivas. Alguien de la mesa se rió:

—¡Vaya por Dios y cómo hablan ahora hasta los grandes capitalistas!

Los cristales de las gafas de Huguenau lanzaron un destello en dirección al que había hablado:

—Si yo fuera un gran capitalista no estaría aquí sentado sino en Colonia o tal vez en Berlín.

—Bueno, tampoco es usted precisamente un comunista, señor Huguenau —dijo Pelzer.

—En efecto, mi distinguido señor doctor, no lo soy... Pero sé lo que es justo y lo que no lo es... ¿Quién fue el primero en denunciar las irregularidades de la penitenciaría, eh?

—Nadie niega sus méritos —admitió Pelzer—. ¿De dónde hubiéramos sacado un Bismark de hierro tan bonito si no hubiera sido por usted?

Huguenau adoptó aires de persona respetable; dio un golpecito en el hombro de Pelzer:

—¡Las bromas con su tía, amigo mío!

Pero luego soltó el trapo: que si méritos por aquí, que si méritos por allá. Desde luego él siempre había sido un buen patriota, desde luego él había celebrado siempre las victorias de su país. ¡Que se atrevieran a censurarle por ello! Pero lo había hecho porque sabía que era el único medio de cantarle las cuarenta a la burguesía, que, ni que decir tiene, conserva su bolsa bien atada, y obligarla a hacer algo por los hijos de los pobres proletarios caídos en el frente. Si no recordaba mal, ¡era él quien lo había conseguido! ¿Y cómo se lo agradecían?

¡No le sorprendería que la policía tuviera en sus manos órdenes secretas contra él! Pero él no tenía miedo, podían venir, todavía tenía amigos que, llegado el caso, le sacarían de la cárcel. ¡Había que acabar con la jurisdicción secreta! Sin saber cómo, un hombre desaparece y luego se sabe que lo han encerrado en la cárcel. ¡Dios, cuántos habrá pudriéndose en los calabozos! No, no hay justicia, ¡sólo tenemos una justicia policial! Y lo peor era el fariseísmo de los esbirros de la policía, siempre con la Biblia en la mano, pero siempre para darle con ella a alguien en la cabeza. Pero, eso sí, antes y después de la pitanza, hay que rezar una oración bendiciendo la mesa mientras los demás, con oración o sin ella, revientan de hambre... Pelzer había escuchado con complacencia, pero, llegado a este punto, le interrumpió:

—Tengo la impresión, Huguenau, de que usted es un *agent provocateur*.

Huguenau se rascó la cabeza:

—¿Cree usted que no me han hecho proposiciones de ese tipo? Si yo le contara... ¡Bah!, dejémoslo... Siempre he sido un hombre correcto y seguiré siéndolo aunque me cueste el cuello... Lo único que no soporto es el fariseísmo.

—Realmente lo que están haciendo con la Biblia... —corroboró Liebel—. Alimentar al pueblo con citas bíblicas, eso es lo que les gusta a los amos.

Huguenau asintió con la cabeza:

—Exacto, primero citas bíblicas y luego fusilamientos... Hay mucha gente que el otro día oyó conmigo los fusilamientos en la prisión... Bueno, no quiero hablar. Pero antes que a una de esas reuniones prefiero irme al cine.

Así adoptaba Huguenau posiciones en la incipiente lucha entre los de arriba y los

de abajo. Y aunque la propaganda bolchevique le fuera del todo indiferente, aunque él habría sido el primero en pedir protección si se tratara de sus propios bienes y aunque publicara con desagrado en *El Mensajero del Electorado de Tréveris* el número creciente de atracos, dijo ahora con auténtica convicción:

—Los rusos son unos tipos muy sensatos.

—Yo así lo creo —dijo Pelzer.

Cuando salían del local, Huguenau levantó un dedo amenazador contra Liebel:

—Conmigo también ha sido usted un fariseo... azuzar de ese modo al viejo Lindner, cuando yo sólo trabajo para esas gentes... Usted lo sabe de sobra. En fin, ya lo aclararemos entre usted y yo.

LXXXII

Una niña de ocho años que tiene la intención de irse sola a correr mundo.

Camina por el estrecho sendero de hierba que queda entre las rodadas y ve los botones de trébol lila pálido por allí perdidos y marchitos; ve boñigas de vaca, resacas y blancuzcas por el tiempo, en cuyos bordes ha vuelto a crecer la hierba, y nota los espinos que se enganchan en las medias y pinchan. La niña ve muchas y diferentes cosas, ve los cólquicos en los prados, ve dos vacas de un gris amarillento paciendo en la ladera que desciende hacia el valle y, como no puede mirar el paisaje ininterrumpidamente, baja la vista hacia su vestido y contempla las primorosas rosas silvestres bordadas en el negro algodón: siempre hay una flor abierta junto a un capullo erguido sobre un tallo verde claro entre dos hojitas verdes, y en el centro de la rosa abierta hay un punto amarillo. A la niña le gustaría tener un sombrero negro en el que poder prender una rosa y un capullo con dos hojitas; quedaría muy bien. Pero tiene un impermeable con capucha.

Ahora bien, la niña, que camina a lo largo del río con una mano en la cadera y apretando muy fuerte en la otra una moneda de un marco para los gastos de viaje, conoce la región perfectamente. Camina a través del paisaje como un ama de casa por su vivienda y si, por la agradable sensación que le produce en el dedo gordo del pie, le da una patada a un guijarro, es como si pusiera orden. Todo en torno es claridad. La niña ve ahora los grupos de árboles que se elevan, recortados, en el aire límpido de la tarde otoñal, y el paisaje no tiene secretos para ella: tras el aire límpido se halla el claro cielo azul, entre las verdes copas se transparenta siempre, como si no pudiera ser de otro modo, un árbol de hojas amarillentas elevándose hacia el cielo y, de vez en cuando, aunque no sople viento, la brisa trae una hoja amarillenta que, meciéndose con suavidad, va a posarse sobre el camino.

Si la niña vuelve los ojos hacia la derecha, allí donde las praderas y los arbustos ribetean las márgenes del río, puede que vea los cantos rodados del lecho de la corriente y puede que vea también el agua, pues en otoño los arbustos están más secos y, no formando ya aquel verde muro impenetrable, dejan al descubierto las pardas ramas. Pero si la niña vuelve los ojos hacia la izquierda, ve la pradera pantanosa; ahí está, inquietante y maligna, y si uno pretende pisar su hierba, el agua se mete en los zapatos. No se debe atravesar una pradera pantanosa como ésta, pues, ¿quién sabe?, tal vez uno podría ahogarse sin remisión en sus aguas pantanosas.

El sentimiento de la naturaleza es en los niños menor que en los adultos, pero en cambio es más intenso. Los niños no se detienen ante un bello panorama que les permita hacerse cargo de una región, pero, en cambio, un árbol erguido en una colina lejana puede atraerles tanto que su mayor deseo consista en cogerlo con la boca y correr hacia él para tocarlo. Y en lugar de contemplar la grandiosidad de un valle extendido a sus pies prefieren precipitarse en él, como si así pudieran también arrojar

en él su propia inquietud; por eso los niños están siempre moviéndose, muchas veces sin ninguna utilidad, y bailan en la hierba, trepan a los árboles, intentan comerse el follaje y, por último, se refugian en la copa de un árbol o en la oscuridad protectora de un arbusto.

En consecuencia, mucho de lo que en general suele atribuirse al casi inagotable despliegue de energías infantiles y a su exuberante vitalidad, carente de sentido y de sentido llena, no es sino el desnudo miedo de la criatura que comienza a morir al reconocer su soledad; o sea que, en muchos aspectos, el corretear de los niños es la desorientación errante del comienzo del curso de la vida; su risa, acusada muchas veces por los adultos de inmotivada, es la risa del que se encuentra sorprendido y asaltado por la soledad; y por todo ello resulta comprensible que una criatura de ocho años decida correr mundo a fin de, con ese supremo y extraordinario esfuerzo, que podríamos calificar de heroico y definitivo, condensar su propia soledad para vencer en ella la gran soledad, lanzar el infinito contra la unidad, la unidad contra el infinito; además de eso, muchas otras se hacen comprensibles y, en una empresa de este tipo, no son los motivos habituales ni su peso lo que importa, sino que se trata de otras motivaciones: una mariposa, por ejemplo —o sea, algo tan insignificante que no alteraría el equilibrio de una balanza—, puede influir en el curso de los acontecimientos. Sí, puede suceder así: supongamos que esta mariposa; tras haber revoloteado un rato ante la criatura, se aparta ahora de su camino y desaparece por encima de la pradera pantanosa; este hecho carecerá de importancia ante los ojos de los adultos, porque son incapaces de ver que no ha sido la mariposa sino su alma la que ha abandonado a la criatura. Y la niña se detiene, quita su mano de la cadera y, con un rápido movimiento, condenado de entrada al fracaso, intenta atrapar lo que hace ya rato se ha escapado.

Ahora la niña recorre otro trecho de su camino inicial. Llega casi hasta el gran puente de hierro que, procedente del este, conduce el paisaje hasta la ciudad, que le sale al encuentro. En este punto, el sendero de junto a la ribera, seguido hasta ahora por la niña, llevaría hacia arriba, hacia la cinta de la carretera, para volver a descender por el otro lado. Pero la niña no llega hasta allí. Porque frente a este puente tan conocido para ella, frente al gris enrejado de hierro, a través del cual el bosque de abetos se ve dividido en negros cuadros, visión que siempre le ha infundido mucho miedo, y frente a la familiaridad sorprendente de lo conocido, que parece decidido a no acabar nunca, la niña opta de pronto por salir del valle definitivamente. Dicho y hecho. Y si la niña tal vez había esperado al salir de casa que lo conocido y lo familiar fueran deslizándose poco a poco, sin dolor, por así decirlo, en el seno de lo que a ella le es ajeno, el dolor de la despedida queda amortiguado por el deseo de llegar al otro extremo de la pradera pantanosa, por donde ha desaparecido la mariposa.

La pendiente se eleva allí de forma moderada, pero lo suficientemente alta como para que la niña sólo distinga el tejado de la casa que hay arriba y las copas de los

árboles. Tal vez habría sido más sensato emprender la ascensión por la carretera. Pero la impaciencia de la niña es demasiado grande para hacerlo: bajo el cielo azul claro, ese cielo fresco-cálido de después del verano, bajo los rayos del sol que queman la espalda, la niña empieza a correr; corre en torno a la pradera pantanosa a fin de encontrar un paso a un sendero; quiere encontrar un sendero, por estrecho que sea, pero buscándolo ha rodeado la pradera y se halla al pie de la colina, como si la colina, camello que se arrodilla para que lo monten, le hubiera salido al encuentro. Esta doble prisa —la propia y la de la colina— encierra algo de inquietante, y de hecho la niña, al ir a poner el pie en la curva imperceptible merced a la cual la llana pradera comienza a ascender hacia lo alto, duda. Si ahora levanta la cabeza, la casa de labor de allá arriba desaparece por completo y sólo se ven las copas de algunos árboles. No obstante, cuanto más trepa hacia arriba más crece a sus ojos la hacienda de lo alto; primero los árboles de intenso verdor, como si allí la primavera tirase de ellos; luego el tejado del que surge, erguido como una vela, un estandarte de humo y, finalmente, entre los troncos, aparecen los blancos muros de la casa. Es una casa de campo situada en el centro de un jardín muy verde, y la última pendiente, tan inclinada que la niña sólo puede subirla a gatas, es también tan verde que la niña se limita a mover las manos hasta quedar tendida boca abajo, con el rostro entre la hierba, y arrastrar las rodillas con lentitud.

Ahora, cuando la niña está de verdad arriba y el perro de la finca comienza a tirar de la cadena, la esperada primavera ha desaparecido. Desde luego el paisaje resulta desconocido y extraño e, incluso el valle, hacia el que ahora lanza una mirada, no es ya el mismo valle del que acaba de salir. ¡Doble metamorfosis! Metamorfosis preñada de tristeza, mas, pese a ello, no decisiva, pues la metamorfosis sólo puede basarse en la luz: con la rapidez propia del otoño, la límpida claridad de la luz se ha tornado lechosa, pero, al mismo tiempo, frente a la bóveda ahora blanquecina del cielo, surge otro cielo, porque el valle comienza a llenarse de blanca niebla. Todavía es la hora primera de la tarde, pero ya empieza la noche de lo desconocido. El camino a cuyo borde se halla la casa de campo se alarga hasta el infinito, y en el frío que aumenta por momentos mueren las mariposas. Pero la niña comprende de pronto —¡y esto sí es lo decisivo!— que no existe ninguna meta, que su andar de aquí para allá buscando una meta es algo por completo estéril, que a lo sumo el infinito puede ser una meta. La niña no piensa todo esto, se limita a contestar con sus actos la pregunta jamás formulada, se precipita en lo desconocido, huye hacia el camino, huye hacia el camino que se alarga infinito en sí mismo, pierde el control y en su agotadora carrera, semejante a una parada entre los inmóviles muros de la niebla, ni siquiera puede llorar. Y cuando, filtrándose entre la niebla, llega en realidad el anochecer, la luna se convierte en una mancha blanca sobre el muro de niebla, y cuando, tras un golpe insonoro, la niebla se esfuma y las estrellas forman un arco, cuando la inmovilidad del atardecer queda borrada por la fijeza de la noche, la niña llega a un pueblecito desconocido y tropieza en las piedras de las mudas callejas en las que, aquí y allá, se

ve algún carruaje sin enganchar.

Apenas importa saber hasta dónde llegó Marguerite, si la trajeron de nuevo o si fue víctima de un vagabundo; el sonambulismo del infinito ha caído sobre ella y ya nunca más se verá libre de él.

LXXXIII

Historia de la muchacha salutista de Berlín 15

¡Oh, año nuevo, año otoñal de las callejas hambrientas!
¡Oh, dulces astros, que dan calor en las jornadas de otoño!
¡Oh, larga angustia! ¡Oh, largo día de las cosechas vacías!
¡Oh, despedida llena de angustia!, cuando sumisos y solos se despidieron y en
sus pupilas, por el dolor apenadas,
tan sólo había un «saber-ya» y la renuncia sin llantos.
Se separaron
y en la ciudad donde los coches ululan
uno tras otro sus caminos se perdieron,
una tras otra hanse perdido sus huellas,
uno tras otro su corazón se ha perdido;
y nació la angustia:
el sol no brilla, la luna es como una piedra blancuzca
y, sin embargo, nada es temor, pues en el brillo de plata
de los ancianos cuya misión es el destino del alma,
en ese brillo, ¡la angustia se vuelve la ofrenda más santa!
¿Y no fue la angustia lo que les atrajo,
como junta el viento las hojas cansadas?
¿Y no fue la angustia de su amor un feudo
de la gran angustia del rojizo cielo
bajo cuya arcada hay coros de plata,
los coros que manan desde sus miradas?
Volando desciende tímida paloma,
el mar sobrevuela y olas de diluvio,
y trae la alianza a todas las almas:
Dios reina en la angustia y en el abandono del silencio reina,
en Él el amor angustia se vuelve y la angustia en voluntad de amor,
se vuelve alianza entre el tiempo y todos los tiempos a la tierra atados,
en pacto de soledad con todas las soledades...
Dios sumergió en el amor la gran angustia,
y en tu angustia, ¡oh, Dios!, tu ser se hace pensamiento.

LXXXIV

Las reuniones bíblicas se veían ahora muy poco frecuentadas. Los acontecimientos externos atraían las miradas, desviándolas de lo que sucedía en el interior de las almas, y esto era sobre todo aplicable a los forasteros, los cuales, así que olfatean la posibilidad de un pronto retorno a su hogar, prestan oídos a cualquier rumor. Los naturales del lugar eran más constantes; para éstos las sesiones bíblicas habían pasado a formar parte del acostumbrado orden de cosas que deseaban conservar independientemente de que hubiera guerra o paz, mas, en el fondo, cada uno conservaba en su interior un rincón donde los rumores de paz, antes que alegrar, estorbaban.

Como naturales del lugar, Fendrich y Samwald eran de los más asiduos. Cierto que Huguenau afirmaba que Fendrich acudía tan sólo porque la señora Esch siempre tenía leche en casa; a veces, incluso aseguraba que su desayuno era más reducido porque la señora Esch reservaba leche para aquellos beatos. Y no ocultaba su punto de vista. La señora Esch se reía:

—¿Quién debería entonces estar celoso, señor Huguenau? Pero Huguenau tenía la respuesta siempre a punto:

—Lleve usted cuidado, mamá Esch, la beatería de su esposo acabará por sumirlos en la miseria.

Dicho sea de paso, las insinuaciones de Huguenau eran injustas: Fendrich hubiera acudido lo mismo sin café con leche.

De todos modos, ahora estaban los dos, Fendrich y Samwald, sentados de nuevo en la cocina. Huguenau, que se disponía a salir, asomó la nariz:

—¿Qué, comen a gusto los señores? La señora Esch contestó en su lugar:

—¡Bah, si no tengo nada en casa!

Huguenau observó la boca de los dos hombres para ver si masticaban, observó también la mesa y, al no descubrir alimento de ningún tipo, quedó satisfecho.

—Bueno, en tal caso puedo dejarles a ustedes con toda tranquilidad. Está usted en buena compañía, mamá Esch.

No obstante se quedó; le hubiera gustado saber de qué hablaba la señora Esch con ellos. Pero, como todos callaban, inició él la conversación:

—¿Y dónde está hoy su amigo, señor Samwald? El de los bastones.

Samwald señaló hacia la ventana, cuyos cristales temblaban debido al viento de otoño:

—Cuando hace mal tiempo, le duele todo... Lo nota de antemano.

—*Oh, la la!* —dijo Huguenau—, eso es reuma; es muy desagradable, en efecto.

Samwald denegó con la cabeza:

—No, él lo sabe... sabe cosas antes que nosotros... Huguenau sólo escuchaba a medias:

—También puede ser artritis. Fendrich se estremeció un poco:

—También yo lo noto, en todo el cuerpo... En la fábrica hay veinte o más con gripe... La hija del viejo Petri murió ayer... También ha muerto gente en el Hospital Militar. Esch dice que es la peste... peste pulmonar.

Huguenau se sintió asqueado.

—Ése debería tener cuidado con sus peroratas derrotistas... ¡Peste!, sólo nos faltaba eso.

—A Gödicke ya no puede atacarle la peste —dijo Samwald—. Es un resucitado.

Fendrich sabía algo más sobre el tema:

—Según la Biblia, ahora se desatarán todas las plagas del Apocalipsis... El mayor también lo ha profetizado... Esch también lo dice.

—Mierda, ya estoy harto —dijo Huguenau—; que ustedes sigan con tan amena conversación. ¡Salud!

En la escalera se tropezó con Esch:

—Arriba tiene usted a dos estupendos compadres... Si a toda la ciudad le da por hablar de la peste, usted tendrá la culpa... Con su mojigatería vuelve usted loco a todo el mundo; eso es aborregar al pueblo.

Esch enseñó su dentadura de caballo e hizo un gesto despectivo con la mano, lo que puso furioso a Huguenau:

—Esa risita no viene a cuento, señor pastor.

Para su sorpresa, Esch volvió a ponerse serio inmediatamente:

—Es verdad, la situación no es para reírse... Pero la gente tiene razón.

Huguenau se sintió incómodo:

—¿Y en qué tiene razón la gente...? ¿Tal vez en lo de la peste?

—En efecto, y sería mucho mejor para usted, mi honrado amigo —dijo Esch con aire tranquilo—, que admitiera de una vez que nos hallamos sumidos en la angustia y bajo el azote de Dios.

—Me gustaría saber de qué iba a servirme —dijo Huguenau, continuando escaleras abajo.

Esch adoptó el tono de un maestro de escuela:

—Desde luego yo podría decírselo, pero usted no quiere saberlo... Tiene usted miedo de saberlo.

Huguenau se volvió. Esch se hallaba dos escalones más arriba y su aspecto era fuerte y poderoso; resultaba penoso tener que mirarle así, desde abajo, por lo que Huguenau subió de nuevo un peldaño. Sintió desconfianza. ¿Qué podía saber? Pero cuando Esch comenzó «Sólo aquel que vive en la angustia participará de la Gracia...», Huguenau no le dejó continuar:

—¡Alto! Eso sí que no me hace falta oírlo... Esch emitió de nuevo su sarcástica risita:

—¿Qué le decía yo? Eso no encaja con sus nuevas tendencias... por lo demás nunca ha encajado.

Y se dispuso a continuar su camino.

Los ojos de Huguenau brillaron tras los cristales de sus gafas:

—Un momento, señor Esch. Esch se detuvo.

—Sí, señor Esch, he de decirle algo... Desde luego, todos esos desatinos no van conmigo... ríase usted o no, jamás han ido conmigo... Siempre he sido un hombre liberal y nunca lo he ocultado... Yo nunca me he metido en sus beaterías, de modo que tenga usted la amabilidad de dejar que me santifique a mi manera... Por mí puede usted llamarlo «nuevas tendencias», e incluso le autorizo a que husmee en mis asuntos, como evidentemente ya hace. Por lo demás, yo no soy, como usted, un tribuno del pueblo y, menos aún, un embrutecedor del pueblo; no tengo ambición, pero cuando oigo a la gente —naturalmente, no a esos beatos suyos de arriba—, me da la impresión de que las cosas van deslizándose por un cauce muy otro del que a usted le gustaría, señor pastor... Opino que no tardará en suceder algo y veo a algunas personas en la estacada... Si el mayor no hubiera preferido indisponerse conmigo, yo le advertiría, con todo respeto, del peligro; soy un buen muchacho... Claro que con usted no merece la pena seguir hablando, pero, con todo, dejo en su mano el avisar a tiempo a ese viejo loco y versátil. Como usted ve, conmigo se puede jugar con las cartas boca arriba; yo no ataco por la espalda, como hacen otros.

Y con estas palabras dio media vuelta definitivamente y continuó bajando la escalera con paso marcial y silbando. Enseguida se irritó consigo mismo por su benevolencia —no tenía motivo para sentirse culpable ante los señores Pasenow y Esch—, ¿por qué y de qué tenía en realidad que avisarles?

Esch no se había movido. Sentía una especie de punzada en el corazón. Luego dijo para sí: «Aquel que se sacrifica es honrado». Y aunque de un tipo como aquel Huguenau pudieran esperarse toda clase de maldades, mientras siguiera con sus baladronadas todo iría bien: perro que ladra, no muerde. Y si despotrica en los cafés, aún será menos peligroso, y para el mayor menos que para nadie. Esch sonrió, afirmó bien los pies en el suelo y luego abrió sus brazos, estirándolos como quien acaba de despertarse o como un crucificado. Se sentía fuerte, firme y seguro y, como si fuera una operación en la que el mundo saldara sus cuentas sin error alguno, repitió: «Aquel que se sacrifica es honrado».

LXXXV

«*Nadie ve a nadie en las tinieblas*» *Sucesos de los días 3, 4 y 5 de noviembre de 1918*

Lo que Huguenau había pronosticado se cumplió realmente: sucedió algo, y fue en los días 3 y 4 de noviembre.

El 2 de noviembre por la mañana, los trabajadores de la fábrica de papel realizaron una pequeña manifestación. Como suele suceder en tales casos, se concentraron frente al ayuntamiento, pero en esta ocasión, y en realidad sin motivo específico, apedrearon las ventanas. El mayor sacó a la media compañía de que aún disponía y los manifestantes se dispersaron. No obstante, la calma sólo era aparente. Corrían rumores por toda la ciudad; se sabía que el frente se había hundido y, en cambio, nadie sabía nada de las negociaciones de alto el fuego. El aire estaba preñado de malos augurios.

Así transcurrió el día. Al atardecer, se vio por el oeste un gran resplandor rojizo y corrió la voz de que Tréveris ardía por sus cuatro costados. Huguenau, que ahora se arrepentía de no haber vendido tiempo atrás el periódico a los comunistas, quiso lanzar una edición especial, pero los trabajadores habían desaparecido. Por la noche hubo un tiroteo en las proximidades de la cárcel. Se dijo que era una señal para incitar a los detenidos a la rebelión. Más tarde y de modo oficial se dijo que uno de los centinelas de la cárcel, por culpa de un malentendido, había disparado varios tiros de alarma, pero nadie le creyó.

Frío, brumoso e invernal amaneció entretanto el día. A las siete, el consejo municipal se reunió en el salón de sesiones, mal iluminado, revestido de madera y sin calefacción. Todo el mundo pedía que se proveyera de armas a los ciudadanos burgueses. Para salir al paso a quienes objetaban que tal medida podría interpretarse como una provocación dirigida contra los trabajadores, se decidió establecer un cuerpo de seguridad constituido por burgueses y por trabajadores. Hubo dificultades con el comandante de la plaza relacionadas con el reparto de fusiles procedentes de los almacenes de reserva de armamento, pero, al final —pasando casi por encima de la cabeza del mayor—, se consiguieron las armas. Como es natural no había tiempo para proceder a un reclutamiento regular y se recurrió a elegir, entre todos, bajo la presidencia del alcalde, un comité que se encargara de la distribución de los fusiles. Antes del mediodía ya se habían entregado armas a todos aquellos que pudieron demostrar que residían en la ciudad y que conocían su manejo y, al llegar a este punto, el comandante de la plaza no pudo continuar negándose a que los militares colaboraran con el cuerpo de seguridad; la distribución de centinelas se hizo incluso desde la comandancia.

Naturalmente, Esch y Huguenau se habían presentado. Esch, pendiente sobre todo

de permanecer cerca del mayor, solicitó prestar servicio en el interior de la población. Se le designó para el turno de noche, en tanto que Huguenau debería montar guardia en el puente a primera hora de la tarde.

Huguenau, sentado en el pretil de piedra del puente, bajo la niebla de noviembre, tenía frío. Junto a él estaba el fusil con la bayoneta calada. Por entre las piedras del pretil crecía la hierba y Huguenau se entretenía arrancándola. También podía arrancar de entre las piedras fragmentos antiquísimos de mortero y tirarlos al agua. Se aburría soberanamente y toda aquella situación le parecía absurda. El cuello del abrigo recién comprado, a pesar de estar subido y de lo mucho que le rozaba en el cuello y la barbilla, no le calentaba en absoluto. Por aburrimiento, hizo sus necesidades, pero también esto duró poco y volvió a sentarse. No tenía ningún sentido estar allí sentado, con aquel absurdo brazal verde en la manga y, además, con el frío que hacía. Pensó en darse una vuelta por el burdel, que estaba enfrente, ya que al mayor de nada le había servido cerrarlo; ahora se llamaba negocio clandestino.

Justo en el momento en que imaginaba a la vieja de la casa de citas encendiendo la calefacción y lo calentito que debería estarse allí dentro, apareció Marguerite.

—Vaya —dijo Huguenau—, ¿qué haces aquí...? Creí que te habías ido de viaje... ¿Qué has hecho con el marco que te di?

Marguerite no respondió. Huguenau prefería ir al burdel:

—No puedes serme de ninguna utilidad... todavía no tienes catorce años... Anda, vete a tu casa.

Sin embargo, la sienta en sus rodillas; así se está más caliente. Al cabo de unos instantes, pregunta:

—¿Te has puesto los pantalones de franela?

Al contestar la niña afirmativamente, él se tranquilizó.

Permanecieron sentados y muy juntos. A través de la niebla se oyó el reloj del ayuntamiento: las cinco, y qué oscuro ya.

—Los días son cortos —dijo Huguenau—, ha pasado otro año.

Un segundo reloj dio cuatro campanadas y luego cinco. Huguenau estaba más melancólico cada vez. ¿Y todo esto para qué? Allá, al otro lado de los campos, se encontraba la hacienda de Esch, y Huguenau escupió en aquella dirección trazando un gran arco. Pero entonces le entró miedo: había dejado abierta la puerta de la imprenta y, si hoy se cometían actos de pillaje, le destrozarían sus máquinas.

—Baja —le dijo a Marguerite de mal humor, y, como ésta dudara, le dio un bofetón. Con ansia rebuscó en sus bolsillos la llave de la imprenta. ¿Debería ir él en persona, o sería mejor enviar a Marguerite con las llaves a casa de la señora Esch?

A punto estaba ya de abandonar su puesto y dirigirse a la casa, cuando algo le

hizo temblar, presa de un miedo espantoso que la sacudía de la cabeza a los pies: allá en los linderos del bosque surgió un resplandor seguido de una horrible detonación. Aún tuvo tiempo de comprender que en la compañía de morteros algún idiota había hecho explotar un resto de municiones, pero así y todo ya se había echado instintivamente al suelo, y fue lo bastante precavido como para permanecer tendido en espera de otras posibles explosiones. En efecto, a los pocos instantes sonaron dos fuertes detonaciones más y después el ruido fue extinguiéndose en una sucesión de disparos aislados.

Huguenau observó con prudencia por encima del pretil de piedra, vio los arruinados muros de los almacenes de municiones, rojos por dentro y resplandecientes por fuera, ardiendo lentamente. «La cosa comienza», dijo para sí; se levantó y se sacudió el abrigo nuevo. Luego buscó con la mirada a Marguerite, le silbó varias veces, pero la niña había salido corriendo; confiaba en que se hubiera ido a casa. No le quedaba mucho tiempo para reflexionar, pues, procedentes del cuartel, se acercaban ya grupos de personas corriendo y llevando bastones e incluso fusiles. Y, para asombro de Huguenau, Marguerite corría con ellos.

Era evidente que iban camino de la penitenciaría. Lo comprendió al instante, y se sintió como un general de Estado Mayor cuyas órdenes se cumplen al segundo y al pie de la letra. En su interior una voz dijo «gente estupenda», y le pareció natural unirse a ellos.

A paso de carga y bramando llegaron a la penitenciaría. El portón estaba cerrado. Una lluvia de piedras cayó sobre él y luego procedieron a un ataque frontal. Huguenau fue el primero en asestar un culatazo a las tablas de madera. Alguien se había procurado una barra de hierro para hacer palanca, y no hubo que trabajar mucho; enseguida se abrió una brecha, la puerta saltó en pedazos y la masa se precipitó en el patio interior. No había nadie; el personal se había ocultado en alguna parte. Bueno, los cazarían en sus madrigueras a aquellos tipos... Pero de las celdas surgía un cántico salvaje y atronador: «¡Viva, viva, viva, tres veces viva!».

Cuando sonó la primera detonación, Esch se encontraba en la cocina. De un salto se plantó ante la ventana, pero, cuando a la segunda explosión la ventana se le vino encima con marco y todo y un gran estrépito, saltó hacia atrás. ¿Era un ataque aéreo? Su mujer, de rodillas entre los cristales rotos, farfullaba padrenuestros. Durante unos segundos, Esch se quedó mirándola con la boca abierta: ¡ella no había rezado en toda su vida! Después la levantó con violencia:

—¡Al sótano!, es la aviación.

Sin embargo, desde la escalera vio el incendio del almacén de municiones y oyó las detonaciones que venían de allí. O sea, que todo había empezado. Y su primer pensamiento fue «¡El mayor!». Empujar hacia el cuarto a su mujer que gimoteaba — al alejarse, todavía la oyó gemir que no la abandonara—, coger el fusil y precipitarse

escaleras abajo fue obra de un instante.

La calle rebosaba de gente. Todo el mundo gritaba. Se oía un toque de corneta en la plaza del Mercado. Esch subió jadeante calle arriba. Tras él alguien llevaba al trote un par de caballos enganchados; sabía que eran para los bomberos y comprobar que aún se conservaba intacto un mínimo de orden le dio una sensación de bienestar. La manga de incendios había sido llevada a la plaza del Mercado, pero faltaban hombres. El corneta, subido en el pescante, repetía una y otra vez su llamada, pero de momento sólo había seis hombres a punto. Por el otro extremo llegó a la plaza la compañía, y el capitán fue lo suficientemente sensato como para ponerla al servicio de los bomberos. Y partieron con la bomba que rechinaba espantosamente.

En el ayuntamiento, todas las puertas estaban abiertas. No se veía a nadie; en la comandancia tampoco. Esch se tranquilizó; o sea que, al menos enseguida, no darían con el viejo. Pero ¿dónde estaba? Cuando salía, Esch se encontró al fin con un soldado que venía en dirección contraria. Esch le preguntó a gritos si había visto al mayor. Sí, lo último que había hecho fue dar la alarma al cuerpo de seguridad, y ahora debería de estar en el cuartel o en la penitenciaría... Al parecer, ésta había sido atacada.

¡A la penitenciaría, pues! Esch partió, pesado y torpe, al galope.

Mientras la muchedumbre penetraba en el edificio de la penitenciaría, Huguenau se quedó en el patio. Sin lugar a dudas era un éxito, era un éxito, y Huguenau esbozó aquella mueca irónica suya que, esta vez, le salió a la perfección. El mayor no se extrañaría de verle allí, y no digamos Esch. No cabía duda, el éxito había sido rotundo; no obstante, Huguenau no se sentía del todo bien. ¿Qué pasaría luego? Contempló el patio; el cuartel en llamas producía un hermoso resplandor, pero en definitiva no era nada especialmente inaudito; nunca se había imaginado el patio de otro modo. Y estaba harto del brazal que llevaba.

¡De pronto estalló un gran griterío! Habían descubierto a un guardia y lo arrastraban hasta el patio. Cuando Huguenau se acercó, el hombre yacía en tierra como un crucificado; sólo agitaba al aire con rítmicas convulsiones una pierna. Dos mujeres se habían lanzado sobre él, y el tipo de la palanca de hierro, con sus botas de clavos, le pisaba una mano mientras la palanca caía sobre los huesos del torturado. Huguenau notó que iba a devolver. Con el pánico en el estómago y en el corazón, echó a correr hacia la ciudad con el fusil al hombro.

La ciudad, bajo el reflejo de los cuarteles incendiados, aparecía muy iluminada, con sus fachadas terminadas en punta y los negros contornos de los edificios perfilándose bajo las torres del ayuntamiento y de la iglesia. De éstas surgieron las campanadas de las cinco y media, despreocupadamente, como si la paz siguiera

flotando por encima de aquella colonia humana. Y el sonido familiar de los relojes, la visión familiar de los edificios, la paz toda reinante pese a que todo ardía, hizo del miedo asfixiante de Huguenau un irrefrenable anhelo de proximidad humana. Corrió campo a través, deteniéndose de vez en cuando para recobrar el aliento. Notó que olía a chacinería y de nuevo le vino a la mente el hecho de que las puertas de la imprenta no estaban cerradas, que los saqueadores y los ladrones saldrían ahora de la cárcel como una tromba, y, con temor redoblado, procuró seguir adelante, con todas sus fuerzas, para llegar a casa.

Hanna Wendling yacía en cama con fiebre alta. El doctor Kessel lo atribuía al haber dejado noche tras noche las ventanas abiertas, pero luego hubo de admitir que se trataba de una gripe.

Cuando se produjo la explosión y los cristales de las ventanas cayeron dentro de la habitación, Hanna no se sorprendió en absoluto: ella no tenía la culpa de que estuvieran cerradas, la habían obligado a cerrarlas y, como Heinrich no había hecho que pusieran rejas, ahora, naturalmente, entrarían los ladrones. Casi tranquila, se dijo: «Es el asalto de los de abajo», y aguardó a ver qué sucedería. Pero como el ruido era más ensordecedor cada vez, reflexionó y, consciente de pronto de que debía reunirse con el chico, saltó de la cama.

Se agarró con fuerza a los barrotes de la cabecera intentando ordenar sus ideas: el chico estaba en la cocina, sí, se acordaba de que lo había enviado abajo para evitar que se contagiara. También ella tenía que ir abajo.

Una violenta corriente de aire entró en la habitación. Todas las puertas y todas las ventanas habían saltado de sus marcos y, en el primer piso, se habían roto todos los cristales de la fachada, pues en esta parte del valle la onda expansiva se había notado con especial intensidad. La detonación siguiente había hecho saltar por los aires la mitad de las tejas del tejado. Si la casa no hubiera tenido calefacción central, el incendio habría sido inevitable. De todos modos, Hanna no notaba el frío, apenas percibía el ruido ensordecedor; ni comprendía lo que estaba sucediendo ni intentaba comprenderlo: se precipitó hacia la cocina pasando por delante de la doncella que chillaba y a la que encontró en el cuarto de los armarios.

En la cocina se dio cuenta de que debía de hacer frío, pues allí se estaba muy bien. Allá abajo las ventanas no habían sufrido desperfectos. En un rincón estaba la cocinera, muy acurrucada y con el chico en el regazo. El gato estaba tranquilamente tumbado delante del hogar. Y aquel extraño olor a quemado no impregnaba la nariz; olía a limpio y a tibieza. Se tenía la sensación de hallarse a salvo. Después se dio cuenta de que, con una incomprensible presencia de ánimo, había cogido la colcha de la cama. Se envolvió en ella y se sentó en el rincón más apartado de la cocina; había que tomar precauciones para no contagiar al muchacho y, cuando él quiso acercársele, lo rechazó. La doncella la había seguido y ahora llegaban también el

jardinero y su mujer:

—El cuartel está ardiendo... allá.

El jardinero señalaba hacia la ventana, pero las mujeres, sin atreverse a acercarse hasta ella, se quedaron donde estaban. Hanna se sentía completamente lúcida.

—Hay que esperar —dijo.

Y se arrebujo más en la colcha. De pronto, por alguna razón, se apagó la luz eléctrica. La doncella volvió a chillar. Hanna repitió de nuevo en la oscuridad:

—Hay que esperar...

Después volvió a hundirse en una especie de letargo. El muchacho se había quedado dormido en el regazo de la cocinera. La doncella y la mujer del jardinero estaban sentadas en los cajones del carbón; el jardinero, apoyado en el hogar. Las ventanas seguían crujiendo y, de vez en cuando, allá afuera, se desplomaba una nueva hilera de tejas. Estaban sentados en la oscuridad, mirando todos hacia las ventanas iluminadas por el resplandor, mirándolas inmóviles, y su inmovilidad fue aumentando por momentos.

Por el camino que lleva a la penitenciaría, Esch descendía sin aliento; el fusil se le había caído del hombro y lo llevaba en la mano, como un soldado dispuesto a atacar. Más o menos a medio camino, oyó el griterío de un grupo que se acercaba corriendo. Se lanzó sobre los matorrales para dejarlos pasar. Eran unas doscientas personas, gentuza de toda clase, entre ellos los presos, reconocibles por sus ropas grises. Unos intentaban cantar *La Marsellesa*, otros *La Internacional*. Una voz de sargento gritaba sin cesar: «¡En filas de a cuatro!», pero nadie le hacía caso. Delante del cortejo, un muñeco se balanceaba por encima de las cabezas de los primeros del grupo: colgaba de un palo, de una especie de horca; lo habían formado rellenando el uniforme de uno de los guardianes de la cárcel (probablemente lo habían desnudado para ello); el muñeco llevaba un letrero colgando del pecho y, a la oscilante luz de las llamas, Esch pudo descifrarlo: EL COMANDANTE DE LA PLAZA. Incluso llevaban a un niño, sentado en los hombros de uno de ellos; era una niña pequeña que se parecía a Marguerite, pero Esch no le prestó mucha atención; dejó que pasaran todos y, para evitar posibles encuentros con otros que vinieran tras ellos, continuó corriendo por el prado que había junto al camino.

Ante él aparecieron los faros de un coche. A Esch se le heló la sangre en las venas: ¡Sólo podía ser el mayor!, el mayor que, inevitablemente, iba a echarse en brazos de los sublevados. ¡Había que detenerlo, detenerlo a cualquier precio! Esch salió de entre la maleza y se plantó en mitad del camino gritando y haciendo señales con las manos. Pero o no le vieron o no quisieron verle, y si no hubiera saltado hacia un lado le habrían atropellado. Tuvo el tiempo justo de comprobar que, en efecto, era el coche del mayor y que éste iba con tres soldados, uno de ellos en el estribo. Quedó desolado mirando fijamente hacia el coche; después echó a correr tras él con todas las

fuerzas de que era capaz; corría con un miedo cerval, esperando a cada momento verse obligado a asistir a un espectáculo espantoso. Delante de él, aunque algo lejos, sonaron disparos, luego un golpe estrepitoso parecido a una explosión, gritos y un ruido infernal. De un salto volvió a hundirse en la maleza.

La muchedumbre se había congregado ante los primeros edificios: alrededor todo se veía aún iluminado por el incendio. Ocultándose tras la maleza, logró alcanzar la verja de un primer jardín y, a su amparo, pudo acercarse. El coche, volcado sobre un costado, ardía junto a la maleza que bordeaba el camino. Al parecer, el conductor, al encontrarse con la masa de gente, o tal vez alcanzado por una piedra, había perdido el dominio del vehículo y había ido a chocar contra el talud lateral. Medio agachado ante un árbol contra el que había golpeado su cráneo, respiraba aún, aunque con dificultad, mientras uno de los soldados yacía en mitad del camino cuan largo era. El otro, en cambio, un suboficial, salido sin duda ileso del accidente, se hallaba rodeado por aquella jauría enloquecida. Bajo los puñetazos y los bastonazos hacía débiles movimientos de súplica; dijo algo inaudible entre tanto ruido y luego también él se desplomó. Esch se preguntaba si debía o no disparar contra aquella horda, cuando una llamarada azulada surgió del capó del motor y alguien gritó: «¡El coche va a explotar!». La muchedumbre se replegó hacia atrás y todos callaron en espera de la explosión. Pero como no pasó nada y el coche continuó ardiendo sin ruido, no tardaron en estallar gritos de «¡A la comandancia!», «¡Al ayuntamiento!», y el grupo se arremolinó en dirección a la ciudad.

Pero ¿dónde estaba el mayor? De pronto Esch lo supo con toda seguridad: debajo del coche y a punto de abrasarse vivo. Aguijoneado por el miedo, Esch trepó por la verja y saltó en dirección al coche; sacudió la carrocería, se le llenó la garganta de sollozos secos al comprobar que él solo no podía levantarla. Desesperado, de pie ante el vehículo en llamas, se abrasó las manos en un nuevo intento. Entonces se le acercó un hombre. Era el tercer soldado, ileso, pues había salido disparado por encima de la maleza y había ido a caer en el prado. Entre los dos lograron levantar un poco un lado del coche. Esch se arrastró por debajo, sosteniendo el coche con la espalda mientras el soldado tiraba del mayor. «¡Gracias a Dios!» Pero con ello no todo quedaba solucionado; había que apartarse cuanto antes del peligroso automóvil. Así que trasladaron al mayor, inconsciente, por encima del talud y lo dejaron en el prado detrás de unos arbustos.

Esch se arrodilló junto al mayor y observó su cara; su expresión era apacible y respiraba con regularidad, aunque débilmente. El corazón también le latía de un modo acompasado —Esch había abierto el capote y la guerrera del mayor haciendo saltar los botones— y, a excepción de algunas magulladuras y quemaduras superficiales, no se le descubría ninguna herida. El soldado permanecía de pie junto a ellos:

—Todavía quedan los otros...

Esch se levantó pesadamente. Con fatiga desconocida. Le dolían todos los

miembros. No obstante, una vez más hizo acopio de fuerzas y pusieron en lugar seguro al suboficial herido. Y dejaron en la maleza los cadáveres del conductor y del soldado muertos en el accidente.

Hecho esto, Esch se echó en la hierba junto al mayor:

—He de recobrar el aliento, aunque sea un instante... No puedo más.

Tan agotado estaba que ni siquiera se dio cuenta de que, por encima de los tejados de la ciudad, surgían enormes llamaradas.

—¡Los muy cerdos han pegado fuego al ayuntamiento! —dijo el soldado.

En el Hospital Militar todo andaba revuelto.

En los primeros momentos huyeron todos al jardín, sin consideración ninguna hacia quienes no podían levantarse; nadie hizo caso de sus gritos y de sus lamentos.

Kuhlenbeck tuvo que recurrir a toda su autoridad para restablecer el orden. Él mismo en persona llevó a la planta baja los casos más graves; los cargaba en brazos, como si fueran niños pequeños, y su voz retumbaba en todos los corredores, y, si sus órdenes no se cumplían al instante, reñía con palabras indecentes a todo el que pillara por delante, incluso a Flurschütz o a la enfermera Mathilde. La enfermera Carla había desaparecido y no se la encontraba por ninguna parte.

Al fin todo fue organizado. Las camas del destrozado piso superior fueron bajadas y, poco a poco, los pacientes fueron acudiendo. Faltaban algunos. Estaban en el jardín o más lejos aún, en el bosque o donde fuera.

Flurschütz y un enfermero se dedicaron a localizarlos. Uno de los que encontraron fuera del jardín fue Gödicke. No había llegado muy lejos; de pie en la ladera del monte, lugar que había escogido como observatorio, alzaba al cielo sus dos bastones.

Se hubiera dicho que reía a carcajadas.

Y, en efecto, cuando se acercaron, le oyeron reír con aquella risa brutal que todos los internos llevaban meses esperando oír.

No hizo el menor caso de los dos recién llegados, que le llamaban a gritos, y, cuando se acercaron dispuestos a llevárselo con ellos, enarboló amenazador sus bastones.

Flurschütz quedó un tanto perplejo:

—Vamos, Gödicke, venga usted...

Gödicke señaló con los bastones las llamas que se veían a lo lejos y, como en trance, rugió:

—El Juicio Final... Resucitó de entre los muertos... Resucitado de entre los muertos... Aquel que no haya resucitado irá a parar al infierno... El diablo os llevará a todos... a todos vosotros... Vendrá ahora mismo a buscaros...

¿Qué se podía hacer? Pero, tras observarlo un instante, al enfermero se le ocurrió lo más acertado:

—Ludwig, es hora de cenar, baja de tu andamio. Gödicke se calló. Desde la pelambreira de su barba, lanzó una mirada recelosa y, finalmente, se unió a ellos cojeando.

Sin aliento y temblando atravesó Huguenau el jardín y llegó a la imprenta. De pronto, no sabía qué le había traído hasta allí. Luego, comprendió. ¡La maquinaria! Entró. El oscuro local estaba iluminado por el resplandor de las llamas que entraba desde fuera y todo se veía tranquilo y apacible como en un domingo. Huguenau se sentó ante la máquina impresora con el fusil entre las piernas. Se sentía decepcionado; la máquina no merecía el gran esfuerzo que había hecho: ahí la tenía, fría, insensible, limitándose a proyectar sombras inquietantes que producían desazón a Huguenau. Si la banda de criminales venía realmente, esta puerca máquina merecía en realidad que la rompieran a pedazos. Aunque es una hermosa máquina... Le pone las manos encima y le molesta notar el hierro tan frío. «¡Mierda!», pero ¿qué es lo que le irrita tanto? Huguenau se encoge de hombros... mira hacia el patio, hacia el almacén donde se celebran las preces dominicales. ¿Predicará Esch el próximo domingo? *Haissez les ennemis de la sainte religion*. Charlatanería de curas. Un almacén vacío, ése es su negocio... ¿Qué tiene que perder un tipo de éstos? No tiene preocupaciones... predica los domingos y ahora está allí arriba, con su mujer, consolándose mutuamente, mientras uno tiene que estarse sentado aquí junto a una puerca máquina.

De nuevo olvida por qué ha venido. Apoya su fusil contra la máquina. En el patio, olfatea el aire: otra vez el olor a chacinería. Sin duda hoy no se cenará... Bueno, algo habrá allí arriba; ella no dejará que su buen Esch se muera de hambre.

Al llegar al pasillo de arriba se sobresalta porque la puerta de su habitación se ha salido de los goznes. Algo hay que no marcha. La puerta está tan encajada que le cuesta trabajo abrirla y, dentro del cuarto, el panorama es aún peor: el espejo ya no cuelga sobre el lavabo sino que está en el suelo sobre los destrozados objetos de tocador. ¡Cuánta confusión! Resulta incomprensible e inquietante, pero aquellos trozos parecen trozos de huesos. Huguenau se sienta en el sofá, le gustaría poder explicarse lo sucedido, pero no quiere pensar... Tiene que venir alguien, explicárselo todo bien y tranquilizarle... acariciarle el cabello.

Entonces se le ocurre que, de todos modos, ha de llamar a la señora Esch y enseñarle los desperfectos... si no, al final, le hará responsable a él... Y, desde luego, no se le pasa por las mientes tener que pagar daños que no ha causado. Pero en el preciso momento en que se dispone a llamarla, ella entra precipitadamente en el cuarto, pues le ha oído llegar:

—¿Dónde está mi marido?

La vista de un rostro conocido produjo en Huguenau una tranquilidad reconfortante y excitante. Le sonrió de corazón:

—Mamá Esch...

La mira con expresión radiante y amistosa... «Ahora todo se arreglará, ella me acostará...»

Pero ella parecía no verle siquiera:

—¿Dónde está mi marido?

Pregunta tan tonta le molestó. ¿Qué demonios quería ella de Esch? Si no está, es que no está... Le contestó con tono grosero:

—¿Cómo quiere que yo sepa por dónde anda? Ya vendrá a comer.

Tal vez ella no le había oído bien, porque se le acercó, le cogió por los hombros y le gritó a la cara:

—Se ha ido corriendo, se ha ido corriendo y con el fusil... He oído tiros.

Un atisbo de esperanza: ¡a Esch le han pegado un tiro! Pero ¿por qué tenía esta mujer la voz tan apesadumbrada? ¿Por qué estaba funcionando al revés? Él deseaba encontrar en ella calma y, en lugar de eso, tenía que tranquilizarla, ¡y encima por culpa del maldito Esch!

Ella seguía implorando:

—¿Dónde está Esch? —sin soltarle los hombros. Confuso y furioso al mismo tiempo, le dio unos golpecitos en los gruesos antebrazos, como se hace con un niño que llora. Incluso le hubiera gustado hacer algo por ella, le acarició los brazos de arriba abajo, pero de sus labios no salieron palabras amables:

—¿A qué lamentarse tanto por Esch? ¿No está ya harta de él...? ¿No estoy yo aquí, a su lado...?

Y, mientras hablaba así, se dio cuenta por primera vez de que le estaba pidiendo algo más sustancioso... una especie de indemnización por lo que le debía. También ella lo intuyó, porque murmuró:

—Señor Huguenau, por el amor de Dios, señor Huguenau...

Pero, casi perdida la voluntad, apenas opuso resistencia a su acuciante y jadeante insistencia. Como un condenado que ayuda a su propio verdugo, sin mediar un solo beso, le desabrochó los pantalones y entre los muslos abiertos y alzados de la mujer, cayó él sobre el sofá arrastrándola consigo.

Al terminar, lo primero que ella dijo fue:

—¡Salve a mi marido!

A Huguenau poco le importaba. Ahora aquél podía vivir cuanto le diera la gana. Pero al cabo de un instante, prorrumpió ella en estridentes gritos: la ventana se había iluminado de pronto con un resplandor rojizo, haces anaranjados y amarillos se elevaban por el aire, el ayuntamiento estaba ardiendo. Ella se echó en el suelo, hecha un ovillo informe... Ella, era ella quien tenía la culpa de todo:

—Jesús María, ¿qué he hecho?, ¿qué he hecho? —Luego se arrastró hasta él—: Sálvele, sálvele...

Huguenau se había acercado a la ventana. Estaba harto. O sea que ahora también aquí había empezado el baile. Estaba más que harto de lo que sucedía afuera, muy harto. ¿Y qué quería de él aquella mujer? En definitiva, el responsable era Esch...

¡Ojalá muriera abrasado allí fuera con el mayor! A los santos siempre los han quemado. Y ahora, además, empezaría el bandidaje... y otra vez se había olvidado de cerrar la imprenta. Usó esto como pretexto para irse de allí de un modo airoso:

—Veré si le encuentro.

Pero mientras salía, pensó que si ahora se tropezaba con Esch le echaría escaleras abajo.

Sin embargo, en la imprenta todo seguía en orden, como antes. El fusil continuaba allí, apoyado en la máquina, y ésta todavía proyectaba sus inquietantes sombras. Rojos, negros, amarillos, anaranjados, los haces de llamas del ayuntamiento se proyectaban hacia el cielo, mientras del cuartel y de los almacenes de municiones continuaba saliendo aquella espesa humareda de color pardo sucio. Los árboles frutales extendían hacia lo alto sus vacías ramas. Huguenau contempló el espectáculo y, de pronto, le pareció que todo era justo... que todo era como debía ser, hasta la máquina volvió a gustarle... Todo era justo, todo estaba en orden, él mismo había sido restituido a su lúcido realismo... Ahora sólo faltaba un punto final, ¡y todo sería perfecto!

Volvió a subir sin hacer ruido, lanzó una prudente mirada a la destrozada cocina, se deslizó hasta el cajón del pan y se cortó una gran rebanada y, como no encontró nada más, regresó a la imprenta, se sentó cómodamente, colocó el fusil entre sus piernas y comenzó a comer poco a poco... respecto a los saqueadores, ya encontraría modo de quitárselos de encima.

Esch y el soldado se hallaban de rodillas junto al mayor. Querían hacerle recobrar el conocimiento, y le frotaban el pecho y las manos con hierba húmeda. Cuando por fin abrió los ojos, le movieron brazos y piernas hasta comprobar que no tenía nada roto. Pero no respondió a sus llamadas; yacía totalmente tendido y tan sólo sus manos empezaron a moverse intranquilas, cogiendo tierra húmeda y escarbando en busca de algún terrón que desmigalar.

Era evidente que había que llevárselo de allí cuanto antes. Pedir ayuda a la ciudad resultaba imposible; o sea, que debían arreglárselas solos. Entretanto, el suboficial herido se había reanimado hasta tal punto que era capaz de sentarse; por tanto, podían dejarlo solo un rato y, así, decidieron que lo primero era llevar al mayor a casa de Esch. A campo traviesa sería mejor, pues el camino resultaría demasiado peligroso.

En el preciso momento en que deliberaban sobre la mejor forma de transportarlo, pareció que el mayor quería hablar: levantó un poco la mano, que así un puñado de tierra que iba escurriéndosele de entre los dedos, y desplegó los labios inclinándolos hacia delante, pero dejó caer la mano y no llegó a pronunciar el más leve sonido. Esch acercó mucho su oído a la boca del mayor, y esperó. Al fin, entendió:

—Caído del caballo... un obstáculo sin importancia y, sin embargo, caído... La pata delantera rota, la derecha... Yo mismo le mataré de un tiro... Un deshonor se

borra con una bala... —y luego, ya con un tono más claro, como si buscara aprobación—... con una bala, no con armas impropias de caballeros...

—¿Qué dice? —preguntó el soldado.

—Cree que se ha caído del caballo... —contestó Esch en voz baja—. Pero ahora manos a la obra... Si no fuera esta maldita claridad... Por si acaso, nos llevaremos los fusiles.

El mayor había vuelto a cerrar los ojos. Lo levantaron con cuidado, y, deteniéndose con frecuencia para cambiarse de lado, fueron transportándolo a través de los campos pastosos y húmedos; la tierra humedecida se pegaba a las suelas de las botas y pesaba. El mayor abrió los ojos una vez, vio la ciudad en llamas y, mirando directamente a Esch, dijo con tono autoritario:

—Gas... lanzallamas... apáguenlo.

Luego volvió a hundirse en su somnolencia.

Una vez llegados a casa de Esch, éste despidió al soldado: debía regresar cuanto antes junto a su camarada (también él acudiría más tarde); aquí ya encontraría quien le ayudase a subir al mayor. Así pues, de momento, lo dejaron sobre el banco que había delante de la glorieta. En cuanto el soldado se hubo alejado, Esch se acercó sin hacer ruido a la casa, apoyó el fusil en la pared del corredor y abrió la trampa del sótano. Después cargó al mayor sobre su espalda y lo entró tanteando con cuidado la escalera al descender. Una vez abajo, lo acomodó sobre un montón de patatas que antes había cubierto con una tela gruesa. Encendió la lámpara de petróleo que colgaba del sucio muro y tapó el tragaluz con trapos y tablas para que no se filtrara hacia fuera ningún rayo de luz. Finalmente, en una hoja de papel que colocó entre las manos cruzadas del mayor, garabateó: «¡Mi comandante!, perdió usted el conocimiento en el accidente del coche. Volveré enseguida. Atentamente, Esch». Volvió a mirar la lámpara y comprobó que tuviera el combustible necesario: tal vez estuviera fuera mucho tiempo. Hasta la puerta del sótano había tres escalones; antes de abrirla, se volvió otra vez, observó casi con vacilación la baja bóveda y al hombre inmóvil tendido en toda su longitud. De no ser por el peculiar olor del petróleo, se diría que era un panteón.

Subió lentamente. En el corredor escuchó los ruidos del piso de arriba. Nada se movía... Bueno, su mujer ya se habría tranquilizado; el herido de la ciudad era mucho más importante. Se cargó el fusil a la espalda y se encaminó a la ciudad.

Pero sus pensamientos pertenecían al hombre que yacía en el sótano con la lámpara de petróleo justo sobre su cabeza. Cuando la luz se apague, el Redentor estará cerca. Es preciso que la luz se extinga para que pueda recomenzar la cuenta del tiempo.

Huguenau acababa de concluirse el pan y estaba pensando cómo procurarse algún otro alimento, cuando, a la viva claridad que reinaba fuera, distinguió una silueta en

el jardín. Cogió con rapidez el fusil, pero enseguida se dio cuenta de que sólo se trataba de Esch, el cual llevaba a la espalda una especie de saco. ¡O sea, que el bueno del pastor incluso se había unido a los que se dedicaban al pillaje! No sería de extrañar, desde luego; pronto se vería, y, lleno de curiosidad, esperó a que se acercara con su carga. En el patio, los pasos de Esch sonaban lentos y pesados; pasó mucho rato hasta que apareció frente a la ventana. Y entonces Huguenau se quedó casi sin aliento: ¡Esch llevaba un hombre! ¡Esch llevaba al mayor! No había posibilidad de error: Esch traía al mayor. Huguenau se deslizó de puntillas hasta la puerta y sacó la cabeza por la abertura —no había la menor duda: era el mayor— y vio cómo Esch desaparecía con su fardo en el sótano.

Huguenau estaba sumamente intrigado por ver cómo se desarrollarían los acontecimientos. Y cuando Esch volvió a aparecer y se dirigió a la calle, también Huguenau se echó el fusil a la espalda y le siguió a prudente distancia.

Las calles que conducían al ayuntamiento estaban por completo iluminadas de una luz cegadora; en las travesías, las casas proyectaban sombras agudas y oscilantes. No se veía a nadie. Todo el mundo había acudido corriendo a la plaza del Mercado, de la que llegaba un sordo tumulto. Huguenau no puede dejar de pensar que en estas desiertas callejas cualquiera puede entregarse al pillaje; él mismo podría entrar ahora en alguna casa y coger lo que le diera la gana sin que nadie se lo impidiera (desde luego, pero ¿qué podría sacar de uno de esos tenduchos?, y la expresión «caza mayor» le viene a la memoria). Esch doblaba ya la esquina; así pues, aquel pillo farisaico no iba al ayuntamiento. Pasaron un par de muchachos corriendo; Huguenau aprestó el fusil dispuesto a golpear con él. De una calle lateral salió un hombre que se le acercó vacilante: con la mano izquierda sostenía convulsivamente por el manillar una bicicleta, la derecha le colgaba, como rota, a lo largo del cuerpo. Huguenau miró con horror su rostro, destrozado a golpes, uno de cuyos ojos miraba sin ver, petrificado. Esforzándose únicamente en sostener con firmeza su bicicleta, como si quisiera llevársela consigo al más allá, el herido pasó tambaleándose por su lado. Culatazos en el rostro, pensó Huguenau para sí, y empuñó con más fuerza el fusil. Del portal de una casa salió un perro siguiendo el rastro del herido y lamiendo las gotas de sangre caídas. Huguenau había perdido de vista a Esch y apretó el paso. En el cruce siguiente vio de nuevo el brillo de su bayoneta. Le siguió más deprisa. Esch caminaba hacia delante, sin mirar a derecha ni a izquierda; ni siquiera el ayuntamiento en llamas atrajo su atención. Sus pasos ya no resonaban sobre el adoquinado, porque aquí el suelo no estaba pavimentado; entonces torció por una calleja que corría a lo largo de la muralla. Algo impulsaba a Huguenau hacia delante: ahora se hallaba a unos veinte pasos de Esch, quien proseguía tranquilamente su camino. ¿Debía golpearlo con la culata? No, eso sería absurdo; lo que hacía falta era poner punto final. Y entonces una especie de iluminación se apodera de él: inclina el fusil, con un par de saltos felinos, semejantes a los pasos de un tango, se acerca a Esch y le hunde la bayoneta en la huesuda espalda. Para asombro de su asesino, Esch

todavía camina unos pasos con toda serenidad y luego cae de bruces contra el suelo sin el menor ruido.

Huguenau, de pie junto al caído, roza con un pie una de las manos, la que yace sobre la huella de un neumático grabada en la espesa porquería de la calle. ¿Debe pisarla? Sin duda, está muerto. Huguenau le queda agradecido: ¡todo estaba bien! Se agachó y clavó su mirada en aquel rostro, vuelto de lado, erizado de pelos. Al no ver en él aquel rictus burlón tan odiado, se sintió satisfecho y, con benevolencia, casi con ternura, le dio al cadáver unos golpecitos en el hombro.

Todo estaba bien.

Cambió los fusiles. Dejó junto al muerto el suyo, manchado de sangre, precaución del todo innecesaria en un día como aquél, pero le gustaba actuar conforme a un orden. Y emprendió el camino de regreso. La muralla estaba toda ella iluminada por el resplandor procedente del ayuntamiento, los árboles proyectaban contra ella sus sombras, un último haz amarillo anaranjado salió disparado del tejado del ayuntamiento —Huguenau no pudo evitar acordarse del hombre que, en aquel cuadro de Colmar, ascendía hacia el cielo entreabierto y le hubiera gustado mucho estrechar su alzada mano derecha, tal era su estado de ánimo, alegre y sin nada que le pesara—, después, la torre del ayuntamiento se derrumbó y el fuego adquirió un tono pardo rojizo.

La Casa de las Rosas, medio destruida, seguía a oscuras y silenciosa en medio del viento nocturno que, aquí, en lo alto, soplaba muy fuerte.

En la cocina nada había cambiado. Las seis personas continuaban sin moverse, con la mirada fija; todos seguían sentados, inmóviles, más inmóviles tal vez que antes, como encadenados y enganchados a los cables de la espera. Ni dormían ni velaban, tampoco sabían cuánto duraría aquella situación. Únicamente el muchacho roncaba. A Hanna se le había caído la colcha de los hombros, pero no tenía frío. Una vez dijo en medio del silencio:

—Hay que esperar.

Pero sin duda los otros no la oyeron. Y, no obstante, escuchaban con atención el vacío, escuchaban las voces que venían de afuera. Y aunque en los oídos de Hanna seguía sonando la expresión «el asalto de los de abajo» y aún no le había encontrado sentido —palabras absurdas, ruido absurdo—, seguía, no obstante, escuchando para ver si eran aquellas absurdas palabras las que la gente gritaba allá afuera. El grifo del agua goteaba rítmicamente. Ninguna de las seis personas se movía. Tal vez los otros también percibían la llamada de la invasión, ya que, pese a la enorme diferencia social, pese a su aislamiento y falta de unión, todos se habían convertido en una colectividad; un círculo encantado los rodea a todos, una cadena cuyos eslabones eran ellos mismos, cadena que no podría romperse sin ocasionar graves perjuicios. Y a partir de este encantamiento, de este estado de trance en común, se comprende que

para Hanna la llamada de la invasión resultara cada vez más clara, tan clara como jamás hubiera podido percibirla con sus oídos corporales. Como impulsada por la fuerza del común prestar atención, la llamada se acercaba nadando en la corriente de dicha fuerza, fuerza que, sin embargo, carecía de potencia; era una fuerza que sólo consistía en aprehender y escuchar; y la llamada era muy fuerte, su voz, cada vez más poderosa, era como el viento huracanado que soplaba allá afuera. El perro aullaba en el jardín; ladró varias veces. Después, también el perro enmudece y ella ya sólo oye la voz. Y la voz le dictó órdenes: Hanna se incorpora, se pone de pie, los demás no parecen darse cuenta, como tampoco se dan cuenta de que abre la puerta y abandona la pieza. Anda descalza, pero no lo sabe. Sus pies desnudos pisan un revestimiento de cemento: era el corredor; luego pasan por cinco escalones de piedra; luego por encima del linóleo: es la antecocina; por el *parquet* y por las alfombras: era el vestíbulo; por una estera de fibra de coco, muy reseca, y fragmentos de tejas, por las losas de un sendero del jardín. Y en este caminar en línea recta, que casi debería calificarse de marcha, únicamente las plantas de sus pies saben el camino, porque los ojos sólo conocen la meta (y, cuando se aproxima a la puerta de la verja, también ella la ve, ¡ve la meta allí!, al final de la senda pavimentada, al final de aquel larguísimo puente, ve, allá lejos, al ladrón, al hombre, que, en su afán por saltar la verja, se ha subido a ella desde el pretil del puente), un hombre vestido con el uniforme grisáceo de los presidiarios cuelga allí, como un bloque de piedra gris. Y no se mueve. Ella empieza a avanzar hacia el puente con las manos tendidas hacia delante, deja caer la colcha que la envuelve, el camisón se le hincha por efecto del viento y avanza así hacia el hombre inmóvil. Pero, ya sea porque en la cocina los otros se han dado cuenta al fin de que ella se ha ido, ya sea porque ella los ha atraído a través de la mágica cadena que los une a todos, el jardinero la sigue, la sigue la doncella, la sigue la cocinera, la sigue también la mujer del jardinero y, aunque con voces débiles y estranguladas, llaman a su señora.

Sin duda fue lo extraño de semejante procesión encabezada por aquella mujer de blanco, vestida como un fantasma, lo que puso los pelos de punta al ladrón y lo dejó tan paralizado que apenas tuvo fuerzas para retirar la pierna levantada. Pero cuando la tuvo de nuevo al otro lado, aún se volvió para contemplar aquel cuadro fantasmagórico, y luego salió corriendo y se perdió en la oscuridad.

Mientras tanto, Hanna seguía andando y, al llegar a la verja, pasó las manos por entre los barrotes como por entre las rejillas de una ventana, igual que si quisiera decir a alguien adiós con la mano. De la ciudad llegaban todavía los reflejos del incendio, pero ya no se oían explosiones y el encanto se había roto. Incluso el viento había cesado. Ella se desplomó, somnolienta, junto a la verja, y entre el jardinero y la cocinera la llevaron de nuevo a la casa y le prepararon una cama en la habitación del servicio, junto a la cocina.

(En la habitación del servicio, junto a la cocina, murió al día siguiente Hanna Wendling, víctima de una grave gripe pulmonar).

Huguenau caminaba a paso de marcha hacia su domicilio. Delante de una casa lloraba un niño de apenas tres años. «¿Dónde se habrá metido Marguerite?», pensó. Alzó al niño, le mostró los magníficos fuegos artificiales que desde allí se veían brillar en la plaza del Mercado, y estuvo tanto rato imitando el chisporroteo de las llamas, los crujidos de la viguería que se desplomaba, sss, ssscht, schtchtchfrac, que, al fin, el niño rió. Después lo entró en la casa y le advirtió a la madre que, en tiempos como aquéllos, no se podía dejar a un niño en la calle sin vigilarlo.

Llegado a su casa, apoyó el fusil en la pared del corredor, tal y como había hecho Esch, abrió la trampa de la bodega y bajó a ver al mayor.

El mayor no había cambiado de postura desde que Esch se fuera; seguía echado sobre el montón de patatas, con la hoja de papel entre los dedos, pero sus ojos azules estaban abiertos y miraban fijamente la lámpara. Al entrar Huguenau, no apartó la mirada de la luz. Huguenau carraspeó y, como el mayor no se moviera, se sintió ofendido. No estaban los tiempos como para prorrogar tanto una pueril desavenencia. Cogió el taburete que solía usarse para seleccionar las patatas y, haciendo una inclinación, tomó asiento junto al mayor:

—Mi comandante, comprendo perfectamente que tenga motivos para no querer verme, pero más pronto o más tarde todo se olvida. A fin y al cabo, las circunstancias han demostrado que yo tenía razón, y no quisiera silenciar el hecho de que mi comandante me juzgó a la luz de una falsa impresión. Mi comandante no debe olvidar que he sido objeto de una intriga muy sórdida; aunque no está bien hablar mal de los muertos, mi comandante recordará el desprecio con que, desde el primer momento, me trató ese pastor. ¡Y jamás una palabra de agradecimiento! ¿Ha tenido mi comandante una palabra de aprobación para todas las fiestas que he organizado en honor de mi comandante? En alguna ocasión un «se lo agradezco», pero guardando siempre las distancias. Mas no quiero pecar de injusto: una vez mi comandante me dio la mano espontáneamente, cuando inauguramos el Bismark de hierro; como mi comandante verá, me acuerdo muy bien de todas las amabilidades de mi comandante, pero incluso en aquella oportunidad, tenía mi comandante una expresión irónica en los labios. ¡Si usted supiera cuánto he odiado a Esch cuando ponía aquella mueca suya de ironía! Yo siempre me quedaba a un lado, si se me permite la expresión. ¿Y por qué? Pues porque, desde el primer instante, nunca he pertenecido al clan... Un extraño, por así decirlo, un refugiado, como solía decir Esch con complacencia, pero ésa no era razón para burlarse de mí y apartarme a un lado. Yo tenía que empequeñecerme —también ésta es una expresión suya—, yo tenía que empequeñecerme para que el señor pastor creciera y pudiera darse importancia ante mi comandante. Lo comprendí a la perfección, y mi comandante puede estar seguro de que es cosa que mortifica a un hombre; y también las alusiones que usted me ha dirigido llamándome «mala persona», ¡oh, sí!, también esas alusiones las he comprendido a la perfección; mi comandante recordará que se pasó toda una velada

hablando de la maldad. No es de extrañar que un hombre al que se trata así al final se comporte alguna vez como una mala persona de verdad; admito que, de hecho, podía parecerlo y que, quizá hoy, mi comandante acabe llamándome chantajista y asesino y, sin embargo, sólo son apariencias. En realidad no es así, y resulta imposible explicarlo con exactitud; además, mi comandante tampoco tendrá el menor interés en saber la verdad. Sí, también entonces habló mucho mi comandante de amor y, desde aquel momento, Esch no paró de parlotear hablando de amor —realmente, oír su palabrería daba ganas de vomitar—, pero cuando se habla constantemente del amor, por lo menos debería intentarse comprender al prójimo; por favor, mi comandante, ya sé que yo no puedo pedir tanto, un hombre de la posición de mi comandante jamás tolerará que semejantes sentimientos le arrastren hacia un hombre como yo, un vulgar desertor, aunque me permito decirle, con todo respeto, que Esch no era tan superior ni mucho mejor que yo... No sé si mi comandante comprende bien lo que quiero decir, pero le ruego, mi comandante, que tenga paciencia... —Limpió los cristales de sus gafas mirando fijamente al mayor, que no había hecho aún el menor movimiento ni había emitido el más leve sonido—. Le ruego encarecidamente a mi comandante que no imagine que le retengo prisionero en este sótano para obligarle a oírme. Fuera hay un lío espantoso y si mi comandante saliera lo colgarían de un farol. Mi comandante podrá cerciorarse mañana mismo; por los clavos de Cristo, tenga confianza en mí, al menos una vez...

Huguenau hablaba en estos términos a aquel muñeco viviente e inmóvil, hasta que, al fin, se dio cuenta de que el mayor no le oía. Pero se negaba a creerlo:

—Le ruego que me perdone, mi comandante está exhausto y yo no paro de hablar. Voy a buscar algo de comer.

Se precipitó hacia arriba. La señora Esch, hecha un ovillo en la silla de la cocina, gimoteaba convulsa. Cuando él entró se sobresaltó:

—¿Dónde está mi marido?

—No le pasa nada, ya no tardará. ¿Tiene usted algo de comida? Lo necesito para un herido.

—¿Está herido mi marido?

—No, ya le he dicho que no tardará. Deme algo que pueda comerse. ¿Podría hacerme una tortilla? No, tardaría demasiado...

Fue al comedor; sobre la mesa había un trozo de embutido. Sin preguntar nada, lo cogió y lo puso entre dos rebanadas de pan. La señora Esch, que le había seguido, gritó alarmada:

—¡Deje eso! ¡Es para mi marido!

Huguenau tuvo la desagradable impresión de que no está bien robarle a un muerto; tal vez le traería mala suerte al mayor comer algo destinado a un muerto. Por otra parte, el embutido no era precisamente lo más adecuado para el mayor. Pensó un momento:

—Está bien, pero leche sí tendrá... Usted siempre tiene leche en casa.

Sí, tenía leche. Llenó un pistero y lo bajó con sumo cuidado.

—Mi comandante, leche, estupenda leche fresca... —le gritó con voz animada.

El mayor no se movió. Por lo visto, tampoco la leche era lo adecuado. Huguenau se sintió molesto; tal vez debía haberle traído vino, el vino le habría reanimado y dado fuerzas... Parece tan débil... bueno, de todos modos, ¡probaremos! Y Huguenau se inclinó sobre el mayor, levantó la cabeza del viejo, que, sin voluntad ni fuerzas, se dejó hacer e incluso abrió obediente los labios cuando Huguenau le introdujo en la boca el pitón del recipiente. Y cuando el mayor bebió la leche, que fluía poco a poco en su boca, Huguenau se sintió feliz. Salió corriendo en busca de otra ración; ya en la puerta se volvió y vio que el mayor había vuelto la cabeza para ver adónde iba. Huguenau le hizo un gesto amistoso con la cabeza y con la mano:

—Enseguida vuelvo.

Cuando volvió a bajar, el mayor seguía mirando hacia la puerta y sonreía, le sonreía a él. Bebió un poco más, asió un dedo de Huguenau y se quedó dormido.

Huguenau permaneció allí sentado con el dedo en el puño del mayor. Leyó el papel que el mayor tenía sobre el estómago y ocultó aquella prueba. Naturalmente, no la necesitaría y, si se veía en una situación difícil, respondería que Esch le había confiado la custodia del mayor. De todos modos, era preferible redoblar las precauciones. De cuando en cuando intentaba, con mucho cuidado, retirar el dedo, pero entonces el mayor se despertaba, sonreía un poco y, sin soltar el dedo, volvía a dormirse. El taburete era muy duro e incómodo. Y así pasaron la noche.

Cuando empezó a amanecer, Huguenau consiguió librarse de la mano del mayor. No es una pequeñez tirarse una noche entera mal acurrucado en un taburete.

Salió a la calle. Todavía estaba oscuro. La ciudad parecía tranquila. Se dirigió a la plaza del Mercado. El ayuntamiento, que había ardido hasta los cimientos, humeaba todavía con un humo espeso. El ejército y los bomberos habían puesto centinelas. Dos casas de la plaza del Mercado habían sido alcanzadas también por el fuego, y el mobiliario y demás enseres yacían ante ellas en abigarrado montón. De cuando en cuando volvía a funcionar una manguera para sofocar las brasas que se reavivaban. Huguenau observó que algunos individuos con uniforme de presidiario ayudaban en las mangueras y se ocupaban con afán en los trabajos de limpieza. Dirigió la palabra a un hombre que llevaba un brazal verde como el suyo y le preguntó qué más había sucedido allí, pues él había estado ocupado en otra parte. El hombre se lo contó encantado: bueno, en realidad, todo había concluido con el asalto al ayuntamiento. Entonces, amigos y enemigos se encontraron ante la hoguera, y trabajo tuvieron procurando que el fuego no se extendiera a las casas vecinas. Cierto que un par de tipos intentaron meterse en las casas para saquearlas, pero, como las mujeres gritaron tanto, hasta sus propios compañeros se les echaron encima. De todos modos, alguno acabó con la cabeza descalabrada, pero estuvo bien que así fuera, porque luego ya no

se le ocurrió a nadie más dedicarse al pillaje. Ahora mismo se habían llevado a los heridos al hospital (ya era hora, pues sus gritos y sus lamentos eran tan horrorosos que no podía soportar seguir oyéndolos). Como es natural, se había telefoneado a Tréveris, pero también allí, como era lógico, había mucho jaleo, y por ello hasta que hubo pasado todo no habían llegado dos coches con hombres. Por lo demás, se decía que el comandante de la plaza había desaparecido...

Huguenau dijo que del comandante no había por qué preocuparse, pues él mismo lo había recogido, desde luego en un estado lamentable. En realidad, merecía que le concedieran la medalla del salvamento, porque ahora el viejo estaba bien atendido y, como ya había dicho, a salvo.

Saludó llevándose los dedos al sombrero, dio media vuelta y trotó hacia el Hospital Militar. Estaba amaneciendo.

No fue fácil dar enseguida con Kuhlenbeck, pero éste apareció finalmente y, cuando vio a Huguenau, le gritó:

—¿Qué quiere usted, maldito payaso?

Huguenau adoptó la expresión más ofendida que pudo:

—Doctor, he de comunicarle que el señor Esch y yo hemos alojado esta noche en nuestra casa al comandante de la plaza gravemente herido... ¿Quiere usted dar las órdenes oportunas para que lo recojan de inmediato?

Kuhlenbeck corrió hacia la puerta:

—Doctor Flurschütz —tronó hacia el corredor. Flurschütz acudió.

—Coja usted un coche... los coches están aquí ¿no...? y vaya con dos enfermeros a la barraca del periódico... ya sabe... Por lo demás —dijo en tono grosero dirigiéndose a Huguenau—, usted irá con ellos... —Luego pareció calmarse; incluso le dio la mano a Huguenau—. Bueno, es estupendo que lo hayan recogido ustedes...

Cuando llegaron al sótano, el mayor continuaba respirando acompasadamente medio dormido. Entretanto, Huguenau corrió a la redacción. No había mucho dinero en efectivo: sólo el de la caja de gastos diarios, y los sellos; lo demás lo llevaba siempre encima hasta transferirlo al Banco de Colonia; sería una lástima dejar los sellos... No se sabía lo que podía pasar aún... ¡Tal vez habría actos de bandidaje! Cuando regresó, el mayor ya estaba instalado y había algunas personas alrededor del coche, preguntando qué había sucedido. Flurschütz se disponía a partir. Para Huguenau fue como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza: ¡querían llevarse al mayor sin él! Y, de repente, comprendió que tampoco él podía quedarse allí, de ningún modo; no le apetecía nada en absoluto estar presente cuando trajeran a Esch.

—Enseguida voy, doctor —gritó—. ¡Voy enseguida!

—¿Cómo? ¿Quiere usted venir con nosotros?

—Por supuesto; tendré que declarar sobre este asunto, digo yo... Es sólo un instante, por favor.

Subió a toda prisa. La señora Esch estaba ahora en la cocina, de rodillas, rezando. Cuando apareció Huguenau, se arrastró hasta él sin cambiar de postura. Pero él no

hizo caso de sus ruegos sino que, dando un salto, se fue a su cuarto, cogió de sus efectos cuanto pudo —que no era mucho—, los metió en un maletín de fibra, se sentó encima para poderlo cerrar y regresó corriendo.

—Listos —dijo al conductor. Y partieron.

En el hospital, Kuhlenbeck ya estaba en la puerta reloj en mano:

—Bueno, ¿qué tiene?

Flurschütz, que fue el primero en apearse, miró al mayor con sus ojos enrojecidos:

—Tal vez conmoción cerebral... tal vez algo peor...

—De todos modos —dijo Kuhlenbeck—, esto es un perfecto manicomio... ¡Y pensar que le llaman Hospital Militar...! En fin, veremos qué puede hacerse.

El mayor, que durante el camino había parpadeado ya varias veces mirando el blanquecino cielo matinal, se hallaba ahora despierto del todo. Cuando lo bajaron del coche, se intranquilizó; se volvió a uno y otro lado: era evidente que buscaba algo. Kuhlenbeck se le acercó y se inclinó sobre él:

—¿Se puede saber a qué viene todo esto, mi comandante? Apenas hubo hablado, el mayor se puso furioso en grado sumo. Ya fuera porque había reconocido a Kuhlenbeck, ya fuera porque no le había reconocido, el caso es que, agarrándose de sus barbas, tiró de ellas convulsivamente hacia uno y otro lado. Los dientes le rechinaban, y sólo con grandes esfuerzos lograron dominarlo. Pero en cuanto Huguenau se acercó a su camilla, se tranquilizó de inmediato. Cogió otra vez a Huguenau por un dedo, con lo que le obligó a caminar al lado de la camilla, y sólo se dejó visitar en presencia de Huguenau.

Kuhlenbeck enseguida dio por terminado su examen:

—Esto no sirve de nada... Le pondremos una inyección y habrá que sacarlo inmediatamente de aquí... De todos modos, nos evacuarán... Por tanto, hay que llevarlo cuanto antes a Colonia... pero ¿cómo...? Aquí no puedo prescindir de nadie, la orden de evacuación puede llegar de un momento a otro...

—Tal vez yo podría transportar al mayor a Colonia... —se ofreció Huguenau—, en calidad de, diría yo si se me permite expresarlo así, enfermero voluntario... Los señores comprobarán que el mayor está satisfecho de mis cuidados.

—¿En el tren de primera hora de la tarde? —reflexionó Kuhlenbeck—. No, hoy por hoy, eso no resulta demasiado seguro.

Flurschütz tuvo una idea:

—Hoy saldrá algún camión para Colonia... ¿no podría arreglarse de alguna forma?

—Hoy todo es posible —dijo Kuhlenbeck.

—Entonces, puedo solicitar sin duda una orden de traslado a Colonia —dijo Huguenau.

Y así fue como Huguenau, provisto de documentación militar auténtica, con un brazal de la Cruz Roja en la manga, brazal que consiguió de la enfermera Mathilde,

recibió la custodia oficial del mayor y lo llevó a Colonia. Colocaron la camilla en el camión, Huguenau se sentó a su lado sobre su maletín, el mayor le cogió de una mano y ya no le soltó. Más tarde, también a Huguenau le venció el cansancio. Se acomodó como pudo junto a la camilla, se puso el maletín por almohada y los dos, muy juntos y cogidos de la mano, se durmieron como buenos amigos. Y así llegaron a Colonia.

Cumpliendo las órdenes recibidas, Huguenau dejó al mayor en el hospital, aguardó pacientemente junto a su cama a que le pusieran una inyección que le evitara el riesgo de una nueva crisis y luego pudo marcharse. En la comandancia junto al hospital se procuró un billete militar para Colmar, su patria chica. Al día siguiente, retiró del banco el resto del dinero de *El Mensajero del Electorado de Tréveris* y, unos días más tarde, salió de viaje. Su odisea guerrera, aquella época de hermosas vacaciones, había terminado. Era el 5 de noviembre.

LXXXVI

Historia de la muchacha salutista de Berlín 16

¿Quién más dichoso que un enfermo? Nada le obliga a tomar parte en la lucha por la vida e, incluso, tiene libertad para morir. No está obligado a sacar conclusiones de lo sucedido durante el día a fin de adaptar a ellas su comportamiento, tiene derecho a proseguir sus elucubraciones; encerrado en la autonomía de sus pensamientos, puede pensar deductivamente, puede pensar teológicamente. ¿Quién más dichoso que aquel que tiene derecho a pensar en sus propias creencias? A veces salgo solo a dar una vuelta, con las manos en los bolsillos, y observo los rostros de los transeúntes. Son rostros finitos; no obstante, con frecuencia, en realidad casi siempre, logro descubrir el infinito detrás de esos rostros. Estas son, en cierto modo, mis escapadas inductivas. El hecho de que en estas incursiones, que por lo demás no me llevan muy lejos — sólo en una ocasión he llegado hasta Schöneberg, pero me fatigué mucho—, no haya encontrado jamás a Marie, de que nunca haya surgido su rostro entre tantos rostros, de que haya desaparecido totalmente de mi vista, apenas me causa decepción, porque ella siempre creyó que la enviarían a alguna misión lejos y sin duda así habrá ocurrido. Me siento igualmente dichoso sin ella.

Los días se habían acortado. Y como la corriente eléctrica es cara y un hombre encerrado en su propia autonomía elucubrador puede prescindir de esa luz, mis noches son largas. Nuchem viene con frecuencia a mi casa. Se sienta en la oscuridad y habla poco. Sin duda piensa en Marie, pero nunca la ha nombrado.

Una vez dijo:

—Ahora terminará la guerra.

—¿Sí? —dije yo.

—Ahora empezará la revolución —prosiguió.

Tuve la esperanza de herirle en lo vivo:

—Entonces la religión será abolida.

Le oí reír silenciosamente en la oscuridad:

—¿Eso dicen sus libros?

—Hegel dice: «Es el amor infinito el que ha hecho que Dios se identifique con lo que le es extraño para matarlo». Eso dice Hegel... y luego vendrá la religión absoluta.

Volvió a reírse; era una ligera sombra en la oscuridad:

—La Ley permanece —dijo.

Su testarudez era inquebrantable.

—Sí, sí, ya lo sé —dije—, es usted el judío errante.

Él dijo en voz baja:

—Ahora, iremos a Jerusalén.

De cualquier modo yo había hablado demasiado, así que me conformé con lo dicho y no seguí adelante.

LXXXVII

La ancha quilla del navío, del navío silencioso que jamás se acerca a tierra,
cava surcos muy profundos en las olas de la niebla,
olas planas y sin costas, que se rompen donde yace la infinita lejanía.
¡Mar del sueño, cuyas olas nos estrellan en la nada!
¡Sueño atestado de carga, carga ciega! ¡Sueño lleno de manantiales desnudos!
¡Sueño que en aquel navío sigue las huellas del Otro!
¡Oh, deseos espantosos! Bajo el peso del castigo de la Ley más espantoso
todavía, ley en la que rompen mudos y sin costas:
nunca alguno de mis sueños, nunca jamás se ha encontrado con un sueño de los
tuyos. Solitaria es la noche, aunque en las profundidades
de tu aliento se recoja, exhalando todas nuestras esperanzas
de que un día transfigurados en seres superiores accedamos
a las gradas luminosas de la Gracia, accedamos sin matarnos.

LXXXVIII

Degradación de los valores 10

EPÍLOGO

Todo estaba bien.

Y Huguenau, provisto de documentación militar auténtica, regresó gratis a Colmar, su patria chica.

¿Había cometido un asesinato? ¿Había perpetrado un acto revolucionario? No tenía por qué pensar en ello y, por otra parte, tampoco lo hacía. Pero de haberlo hecho, sólo hubiera podido decir que su forma de actuar fue razonable y que cualquiera de las personalidades del lugar, entre las que, en justicia, podía contarse él, habría hecho lo mismo. Porque el límite entre lo razonable y lo irrazonable, entre realidad e irrealidad, era un límite preciso y, a lo sumo, Huguenau habría admitido que, en tiempos menos belicosos y revolucionarios, habría prescindido de aquel acto, lo cual hubiera sido desde luego una lástima. Y, sin duda, habría añadido meditabundo: «Cada cosa a su tiempo». Pero no llegó a ese extremo, porque nunca pensó en lo que había hecho y nunca lo recordaría.

Huguenau no pensaba en aquel acto ni, mucho menos aún, era consciente de la dosis de irracionalidad que encerraba su forma de actuar, tanta que incluso hubiera podido hablarse de un afloramiento de lo irracional. El ser humano ignora siempre la irracionalidad que constituye la esencia de sus actos silenciosos, nada sabe de «la invasión de los de abajo» a que está expuesto, y no puede saber nada de todo ello porque su vida se halla en todo momento dentro de un sistema de valores. Pero este sistema de valores sólo sirve para encubrir y dominar lo irracional que forma el soporte de la vida empírica, atada a la tierra: hablando en términos kantianos, no sólo lo consciente sino también lo irracional es un vehículo que acompaña todas las categorías; es lo absoluto de la vida que, con todos sus instintos, voliciones y emociones marcha, codo con codo, junto a lo absoluto del pensamiento. Y no sólo el propio sistema de valores se basa en el acto espontáneo de la posición de valores, que es un acto irracional, sino que el sentimiento del mundo, que se halla tras todo sistema de valores, queda sustraído, tanto en su origen como en su esencia, a toda evidencia racional. Y el poderoso aparato de la plausibilidad que, según la teoría del conocimiento, se construye en torno a los hechos materiales, tiene la misma función que el aparato, no menos poderoso, de la plausibilidad ética en el que se mueve la actuación humana; son puentes de lo racional que se tienden y se superponen para servir a un único fin: conducir al ente terrenal desde su irracionalidad ineludible,

desde su «maldad», hacia un sentido «racional» superior y hacia el valor propiamente metafísico en cuya estructura deductiva puede el hombre designar el lugar que les corresponde al mundo, a las cosas y a sus propias acciones, y puede, al mismo tiempo, encontrarse a sí mismo, de tal modo que su mirada no sufra error ni desorientación. No es de extrañar, pues, que en tales circunstancias Huguenu ignorara por completo su propia irracionalidad.

Todo sistema de valores procede de tendencias irracionales y la tarea de refundir la percepción irracional del mundo, sin valor ético, para darle una forma racional absoluta, tarea esta específica y radical correspondiente a la «formación», se convierte en meta ética para todo sistema de valores ultrapersonal. Y todo sistema de valores fracasa ante esta tarea. Porque el método de lo racional es siempre y sólo el del acercamiento; es un método de circunvalación que intenta alcanzar lo irracional valiéndose, eso sí, de círculos cada vez más pequeños, pero sin alcanzarlo nunca, se manifieste como se manifieste: ya sea como irracionalidad de sensaciones internas, ya como inconsciencia de esta vida y de sus vivencias, ya como irracionalidad de lo que sucede en el mundo y de la infinita complejidad de las figuras del mundo; lo racional sólo puede atomizar. Y el dicho popular que reza «un hombre sin sentimientos no es un hombre» es una afirmación que implica el conocimiento de la subsistencia de un fondo irracional insoluble, fondo sin el cual no puede haber ningún sistema de valores y, gracias al cual, lo irracional queda preservado de una autonomía verdaderamente corrosiva, de una «ultrarracionalidad» que, desde el punto de vista de un sistema, resulta éticamente más condenable aún, más «perversa», más «pecadora» que lo irracional: es la pura razón dialéctica y deductiva, que ha adquirido autonomía y que, en contraposición a lo irracional, susceptible de recibir una forma, no admite posibilidad ninguna de formación y que, aboliendo con su rigidez su propia forma, choca contra el límite de la infinitud lógica; la razón, al adquirir plena autonomía, es radicalmente perversa, suprime la lógica del sistema y, con ello, al sistema mismo; es el artífice de su degradación y de su disolución definitiva.

Para todo sistema de valores existe un punto del camino en que la compenetración de lo racional y de lo irracional alcanza su punto máximo, se llega a un estado de saturación y equilibrio, punto en el que la perversidad de ambos factores se vuelve inoperante, invisible e inofensiva: ¡son épocas de culminación de estilo pleno! Porque el estilo de una época podría casi definirse por esa compenetración mutua: por muy numerosos que sean los poros a través de los cuales lo racional penetra en la vida, cuando se alcanza el punto máximo lo racional se halla sometido a la vida y a la voluntad central de valores; y, por muy numerosas que sean las arterias por las que fluya lo irracional, lo irracional está, por así decirlo, canalizado, incluso en sus más finas ramificaciones, y está destinado al servicio y al impulso de la voluntad central de valores; lo irracional en sí y lo racional en sí no tienen estilo o, dicho más exactamente, están exentos de estilo; aquél por la libertad de estilo de la naturaleza y éste por la libertad de estilo de la ciencia matemática, pero dentro de su unión, dentro

de su mutua sujeción, dentro de esta vida racional sometida a lo irracional, ahí es donde aparece aquel fenómeno que puede designarse con toda propiedad como estilo de un sistema de valores.

Pero dicho estado de equilibrio no es perdurable, es siempre un estado transitorio; la lógica de los hechos arrastra lo racional hacia lo ultrarracional, empuja lo ultrarracional hasta sus límites de infinito, prepara el proceso de la desintegración de valores, la dilución del sistema global en creaciones parciales y, al final de semejante proceso, junto a una razón autónoma liberada aparece una vida irracional liberada y autónoma. Evidentemente, la razón penetra también en los sistemas parciales y los conduce a su propio desarrollo autónomo, pero la amplitud de desarrollo de la razón en el seno de un sistema parcial queda delimitada por los correspondientes ámbitos concretos. Así pues, existe una manera de pensar comercial o una manera de pensar militar específicas, maneras que, cada una por su parte, tienden a alcanzar un absoluto sin compromisos y consecuente, y a formar cada una de ellas el correspondiente esquema deductivo de plausibilidad (cada una con su «teología», su «teología particular», si es que puede llamarse de este modo); y en la misma medida exacta en que, como teología militar o comercial, ejerce su influencia para construir un *organon* minimizado y ligado a lo concreto, en la misma medida también las irracionalidades permanecen ligadas en el interior de sus ámbitos parciales; pues también los ámbitos parciales son un reflejo del Yo y del sistema global y también ellos se hallan en estado de equilibrio o tienden a conseguirlo, de forma que precisamente en el anhelo de dicho equilibrio puede hablarse de un estilo de vida militar o comercial. No obstante, cuanto más pequeño va haciéndose el sistema, tanto menor va siendo su capacidad ética de expansión, tanto menor va siendo su voluntad ética, más muda e indiferente se torna frente a la maldad, frente a lo ultrarracional y frente a lo irracional que todavía late en ella; el número de fuerzas entrelazadas es cada vez menor y, en cambio, aumentan aquéllas ante las cuales la voluntad ética es indiferente y a las que juzga como «asunto privado» del individuo: cuanto más progresa la dislocación del sistema global, más liberada queda la razón del mundo, más visible y operante es lo irracional. El sistema global de la religión convierte en racional el mundo por ella dominado; la liberación de la razón debe, pues, dejar igualmente libre todo el mutismo de lo irracional.

La última unidad de dislocación, dentro de la desintegración de los valores, es el individuo humano. Y cuanto menos dicho individuo intervenga en un sistema que lo supere —un sistema supraordenado— y más se limite a su propia autonomía empírica —heredero en esto del Renacimiento y del individualismo ya entonces iniciado—, tanto más insignificante y modesta será su «teología personal», tanto más incapaz será esta de abarcar los valores —sean cuales fueren— que se hallan fuera de su ámbito individual más estrecho: aquello que sucede fuera de su estrecho círculo de valores sólo puede ser aceptado como materia bruta, sin forma; en una palabra, sólo puede ser aceptado dogmáticamente. Surge entonces el juego vacío y dogmático de

los convencionalismos, o sea, de las ultrarracionalidades de pequeñísimas dimensiones, típicas del ser humano de miras estrechas (nadie le negará este calificativo a Huguenau); surge entonces la interinfluencia mutua y no conflictiva entre una vitalidad prisionera de lo irracional y una ultrarracionalidad puesta, en una marcha fantasmagórica, vacía y muerta, al servicio de lo irracional, unidos ambos elementos, carentes de estilo e incontrolados, en una disparidad que ya no es capaz de formar valor alguno. El hombre que, apartado de todo sistema de valores, se ha convertido en el portador exclusivo de un valor individual, el hombre metafísicamente «excluido», excluido porque su lazo de unión con los individuos se ha disuelto y esfumado, ese hombre carece de valores, carece de estilo y sólo se halla determinado por lo irracional.

Huguenau, hombre carente de valores, pertenecía de todos modos al sistema comercial. Era hombre que gozaba de buena reputación entre los círculos de su especialidad; era un comerciante consciente y avisado, y siempre había cumplido sus deberes comerciales rotunda y radicalmente. El hecho de haber matado a Esch no entraba desde luego en el círculo de sus obligaciones como comerciante, pero tampoco contradecía de ningún modo los usos y costumbres del comercio. Había sido una especie de acción marginal, adecuada a una época en la que el sistema de valores del comercio también había sido abolido y sólo quedaba el sistema individual de valores. En cambio, estaba en la trayectoria ética comercial —a la que Huguenau había regresado—, el que, teniendo en cuenta la inmensurable devaluación sufrida por el marco a raíz de firmarse la paz, hubiera dirigido a la señora Gertrude Esch el siguiente escrito.

Distinguida señora:

Esperando que al recibo de la presente se halle usted en perfecto estado de salud, y satisfecho de poder comunicarle que lo mismo me sucede a mí, me permito recordarle amistosamente que yo, según el contrato del 14 de mayo de

1918, soy poseedor del noventa por ciento de los intereses de *El Mensajero del Electorado de Tréveris*. Para evitar malentendidos, hago constar en el presente escrito que un tercio de dicho noventa por ciento, es decir, un treinta por ciento, se halla en posesión de distintos caballeros de esa ciudad, a los cuales, no obstante, yo represento como director delegado, de modo que, sin mi autorización y consentimiento, no puede llevarse a cabo ninguna actividad comercial ni negocio alguno. En caso de producirse alguna irregularidad, me veré obligado a hacerla responsable a usted o, llegado el caso, a mis coaccionistas, de los daños y perjuicios que pudieran desprenderse de dicha eventualidad. Si usted o mis distinguidos asociados se han hecho cargo de la empresa, le ruego encarecidamente que, ante todo, me remita un estado de cuentas y me gire la parte de los beneficios correspondientes a mi

grupo, o sea, al sesenta por ciento (véase párrafo § 3 del mencionado contrato), y ello sin perjuicio de cualquier otra diligencia jurídica de la que para más adelante me reservo informarla.

Amparándome en la legalidad de usted conocida, hago constar, por otra parte, que, debido al final de la guerra, lo que es caso de fuerza mayor, me resulta imposible, tanto a mí como a mi grupo, pagar a la empresa, según lo estipulado, los dos plazos restantes, que ascienden a un total de 13 400 marcos, de los que a usted, como heredera del difunto señor August Esch, le corresponden 8000. Asimismo, y también desde el punto de vista legal, hago constar que, habiendo olvidado reclamar en su día mediante la correspondiente notificación al periódico y a mí, como director del mismo, el pago de estos plazos, caso de que usted hubiera estado interesada en ello, aunque en la actualidad me curse dicha reclamación, yo tan sólo me veré obligado a efectuar el pago mediante el abono de los intereses legales de los plazos, y así lo hago constar a fin de que nuestra situación jurídica quede clara.

Pero como a toda costa deseo evitar la intervención de la justicia en las posibles desavenencias con la muy respetada esposa de mi honorable y difunto amigo el señor August Esch (y hallándose su ciudad en territorio ocupado, yo, como ciudadano francés, tropezaría con pocas dificultades) y dado que soy amigo de solventar cuanto antes todos los asuntos, me permito proponerle, respetuosamente, la anulación de nuestro antiguo negocio, lo cual, teniendo en cuenta la situación jurídica, significaría para usted numerosas ventajas.

Esta rescisión podría hacerse del modo más sencillo revendiéndole a usted la parte del sesenta por ciento que nos corresponde a mí y a mi grupo, y estoy dispuesto a hacerlo en condiciones especialmente aceptables, ya que le ofrezco a usted dichas partes por la mitad de su precio original calculado en francos. El precio era de 13 400 marcos —unos 16 000 francos según la paridad establecida por la paz—, de modo que yo le dejaría a usted dichas partes por 8000 francos, lo que expresado en letras es

ocho mil francos franceses

y subrayo muy en particular que, en dicha suma, no he incluido ni mis gastos ni los fondos que yo en persona aporté al negocio ni el sacrificado trabajo realizado por mí durante varios meses, pese a que el negocio vale ahora, precisamente por todo ello, mucho más que en el momento en que me hice cargo de él. Enfocando así el problema y con proporción tan moderada y favorable a sus intereses, sólo pretendo facilitarle a usted la decisión de llegar a una solución adecuada, mayormente considerando que, de no disponer usted

de esa suma en efectivo, podría obtenerla hipotecando sus bienes, que están libres de cargas.

Finalmente y con todo respeto me permito hacerle observar que, con la recompra del sesenta por ciento unida al diez por ciento que todavía obra en su poder, tendrá usted en sus manos una aplastante mayoría del setenta por ciento, lo que le permitirá anular al grupo minoritario formado por los otros accionistas. Estoy convencido de que, dentro de muy poco, volverá usted a ser la única propietaria de una floreciente empresa cuya sección de anuncios, preciso es que lo diga, sección que me enorgullezco de haber fundado, constituye por sí sola una mina de oro, y ni que decir tiene que me pongo encantado a su disposición para todo cuanto yo pueda ayudarla, sea con mis consejos, sea con mis intervenciones.

Considerando las presentes circunstancias, reconocerá usted que le hago una oferta que va en perjuicio de mis propios intereses, y ello porque a mí me resultaría difícil llevar desde aquí la dirección del periódico. Estoy convencido de que otras personas interesadas en el asunto me ofrecerían mucho más, lo que para usted no resultaría en modo alguno agradable, por lo cual le ruego tenga a bien enviarme su amable respuesta afirmativa dentro del plazo de catorce días, ya que, de no ser así, me vería obligado a dejar este asunto en manos de mi abogado.

Con la convicción de que sabrá apreciar en lo que vale mi amistosa y conciliadora proposición, lo que nos permitirá proceder a la elaboración de un acuerdo definitivo, me permito comunicarle también que la situación comercial es en nuestra región por completo satisfactoria y que yo gozo aquí de una buena situación.

Queda de usted, respetuosamente,

WILH. HUGUENAU
de la firma André Huguenau

Certificada

Esta era un acción repugnante y abusiva, pero a Huguenau no se lo pareció; no iba contra su teología particular ni chocaba con el sistema de valores en uso y, lo que es más, los conciudadanos de Huguenau tampoco la habrían considerado repugnante, pues se trataba de una carta irreprochable, tanto desde el punto de vista comercial como desde el jurídico. Incluso la propia señora Esch encajó tal legalidad como una fatalidad, a la que se sometió de mejor grado que, por ejemplo, a una confiscación por parte de los comunistas. Desde luego, Huguenau lamentó después la excesiva moderación de sus exigencias, ¡la mitad del precio de coste!, pero nunca conviene tirar demasiado de la cuerda y, cuando le hicieron efectivos los ocho mil francos, dicha suma representó un considerable ingreso para la empresa de Colmar, pero

representó también algo más: la liquidación definitiva de los asuntos relacionados con la guerra, el definitivo retorno al hogar e incluso tal vez, aunque únicamente tal vez, algo doloroso. Porque todo lo marginal había desaparecido para siempre. Y en la medida en que en el transcurso de una vida humana, con todas sus pequeñeces, puede hallarse algo digno de ser contado, en la vida de Huguenau ya no hay nada así. Se había hecho cargo del negocio paterno y continuaba imprimiéndole el mismo sentido que sus antepasados: seriedad y atención constante a los beneficios. Y como la vida de soltero no es la más adecuada para un comerciante burgués y como la tradición de su casa, de la que había surgido su propia existencia, exigía de él que se casara con una mujer animosa para por una parte engendrar hijos en ella y, por otra, emplear la dote en la consolidación de su negocio, dio los pasos necesarios a este fin. Y como en el ínterin el franco se había devaluado y los alemanes habían introducido el marco oro, resultó más que lógico y nada extraño que dirigiera sus miradas hacia la otra orilla del Rin. Y como finalmente encontró en la región de Nassau a la novia que podía aportar con creces los medios materiales correspondientes a sus deseos y como dicha región era eminentemente protestante, tampoco es de extrañar que el amor y las ventajas de los bienes materiales movieran a un librepensador a un cambio de creencias. Y como tanto la novia como su familia eran lo bastante estúpidos como para conceder importancia a este gesto, Huguenau, por consideración a ellos, pasó a formar parte de la confesión protestante. Y si alguno de sus conciudadanos movía la cabeza dubitativo ante aquel paso, el librepensador Huguenau les hacía ver la escasa importancia de tales formalidades, y, para reforzar su punto de vista, pese a pertenecer a la confesión protestante, dio su voto al partido católico cuando, en el mismo año de 1926, dicho partido acordó una alianza electoral con los comunistas. Y como los alsacianos, al igual que la mayoría de los teutones, son extravagantes y muchos de ellos poseen también sus pequeñas chaladuras, nadie se sorprendió gran cosa ante la irregular evolución de Huguenau, pues, en realidad, tampoco resultaba tan irregular, ya que, entre sacos de café, tejidos, comer, dormir, negocios y partidas de cartas, Huguenau llevaba una vida del todo regular. Se convirtió en padre de familia, sus elásticas redondeces corporales se ablandaron y con el tiempo se ajamonaron, y sus andares decididos fueron tornándose cansinos. Era amable con sus clientes y, con sus subordinados, era un jefe severo que siempre daba ejemplo de laboriosidad. Se levantaba muy temprano, no se permitía disfrutar de vacaciones, sus distracciones eran muy austeras y, en lo que a placeres estéticos se refiere, o carecía por completo de ellos o los despreciaba: sus obligaciones apenas si le permitían dar un paseo los domingos con su mujer y sus hijos, mucho menos aún visitar un museo (por lo demás, sentía aversión por los cuadros). Comenzó a ascender por los peldaños de la dignidad ciudadana, reemprendió la senda del deber. Su vida era la misma que llevaron sus antepasados durante doscientos años y su rostro era idéntico al de ellos. Porque todos los Huguenau tenían el mismo aspecto: gordos, cebados y una gran seriedad en la cara. ¿Quién podía suponer que en uno de ellos apareciera un rasgo

irónico sarcástico? Y si esto podía ser consecuencia de una mezcla de sangres o, simplemente, un capricho de la naturaleza, o la evidente culminación de la repugnancia que le aparta de sus antepasados, es difícil de precisar y, además, era un detalle al que nadie, y menos aún el propio Huguenau, concedía ninguna importancia. Porque eran muchas las cosas que, poco a poco y cada vez más, iban dejándole indiferente, y si pensaba en lo sucedido durante la guerra, sus recuerdos iban quedando reducidos a la nada. Por último, sólo le quedó el recuerdo de una cifra, la cifra de 8000 francos, en tanto que, para el comerciante Huguenau, todo lo entonces vivido se iba reduciendo a simples contornos y a las suaves tonalidades de los billetes de banco franceses que, desde entonces, centraban su atención. Por encima de todo lo ocurrido se había extendido suavemente la niebla gris de un ensueño plateado, como si un cristal ahumado lo cubriera y, al final, ya no sabía si él había vivido aquella historia o se la habían contado.

Tal vez podría aducirse que todo aquel ensombrecimiento y todo aquel olvido sólo obedecían a una actitud de resignación, actitud perpetuamente condicionada al sistema de valores burgués que se había reinstaurado en el país alsaciano (y, por tanto, también en Colmar), bajo la protección de las victoriosas bayonetas francesas, en tanto que la tierra misma, acordándose de las seculares injusticias sufridas de una y de otra parte, se hallaba llena, como auténtica zona fronteriza, de espíritu revolucionario y que, también en el interior de Huguenau, anidaban toda clase de rebeldías. De todos modos, podría alegarse que, al adquirir libertad, las fuerzas irracionales no quieren adaptarse a ningún sistema de valores antiguo y que dichas fuerzas, al ser reprimidas por un poder superior, por necesidad han de crear semejante situación de apatía tanto en la sociedad como en el individuo. Y esto nos lleva a preguntarnos cuál es la suerte de las fuerzas irracionales que se han liberado en la desintegración de los valores: ¿sólo son en realidad medios de combate en la lucha entre los distintos ámbitos de valor?, ¿sólo son en realidad métodos de mutuo aniquilamiento?, ¿sólo son fuerzas asesinas? Cuando la desintegración de los valores alcance la última desmembración en unidades, ¿han de convertirse entonces en lucha del individuo contra el individuo, en lucha de todos contra todos? O, limitándonos al caso de Huguenau, ¿puede un sistema de valores parcial, como el comercial al que Huguenau se había reintegrado, poseer una capacidad de unificación lo bastante fuerte como para volver a reunificar en un *organon* las tendencias irracionales, sin la protección de las bayonetas y de las redes policiales, y marcar una meta a la voluntad de valores convertida también en voluntad libre?

Desde el punto de vista de la teoría del conocimiento esto es algo inadmisibile. Porque, en efecto, exige aseveraciones sobre la esencia misma de lo irracional; exige, aunque sólo sea por la calificación de «fuerzas», una aclaración mecanicista; exige una metafísica antropomórfica y voluntarista; exige, en suma, una interpretación a la que, por su misma naturaleza intrínseca, se opone lo irracional, pues es precisamente la vida muda e irracional la que proporciona sin duda el material para la «formación»

racional de «un ámbito de valores», pero, en su primitivo estado de irracionalidad «sin forma», sólo permite la constatación de su ser anónimo, pero no autoriza ningún tipo de teorización. El sistema total, ordenado en un plano superior, o sea, el sistema religioso, es del todo consciente de esta situación. La Iglesia sólo conoce un sistema de valores, el suyo, porque, de acuerdo con su origen platónico, sólo conoce una verdad, sólo conoce un Logos: condicionada de un modo absolutamente racional, no puede tolerar lo que va más allá de la lógica y, reprimida por principio, tiene que negar a todo lo irracional y a sus hipotéticas «cualidades» el derecho de existir, y no sólo a las que afectan a la teoría del conocimiento sino también a las que atañen a lo ético; lo irracional se convierte sin más ni más en una bestialidad y todo cuanto pueda decirse de lo irracional queda limitado a la constatación de que está ahí y de que debe adscribirse a la categoría del Mal. Desde este punto de vista, lo irracional sólo puede considerarse problema a propósito de la cuestión relativa a la posible existencia del Mal en el seno de un mundo creado por Dios, y la supuesta capacidad de lo irracional para constituir un sistema sólo debe discutirse a propósito de las posibles formas de manifestación del Mal. Desde luego, éstas son cuestiones que la Iglesia nunca ha ignorado y que jamás pudo ignorar; la existencia del Mal siempre ha formado parte de las hipótesis de la *ecclesia militans* y, cuando el proceso de la desintegración de los valores conduce dicha existencia a manifestarse de forma continua, entonces la Iglesia se ve siempre obligada a hacer responsable de dicha desintegración al Mal; en otras palabras, a aislar lo ultrarracional, donde radica la desintegración, y, separándolo de su esencia misma, incluirlo con lo irracional en la categoría del Mal. Pero como, por una parte, es propio de la Iglesia, al igual que del individuo, conocer perfectamente la «posición de posiciones» y, además, la Iglesia sabe, tal vez incluso mejor que el individuo, que la condición indispensable de toda posible vivencia viene determinada, en cualquier forma fenomenológica, por la categoría de «valor», y como, por otra parte, la Iglesia ha de considerar su propia estructura de valores como la única factible, jamás asociará al Mal irracional ningún tipo de fuerzas creadoras de sistema, sino que lo asociará siempre a la forma fenomenológica de la imitación y sólo verá en el Mal la imitación de las formas de manifestación que le son propias a ella misma. Es evidente que la Iglesia no atribuirá al Mal ningún pensamiento racional, sino tan sólo una forma de pensar hueca e imitativa, un pensamiento «vacío de verdad» (el Mal como ausencia de Bien), un juego de convencionalismos ultrarracional, vacío y dogmático, una «adulteración» descarriada por lo irracional, la cual, sirviendo sólo a lo irracional, tergiversa la voluntad ética y la confunde con un sonsonete moral y, en última instancia, esta tergiversación, extendida a un sistema integral, llegará a elevar la maldad de la estrechez de miras hasta las proporciones gigantescas del Anticristo. Cuanto más a sus anchas se instale el Mal en el mundo, tanto más perfecta será la imitación de Cristo por parte del Anticristo y más amenazador será el sistema de valores del Anticristo, sistema que sólo puede ser un sistema integral porque integral es el sistema de la Iglesia; el propio Mal resulta

indivisible y homogéneo, tan indivisible y homogéneo como la verdad por él imitada y opuesta a él. Que junto a este sistema integral pierdan vitalidad los sistemas parciales, que el catolicismo asigne a la expresión más visible de la desintegración de los valores, o sea, al pensamiento protestante, un significado especial entre los fenómenos del proceso de desintegración y lo eleve a un carácter dominante, a pensamiento directivo del desarrollo de lo funesto y de lo irracional, que la Iglesia vea en él, al igual que en todos los demás sistemas parciales, únicamente caricaturas del auténtico sistema de valores, peldaños previos al amenazador sistema integral del Anticristo, son consideraciones todas ellas que no sólo corresponden al punto de vista específico de la Iglesia, sino que se apoyan fundadamente en una situación objetiva, por ejemplo, en la curiosa afinidad existente entre el protestantismo y todos los demás sistemas parciales: ya sea el capitalismo, ya sea el nacionalista o cualquier otro sistema parcial, siempre puede deducirse de él un denominador común «revolucionario» y antieclesiástico con el protestantismo; es decir, desde el punto de vista del sistema eclesiástico, siempre se halla un denominador común con lo criminal, en el que se hacen visibles las fuerzas, todas irracionales y enemigas, de los valores propios de la herejía. Y aunque la Iglesia haga de vez en cuando concesiones externas y, buscando el mal menor, tolere movimientos parciales como, por ejemplo, el nacionalista (por tratarse de posturas conservadoras frente a las distorsiones radicales puramente revolucionarias), siempre decidirá la cuestión básica del destino de las fuerzas irracionales bajo el más riguroso de los prismas: o Cristo o el Anticristo; o el retorno al seno de la Iglesia o el fin del mundo con la total desintegración de los valores en la lucha de fuerzas contrarias.

Tanto si se trata de una imagen fiel como si se trata de una caricatura, todo sistema parcial, por ser un sistema de valores, imita la estructura del sistema integral y, en la medida en que las ideas de este último se basen en principios formales, no pueden sino repetirse y confirmarse en una asociación más reducida; por el contrario, las desviaciones del contenido, desviaciones necesarias porque ningún sistema puede calificarse a sí mismo de «perverso», han de explicarse por la valoración que dicho sistema hace de lo irracional. En virtud de su origen lógico, de su fundación lógica, todo sistema parcial es revolucionario. Si, por ejemplo, el sistema parcial del nacionalismo, siguiendo su propia tendencia lógica a la absolutización, construye un *organon* en cuyo centro se encuentra el Estado nacional elevado al rango de Dios, al relacionar todos los valores con la idea de Estado, al subordinar al individuo y su libertad intelectual al poder estatal, no sólo adopta una postura revolucionaria, anticapitalista, sino que, con una implicación mucho más amplia, emprende un giro anticlerical y antirreligioso, giro que conduce, estricta e inequívocamente, al absoluto derrumbamiento revolucionario de los valores y, por tanto, a la abolición del propio sistema. O sea, que si el sistema parcial quiere asegurar su propia estabilidad en el proceso de la desintegración de los valores, si quiere defenderse de su propia *ratio*, que le empuja hacia aquella dirección, tiene que refugiarse en los medios irracionales,

lo que explica aquella característica duplicidad, hablando desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, e incluso aquellas impurezas que afectan a todo sistema parcial. Asumiendo el papel del sistema integral frente a la progresiva desintegración de los valores, considerando rebelde y criminal a lo irracional, el sistema parcial se ve obligado a extraer de la masa homogénea de lo irracional y de su anónima perversidad un grupo de fuerzas irracionales «buenas», a fin de detener con ellas la temida desintegración ulterior y producir la propia legitimación mediante su estabilidad; toda «revolución parcial» (y, en este sentido, cualquier sistema parcial es una «revolución parcial») se apoya en apriorismos irracionales, en el peso de los valores del sentimiento, en la dignidad de un «espíritu irracional» que es puesto en marcha contra la razón radical de la revolución total; todo sistema parcial ha de reconocer de modo expreso un resto irracional «informal», una reserva, por así decirlo, en el seno de la corriente de la razón, a la que poder fijarse para servir de punto estable en el proceso de la desintegración de los valores.

Pues las revoluciones son insurrecciones del Mal contra el Mal, insurrección de lo irracional contra lo racional, insurrección de lo irracional —bajo la apariencia de razón liberada de sus cadenas— contra las instituciones racionales que, para mantener su estabilidad, apelan, muy satisfechas de sí mismas, al irracional valor del sentimiento que reside en ellas; las revoluciones son la lucha entre la irrealidad y la realidad, entre la violencia y la violencia; tienen que producirse cuando, al liberarse lo ultrarracional de sus cadenas, la liberación trae consigo la puesta en libertad de lo racional; cuando el aniquilamiento del sistema de valores ha alcanzado incluso a la última unidad de valor individual y todo lo irracional se desborda dentro de la libertad absoluta de valores del individuo convertido en autónomo y solitario. Es el desbordamiento de lo irracional, el desbordamiento de lo autónomo, el desbordamiento de la vida misma, y el ser humano, solitario y carente de valores, es su instrumento. Y si toda la angustia de la tierra y toda la soledad tienen que asaltar en primer lugar a los abandonados de la tierra, o sea, a los proletarios expuestos al hambre, a los soldados expuestos en las trincheras al fuego de las granadas, si éstos, los «excluidos» en el auténtico sentido de la palabra, han de ser los primeros en alcanzar la libertad de los valores, también son ellos los primeros en percibir la llamada del homicidio, que con un rumor de aceros entrechocados domina el mutismo de lo irracional. Y siempre es así: el ser humano perteneciente a una asociación de valores más pequeña extermina a los hombres de la asociación mayor en vías de autodestrucción; siempre es él, el más desgraciado de los hombres, el que adopta el papel de verdugo en el proceso de desintegración de los valores; y el día en que suenan las trompetas del juicio, entonces, el hombre carente de valores se convierte en verdugo de un mundo que se ha condenado a sí mismo.

Huguenau había cometido un asesinato. Después lo olvidó, no volvió a pensar en ello, en cambio conservaba fielmente en su memoria todos y cada uno de los afortunados golpes comerciales que, a consecuencia de ello, había conseguido (¡la

carta a la señora Esch!). Y esto era lógico: en la vida sólo perduran aquellos hechos que encajan dentro del sistema de valores propio del momento, pero Huguenau se había aclimatado de nuevo al sistema comercial. Y, precisamente por eso, es posible afirmar que, en las condiciones apropiadas y a pesar de haber heredado un floreciente negocio de familia, hubiera podido convertirse en un revolucionario tan bueno como en buen comerciante se convirtió. Pues el proletario, aun siendo agente de la revolución, no es «el revolucionario» que cree ser, el cual, por otra parte, no existe —no hay ninguna diferencia entre el pueblo que gritaba de júbilo en el acto de descuartizamiento del regicida Damiens y el pueblo que, treinta y cinco años después, se apiñaba en torno a la guillotina de Luis XVI—, es el exponente de un acontecer más grande, es el exponente del espíritu europeo sin más, aunque el hombre como individuo, con su vida y su estrechez de miras, se aferre todavía a un viejo sistema parcial, aunque, como Huguenau, desemboque en un sistema comercial, aunque se sume a una prerrevolución o a la revolución definitiva, el espíritu positivista de la abolición de los valores es el que se extiende por todo el mundo occidental, y su expresión visible no se limita en modo alguno al materialismo ruso-proletario, sino que este materialismo no es sino un matiz del pensamiento positivista en el que se ha disuelto el conjunto de la filosofía occidental, en la medida en que ésta puede aún reivindicar dicho apelativo. Sí, incluso los problemas del reparto de bienes pasan a segundo término, aunque vayan desapareciendo cada vez más las diferencias entre los métodos de trabajo americanizantes y comunísticos; pasan a segundo término ante la unidad de las ideologías que, cada vez con mayor claridad, tienden hacia un punto común, hacia un fin cuyo sello político, sea éste o aquél, poco importa, ya que toda su significación estriba —según la cuestión fundamental— única y exclusivamente en que se trate de un sistema integral capaz de volver a reunir las corrientes liberadoras de lo irracional. Y por ello carece asimismo de importancia el hecho de que cualquier prerrevolución «irracional» sea o no capaz de vivir, ya que, de todos modos, no ejerce ninguna influencia sobre la revolución «racional» definitiva en la que, en suma, ha de desembocar. En cambio, por su calidad de formación parcial puede mostrar —por encima de cualquier interpretación mecanicista— aquello que necesariamente ha de permanecer desconocido en el seno de las formaciones integrales: que existen fuerzas irracionales, que éstas son activas y que, de acuerdo con su entidad esencial, tienden a unirse en un nuevo *organon* de valores, en un sistema integral que, desde el punto de vista de la Iglesia, no será sino el Anticristo. No se trata aquí de síntomas subordinados —como el celo antiplatónico de los comunistas o como la propaganda marxista de la época del racionalismo ilustrado o como la propaganda burguesa de asociaciones de librepensadores—, o sea, de un ateísmo que, con toda su pecaminosidad, es demasiado insignificante para la Iglesia, demasiado digno de compasión como para englobarlo con la perversidad del Anticristo; se trata del espíritu europeo, del espíritu «herético» de lo inmediato y del positivismo, de modo que, en este sentido más general, incluso carece de importancia el que a través de

Fichte, la ideología protestante se haya infiltrado en la revolución nacionalista o el que, a través de Hegel, se haya infiltrado (desde luego más claramente) en el comunismo marxista. Y aunque la Iglesia, con su infalible instinto del odio, con su odio por la herejía, trate de descubrir al protestantismo incluso en sus derivaciones más remotas (y precisamente por ello persigue con una incomprensible intransigencia al comunismo, cuyos postulados, derivados del primitivo cristianismo, podría adoptar a la perfección), todavía no ha apreciado en la manifestación concreta del comunismo la concretización del Anticristo, sino tan sólo un prelude. Y aunque la teología protestante del kantismo se despliegue en una auténtica teología «marxista», provista de una rígida interpretación de la ley, con una ontología inamovible y una ética inquebrantable, provista pues de todos los componentes de una auténtica teología y presentando en su totalidad la Iglesia visible de esta teología; y aunque esta iglesia, plenamente consciente, se establezca como antiiglesia elevando las máquinas a objetos de culto, haciendo sacerdotes de los ingenieros y de los demagogos, esto no constituye aún el sistema integral en sí, no es todavía el Anticristo; ¡pero es el camino que lleva a él y también es una señal de la destrucción de la imagen cristiano-platónica del mundo! Y en toda esta dogmática, en toda esta estructura de la antiiglesia marxista, con su concepto ascético y duro del Estado, se perfila con toda claridad, y para el catolicismo más claramente que para nadie, se perfila, pues, la poderosa silueta de un espíritu que va más allá del marxismo, más allá de toda deificación del Estado, y que, adopte la forma que adopte, deja tras de sí y tan lejos todo lo revolucionario que incluso la vía marxista parece un desvío: es el perfil de una «iglesia en sí» carente de iglesia, la ontología exenta de sustancialidad y una «ciencia de la naturaleza en sí», una «ética en sí» exenta de dogmas; en suma, es un *organon* de aquella abstracción última, lógica y sin ornamentos, que debe conseguirse trasladando hasta el infinito el punto de plausibilidad y en la que se manifiesta todo el radicalismo del espíritu protestante; es la doble afirmación positivista de las cosas del mundo y de la rigurosa ascética del deber, tal y como la entendían ya Lutero y todo el Renacimiento, y que, cumpliendo con su idea innata y necesaria, tiende hacia una nueva unidad del pensamiento y del ser, una nueva unidad del infinito ético y material. Es la unidad que constituye la esencia de todas las teologías y debe necesariamente subsistir aunque se intente extirpar del mundo el pensamiento, pero también podrá subsistir si el punto de plausibilidad científica de la «consideración de lo verdadero» coincide con el punto de plausibilidad de la «fe» y la doble verdad se convierte de nuevo en una verdad sin equívoco. Porque al final de la infinita cadena de cuestiones que conduce a dicha plausibilidad se yergue el hecho puro, la idea de un *organon* de deberes puros, la idea de una fe racional, exenta de Dios; en el extremo de la cadena se halla, edificada por leyes rígidas como la piedra, la forma vacía de contenido de una «religión en sí», e incluso tal vez lo inmediato racional de una «mística en sí», cuya religiosidad muda, ascética y sin ornamentos señala ya la meta final de esta revolución verdaderamente protestante: el vacío sordo de una

absolutidad cruel en el que impera el espíritu abstracto de Dios, el espíritu de Dios, no Dios mismo, y, no obstante, Él reinando lleno de dolor en la angustia del mutismo sin sueños e inviolable, que es el Logos puro.

Huguenau apenas participaba de esta situación del espíritu europeo, en cambio sí participaba de la inseguridad reinante. Pues lo que de irracional hay en el hombre intuye lo irracional del mundo y aunque la inseguridad del mundo es, por así decirlo, una inseguridad racional, con frecuencia incluso una inseguridad comercial, ha surgido sin embargo de la liberación de la razón, la cual tiende al infinito en cada uno de los ámbitos de valores y, aboliéndose a sí misma en la frontera ultrarracional del infinito, se vuelve súbitamente hacia lo irracional y hacia lo «nunca más aprehensible». El dinero y la técnica se han vuelto incontrolables, los sistemas monetarios oscilan; a despecho de todas las explicaciones que el hombre tiene en su mano para lo irracional, lo finito no puede seguir a lo infinito y no existe ningún medio racional de reconducir la inseguridad irracional del infinito hacia lo racional y lo controlable.

Se diría que el infinito ha despertado a una vida autónoma y concreta, arrastrado y absorbido por lo Absoluto, por lo Absoluto que, en la hora entre derrumbamiento y ascensión, en esa hora mágica de la muerte y de la concepción, fulgura en el más remoto horizonte. Y aunque Huguenau deseara apartar sus ojos del resplandor del cielo crepuscular, y no quisiera saber nada de dichas posibilidades, sentía, no obstante el aliento helado que, soplando por encima del mundo, lo paraliza y lo deja rígido y que, además, roba su sentido a las cosas de este mundo. Y cuando Huguenau, cada mañana, seguía en su periódico los acontecimientos del mundo, lo hacía con el malestar de todos los lectores de periódicos, que se precipitan ansiosos sobre las noticias, hambrientos de hechos, especialmente de aquellos hechos adornados con ilustraciones, y que esperan, cada día, que de nuevo la masa de los hechos colme el vacío de un mundo que ha enmudecido, el vacío de un alma que ha enmudecido. Leen sus periódicos y sienten la angustia del ser humano que todas las mañanas despierta en la soledad, pues el lenguaje de la vieja comunidad ha enmudecido para ellos y el nuevo no llega a sus oídos. Por mucho que, criticando con dureza las instituciones políticas y públicas o las jurídicas, aparenten comprensión y claridad de visión, por más que, a lo largo del día, intercambien sus respectivos puntos de vista sobre dichos temas, se quedan a medio camino entre lo que todavía no es y lo que ya no será. Ellos no confían en la palabra, quieren verla plasmada en imágenes, ni siquiera pueden creer ya en la medida de su propio lenguaje y, emplazados entre el fin y el principio, tan sólo saben que la lógica de los hechos es irresistible, que la ley permanece intangible: no existe alma que, por muy depravada, por muy vil, por muy estrecha de miras que sea o por muy entregada que esté al dogma más ruin, pueda sustraerse a esta visión de las cosas y a esta angustia. El ser humano, semejante a un niño sorprendido y asaltado por la soledad, presa de la angustia de la criatura que ha empezado a morir, ha de buscar en lo finito el vado que constituirá su vida y su

seguridad. No encuentra estabilidad en ninguna parte. Y de nada sirve que se esfuerce, una y otra vez, en hallar salvación dentro de un sistema parcial, tanto si lo hace porque, al abrigo de las viejas formas románticas, espera hallar protección para la inseguridad, como si lo hace porque confía en que, dentro de una revolución parcial, lo conocido y lo familiar vayan deslizándose poco a poco y en cierta manera sin dolor en lo inexorablemente desconocido. No encuentra estabilidad porque se ha extraviado en la embriaguez de una falsa comunidad, y la secreta y más profunda atadura, que él persigue con ahínco, se deshace en la mano que cree haber atrapado los hilos; y si, por último, el hombre decepcionado se refugia en el sistema financiero-comercial, tampoco escapa a la decepción. Incluso esta forma de existencia, la más propia de la burguesía estrecha de miras, siendo más resistente que todos los demás sistemas parciales, porque promete la sólida unidad del mundo necesaria al hombre para escapar a la inseguridad —dos monedas de un marco son más que un marco solo, y una suma de 8000 francos se compone de muchos francos, todo y con ser un total, un *organon* racional en el que la cuenta del mundo halla su valor exacto—, incluso esta forma de existencia, en la que el burgués quisiera creer a pesar de las fluctuaciones de los valores monetarios, por muy resistente que sea, se desvanece también; lo irracional no puede ser encauzado en ninguna parte y ninguna figura del mundo puede representarse ya como una suma de columnas de cifras racionales. Y cuando, alcanzadas todas las dignidades ciudadanas, el comerciante Huguenau, hombre que, en todos los órdenes de la vida, solía preocuparse antes que nada por el precio y por las posibles ganancias, cuando este Huguenau también consideraba racional que, en tales tiempos de inseguridad financiera, se demostrara una desconfianza cada vez mayor, podía suceder que sin embargo él, con expresión irónica o con un despectivo gesto de mano, intentara deshacerse de algo sobre cuya procedencia —cosa sorprendente— no podía justificarse ante sí mismo, o que, quedándose de pronto perplejo, preguntara «¿Qué es el dinero?». También podía suceder que, tras haber examinado atenta y desconfiadamente a un cliente, le retirara de pronto el crédito, sin más explicación, simplemente porque, de pronto, el hombre ya no le gustaba, o porque le repugnaba un gesto sarcástico o cualquier otro gesto que hiciera con la boca; si tal medida resultaba favorable o no, si con ella se deshacía a tiempo de un cliente moroso o si, por el contrario, echaba en brazos de la competencia un cliente solvente, era, en cualquier caso, y dejando de lado todas las consecuencias de orden práctico, un método rudo, un método que, probablemente lúcido, se desarrollaba en cierto modo por cortocircuito, aunque desde luego fuera desacostumbrado en la vida comercial y, con toda seguridad, un método irracional. Y desde luego no era ésta la menor de las causas de que, de un modo imperceptible, fuera abriéndose en torno a Huguenau un abismo, una zona muerta y silenciosa que le separaba de sus conciudadanos. Todo esto que, en realidad, no era sino una remota sospecha, tomaba cuerpo y se hacía casi tangible en cuanto Huguenau se hallaba rodeado de una concurrencia numerosa: en un cine, en un local donde la juventud

bailase o en las fiestas que conmemoraban la victoria francesa. Entonces él, que tal vez un día llegaría a ocupar el sillón de alcalde, podía permanecer sentado y en silencio ante la florida mesa entre las demás personalidades del lugar y, a través de los gruesos cristales de sus gafas, podía contemplar, con seria mirada de muchacho, a los que bailaban; y aunque no había alcanzado, ni mucho menos, aquella edad en que debe renunciarse al placer del baile, apenas daba crédito a sus propios recuerdos cuando susurraba a su vecino (jamás dejaba de hacerlo) que, años atrás, él también había sido un consumado bailarín. Porque, tanto si se quedaba mucho tiempo en uno de aquellos locales donde se celebraban reuniones patrióticas, como si los domingos salía, con su hijo mayor, hasta la avenida Strassburg para presenciar la salida de una prueba ciclista —y también cuando acudía a esta o aquella reunión social, a fin de tener en realidad una prueba concreta de lo que sentía—, caía inevitablemente en aquel extraño desasosiego en el que las cosas se desplazaban de una manera imperceptible y en el que toda ceremonia, a la que sin embargo debería sumarse un concepto de indivisible, comenzaba a descomponerse en una inquietante falta de unidad, en algo que, a despecho de sus propias convicciones, alguien había amalgamado y atado, mediante decoraciones, banderas y guirnaldas, de forma que resultaba antinatural. Y de no haber estado atemorizado por tan desencaminados pensamientos, Huguenau habría descubierto sin duda que no existe ningún concepto ni ningún nombre a los que corresponda un sustrato concreto; con toda seguridad habría descubierto que han de existir símbolos ocultos, aunque visibles, que garanticen la unidad del acontecer y de la cohesión del mundo, símbolos cuya existencia es necesaria porque, de lo contrario, todo lo visible se desmoronaría en un agregado indecible, ingrátido y seco, compuesto de ceniza fría y transparente. Huguenau había sentido la maldición de lo fortuito y de lo amontonado que se extiende sobre las cosas y por encima del ensamblaje de las cosas, de modo que resulta imposible imaginar ningún tipo de ordenación que no sea también fortuita y arbitraria: ¿No deberían dispersarse inmediatamente a los cuatro vientos todos aquellos ciclistas, si no los mantuviera unidos la misma camiseta y el mismo distintivo del club? Huguenau no se planteaba esta cuestión porque dicha cuestión superaba los límites de lo que, con cierta justicia, pudiera llamarse su teología particular; no obstante, esta cuestión no formulada le irritaba tanto como la invisibilidad de todas las instancias de las que él dependía, y esta irritabilidad podría descargarse, por ejemplo, por medio de un injustificado bofetón propinado a su hijo durante el camino de regreso. Relajado entonces por este procedimiento, solía volver a la sólida realidad, confirmando así el pensamiento hegeliano que dice: «La voluntad realmente libre es la unidad entre el espíritu teórico y el práctico». Ya de buen humor, volvía a la ciudad caminando erguido. Al pasar ante los diferentes locales de culto, de los que precisamente salía la gente en grupos, seguía adelante canturreando alegremente, marcando incluso el compás con el bastón y, cada vez que alguien le saludaba, se cuadraba y decía «¡Salud!».

Porque siempre y para todos lo que importa es la relación con la libertad, e incluso la teología más diminuta y estrecha —cuyo alcance llega justo a plausibilizar las acciones más estrábicas de un Yo empírico, o sea, incluso la teología particular de un Huguenau— sirve a la libertad, incluso para ella la libertad es el centro en sí, el centro propiamente místico de deducción (y esto es aplicable a Huguenau, al menos a partir del día en que, al rayar el alba, abandonó la trinchera y llevó a cabo una acción, irracional en apariencia, pero muy racional, en servicio de la libertad, de modo que, a partir de aquel día, todo cuanto intentó y todo cuanto intentará todavía en su vida se presenta como una repetición de aquella primera acción solemne y de día de fiesta). Sí, casi parece como si la libertad oscilara por encima de todo lo racional como una categoría especial y sublime, como un fin y un principio, semejante a lo Absoluto, a cuyo lado resplandece y al que sin embargo supera en resplandor, último y suave rayo de los abismos de fuego del cielo rasgado. Lo irracional jamás podría fusionarse con lo racional, lo racional no podría volver a disolverse en la armonía del sentimiento vivo, si ambos no formaran parte de un ser superior a ellos, que impone respeto, que es al mismo tiempo la más alta realidad y la más profunda irrealidad: sólo en esta solidaridad de realidad e irrealidad podrá efectuarse la totalidad del mundo y su configuración; eterna renovación de lo humano se justifica en la idea de libertad, pues, inasequible en lo terrenal, el camino que conduce a la libertad tiene que ser siempre recorrido de nuevo. ¡Oh doloroso deber que lleva a la libertad! Terrible y eternamente renovada renovación del conocimiento en la que se justifica la rebelión de lo absoluto contra lo absoluto, la rebelión de la vida contra la razón; justificación de una razón que, renegando en apariencia de sí misma, desata lo absoluto perteneciente a lo irracional de lo absoluto perteneciente a lo racional; justificación porque también en ella se da la última garantía de que las fuerzas irracionales desatadas volverán a unirse en un sistema de valores. No hay sistema de valores que no se someta a la libertad, pues incluso el más insignificante de ellos busca la libertad. Incluso el hombre caído en las más terrenas soledad y autonomía, aquel que no va más allá de la libertad del asesinato, de la libertad de la cárcel y, en el mejor de los casos, de la libertad del desertor, incluso ese hombre, desprovisto de valores y sobre el que pesa el imperativo de todo lo terrenal, está a merced del hálito del Eterno, y no existe nadie para quien la divina señal de la libertad no haya brillado por lo menos una vez en la noche de su soledad. Cada uno ha de realizar sus sueños, ya sea malvada o santamente, y tiene que realizarlos para participar de la libertad en su vida oscura y de apatía. Y así era como Huguenau tenía a veces la sensación de estar sentado en una cueva o en un oscuro pozo de mina y de que, mirando hacia afuera, hacia una zona fría que, como un cinturón de soledad, rodeaba el lugar donde él se encontraba, veía la vida en lejanas imágenes contra el firmamento oscuro, y entonces sentía una gran nostalgia y anhelaba arrastrarse fuera de aquel cerco y participar, en el exterior, de una libertad y de una soledad cuya existencia intuía como una visión procedente de no importa dónde y sólo a él dirigida; era como un conocimiento de la

más profunda comunidad en que aquella soledad tan profunda debería al fin cambiarse. Pero ese conocimiento no iba sino hasta la confusa idea de que tal vez allí estuviera permitido obtener por la fuerza una convivencia fraternal y cordial, que se pudiera obligar a los demás, con amenazas de muerte o por la violencia o, al menos mediante unas bofetadas, a que le aceptasen y escucharan su verdad, verdad que, aunque no era capaz de enunciar, él sabía mejor que la de ellos. Pues aunque en su comportamiento y en su forma de vida apenas se diferenciara de los otros, aunque el vehículo de su vida se deslizara cada vez más seguro por las vías donde él lo había colocado ya en su juventud, vías de las que no pensaba salirse en ningún caso, o sea, aunque la suya fuera una vida carnal, una vida masiva, la que ahora rodaba al encuentro de la muerte parecía no obstante, más elevada y, en cierto modo, más diáfana, ya que cada día que pasaba se sentía más aislado, aunque ya no sufría por ello. Separado del mundo y, no obstante, en él, veía a los demás hombres moverse hacia límites cada vez más lejanos y cada vez más anhelados, pero no hacía el menor esfuerzo por salvar aquélla lejanía, y tampoco en esto se diferenciaba lo más mínimo de los demás mortales, ya que cada uno de ellos sabe que la vida del ser humano no basta para recorrer el camino que, como una espiral, asciende hacia llanuras cada vez más elevadas, camino en el que lo que fue y lo que se frustró surgen de nuevo como una meta superior para hundirse a cada paso en la niebla lejana; vía infinita del cerco cerrado y de la plenitud, lúcida realidad donde las cosas se desintegran y se separan hasta los polos y hasta los límites del mundo, donde todo lo separado vuelve a unirse de nuevo, donde la lejanía es nuevamente abolida y lo irracional adopta su figura visible, donde el temor ya no se cambia en anhelo ni el anhelo en temor, donde la libertad del Yo desemboca una vez más en la libertad platónica de Dios: vía infinita del cerrado y de la plenitud, vía sólo accesible para aquel que ha realizado su ser, inaccesible para todos.

¡Inaccesible para todos! Y aun en el caso de que Huguenau hubiera ido a parar a un sistema revolucionario y no a uno comercial; la vía de la plenitud hubiera seguido para él cerrada a la transformación. Porque un asesinato es siempre un asesinato, la perversidad es siempre perversidad, y la mediocridad de un ámbito de valores limitado al individuo y a sus impulsos irracionales, producto esto último de toda desintegración de los valores, es siempre el punto de reprobación absoluto, es siempre y en cierto modo el cero absoluto invariante, común a todas las escalas de valores y a todos los sistemas de valores a pesar de su relatividad recíproca. Ese punto ha de ser común, porque no puede edificarse ningún sistema de valores que no esté sometido, en su idea y en su esencia lógica, al «condicionamiento de una posible experiencia», matiz empírico de una estructura lógica común a todos los sistemas y de una inmutabilidad a priori ligada al Logos. Y casi parece emanación de la necesidad lógica misma que el paso de un sistema de valores a otro deba hacerse por dicho cero absoluto de la atomización de los valores, que ese paso deba realizarse saltando por encima de una generación, la cual, desprovista de toda relación tanto con

el antiguo sistema de valores como con el nuevo, y precisamente por esa carencia de relación, por esa indiferencia ante el dolor ajeno, indiferencia que raya la locura, por ese total desprendimiento de los valores, proporciona la legitimación ética —y con ella la legitimación histórica— a la cruel indiferencia a que se halla expuesto todo lo humano en tiempos de revolución. Y tal vez deba ser así, puesto que sólo una generación con semejante mutismo absoluto es capaz de soportar la visión de lo Absoluto y el explosivo y radiante esplendor de la libertad: radiante esplendor que fulgura oscilando sobre las tinieblas más profundas y sólo sobre ellas. Su reflejo en la tierra es como una imagen en un estanque oscuro, y el eco terrenal de su silencio es el entrechocar de aceros del asesinato, impenetrable resonancia del mutismo que, no obstante, se yergue como un amenazador muro de silencio alzado entre los hombres a fin de que sus voces no puedan pasar de un lado a otro y el ser humano no pueda sino estremecerse. ¡Reflejo terrible, terrible eco de la Razón que irrumpe en lo Absoluto! La imagen terrenal reflejo de su rigor se transforma en coacción y en muda violencia, y lo inmediato racional de su meta divina se transforma en lo inmediato irracional que ha sometido al hombre a una obediencia muda, en contra de su voluntad; su infinita cadena de preguntas se convierte en el único eslabón de lo irracional, que ya no pregunta, sino que tan sólo actúa y provoca la desintegración de una comunidad que ya no existe porque, sin fuerzas, pero llena de mala voluntad, se anega a sí misma en sangre y se asfixia en gases venenosos. ¡Oh, qué muerte tan solitaria es el reflejo terrenal de la soledad divina! Confinado al horror de una razón libre de trabas, obligado a servirla sin comprenderla, prisionero de unos hechos que se suceden según una ordenación superior, presa de su propia irracionalidad, el hombre es semejante al salvaje que, víctima de un encantamiento, no distingue entre medio y resultado; es semejante al demente que no puede liberarse del caos que en él confunde lo irracional con lo ultrarracional; es semejante al criminal incapaz de hallar el camino que conduce a la realidad de valores de una comunidad más anhelada. Sin que pueda recuperarlo, el pasado desaparece y se esfuma, el futuro se le escapa sin posibilidad de recobrarlo y el estruendo de las máquinas no le advierte de camino alguno que conduzca a la meta donde, inasequible y sin riberas, se alza en la niebla la negra antorcha de lo Absoluto. ¡Hora terrible de la muerte y de la concepción! Hora terrible de lo Absoluto sufrida y soportada por una generación que se ha extinguido, que nada sabe del infinito al que se ve impelida por su propia lógica; sin instrucción, desamparados, absurdos, son librados al huracán glacial, para poder vivir han de olvidar y no saben por qué mueren. Su camino es el camino de Ahasverus, su deber es el deber de Ahasverus, su libertad es la libertad del acosado y su meta es el olvido. ¡Generación perdida! Inexistente como el propio Mal, sin rostro y sin historia en el antro de lo indiscernible, condenados a perderse en el tiempo, ¡sin historia en un tiempo que se eleva hasta la Historia absoluta! Sea cual sea la actitud que el individuo adopte ante los acontecimientos de la revolución, se aferre reaccionario a formas periclitadas, confundiendo lo estético con lo ético, como hacen todos los

conservadurismos, o se mantenga al margen con la pasividad de un conocimiento egoísta, o, entregado a sus impulsos irracionales, se entregue al trabajo destructivo de la revolución: sigue estando fatalmente carente de ética, excluido de su época, excluido del tiempo; pero jamás en parte alguna el espíritu de la época es tan fuerte, tan verdaderamente ético e histórico como en la llamarada última, y primera al mismo tiempo, que es la revolución: ¡acto de autoabolición y de autorrenovación, acto último y supremo del sistema desintegrador de valores y primero del nuevo sistema, instante de la radical abolición del tiempo, creador de historia, en el *pathos* del cero absoluto!

Grande es la angustia del hombre que adquiere conciencia de su soledad y que huye de su propia memoria; vencido y excluido, es devuelto a la más profunda angustia del ser creado, a la angustia del que sufre y comete violencia; devuelto a una soledad ultrapoderosa, su huida, su desesperación y su letargo pueden llegar a ser tan grandes que, a la fuerza, ha de pensar en atentar contra sí mismo para escapar a la ley pétreo del acontecer. Y, atemorizado ante la voz del juicio que surge amenazadora del fondo de las tinieblas, siente despertar en él con fuerza redoblada la nostalgia de un guía que, tomándole suave y dulcemente la mano, ponga orden indicándole el camino, un guía que ya no sigue los pasos de nadie, sino que va el primero por la vía intransitada del círculo cerrado, para elevarse a planos cada vez más altos, para elevarse hacia un acercamiento cada vez más luminoso, guía que edificará de nuevo la casa a fin de que la vida vuelva a renacer de lo muerto, guía resucitado él mismo de entre los muertos, guía portador de la Salvación y que, con sus actos, dará sentido a los incomprensibles sucesos de este tiempo para que así pueda inaugurarse una nueva era. Esto sólo es nostalgia. Pero aunque ese guía viniera, el ansiado milagro no se produciría; su vida sería la vida cotidiana terrenal, y al igual que la fe reposa en creer-que-es-verdad y el creer-que-es-verdad reposa en la fe de una religión eternamente racional, el guía caminará con la ropa menos llamativa de todas, y tal vez sea ese transeúnte que ahora cruza la calle, pues, camine por donde camine —el hervidero de calles de la gran ciudad, los campos bajo el resplandor del atardecer—, su camino es el camino de Sión, camino no obstante de todos nosotros, es la búsqueda del vado entre el Mal de lo irracional y el Mal de lo ultrarracional, e incluso su libertad es la dolorosa libertad del deber, es sacrificio y expiación por todo lo que ha sido. Su camino es también camino de prueba, sometido al rigorismo, y su abandono es también el abandono del niño, del hijo cuya meta desaparece en lo inasequible, porque ha sido abandonado por su padre. Y, pese a ello, la esperanza de conocer al guía es ya propio conocimiento, la intuición de la Gracia es ya Gracia y, por muy inútil que resulte nuestra esperanza de que, con la vida visible del guía, lo Absoluto adquiera un día su plenitud en lo terrenal, la meta sigue siendo eternamente aproximable; indestructible, la esperanza mesiánica de la aproximación; el alumbramiento de valores, eternamente renaciente. Y aunque estemos rodeados por el mutismo siempre creciente de lo abstracto, aunque el hombre, expulsado a la nada,

expulsado de su Yo, sea presa de la más fría de las violencias, lo que azota el mundo es el aliento de lo Absoluto, y de la intuición y del presentimiento de la verdad brota la alegre y festiva seguridad que nos advierte que cada uno lleva en el fondo de su alma un pequeño resplandor y que la unidad no se pierde nunca, como no se pierde la fraternidad de las humilladas criaturas humanas, desde cuya angustia más profunda brilla, sin que pueda perderse y jamás perdida, la angustia de una gracia divina, unidad del hombre que, por encima de espacios y tiempos, brilla sobre todas las cosas; unidad que es fuente de toda luz y santificación de todo lo que vive; símbolo del símbolo, espejo del espejo, que surge de la esencia del ser sumido en las tinieblas, que brota de la locura y de la carencia de sueños como una vida maternal recibida a modo de dádiva, vida arrancada a lo desconocido y reencontrada, arquetipo de la imagen simbólica. En la sublevación de lo irracional, que borra el Yo y atraviesa sus límites, aboliendo el tiempo y la distancia, en el huracán de lo gélido, en la tormenta del derrumbamiento, todas las puertas se abren brutalmente, se hunden los cimientos de la cárcel, y de las densas tinieblas del mundo, de nuestras más amargas y densas tinieblas, una llamada llega al desamparado, suena la voz que une lo que fue con lo que todavía ha de ser, la soledad con todas las soledades, y no es la voz del miedo ni la llamada del Juicio; suena tímidamente en el silencio del Logos, pese a tener en él su soporte, alzándose por encima del ruido de la no existencia: es la voz del hombre y de los pueblos, la voz del consuelo y de la esperanza, la voz de la bondad inmediata: «¡No te hagas mal alguno, que todos estamos aquí!».



HERMANN BROCH. Novelista, dramaturgo y filósofo austriaco. Broch nació en Viena el 1 de noviembre de 1886. Fue director de la empresa textil de su familia desde 1907 hasta 1928, año en el que abandonó la empresa para estudiar matemáticas y filosofía en la Universidad de Viena. La trilogía novelística de Broch, *Los sonámbulos* (1931-1932), influida por las obras de Marcel Proust, James Joyce y Franz Kafka, presenta a las clases medias de Alemania entre 1888 y 1918, como una gente sin objetivos ni ideales, que se mueve sonámbula entre los cambios sociales. Tras la ocupación nazi de Austria, en 1938, fue detenido como sospechoso de oposición. Huyó a Estados Unidos, donde enseñó en las universidades de Princeton y Yale y emprendió investigaciones sobre psicología de masas. Entre sus últimas novelas, *La muerte de Virgilio* (1945) utiliza las dudas del poeta clásico romano Virgilio acerca de si debe destruir su poema épico, la *Eneida*, para cuestionar el valor del arte y llevar a cabo una de las obras cumbres de la narrativa de este siglo; *Los inocentes* (1950) describe los años entre 1918 y 1933 y la pasividad que permitió el ascenso del nazismo; y su última e incompleta novela, *El tentador* (1954) recrea la historia del nazismo, representada por una crisis en un pueblo de montaña. Broch murió el 30 de mayo de 1951 en New Haven, Estados Unidos.

Notas

[1] Tribunal popular secreto de la Edad Media alemana. (*N. de la T.*) <<

[2] *Bibel*, biblia, y *stiefel*, bota, riman en alemán. (N. del E.) <<

[3] Götz von Berlichingen, protagonista de la obra homónima de Goethe, personaje que, en el acto III, responde a un enviado que le conmina a rendirse en nombre del emperador: «¡Dile a tu capitán que puede lamerme el culo!». <<